

LEONARDO DA JANDRA  
ENTRECRUZAMIENTOS

✧ III ✧





**Leonardo da Jandra**

**ENTRECRUZAMIENTOS  
III**

**EDICIÓN CONMEMORATIVA Y DEFINITIVA**

Primera Edición: (I) 1986, (II) 1988, (III) 1990, Joaquín Mortiz

Coedición: CONACULTA/Editorial Almadía, 2005

Edición conmemorativa y definitiva: V. I, noviembre 2016, V. II, mayo 2017, V. III, febrero 2018

© Leonardo da Jandra\*

D.R. © 2018, Editorial Avispero

Ilustraciones de forros e interiores: Agar García

Edición: Alejandro Beteta

Diseño: Carelly Cruz y Daniel Hernández

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Editorial Avispero.

\* Miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte

Impreso y hecho en México

# ENTRECRUZAMIENTOS

## III



## I. Las vicisitudes tragicómicas de un publicante

— **Y** por eso me vine.

—Casi no lo puedo creer. Y tu pelo, tan blanco...

—Lo que es increíble es que estemos aquí, frente a esta chimenea, desnudos y plenificados.

—Don Ramón no te lo va a perdonar nunca.

—No creas, a él también le pasó algo parecido.

—¿Con las serpientes?

—No. Bueno, lo que yo sé es que una vez allá en la costa me dijo que él se había quedado a medias en todo.

—Oye, ¿y de verdad no lo vas a intentar otra vez?

—Mira —dije enseñándole la azulada cicatriz sobre el dorso de la mano—. Y ésta era apenas la segunda mordida.

—Debe ser dolorosísimo, ¿no?

—Ese mundo no es para mí.

—¿No me acabas de decir que ese lugar es extraordinario?

—Sí, el lugar sí; pero yo me refiero a las serpientes.

—Pues yo creo que terminarás regresando cuando se te pase el miedo.

—Eso dijeron ellos, pero yo pienso que no.

—Ya estás desdiciéndote otra vez.

—¿Por qué?

—Pues porque primero me dijiste que habías salido corriendo, y ahora...

—Lo que pasa es que la cosa tiene dos puntos de vista: para mí fue un salir vuelto la fregada; para ellos fue un viaje reponedor.

—O sea, que esperan que regreses...

—Don Ramón no.

—¿En qué te basas para decir eso?

—En que al despedirme dijo que nos veíamos en Playa Tortuga.

—Bueno, eso es normal. ¿No quedaron en que tú te ibas al mar?

—Sí, pero... Mira, mejor dejemos ya ese tema, ¿quieres?

—¡Uy, qué genio!

—Perdona, pero es que ya estoy harto de darle vueltas y más vueltas. En las últimas tres o cuatro semanas no he hecho otra cosa.

—¿No que habías estado limpiando y pintando la casa de tus padres?

—Sí, sí, pero mientras lo hacía no pude librarme de las malditas serpientes. ¡Hasta en sueños me perseguían!

—Ya, ya, pobrecito.

—Oh, que la canción.

—Anda ven aquí.

Me quedé inmóvil viendo cómo de la pesada combustión de los leños de mezquite salían mil imágenes que flotaban humeantes.

—Anda ven, no seas tan huraño.

Me tendió una mano y, no sin cierto resentimiento, me dejó arrastrar. Me acercó a su regazo y puso su succulento pezón derecho en mi boca. Quise separarme y decir algo, pero la presión de su mano sobre mi cabeza terminó por vencerme. Con placer creciente, comencé a succionar el pezón hasta que el cosquilleo de sus dedos sobre mi cabeza y su arrullante voz diciéndome que nunca había hecho el amor como esa noche, que desde la primera vez que me vio sabía que éramos complementarios, que lo que yo necesitaba era muchííísimos cariños. Me oí decir en mi interior “¡Sí, sí, sí!”, y mientras asentía con la cabeza, al ritmo delicioso y embriagador de la succión, me fueron afluyendo las imágenes de ese reencuentro que parecía escriturado en el destino. Después de dos semanas de batallar en la casa de Coyoacán contra los efectos devastadores del paso del tiempo y de la fauna urbana (desde ratas y rateros hasta hormigas y cucarachas), había ido al parque de Coyoacán a tomarme un helado. Cuando me formé en la cola para pagar, descubrí con gran alborozo que Raga estaba cinco lugares adelante. Me dispuse a darle una sorpresa, pero al salir de la fila percibí un detalle que me frenó en el acto: ¡jamás había visto que Raga vistiera pantalones de mezclilla! Volví a formarme, sin quitar por un instante mi vista de aquel inconfundible encaracolamiento en que Raga recogía su pelo sobre la nuca. Al oír su

fuerte voz pidiendo un helado de chocolate, volví a salirme de la fila convencido de que allí estaba la complementación lunar de mi vida. Le toqué el hombro y me quedé petrificado al ver cómo traseridad tan esplendente se frontalizaba en una desabriedez espantosa. Pedí disculpas y al voltear me encontré con la expresión nada amigable de un burócrata. Mandé al carajo mi helado de mamey y me fui a tomar un café en un lugar que pretendía ser una sucursal tercermundista del Café de Fiore. Entre ex *hippies*, ex izquierdistas y posmodernos lucían con orgullo su ranificada existencia dos o tres de los intelectuales más envilecidos del momento. Vi en la mesa contigua a la mía una pareja de tortolitos que por sus expresiones almibaradas e indefensas parecían ignorar los gaviánicos presagios; y al no poder quitar de mi cabeza la perfumante reviviscencia de Raga, me lancé decidido en busca de un teléfono. Al oír la voz de la madre de Raga estuve a punto de colgar la bocina; pero la señora, con una amabilidad y dulzura extrañas a la barbarie urbana, me fue introduciendo en un diálogo reencontrante que terminó con mi promesa de hablarle a Raga a San Miguel de Allende, lugar donde ahora vivía. Despidiéndome de la señora, marqué el número de San Miguel que me había dado y, como si hubiera encontrado por fin la clave de acceso a una vida luminosa, sentí que todo en derredor vibraba con mi alegría: que me estaba esperando, que le habían echado las cartas y que nuestros destinos salieron unidos en una constelación áurica, ¡que ya estaba tramitando su divorcio!, que su padre se había muerto de un infarto, que vivía en un departamento precioso, ¡que me fuera de inmediato para allá!... Llevé mi mano derecha hasta su magmático centro y comencé un diálogo bifocal con el índice sobre su electrizado clitoris y con la punta de la lengua recorriendo, en un ritual ajeno al tiempo, la infinita circunfericidad del pezón. Del suspiro al jadeo, del estremecimiento a la explosión, me subí sólidamente sobre ella y por enésima vez en esa noche de magia la penetré.



Regresamos a la Ciudad de México el fin de semana porque Raga quería ver una exposición de Gironella en el museo Tamayo, y además deseaba leer el manuscrito de mis *Entrecruzamientos*, que guardaba en la casa de Coyoacán.

Poco a poco fui comprobando que la complementaridad entre Raga y yo sobrepasaba todo lo supuesto; de manera que no pude dejar de exteriorizar un suspiro regocijante cuando, atravesando las ruinas posterremóticas de Reforma y Juárez, vi la satisfacción con que Raga conducía su impecable Datsun blanco.

—¿Y esa sonrisita traviesa? —preguntó con su inconfundible expresión de triunfadora.

—Se ve que te gusta manejar, ¿eh?

—Me fascina. ¿A ti no?

—Lo aborrezco.

—Qué bien, así voy a ser tu chofer —dijo con una convicción que me dejó perplejo.

—Ni modo.

—¿Qué, alguna queja?

—No, no. Al contrario, estoy encantado.

La exposición de Gironella me pareció un perfecto asco; los *collages* todavía tenían cierto interés, pero la pintura en sí era sucia, gratuita, muerta; en suma: un expresionismo tercermundista que pretendía el calificativo de genialidad en base a puros disparates. Raga, para no infringir aquello de la complementaridad, discrepó de mi opinión y me soltó una apología de la vida-obra de Gironella que me llevó al borde del *knock out*.

—Ya sé cuál es la pintura que a ti te gusta —dijo cuando ya estábamos cruzando de regreso el enmierdado parque de Chapultepec.

—¿Sí?

—Ahora mismo te llevo.

Y me llevó hasta el mero centro de la ciudad a través de unas calles que, por las ruinas del terremoto, apenas pude reconocer. Se estacionó frente a un enorme edificio, cuya fachada filigranada en

pura cantera jaló de inmediato mi atención. Bajé del auto y me quedé viendo un largo rato ese derroche de virtuosismo artesanal ajeno por completo a la efímera espectacularidad que aureolaba el arte de nuestro tiempo. Raga, que ya había entrado al edificio, salió llamándome y me llevó adentro.

Necesitaría por lo menos una beca Guggenheim para abarcar en toda su magnitud el tiempo narrativo de la monumentalidad que ante mí se abrió. Síntesis magistral de todo lo hecho en pintura, el despliegue muralístico que ante mí se agigantaba era la clara muestra de la portentosa vitalidad de la pintura mexicana. Olvidándome de Raga y de que el lugar era una biblioteca pública, entré en un estado de hiperexcitación que me llevó a girar en torno a los dos mil metros de pintura como un planeta enamorado de su sol. En la capilla que está al final encontré a un tipo rarísimo que vestía una camisa de cosaco y con el pelo recogido en una graciosa coleta. Se me quedó viendo con expresión sicoanalítica, pero antes de que pudiera decirse continué eufórico en mi órbita. A la segunda vuelta, el tipo salió de la capilla y trató de acercarse hacia donde Raga y yo discutíamos sobre la vitalidad del óleo y la opacidad del fresco. Raga, que había cursado una maestría en la Universidad de Reading, se soltó en una arenga formidable sobre las virtudes y defectos de las diferentes técnicas, de modo que esta vez fue imposible eludir el abordaje de aquel tipo tan raro.

—Disculpen, pero viendo el interés con que observan la obra me sentí intrigado por su opinión —dijo el tipo con una sonrisita muy amigable.

—¡Maestro Vlady! —exclamó Raga al darse la vuelta y ver al tipo.

—¿Nos conocemos? —preguntó poniendo una extraordinaria vivacidad en sus ojillos de visionario.

—Claro que sí, maestro. Yo soy la...

Al darse cuenta que la ruptura con el pasado era irreversible, Raga cambió derrepente la dinámica de su afianzamiento:

—¡Pero quién no lo conoce, maestro!

—Yo —dije en voz baja.

—¿Y qué les parece? —preguntó el maestro dirigiéndose más a mí que a Raga.

—¡Fascinante! —exclamó Raga.

Molesto por la gratuidad con que Raga se entregaba al celebración, volteé hacia el muro que estaba frente a nosotros y me quedé viendo la imagen tiranizante de Fidel Castro montado sobre el fósil iguanodóntico de la Revolución cubana.

—¿Y a usted qué le parece? —oí la voz del maestro a mis espaldas.

Me volví hacia él y desbordé la euforia:

—Yo creo que toda apología es ridícula, por eso a mí me interesa destacar más los yerros que los aciertos; y la verdad que puesto a encontrar defectos me he quedado huérfano de intención. Tal vez el mayor defecto de esta obra sea la erudición abrumadora con que se golpea la capacidad criticante de un espectador acostumbrado tan sólo a ver y no a pensar la pintura.

—Oh, eso es muy interesante, viejo. Muy interesante —expresó el maestro congratulándose de que vibráramos en la misma longitud de onda.

—A mí en lo personal esta confrontación entre lo solar y lo lunar, lo fluido y lo pétreo, lo autoritario y lo democrático, lo bélico y lo artístico; en fin, toda esta pugna mítico-histórica entre el deseo de permanencia y la necesidad de cambio me parecen de una trascendencia extraordinaria, casi diría que única en la historia de la pintura.

—Viejo, ¿tú qué haces?

—Es escritor —intervino Raga.

—Tienes que escribir todo eso que me dices.

—Ya tiene un libro al respecto —volvió a hociquear Raga.

—¿Y tú qué sabes? —inquirí molesto.

—Tú me lo has dicho. Y que confrontas también lo rural con lo urbano, Latinoamérica con Europa, la razón con los sentidos.

—Puras jaladas —concluí con desagrado.

—¿Y no podrías obsequiarme un ejemplar de ese libro? —solicitó el maestro, ya picado por el engañoso interés que Raga le había despertado.

—Claro que sí, maestro. Yo misma me comprometo a darle una copia fotostática —dijo Raga.

—Ah, no está publicado, ¿eh?

—No, pero lo vamos a publicar, ¿verdad? —dijo Raga tomándoseme cachondamente del brazo.

Ni modo, me dejé llevar por Raga acompañando al maestro en la nueva gira comentada que dimos a los murales. Raga, con su irresistible buena energía, le ganó la confianza al maestro y al rato me relegaron a una mera función de espectador en la riquísima discusión que sobre técnica de materiales desarrollaron. Todo empezó cuando el maestro atacó en forma demoledora los acrílicos y la ignorancia que de los materiales tenían los pintores jóvenes. Raga se defendió diciendo que si bien era cierto que los acrílicos eran por naturaleza opacos, había unas resinas que superponiéndolas a los acrílicos le daban una vida que no le envidiaba nada a la aceitosa del óleo. Y que, además, la lentitud del secado de la pintura al óleo la hacía anacrónica en un tiempo de urgencias como el nuestro. El maestro Vlady movió en desaprobación la cabeza y se limitó a señalar que de toda la pintura del siglo XX apenas se conservaría viva un diez por ciento. Raga trató de argumentar que Siqueiros había hecho pruebas que demostraban que los acrílicos tenían mayor permanencia que los óleos; pero Vlady, montado en su dinámica neorrenacentista, comenzó a hablar y hablar del Tiziano y del Greco, de la pintura densa hecha en base a veinte o treinta capas, del oficio y la preparación de los colores, de los frescos florentinos... Y que vuelve Raga a la carga: que cómo era posible que se siguiera pintando directamente sobre los muros si, hoy en día, los restauradores italianos estaban gastando millones en tratar de pasar los frescos a telas. “Exhibicionismo, simple exhibicionismo”, le replicó el maestro. “¿Acaso la pintura no evoluciona técnicamente?”, preguntó con fuerza Raga. “Claro”, res-

pondió el maestro, “ahora cualquier adolescente al expresar el contenido de esos tubitos sobre un lienzo se considera un genio”. Viendo el cariz que tomaba la plática, me fui quedando relegado para evitar el choque violento en que, estaba convencido, terminaría aquel tira y dale. Por un lado aprobaba el coraje y la decisión de Raga, por el otro me parecía demasiado irreverente acosar a un maestro de la talla de Vlady con toda esa serie de cuestiones que requerían de una mayor experimentación y puesta a punto.

Para mi sorpresa, vi que Raga y el maestro venían hacia mí en carcajeante celebramiento y me quedé estupefacto cuando Raga tomó la dirección del maestro con el firme compromiso de llevarle el libro.

—Y que venga también él —dijo Vlady con una sonrisa maliciosa—. Tengo mucho deseo de que profundicemos más el intercambio de ideas.

—Claro que sí, Vlady, descuida, yo te lo llevo —dijo Raga sintiéndose dueña del mundo.

Nos despedimos del maestro; y mientras Raga saltaba de alegría, yo la miraba y la miraba sin dejar de repetirme: “esta cabrona nació con estrella, no hay duda”.

—¿Qué tanto me ves? —preguntó con sorna.

—Nada, estoy admirado de tu desenvolvimiento.

—Es que me gusta ser así. ¿Te molesta?

—No, al contrario. El problema es hasta dónde quieres llegar.

—¿Y tú?

—Yo no tengo meta, estoy perdido.

—Estabas, ya te encontré.

—¿Y no es otra forma de perdición?

—Anda dame un beso y no seas tontito. Verás que va a cambiar tu suerte.

Para confirmarme que lo del cambio de suerte iba en serio, Raga, después de maravillarse con la casa de Coyoacán, se entregó a la tarea febril de decorarla artísticamente. Fue así que, de la noche a la maña-

na y sin previo celebramiento de compromiso, me vi compartiendo mi vida con esta mujer que era capaz de convencer al mismísimo diablo. Como ella no tenía ni puta idea de lo que es la vida hogareña (¿entonces qué carajo había aprendido durante su matrimonio?), recayó sobre mí la responsabilidad de las tareas culinarias, dando rienda suelta a la experimentación de algunos platillos que recordaba de mi vivencia en el trópico y la montaña. Con una seguridad de verdadero ejecutivo, Raga habló por teléfono con la directora del Instituto Allende, que era la dueña del estudio que Raga rentaba, y le dijo que durante unas semanas estaría ocupada en la Ciudad de México, de modo que le encargaba que le echara un vistazo. Esa misma mañana, luego de sacarme a regañadientes el manuscrito de *Entrecruzamientos*, me jaló hacia Copilco y consiguió una primera edición pirata de tres ejemplares. Después de regresarme el original y una copia, guardó otra copia para ella y la tercera me hizo dedicársela a Vlady. Y que vámonos yendo para la casa del maestro.

—Oye —le dije ya al borde del colapso—, ¿no te parece que esto se está acelerando en forma peligrosa?

—¡Qué va! Si apenas estamos empezando —respondió eufórica al volante de su Datsun.

Por fortuna no encontramos al maestro en su casa (la sirvienta nos dijo que había salido a Cuernavaca), de manera que le dejamos el libro con una nota que allí mismo improvisó Raga.

—Vaya, al menos un respiro —dije cuando veníamos de regreso.

—¡Chin, qué coraje! —exclamó semiabatida.

Todo el trayecto de regreso desde el mercado de San Ángel hasta Coyoacán Raga vino silenciosa y con una expresión de gravedad en el rostro que no me gustaba nada. Al llegar a la casa me hizo bajar del auto con el original y una copia, puso la otra copia en el asiento delantero que yo acababa de desocupar y me dijo que en seguida regresaba.

—¿A dónde carajo vas ahora?

—Tú déjame a mí. Este libro sale porque sale.

—Oye, ya no chingues...

—Anda gruñón, dame un besito y deséame buena suerte.

—¡Putá, donde me fui a meter!

Arrancó vuelta la fregada, y ya fuera de juego me metí en la casa. Me tiré boca arriba sobre el tapete de la sala y me puse a darle vueltas al cariz que estaba tomando mi nueva existencia compartida.



Entusiasmada hasta el delirio después de la lectura del libro, Raga olvidó por completo la pintura y asumió gozosa su papel de agente literario. Entre citas y llamadas por teléfono pasaron varias semanas: que Vldy quiere verte porque el libro le fascinó; que a Bernardo Giner de la editorial Joaquín Mortiz le parece un libro excelente aunque excesivo, y que el único obstáculo es uno de los lectores de la editorial que dice que el libro no es comercial; que ya mero se firma el contrato; que Vldy va a convencer a Joaquín Díez-Canedo para que lo publique, que...

Una mañana, después de ir a la oficina de correos de Coyoacán a enviarle una carta al viejo celta con mi nueva dirección, Raga me arrastró hacia el escaparate esperpéntico con ínfulas de primer mundo, donde yo ya había estado el día que la contacté en San Miguel. Pidió un par de cafés y se sentó exhibiendo esa típica sonrisa de auto-satisfacción con que gustan disfrazarse las flores más bellas del ejido. Sin decir agua va, me solté en un desbordamiento logotropical que, ¡colmo de los colmos!, terminó por iluminar todavía más ese rostro de por sí ya solarizado. Me hizo prometerle allí mismo que en cuanto saliera el libro la llevaría a esa Playa Tortuga mítico-mágica que ella ya había visto en sueños.

—La verdad, no creo que aguantes —le dije con intención de eclipsar su radiantez.

—¿Por qué?

—No hay agua caliente, ni luz eléctrica, ni gas, ni televisión.

—¡Qué emoción! —exclamó por joderme.

—Y eso es sólo lo que no hay.

—¿Qué quieres decir?

—Que te estoy hablando de la negatividad ausente y no de la presente.

—Oh, déjate ya de donrramonadas.

—¿Qué dijiste?

—Que conmigo no necesitas usar esas expresiones que don Ramón y tú usan en el libro.

Me quedé silencioso con el ceño fruncido.

—Anda, ya deja esa actitud de niño malcriado y pórtate bien —dijo tomando con cariño una de mis manos.

—¿Y qué es portarse bien? ¿Estar sin ser, como estos pendejos, con una expresión de nidad plena que es fiel reflejo de la decadencia urbana?

—Sssss.

—¡Lo que me faltaba!

—Uy, qué necedad. Bueno, ¿me quieres decir de una vez lo que me querías decir de Playa Tortuga?

—¡Vaya, creí que nunca ibas a quitarte ese disfraz de felicidad obligada!

—Y tú bien podías dejar de ser por una vez la conciencia negativa de todo lo que te rodea.

—Bien, decía que cuando sientas la acometida de zancudos, jejenes, tábanos, alacranes, serpientes.

—Y dale con esa manía de negativizarlo todo. ¿Sabes?, deberías ir a ver a un sicoanalista.

—No, mejor busco una prostituta. Por supuesto, llevándome unos condones con remaches de plomo.

—¿Quééé?

—No te enfades, es que la prostituta por el mismo precio me apacha con más entrega y además me permite desahogar mi machismo.

—¡Estás loco de atar!

—Es esta ciudad, este medio de falsirrealidades y lambisco-nerías.

—No, eres tú, que nunca estás conforme con nada, que todo te parece mal y que no puedes ser feliz sin sentirte culpable. No te rías, esto que te estoy diciendo es muy serio. ¿Y sabes por qué eres así? Por miedo. Sí, sí, no pongas esa cara de suficiencia. Por miedo a entregarte, a compartirte, a descubrirte. Por eso no dejas de criticar, criticar y criticar.

Me la quedé viendo y movido por un impulso gratificante me levanté y le di un beso.

—Creo que voy a terminar queriéndote —le dije tomando sus manos entre las mías.

—Tal vez.

—¿Tal vez?

—Sí, tal vez logre amansarte.

Se oyó un horrisono chirriar metálico, y al voltear hacia las mesas de atrás vi un individuo que con expresión sádica se dedicaba a torturar de manera salvaje un violín anémico y apolillado. El ambiente se impregnó de un estrujante olor a naftalina y el tipo, más tétrico que Paganini a pesar del toque de comicidad que le daba el paraguas carcomido que traía colgado de la espalda, empezó a canturrear con voz teporochera y descobijada una estrofa que repetía cada cinco o seis aserramientos violínicos. Primero fue la extrañeza, después la hilaridad colectiva y ya cuando el tipo entró en éxtasis al repetir ritualmente: “Y las píldoras no me van, y no me van, no me van y no me van...”, la concurrencia empezó a temer que el decurso cómico concluyera en un arrebato de tragicidad. Al ver el efecto de zozobra que tal comportamiento metacotidianizante estaba produciendo entre la afectada concurrencia, sentí una profunda identificación con el tipo, de manera que en cuanto le sacó los últimos estertores al violín me vi arrastrado a un efusivo celebramiento. Al ver cómo todos me veían aplaudir, Raga movió sonriente la cabeza y dijo que yo estaba más loco que ese tipo.

—Entre tantos enteficios es el único ser que tiene vida propia —dije convencido.

—¿Qué es eso?

—Entes de ficción, ¿no los ves?

—Y dale.

—Míralos y verás que son personajes de una novela posmoderna tipo Kundera.

Tal vez para evitar la discusión, Raga se puso a mirar hacia una pareja de ¿*ex hippies*? que vendían en la acera aretes, pulseras y anillos hechos por ellos. El muchacho, flaco, greñudo e hidrofóbico, era un espectro sesentaiochero que se había quedado al margen del devenir histórico; pero si la visión del muchacho producía cierta aversión, la de la muchacha era escalofriante: no tendría más de veinticinco años y un rostro de innegable hermosura; sin embargo, la suciedad de los refajos con que ocultaba sus piernas, y la flacidez de sus enormes pechos que colgaban exánimes a través de una blusa escotadísima —¿por falta de botones?— y semitransparente, representaban una dinámica anafrodisiaca que ni aun poniéndose hasta la madre se podría superar.

—¡Dios, con razón hay tanta mariconería! —exclamé asqueado.

—Oye, ¿pero qué te pasa?

—Mira esos pechos, por favor. Apenas es una chava.

—Pero a ti qué te importa. Es el colmo, hasta lo que no comes te hace daño.

—Enteficios sesentaiocheros y posmodernos unidos en un conubio enmierdante.

—¡Oye, mejor nos vamos!

—Espera, mira esos que van llegando.

—Ahí lo que sea su voluntad, jóvenes —dijo el tipo del violín lanzando su mirar deseante sobre la humanidad de Raga.

—Oiga, lo felicito, hacía tiempo que no veía a alguien tocar con tanta inspiración y apasionamiento —le dije para aliviar a Raga del acoso visual.

—Es que son composiciones propias, joven —respondió volteando con orgullo hacia mí.

—Ah, con razón —concluí al tiempo que le daba unas monedas.

Dio las gracias a la medida de las monedas y se fue hacia la mesa en que apenas se estaba acomodando la pareja de recién llegados. La otra pareja que ya ocupaba la mesa tuvo un breve intercambio de palabras con el tipo del violín, que culminó cuando éste se alejó hacia otra mesa guardando las monedas que le habían dado en un bolsillo de su raído saco. El muchacho de la pareja de recién llegados colocó sobre la mesa el montón de papeles que traía bajo el brazo y, ante la petición del otro muchacho, extrajo de en medio de los papeles dos libros, y en una portada pude leer fugazmente el nombre de Ernst Jünger.

—¿Ya viste la lectura de los niños de ahora? —le pregunté con causticidad a Raga.

—¿Qué es? —interrogó confundida.

—El inefable Jünger.

—¿Y qué querías que leyeran? ¿Acaso los libros de Castaneda o las perogrulladas del marxismo?

—¡Ajá, con que ésas tenemos!

—Pues sí, te pasas todo el tiempo renegando de la “conducta sesentaiochera”, como tú le dices, y luego ves algo o alguien que se sale de lo previsto y te sueltas a despotricar, ¿quién te entiende?

—No, si a mí me parece muy bien que los nenes de ahora manden al carajo el lastre sesentaiochero; lo que me encabrona es que lo hagan mirando hacia atrás y no para adelante, ¿entiendes?

—Es que tú...

—Es que la chingada. Míralos, son el claro ejemplo de esa noluntad que Unamuno y Gasset consideraban atributos de lo gregario.

—¿Nolun... qué?

—Seres desvolucionados.

—¡Ándale!

—“Me abstengo; luego no existo”. He aquí el *cogito* posmoderno. Y luego hablan ufanos del fin histórico de las vanguardias; del ocaso

del autoritarismo; de la desideologización de la conciencia, ¡hazme el favor! Mierda, los sesenta serán todo lo criticable que quieras, pero allí había líderes, propuestas, recuestionamientos.

—Los líderes se hacen. Y se da la casualidad que ahora nadie tiene ningún interés en hacerlos.

—Sí, se hacen y se someten a la Ley de Oferta y Demanda, ¿verdad?

—El sesentaiocho fue un caos, tienes que reconocerlo.

—Un caos derrocador que buscaba la aportación de un cosmos.

—¿Cuál aportación y cuál cosmos?

—La liberación de la mujer, la autogestión, el derecho a la diferencia.

—Todo lo que quieras, corazón, pero en el libro don Ramón te pone como perico.

—¿De qué demonios hablas?

—De la friega que te pone don Ramón cuando dice lo que le pasó a tu afiebrada generación, ¿ya no te acuerdas?

—A mí ese libro y don Ramón me valen madres.

—Ay sí, cómo no. Lo que pasa es que el sesentaiocho te duele en el alma.

—Pues sí me duele, ¿y qué?

—Oye, nadie te está condenando.

—¿Y sabes por qué me duele? Porque fue una caída desde la cima: Marcuse y Sartre, Che Guevara y John Lennon, Kerouac y Bob Dylan. ¿Dónde encuentras ahora aquella marca de histórica altivez que lucían en su mirar frontal los líderes de los sesenta? ¡Míralos! Parecen guajolotes ejidales exhibiendo con orgullo su domesticada naturaleza.

—¿No será envidia?

—No, es rabia.

—¿Rabia de qué? ¿De verlos felices aceptando ser como son?

—Rabia de lo que pudo ser y no fue; rabia de la dinámica emputecida y servil que ha llevado a los intelectuales afectados y de-

cadentes a doblar la cerviz ante los culpables de la represión asesina; rabia de que en lugar de someter a los culpables a un juicio histórico se los siga premiando con gubernaturas, senadurías, diputaciones y altos puestos burocráticos; rabia de que no se haya efectuado el juicio generacional que rehaga con justicia el cuerpo de la Historia para evitar que vuelvan a repetirse masacres barbáricas como la del 2 de octubre y la del Jueves de Corpus; rabia de que...

—Ya pareces Silvio Rodríguez con sus letanías.

—¡Vete al carajo!

—¡Uy, qué tonito!

—Voy a comprar cigarros —dije con intención de levantarme.

—Espera, Eugenio. Está bien que te apasionas, pero no que pierdas el control. Si vuelves al vicio vas a sentirte más culpable.

—¡Culpable! Mierda, como siga así voy a terminar kafkianizándome.

—Es que no veo por qué todo te tiene que afectar de manera tan visceral.

—Bueno, que se vaya al carajo este mundo.

—Es que no hay otro, corazón.

—Claro que hay otro.

—Puras invenciones.

—No, invenciones impuras, pero mucho más vivas y reales que esta presentaneidad.

—Eres tú, corazón, el que tiene que cambiar.

—A ver, repíteme esa palabrita que me quiere gustar.

—Anda, vamos a la casa y te la deletreo en la intimidad.

Y nos fuimos al ¿hogar? Raga feliz de ir colgada de mi brazo, y yo pensando en la indetenibilidad del cambio: ¿acaso aceptar el mundo tal y como es no me llevaría a ese estadio de rumiántica autosatisfacción que caracteriza a la profanidad burocrática?

—No tienes remedio —susurró Raga mordisqueándome el lóbulo de la oreja—; el día en que dejes de especular se apaga la luz del mundo.

—La meditación, tengo que volver a la meditación —dije por lo bajo.

—¿Qué dices?

—Que tenemos que someternos a un maldito método.

—Si don Ramón no pudo contigo, menos voy a poder yo —dijo abrazándome con más fuerza.



Una mañana, después de un desayuno silencioso y acelerado, Raga salió sin querer decirme a dónde iba. Mientras terminaba la taza de café que estaba tomando, acudieron a mi mente de manera atropellada cantidad de imágenes sin ligazón lógica. A la viviscente fragancia que Raga me había impregnado al despedirse, se le sobreponía un lejano olor a mar que pugnaba por arrancarme del presente hacia un pasado que era puerta de entrada a un futuro plétórico de dicha. Y cuando ya empezaba a dejarme atrapar por las radiaciones tropicalizantes, irrumpió de golpe la duda: ¿a dónde carajos iría con tanto misterio?, ¿y si esta mujer quiere tener un hijo conmigo?, ¿y si lo que estamos viviendo no es más que un simple devaneo?, ¿y si prefiere la contaminada seguridad de lo urbano a la salvaje plenitud de la naturaleza? Al borde del abismamiento nihilizante, suspendí con violencia la dinámica especulativa y me fui a la mesa de trabajo a tratar de darle un valor literario a tanta negatividad pensada. Me puse a escribir poseído por una urgencia que no reparaba en límites ni en señalamientos antiextraviantes, y cuando ya llevaba un montón de cuartillas emborronadas empezó a sonar con insistencia el teléfono. Primero maldije el momento en que me dejé convencer por Raga para reconectarlo; después pensé que lo mejor era romper un cable sin que Raga se diera cuenta; y por último, ya a punto de levantarme para arrancarlo de un jalón y tirarlo a la basura, se me prendió el foco y me dije: ¿quién más que Raga puede hablarme? Me levanté, descolgué la bocina y oí:

### ENTRECRUZAMIENTOS III

—¿Bueno? ¿Eugenio?

—Sí, soy yo.

—¿Dónde andabas? ¿Por qué no contestabas?

—La duda metódica.

—Oye, corazón, necesitamos saber si como autor ponemos a Eugenio Sandoval Cohen o nada más Eugenio Sandoval.

—¿Qué? ¡Espera, espera! ¿Dónde carajos estás?

—Eso no importa. Lo que importa es tu nombre de autor.

—Mierda, no había pensado en eso —murmuré azorado.

—¿Qué dices?

—Nada. Oye, ¿es urgente?

—Sí, muy urgente.

—¿Por qué no vienes para acá y lo decidimos?

—De una vez, corazón. Dímelo por teléfono.

—Es que no me gusta que aparezca como autor Eugenio Sandoval.

—¿Pero por qué?

—No, en definitiva no, si quieres vente para acá y si no ahí muere.

—No seas tontito, anda que urge.

Colgué la bocina y al hacerlo me encontré de nuevo al borde del abismo. Puta, en qué pinches problemas me metía. Pero, ¿por qué carajos no podría firmar un mugroso libro como Eugenio Sandoval Cohen? En principio el Cohen se iba a la chingada; no estaba la cosa para filiaciones gratuitas (y menos con esa connotación de mago hebraico). *Entrecruzamientos*, por Eugenio Sandoval. No, ni madres, parece el nombre de un cabrón conquistador. ¡Dios, qué cantidad de mierda sicopatológica arrastro! Ya está, lo voy a firmar con el nombre del hijo de la chingada de Leonardo. ¡Su madre, la cara que va a poner cuando lo vea! Leonardo de la Mora, ¿qué tal?

—No me gusta, ya bastantes problemas estás originando —dijo Raga después de llegar medio molesta y decirme que era un majadero y malcriado.

—A ver, propón otro.

—No sé.

—Oye, ¿qué te parece Leonardo de la Tiznada?

—¿Sabes lo que estoy pensando?

—No, no me lo digas.

—Bueno, está bien —dijo recogiendo su bolso—. Cuando te decidas me hablas.

—¿A dónde vas?

—Háblame a casa de mi madre.

—Oye, no es para tanto.

—No, es para más. Además de irresponsable eres un desagradecido.

—Mierda, si ese pinche libro va a jodernos la vida mejor lo mandamos al carajo y ya.

—No es el libro, eres tú. La vida en la selva te ha salvajizado.

—De acuerdo, perdóname.

—Eres tú el que tienes que perdonarte.

—¿Qué?

—Hasta pronto —dijo dándome un beso de Judas que me hizo sentir ya crucificado.

—¡Oye! —le grité cuando ya iba saliendo—. ¡Ponle el nombre que te salga de los ovarios!

Esa noche no vino a dormir. Prisionero de un complejo de culpa de la chingada no pude conciliar el sueño y me la pasé dando vueltas y más vueltas a mi relación con Raga. No, tal vez yo no esté hecho para afrontar con seriedad una relación de pareja; siento aversión esencial a los amarres, protocolos y compromisos. Pero es que esa cabrona mujer me atrae; cuando estoy con ella me siento plenificado. Por eso mismo es que debo largarme cuanto antes sin dejar rastro; si ahora me entrego resignado después la sumisión será total e inapelable. Pero es que la quiero. ¿Y la amas? Eso no lo sé todavía. Entonces lárgate, que aún es tiempo. Pero es que hay algo en ella que me hace ser más yo; es mi complementaridad, lo que necesito para ya no ne-

cesitar nada. Mentiras, autojustificaciones, puro sadomasoquismo; tu complementaridad soy yo. No, tú eres mi tirano. Porque tú me lo exiges. Yo no te exijo nada. ¿No? Y entonces de dónde viene ese egoísmo brutal, esa insaciabilidad incompañada, ese deseo de imposición hegemónica. ¡Vete a la chingada! Mierda, razón tenía el viejo celta: lo que te ayuda a no perderte también te amarra. ¿Y qué seré yo para ella? ¿Será cierto eso de que soy el primer hombre que ella eligió en su vida, ya que su matrimonio fue un pequeño accidente? ¿Entonces por qué carajos me tortura de esa manera?... ¡Mándala al demonio y vete a la costa! Pero es que mi cuerpo y su cuerpo son un solo cuerpo. Te va a agarrar de los... ¡Sí, pero con gusto, cabrón! ¿Cuántas veces nos hemos dicho uno al otro que la relación de pareja no funciona? Pero es que la nuestra no es una relación de pareja. ¿Que no? ¡Esto va para paternidad que vuela! Dios, si al menos me hablara por teléfono. ¿Lo ves? ¿Qué? Que tú sólo me tienes a mí. Necesito cigarros, alcohol, algo. ¡Eso! No, no, la necesito a ella. La única dependencia que no envilece es la interior. ¡Vete al carajo! Estás atrapado, pobre diablo; atrapado por ser conciencia sometida. Sí, sometida y avasallada por ti, maldita autoconciencia. No, sometida por una ausencia cruel y caprichosa. ¿Y qué propones? ¡El método! Pero, ¿cuál, cómo, por dónde? Ve a dormir y levántate temprano a correr y hacer ejercicio. ¡Joder! Medita y templa tu voluntad. ¡No puedo! Sí puedes. Es que. ¡Duérmete ya! Me siento muy solo. ¡Duérmete, coño! No me dejen solo. ¡Apaga esa luz y que no oiga ni un suspiro! Ahora regresamos, hijito. ¡No le expliques nada, joder, que se acostumbre a obedecer y ya!

Cuando desperté y extendí mi brazo para abrazar el cuerpo caliente de Raga, su ausencia me hizo comprender de golpe que lo que yo creía resultado de una terrible pesadilla era la más cruda cotidianidad. Quiso vencerme de nuevo la angustiada desolación de lo soñado, pero como movido por una orden inconsciente mi cuerpo saltó de la cama y se alistó para lanzarse a la ejercitación metódica. Al salir a la calle, la plúmbica pesadez del ambiente me hizo entender que el día ya iba avanzado. Me detuve dubitativo un instante, y

enseguida decidí que era mejor tarde que nunca. Me fui a los Viveros de Coyoacán y empecé a arrastrar mi humanidad en un esfuerzo de voluntad casi titánico. A la segunda vuelta, con el manar sudorífero comenzaron a liberarse las malas vibras y pronto me sentí corriendo en una Playa Tortuga que ahora se me aparecía como la materialización de un paraíso recobrado. A la cuarta vuelta, me detuve frente a la isla y comencé a seguir a don Ramón en la rutina ejercitante. Viendo la elasticidad y contundencia con que el viejo celta realizaba los ejercicios, me poseyó una energía extraordinaria que terminó por marinizarme totalmente de sudor. Me levanté de la arena y me encaminé hacia el mar para darme ese baño vivificante de cuya gozación sólo saben los que han hecho alguna vez ejercicio en la playa. De manera inexplicable, conforme iba acercándome al mar, comenzaron a dormírseme las articulaciones y el corazón se disparó en una aceleración incontrolable. Empecé a toser como tuberculoso, y al nublarse la visión no tuve más remedio que dejarme caer sobre la arena. Estuve así, entre el susto y la interrogación, un largo rato hasta que el estruendo holocáustico de los autos me hizo ver que me encontraba en el polvoriento piso del parque.

Al llegar tambaleante a la casa me tuve que poner unas gotas de colirio en los ojos, y la parte interior de la nariz la sentía como si me hubieran echado ascuas. Mientras me daba un largo regaderazo (¡ahora entendía la necesidad de esos maratónicos baños masturbantes!) se me vino al recuerdo la polémica que había sostenido con don Ramón sobre la oposición entre lo rural y lo urbano. Ahora podía ver con claridad que la cuestión ya no residía en una ficticia pugna entre la civilización y la barbarie, sino entre la vida y la muerte. No, ni Raga, ni nada, ni nadie podrían ya cambiar mi necesidad de vivir en un espacio natural. Preparé unos huevos con tocino y durante el desayuno llegué a la convicción de que el asunto Raga pertenecía al pasado.

Como en los buenos tiempos, me zambullí en la biblioteca y decidí dedicarme a releer a los clásicos de la generación del 98 que a mi

padre le fascinaron. Empecé con *Niebla*, de Unamuno, que en otro tiempo me había parecido innovadora; pero en la medida que me fui deslizado por la intrascendencia de Augusto Pérez comprendí que la búsqueda literaria unamuniana era algo ajeno a mi mundanidad. De todos modos, y a pesar de la debilidad caracterológica de los personajes y de la insustancialidad de las situaciones, todavía era rescatable la rebelión del personaje contra el autor; aportación magistral de Cervantes que después se había repetido con desigual acierto desde Wilde y Pirandello hasta Galdós y Azorín. Seguí después con *El mayorazgo de Labraz*, la arcaica trasposición macbethiana del brutal Baroja. No obstante su cerrazón autoritaria y su ascetismo anarquizante, había que reconocerle al terco vasco una fuerza y originalidad poco comunes: la obra alcanzaba por momentos una intensidad extraordinaria (la ceguera del mayordomo Juan no pudo menos que recordarme al misterioso don Artemidoro).

Al pasar a las *Sonatas* de Valle Inclán, la desilusión fue total: las andanzas del Marqués de Bradomín me parecían ahora los devaneos anacrónicos de un aristócrata decadente (¿y habrá alguno que no lo sea?). Además, no podía comprender cómo una mente lúcida y subvertidora como la de ese gallego universal se había quedado en la folclórica superficie de la compleja realidad mexicana. La pasión sicopatológica que enciende en el aristócrata hispano la niña Juana es esquema trillado: no hay conquistador que no sueñe con su nativa sensual y hechizante (Cortés y la Malinche, Núñez de Balboa y Anayansi, etc. Tal vez haya sido Salvador de Madariaga el que mejor supo novelar esta pulsión conquistante). ¿Fue el desbordamiento obregonista la causa de que el gran estafalario desplazara su esperpentismo hacia lo político? Como fuera, la sonata mexicana de Valle Inclán no tiene nada que hacer al lado de su *Tirano Banderas*, la lección magistral y precursora con que en 1926 se dio a conocer en todo el mundo hispánico el esperpentismo político de tierra caliente.

Al tercer día de ser abandonado, ya bien entrada la tarde, y mientras leía *La voluntad* de Azorín, sentí que una bola de fuego descendía

sobre mí y en medio de la natural confusión que tan extraordinario acontecimiento me produjo, alcancé a oír una voz que me decía: “¡Vete al mar, estás libre!”. Presa de una excitación inusual, mandé *La voluntad* de Azorín a la chingada y me puse a preparar todo para partir al día siguiente.

Amanecí como novia alborotada. El sólo hecho de pensar que en un día más estaría en mi soñada Playa Tortuga me tenía al borde de la euforia. Estaba terminando la taza de café para ir por el boleto, cuando empezó a sonar el teléfono. La primera impresión fue de espanto; luego quiso vencerme el deseo de oír la sensual voz de Raga; por último, ¿y si marcaron un número equivocado? Levanté el aparato convencido de la inevitabilidad del desenlace.

—¿Eres tú, corazón?

—No, soy yo.

—¿Qué?

—Que sí.

—¡Uy, qué genio!

—Sí, soy Eugenio.

—Ya, tontito. Alístate que tengo un montón de buenas noticias.

—Ya estoy listo, hoy mismo salgo para la costa.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Un poco más y no me encuentras.

—¿No estarás hablando en serio?

—¿Tú qué crees?

—Ahora mismo voy para allá.

Que no fuera tan susceptible, que cómo era posible que pensara que lo nuestro podía terminar así nomás, que no me había hablado para que yo pensara en ella y la quisiera más, que había ido a San Miguel a recoger las cosas del estudio para instalarse conmigo de manera definitiva, que todo iba saliendo de maravilla, que ya me tenía un nombre literario, que...

—¿Sabes una cosa? Lo acepto todo, pero por favor no vuelvas a dejarme en la incertidumbre; es algo que no puedo soportar.

—Ven, dame un beso de reconciliación.

—De veras, si te importo algo no vuelvas a dejarme así, frente a la nada.

—¿Tanto te afecta?

—Sí, es algo superior a mí y no puedo evitarlo. Es como una caída especulante en el vacío; cuanto más intento racionalizar tanto más me irrationalizo.

—Perdona, no pensé que te fuera a afectar así.

—Mira, Raga, sé que va a ser difícil que consolidemos esta relación; pero también sé que si hay una manera de lograrlo no podrá ser más que con integridad y sinceridad, ¿entiendes?

—Creo que sí.

—No sé si serán traumas, prejuicios o lo que quieras, pero yo no concibo una relación de pareja duradera basada en la mentira, el misterio y la subyugación. O formamos un nosotros con el yo y el tú o mejor tomamos esto como un acontecer accidental y pasajero.

—Oye, yo no te mentí. Y si lo dices por mi relación anterior estás mal, Eugenio. Nada más que es imposible que haya verdad donde no hay amor.

—No te ofendas, sólo quiero que puntualicemos ciertas cosas para evitar hacernos daño.

—Además eso del misterio tampoco viene al caso. Todo el tiempo me lo he pasado viendo lo del libro. Y si no te quise decir a dónde iba era para darte una sorpresa agradable. Pero ya ves.

—De acuerdo, dejémoslo así. ¿Y qué es eso de que ya tengo nombre literario?

—Sí, te vas a llamar Leonardo da Jandra.

—¿Qué?

—Ése era el segundo apellido de mi bisabuelo: García da Jandra. ¿Te gusta?

—¡Mierda, me da miedo la sensación de inseguridad que me provocas!

—¿Por qué?

—No lo puedes entender, es algo intransferible.

—¿Por qué no intentas comunicarlo?

—Es que es un rollo encabronadamente metafísico.

—Pues si nuestra relación va a ser como tú dices, es conveniente que empieces de una vez a compartir tu almario conmigo, ¿no crees?

—¿Y esa palabrita?

—Ya ves, yo también tengo mis lecturas.

—De acuerdo, no hay peor lucha que la que no se hace. ¿Has leído algo sobre el existencialismo?

—¿Como qué o quién?

—Kierkegaard, Unamuno, Jaspers, Marcel, Heidegger, Sartre.

—Para serte franca a mí esa literatura me quita las ganas de vivir.

—¿De quién hablas?

—Pues de Sartre, por ejemplo. Empecé a leer *La náusea* y no pude terminarla, me parece...

—Bueno, ¿y cómo carajos quieres que te explique lo que me pasa si ni siquiera has podido leer *La náusea* de Sartre?

—Oye, oye, ¿a poco tiene una que leer todos esos sermones sobre la muerte y la angustia para poder entender lo que es la vida?

—¡Joder, en qué broncas me meto!

—Mira, tontito. Hazte a la idea que le vas a contar tus tribulaciones a un corazón que quiere compartir y no a un cerebro dispuesto a criticar.

—Ahí tienes: compartir. ¿Sabes lo que decía Nietzsche al respecto? “Toda comunidad vuelve común”.

—Qué bueno que así sea, ¿no?

—Mierda, contigo es imposible filosofar.

—Órale, sigue y deja de regañar.

—El problema central del existencialismo residía en cómo lograr una comunicación plena, es decir: íntegra y sincera entre dos sujetos (sea el amo con el esclavo, la mujer con el hombre o el hombre con Dios). Kierkegaard y los existencialistas cristianos (entre los que ocu-

pa un lugar preponderante nuestro Unamuno) encontraron una seudosalida a la angustiada soledad humana en la comunicación mística con Dios; pero los existencialistas ateos llegaron a la conclusión fatalista de que toda comunicación es una sumisión, y que, por tanto, la comunicación plena entre dos individuos es imposible: el ser nace solo y muere solo.

—¿Y el amor?

—Por ahí se fue Sartre; pero después de comprobar que el sujeto amado es mero objeto del amante, volvió a la esencial incomunicabilidad del ser.

—Esas son puras tonterías filosóficas. Cuando dos seres se aman no pueden mentirse porque el amor mismo los delataría.

—Pues resultó peor el remedio que la enfermedad.

—¿Por qué?

—Porque entonces concluiríamos que el amor es imposible.

—No seas tontito, sin amor no habría nada, ni siquiera literatura.

—Bueno, ¿quieres saber lo que siento de esto o no?

—¡Con razón Simone de Beauvoir escribió lo que escribió!

—Oh, que la canción.

—Bueno, sigue.

—Luego vino la masificación de la existencia. Si el existencialismo conducía a la soledad, a la angustia y a la tanatofilia, era porque en su raíz estaba viciado por una dinámica individualista y egocéntrica. Moraleja: la solución residía en una filosofía que sublimara al individuo en una totalidad social. Y llegó el marxismo.

—¡Ándale, qué bien! ¿Y habrá alguien más individualista y egoísta que un marxista?

—Y ahora con el fracaso histórico de los modelos socializantes, volvemos a encontrarnos con la primigenia nada, ¿lo ves?

—¿Qué?

—Que el estado natural del hombre es la soledad.

—Será del hombre en abstracto, pero no es el mío como mujer

en particular. Yo no puedo vivir sin amor; y habrá peleas y disgustos y todo lo que tú quieras, pero yo me siento yo en cuanto soy capaz de amar. Amo; luego soy. ¿No es bello?

—Pero, ¿es que no entiendes que ese amor del que tú hablas no es más que un mero manipular?

—Uy, qué ganas tienes de complicarlo todo. Mira, para mí el amor es felicidad, dicha, plenitud, qué sé yo. Y si hay conflictos y disputas es con el fin de que el amor siga vivo y exigente.

—Jamás nos vamos a poner de acuerdo.

—Hablando no, pero viviendo verás que sí. Yo sé lo que a ti te pasa.

—¿De veras, geniecillo?

—Sí, tontito. Tú estás dividido, partido en dos mundos que no cesan de pelear: uno quiere la felicidad, mientras que el otro exige el sufrimiento.

—Oye, estás resultando más cabrona de lo que creí.

—Por eso te torturas, corazón. Cuando te dedicas a vivir eres un sol, pero cuando empiezas a especular no hay quien te aguante.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que deje de pensar? ¿Que me valga madre todo?

—No, tontito. Sólo que dejes que tu vida dulcifique un poco tu pensar, eso es todo. ¿A qué viene tener que sufrir todo lo que ves si también lo puedes gozar? ¿De qué te ríes ahora?

—Es que no se me ocurre, en un momento histórico como el que atravesamos, cuando naturaleza e individuo se están yendo al carajo, postular así nomás una filosofía de la gozación.

—Pues eso es justo lo que necesitamos: una filosofía de la gozación.



Me dejé derivar con la corriente gozosa con que Raga vivificaba mi desamparo, y vi, con sorpresa al principio y preocupado después,

cómo arribaba a una playa de promisión acechado por una totalidad nadificante: Vlady había publicado en el periódico *Unomásuno* un artículo elevando a *Entrecruzamientos* a una altura de vértigo, que hacía que las miradas de asombro y las tiburónicas dentelladas fueran inevitables. En una comida solemne, en el restaurante más publicitado del momento, la señora Beatriz Aguilera, condesa del Risco, me había entregado el contrato que a nombre de la editorial Joaquín Mortiz había firmado Bernardo Giner de los Ríos, con plazo de publicación no mayor de tres meses a partir de la fecha de la firma del contrato (la señora me señaló un lugar donde decía Leonardo da Jandra y dijo que firmara allí debajo). Para colmo, Raga se había adueñado energéticamente de la casa y donde antes había emanaciones de muerte y olvido eclosionaban ahora esplendentes formas vegetales. Pero, ¿podía haber gozación sin sufrimiento?

Una vez más volví a caer preso en ese estado de violenta insatisfacción, producto del oscilar vertiginoso del ser entre el todo y la nada. Las cosas parecían marchar bien, pero yo me sentía caer en un pozo sin fondo. Dueña de la situación, Raga aprovechó la coyuntura para tratar de llegar a la raíz del mal: que todo el problema residía en mi inseguridad; que era el temor al fracaso lo que me llevaba a esos estados alternativos de exaltación y abatimiento; que ya no pusiera más cabeza donde era menester corazón; que me dedicara más a amar la vida que a temer la muerte; en fin, que fuera menos pesimista y más positivo. Huraño, egocéntrico e inconsolable hice de mi existencia una insistencia y me fondeé en la renacida biblioteca de mi padre. Busqué el consuelo de los desesperados, pero, hartos ya de radicalidades esquizoides y megalómanas, todo se me caía de las manos: ni Schopenhauer ni Nietzsche, ni Sade ni Voltaire, ni los románticos ni los malditos; necesitaba algo catártico que trascendiera el yugo prepotente de la razón y no una mera negación de la razón desde la razón misma. No un escepticismo pírrico como el de Hume o una duda metódica como la de Descartes, que terminaban por hacer más sólida y brutal la opresión de la razón sobre la vida, sino una

*scepsis* (búsqueda) y un *dubitare* (dualidad) que hicieran posible la convivencia plena de los opuestos: ser y pensar, afirmación y negación, gozación y sufrimiento, vida y muerte.

Y empecé con los *Pensamientos* de Pascal; lúcidos, insondables, heréticos, pero de un misticismo enfermizo, ¿habrá alguno que no lo sea?, que se torna insoportable cuando plantea como única salida de la duda agónica el embrutecimiento de la razón por la fe. Seguí con Kierkegaard, después salté a Swedenborg, para terminar arribando al más loco, original y apasionado de todos los escépticos: el quijotesco Unamuno. Libro de inagotables lecturas, *Del sentimiento trágico de la vida* me produjo ahora la singular sensación de transmitir el más genial desgarramiento (“El que no aspira a lo imposible, apenas hará nada hacedero que valga la pena”), a la par de poner en evidencia el más deleznable oscurantismo (“Suele haber mucha más humanidad en la guerra que no en la paz... la ofensiva misma es lo más divino de lo humano”).

Cuando terminé de releer *La agonía del cristianismo*, obra complementaria y menor, sentí que mi crisis existencial estaba tocando fondo. Podría uno no estar de acuerdo con el medievalismo ultramontano de Unamuno (que llegaba al extremo de apologizar la Inquisición y negar la aportación de la trilogía fundadora de la modernidad: Renacimiento, Reforma y Revolución), pero sus escritos, profundamente impregnados de la esencia trágica de su vida, eran una lectura obligada para todo humano enfermo de incertidumbre (que deberían ser la mayoría, pero que por desgracia no lo son). Qué encontronazo nos íbamos a dar don Ramón y yo cuando acometiéramos el estudio de este Alonso Quijano de carne y hueso.

Raga aceptó mis debatimientos existenciales como un mal menor, y le pareció muy propio de mi retorcimiento mental que me entregara a un nihilismo enfermizo, cuando lo que cabía esperar era una celebración de mi inminente éxito. Pero, ¿cuál éxito?

—Tú haz lo que yo te diga —fue la contundente conclusión de Raga.

Y allá voy. Era una mañana saturnal, de una bruma tan sucia y fría que terminaba por enmierdar el alma. Después de estacionar el Datsun en una barriada de mala muerte, caminamos un rato hasta que dimos con el número indicado. Entramos a un zaguán, jalé de una cadena y con el estruendo producido por una especie de campana enloquecida, oímos los broncos ladridos de un perro. Una mujer aindiada abrió la puerta y Raga se encargó de decirle quiénes éramos. Nos dijo que esperaríamos un ratito, mientras yo veía del otro lado de la puerta entreabierta la cabezota impresionante de un Pastor Alemán. Al llegar Vlady y recibirnos con efusión, el perro se limitó a olisquearnos inofensivamente, lo que yo aproveché para hacerme pendejo acariciándolo mientras Raga y el maestro hablaban y hablaban del mentado artículo y de mil cosas. Oí que me llamaban y al dejar al perro y entrar en una salita, Raga me presentó a una señora de fuerte presencia que lucía una sonrisa de oreja a oreja. Era Isabel, la esposa del pintor.

Cuando veníamos en el auto, Raga me había dicho que Isabel Vlady era del tipo de mujeres que por haber dado toda su vida por la causa de su marido no aceptaban que se diera un paso sin su previo consentimiento. “Ah”, había insistido Raga, “y sobre todo: ¡cuidado con llevarle la contraria!”. Opté, pues, por jugar a la defensiva y no pude evitar un soplido de satisfacción cuando vi que Raga se encargaba de neutralizar a Isabel llevándosela hacia la cocina en medio de un parloteo chismográfico.

—Viejo, me pareció muy notable tu novela —dijo Vlady cuando ya quedamos solos en la sala.

—Vaya, gracias —dije sintiéndome ridículo por el halago.

—¿Y qué estás haciendo ahora? —preguntó en un tono que me puso alerta.

—Nada.

—¿Nada?

—Nada.

—¿Y no te gustaría trabajar en la redacción de un suplemento cultural?

—No, Vlado, gracias. Eso no es para mí.

—¿Por qué?

—En principio yo no vivo aquí y estoy de paso; además tengo que terminar la trilogía.

—¿Vas a escribir una trilogía?

—Me refiero a los otros dos volúmenes de *Entrecruzamientos*.

—¡Qué bien, viejo! Oye, me gustaría mucho conocer a don Ramón. ¿Podrías presentármelo?

—Para serte sincero no sé; es un hombre muy especial.

—Sí, sí, claro.

Vlado se levantó, tomó de una estantería un cuaderno de dibujo y un lápiz y se puso a dibujar.

—¿Y él, qué escribe? —preguntó al tiempo que observaba con insistencia mi rostro.

—La verdad yo no conozco más que algunos cuentos y un par de ensayos que tiene publicados en revistas.

—¿Pero no está escribiendo él de lo mismo que tú?

—No sé, hasta ahora no me ha enseñado nada.

—Oye, viejo, ¿y qué ideología tiene ese gallego genial?

—Yo creo que ni él mismo lo sabe. Para mí que don Ramón es un disidente total.

—Muy bueno está eso, pero que muy bueno. ¿Y cuál es tu opinión al respecto?

—Maestro, es un punto muy delicado éste que me planteas.

—¿Por qué lo dices?

—Porque hay muchas formas de disidencia. No es igual la disidencia de Cabrera Infante que la de nuestro Revueltas, ni la de Solzhenitsyn igual que la de Siniavsky.

—¿Conoces a Joseph Brodsky?

—Conozco algunos de sus poemas.

—¿Y qué te parecen?

—No es mal poeta.

—¿Pero...?

—La impresión que tengo de él es negativa.

—¿Impresión de qué?

—Es que hace como unos trece años Brodsky estuvo aquí en un encuentro de poetas, junto con Popa, Paz, Mutis.

—¿Y qué fue lo que no te gustó?

—Su elitismo, su regodeamiento clasicista, su resentimiento histórico; en fin, su senilidad prematura.

—Oye, viejo, ¿por qué no escribes algo, de tres a cinco cuartillas, sobre esto?

—Tal vez algún día.

—Dámelas, viejo, que yo te las publico.

Con el pretexto del café, Raga e Isabel regresaron a la sala. Vlady se centró en el dibujo que estaba haciendo, e Isabel comenzó a acosarme con preguntas personales. Le dije a Raga que se acordara que teníamos que ir al doctor y entendió de inmediato. Para mi deslumbramiento, Vlady abrió su cuaderno sobre la mesa y vi el retrato extraordinario que me había hecho. A Raga le fascinó a tal grado que dijo que ésa iba a ser la contraportada del libro. A Vlady le encantó la idea y allí mismo, sin tener voz ni voto, vi cómo Raga y Vlady escogían la portada y los dibujos que iban a ir al inicio de cada capítulo. Cuando me preguntaron: “¿Qué te parecen?”, me limité a decir: “Bien, muy bien”.



La vida en la ciudad estaba adquiriendo para mí la condición anodante de un cautiverio. De cuando en cuando Raga lograba arrastrarme al cine, al teatro o a una exposición de pintura; pero las salidas, lejos de infundirme una sensación de libertad, me hundían todavía más en la eternización de un presente carcelario. No era el presente continuo y vital del trópico, que llevaba a la mente a una plenitud sensiente y al cuerpo a su máxima potenciación, sino un presente de empantanamiento existencial sin esperanza, donde unos se subían

sobre otros para tratar de ganar la orilla de promisión (dinero, sexo y poder), que los encumbrara en un futuro telenoveler y derrochador.

Perdido el control del cuerpo (las corridas en los Viveros eran ya parte de un pasado heroico), comenzó a despertar mi interés el aspecto vital de la literatura, y comprobé con estupor que la literatura de nuestro tiempo (salvo dignísimas excepciones) se sustentaba en dos claras expresiones de anquilosamiento de la fibra de la vida: de un lado los cultores desesperados del cigarro, el alcohol y drogas afines, obligados por la desnutrición crónica a vivir en eterna agonía y con la esperanza de ocupar algún día una parcelita en la historia ejidal; del otro lado los del abdomen prominente y la calvicie precoz, que aceptan con patológica resignación la decrepitud física con el consuelo de usufructuar algún día no lejano un puesto de importancia en la dictadura ejidal. Y así vamos, atraídos asnalmente por la cultura del frijol y el maíz, cuando en la exuberancia selvática de nuestra condición histórica se pierden los inigualables frutos de mameyes, guanábanas, mangos, chicozapotes y un etcétera de exquisiteces metaejidales.

De modo que me aboqué a las autobiografías, y me eché en una semana el *Ulises criollo* de Vasconcelos, *Una vida en la vida de México* de Silva Herzog, y las *Memorias* de Cosío Villegas. Tres visiones de un mismo México se entrecruzaban para delinear un panorama histórico único, omniabarcador e ¿irrepetible? Jamás lo mexicano como particularidad había sido tan universal. Vasconcelos era el soplo originario, el motor solar de la universalidad cultural mexicana. Silva Herzog y Cosío Villegas eran puentes transhistóricos que posibilitaban la modernización global de las nuevas élites. Tres figuras del altar posrevolucionario que, observándolas con detenimiento heretizante, no podían ocultar las históricas cagadas de mosca que deslucían su semblante: el autoritarismo, la soberbia y la vanidad en Vasconcelos; y en Silva Herzog y Cosío Villegas una pasión burocrática que terminó por confundir Estado y Revolución en una totalidad doblegante. Como literatura, el *Ulises criollo* es superior a las otras

dos memorias. Y es que las sabrosas remembranzas vasconcelianas no sólo son de lo mejor de toda su obra, sino que cabría considerarlas también como la mejor expresión del género en la literatura mexicana.

Cosío recuerda que Pedro Henríquez Ureña le dijo un día que si quería ser escritor, además de tener un profundo interés en serlo, tenía que leer despacio, cuidadosamente, *Platero y yo*, y varias obras de Azorín; y que jamás dejara de usar la fórmula: sujeto, verbo y predicado. Cosío puso todo de su parte, pero ya sus *Miniaturas mexicanas* evidenciaron que lo que en Juan Ramón Jiménez y Azorín era elementalidad pura y plena, en Cosío era pobreza y deficiencia. Pésimo literato, Cosío encontró su género en el modo seco y objetivado de la historiografía; de allí que su mejor expresión escrita vaya del periodismo crítico a la monumental *Historia moderna de México*. Silva Herzog es otro caso de literato frustrado. Y justo es reconocer que la frustración literaria de estos dos intelectuales orgánicos, fue una bendición para México en un tiempo en que los estudios de Economía Política e Historia estaban empolvados en las aduanas donde llegaban los productos de importación, por causa de la disputa estéril en que se debatían nacionalistas y cosmopolitas. Al cumplirse los veinticinco años de *Cuadernos americanos*, Silva Herzog tuvo uno de esos destellos ejemplificadores de su capacidad de lucha y rubricó el celebramiento con una sentencia insuperable: “La Historia es una hazaña de la inconformidad”. Marxista terco y ortodoxo, Herzog se limitó a aplicar dogmáticamente a la realidad mexicana las lecciones convulsivas del materialismo histórico. Las “Meditaciones sobre México”, del libro *Inquietud sin tregua*, y su *Breve historia de la Revolución Mexicana* son lo más rescatable de su obra escrita.

Al hacer el acostumbrado balance entre la vida y la obra de estos tres grandes intelectuales mexicanos y encontrar que la obra vital (la Cultura —con mayúscula— en Vasconcelos; y el Fondo de Cultura, Colegio de México y Colegio Nacional en Cosío y Herzog) era muy superior a la obra escrita, experimenté un extraño desagrado que alertó

mis instintos. ¿No sería que me estaba atrapando enfermizamente tanta lectura? ¿No era la bibliolatría la causa de la desvitalización del conocer y del desconocimiento del vivir? ¿Dios, tomar a Reyes y a Borges por modelo sería el suicidio! ¿Qué hacer, entonces, con esa necesidad acuciante y sin límite de leer, releer y sobreleer? ¿No será que la lectura, al permitirnos vivir otras vidas, nos hace olvidar un presente mediocre e insufrible? Además, ¿qué carajo de aventura vital se puede vivir en la Ciudad de México? Al ser la gozación de la ciudad exclusiva de las élites, la única aventura que se puede compartir es el sufrimiento. Pero, ¿quién demonios quiere revivir a un Baudelaire, un Céline o un Bukowski?

Raga era un desastre en las tareas domésticas. Tendíamos la cama, lavábamos la ropa y limpiábamos la casa juntos, pero a la hora de cocinar el conflicto era inevitable. Jamás había conocido a nadie, ¡y menos a una mujer!, que tuviera tan poco sentido del sabor. No tenía ni la más puta idea de lo que era cocinar. ¡Ni siquiera sabía freír un huevo! Y lo peor de todo es que lo llevaba a gala. Que ya estaba bien de hacer de la mujer una esclava de casa; que ella era pintora y no cocinera; en fin, todo un discurso de esos que en la década de los sesenta las feministas habían pronunciado ante el asombro compartido por ambos sexos, pero que ahora, al igual que la lucha de clases y la revolución, eran dogmas devaluados y en crisis. ¿Soluciones? Comprar la comida ya hecha, propuso Raga. Ni madres, objeté yo. Pues latas, insistió. A la chingada las latas, repliqué. Después de varios días de conflictos que habían degenerado en una dieta de bolillos con jamón y aguacate, amasados con cerveza, agarré un estreñimiento que estuvo a punto de matarme de un impacto fecal. Gracias al consejo de la nana de Raga, sirvienta incondicional de la madre, quien nos recetó papaya —a discreción— y una purga fulminante con un té de higuera, pude volver a sentir la fluidez de la vida (si a esa vida podía considerársela fluida, y a esa fluidez, vida). Como resultado de este verdadero enmierdamiento existencial, Raga tomó más en serio la cosa y un mediodía, después

de haber salido toda la mañana, regresó cargada de granola, fibra de trigo, pasas y demás alimentos de caballo. Dijo que ella ya había resuelto el desayuno y que me tocaba a mí ver lo de la comida. Y allá voy a la Comercial Mexicana que está sobre Miguel Ángel de Quevedo. ¡Dios, casi me muero al pasar frente a la pescadería! Con razón decía el afiebrado Unamuno que el hombre era el único animal que se dedicaba a coleccionar cadáveres. Descartado el pescado, me fui a las carnes; y al acercarme al departamento de salchichonería, una tipa fea como la chingada y muy parlanchina me endilgó las extraordinarias ofertas del momento: chuletas ahumadas y salchichas, que acompañadas de huevos y papas fritas se convertirían en el celebrado menú de las próximas semanas.

Mientras yo preparaba la comida y Raga lavaba los trastes, nos repetíamos que era indispensable tomar en serio la cocina y dedicarle más tiempo a su aprendizaje. Raga llegó al punto increíble de ir a tomar unas clases con su nana (bueno, eso me decía). Lo cierto es que, fuera de un recetario del tiempo de su abuela, no sacó nada en limpio.

Estómago estándar y mexicana hasta la médula, la pasión culinaria de Raga eran los tacos al pastor que vendían en un changarro a una cuadra de la plaza de Coyoacán. Bastaba un ligero dolor de cabeza, síntomas de cansancio, cualquier pretexto para que amorosa me convenciera de dejar las chuletas, las salchichas y los huevos para entrarle duro a los mentados tacos. Una tarde, habiendo regresado de comer tacos y estando recostados en la cama en un creciente cachondeo sexual, oímos con extrañeza que alguien llamaba a la puerta. Dejamos pasar unos segundos pensando que sería algún vendedor ambulante, pero los toques se repitieron con mayor intensidad. Reconponiéndose un poco, Raga fue a abrir y, tras un ligero cuchicheo, gritó alborozada. Me levanté medio molesto y fui a ver.

—¡Don Ramón! —exclamé como si ante mí estuviera el Espíritu Santo en persona.

—Hombre, no me imaginé encontrarte así —dijo don Ramón observando con detenimiento el entorno.

—¿Así cómo?

—En una vida tan hogareña. Y se ve que te va bien ¿eh? —dijo palmeándome el abdomen.

—Esta pinche ciudad ya me tiene hasta la madre —expresé con violencia.

Raga y don Ramón cruzaron una mirada interrogante, y el viejo se dio cuenta que la situación no estaba para causticidades.

Le pregunté a don Ramón si ya había comido, y al decirme que sí le propuse un café, que aceptó gustoso. Me fui a la cocina y mientras lo preparaba comencé a sentir cómo la boca se me llenaba de una saliva amarga y viscosa. Eché mano a una botella de tequila y le di varios tragos. Era ridículo y, al mismo tiempo, grave que me afectara tanto el hecho de que don Ramón me encontrara viviendo de esa forma con Raga. Tenía la angustiada sensación de haber profanado algo, de haber fallado en un pacto, de... ¡Mierda, ya estaba hasta la madre de tener que rendir cuentas! ¿Acaso era mi padre? Un agudo crujimiento de tripas me hizo reparar en ese abdomen que don Ramón acababa de palmear con intención acusadora. Porque, ¿qué otra cosa quiso decir el cabrón viejo con la palmadita sino que el ejercicio y, por lo tanto, el método se habían ido al carajo? Empezó a hervir el agua y mientras veía cómo las burbujas subían hacia la superficie explotando, pensé que era cuestión de minutos que el pinche viejo misógino tronara aparatosamente con Raga.

—Gracias —dijo don Ramón una vez que le puse el café enfrente.

—¿Una copita? —le preguntó Raga con un tono amistoso que empezó a intrigarme.

—Pues, ¿dime qué sería?

—¿Qué tal de Grand Marnier?

—Mujer, no me opongo. Pues en verdad que tienes un sentido innato del color —expresó el viejo al tiempo que señalaba con la taza de café en alto hacia la esquina donde Raga tenía su caballete de trabajo.

—Quiero completar una exposición con esos paisajes submarinos —le dijo Raga al regresar con la copa en la mano.

—¿Y ya tienes dónde exponer?

—Hay varias posibilidades.

—Muy bien, muy bien —dijo el viejo complacido—. ¿Y tú qué? —inquirió dirigiéndose a mí.

—Nada.

—¿Y eso?

—Pues nada, ¿o no sabe lo que quiere decir nada?

—Coño, pero es que tú no estás bien en ningún lado.

—Está así por la publicación de su libro —terció Raga.

—¡A la chingada el libro!

—¿Ya te van a publicar esa majadería? —insistió el viejo con saña.

—Así es —dijo Raga gozando el entendimiento con el pinche viejo.

—¿Y qué editorial va a emprender tamaña proeza?

—Ni más ni menos que Joaquín Mortiz —dijo ufana Raga.

—¡Coño, ese Diez-Canedo ya está viejo!

—Voy a dar una vuelta al parque —dijo levantándose con violencia.

—Ahí tienes, mujer, el hombre que te espera: cobarde, rencoroso y solemne.

—¡Yo no soy hombre de nadie!

—Joder, entonces la cosa está peor de lo que yo suponía.

—Anda, tontito, siéntate y no seas maleducado.

Miré a Raga fulminante, y ésta, viendo que la situación estaba a punto de estallar, se levantó y entre besos y caricias me atrajo hacia su asiento.

—Ahí te mandan un saludo Bernardino y el Basilisco —dijo don Ramón cambiando de tema.

Permanecí callado y el ambiente se tornó incómodo.

—¿Y cuándo llegó, don Ramón? —preguntó Raga sin dejar de sobarme.

—Ayer por la tarde. Por el telegrama que recibí parece que hay problemas en la costa.

—¿Graves? —insistió Raga.

—Me temo que sí, mujer. Pero, en fin, ¿qué me contáis vosotros?

—Estamos entregados por completo al libro. Yo apenas tengo tiempo para pintar.

—Ese cuadro que estás pintando sería una portada estupenda, ¿o no?

—No, la portada y los dibujos van a ser de Vlady. ¿Lo conoce?

—Sí, he visto algunas de sus locuras. Ojalá y no sea un embrollo de esos sicopolíticos que él acostumbra.

—Bueno, a mí me gusta. Aunque a decir verdad es un poco complicada. ¿O qué piensas tú? —dijo dirigiéndose a mí.

—A mí todo esto me vale madre. ¿Cuándo se va usted para Playa Tortuga?

—Hombre, no sé. Tengo que comprar la despensa y arreglar varios asuntos... Tal vez en cuatro o cinco días.

—¿Y dónde se está quedando?

—Pues en mi departamento, dónde iba a ser.

—¿Ya está bien?

—Claro, lo único que tenía eran unas rajaditas. Pero sirvió para que lo pintaran todo de nuevo. Por cierto, allá dejaste algunas cosillas.

—Me voy a ir con usted —dije de pronto.

—¡Estás loco! —reaccionó Raga.

—Tranquilízate, muchacho. Deberías saltar de contento porque te van a publicar en la editorial Joaquín Mortiz.

—Eres un majadero desagradecido —dijo Raga al tiempo que me daba un fuerte pellizco en la grasa acumulada en el abdomen.

La patada en la mesa tiró la taza de café y la copa, y Raga se levantó y se fue hacia la cocina.

—Hombre, Eugenio, esta mujer vale la pena y mira que la vas a perder.

—Ya todo me importa un carajo.

—Qué va, hombre, qué va.

Regresó Raga y se puso a limpiar la mesa. De soslayo me echó una mirada que no supe si era de odio o de desengaño.

—¡Putá, qué mal ando! —dije al tiempo que me encaminaba hacia la biblioteca.

Oí un breve diálogo entre Raga y el viejo y al rato éste llegó a la mesa donde yo estaba comiéndome las uñas con desesperación.

—¡Caramba, qué bella biblioteca tienes aquí! —exclamó don Ramón echándome una mano amistosa sobre el hombro.

—Esto va de mal en peor, don Ramón —dije abatido y desenergizado.

—¿No has hecho ejercicio, ni karate, ni meditación...?

—Ni he escrito nada.

—¡Coño, pero si tienes todo para hacerlo! ¿Es conflictiva esa muchacha?

—No, francamente no. No es ella, soy yo. O tal vez sea esta pinche ciudad.

—No, eres tú y sólo tú. Esa maldita desesperación que te corroe el alma; ese deseo de querer pasar por todo para en seguida rechazarlo; ese individualismo suicida de no querer compartir nada con nadie.

—¿Y qué puedo hacer, don Ramón?

—¡Método, joder, método!

—¡Dios, cómo echo de menos la vida en la costa con usted!

—Anda, anda, no seas chiquillo. Mientras yo veo qué tienes aquí ve a disculparte con esa muchacha.

Sin sentir la menor oposición interna me levanté y fui a la sala, donde vi a Raga instalada frente al caballete.

—Soy una perfecta mierda, perdóname.

—Es el colmo, yo no sé cómo puedes atreverte a escribir que don Ramón es un misógino y un machista, si a tu lado es un...

—De acuerdo, tienes toda la razón.

—Yo no quiero tener la razón. Lo que quiero es que me respetes; que nuestra relación sea sincera; que no me uses como si fuera uno de esos libros que lees, criticas y tiras con él.

—Perdóname, de veras, yo...

—No, Eugenio. No tienes derecho al perdón; eres un cínico sinvergüenza.

—Bueno, ¿qué demonios quieres que haga?

Se me quedó viendo con ese encendido de ojos hechizante y al fin cedió:

—¡Ay, si no fuera por lo mucho que te quiero, desgraciado!

—Yo a ti también.

—Sí, ya vi. De un golpe y tiras conmigo en el camino.

—Perdóname, de veras. Es que de repente se me vino todo al suelo.

—¡No tienes remedio!

—Sí, si tú me ayudas.

—¿Más?

—Tienes que obligarme a que haga ejercicio.

—¿Pero cómo quieres que te obligue, tontito?

—Ya está, ya tengo la solución.

—Uy, esas soluciones repentinas no me hacen tilín.

—Ya verás. Vamos a decirle a don Ramón que nos dé clases de karate.

Nos fuimos amorosamente complementados hacia la biblioteca, y al entrar vimos a don Ramón, con un libro en la mano, cómo nos veía entre risueño y mordaz.

—Caramba, muchacho, lo que tienes aquí no está nada mal —dijo señalando los amplios libreros—. ¿De tu padre, verdad?

—Sí.

—¿Y qué profesión tenía?

—Era abogado, pero se creía con derecho a meter su hocico en todo, desde los negocios hasta la cultura.

—Esta fotografía es de él, ¿no?

—Sí, fue tomada como diez años antes de su muerte.

—No sé por qué, pero se me hace cara conocida. ¿Iba al Club Mundet?

—No, al Asturiano.

—Pues aquí tienes muy buen material para el estudio —dijo extendiendo su brazo frente a los librereros—: Caso, Vasconcelos, Reyes, Henríquez Ureña, todo lo de Contemporáneos...

—He estado leyendo a los españoles de la generación del 98.

—Muy bien, muy bien. Eso es lo que tienes que hacer y dejarte de chiquilladas. Ten los pies aquí, en el presente, pero no permitas que tu cabeza se presentaneice.

—¿Qué le quiere decir con eso? —preguntó Raga.

—Yo sé —dije con suficiencia.

—Tú sí, pero yo no.

—Lo que le quiero decir, mujer, es que no se deje absorber demasiado por el parto de su primer libro. Cierto que tiene que supervisar la edición y todo eso, pero no debe dejarse arrastrar por el marasmo de la presentaneidad.

—Si quiere usted decir que no le dé importancia a la edición del libro, yo no estoy de acuerdo, don Ramón —dijo Raga con firmeza.

—No, no es eso. Mira, lo que yo estoy tratando de decir es que se cuide de entrar en conflicto con la efimeridad del presente. El presente es un simple pasaje entre el pasado y el futuro y como tal hay que tomarlo. Si haces de ese pasaje una estadía, cortas tus vínculos con el ayer sustentador y con el mañana incentivador, y te quedas en una mera efimeridad presentánea, ¿entiendes?

—Creo que sí, pero...

—Déjame ponerte un ejemplo clarificador. Tú, como pintora, qué prefieres: ¿polemizar con Turner, Gauguin y Van Gogh, que dices que son los pintores que más próximos sientes, o entregarte a una polémica resentida y banal con un crítico presentáneo?

—Bueno, si lo pone así, claro que prefiero la referencia de los grandes.

—Pues eso es lo que le estoy diciendo a este descastado: que se pelee con Unamuno, Gasset, Reyes, Vasconcelos o cualquiera de los grandes, y no con los molinos de viento que fantasmagorizan el presente.

—Oiga, don Ramón. Queremos pedirle el gran favor de que antes de que se vaya nos dé unas clases de karate —dije aprovechando la coyuntura.

—No te hagas tonto, muchacho. Aquí puedes elegir entre cien maestros mucho más competentes que yo.

—No le saque la vuelta.

—¿Y si se lo pido yo de corazón? —dijo Raga de repente.

—Bueno, mujer. No sé qué te habrá contado este malcriado, pero es que yo no paso de ser un principiante.

—¡Principiante! A otro con ese cuento —dije viendo cómo Raga había logrado ablandar al viejo.

—Además no tiene caso empezar algo que luego no se va a continuar. Eso a la larga contribuye a una desvoluntarización.

—Ahí viene la letanía. Ahora nos va a salir con la nolutad gassetiana.

—No gassetiana, mocoso. Antes unamuniana. ¿Cuánto tiempo llevas sufriendo a este descastado, mujer?

—Apenas unas semanas —dijo Raga a la defensiva.

—¿Y no ha sido tiempo más que suficiente para comprobar su nolutad?

—Ya, don Ramón. ¿Quiere que Raga y yo volvamos a pelear?

—Ahí lo tienes: un modelo degenerado del anarca jüngeriano, que no tiene pantalones ni para ser guerrero ni para conformarse como proletario.

—A la chingada con ese pendejo de Jünger. Yo no miro para atrás, sino hacia adelante.

—Ya te he dicho que tú miras, pero no ves. Y la verdad es que ni anarca llegas a ser; lo que tú eres es un nihilistaseudodionisiaco, un *plein fainéant*, un...

—Prefiero ser un nadificador que un totalizador.

—Sí, nadificador de todos y totalizador de nada.

—Ese fue Mallarmé, maestro. Pero si quiere podemos retomar aquel jueguito de lo nadificante y lo nadificado.

—Lo que sucede —dijo Raga con aplomo—, es que Eugenio hasta ahora no ha tenido obligaciones. Hizo lo que quiso, por eso nunca quiso nada.

—A ver, a ver, ¿cómo está eso?

—Sí, corazón. Ya llegó la hora de compartir.

—¿Compartir qué?

—Todo.

—Bueno, ya me voy —dijo don Ramón—. ¿Funciona el teléfono?

—Claro, le voy a anotar el número en una tarjetita —dijo Raga acompañándolo.

—Éntrale duro al estudio, que tenemos mucho que discutir —me dijo el viejo despidiéndose.

Oí un breve intercambio de palabras, y después el seco sonido de la puerta al cerrarse me hizo esperar a la defensiva la aparición de Raga. Me dejé resbalar en el sofá y sentí que en la parte central del mismo se abría un espacio relajante. Pronto me vi flotar en una oscuridad circular de preguntas sin respuesta; hasta que la densa negrura tomó la forma ominosa y aplastante de la duda; pero no de la duda metódica o religiosa, sino de la duda carnal que encoleriza la sangre y obnubila el pensamiento. ¿Qué querría decir la cabrona con compartir? Emergí desesperado a la superficie y no vi nada. ¿Salió con él? Me dejé llevar por la corriente envolvente del pensamiento y arribé por enésima vez a la playa ancestral de una infancia que sólo conocía la esencia de la posesividad en la primera persona de singular.

Al día siguiente, tempranísimo, don Ramón pasó por nosotros y se me hizo claro que la característica misoginia del viejo celta —¿o sería una imagen especular mía?— había sido contundentemente derrotada por Raga. Dimos tres vueltas a los Viveros y en seguida nos dedicamos al ejercicio. Desde el principio Raga evidenció una facilidad extraordinaria para la patada de lado, y esto terminó de mandarme a la chingada.

Tres días seguidos vino el viejo a despertarnos y esos tres días Raga se olvidó por completo de que existía el proyecto de editar un

libro, y se dedicó a pintar como desesperada para que el cabrón viejo le echara flores. Por la risa de los dos y las miradas conniventes que se cruzaban, llegué a la conclusión de que estaban tramando algo contra mí; así que me hice el pendejo y me dediqué a lo mío que es hacer, deshacer y rehacer lecturas-cuestionamientos.

Dos días antes de la partida del viejo, Raga me comunicó desde temprano que esa noche le íbamos a hacer una cena de despedida.

—¿Dónde? —pregunté.

—Aquí, ¿o te molesta?

—No, no. Por mí está bien.

—¿Te importa que invite a la condesa?

—¿Qué? Por favor, sé coherente, la condesa y don Ramón harían corto circuito.

—No lo creo.

—¿Que no?

—Ya verás que no.

Y lo vi. Don Ramón llegó a las ocho en punto, encontrándose con que Raga no estaba aún lista y la condesa no había llegado. Nos sentamos a tomar un par de tragos y charlamos muy a gusto como en los viejos tiempos. Para mi sorpresa don Ramón apuró con bastante rapidez el primer tequila y aceptó gustoso el segundo. Le pregunté si algo andaba mal y al negar con su cabeza, noté que el fulgor de sus ojos desdecía sus palabras. Se hizo un silencio denso e incómodo, y para salir de él don Ramón empezó a hablar sobre la relación vida-obra y el peligro de que cualquiera de los términos se impusiera de manera autoritaria sobre el otro. Me dijo que pronto iba a llegar al punto en que el escritor se encuentra a sí mismo. Le pregunté que cuál era ese punto, y me respondió que estaba justo al final de todas mis lecturas. Añadió que el conocimiento libresco y la erudición eran como una vacuna para el escritor; necesaria para evitar la patología, pero perjudicial para la sanidad creativa. Así pues, si quería en verdad escribir algo propio y aportador pronto tendría que dedicarme a desechar el andamiaje cómodo, pero impersonal, de tanta informa-

ción acumulada. Quise objetar que esa información era parte de la búsqueda de mi yo, pero me cortó tajante diciendo que la erudición y la crítica eran las formas más plenas de la esterilidad creativa.

Sonó el timbre de la puerta y me levanté a abrir. Y que me encuentro con una Dolores del Río desbordante en su madurez y solarizada por el radiante amarillo de un traje de noche que le daba al rostro un fulgor aduraznado. Al comentarle lo del extraordinario parecido con la inmortal actriz, expresó sonriente que varias veces le habían pedido autógrafos en la calle. Entramos en la sala y don Ramón se levantó solícito a saludar a la radiante condesa. Al presentársela como la condesa del Risco, noté en don Ramón un cambio total en relación con el ser que minutos antes me hablaba con su voz aquí, pero su corazón en otro lado. La condesa aceptó acompañarnos con un tequila, y mientras lo servía pude ver de reojo que el rostro del viejo adquiriría un rubor inocultable al tomar el abrigo de la condesa para que ésta se sentara.

—He oído tantas cosas de usted, que me lo imaginaba de otra manera —dijo la condesa sentándose mientras don Ramón miraba desconcertado en busca de un lugar donde colocar el abrigo.

La llegada de Raga —la imagen juvenil de la condesa, pero más marina que solar por el verde turquesa de su atuendo— sacó al viejo del apuro y dio lugar a un festivo intercambio de saludos. Serví a Raga otro tequila y nos sentamos a charlar.

—Le decía que no me lo imaginaba tan jovial y elegante —insistió la condesa, hablando más a Raga que a don Ramón, que juntos compartían un sofá.

—Gracias —dijo don Ramón con nerviosa brevedad.

La imagen de don Ramón, enfundado en un impecable terno azul claro príncipe de gales, que hacía juego con el plateado de su cabellera, adquirió un aire entre patético y jocoso por el encendido color de su rostro.

—He estado buscando algún libro suyo y no he podido encontrarlo —dijo la condesa totalmente dueña de la situación.

—No, señora. Las dos obras menores que me publicó la UNAM están agotadas —dijo don Ramón tieso como una estatua.

—Ah, vaya —expresó la condesa—. ¿Y de qué parte de España es usted?

El viejo, ¿falta de convivencia galante?, daba la impresión de querer morirse. Sobre los viriles surcos de su frente empezaron a aflorar gotitas de sudor que eran fiel expresión de la terrible combustión interna.

—De las Rías gallegas, pero...

—¡Qué belleza de lugar! —exclamó la condesa dejando a don Ramón en suspenso.

Al ver cómo a don Ramón le temblaba la mano al llevar la copa de tequila a la boca, no pude reprimir el impacto y estallé en ruidosas carcajadas. La condesa miró primero hacia mí y luego volteó a ver a Raga, por último reparó en el encendido abrasador de don Ramón y expresó con la mayor naturalidad:

—¿Hace calor, verdad? ¿Por qué no se quita el saco? —dijo dirigiéndose a don Ramón.

Al pasar de los tequilas a los vodkas con naranja, el ambiente se tornó menos denso y una brisa relajante principió a inflar las velas de la pulsión gozadora. Ante la exquisitez de la cena, *soufflé* de huitlacoche con *fondue de gruyère*, acompañados de un par de botellas de Dom Pérignon, don Ramón se soltó en una florida apología del buen comer de la que sólo logró interesarme la mención de un tal Apicio, paradigma del culto excepcional de los romanos a la gastronomía. Este Apicio, famoso por la esplendidez de sus banquetes, al empobrecer prefirió suicidarse antes que soportar el recuerdo de la plenitud perdida.

Las chispitas juguetonas del champaña terminaron liberando el poder afrodisíaco de los hongos divinos del maíz, y la celebración fue entrando en una fase transgresora. Don Ramón, al que jamás había visto tan galante y cachondón, cuando se enteró de que la condesa se había encargado por completo de la cena, le dijo, medio en serio me-

dio en broma, que esperaba tener la oportunidad de igualar al menos tan señalado cumplimiento. Y la condesa, presta y señoreante, que va diciendo que le encantaría ir a bailar a un lugar nuevo y muy *chic*. Y dicho y hecho.

En el asiento posterior del Corsar de la condesa, Raga y yo parecíamos un par de ancianos perplejos viendo cómo don Ramón celebraba las locuras de la condesa, que se creía ama y señora de la peligrosa nocturnidad de Tenochtitlan.

—Quién sabe en qué termine esto —murmuré. Raga acercó sus labios a mi oreja y entre descargas eléctricas y mordisqueantes insinuaciones pude distinguir un: “Hasta para lo festivo eres huraño”, que me hizo sentir como un verdadero *alien*.

Llegamos a un resplandeciente lugar en una zona privilegiada del Pedregal de San Ángel.

Al entrar nos registraron a don Ramón y a mí para ver si portábamos armas. Pasamos y de inmediato un capitán de meseros habló algo con la condesa y nos llevó hacia un bar que estaba hasta la madre. Nos acomodó en una mesa, y desde el asiento donde me dejé caer vi infinidad de rostros en medio de un estruendo musical insoportable. Por doquier, en lugar de cuadros, esculturas u otros objetos estéticos, había enormes pantallas de video. Noté que todos los rostros miraban hacia alguna de aquellas pantallas y que si alguien hablaba nadie le hacía caso. La condesa, feliz y desbordante, pudo hacerse oír por fin gracias a la descansante voz de una negra sensual y prostibularia que abría incitantes sus jugosos labios para dejar escapar un *love me tonight*, que llamaba a apurar con desesperación los tragos. Llegaron nuestros vodkas y el capitán de meseros, con una amabilidad y educación que aumentaron aún más mi desconcierto, nos comunicó que ya teníamos reservado un lugar en la discoteca.

Nos metieron por un largo pasillo medieval donde se exhibían a ambos lados jaulas con tigres y leones desnutridos. El efecto de la piedra acartonada le daba a la enorme gruta donde entramos un aire de *set* hollywoodesco que de un momento a otro podía venirse

abajo a consecuencia de un temblor. La música comenzó a tornarse insufrible y, preocupado por no tropezar con alguno de los muchos bultos que la luz roja impedía distinguir al paso, no reparé en el entorno hasta que estuve sentado. Lo primero que llamó mi atención fue una pista de baile que, unos veinte metros más abajo de donde estábamos nosotros, se encontraba saturada de cuerpos que se movían frenéticos en busca de olvido y gozación. Don Ramón pidió una botella de vodka y al ver la cara que yo ponía se acercó para que lo pudiera oír:

—Jamás asumas un puesto oficial de crítico —dijo con firmeza.

—¿Qué quiere decir con eso? —pregunté molesto.

—¡Que eres un tirano irremediable!

—¿De qué hablan? —preguntó la condesa con una vitalidad creciente.

—Que Eugenio está desesperado por salir a bailar —dijo Raga golpeándome por debajo de la mesa.

—¡Qué emoción, yo también! —exclamó triunfal la condesa—. ¿Vamos? —le dijo a don Ramón.

Y se fueron alegres y tomados de la mano hacia la pista de baile. Llegó el camarero con la bebida y le entré duro al trago.

—A ver si así se te quita lo inquisitorial —dijo Raga lanzándome una mirada de reproche.

—¡Joder, todos contra mí! —expresé fastidiado.

Me serví un segundo vodka con mucho hielo y poca naranja, y al tiempo de paladearlo con un deleite de crápula consumado, lancé una mirada radarizante y descubrí en una mesa cercana a la nuestra unas chavas que, por la manera en que juntaban sus cabezas, parecían estar hasta el gorro. Al ver que yo las veía, una de ellas, con un corte de pelo que me recordó a la divina Garbo, comenzó a besarle el cuello a la otra con una técnica tan depurada que cuando ya la boca conquistante pasó del lóbulo de la oreja a una fusión total con la boca conquistada, sentí cómo desde lo más profundo de mi enraizamiento comenzaba a crecer el frondoso tallo del deseo.

—¡Dios, qué desperdicio! —exclamé sofocado. Raga, que ya había notado mi curiosidad, me soltó a quemarropa:

—¡No seas envidioso!

Y juro que traté de no serlo. Pero conforme el vodka despertaba mi animalidad, todo un mundo de pulsiones irracionales pugnaba por salirse de sus cauces. El relampagueo de las luces se hizo más intenso y al mirar en derredor vi que en todas las mesas las manos y las bocas gobernaban sin oposición. La mesa de la tentación me llamaba de una manera que, por más que trataba de racionalizarla, se escapaba a mi control, ¿por qué demonios me atraería con tanta fuerza ese escarceo vicioso entre dos mujeres? No pude evitarlo y volví a mirar: la muchacha que llevaba la parte activa o conquistante observaba ahora la pista de baile, mientras la otra fijaba su atención en una botella que tenía enfrente. Con mucho, la pasiva era más atractiva y excitante, pero la activa tenía un *look* andrógino que rezumaba sensualidad por todos lados.

—¿Ya viste? —dijo Raga obligándome de golpe a cambiar de frecuencia.

—¿Qué pasa?

—Los tortolitos —dijo señalando hacia la pista de baile.

— ¡Putas, si no lo veo no lo creo!

En medio de todo el desgarriate que era la pista de baile, don Ramón y la condesa brincaban como felinos.

—Ya empezó a deschavetarse el viejo, ¿viste eso que acaba de hacer? —le dije a Raga ante el giro circular de karate que el viejo acababa de enseñarle a la condesa.

—¡Qué bello movimiento!

Don Ramón se dejó llevar por la euforia con que la condesa celebraba sus exhibiciones y empezó a marcar el ritmo del rock pesado que sonaba, Bruce Springsteen, si no me equivoco, con movimientos de defensa y ataque. Pronto logró abrir un espacio en torno a él, lo que me produjo un desagradable cosquilleo en el estómago.

—Esto va a terminar mal —dije moviendo en reprobación la cabeza.

—¡Y dale con esa negatividad! Anda, vamos a bailar, tontito.

—Déjame ir al baño —dije aprovechando para escabullirme.

Pasé frente a la mesa que me traía asoleado, y clavé mis ojos en la jugosa fenomenización de las chichitas que la camiseta sin mangas de la muchacha pasiva dejaba entrever con —¿premeditado?— descuido. De nuevo se desbocó mi animalidad, y al llegar al baño tuve que hacerme el pendejo un rato para esperar a que se pasara el endurecimiento que imposibilitaba la salida de la orina. De regreso a la mesa estuve a un tris de írmele encima, cuando vi cómo la muchacha activa le daba a una de aquellas chichitas unos masajes ordeñantes. Tan pronto como llegué, Raga dijo que aprovechaba para ir ella. Desde que se levantó vi cómo las muchachas de la mesa fatídica se fijaban en la inmistificable radiantez de Raga. Pasó frente a ellas y se la comieron literalmente con la vista. “Putá, esto es demasiado”, me dije mientras servía otro trago y comprobaba que la botella iba ya por la mitad. La música cambió de ritmo y la pareja se llevó mi vista tras ella hacia la pista de baile. Acerté a distinguir cómo la pasiva se le colgaba del cuello a la activa y después se perdieron entre la muchedumbre de parejas. Traté de buscar a don Ramón y a la condesa, pero después de cinco minutos de búsqueda desistí. El efecto del vodka estaba ya en pleno apogeo y una neblina de gozosa despreocupación parecía envolverlo todo. De pronto distinguí la plateada cabellera de don Ramón, y casi me caigo del asiento al ver cómo el viejo bailaba pegado a la condesa como si estuvieran haciendo el amor con los cachetes.

—¿De qué te ríes? —inquirió Raga ya de regreso.

—Mira a tus tortolitos —señalé.

—¡Qué bien! Anda, vamos a bailar.

Nos perdimos entre el torbellino de cuerpos abrazados, y Raga comenzó un masajeo con su muslo derecho que no tuvo que esforzarse mucho para lograr el resultado apetecido. Después dejó resbalar con elegancia su mano y el masajeo se tornó calculada frotación. Sentí que me fundía en una humedad caliente, y cuando al fin abrí los ojos para terrenalizar la vivencia, que me voy encontrando con

las caritas risueñas de las dos locas. En seguida Raga se dio cuenta de mi sobresalto y al separar su cabeza hacia atrás pudo ver lo que yo veía.

—Bella chava, ¿verdad? —me susurró.

—¿Cuál? —pregunté desconcertado.

—La chava, no te hagas —dijo dándome un mordisquito juguetón en la oreja.

—Pero es que las dos son chavas.

—Ay, cómo eres tontito. El de pelo corto es el chavo.

—¿Qué?

La pareja, ¿consecuencia de nuestro voyeurismo?, se trenzó en una profunda comunión de lenguas. Por más que miraba y miraba, yo estaba convencido de que eran dos chavas. Jalé a Raga hacia ellas siguiendo el ritmo del baile y vi que, al girar, las dos tenían unas nalguitas sabrosamente femeninas.

—Me juego los huevos a que son dos chavas —le dije en un tono medio subido a Raga.

La pareja debió de oírme, porque en seguida se separaron como para ofrecernos una visión desmistificadora.

—¡Oye, es verdad! —exclamó Raga echándose sobre mi hombro—. ¿Viste que las dos tienen pechos?

—Te lo dije.

—¡Y qué bien están las canijas!

—Eso es lo que yo llamo un verdadero desperdicio.

Raga volvió al ataque con más ímpetu y cuando yo estaba ya a punto de dejarme caer sobre ella en el rincón oscuro donde ¿bailábamos?, se prendieron las luces anunciadoras del cambio de música. Con los primeros rasgueos electrizantes de una guitarra, los cuerpos comenzaron a separarse y la pista fue invadida por los que, sin haber superado la fase primitiva del flirteo, estaban desesperados por desahogar su pulsión deseante con brinquitos y movimientos acechantes. Nos fuimos a la mesa y allí encontramos a don Ramón y a la condesa en plena euforia celebrante.

Cuando don Ramón pidió la segunda botella de vodka yo ya estaba hasta la madre. La pareja de tortillitas que antes había puesto a plena asta mi bandera de combate, terminó por producirme un molesto escozor de huevos al no dejar ni por un segundo de devorar a Raga con sus miradas de inocultable lascivia. Viendo que de un momento a otro yo podía estallar contra las tribaderas, Raga se dedicó a apapacharme mientras me sensualisusurraba que tenía que ser más comprensivo y tolerante con los demás, que esas chavas tenían todo el derecho a disfrutar su cuerpo como mejor les viniera en gana, que me hacía mucho daño fluctuar constantemente entre el odio y el deseo. Por fortuna, a la mesa de las tortillitas llegó otra pareja no menos andrógina y estrafalaria, lo que permitió distraer la atención hacia otro lado.

Don Ramón, poseedor de una condición física extraordinaria para su edad, no salía de la pista de baile donde la condesa era ahora, ya entrada la madrugada, la reina incuestionable. No sé si por lo subido del ambiente, o porque tal era la norma de la casa, los meseros trajeron varias botellas de champaña baratero y las distribuyeron a su arbitrio. Por supuesto, la condesa se quedó con una, que una vez abierta por don Ramón sirvió para que se dieran un completo baño de champaña.

Todo me daba vueltas dentro de la cabeza y en un destello de lucidez comprendí que o me movía o el *soufflé* de huitlacoche y el *gruyère* terminarían recorriendo el camino de regreso. Me levanté para ir al baño y esperé unos segundos a que las mesas y el pasillo dejaran de moverse. Como dos haces de luz incandescentes llegaron la condesa y don Ramón para jalarnos hacia la pista de baile. Y allá vamos. A los primeros brincos tuve un conato de vómito.

—¿Qué te pasa? ¡Estás muy blanco! —me dijo Raga.

—Ahora vengo —acerté a decir.

Me metí trastabillante entre las mesas y, ya perdido en el laberinto de la borrachera, sentí que una mano aterciopelada tomaba la mía por sorpresa. Miré hacia abajo y vi la expresión entre lujuriosa y diabólica de la mantis sagrada.

—¿No te quieres dar una esnifeada, primor? —dijo la chava activa ofreciéndome un pequeño adminículo plateado con polvito blanco en el centro.

Miré hacia los tres rostros que parecían prenderse del mío con deleite y exclamé apartando el brazo:

—¡Vayan a dársela a su chingada madre!

Me fui al baño y guacaréé hasta desear la muerte. El mozo encargado del mantenimiento se apiadó de mí y, al tiempo que me daba toallitas y más toallitas, me lanzó unos sermones condenatorios. Le di una buena propina y justo cuando iba a salir, entró don Ramón con un brillo de ojos que lo hacían todavía más marciano.

—¡Joder, ni para lo festivo eres bueno!

—Putá, algo me cayó mal.

Don Ramón se fue a un mingitorio y yo lo esperé con la espalda contra la pared y poseído por el blanco anonadante del reflejo de la luz sobre las baldosas. Desde la nadidad donde me encontraba oí su voz:

—Saber sufrir y saber gozar son los dos extremos que delimitan el quehacer del verdadero sabio. Quien no sabe sufrir con nobleza no puede gozar con plenitud. ¿Me estás oyendo? No hay asentamiento en tu obrar, coño. ¿Y sabes por qué? Porque el mundo se te deshizo en palabras. Por eso asfixias el alma en esa selva de recuestionamientos. Mira nada más qué imagen de hombre de conocimiento —dijo parándose frente a mí.

—No chingue, don Ramón. Quisiera yo verlo a usted así.

—¡Pero es que yo no me dejo ver así!

—Mierda, ya vámonos y déjeme tranquilo.

Me encaminé hacia la puerta y al salir don Ramón me atajó con firmeza.

—Mira, muchacho. No se puede estar parado con impunidad encima del mundo. Vivir en el vértigo de la cotidianidad sin ser absorbido por la nada no es algo gratuito, sino una proeza. Y para lograr esta proeza hay que echarle mucha voluntad y mucha mente, y no hígado, como tú haces. ¿Entiendes?

Tardé casi un par de horas en entender. A la condesa se le había metido en su antojadiza cabecita que una noche como ésa tenía que culminar a fuerza con un chocolate con churros a la vieja usanza. Don Ramón se entusiasmó con la idea y allá vamos por el Periférico para salir a Reforma. Serían las seis de la mañana. Tendido en el asiento posterior y arrullado por Raga, mi ser devenía naufragante en busca de una playa onírica donde descansar para siempre del yugo inflexible de la conciencia. Pero todos los intentos desaparecientes eran regresados por el desenfreno velocilúcido de la condesa. Y así estaba viendo playas, pero a merced del mareante oleaje, hasta que en uno de tantos acercamientos me subí a una enorme ola y fui arrojado de bruces en la arena. Vi cómo la patrulla se adelantaba haciéndonos el alto obligado.

—¿Qué pasa? —pregunté destanteado.

—Nada —dijo Raga calmándome—. La condesa les hizo un chiste a los patrulleros y al parecer no les causó mucha gracia.

—¡Hostia, no le hagáis caso! —rugió don Ramón. La patrulla se paró unos metros adelante esperando que alguien se bajara. La condesa tomó a don Ramón del brazo y le dijo que no se bajara, que eran los patrulleros los que tenían que acercarse. Y así estuvimos unos minutos, la condesa eufórica, la música a todo volumen, Raga y don Ramón hablando del esplendente amanecer, y yo agonizante, hasta que un patrullero con cara de mapache se acercó a la ventanilla de la condesa.

—Buenas.

—¿Qué se le ofrece?

—¿Dónde cree usted que está manejando para ir a ciento veinte?

—Anda, anda. Echa la multa y ya —dijo don Ramón ninguneándolo.

—Y además bebidos —dijo el patrullero molesto—. ¡Acompáñenme a la delegación!

—Mire, nos está usted estropeando una velada preciosa —expresó con elegancia la condesa—. Dígame, ¿de cuánto es la molestia?

—¿Qué pasó? —dijo otro patrullero haciendo visible su condición de mando.

—Pues aquí, mi sargento. Que además de conducir con exceso de velocidad vienen bebidos.

—Pues jalándole para la delegación —dijo autoritario el sargento.

—¡Qué delegación ni que ocho cuartos! —exclamó furioso don Ramón.

La condesa echó mano a su bolso y extrajo un billete de diez mil pesos que sacó por la ventanilla. El patrullero con cara de mapache hizo ademán de tomar el billete, pero el sargento lo paró en seco diciéndole que a los cargos establecidos le aunará también el intento de soborno.

—Jalándole para la delegación —dijo el sargento encaminándose hacia la patrulla—. Y cuidadito con pasarse de listos, ¿eh?

—¡Joder, este jenízaro de mierda se cree un Napoleón! —expresó con su vozarrón el viejo celta.

El sargento, chaparro y barrigón, pareció oír lo dicho por don Ramón porque se volvió amenazante con la mano sobre la culata de su pistola.

—¡Repítame eso! —gritó acercándose a la ventanilla.

Don Ramón abrió con rapidez la puerta y cuando ya estaba con medio cuerpo fuera del auto, la condesa tiró de él y lo regresó al asiento.

—¡Putá, ya se armó! —exclamé desde mi tumba.

Vi que Raga abrió la puerta de su lado y se dirigía hacia el sargento, que gritaba majadería y media. A través de los gestos y expresiones pantomímicas de Raga fui comprendiendo que esta cabrona chava era una convencedora nata. Pronto el sargento fue disminuyendo sus resoplidos, y la discusión se alejó del Corsar hacia la patrulla. Mientras Raga hablaba y hablaba con los patrulleros, don Ramón y la condesa se dedicaron a comer unos cacahuates que la condesa extrajo de su bolso. Al cabo de diez minutos Raga se vino con el rostro muy serio hacia nosotros y en seguida arrancó la patrulla.

—¿De cuánto fue? —preguntó la condesa al tiempo que ponía el auto en marcha.

—No lo van a creer pero no quisieron ni un centavo.

—¿De verdad? —insistió la condesa.

—¿Cómo los convenciste? —pregunté emergiendo a la superficie.

—Pues les di la razón en todo —concluyó Raga.

—Ahí tienes, Eugenio —dijo don Ramón volteando hacia mí—, la diferencia entre resolver las situaciones con el cerebro o con el hígado.

—No, con el cerebro no —corrigió Raga—. Con el corazón.

—Mujer, eres una preciosidad —expresó caballeroso don Ramón.

Arrancó el auto y yo ya no me enteré de nada. Dos días después, rumbo a la terminal de camiones de Taxqueña, don Ramón y Raga festejaban el recuerdo de todo lo que les había sucedido luego de dejarme sumido en la insustancialidad del sueño. Don Ramón estaba eufórico por el viaje, y yo ardía en deseos de irme con él hacia la costa.

—En cuanto salga ese puto libro, si es que sale pronto, me voy para allá —le dije cuando estábamos comprando el boleto.

—¡Nos vamos! —remarcó Raga complementando la firmeza de su voz con el encendido de los ojos.

Se alejó Raga un momento a comprar unos dulces y, mientras la esperábamos cerca de la puerta de embarque, don Ramón me dijo con aquel semblante grave que adquiría cuando se ponía misterioso:

—Eugenio, hazle ver a esta mujer tu Nanacatzin.

—¿Qué dice? —pregunté fuera de onda.

—Pronto lo vas a saber. Ponte listo —concluyó el viejo al ver a Raga acercarse de regreso.



Al día siguiente, después de haber estado toda la mañana fuera, Raga regresó abatida con la noticia de que Bernardo Giner de los Ríos había dejado la editorial Joaquín Mortiz.

—¿Y entonces? —pregunté desesperanzado por el inusual abatimiento de Raga.

—Pues don Joaquín Diez-Canedo dice que el contrato que firmó Bernardo no vale para nada.

—¡Putá, qué joda!

—Ni modo, hay que hacer otro contrato.

Y allá van Raga y la condesa a la conquista de la férrea y aguerrida personalidad de don Joaquín: que imposible en este año, que tal vez en unos meses; que tenía que darle una leída a fondo; que era un libro muy difícil; que por la ausencia de Bernardo estaba agobiado de trabajo; que... Y así pasaron varias semanas. Por la mañana muy temprano nos íbamos a correr y a hacer ejercicio en los Viveros. Después, mientras Raga se ponía a pintar o iba a ver lo del libro, yo me clavaba en la bibliovivencia. Llevaba ya bastante avanzada la lectura de la obra completa de Alfonso Reyes, y cada vez me producía mayor desazón esa dispersión eruditizante que, desde mis tiempos preparatorianos, había identificado como característica de Reyes. Sin duda era un conocedor consumado del poder de la metáfora. Su sintaxis era sobria y comedida; pero la fácil erudición, a caballo entre la Grecia heroica y el Siglo de Oro hispano, tornaba la trama y el desenlace de una obviedad rayana en lo truístico. Faltaba vitalidad, pasión, inconformismo; sobraba clasicismo, comodidad, bibliomanía. Él lo supo, sus pseudo-diálogos socráticos así lo manifiestan, pero no pudo o no quiso dejar de ser memoria platónica de sí mismo. En “Domingo siete”, una de las intrascendentes *Divagaciones* recogidas en el tomo III, Reyes se muestra de cuerpo entero: “Yo no entiendo, no, la generación de la vida: vivo de memoria”.

Por fin Raga y la condesa lograron con la irradiación solar de su energía, moldear la acerada terquedad del egregio editor, que puso como condición indispensable una lectura confrontativa con el autor.

¡Dios, dónde me fui a meter! Una vez agotadas todas las salidas no tuve más opción que enfrentarme al aguerrido viejo. Tardé varios días en sintonizar la cascada voz de don Joaquín; días que, por la fal-

ta de intelección dialogal, resultaron un verdadero desastre para mi causa. El sagaz y experimentado republicano, la emprendió de lleno contra la exuberante salvajitud de *Entrecruzamientos*, y no dejó de criticar toda forma gramatical que le parecía violentadora de los cauces establecidos por la Real (C)Academia. Los neologismos tropicalizantes y las desmedidas adverbializaciones fueron su blanco predilecto. Le expliqué una y otra vez que el libro era una crítica despiadada, aunque sutil, de sí mismo; y que las adverbializaciones y adjetivaciones (sobre todo las formas modales), eran una sátira amplificadora de la malsana inclinación del habla mexicana (y por lo tanto del lenguaje) hacia estas formas gramaticales. La batalla fue fenomenal y me vi obligado a repasar de punta a cabo la *Gramática española* de Juan Alcina Franch y José Manuel Blecua.

En las semanas que empleamos en critileer el “disparate creativo” (como le decía don Joaquín), me fue dado contemplar el drama literario en toda su magnitud antiheroica. Durante la lectura a menudo éramos interrumpidos por la presencia de alguno de los dioses del Olimpo ejidal, que se pavoneaban por toda la editorial con una jactancia (¿no saben, pobres mortales, quién soy yo?) que rayaba en lo patético. Y los pobres mortales, sin tener la visionaridad necesaria para poder distinguir lo humano de lo seudodivino, decían con un deje de repugnancia: “Ahí viene otra vez ese pobre diablo”. Pero si esta parte del espectáculo resultaba grotesca, por ser ridícula pretendiéndose sublime, lo que de verdad me partía el corazón era el desgarramiento trágico con que los aspirantes a brillar en el firmamento ejidal recibían la negación inapelable por voz del tronante Zeus: “¡Esto no vale para nada, lléveselo!”. Y allá se iba el aspirante a diosecillo, más humanizado que nunca, abatido, lloroso y guardando su desesperanza en el morral que la moda ejidal le había colgado del hombro.

Con el tiempo fui desarrollando por don Joaquín un cariño admirativo y profundo. Me fascinaba la dureza e impecabilidad con que este español universal asumía el papel histórico de elevar la labor editorial a un nivel de verdadero arte.

A don Joaquín no le gustó la portada, ni dos de los dibujos que Vlady y Raga habían escogido. Desde la barrera pude presenciar cómo Raga ejecutaba unos pases magistrales para lograr imponer su criterio. No obstante, don Joaquín puso como condición que Vlady no se apareciera para nada por la editorial.

—¿Qué tiene en contra de Vlady? —le preguntó Raga exhibiendo una sonrisa maliciosa.

—Nada, nada —repuso don Joaquín—. Me parece un gran pintor.

—Pero...

—Pero nada. No tengo ganas de discutir con él, eso es todo.

—Ah, vaya —concluyó Raga con suficiencia.

—Y usted, muchachita, ¿cree que va a poder con esto? —contra-atacó don Joaquín.

—Claro, ¿por qué no habría de poder?

—Bueno, bueno. El hecho de que sea bonita no le da derecho a todo.

—Por aquello de las dudas, le diré que estudié diseño gráfico en la UAM, y que además hice una maes...

—Está bien, está bien, me convenció. Pero conste que si viene Vlady usted se las verá con él. Bueno, váyanse ya que no los quiero ver por aquí, me van a volver loco.

¿Irnos? Joder, aquello fue apenas el comienzo. Tan pronto como recibí las primeras galeradas para correcciones, me di cuenta que estaba atrapado en una guerra total. A las erratas normales en que suelen incurrir los tipógrafos, se le aunaban aquí la dificultad del texto y la cantidad de giros neologísticos que ningún diccionario contenía. Sin mala leche, pero sin mayor alcance, los dos tipógrafos encargados de descifrar el embrollado texto cambiaban a su arbitrio las palabras que no entendían, dando lugar a un ir y venir que parecía cosa de nunca acabar. Para terminar de joderla, Raga ya le había puesto fecha a la presentación del libro, de manera que había que trabajar a un ritmo desquiciante. Pronto desarrollé una gastritis descomunal, y por las noches me despertaba sobresaltado con el estómago en llamas.

Le entré tupido a los nopales, pero, ante la gravedad del caso, Raga decidió mejor consultar a un médico amigo de su madre. Así es que dejé los nopales para atiborrarme de Melox. Después comenzaron las angustiantes punzadas en el hígado y tuve que dejar de comer huevo.

—Putá, de seguir así voy a terminar yendo a la presentación del libro en silla de ruedas —le dije a Raga al levantarme una mañana más muerto que vivo.

—Ánimo, corazón, ya falta poco. ¡Lo vamos a lograr! —exclamó esperanzada.

—¡Dios, ahora veo la diferencia entre vivir y escribir!

Ya no corríamos ni hacíamos ningún tipo de ejercicio. Desde temprano íbamos a la editorial o a los talleres, y comíamos en la calle cualquier cosa. Raga exhibía una fortaleza de carácter que parecía crecer con los obstáculos. Mandaba parar los tipos de letra, supervisaba la selección de color, rechazaba los negativos de algunos dibujos porque habían salido mal, le hablaba al impresor para que las invitaciones estuvieran a tiempo, contactaba a los encargados de la prensa, hacía con la condesa la lista de invitados. Cuando don Joaquín vio aquello no pudo menos que exclamar:

—¡Mande a ese hombre al diablo y véngase a trabajar aquí con nosotros!

La cantidad inagotable de correcciones que surgían y resurgían como Fénix infernal, nos llevó a la inusual medida de recortar y pegar con goma acentos, letras, palabras y hasta párrafos enteros, lo que le daba al original una apariencia desastrosa. Después de la tercera corrección, y de haber cambiado tantos párrafos que el libro parecía reescrito, decidí que saliera como saliera ya no le iba a meter más mano. El señor Jurado, hombre impecable y jefe del departamento de diseño de la editorial, se encargó de mandar el libro a negativos y leer las pruebas azules.

Una noche, mordido por el vivo recuerdo de aquellas palabras enigmáticas que me había dicho don Ramón al despedirse, extraje con cuidado a Nanacatzin de su envoltorio y lo puse sobre la mesa de

estudio. Cuanto más lo observaba tanto más perfecta me parecía la concepción estética que entrañaba. De pronto oí que Raga, que estaba pintando en la sala, me preguntaba algo. Guardé apresurado el idolito, pero no pude evitar ser hallado en una actitud comprometiente.

—¿Qué guardas ahí? —preguntó Raga acercándose.

—Nada, es una piedra de buena suerte.

—Déjame verla.

—No tiene ningún interés para ti. ¿Qué querías?

—Anda, enséñamela.

—Carajo, qué terca eres. Te digo que es una simple piedra.

—¡Eres un egoísta incorregible!

—Está bien.

—¡Vete al cuerno!

—No lo tomes así; mira, ven.

Se fue con violencia hacia la sala, y después de llamarla varias veces puse de nuevo a Nanacatzin sobre la mesa y me lo quedé viendo fijamente. Dios, cómo son complicadas las mujeres, en todo tienen que meter su cuchara, y cuidado y no las dejas. Ah, pero que nadie les toque sus cosas personales porque entonces. Qué joda, Nanacatzin, tener que compartir lo incompartible. ¿Y tú qué dices? ¿No te importa que ella te vea? ¿Y que te toque? ¿Y si le gustas? De golpe acudieron a mi mente en desbordante caudal los acontecimientos vividos en compañía de Raga. Una onda energizadora comenzó a cambiar mi emotividad y creí ver en torno a Nanacatzin una aureola de luminosa concordancia. Tomé el idolito y me fui a la sala donde Raga, negativizada por el enfado, se dedicaba a desmadrar un cuadro.

—Toma, te lo regalo —dije poniéndoselo en la mesa de trabajo que tenía al lado.

No dijo nada, ni siquiera se dignó a separar su vista del caballete. Regresé a la biblioteca y seguí con el articulósofo Reyes que, a causa de la edición del pinche libro, ya tenía medio abandonado. No habían pasado más de cinco minutos cuando oí una exclamación de júbilo seguida de admirativos comentarios. Con una sonrisa divinizante, la

cabrona chava se vino hacia mí y me cubrió de besos, mientras decía que jamás había visto algo tan bello, que era una pieza única, que ni en el Museo de Antropología tenían algo semejante, que... ¡Ah, cabrón viejo celta, qué razón tenías!

A la mañana siguiente Raga se levantó eufórica, y mientras desayunábamos me dijo que nos había soñado en medio de una selva prodigiosa y sentados encima de una enorme pirámide de libros; y que... Doblegado por un dolor de cabeza de la chingada, cambié de canal y comencé a darle vueltas y más vueltas a las causas posibles de esos dolores que me estaban quitando las ganas de vivir. Cuando ya me estaba convenciendo de que era la saturniana atmósfera de la Ciudad de México la raíz de mi desasimiento, oí la voz de Raga que repetía con firmeza:

—¿Me estás oyendo?

—No voy a aguantar —dije pensando en la edición del libro.

—Pero si está bien cerca.

—¿De qué demonios hablas?

—Te estaba diciendo, tontito, que vayamos a Teotihuacan.

—¿Qué?

—Necesitas un poco de aire, ¿no?

—No aguanto la cabeza. Mierda, cómo me gustaría hibernar.

—Ahorita te compongo, ya verás.

Después de tomar el remedio homeopático de belladona que me preparó, empecé a experimentar un sopor placentero que, al agotar la energía en un mero ver sin cuestionar, me condujo a un estado de deleite inusual que contrastaba con la tiránica cotidianidad de la razón cuestionante. Recostado en el asiento del auto sólo alcanzaba a percibir una venenosa griseidad, que incentivaba el deseo de escapar sin demora hacia la profunda incuestionabilidad del subconsciente.

Al despertar me percaté que estábamos entrando a un trepidante empedrado. Viendo mi expresión de incertidumbre, Raga dijo que ya habíamos llegado. Aunque el dolor de cabeza se había calmado de

manera notable, continuaba siendo prisionero de una negatividad anímica espantosa.

Aprovechando que Raga tomaba un refresco en un changarro del estacionamiento, me eché un jicarazo de agua en la cabeza y sentí que el mundo principiaba a despertar. Y allá vamos entre grupos de gringos pendejos (“el Empire State es mucho más alto”, dijo una güera gelatinosa mirando hacia la cima de la Pirámide del Sol), y acosados por una plaga de ejidatarios que ofrecían todo tipo de imitaciones idólicas “al precio que usted ofrezca, míster”. La subida fue un auténtico *tour de force*, y es que a la cabrona de Raga se le ocurrió la estúpida idea de demostrarle a los turistas cómo se sube a una pirámide. Llegué a la cima casi exhausto y con las venas del cuello hinchadas a un extremo doloroso. Mientras reponía el ritmo cardíaco, contemplé extasiado los cuatro puntos cardinales desde la más grande construcción que comunidad humana alguna haya erigido al Sol, y recordé con nostalgia la primera vez en que, como premio por haber concluido los estudios primarios, había subido con mi padre al mismo punto en que ahora todo se veía infinitamente más claro y sublime. Parecía el mismo espacio, pero en otro tiempo-conocimiento. Haciendo caso omiso del grupo de turistas que mariposeaban admirativamente sobre la cima, Raga se sentó con las piernas cruzadas en dirección al Sol y con una mirada me invitó a que la acompañara. Quise decirle que era ridículo, que eso se podía hacer en casa, que..., las palabras se fueron con el interiorizante ulular del viento, y una estampida de imágenes se esparció salvaje por los indominados enmontamientos de mi mente. Subíamos por un sendero empinado y el calor del sol asaba la piel dentro de la armadura. Éramos cinco y un grupo de indios que nos servían de guías. El capellán de la expedición cayó de pronto al suelo quejándose que no podía más, que allí se quedaba. El principal que mandaba a los indios dijo algo en su idioma, al tiempo que señalaba una cumbre no más distante de un tiro de ballesta. Al mirar con detenimiento la cara del indio, sus rasgos comenzaron a mudarse con una continuidad estética pasmosa,

y al final tomó la forma de una mujer (esencia embrujante de esta tierra). Oí una voz familiar tras de mí, y al voltear vi a don Berna que señalaba algo cerca de mis pies. Sin ver supe lo que era, y corrí des-pavorido desbarrancándome en un abismo de imágenes que trataba de aferrar con desesperación. Abrí los ojos y vi, sumida en una bruma intemporal, una pequeña construcción semiderruida que no tardé en identificar como el recinto iniciático de Tepantitla, donde se halla el mítico-mágico mural del Tlalocan-Tamoanchan. Cerré los ojos y me concentré en la repetición del mantra que don Ramón me había dado para meditar. Con el silbante secreteo del viento, me llegaron unas voces de tonalidad profana. Después de pasar tras de nosotros y expresar las consabidas exclamaciones de admiración, los gringos se fueron del alcance auditivo y se fue haciendo perceptible el arrullante mecimiento del mar. ¡Allí estaba ante nosotros! Caí de rodillas sobre la tierra soñada desde siempre, y un llanto de agradecimiento ilimitado liberó de mis ojos las imágenes que se fueron sendero abajo hasta fundir su salobridad con la de ese mar que ya nunca dejaría de poseerme. Un punto cruzó fugaz por mi recuerdo y al querer atraparlo me vi aprisionado en una cadena de líneas ascendentes. Enfoqué con mayor precisión la imagen y alcancé a distinguir el hormiguero sin fin de cuerpos calcinados, que se arrastraban cargando los bloques de piedra para piramidar al dios Sol. Creció el ulular del viento y con él me fui planeante sobre un valle en sereno amanecer. Volaba sin esfuerzo, y abajo los verdes maizales estallaban enfueguecidos al ser alcanzados por el aliento vital de Tonatiuh... Abrí los ojos y la lejanía me fue trayendo poco a poco sobre mí mismo.

—Vaya, qué cara tan diferente —dijo Raga con el semblante iluminado.

—Es increíble, no sé por qué recuerdo siempre lo mismo.

—¿Qué cosa?

Le conté a Raga la visión que desde chico se me repetía en sueños, y cuando terminé se limitó a decir con la mayor naturalidad del mundo:

—Ah, es que en el fondo siempre has sido español.

—No chingues.

—Sí, tontito. ¿No ves que todos los españoles que vienen aquí sueñan con ser un Cortés y encontrar su Malinche?

—¿De dónde carajos sacas tú todo eso?

—¿Lo ves? Ya te sientes descubierta.

Bajamos la pirámide a una velocidad endemoniada. El cambio de energía que había experimentado allá arriba era impresionante. Pasamos el resto del día recorriendo todo Teotihuacan. A Raga le fascinó el mural del Tlalocan-Tamoanchan, y al oír las explicaciones que le daba, basadas en los nuevos estudios de Hoffmann y Watson sobre las sustancias enteogénicas, la mujer entró en un éxtasis pictórico. Allí mismo, colgándoseme con dulzura del cuello, me dio las gracias por haberle traído a Nanacatzin, y dijo que a partir de ahora mi vida sería más encuentro que huida.

—¿Qué quieres decir con eso? —le pregunté mosqueado.

—Ya te echaron las cartas, corazón. ¿Y sabes qué salió?

—No jodas.

—Una constelación de puros soles.

—¿Y tú crees en eso?

—Claro que sí, tontito. Y allí arriba de los soles estábamos tú y yo.

—¿Dónde demonios viste eso?

—Te digo que fui a que me echaran las cartas.

—¿Cuándo?

—La semana pasada. Fui con mi madre.

—¿En qué pinches mundos andas metida!

—En mundos de plenitud, como dice don Ramón —expresó victoriosa.

Al alejarnos de Teotihuacan, ya con el sol perdiéndose en la negrura atmosférica de la Ciudad de México, miré a lo lejos las pirámides y no pude evitar una exclamación nostálgica:

—¿Con razón los hombres que hicieron esto se creyeron dioses!

—No —dijo Raga—, no se creyeron dioses por hacer esto, sino que por creer en esto se hicieron dioses.

Me la quedé viendo un momento y al fin, ante tal emanación de positividad, tuve que reconocer que esta cabroncísima mujer me estaba embrujando.



Toda la semana previa a la presentación del libro se la pasó Raga colgada del teléfono. Yo me oponía con firmeza a someterme al protocolo ejidal de la presentación, pero ella me hizo sutilmente a un lado diciendo que la dejara manejar ese mundo de solemnidades e hipocresías al que yo, por instinto, era reactivo. De manera que me fondeé en la bibliovivencia y seguí con el todósofo Reyes. Por momentos, subido en la alada majestuosidad de una prosa aquilina, planeaba críticamente sobre los dominios convulsos de una Europa literaria que pugnaba enloquecida por continuar siendo idéntica a sí misma. La visión con que el patriarca Reyes penetraba la urdimbre del fin de siglo, uniendo y diversificando las dinámicas decadentes con las emergentes, evidenciaba una capacidad de síntesis sin par en el panorama literario latinoamericano. Ni Martí, ni Darío, que eran mejores poetas; ni Bello, ni Cuervo, que eran gramáticos más capaces; ni Sarmiento, ni Rodó, que eran ensayistas políticos más apasionados y beligerantes; nadie, en fin, había logrado hasta entonces y en tal medida, hacer de la vida y la literatura una totalidad tan íntima y universal. Pero ese planear aquilisciente perdía de pronto el dominio encumbrante y se tornaba en su contrario. ¡Y qué dolor producía ver al egregio Reyes arrastrarse con su pluma en los fangales de una presentaneidad periodística mediocrizante!

En mitad del tomo IV, en los “Apuntes sobre José Ortega y Gasset”, me encuentro, de pronto, con este señalamiento tan actual por imperecedero. Dice Reyes que Ortega “a veces pierde la paciencia, y se diría que escribe con dolor. Y no era eso lo que queríamos para él sus amigos. Que se salve en buena hora el poeta, pero nunca a costa

de su paz interior”. Y en la página siguiente: “Escribir a fuerza de dolor es el peor método del arte”.

¡Dios, de un solo golpe el suave y comedido Reyes tiraba por tierra toda la literatura innovadora! ¿Se podría acaso innovar sin derrocar? ¿No implicaba toda ruptura un desgarramiento, y todo desgarramiento un dolor? ¿Se podría no sufrir el parto vivificador de la página en blanco? No, definitivamente yo no puedo concebir la acción estética como el resultado de un estadio de ataraxia. La base de la creación estética es una dinámica hipersensibilizante, y esta dinámica atañe por igual al sufrimiento del mundo como a su gozación. Se puede ocultar el sufrimiento de un parto literario tras palabras profilácticas y sedativas, pero no se puede producir una página plena, original (aun cuando sea necesariamente imperfecta) sin llevar al límite la capacidad sensciente y racional del creador. Y ya se sabe que llevar al límite es entrar en el vértigo del riesgo, en los dominios de la angustiante incertidumbre, en los linderos del dolor. Gozar el resultado, sí, pero pasando por el sufrimiento de las mediaciones. Ya lo dijo el viejo celta: “No puede haber gozación sin sufrimiento, ni sufrimiento sin gozación”. Lo demás es mera presentaneidad, burocratismo escritural de los que, teniendo ya el entripamiento vital garantizado, escriben porque no saben ni pueden hacer otra cosa. Sé que las objeciones que haría el patriarca Reyes serían de erudita contundencia; mas lo serían para su tiempo, no para el mío, que ve la manía del viejo Goethe de escribir con un lápiz para evitar los horrisonos rasgados de la pluma sobre el papel, o la del paranoico Juan Ramón Jiménez de mandar acondicionar su estudio para evitar la contaminación vital del estruendo circundante, como manifestaciones arquetípicas de senilidades consagradas. No, maestro Reyes. No, no y no a la gozación gratuita y afectada. Apostarle todo a Eros, sí, ¡pero siempre ante la presencia vitalizante de Tanatos!



El día de la presentación del libro, a media mañana, Raga me trajo los primeros ejemplares. Tomé uno y me clavé en la lectura. ¡Putita, qué cantidad de erratas! Abatido y asqueado, tiré el ejemplar a la chingada y me puse a darle tupido al tequila. Raga intentó sermonearme, pero al ver la magnitud de mi desasimiento optó por guardar una distancia prudencial. Llegué a la presentación totalmente crápula, y dije una serie de disparates que escandalizaron a la concurrencia. Los días siguientes, gruñón e iconoclasta, me la pasé hable y hable para la prensa y la televisión. Raga, empeñada en demostrarle al mundo editorial que incluso una mierda rebuscada e incomprensible se podía vender, movió cielo y tierra arrastrándome en el trepidante torbellino. Por las noches quería morirme, pero por más vueltas que le daba al asunto terminaba siempre clamando con desesperación por mi adorada Playa Tortuga.

Una ¿semana, mes, año? después, al ver a una chava apretarse sadomasoquistamente un grano mientras esperaba el siga en un alto, se me desató un acceso de urbanitis nerviosa y le grité energumenedad y media. La pobre chava, descubierta en su íntima patología y con la cara hecha un asco, quiso desaparecer del mundo y lo que logró fue que se le apagara el auto. Entre claxonazos y chiflidos la chava salió huyendo del auto, y Raga, viendo la creciente incontrolabilidad de mi carácter, decidió suspender varias entrevistas concertadas para preparar de inmediato la salida hacia la costa.

Con mis libros (parte que extraje de la biblioteca y parte que compré), los materiales pictóricos de Raga y unas cosillas que compramos en el súper, el Datsun se cargó hasta la madre. Cuando ya íbamos de salida por Churubusco, tuve un presagioso estremecimiento y comencé a temer lo inevitable. Raga, con la brisa marina ya sensualizándole el rostro, me hizo recostar en el asiento e imperativa me prohibió levantar la cabeza y abrir la boca. Me resistí y un par de veces quise expresar que todo era inútil, que un designio inextricable nos encadenaría para siempre a la mictlantecútlica Ciudad de México, pero la mano de Raga, sedativa y aterciopelada,

pasó sobre mis labios abriéndole un cauce al sueño. Se fue diluyendo poco a poco la inmediatez y la visión se tornó brumosa y fría. Alrededor todo era mar y rocas. No veía ni sentía mi cuerpo; era como una lente omniabarcadora que penetraba el ser de las cosas al fijarlas. Todo lo que veía lo sentía con una intensidad de vértigo; de manera que no pude evitar la caída en dos ocasiones en que la visión precisó la humedad resbaladiza de las rocas. Miles de sardinas se mecían ahora en un cristalino remanso que el mar producía entre las rocas. Se detuvo curioseante la visión y una perfumada viviscencia confundió por momentos el funcionamiento casi perfecto del sistema visual-sensiente. La visión mandaba un mensaje impregnado de inconfundible olor a marisco, pero la sensación me comunicaba un inmistificable olor a sandía. “¿Hueles eso?”, me oí preguntar. No obtuve respuesta.

La visión se fue trepando por las rocas hasta que objetivó ante mí una curiosa formación blanquecina con extraña forma ovoidal. Me quedé un segundo suspendido en el no saber, y cuando empezó a llegar la sensación de lo visto, oí un agudo silbido y apenas tuve tiempo de evitar el impacto. Acerqué la visión y se me hizo claro que era un pelícano. Sobre la parte más alta del huevo rocoso, veía ahora un círculo azul salpicado de sangre. De nuevo oí el flechante precipitamiento, y esta vez el montón de plumas apareció dentro del círculo azul, pero alejado del centro. La visión se fue hacia arriba y trajo la imagen de un círculo en alada rotación, del que se desprendía de pronto un diminuto punto blanco, que al chocar contra la piedra se convertía en plumas ensangrentadas. “¿Qué hacen?”, volví a oír la voz dentro de mí. “¿Quieres sentirlo?”, replicó esta vez la voz. “¡No!”, grité apartando la visión para evitar el sentimiento. “Es un juego, anda, súbete”, volvió a decir la voz. Quise ver otra cosa, pero la imagen del círculo ensangrentado estaba fija en la pantalla. Intenté cambiar con desesperación de canal, pero todo lo que logré fue que la precipitación de pelícanos se hiciera más intensa. Empezó a poseerme entonces el temor de que de un momento a otro los pelí-

canos atravesaran la pantalla, pero la voz me calmó diciéndome que el blindaje de la pantalla estaba más allá de la muerte. Le pregunté a la voz qué quería decir con eso, y como respuesta oí unos estrujantes graznidos; en la pantalla apareció un diminuto punto blanco que atrajo de inmediato mi curiosidad. Fui jalado de golpe por un remolino sensciente, y cuando quise reaccionar el punto blanco crecía, acercándose con rapidez al origen de la visión. Grité, pero lo que oí fue un espeluznante graznido, y la inminencia del choque contra la pantalla me hizo salir de mí.

—¿Qué pasa, qué pasa?

—Ese imbécil de adelante, por nada y me estampo contra él.

—¿Qué pasó? ¿Dónde estamos?

—Chin, tan bien que íbamos. Anda, sigue durmiendo, apenas estamos saliendo.

—No, ni madres, ya tuve bastante con esa pinche pesadilla.

—Con razón tenías sobresaltos. ¿Y qué soñaste?

—Es curioso, ya van varias veces que sueño lo mismo.

—¿Otra vez te sentiste conquistador?

—No jodas, ¿quieres?

—No lo tomes así, yo sólo te pregunto.

—Es esa puta pulsión suicida.

—Pero dime, ¿qué soñaste?

—Pelícanos precipitándose contra una roca.

—Vaya, sólo tú puedes soñar con esas cosas.

—Oye, ¿pero qué carajos pasa con el tráfico?

—Pues parece que eran hormigas y no pelícanos. Fíjate nada más qué fila.

Desde la curva que estábamos tomando se podía ver la serpiente de autos arrastrándose con dificultad cuesta arriba. Empezaba a anochecer y el vistazo reconociente que eché alrededor me confirmó que aún no llegábamos a Río Frío. El aire se fue enrareciendo conforme subíamos a vuelta de rueda, y pronto el olor a diesel se hizo insufrible.

—Mira eso —dijo señalando un autobús de pasajeros que iba adelante.

—¿Qué tiene?

—El tiradero de diesel, ¿no ves?

Por una especie de tubo de escape que el autobús tenía en la parte de atrás, salían borbotones de un líquido humeante.

—Estás loca, cómo va a ser diesel.

—Que es diesel, te digo.

—No seas necia, es agua.

—¿Por qué no abres la ventanilla y miras el asfalto?

—Lo hice y me espanté al ver el reguero de diesel que corría por toda la carretera.

—¡Putá, vamos a volar! —exclamé impresionado.

—No, tontito. El diesel es mucho menos inflamable que la gasolina.

—Joder, es increíble.

—Los camiones y autobuses cuando se calientan tiran el diesel —dijo Raga con una tranquilidad pasmosa.

Por causa del diesel los autos patinaban peligrosamente, de manera que manejar requería una concentración extrema. Poseído por la típica copilotitis paranoizante empecé a dirigir los movimientos de Raga (“¡cuidado!”, “¡mete primera!”, “¡frena!”, “¡pásalo, ahora, rápido!”), hasta que metiendo con brusquedad el freno de mano me paró en seco:

—¿Quieres manejar tú?

—Es que...

—Es que nada, o manejas tú o te callas.

No hice ni una cosa ni la otra, y me fui entregando a un estadio de criticante violencia que alcanzó su punto máximo cuando vi a un policía federal de caminos dirigir el tráfico con un cigarro prendido en la boca, y caminando sobre el riachuelo de diesel que se deslizaba carretera abajo. Le grité de mala manera hasta que Raga me jaló al asiento y cerró la ventanilla. El policía se vino hacia el auto y, antes

de que tuviera tiempo de pasar a la ofensiva, Raga lo llamó con educación desde su ventanilla y, al tiempo que me pisaba el pie izquierdo con intención represiva, saludó al policía de la manera más atenta:

—Buenas, oficial. ¿Qué pasa? ¿Por qué está el tráfico así? ¡Un accidente! ¿Y fue muy grave? ¡Cinco muertos! ¿Tardará mucho en despejarse la carretera? ¡Una hora! ¿Cuál infracción? No, oficial, veo muy bien por el espejo. Es que nos estamos cambiando a Puebla. Nos acabamos de casar, ¿ve? No, oficial, no dijo nada. Nada más se puso muy nervioso al ver tanto diesel derramado. Ah, bueno. Claro, claro. No, oficial, disculpe usted. Es que, la mera verdad, trae una diarrea fulminante.

—¡Putá, cómo eres argüendera! —dijo cuando el pinche policía regresó imperioso a manotear el tráfico.

—Un día de éstos voy a dejar que te cacheteen para ver si así se te quita lo hocicón —dijo Raga enfurruñada.

—¿Qué, vamos a peearnos ahora por culpa de ese pendejo?

Seguimos un rato en silencio. No sé si por el olor a diesel o por el coraje empezó a dolerme la cabeza. Me dejé resbalar en el asiento y al cerrar los ojos activé el disparadero imaginante de todo lo que me había sucedido en las últimas semanas. ¿Era la escritura algo inevitable en mi vida? ¿Valía la pena partirse la madre para publicar una pinche obra que a nadie le importaba un comino? ¿No era tiempo ya de que dejara de cuestionar el mundo para dedicarme a gozarlo? ¡Esa puta manía de querer rehacerlo todo desde su comienzo! ¿Por qué teniendo todo lo necesario para ser feliz no lo era? ¡El trópico, joder, el trópico y sólo el trópico!

—¡Dios mío! Mira, mira, se metieron debajo del camión.

Abrí de golpe los ojos y vi, casi pegado a mi ventanilla, un cuadro fugaz que hubiera impresionado al mismísimo Géricault.

—¡Qué golpazo se dieron! ¡Y en plena subida!

En seguida se despejó el tráfico y la velocidad me infundió un efecto relajante. Apagadas, cada vez más distantes, oía las exclamaciones luctuosas de Raga, mientras en mi mente, con cruel inten-

### ENTRECRUZAMIENTOS III

alidad quedaba fija la impresión de ese montón de pelos y trozos de carne ensangrentada que se proyectaban ya hacia el recuerdo como la imagen derrotada de la mictlantecútlica Tenochtitlan.

## II. El reencuentro con el trópico

### La restauración de la utopía

Vivir en el vértigo; ser uno a través de la inevitable diversidad del cambio. Pero, ¿por qué, entonces, nos perturba tanto el fenómeno del pasaje? Si viviendo morimos a cada instante, ¿por qué nos afecta tanto enfrentarnos a lo desconocido? Tal vez todo se deba a que nuestro temor a perder es mayor que nuestro deseo de ganar. Productos sofisticados de una civilización sedentaria, vemos en la dinámica aventurera un riesgo y no una opción. Exigimos la totalidad, condenamos la incompletitud, pretendemos la perfección, pero no nos damos cuenta de que ese deseo gratuito de divinidad, nos deshumaniza, nos hace vulnerables a la barbarie. ¿Qué nos queda después de creernos merecedores de todo? La caída inevitable. Ya lo dijo el abismal Nietzsche en un fragmento desgarrador de *Ecce Homo*: “Los años en que mi vitalidad descendió a lo mínimo fueron precisamente los años en que yo dejé de ser pesimista. De mi voluntad de gozar buena salud, de mi voluntad de vivir, hice mi filosofía”.

Todo cambio es un salto en el vacío. Por eso cuando se teme el cambio se trata de llenar ese devorante vacío. ¿Y cómo? Llenándolo de objetos (cosas), objetualizándolo (cosificándolo): “Yo soy yo y mis pertenencias”, diría un Gasset más actualizado. Y claro, cuanto más el yo depende de sus pertenencias tanto menos se debe a sí mismo. De ahí la diferencia tan grande entre la comodidad objetualizada de las grandes urbes y el vértigo elemental de los espacios todavía incontaminados. ¿Y cómo no sentir un estremecimiento de vértigo al pasar de la civilizada racionalidad urbana a la barbarie sensual del trópico?

Nunca, en ningún espaciotiempo, había sentido la torbellínica impredecibilidad de la existencia como en el trópico. Lo que en la ciudad era una seudolucha por alcanzar una comodidad objetualizante (buen trabajo, buena casa, buen auto, buena vieja, etc.), en el trópico era un enfrentamiento inapelable por la vida misma. Pero no hay

paraíso que dure mil años, ni burócrata que no pretenda urbanizarlo. Así, en vez de naturalizar lo urbano, urbanizamos la naturaleza. No más vida sin objetos, sino más objetos sin vida.

¡Dios, qué Santa Cruz tan diferente al que había dejado! El nuevo pueblo, alejado un par de kilómetros de la playa y que se llamaba La Crucecita, era un hervidero de hambrientas hormigas que se habían dejado venir de todos lados.

Para Raga, que sólo conocía Santa Cruz a través de mis relatos, el encontrarse con una dársena estructurada para proteger en su interior una centena de lanchas, era un acontecimiento festivo. Para mí, que recordaba la pútrida laguna llena de parasitados puercos y un basural apestante, la visión de la dársena, con las chabolas de los comuneros renuentes y planchas de concreto por todos lados, no dejaba de parecerme una profanación brutal.

—Oye, esto está quedando precioso —dijo Raga observando la fachada de un hotel colonial que ya estaban terminando.

Con un profundo sentimiento de tristeza vi cómo de un enorme camión bajaban palmeras y bugambilias ya adultas para plantarlas. El movimiento de máquinas y hombres era extraordinario, y al echar una mirada alrededor vi, en medio de todo el desgarrate, dos cabinas donde unas nativas, ajenas por completo al ecocidio, echaban tortillas sobre los humeantes comales.

—¿No quieren ver las nueve bahías? —dijo un costeñito que seguramente había dejado el buceo del ostión, el pulpo y la langosta para dedicarse a cazar turistas.

Ante mi silencio ensimismante, Raga le dijo que tal vez al rato, y el costeñito le sugirió que preguntara por la cooperativa Tangelunda, que era la que menos cobraba.

—¿Y ahora qué te sucede? —preguntó Raga viéndome destanteado.

—Joder, de un golpe extirparon un trozo importantísimo de mi vida. Es increíble que haya durado tan poco.

—La verdad, corazón, no hay quien te entienda. ¿No me habías dicho que Santa Cruz era un cochinerito?

## II. EL REENCUENTRO CON EL TRÓPICO

—Sí, pero era un cochinero auténtico, único, irrepetible, y esto que están haciendo es una repetición más de un modelo desmexicanizado y del que ya estamos hasta la madre. ¿No es suficiente con un Acapulco, un Cancún, un Zihuatanejo?

—Pues yo no estoy de acuerdo contigo. Esto está quedando precioso. Además, ¿te imaginas la cantidad de gente que va a vivir del turismo? ¿O prefieres que sigan robando y matándose entre sí? Creo que estás mal; tu actitud es muy egoísta.

—¿Egoísta? En dos años no va a quedar nada, pero lo que se dice nada de la maravillosa vitalidad que hay en el fondo de esa bahía —dije señalando hacia el mar.

—No seas tontito. Nuestra mayor fuente de recursos, hasta ahora inaprovechada, está en el turismo.

—¡Putá, le van a dar en la madre a todos los animales!

—Anda, déjate de zonzadas y vamos a ver dónde guardamos el carro.

Nos fuimos, ella conquistadora y de paso altivo, yo conquistado y arrastrante. Para mi sorpresa la mayor parte de las enramadas-restaurantes que había frente a la playa todavía estaban en pie. En seguida vi a la hija de don Antonio atender a unos turistas, y al verme se fue corriendo hacia adentro. Estábamos dejando las dos bolsas que traíamos sobre la mesa cuando vi salir a doña Victoria.

—¡Ay, don Eugenio, cuánto tiempo! —dijo saludándome.

—Sí, a mí me parece que estuve aquí hace mil años. Mire, le presento a Raga.

—Encantada de conocerla, doña Victoria —dijo Raga dándole la mano.

—Sí, pásenle ustedes. Ay, todo está cambiando tanto —dijo la mujer mientras le pasaba un trapo a la mesa.

La hija de don Antonio llegó con dos coronitas sudadas y las puso sobre la mesa.

—Oye, ya se me olvidó tu nombre.

—Virgilia —dijo sin dejar de sonreír nerviosa.

- Gracias, Virgilia. ¿Y cómo va el negocio?  
—Bien —respondió recordándome la laconicidad costeña.  
—¿Y dónde anda el viejo? —le pregunté a doña Victoria.  
—Don Ramón está allá en Playa Tortuga.  
—No, me refiero al mero jefe de la casa.  
—Ay, don Eugenio, ¿no le dijo don Ramón que nos lo mataron?  
—¡No me diga!  
—Sí, don Eugenio. Ya va para dos meses.  
—Oiga, lo siento de veras.  
—Ya ve usted que yo no quería que se metiera a la política.

Me quedé viendo a la sufrida mujer y noté en su rostro un calcinamiento de dolor acentuado en torno a la comisura de los labios y los ojos. Puta, tener que enfrentarse sola a la vida con tantos hijos y ante tan grandes cambios. Nos sentamos a tomar la cerveza y doña Victoria nos contó lo que sabía del suceso. Resulta que el reparto de lotes entre los comuneros había despertado una codicia desmedida. Don Antonio, como autoridad del lugar, había tenido que intervenir para resolver una serie de pugnas que enfrentaban a padres contra hijos y hermanos contra hermanos. A todo esto, andar por la calle después del anochecer era una temeridad. En menos de un mes habían violado a una mujer de cincuenta años y a tres muchachas. Las víctimas le habían dicho a don Antonio que los violadores (porque siempre se trataba de un grupo de siete) eran fuereños y que tenían acento guerrerense. Los robos se perpetraban a pleno día, a tal grado que ya no se podía dejar nada en las lanchas, como antes se hacía con toda tranquilidad. La población fuereña triplicaba a la nativa y los mejores lotes los habían acaparado los funcionarios de FONATUR y la gente de fuera. Por todo ello, don Antonio y los legítimos huatulqueños estaban furiosos, y se fueron a quejar al gobernador. Como era de esperarse surgió la consiguiente disputa entre FONATUR y el gobierno del estado, y en medio del caos cada quien agarró el lote que quiso, y varias playas fueron tomadas por asalto y cubiertas de restaurantes y enramadas. Viendo la confrontación entre FONATUR y el

## II. EL REENCUENTRO CON EL TRÓPICO

gobierno del estado, los comuneros perdieron toda noción de orden y medida y comenzaron a exigir todo lo que se les ocurría.

Don Antonio trató de hacerse a un lado, pero como autoridad local no pudo evitar ser arrastrado por el desorden. Y por ahí le vino el pleito. Uno a quien le mentaban el FONATUR, y que varias muchachas habían identificado como el cabecilla de los violadores, acaparó varios lotes que les correspondían a legítimos comuneros. Don Antonio lo mandó llamar y tuvieron entonces un encuentro muy feo de palabras. Don Antonio le dijo que no tardaba en refundirlo en Oaxaca, y aquél le replicó que no sería el primer oaxaqueño que mandaba a chingar a su madre. El tipo, que venía con dos de sus pistoleros, echó mano a su escuadra y luego de encañonar a don Antonio y a los topiles que lo acompañaban, salió corriendo de la agencia. Esa misma noche, cuando don Antonio estaba cenando en la enramada de su hija, dos individuos se le acercaron por detrás y después de darle cuatro balazos se dieron a la fuga. Nadie los pudo detener, y del mentado FONATUR nunca más volvió a saberse nada.



El azul reverberante del mar y el ronroneo ensordeciente de la lancha, que otrora me habían llevado a una comunión íntima con la naturaleza, me producían ahora un malestar que sumía mi relación con el mundo en un abismo de culpabilidad. ¿Por qué la gozación era tan fugaz y el sufrimiento tan permanente? ¿Por qué triunfaba siempre el mal sobre el bien? ¿Por qué le había tocado a don Antonio? ¡Dios, qué hija de puta era la vida!

Al pasar el morro que precede a la visión de Playa Tortuga, Genaro, el pescador con quien nos había recomendado doña Victoria, jaló una enorme sierra con el curricán. Raga, que no alcanzaba a exteriorizar a plenitud su felicidad por temor al tenebramiento que vislumbraba en mi rostro, se extasió al ver el fulgor tornasolado de la sierra en su devenir hacia la muerte. Me quedé viendo fijamente la agresiva

expresión del pescado y un borboteo de dudas hirvió en mi mente. ¿Es la muerte una para todos o cada forma de vida tiene la suya propia? ¿Notarán las otras sierras que la acompañaban su desaparición? ¿Será llorada y recordada? Mierda, ya lo decía el tanatofílico Unamuno, el hombre es el único animal que carga con sus muertos toda la vida.

Varamos con un mar terso y amigable. Bajamos todos los bultos, incluyendo la sierra que Raga le bajó a Genaro con el pretexto de pintarla, y después de pagar el viaje al pescador me fui hacia la playa y me tiré sobre la arena, mientras Raga se deleitaba zambulléndose en el aturquesado sueño de su vida. De pronto me pareció que la arena crujía en torno a mí y al levantar la cabeza vi al viejo celta a un par de metros.

—¡Hombre, qué gusto de veros! —expresó don Ramón con alegría.

Me levanté y nos dimos un emotivo abrazo.

—Oiga, ¿por qué no me dijo en México lo de don Antonio? —le solté de golpe.

Me miró con tristeza y dijo en aquella forma tan donramoniana:

—No tenía caso, Eugenio, no tenía caso.

—¡Carajo, cómo me duele esa muerte!

—Sí, fue una pérdida irreparable.

—Y yo que esperaba que él me enseñara todo lo que sabía de cerería.

—No te preocupes, ya verás que todo se puede aprender a su tiempo.

El viejo, que de seguro había visto desde su cabaña que éramos nosotros, lucía impecable. A su cuerpo le había puesto un aceite que acentuaba el bronceado de la piel y dibujaba las tensiones musculares, mistificando los pliegues abdominales propios de un sexagenario. Ante esa visión no pude menos que sentir vergüenza de mi cuerpo amorfo y blanquecino.

—¡Hola, mujer, te ves preciosa con ese traje de baño! —le dijo don Ramón a Raga que venía a nuestro encuentro.

## II. EL REENCUENTRO CON EL TRÓPICO

—¡De veras que esto es un paraíso! —exclamó Raga colgándosele del cuello a don Ramón.

—“¡Goza, goza el color, la luz, el oro!” —recitó don Ramón ple-tórico.

—¡Qué bello! ¿De quién es ese verso?

—Góngora, mujer, Góngora.

—Me gustaría muchísimo leer a Góngora.

—Cuando quieras, ahí lo tengo todo a tu disposición. ¿Y a ti qué te pasa, muchacho?

—Nada.

—Está así desde que vio el cambio que está dando Santa Cruz.

—Bueno, hombre, no podemos luchar contra los imponderables. Anda, vamos a cargar todo esto. ¡Caramba, buen ejemplar de sierra!

—Nos la regaló el pescador que nos trajo —dijo Raga.

—Más bien se la bajaste con tus artimañas —añadí aún malhumorado.

—Hombre, a una mujer así no se le puede negar nada —concluyó el viejo para terminar de joderme.

Cargamos los bultos hacia la cabaña en que antes vivían don Antonio y doña Victoria y que ahora habitaban un viejo llamado don Cirilo, tío de doña Victoria, y una mujer como de cincuenta años, cuya piel oscura evidenciaba un innegable cruce de negro. El anciano, que resultó muy simpático y dicharachero, nos ayudó a subir las cosas con un burro, de manera que terminamos de instalarnos mucho antes de lo que, con anticipado abatimiento, yo había supuesto. Mientras don Ramón y Raga preparaban el ceviche, yo le entré duro al mezcal, que enseguida me reconoció aquietándome las dolencias.

Comimos el delicioso ceviche en vibrante armonía y don Ramón, en plenitud de forma, se puso a hablar de literatura dejándome no-queado en un par de *rounds*. Vencido por la modorra del mezcal me retiré a dormirar sobre un petate, y en la fracción de tiempo que duré en conciliar el sueño pude oír que Raga y don Ramón hablaban con fruición sobre pintura.

Al despertar, ya atardeciendo, los dos estaban listos para conducirme a un lugar.

—¿Cuál lugar? —pregunté medio amodorrado.

—A nuestro futuro hogar —dijo Raga dándome un besito complaciente.

Caminamos por la vereda sobre el lomo del cerro y como a unos doscientos metros de la cabaña de don Ramón, éste nos señaló un promontorio diciendo que siempre había querido construir allí un retiro a la manera del que tenía en la Chinantla. Con el machete que traía abrió una ventana entre el ramaje y por allí se nos totalizó la visión resplandeciente de la playa.

—¡Me fascina! —dijo Raga y ya no hubo más que hablar.

Entre Raga y don Ramón decidieron hacer lo que a mí me pareció una locura. En el proyecto que me mostraron acerté a distinguir un corte en forma de ele sobre la parte frontal del cerro, con una especie de tapanco al que se accedía por medio de unas escaleras, y techado todo de palma.

—¿Y las paredes? —pregunté destanteado.

—Las pone el mismo cerro, muchacho, ¿o no ves? —replicó don Ramón señalando el croquis.

—¿Y si llueve? —insistí.

—Arriba y a los lados le vamos a hacer unos canales.

Quise poner más objeciones pero me di cuenta de que la suerte ya estaba echada y que más valía sumar esfuerzos que hacer corajes. Don Cirilo, que a pesar de tener setentaidós años cumplidos trabajaba como un muchacho, trajo un pariente suyo, llamado Primitivo, de una ranchería de Huatulco y entre los dos cortaron con una sierra manual toda la madera del tapanco (¡de cedro para darle gusto a la señora!). Durante dos semanas, en que debí perder no menos de diez kilos, don Ramón me trajo al borde del desfallecimiento. El cabrón viejo me dio a escoger entre la pala y la barreta. Pensando que era más fácil remover la tierra que palearla, me decidí por la barreta. Al principio la tierra superficial no dio mayor dificultad, pero a medida que

## II. EL REENCUENTRO CON EL TRÓPICO

el suelo se iba tornando rocoso, las manos se me llenaron de ampollas y, derrotado y con guantes, tuve que pedir la opción paleante. Sudando océanos y removiendo continentes, parecíamos dos condenados a trabajos forzados cuya única justificación para seguir viviendo eran las succulentas jarras de limonada que a cada rato nos traía Raga, así como el baño renaciente que al final de la jornada nos dábamos en el mágico pozo de don Ramón. Ignoro cuál sería la imagen que yo daba al palear, pero la que daba el viejo celta triturando las entrañas del cerro era imponente. Casi podría asegurar que sus pujidos y el resonar de la barreta se oían desde la playa.

Don Cirilo y su pariente Primitivo, que terminaron con la madera antes que nosotros con el excavado, acarrearón también las palmas y la madera para el techo y de inmediato se pusieron a trenzarlo. Desde el tercer día de chinga don Ramón había decidido que mi cuerpo ya estaba templado, y en consecuencia, tan pronto como el sol se metía tras el cerro, suspendía de golpe el trabajo y se lanzaba en poderosa carrera hasta el pozo jalándonos a Raga y a mí tras su paso. Ni qué decir que por las noches caía rendido sobre el petate y, según Raga, no cesaba de quejarme.

Y al fin terminamos la cabaña. Y lo cierto es que no sólo quedó bien, sino que lucía como un verdadero prototipo de elementalidad y belleza. El día que estábamos celebrando la inauguración, con un exquisito mole de gallina preparado por doña Isabel, que así se llamaba la mujer de don Cirilo, sentí que la plenitud sensciente del trópico me daba al fin la bienvenida, relegando la negatividad acumulada durante la estancia en la Ciudad de México a una condición de pesadilla ya superada para siempre. Al calor de los mezcales, don Ciri, cuya locuacidad contrastaba con el mutismo de su pariente Primitivo, comenzó a narrar las vicisitudes de su juventud de arriero y, entre lances amorosos y quiebres de la vida, terminó robándose mi confianza (como decía mi bien querido don Berna).

Al atractivo natural del paraje, Raga le añadió unos toques de artificiosa prestancia; de manera que la cabañita resultaba sumamente

acogedora. Raga, buscando la luz, se instaló en la parte frontal, mientras yo colocaba mi hamaca cruzando una esquina, y en las paredes alledañas improvisaba dos libreros colgantes. Pronto fuimos entrando en el ritmo de trabajo del viejo celta. Por las mañanas, luego de correr y hacer karate, desayunábamos con él y enseguida nos íbamos a nuestra cuevita (que así bautizamos el nuevo hogar) a trabajar. Incentivada por las pinturas de la mujer de don Ramón, que éste tenía en su cabaña, Raga comenzó a experimentar con todo tipo de texturas, realizándolas con un colorido en el que don Ramón creía ver la influencia de Tamayo, pero que yo consideraba más próximo a la violencia cromática de Gauguin y Van Gogh. Con un esfuerzo titánico al principio (al grado de que dejé los dedos de las manos despellejados y sin uñas de tanta mordida) y más llevadero después, conforme iba recobrando el dominio de lo narrado, fui poniendo en limpio todas las muertencias que me habían sucedido desde que bajara de la montaña. Después de la escritura de las dos páginas de rigor, me entregaba descansante al seno (por aquello de mamar) tonificador de los grandes autores.

Don Ramón, que después de terminar la cuevita se había hundido literalmente en su escritorio atiborrado de papeles, emergió al fin y con gran celebramiento nos comunicó que ya quedaba libre para la pesca y la caza, lo que significaba el fin de las colaciones enlatadas que hasta entonces veníamos sufriendo.

—¿Por dónde quieres empezar? —me preguntó ya atardeciendo y cuando estábamos tomando un té en su terraza.

—Yo qué sé, don Ramón. Para mí todo es igual, pues en realidad parto de cero —dije dejándole la alternativa.

—¿Puedo ir yo? —preguntó Raga.

—No —repliqué tajante sabiendo que don Ramón era muy especial con las mujeres.

—¿Puedo ir, don Ramón? —insistió Raga.

—Mujer, puede ser peligroso.

—Yo respondo de mí.

—No digas babosadas —le dije con firmeza.

## II. EL REENCUENTRO CON EL TRÓPICO

—Mira, mujer, ¿por qué no lo dejamos para cuando estés un poco más familiarizada con el medio?

—Es que siempre me van a decir lo mismo. Para ustedes la mujer es un estorbo.

—Qué va a ser. Te doy mi palabra de honor que en cuanto vea que estás lista te llevo.

—¿De veras?

—Te lo prometo. ¿Qué te parece si mañana empezamos? —dijo dirigiéndose a mí.

—¿Qué necesito llevar?

—Nada, yo llevo lo necesario. Lo único que te pido es que guardes íntegra tu energía, ¿entiendes?

—Claro —dije, no pudiendo evitar sonrojarme mientras Raga sonreía con malicia.

—Esto ya no tendría que decírtelo, pues ya lo hemos comentado en repetidas ocasiones.

—¿Qué cosa? —dije sin entender muy bien lo que don Ramón me estaba diciendo.

—Esto, hombre; esto de lo que estamos hablando.

De golpe me vino a la memoria un artículo donde Alfonso Reyes satiriza de manera magistral el hablar sibilino e indeterminado que tienen los españoles (sobre todo los madrileños) y no pude contener la carcajada.

—¿De qué coño te ríes ahora?

—Nada, nada. Está bien, ya entendí.

—Bueno, muchacho, allá tú. Si luego llegas atontado y te caes de las rocas no será por mi culpa.



Salimos con el primer resplandor del amanecer. Don Ramón llevaba colgada del hombro una bolsa con los implementos de pesca, y en la mano un gancho langostero que no dejaba de intrigarme.

Ya en la playa subimos los promontorios rocosos y dimos con una veredita que bordeaba todo el acantilado. Don Ramón me dijo que él había abierto esa vereda hacía años. Le pregunté si le gustaba más pescar desde las rocas que la pesca submarina, y me respondió que eran dos formas de la misma plenitud, y que pronto yo lo entendería sin necesidad de palabras. Llegamos a lo alto del acantilado, desde donde se divisaba imponente el mar abierto y, haciendo prodigios de equilibrio, bajamos hasta llegar a unas grandes charcas cuyo fondo se veía hirviendo de sardinas.

—¡Mire, mire! —exclamé señalándole al viejo el espectacular descubrimiento.

—Ya llegaremos a esa fase —dijo enigmático—. Primero debes aprender a pescar con peñasqueros.

Los mentados peñasqueros eran unos cangrejos negruzcos que se amontonaban expectantes cerca de la rompiente y que a la menor señal de peligro desaparecían entre las rocas o tirándose al mar.

—Quédate aquí y fíjate bien en mis movimientos —dijo don Ramón llevando el gancho langostero en la mano derecha y una bolsa de plástico en la izquierda.

Se fue hacia donde estaban los peñasqueros y saltando como un felino de roca en roca comenzó a soltar ganchazos a diestro y siniestro. De cuando en cuando se subía con rapidez a la parte alta de las rocas y se quedaba allí hasta que el nivel de las olas parecía otra vez aquietarse. Entonces se tiraba relampagueante sobre los peligrosos bordes rocosos y con el gancho desmadraba a todo cuanto peñasquero hallaba a su paso. Regresó hacia donde yo estaba y me enseñó la bolsa que contenía cuatro o cinco cangrejos grandes escabechados en un líquido amarillento.

—Anda, ve tú ahora —dijo vaciando la bolsa sobre la roca en que estábamos y dándome el gancho langostero.

—¿Qué, no son bastantes? —argüí evasivo.

—No te hagas tonto. Éstos que agarré son para mí. Ve tú por los tuyos.

## II. EL REENCUENTRO CON EL TRÓPICO

Y allá voy. ¡Putá!, qué diferencia tan grande mediaba entre ver al viejo saltar sobre las rocas y andar yo sobre ellas a cuatro patas. Al primer intento fue tal mi lentitud que, cuando llegué al lugar donde antes estaban los peñasqueros, me encontré solo y abochornado. Miré hacia abajo y vi, entre los afilados corales y puntiagrosos erizos, un enorme peñasquero semioculto en una hendidura. “Ajá”, me dije realizado, “aquí está el primero”. Bajé con extrema precaución para no cortarme ni pincharme, y cuando ya iba a dar el ganchazo oí el vozarrón del viejo:

—¡Cuidado, la ola!

Vi el mar venir sobre mí y me lancé, ajeno a los pinchazos que sentí en la mano izquierda, con rapidez roca arriba. Fue inútil, en plena travesía me alcanzó la creciente y me elevó como si fuera un corcho.

—¡Agárrate, no te dejes ir! —volví a oír a don Ramón.

Al bajar me aferré con todo mi ser a la pared rocosa y sentí que el cuerpo se cribaba por todos lados. Don Ramón, que se había lanzado hacia donde yo estaba, me echó una de sus garras y me arrastró hacia arriba. Al pararme sobre la roca vi que de los innumerables cortes que me había hecho manaba profusa la sangre.

—¡Me cago en la hostia, contigo no se puede! —exclamó molesto don Ramón.

—¡Qué joda me paré! —expresé viéndome de tan mal modo—. ¡Putá, cómo me duele la mano!

—Son los erizos. Bueno, vámonos; por hoy ya fue todo.

—No, ni madres. Vaya usted a pescar que aquí lo espero.

—A ver, ven acá para que te lave las heridas.

Nos acercamos a una charca y luego de que me hubo echado agua por todo el cuerpo, don Ramón expresó ya menos molesto:

—Por suerte son cortadas superficiales. Lo que sí te va a doler van a ser esos erizos que te metiste en la mano.

—Mierda, parece que tienen rabia —dije sintiendo los punzantes latidos de las espinas en la mano.

—¿Cuántos te metiste?

Miré la mano y vi varios puntos violáceos que se perdían en el interior de la palma. Conté hasta siete.

—No sé por qué demonios escoges siempre la vida sufriente, muchacho. Bueno, ojalá te sirva para evitar males mayores.

—¡Yo no escogí, me escogieron!

—Anda, quédate ahí relajado mientras voy a pescar aquí enfrente.

Me recosté contra la roca y vi con envidia cómo el viejo se iba saltando sobre los peñascos. Encima de mí, el cielo se prendía con el ímpetu solar y la apacibilidad del paraje contrastaba con violencia con el dolor agudo que partiendo de la mano se irradiaba, a través de las cortadas, por todo el cuerpo. ¿Por qué tenían que pasarme a mí todas estas cosas? ¡Ese hijo de puta del peñasquero había tenido la culpa al tentarme! No, yo y sólo yo era el causante de mi desgracia. Viejo cabrón, ¿por qué me había obligado a agarrarlos si sabía que yo no estaba preparado? Pero, ¿acaso estaré preparado algún día? “¡Me cago en la reputísima!”, grité desahogándome. El dolor de la mano se hizo tan intenso que para no chillar empecé a chiflar. Dejé que las tonadas surgieran arbitrariamente y pronto me oí repitiendo una canción que, desde mi estancia en el legendario Zipolite, se había impreso de manera imborrable en lo más profundo de mi atribulada alma: “Mejor no hubieras nacido o te hubieras muerto chiquito”. Oí un rugido del viejo celta y me levanté preocupado temiendo que le hubiera pasado algo. Caminé con extrema precaución sobre las rocas y lo vi parado en un promontorio que se metía estratégicamente en el mar, y con su cuerda de pescar lista para dar el lance.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—¡Me cago en la mar, me acaba de romper la tanza un pargo de unos tres o cuatro kilos!

—¿Se rompió la cuerda?

—Sí, hombre. Es que no pude evitar que se clavara hacia la roca.

—Qué lástima.

## II. EL REENCUENTRO CON EL TRÓPICO

—Allí ya tengo uno.

Miré en derredor y no vi nada.

—Ahí, adelante de ti, al lado de la bolsa.

—Ah, ya lo veo. Oiga, está de buen tamaño.

—Apenas un kilito —dijo el viejo jalando la cuerda—. Joder, esos cuches no respetan nada.

Don Ramón extrajo de la bolsa de plástico otro cangrejo y lo prendió con el anzuelo por medio del abdomen. Se fue a la parte más saliente de la roca y, después de girar la cuerda sobre su cabeza, la lanzó al mar separándola del rompimiento espumante.

—¿Y cómo va eso? —preguntó sin dejar de estar presto.

—Como que me quiere dar calentura —dije sintiendo escalofríos.

—Es el veneno de los erizos. Déjame pescar otro y nos vamos.

—No se preocupe, aquí estoy bien.

Don Ramón pegó un tirón de la cuerda y rugió con violencia:

—¡Malditos cuches!

Recogió otra vez la cuerda y se inclinó a poner otro cangrejo en el anzuelo.

—¡Aguas, don Ramón, la ola! —le grité asustado.

El viejo saltó con rapidez hacia la parte más alta de la roca y allí esperó, con la cuerda en una mano y la bolsa de plástico en la otra, hasta que se calmara el mar. Conté tres enormes olas en lo que el mar tardó en calmarse. Frente a la roca donde estaba don Ramón todo era un blanco torbellino en vías de tranquilizamiento.

—Así es como les gusta —dijo don Ramón tirando la cuerda al azulado remanso que comenzaba a formarse.

—¿Y por qué no se prenden esos cuches?

—Porque son muy mañosos, comen a mordiditas por los lados.

—Ah, vaya.

—¡Eso es, así te quiero! —exclamó el viejo haciendo un gran esfuerzo para aguantar el jalón de la cuerda—. Quieto, cálmate. Ven, ven. Así. Eh, coño eres más grande de lo que supuse.

—¡Se le va! —grité al ver cómo la cuerda parecía sacar humo al escapársele de la mano a don Ramón.

—No, está bien prendido. Pero hay que saber torearlo. Eso, aquí viene. Ya está, ya lo tengo. ¡Hombre, vaya bacoco!

Estiré la cabeza y vi un enorme pescado plateado que se metía por la hendidura que se formaba entre la roca donde estaba don Ramón y otra aledaña. Arriesgándose, el viejo bajó de donde estaba.

—¡Se va a romper! —dije metido de lleno en el trance.

Con una experiencia de pescador consumado, don Ramón le metió la mano por las agallas y subió saltando hasta donde yo estaba.

—¡Qué maravilla! —exclamé viendo la combinación de plateado y dorado que mostraba la espléndida captura.

—Hombre, no baja de los cinco kilos.

—Se ve sabrosísimo.

—Ningún otro pescado iguala el caldo de bacoco.

—Ah, ya me acuerdo. Una vez don Antonio pescó uno.

—Ya verás que hasta la caída se te olvida.

Doña Isabel, al ver como yo venía, se aprestó de inmediato a curarme. Don Ramón le dijo que eran unos rasguños superficiales, y echando mano a la bolsa sacó el pargo y se lo regaló. La expresión de la mujer cambió de golpe, permitiendo ver que era por el estómago por donde las amarguras de la vida se le endulzaban, y que por allí había que desplegar toda acción para ganarle su confianza. Nos dio la servilleta con nuestra ración diaria de tortillas y subimos a la cabaña de don Ramón. Al llegar nos encontramos con la sorpresa de que Raga nos había preparado un succulento desayuno.

—¡Mujer, qué bien nacida eres! —expresó don Ramón al ver la mesita de la terraza puesta en forma impecable.

—¿Qué te pasó? —se asustó Raga viendo mis heridas.

—Su bautismo, mujer, su bautismo.

—Ay, corazón. Siempre te tiene que pasar algo.

—¿Y qué quieres que haga? Así es mi destino.

—Anda, ven que voy a curarte.

## II. EL REENCUENTRO CON EL TRÓPICO

—No, mujer, déjalo que desayune tranquilo.

—Es que se le van a infectar las heridas, don Ramón.

—Bueno, ponle un poco de merthiolate en las cortadas, pero no le toques las espinas de la mano.

—¿Por qué no?

—Porque cuando lo hagas te va a mandar al infierno. Mejor deja que desayune y descanse un rato.

El infierno es demasiado alegórico para expresar lo que sentí cuando, después del desayuno y habiéndome entercado en no descansar un rato, Raga comenzó a removerme las espinas de los erizos con una aguja. Poco antes del sacrificio don Ramón había dicho que las púas de los erizos, si bien entraban con suma facilidad, eran muy difíciles de extraer, pues tenían unos bordecitos dentados en posición invertida que se incrustaban en la carne al tratar de sacarlos. Por todo ello había concluido con suficiencia que yo no iba a aguantar. Con toda su sensibilidad potenciada, Raga fue removiendo la piel que obstruía la entrada de las espinas y empezó con la punta de la aguja a tratar de aflojar los puntitos violáceos que yo veía desde un mundo de sufrimiento infinito. A pesar de que me había propuesto demostrarle al cabrón viejo que sí podía aguantar, después de que Raga me extrajo las tres espinas más superficiales y pasó a las profundas, tuve que tirar la toalla ante la inminencia del *knock out*. Raga le preguntó a don Ramón, que estaba dentro de la cabaña, si tenía xilocaína u otro anestésico local, y tras un rato de silencio el viejo apareció con un hueso de venado y metiéndomelo en la boca dijo que mordiera con fuerza para ver si así lograba extraerle algún sabor a la sabiduría del venado. Raga miró sorprendida y yo, al borde del desaparecimiento, me quedé como un pendejo con el hueso en la boca. Raga volvió a intentarlo y al primer pinchazo sentí que los pelos de la nuca se me paraban electrizados y comencé a sudar frío. Don Ramón me urgió a que mordiera el hueso, y al hacerlo con los molares el hueso me estalló en la boca y junto con las astillas expulsé el primer vestigio del desayuno. Apenas tuve tiempo de salir al exterior y vaciarme. Raga,

cuyo rostro era un espejo que ponía de manifiesto la medida de mi naufragio, me limpió con dulzura maternal y me llevó al placentero arrullamiento de la hamaca. Mientras se iba disolviendo el exterior en una bruma adormeciente, pensé agradecido que debería erigírsele un monumento al inventor anónimo de la hamaca.

Soñé que reprochaba los exámenes finales de una asignatura importantísima para mi vida. Al ver que no estaba mi nombre entre los aprobados, fui poseído por un coraje irracional que me llevó hasta la puerta misma del cubículo del catedrático. Golpeé varias veces con firmeza y oí desde adentro una especie de gorjeos, y en seguida se abrió la puerta. Ante mí, autoritaria e imponente, se erguía la amorfa abundosidad del patriarca Reyes. Me preguntó qué quería, y le dije, con una mesura que no evidenciaba mi turbulencia interior, que me parecía una injusticia que me reprobaran cuando en la lista de aprobados había visto varios nombres cuyos méritos estaban muy por debajo de los míos. Puso cara de desagrado y, dándome la espalda, dijo que la calificación había sido imparcial y que lo que allí se juzgaba no era la potencialidad del individuo respecto a la materia, sino la capacidad actualizada en el examen. Argüí que yo había cumplido con creces las exigencias del examen, y que tal vez la causa de mi fracaso fuera la ilegibilidad del texto debida a tachaduras y gotas de sudor que ponían de manifiesto, en todo caso, mi excesividad vital. Después de preguntarme el nombre, se fue hacia un archivero y, entre refunfuños y gruñidos, extrajo mi examen. Me pidió que me acercara a su escritorio y me puso enfrente un par de hojas manchadas de sangre. Le dije que yo no había hecho eso, y sin decirme nada tomó una de las hojas y leyó: “Sólo la literatura escrita con sangre es capaz de alcanzar la temperatura de la vida”. Objeté que esa frase no se podía extrapolar del contexto, y que ello no tenía nada que ver con las manchas de sangre que emborronaban mis escritos.

—Mire usted —dijo atravesándome con sus ojillos de duende erudito—, esta sintaxis viciosa, con sus arrebatos y excesividades, tiene mucho de barbarie. Eso de jugar con los varios sentidos de un vo-

## II. EL REENCUENTRO CON EL TRÓPICO

cable y pretender sacar de tan ruin artificio efectos poéticos, si acaso, sólo se le puede perdonar a los cultistas y conceptistas del siglo XVII.

—Pero es que entonces no habría enriquecimiento lingüístico...

—Óigame usted, primero tiene que convencerse de que las innovaciones personales y voluntarias son derecho exclusivo de unos cuantos y contados genios, dotados del don misterioso de la creación lingüística: Garcilaso, Góngora, Quevedo, Gracián, Rubén Darío... Mientras se prepara para el próximo examen, medite usted en esto: “El estilo es economía”. Ya puede retirarse.

Cerré con violencia la puerta y tras el seco sonido que produjo oí unas vocecitas distantes que de inmediato jalaron mi atención. La audición se fue tornando más clara, y junto con las voces me llegó un olor a mar y hierbas finas formando una combinación de tal exquisitez que mi ser emergió olfativamente a la vida.

—¡Qué olor! —exclamé corporeizándome en la hamaca.

—¡Vaya, no estás tan grave! —dijo Raga de pie frente a uno de los libreros y con unos frascos que le estaba dando don Ramón.

—Échate una jicarita de agua, muchacho. Esa no es cara para enfrentar el mediodía.

Me fui a dar un par de jicarazos y cuando regresé vi a Raga feliz como un colibrí revoloteando en torno a la estancia.

—¿Y eso? —le pregunté cuando vino hacia mí y tomándome por flor comenzó a libarme.

—Mira, mira lo que me acaba de dar don Ramón.

Me llevó al escritorio y me mostró un montón de aquellos frascos que don Ramón le estaba dando cuando yo me despertaba.

—¿Qué son?

—Conservantes y resinas para tratar todo tipo de texturas, tanto animales como vegetales. ¿Te imaginas?

—¿Y de dónde sacó todo eso?

—De su mujer. ¿Sabías que su mujer era muy amiga de Remedios Varo y que ambas habían estado trabajando con una ingeniera química?

—¡A comer, tortolitos! —gritó don Ramón desde la terraza sombreada que recién había reelaborado en torno a un frondoso flamboyán.

—Oiga, le quedó muy bien esta sombrita —dije acercándome a la mesa que circundaba el grueso tronco del árbol.

—Hombre, este año tuvimos muy buenas lluvias. Vive Dios que me voy a dar gusto con el venado.

—¡Putá, cómo me gustaría ir con usted! —expresé deseante.

—No me gusta ir acompañado —dijo con sequedad.

—¿Por qué no?

—¡Cuidado que viene hirviendo el sabor del trópico! —exclamó Raga poniéndome enfrente un plato rebosante de caldo de pescado.

Don Ramón se fue con Raga y mientras los esperaba, haciendo a un lado la humeante olorescencia de ese caldo que en otra situación hubiera imposibilitado todo monólogo, me puse a darle vueltas y más vueltas a ese cabrón modo que tenía el viejo. Apenas creía uno que ya tenía ganada su confianza cuando ¡zás!, salía con esas necedades galleguiles que producían deseos de patearlo.

—¿No está fabuloso? —preguntó Raga regresando con su plato de caldo.

—¿Qué? —dije destanteado.

—De veras que andas mal, corazón. ¿No te cayó bien el coyotito?

—Putá, tuve pesadillas. ¿A qué no te imaginas con quién soñé?

—Seguro con tu padre —dijo don Ramón acomodándose en el asiento.

—Con el patriarca Reyes.

—¿Qué interesante! ¿Y qué sucedía? —perquirió Raga.

—El cabrón me reprobó.

—Hombre, me alegra sobremanera coincidir con tan egregio exponente de nuestras letras —dijo don Ramón con ganas de joder.

—Oiga, por cierto, aún no nos dice qué le pareció el libro —terció Raga.

—A decir verdad, es una selva de erratas.

## II. EL REENCUENTRO CON EL TRÓPICO

—No fue mi culpa —expresé indignado.

—Además —continuó el viejo—, hay demasiados cambios respecto a la versión manuscrita que yo había leído. Me haces decir cosas que yo no comparto. La erudición es gratuita y los diálogos son ficticios y demasiado apretados. Parece que todo fuera un pretexto para meter esa cultura preparatoriana que...

—Ya párele, ¿quiere?

—Coño, ¿censura en mi propia casa?

—Bueno, pues me voy a la chingada —dije levantándome con violencia.

—¡Uy, qué modito! —expresó Raga tomándome del brazo—. Anda, siéntate y aprende a oír las críticas que te hace alguien que te estima.

—Mierda, cómo serán entonces las críticas de los que me odian.

—Este caldo es un prodigio, no me canso de descubrirle nuevas potencialidades. ¿No te parece, mujer? —expresó el viejo tratando de calmar el ambiente.

—Umm, qué picorcito. Ummm, y ese saborcito que le da el orégano —dijo Raga deleitándose.

—Mierda, ya me echó a perder el caldo —dije apartando el plato.

—Ay, Eugenito, qué ganas de moler —dijo Raga fulminándome con su mirada.

—Déjalo. ¿No ves que necesita hacerse el importante?

—Qué chistoso.

—Coño, lo que tú necesitas son unos buenos cinturonzos.

—Sí, papá.

—Ya estuvo suave, Eugenio —intervino Raga con firmeza—. Anda, no seas tontito y tómate el caldo.

Y lo increíble es que empecé a tomarme el caldo. Cabizbajo y a pequeños sorbos fui dejándome atrapar por el sabor.

—Oiga, don Ramón, ¿y qué piensa usted de todo lo que está sucediendo en la zona? —preguntó Raga en una verdadera acrobacia dialoal.

—Ese es un tema muy largo y escabroso. Pero si tuviera que usar una sola expresión diría que todo lo que está pasando es “inevitable”.

—¿Qué quiere decir?

—Que tratar de evitar lo que está sucediendo sería un verdadero suicidio. Ahí está el caso del pobre Antonio para ejemplificarlo.

—¿Y aún no han aprehendido al asesino?

—Ni lo aprehenderán.

—Es terrible.

—No, peor era antes.

—Eso que está diciendo es una soberana pendejez —expresé con dureza—. El antes al que usted se refiere tenía ante sí un futuro cargado de esperanza, mientras que el presente, sumido en la barbarie del desarrollismo, no tiene para adelante más que contaminación y muerte.

—Ya le salió al nene lo anarcoecologista —dijo el viejo levantándose de la mesa—. ¿Alguien quiere un poco más de caldo? ¿Tú, anarca? —preguntó pullándome.

—No, gracias, jerarca. ¿O debería decir, mejor, geriarca?

—¿Y qué propones tú? —me preguntó Raga mientras el viejo iba por los caldos.

—Se puede hacer una reserva que abarque unas diez mil hectáreas.

—¿Y las playas?

—Habría que partir la zona turística en dos, dejando una franja que fuera de Maguey a San Agustín para la reserva. Aquí en Playa Tortuga se haría un centro de investigaciones de la flora y fauna terrestre y marina que, al tiempo que clasificara y supervisara toda la riqueza ecológica del lugar, sirviera también como zona testigo para estudiar la velocidad de deterioro de las franjas entregadas a la contaminación turística.

—Estás completamente chalado —dijo don Ramón de regreso con los dos platos humeantes.

—A mí no me parece mala la idea —expresó Raga con interés—. Pero ¿cómo se puede hacer viable ese proyecto?

## II. EL REENCUENTRO CON EL TRÓPICO

—Con un equipo de locos que estén dispuestos a partirse la madre contra la burocracia.

—Ay, corazón, ya se te vino abajo todo.

—Bueno, ahí te va otra opción: poniéndose en contacto con Bob Geldof y hacer un festival como el de Live Aid para recabar los fondos necesarios para comprarle a FONATUR las diez mil hectáreas del proyecto.

—¿Y por qué no contactamos a *National Geographic* o a *Audubon Society*? —dijo Raga interesada.

—Ya perdí a Antonio, que fue el ser que hizo posible que yo habitara este rincón único del planeta —dijo con gravedad don Ramón—. Y no estoy dispuesto a permitir en este lugar más sacrificios absurdos que terminen por agriarme los pocos años que me quedan de vida.

—Quién lo fuera a decir, el héroe de mil batallas entregándose derrotado ante la mediocridad burocrática —dije con intención revanchista.

—Mujer, cuida tu radiante vitalidad y no la desperdicies con un sinvergüenza como éste que es incapaz de llevar a término ningún proyecto. ¿No te contó sobre su huida cobarde de la Chinantla?

—Mierda, ya empezaron los golpes bajos.

—Anda, anda, mamarracho, déjanos tomar el caldo en paz.

—De acuerdo. Ahí nos vemos al rato en la cueva —le dije a Raga.

—Espera, no seas así —oí a mis espaldas.

Me extrañó mucho que Raga tardara en regresar a la cueva. Mientras sacaba notas sobre la polémica entre los contemporáneos y los estridentistas, no dejaba de mirar inquieto hacia la vereda por donde tendría que venir. En una ida a orinar vi, pasando de la sorpresa al encabronamiento, las dos figuras inconfundibles paseándose a todo lo largo de la playa. Cuando Raga regresó, ya atardecido, tuvimos un ligero enfrentamiento dialógico, que no pasó a mayores porque la irradiación de especulante negatividad no logró doblegar el lenguaje apasionado de nuestros cuerpos. Para mí era ya evidente que el viejo había encontrado en Raga un aliado natural en su empe-

ño por someterme. Para Raga la convivencia con don Ramón era una oportunidad única para plenificar la dinámica sensciente que la cautivaba. Enemiga natural de la fluencia especulativa que a mí me envenenaba, Raga puso un límite a la disputa al dejar bien claro que en cuestiones vitales era lo suficiente madura para saber lo que quería y lo que rechazaba.



Al día siguiente, como de costumbre, don Ramón nos gritó para bajar a correr y hacer ejercicio. En parte porque no había dormido bien, a causa de la mano erizada, y en parte porque aún estaba viva la confrontación del día anterior, decidí no bajar y me quedé a preparar el desayuno. Cuando regresaron, Raga venía exultante y don Ramón no podía ocultar una sonrisita traviesa de triunfalismo. Luego de ver lo que yo había preparado, empezó un ataque que tiró por tierra todo el tinglado mental de propósito pacifista que con gran esfuerzo especulativo había montado mientras preparaba el desayuno: que la torta de tilcutes no llevaba jitomate, que la había dejado quemar demasiado, que la avena estaba muy aguada, que la naranjada estaba desabrida, que... Cuando Raga intervino en mi defensa ya era demasiado tarde.

Me sumí en un silencio que, por ser superior a toda concientización, se fue haciendo más abismal conforme pasaban los días. Y resultó peor el remedio que la enfermedad. El viejo comenzó a entregarle todas sus virtudes a Raga, mientras yo rumiaba en mi castigante silencio todos los defectos, propios e inventados, que el viejo poseía. Las tres veces que fuimos a bucear al Carrizalillo, aquella playa que tan mía había hecho en la memoria, tuve que resignarme, tirado al sol como un garrobo (por causa del oído ya nunca más podría bucear), mientras Raga acompañando a don Ramón descubría un mundo de submarínicas azulidades que para siempre quedaría vitalizado en sus telas.

## II. EL REENCUENTRO CON EL TRÓPICO

Todo lo que en mí era lucha orgullosa y terca, en Raga era superación alegre y armoniosa. Para ella, descubridora de un mundo de maravillosas potencialidades, cada fracción de tiempo era toda una eternidad y cada fracción de espacio un universo que la estaba esperando para ser gozado. Para mí, poblador ya avezado en los reveses y naufragios, todo se centraba en mantener, a como diera lugar, la solidez de lo ya logrado. Por eso no pudo menos que preocuparme la facilidad con que a Raga se le daba la meditación (cuya técnica hasta la fecha yo aún no había podido dominar), las patadas de karate (sobre todo la de lado que, según don Ramón, era ya de un nivel de cinta verde), la buceada (bajaba a diez o doce metros). Algo tiene que suceder, presagiaba yo desconfiado; en el momento menos pensado el trópico le va a dar un chingadazo. Una mañana que habíamos ido a bucear al Carrizalillo, y cuando ya la relación entre el viejo y yo se había ido tornando más cálida, vimos venir hacia la playa una pequeña lancha neumática. Don Ramón había capturado un par de loras y tres langostas de buen tamaño, y en el momento que se acercó la lancha estábamos enfrascados en amena charla limpiando el pescado.

En la parte delantera de la lancha venían dos niños, y manejándola una pelirroja que, desde donde yo estaba, se veía arrebatante. La lancha se acercó a la orilla con clara intención de varar, en vista de lo cual don Ramón les gritó que se alejaran del rompimiento, pues el fondo de la orilla estaba lleno de rocas. La mujer o no oyó o no entendió y la lancha terminó por golpear con la pata del motor contra las rocas. Saltaron gritando los niños y la mujer, que se aferró desesperada a la lancha tratando de controlarla.

—¡Se va a golpear contra las rocas! —gritó Raga alarmada.

Don Ramón se tiró al mar y se llevó la lancha nadando hacia el medio de la bahía.

La mujer, en un impresionante bikini amarillo que realzaba su exuberancia a un nivel de desasosiego, le habló a los dos niños en inglés y, luego de abrazarlos en medio de grititos y celebramientos, se vino hasta donde estábamos Raga y yo. Saludó en inglés y

Raga le contestó mientras yo, como el chinito, miraba y remiraba. “¡Putá, no tiene nada de desperdicio!”, me dije lanzando una mirada tiburonizante a sus deliciosos pechos, que a duras penas podían ser contenidos por el esfuerzo sintético de las dos telitas amarillas. Los niños, atraídos de inmediato por los vistosos colores de las loras y por la armadura beligerante de las langostas, se olvidaron por completo (si es que en verdad las conocían) de las mínimas normas de cortesía.

Feliz de hallar en estas tierras sin nombre a alguien que hablara tan bien el inglés (¡y con acento londinense!), la pelirroja encontró en Raga la otredad civilizada que le permitía, al liberarse de la angustiosa desconfianza, ver magia y portento donde antes sólo veía barbarie. Me dieron la espalda olímpicamente y se pusieron a hablar mirando cómo don Ramón prendía el motor de la lancha y la echaba a andar. Ante la visión de las pecaminosas nalgas de la pelirroja, las de Raga parecían más ¿cómo diré?, sí, más artísticas. La niña, porque era una parejita, me preguntó algo, pero la visión de aquellas protuberancias espectaculares me dejó sin habla por un buen rato. Ya que hubo comprobado la puesta a punto de la lancha, don Ramón llamó a la mujer y a los niños que, después de despedirse, se fueron nadando hacia la lancha. El viejo los ayudó a subir y se vino de regreso hacia la playa.

Mientras veíamos la maniobra, Raga me jaló con cariño de una oreja:

—¿Te gustó la gringuita, eh?

—¿Son gringos? —pregunté haciéndome el desentendido.

—De San Francisco. Vinieron en un yate y están anclados en la bahía de Maguey.

—¿Un yate?

—Sí, y estamos invitados.

—No quiero saber nada de yates.

—¿Y de gringas?

—Menos. Cuantimás siendo de San Francisco.

## II. EL REENCUENTRO CON EL TRÓPICO

—No te hagas, pillín, que vi cómo la mirabas.

—Sí, la verdad es que está muy buena, pero por mirar no te da sida.

—¡Qué bárbaros son estos gringos! —expresó don Ramón ya de regreso.

—A mí me caen bien por aventados —dijo Raga convencida.

Nos quedamos viendo cómo se alejaba la lancha, y al tiempo que don Ramón nos instaba a la partida dejé escapar entre dientes:

—¡Los últimos futurólatras del planeta!

Ya de regreso en la cabaña, y después de darnos unos jicarazos desalinizantes, don Ramón le metió lumbre al horno y comenzó a preparar las langostas ante nuestra expectación de aprendices sin destino. Después de abrir las langostas a la mitad, las colocó sobre el recipiente de hornear y les echó unos chorritos de aceite de oliva y vinagre (ingredientes típicos de la ritualidad donramoniana). A continuación trajo de la despensa una lata de rebanadas de piña y, luego de abrirla y vaciar el jugo en el recipiente, picó en pequeños trozos las succulentas rodajas. Tomó de sus frascos un puñito de ajo y cebolla deshidratados y lo esparció sobre las langostas. Por último, fue a buscar el galón de mezcal que reservaba para cocinar y regó profusamente el preparado. Tomó en seguida el rollo de papel de estaño y se dispuso a cerrar ese tesoro de sabores.

—¿Y la sal? —preguntó Raga.

—¡Mujer, qué bueno que me lo dices! —exclamó don Ramón tomando el frasquito que contenía la sal y esparciéndola a conciencia sobre las langostas.

—¿Y los chiles? —intervine yo acostumbrado a ver la liberalidad a que el viejo celta se entregaba en materia de picantes.

—No, la piña ya es bastante ácida. Además el picante lo dejamos para pezuña y pluma —dijo don Ramón metiendo el recipiente en el horno.

—Oiga, ¿y cuándo vamos a cazar? —pregunté aprovechando la circunstancia.

—Cuando tengas dos manos —respondió tajante.

—¿Acaso no puedo acompañarlo así como estoy?

—No me gusta cuidar la cola de nadie; bastante tengo con cuidar la mía.

—Mierda, yo pensé que su maldito egoísmo iba a ceder con el tiempo.

—No es egoísmo, muchacho, sino simple cuestión de método. “Todos te conozcan; ninguno te abarque”, le aconsejaba nuestro pre-nietzscheano Gracián a su héroe.

—Sí, ya sé, es el “no te dejes atrapar” del don Juan castanediano.

—Pues aplícatelo, muchacho.

Don Ramón se fue al interior y trajo la caracola con la que llamaba a los nativos. Sopló tres veces enfuegucciendo su rostro por el esfuerzo, y el retumbamiento del sonido se fue rebotando contra los cerros. Raga se retiró a la hamaca a dormitar mientras se horneaban las langostas, y don Ramón y yo nos sentamos a tomar un mezcalito. No pasaron ni diez minutos cuando oímos la festiva voz de don Ciri:

—Buenas, ¿qué, ganó venado?

—Llévale esos pescados a tu mujer, que sé que a ti no te gustan —dijo don Ramón con malicia.

—Uy, que si me gustan —expresó don Ciri abriendo en toda su magnitud los ojos—. ¿Y cómo le voy a hacer para pagarle tanto ofrecimiento?

—Acordaos de mí cuando los comáis.

—Pues muchas gracias, don Ramón. ¿Se le ofrece algo más?

—Hombre, pues ya que lo dices se me ocurre que podrías hacerme un favor.

—Diga usted.

—¿Podrías llevar mañana a campear aquí al amigo Eugenio?

—Cómo no, don Ramón.

—Tengo mucho que escribir y leer —alegué no agradándome la perspectiva.

## II. EL REENCUENTRO CON EL TRÓPICO

—¿Qué, no quieres matar un venado? —preguntó don Ramón sumiéndome en un total desconcierto.

—¿A poco vamos a ir al venado?

—¿Cómo ves al amigo, Cirilo?

—Qué, ¿podrá? —preguntó don Ciri abriendo la boca con esa expresión de incógnita que le daba el único diente que tenía en la parte frontal superior.

—Ya está bien de cachondeo, ¿no? —dije molesto.

—Bueno, pues si no quiere ir al venado, entonces llévatelo al tigre.

—Ah chingados. ¿Tan bravo es?

—No le haga caso, don Ciri. Nada más se está riendo de usted y de mí.

—No, muchacho. Te estoy tratando de decir que antes de volar hay que aprender a caminar.

—Yo ya caminé lo suficiente.

—Pero fracasaste. Por eso tienes que empezar de nuevo.

—¿En qué se basa usted para decir que fracasé?

—Ya, no quiero seguir hablando de eso. Mira, Cirilo, tú espéralo mañana a la salida del sol, y si no llega te vas a tu trabajo.

—Está bien, don Ramón. Hasta mañana entonces, don Eugenio —dijo don Ciri yéndose feliz con sus pescados.

Don Ramón tomó la botella de mezcal y volvió a llenar las copitas.

—¡Salud! —dijo levantando la suya.

—Oiga, don Ramón. Ya hablando en serio, ¿no cree usted que ya estuvo suave de tanto cachondearse conmigo?

—Antes que nada, ¡salud!

—Está bien, ¡salud!

—¿Cachondearme contigo? ¡Ni que fueras aquella gringa pelirroja!

—Le estoy hablando en serio. ¿Por qué carajo me trata como un alumno apendejado?

—¿Pero es que no fue suficiente lección la que recibiste en la roca?

—Fue un simple descuido. A todos nos...

—No, fue una acción pseudoconcreta: una acción en la que el sujeto no es consciente de su relación con la objetividad. Un acto fallido, en términos freudianos.

—¿A qué viene ahora esa letanía?

—Mira, muchacho. No conozco a nadie que se haya hecho sabio leyendo a Platón, ni tlamatini leyendo a Castaneda. Si no aprendes a enfrentar la objetividad de manera metódica no pasarás nunca de ser una cotorra filológica, que se la pasa repitiendo autores y libros porque no aprendió otra cosa.

—Pero es que yo sí quiero aprender.

—Tu querer es caprichoso y superficial. Apenas encuentras una dificultad y en seguida te noluntarizas.

—Está bien, lo acepto. ¿Qué me aconseja usted?

—La verdad, muchacho, contigo no hay nada que hacer.

—Pero es que...

—¡Qué jaleo arman! —dijo Raga acercándose a la mesa donde platicábamos.

—Sí, mujer, discúlpanos —dijo don Ramón—. ¿Un mezcalito?

—Bueno, gracias. Oiga, ¿qué es eso que oí del método?

—Nada, nada —dijo el viejo con intención finalizante.

—Ah, no. Ya que me despertaron quiero una explicación.

—Si para mí es difícil para ti es chinanteco —dije para bajarle un poco los ímpetus a Raga.

—¿Qué insinúas?

—No le des vueltas, cosita. A ti no te gusta pensar la vida.

—Claro que no, a mí me gusta sentirla y gozarla.

—¡Bravo, mujer! —celebró don Ramón la salida.

—No me venga ahora, nada más por joder, con que usted aprueba un sentir que no sea pensado.

—No, muchacho. Esa sensciencia a la que ella se refiere lleva inherente todo: es aquella intuición divinizante a la que se refería Bergson, o aquel juicio que supera de golpe las fases impresionista y exegética y que, según Alfonso Reyes, es el verdadero acto de genio.

## II. EL REENCUENTRO CON EL TRÓPICO

—Ya párele, ¿quiere? Yo sé que para usted el sentimiento es mera pseudoconcreción.

—Vaya, vamos avanzando.

—¿Qué quiere decir esa palabreja? —preguntó Raga con el ceño fruncido.

—A ver, explícale, muchacho.

—Explíquesela usted, que es el autor.

—No, ya te dije una vez que eso no es mío.

—¿De quién, entonces?

—De un póster.

—Ay, qué necios, y dale con esas palabras raras.

—No te lo tomes tan a pecho, mujer. La catacresis más que un juego es una necesidad.

—¡Otra más!

—Me refiero a que si no existen palabras para expresar nuevas situaciones o realidades es menester inventarlas.

—Bueno, ya. Ahora dígame usted, por favor, si todo eso que hablaba del método sirve para algo.

—¿Cómo es eso?

—Sí. ¿Conoce usted a alguien que sea feliz viviendo de acuerdo a un método?

—¡Vaya pregunta! —exclamé con sarcasmo.

—Mira, mujer. La felicidad de un escalador que sufre lo indecible para llegar a la ansiada cima, no es la misma felicidad que la del pobre pícaro que pide para comer y se va corriendo a la cantina, ¿entiendes?

—O como diría nuestro insondable don Artemidoro: “hay felicidades que engrandecen y felicidades que empequeñecen” —dije sintiéndome feliz con la salida.

—Újule, cómo les gusta complicar la existencia. A mí hablemme con claridad. En lo que yo llevo viviendo con Eugenio, he visto que el estudio y la escritura le amargan la vida; y no sólo a él.

—Pero ello se debe a la carencia de método. El método te da la medida de tu acción y te señala los límites de tu potencialidad.

—Pues yo he conocido muchas personas metódicas insoportables. Todo lo hacen siempre de la misma manera: comer, dormir, leer el periódico. ¡Viven con el hígado!

—Eso no es método, mujer, sino hábitos y costumbres. Un método cabal jamás constriñe y amordaza la vida, por el contrario, la obliga siempre a la búsqueda sin fin de su limitabilidad.

—¿Por qué dice sin fin?

—Porque esa búsqueda sólo concluye con la muerte. Mira, para que entiendas, el método es como el amor: hay amores sublimes y deleznales, engrandecientes y anonadantes, vitales y mortales, pero nadie puede vivir sin amor, porque no olvides que el odio, como toda fobia, es un amor de signo contrario. Así sucede con el método.

—¿Y a qué se debe que entre nuestros grandes hombres de letras haya habido siempre una aversión visceral hacia el método? —pregunté interesado por saber la opinión del viejo sobre este punto que de tiempo atrás me venía intrigando.

—Esa infráfora que empleas es demasiado fuerte e imprecisa.

—¿Esa qué? —preguntó Raga.

—Llamo infráfora a una metáfora infeliz o sin sustancia, así como Reyes llamaba jitanjáforas a todas esas expresiones zoomorfonantes o glosolálicas.

—Qué barbaridad —expresó Raga—. Tanto retorcimiento hasta las ganas de comer me están quitando.

—¡Las langostas! —exclamó don Ramón levantándose de golpe.

Al extraer el recipiente del horno el ambiente se impregnó de un olor a celestialidad que me hizo ver por un momento como un halo mágico aureolaba al recipiente con las langostas, otorgándole una fenomenicidad casi sacra.

—Un poco más y se nos queman —dijo don Ramón quitándole el papel de estaño al recipiente.

—¡Fiuuu! —expresó Raga olfativisionando tamaña ofrenda.

—Ahí tienes una expresión jitanjafórica —dijo don Ramón con suficiencia.

## II. EL REENCUENTRO CON EL TRÓPICO

—¡Qué color, qué olor, qué todo! —exclamó Raga en pleno éxtasis estético.

—La cocina y la pintura fueron una misma cosa antes de que el hombre le perdiera el respeto a la naturaleza —dijo don Ramón ensimismándose.

—Oiga, no me respondió la pregunta que le hice.

—¿Qué pregunta, muchacho?

—No se haga. La pregunta sobre la metodofobia de nuestros pensadores.

—Esa es una cuestión muy seria y no se puede tocar a la ligera.

—Bah, puras excusas.

—No son excusas, sino delimitaciones. Vamos a ver, ¿qué coño sabes tú de metodología para sostener si Gasset, Unamuno, Reyes o Vasconcelos practicaban o no un método específico?

—Bueno, por eso le pregunto ¿no?

—Pues ponte a estudiar el tema, y cuando estés listo hablamos.

—Ya, don Ramón, bastantes cosas tengo que estudiar.

—Pues entonces limita tu querer a tu poder.

—Y dale con lo mismo —terció Raga medio molesta—. ¿No pueden dejar de discutir por un momento?

—Tienes toda la razón, mujer. Vamos a totalizarnos con estas langostas.

El sabor de las langostas superó todo lo previsto. Mientras Raga respondía a cada bocado con una expresión diferente que evidenciaba una gozación gustativa incondicional y plena, yo masticaba la jugosa carne tan preciada dejándome derivar con la espiral saborizante hacia un mundo de desnaturalizada síntesis, donde la atrofia progresiva de los sentidos cedería la determinación sensiente al juicio deshumanizado de una computadora. Como respuesta confirmadora de mi desasosiego, una vibración telúrica enmudeció de pronto la natural ruidiscencia de la selva y los tres nos miramos expectantes a las caras. Don Ramón, que había estado comiendo con parsimoniosa ritualidad, dejó el cubierto sobre el plato y dijo ya con el estrépito tornándose ensordeciente:

—Es un *jet*. En un par de semanas inauguran el aeropuerto internacional de Huatulco.



Bajé con el plomo de la mañana derritiéndose sobre el mar. Al acercarme a la cabaña de don Ciri oí un extraño parloteo que me obligó a detenerme intrigado. Pronto, unos compases musicales me sacaron de la duda: era la radio con que esta gente acostumbraba amanecer. A unos metros de la cabaña los dos perros que ahora sustituían a los que el difunto don Antonio tenía, se me vinieron encima con no muy buenas intenciones. Me puse en guardia y esto los mantuvo ladrones a prudencial distancia. La figura desgarbada de don Ciri gritándole a los perros por sus nombres, Veneno y Víbora, entre grandes mentadas de fuerte sabor costeño, vino a quitarme del apuro.

—Buenos días, don Ciri.

—Estos chingados perros. Pase usted, aquí mi cocinera ya le tiene listo su cafecito.

Doña Isabel me acomodó en un extremo de la mesa y me puso enfrente una taza de café y un plato con varias piezas de pan. Le di las gracias y la mujer me respondió con una sonrisa.

—Anoche salieron dos tortugas de altura —dijo don Ciri acomodándose en el otro extremo de la mesa.

—¿No le habrá usted escarbado los nidos?

—Cómo cree. Los que sí lo hacen son los buzos y los pescadores que vienen de Santa Cruz.

—Esos tipos no tienen remedio; son capaces de vender a su madre.

—Oiga, ¿y por qué se enchila tanto don Ramón si les escarban los nidos?

—Es que están acabando con las tortugas, don Ciri.

—Tanto que abunda ese animalito...

—No crea, de veras que las están extinguiendo.

## II. EL REENCUENTRO CON EL TRÓPICO

La radio comenzó a vomitar con estruendo la insufrible voz de un vendedor de verdades.

—¿Puede bajar tantito el volumen, por favor? —le dije a doña Isabel.

—Oiga, don Eugenio. Aquí mi cocinera y yo tenemos una porfia. ¿Qué enfermedad es ésa que tanto anuncian?

—¿Se refiere usted al sida?

—No, le mientan pudricidad, pudricidad o algo así.

—No —intervino doña Isabel—. Le dicen productividad.

—Ah, debe ser productividad.

—¡Esa mera! ¿Qué, es muy peligrosa?

—No, no es una enfermedad.

Don Ciri se me quedó viendo con la boca abierta en su típica expresión de incógnita.

—En todo caso ustedes no corren riesgo de contaminarse —dije no pudiendo evitar una risita traviesa.

—Ah, bueno —dijo el anciano convencido.

Doña Isabel se acercó a ofrecerme más café y, al ver la dificultad con que yo tomaba la taza con la mano erizada, me pidió observar las heridas.

—Ya están en sazón —dijo después de un rápido vistazo.

—¿Y qué hay que hacer? —pregunté.

—¿Quiere usted que se las quite?

—Claro que quiero.

Se fue tras la cortina que ocultaba su dormitorio y regresó con una cajita con hilos y agujas. Tomó una aguja y, después de meterle la punta en la lumbre, se entregó a la delicada tarea. Con un cuidado que ponía de manifiesto una sensibilidad extremada, la mujer comenzó abriendo una boquita, como decía ella, sobre la parte de la piel por donde habían entrado las espinas. Después, instándome a que tomara aire para aguantar el dolor, exprimió con un movimiento rápido los bordes y, en medio de una sustancia purulenta, salieron las puntas de los erizos. Mientras doña Isabel me curaba la mano, don

Ciri le dio las últimas pasadas a su impecable machete. Cuando la mujer terminó, impregnándose las heridas con violeta de genciana, sentí que me habían quitado un grillete de la mano. Al verme eufórico y dispuesto a todo, don Ciri me preguntó si no iba yo a llevar un arma. Pensé subir a pedírsela a don Ramón, pero como no quería que él me viera decidí que mejor nos íbamos con los perros a campar. En vista de mi respuesta, don Ciri se fue a un morralito que tenía colgado de un horcón y extrajo ¡una resortera!

—¿Y eso? —le pregunté extrañado.

—Es mi sacaojos para chingar iguanas.

Subimos por todo el playón del arroyo y pronto los perros desaparecieron de nuestra vista. Se lo comenté a don Ciri y me respondió que por allí andaban buscando rastro de animales. Y en efecto, no pasaron cinco minutos y, primero la Víbora luego el Veneno, aparecieron fugaces para volver a internarse en la espesura. Don Ciri, ya de vuelta en el camino de la vida, como él decía, se me fue revelando como un guía ideal. No había árbol que no conociera, ni rastro que no supiera descifrar. Me enseñó unas pisadas que bajaban por todo el lecho seco del arroyo y dijo que anoche habían bajado al agua una cierva y su gamito. Al preguntarle algunas dudas sobre ese animal que tanto me cautivaba, don Ciri me soltó todo un tratado de venadología que terminó por despertar mi aletargada pasión por la cacería. Me habló de una forma que practicaban los viejos cazadores y que consistía en una brutal apelación al instinto materno. Al parecer, los venados sólo acompañan a la cierva después de cubrirla y durante el período de gestación. Cuando nacen los gamitos, uno o dos, según la cierva sea primala o multípara, el macho se aleja de la hembra, que queda entregada por completo al cuidado de la cría. Dejando la cría en un lugar sombreado y seguro, la cierva se va a buscar comida y regresa después a amamantar al gamito. Pues bien, los venaderos más cabrones (que el desarrollismo ya ha condenado a la extinción) se iban a los lugares que buscaban las ciervas para guarecer a sus gamitos, y desde las lomas, para evitar ser olidos por la cierva, comen-

## II. EL REENCUENTRO CON EL TRÓPICO

zaban a sonar una caña de carrizo que imitaba a la perfección el reclamo del gamito. Ni qué decir que cualquier cierva (a veces también los machos) que oyera aquel reclamo se lanzaba como loca hacia el lugar donde el ventajoso cazador la mataba fácilmente. A esta forma tan brutal de cacería le llamaban la gamitadera.

La mayor atracción para don Ciri (después de la dentadura postiza, que era su sueño recurrente) eran los productos normales que uno podía traer de la civilización. Por eso a la menor oportunidad preguntaba: “¿Y cuánto valen esas botas? ¿Y ese pantalón? ¿Y ese cuchillo? ¿Y esa mochilita?”. En fin, el viejo preguntaba el precio de todo cuanto objeto extraño se le aparecía enfrente; y lo curioso es que, al no acordarse de los precios, se la pasaba preguntando y repreguntando sobre el mismo objeto y con el mismo supuesto interés.

Se oyeron ladridos cerca de unos huanacaxtles y a don Ciri se le iluminó el rostro al tiempo que decía: “ya agarraron rastro”. Le pregunté de qué y me dijo que de iguana, porque ladraban para lo alto. Llegamos bajo la arboleda y allí estaban los perros, ladre y ladre. Luego de un rápido vistazo, don Ciri encontró al garrobo estirado sobre la punta de una rama. Extrajo del morral la resortera y unas piedras boluditas que había recogido en el lecho del arroyo. Falló el primer y el segundo tiro, pero al tercero el animal sintió el impacto y se tiró del árbol. Apenas hubo sacudido ruidosamente el suelo, el Veneno le cayó encima y lo agarró por el cuello. Después de quitarle el garrobo al perro don Ciri le aplicó el típico amarre para inutilizar sus movimientos, y que consiste en correrle la piel hasta la uña de los apéndices más largos de las patas delanteras y traseras, y con los propios tendones amarrárselas sobre el lomo; después, con sumo cuidado, pues una mordida de garrobo puede mutilar un dedo, se le ata por sobre los orificios nasales la boca de manera que el animal puede cargarse con toda tranquilidad y durar así vivo hasta una semana.

Don Ciri no era un cazador consumado, como sí lo era el difunto don Antonio, pero conocía la zona palmo a palmo por haberla recorrido innumerables veces desde chico. A cada pregunta que yo

le hacía sobre algo que llamaba mi atención, el viejo me respondía apoyándose en la memoria de un tío suyo, que había sido como su verdadero padre.

Después de caminar durante casi una hora por lugares que yo no conocía, llegamos a un extenso llano de vegetación pareja y no muy alta. Don Ciri dejó escapar una exclamación de desahogo y, ante mi expresión interrogante, dijo que allí había sembrado con su tío en las lluvias de 1950. Atrapado por la remembranza, el viejo extrajo de su morral la cajetilla de Alas y, luego de ofrecerme, comenzó a humear el recuerdo. Mientras fumaba mi cigarro pensé con satisfacción que ya casi tenía vencido ese vicio subyugante.

Seguimos caminando y el Veneno comenzó a ladrar tras un rastro. Don Ciri se lanzó corriendo y yo corrí con él. En seguida encontró en el piso un espacioso huellaje. Le pregunté si eran de venado y me respondió que eran de jabalí, que el perro había agarrado el rastro de la partida que acababa de pasar. Los ladridos se tornaron alejantes y el viejo dijo que él ya no estaba para corretear jabalíes. Le pregunté si éstos de por aquí eran peligrosos, a lo que respondió que una vez que los perros los acorralaban se volvían y atacaban con bravura. De repente me hizo una seña con la mano conminándome al silencio y pudimos oír los ladridos como a unos cien metros en la espesura. Don Ciri dijo que los perros habían agarrado animal y con el machete en alto se puso a abrir camino entre la feracidad del monte. Cada vez los ladridos se oían más intensos y, para incentivar a los perros, don Ciri le echaba de cuando en cuando un “¡júlele, júlele!” que tenía como respuesta una mayor intensidad de los ladridos. Ya cerca don Ciri vio que los perros ladraban hacia el piso y dijo que se trataba de un armadillo. El Veneno tenía toda la cabeza metida en un enorme agujero y, por los fieros gruñidos, parecía que agarraba algo. Don Ciri sacó al perro de la cueva y miró adentro. Dijo que era un armadillo grande. Me dio el machete y metiendo su brazo hasta el hombro comenzó a batallar tirando del animal. Le dije si le ayudaba y respondió que ya lo tenía. Agarrado

con firmeza por la gruesa cola, el armadillo cedió en su resistencia y se dejó sacar. Quise acercarme atraído por tan bello espécimen que no pasaría de los cinco kilos, pero don Ciri me gritó que me apartara del alcance de sus patas, cuyas uñas podían hacerme una profunda rajada. Con cuidado don Ciri agarró con la mano que tenía libre la cabeza del animal, que así sujeto dejó de patear. Luego me pidió que agarrara yo con fuerza al armadillo tal y como lo tenía él, porque iba a cortar un bejuco para amarrarlo. Entre temeroso y precavido agarré al animal con todas mis fuerzas, lo que motivó que el viejo expresara risueño que así sólo se agarraba a las mujeres. Inmóvil y con los ojos llorosos por efecto de la luz, el armadillo me trajo al recuerdo la imagen de uno de esos caballos protegidos contra el embate de los toros que usan los picadores. Ensimismado por la fluencia imaginante cedí en el apriete y el animal, mostrando una viveza que yo no le suponía, pegó unas fuertes sacudidas zafándose de la sujeción que tenía sobre su cabeza. Lo agarré con las dos manos por la cola, pero pronto comprendí, y el animalito también, que de continuar con esos fuertes zarandeos terminaría por liberarse. Hice un intento por volver a agarrarlo de la cabeza, pero el incesante pateo del armadillo, acertando a rasgarme con sus fuertes uñas la manga de la camisa, me obligó a desistir con rapidez del empeño, y lo tuve que tomar de nuevo con las dos manos por la cola. Oí el sonido del machete en la espesura, pero por más que busqué no vi la imagen salvadora de don Ciri por ningún lado. “No voy a aguantar”, me dije sintiendo cómo las manos se me estaban acalabrando. “Pinche viejo ¡apúrate!”, gritaba en el interior mi impotencia. “Mierda, se me están resbalando”. “¡Se me va a ir!”. “¡Puta, qué vergüenza!”. “¡Quieto, pinche animal!”. “¡Apúrate, viejo!”. “¡Se va!”. En un intento de extrema desesperación le puse la bota encima de la cabeza al animal, que empezó a escarbar con sus patas levantando una polvareda del demonio. Pensando que era mejor matarlo a que se me fuera, empecé a machacar con la bota su cabeza hasta que ya poseído por el frenético pisoteo oí la voz de don

Ciri a mis espaldas gritando que me detuviera. El animal, ya suelto y con la cabeza casi triturada, no cesaba de saltar a tontas y a locas. Cuando por fin don Ciri lo pudo agarrar ya estaba pataleando su despedida de esta vida llena de locos armadillicidas. Entre choteo y regañe, don Ciri se soltó con unos ácidos comentarios que, por fortuna, fueron pronto interrumpidos por los agudos ladridos de la Víbora. Nos quedamos un momento en silencio y el viejo abrió su desdentada boca en señal interrogativa. Luego tomó el morral y el armadillo y, tras hacerme una seña, partimos en pos de los constantes ladridos que no estarían a más de unos cincuenta metros. Al acercarnos, el viejo mudó su semblante y me detuvo imperioso. Le pregunté qué pasaba y respondió que la Víbora había encontrado serpiente. Al oír la palabra “serpiente”, todo un mundo de ondulant viscosidades comenzó a desplazarse en mi interior y, a merced de la doblegante reviviscencia, me quedé inmóvil, poseído por la áspera frialdad de la señoreadora de las tinieblas. Con una rapidez y contundencia inusitadas para sus más de setenta años, don Ciri cortó una larga rama y la descargó repetidas veces sobre la gruesa víbora de cascabel. Después de comprobar que estaba muerta, la estiró en el suelo y midió dos machetes pasados de largo. Jamás en zoológico alguno había visto un animal de tamaña envergadura, ¡su grueso igualaba la parte más ancha de mi brazo! Al preguntarle cuántos años tendría esa serpiente, don Ciri le cortó con su machete el cascabel de la cola y me lo dio para que contara las divisiones. Conté trece y el viejo me dijo que éstos eran sus años. Mientras yo me dejaba atrapar por el mágico sonido del cascabel, don Ciri abrió con su machete la serpiente a todo lo largo y le sacó la piel. Con expresión ceremoniosa y diciéndome que el cascabel me protegería contra reveses y golpes traicioneros, me lo regaló junto con la piel, guardando para él, estimadísima como remedio contra el cáncer, la carne de la serpiente.

Ya de regreso, oyendo las increíbles historias de don Ciri, yo me sentía como un ser que ha superado toda duda. Sí, la solución para

mi cíclico malestar hipercriticista estaba en la entrega física y mental a la vivencia de la naturaleza aún no humanizada.

Al llegar a la cabaña encontramos a Raga y don Ramón echándose unas calientitas preparadas por doña Isabel. Lo primero que atrajo la atención de Raga fue el armadillo con la cabeza deshecha. Después de pobrecitarlo hasta un punto que me pareció absurdo, pasó a la iguana que, cosa rara, no le motivó ninguna expresión condoliente. De la enorme bolsa de su chaleco tipo safari, extrajo su cuaderno y su rapidografo y se puso a dibujar al garrobo en la curiosa posición humanizada que le daban las palas amarradas a la espalda. Don Ramón observó el descalabrado armadillo en silencio y luego dejó escapar irónico que el escopetazo había sido mortal de necesidad. Don Ciri extrajo del morral la carne de la serpiente y el cachondeo se enserieció. Para ponerle la rúbrica yo mostré la piel y el cascabel. De inmediato Raga se clavó con el cascabel y empezó a visionar el cuadro en que terminaría fetichizado. Le ofrecí la piel a don Ramón, pero no la quiso aceptar. En seguida me dijo que la guardara para ofrecérsela de presente a don Bernardino cuando fuera otra vez a la Chinantla.

Don Ciri le quitó al armadillo el caparazón, que puso a asolear para guardar en ella los huevos, y luego de examinar con cuidado el buche del animal para comprobar que no había comido recientemente alguna víbora de coralillo, uno de sus alimentos predilectos, se vino hasta donde estábamos nosotros platicando y puso el armadillo ya limpio sobre la mesa. Al ver las diferentes tonalidades de la carne, Raga dio de nuevo rienda suelta a sus expresiones de sorprendencia. Don Ramón señaló los cuatro tipos de carne que totalizaban al animal (venado, jabalí, guajolote y armadillo), y contó la leyenda zapoteca de cómo el numen solar había metido las cuatro carnes en una tortilla y luego de insuflarle vida la echó al mundo para deleite de los hombres. A sugerencia de don Ramón decidimos que doña Isabel preparara el armadillo enchilado, mientras nosotros tres íbamos a nadar un rato. Al salir de la enramada vimos volar sobre nosotros un grupo de zopilotes.

—A ver si amarras esos guajolotes, Cirilo —dijo don Ramón bromeando.

El anciano se levantó de la mesa y salió corriendo pensando que algo les pasaba a sus animales. Al ver de qué se trataba dijo relajándose:

—Ah, que chingaderas, don Ramón.

—Uno de estos días se van a venir sobre nosotros —añadió don Ramón.

—Oiga, y ya que mienta usted a estos chingados prietos, ¿cómo es que solitos supieron encontrar el camino de regreso después de tanto tiempo?

La pregunta del anciano me pareció en chino. Miré a don Ramón y percibí en su expresión que tampoco había captado nada.

—¿Qué quieres decir con eso, Cirilo? —preguntó don Ramón.

—¿Qué no se acuerda usted que allá por el año de 1973 el presidente Chevarría vendió los zopilotes a los gringos?

—Ah, caray. No, no sabía nada de eso.

—¿Pues no se acuerda de las grandes pestes y pudriciones que vinieron por la falta de esos animales?

—Ni idea, Cirilo. ¿Y cómo estuvo eso de la venta a los gringos?

—Así como le platico. Chevarría se fue primero allá del otro lado y se arregló con los gringos. Dizque le dieron diez mil pesos por cada animal. En luego se dejaron venir con esos licópteros y los fueron arriando por toda la República pa' arriba. ¡Un chingo de billetes que ganó ese hombre!

—¿Y estos zopilotes que tenemos ahora?

—¿Pues qué no le estoy diciendo? Éstos son la recría de aquéllos que Chevarría vendió. Lo que me pasma es cómo chingados supieron encontrar el camino de regreso.

—¡Todo un misterio, Cirilo! ¡Todo un misterio! —exclamó don Ramón cuando Raga y yo nos íbamos yendo entre risitas y besuqueos.



## II. EL REENCUENTRO CON EL TRÓPICO

Exceptuando el hallazgo de un falso coralillo y de los infaltables alacranes, el nuevo hogar tropical parecía protegernos contra la irrupción de las alimañas. Todas las noches Raga examinaba con la lámpara el techo de palma en busca de algún alacrán o araña. Los primeros días la paranoia llegaba a alcanzar períodos de hasta una hora, pero pronto, conforme Raga se fue adentrando en la dinámica existencial del trópico, los accesos de urbanitis se fueron reduciendo al mínimo necesario que aconseja una sana precaución. Gracias a esta sana precaución Raga descubrió un animalito precioso y que parecía inofensivo, pero que, según don Ramón, resultó ser el peligroso hematófago transmisor de la mortal enfermedad de Chagas. A partir de este hallazgo Raga ya no encontró de mi parte la menor oposición en su empeño supervisante.

Alertada por la condesa sobre los terribles efectos del sol sobre la piel, Raga había traído consigo todo un muestrario de filtros solares y mejunjes que, después de un par de semanas de sabroso bronceado natural, fueron a parar al rincón menos frecuentado de la cuevita.

Con mi mano ya como nueva volví a entrarle de lleno al karate. La falta de ejercitamiento y, sobre todo, la envidiable facilidad con que a Raga se le daban las patadas, me hicieron pasar con amargura al último lugar de la clase. Viendo que mi desazón podía concluir en drástico abandono, don Ramón me dijo que lo que yo necesitaba era hacer un karate en el que usara más los brazos que las piernas. Fue ésta la primera vez que le oí hablar del shitō-ryū, disciplina japonesa insuperable en lo concerniente al movimiento de brazos y manos. Como preparación el viejo celta me puso de tarea una serie de ejercicios que tenían por fin resaltar los músculos de los brazos, así como fortalecer las muñecas y los dedos. A Raga le mostró la manera de perfeccionar su patada lateral, y concluyó diciendo que en un par de meses de practicar esos ejercicios estaríamos listos para entrarle duro al costal de golpeo.

Poco a poco se me iba mostrando en toda su fascinación ese trópico que yo consideraba ya como algo insustituible en mi vida.

El cuerpo comenzaba a adquirir la fenomenicidad felina que da el músculo ejercitado, y mi mente veleaba al fin en medio de los grandes océanos del pensamiento vital. Cuanto más se acercaba a su fin el ajuste de cuentas con mi determinación histórica, tanto más pleno y libre me sentía. Ahora que podía hacer del ayer y el hoy una totalidad transitable y gozosa, se me hacía claro que el verdadero dinamismo de mi búsqueda vital estaba ya al alcance de la mano. Escribir, sí, con el máximo dominio posible del oficio, pero sin olvidar jamás, como quería Pavese, que el oficio de escritor está subordinado al oficio de la vida.

Raga, además de volcarse de lleno sobre las telas en una explosión solar de rosas, turquesas y violetas, se manifestó como una lectora sumamente crítica. Después de una semana de combinar la gozosa fluencia de su actividad pictórica con la sufriente lectura de *Terra Nostra* de Carlos Fuentes, terminó declarándose vencida. Al ver la manera como tiraba el grueso libro sobre el petate, le pregunté qué sucedía. La respuesta que me dio fue contundente: “Es una úlcera supurante”. Intenté entonces toda una explicación apologética de esa obra que, a pesar de su fatigante esperpentismo, yo consideraba dentro de lo más notable de la novelística actual. Fue inútil, Raga, dejándose llevar más por su sentimiento vital que por mis documentados razonamientos, concluyó que sólo *Palinuro de México* de Fernando del Paso, y *Farabeuf* de Salvador Elizondo, le habían parecido igual de insufribles. Por todo esto, cuando me pidió que le recomendara una lectura no supe qué sugerirle. Para mi sorpresa, comenzó a hojear los libros de Luis Mario Schneider y Guillermo Sheridan sobre los estridentistas y los contemporáneos, en los que yo había estado trabajando, y terminó metiéndose hasta el cuello en el empantanamiento de esa polémica que más de medio siglo atrás había conmovido el andamiaje cultural de la adolescente Revolución mexicana.

Una mañana en que yo estaba entregándome a una desesperada ñoofagia por causa de un atragantamiento en la elucidación de dicha polémica, Raga me dijo recriminante:

## II. EL REENCUENTRO CON EL TRÓPICO

—¡Oye, si sigues con esa saña te vas a comer los dedos!

Me la quedé viendo con todo mi abismamiento puesto en la mirada, pero la expresión que encontré me hizo ver de otro modo la acometividad del problema.

—Muy bien, así me encantas —dijo derribando el último escollo—. Sí, te lo juro. Ese endulzamiento que pasó fugaz por tus ojos es bellísimo.

—Carajo, cómo envidio ese don que tienes para apagar los incendios mentales.

—Lo que ocurre es que a ti se te hizo normal desde chico retorcerle el alma a la vida.

—¡Hasta literata vas a salir!

—No, eso sí que no. Fíjate que prefiero pintar.

—No creas que todos los literatos gotean sudor y sangre sobre sus escritos.

—Es que esos literatos no me interesan, tontito. A mí me gusta una literatura aventurera y llena de vida, y no una literatura resentida y amanerada como la de los contemporáneos.

—Á ver, cómo está eso.

—Ahí en el libro *Los Contemporáneos ayer* señalé algo muy significativo, ya no recuerdo si de Owen o de Cuesta, respecto a la repulsión que tenían hacia toda literatura que tuviera que ver con lágrimas y sangre.

—Mira, cosita. Eso es una consecuencia lógica del México bárbaro que heredaron.

—No me vengas con pretextos. Para empezar ninguno de los contemporáneos peleó en la Revolución.

—Por eso, cosita. Tienes que entender que su desconfianza e incredulidad estaban fundamentadas en la barbarie revolucionaria que había asolado al país.

—De ninguna manera. Eran evasivos, rencorosos y resentidos no porque la Revolución mexicana fuera bárbara, pues todas lo son, ¿o no? Lo que sucedió es que la Revolución golpeó de lleno el parasitismo de sus familias.

—*Are you a communist?*

—No te hagas. Yo, la verdad, prefiero mil veces a los estridentistas.

—Mira, cosita.

—¡No me digas cosita!

—Está bien.

—¡Me choca esa actitud de suficiencia!

—No es suficiencia sino rigor crítico. Y es aquí, en el ejercicio cabal de la crítica, donde los contemporáneos ocupan un lugar generacional único e insoslayable.

—¿Qué, no te acuerdas de lo que decía Vasconcelos de la crítica?

—¿Dónde?

—Ahí, en *El Estridentismo* de Schneider.

—Pero, ¿en qué parte?

—Cuando hablan de que no hay una literatura mexicana viril.

—Ah, ya.

—Dice Vasconcelos que ya no queremos críticos, lo que necesitamos son creadores.

—Ese es un típico arrebato vasconceliano. La creación y la crítica son inseparables. Precisamente el distintivo de la modernidad es la crítica.

—Yo no sé quién dijo que el crítico es un creador frustrado, ¡pero qué razón tenía!

—“Desgraciada la generación que deje de estar en crisis: en ese momento se muere”.

—¿Quién dijo eso?

—El genio feo omnicomprendiente-omniincomprendido.

—Ah, Octavio Paz.

—No, cosita. ¡Perdón! Fue Jorge Cuesta.

—¡Otro higadito!

—¿Qué te pasó hoy, corazón?

—Es que me chocan esos que tienen vergüenza de su origen.

—¿De qué demonios hablas?

## II. EL REENCUENTRO CON EL TRÓPICO

—De lo que tú has repetido en tu libro hasta la saciedad: esa marca imborrable de raza de vencidos.

—Justo de eso, del indigenismo primitivista renegaban los contemporáneos; ese jicarismo literario para impresionar a turistas de pie ligero, como le decía agudamente Gorostiza.

—¡Claro, renegar de lo propio para ensalzar lo ajeno! Me chocan el snobismo y el afrancesamiento de los contemporáneos, me chocan su afeminamiento y su falsa exquisitez, me chocan su artepurismo y su falta de...

—¿Qué pasa allá arriba? —gritó el viejo celta desde la vereda.

—Y déjame decirte —continuó Raga urgida por la llegada de don Ramón—, que en cuestión de pintura los contemporáneos fueron una nulidad.

—Ahí sí que desbarras, corazón. Nadie había hecho crítica de pintura en México con el rigor que puso de manifiesto Villaurrutia.

—¡Un vil plagio!

—¿Qué?

—Sí señor. Villaurrutia no hizo más que fusilarse a ese crítico de la revista de Ortega y Gasset.

—¿Te refieres a Moreno Villa?

—Ese mismo.

—¿Se puede pasar al ruedo? —preguntó don Ramón.

—Pase, pase, que la corrida se está poniendo buena —dije abriéndole espacio al viejo.

Raga saludó a don Ramón fríamente y se plantó silenciosa frente al cuadro que estaba pintando. El viejo, luego de observar con detenimiento el trabajo de Raga, dijo a manera de elogio:

—No hay duda de que eres una colorista nata.

—Gracias —dijo Raga.

—¿Y se puede saber cuál era el motivo de esa charla tan condimentada que estaban cocinando?

—Tonterías —dijo Raga cortante.

—De lo que yo acerté a oír deduzco todo lo contrario.

—Raga sostiene que prefiere la pintura de pulquerías a las sofisticaciones de los contemporáneos —dije a manera de pulla.

—¡Yo no dije nada de eso! —exclamó furiosa.

—Bueno, bueno —intervino don Ramón armonizante—. Apelemos al sano sentido común y no nos tiremos de bruces contra los molinos de viento.

—“Es más triste y opresor el abismo del sentido común que el abismo de la locura” —expresó Raga con altivez.

—¡Olé! —exclamé, y el eco explotó en los graderíos.

—Mujer, no sé quién habrá dicho ese disparate, pero te puedo asegurar que quien quiera que haya sido no tenía la menor idea de lo que es la opresión de la locura.

—Fue Maples Arce —dijo Raga más calmada.

—Para que veas, ese hombre sí sabía lo que era la opresión del sentido común, pero no la de la locura —añadió don Ramón.

—Ya vamos a dejar el juego, ¿te parece? —le dije a Raga.

—Yo no estoy jugando a nada.

—Está bien. Además yo estoy de acuerdo contigo.

—Mentiroso.

—De veras. A mí me llega más la búsqueda imperfecta y apasionada de los estridentistas que el perfeccionismo afeminado de los contempuáneos...

—¿Qué lenguaje es ése, muchacho? —intervino don Ramón molesto.

—Bueno, usted me entiende. Por más que uno no esté de acuerdo con la actitud vital de los contemporáneos, es imperativo reconocerle un valor histórico a su obra.

—Es que a mí no me interesan ni su vida ni su obra —intervino con decisión Raga—. No me hacen tilín, ¿entiendes? Prefiero mil veces la pintura de Alva de la Canal que la de Lazo. Y me parece más plena y original la pintura de pulquería, de la que tú te ríes, que el gusto *kitsch* y decadente que mostraban los contemporáneos. ¡Dios mío, cada vez que pienso en la salita de corazones de Novo me dan ganas de vomitar!

## II. EL REENCUENTRO CON EL TRÓPICO

—No es para tanto, no es para tanto —dijo don Ramón evidenciando su desacuerdo.

—¿No me diga que usted prefiere a los contemporáneos? —contraatacó Raga.

—Mujer, comprendo que te disguste la actitud vital de los contemporáneos. Pero desde un punto de vista estrictamente literario es una majadería compararlos con los estridentistas. Porque vamos a ver, ¿qué tienen que hacer los estridentistas al lado de *Muerte sin fin*, *Nostalgia de la muerte*, o los *Veinte poemas*, de Neruda?

—Yo no conozco esas obras —se defendió Raga—, pero le puedo decir que los contemporáneos no tenían ni la sensibilidad, ni la imaginación, ni el deseo vital de los estridentistas. A mí en lo personal esos juegos de palabras que hacían me fascinan.

—Lo que sucede es que vosotros prestáis más atención a las travesuras irrespetuosas que a la seriedad literaria.

—¿A qué le dice “seriedad literaria”? ¿A la solemnidad y al afectamiento? No, don Ramón, por más vueltas que le dé no me va a vencer. Tal vez para usted, que es escritor y está acostumbrado a esas lecturas, los contemporáneos sean más serios y profundos, pero para mí, simple lectora que busca gozar la literatura y no sufrirla, la anti-solemnidad y el desenfado emotivo de los estridentistas me parecen tan bellos como una puesta de sol.

—¡Vámonos, directo al hígado! —dije más por joder al viejo que por celebrar a Raga.

—Mira, hija. Esto de la literatura es un asunto muy complejo que requiere menos vísceras y más cerebro.

—Uy, no me gusta nada ese tonito paternal.

—¡Dos a cero!

—Bueno, ¿queréis oír mi opinión o no?

—Adelante, adelante —dije gozando el enfrentamiento.

—Entonces tenéis que permitirme hacer una breve semblanza introductoria.

—Ummm.

—Bueno, coño. Quedaos en la ignorancia y el error.

—No se violente, don Ramón. Nada más quiero pedirle que tenga presente mi condición de simple lectora.

—Claro, mujer, claro. Lo que sucede es que vosotros sois muy dados a separar las partes del todo, y esto, inevitablemente, conduce a falsas valoraciones. Para comprender la divergencia entre los contemporáneos y los estridentistas hay que remontarse al momento histórico unitario donde se enraíza dicha divergencia, esto es, la Revolución mexicana y sus secuelas.

—¿Secuelas o escuelas? —interrumpí cachondeante.

Don Ramón me lanzó una mirada de obsidiana que me obligó en el acto a retractarme:

—Perdón, perdón, el micrófono es todo suyo.

Don Ramón respiró profundo para soltar a continuación su vozarrón magisterial:

—Al desbordarse los ímpetus revolucionarios, los ateneístas (Caso, Vasconcelos, Reyes, Henríquez Ureña y Torri), triunfadores recién consagrados del positivismo porfirista, se encuentran ante sí con el dilema intelectual propio de toda convulsión revolucionaria: sacrificar su obra a su vida y su vida a la Revolución o entregarse a su obra, preservando su vida a una distancia prudencial del caos revolucionario.

—Perdone que lo interrumpa, maestro. ¿No debería decir en lugar de “preservando”, “conservando”, por aquello de la connotación ideológica?

—Déjate de payasadas.

—Está bien, retiro la enmienda.

—Sigo. Esta disyuntiva, que va a escindir a los ateneístas en dos grupos bien definidos, es heredada a la nueva generación con una virulencia aún mayor. Los llamados Siete Sabios, con Lombardo Tolledano y Gómez Morín a la cabeza.

—Actitúdicamente estudiados por Krauze en *Caudillos culturales en la Revolución mexicana* —dije dirigiéndome más a Raga que al viejo celta.

## II. EL REENCUENTRO CON EL TRÓPICO

—¡Me cago en diez, mocoso! Si vuelves a interrumpirme te parto la cara.

—Esto es lo que yo llamo una verdadera democracia —dije a la defensiva.

—¡Qué democracia ni qué ocho cuartos!

—Tiene razón en regañarte —intervino Raga—. Eres un latoso y maleducado.

—De acuerdo, de acuerdo. Ya me voy a quedar callado.

—Decía que los Siete Sabios, representantes genuinos de esa generación que Samuel Ramos intencionadamente tildó de fantasma, constituyen ya una clara manifestación de la disyuntiva histórica que tanto va a afectar a la intelectualidad mexicana. Castro Leal y Vázquez del Mercado se inclinan por el magisterio erudito y universalizante de Henríquez Ureña; mientras que Lombardo Tolledano y Gómez Morín se entregan apasionados a la consolidación del nacionalismo mítico profetizado por Antonio Caso y encarnado por Vasconcelos.

—Ahí hay mucha tela que cortar, maestro.

—Por ahora dejémoslo así. Ya después, con más calma, podremos darle todas las vueltas que quieras...

—Yo estoy de acuerdo con usted —dijo Raga.

—Bien. Tenemos, entonces, un panorama histórico determinado por una dinámica de confrontaciones de marcada raíz revolucionaria. Al llegar a su límite el desbordamiento revolucionario se hace evidente que las dos polarizaciones que ha tomado la intelectualidad son irreconciliables: una hacia fuera, buscando en el clasicismo universalista una tabla de salvación ante el marasmo revolucionario; otra hacia dentro, improvisando un nuevo nacionalismo que pusiera razón y técnica allí donde imperaba la intuición mística y la pasión irracional.

—No me gusta nada eso de “improvisando un nacionalismo”.

—¿Acaso no fue Gómez Morín el que dijo que la tragedia de México consistía en que todo era fruto de la improvisación?

—Pero no incluía el concepto del nuevo nacionalismo que ellos querían consolidar.

—Lo incluía todo: desde los héroes patrios hasta los temblores, de los genios a los caudillos; todos eran producto improvisado, defectuoso, inconcluso.

—Y tampoco me gusta esa crítica velada y de mala saña a Caso y Vasconcelos.

—Yo no he dicho nada, muchacho, que no sea frontal y fundamentado. Por lo demás, Vasconcelos es por su significación histórica un caso aparte que podemos acometer en otro espacio y con más tiempo. Aquí de lo que se trata es de hacer un bosquejo histórico que nos permita ubicar la polémica que nos ocupa, ¿o no es así, mujer?

—Siga usted y no le haga caso a este latoso —dijo Raga.

—Con que cambiando de trinchera, ¿eh?

—Al iniciarse la década de los veinte —continuó don Ramón dictando cátedra—, la generación fantasma, con los Siete Sabios al frente, cae atrapada en la ilusión democratizadora del poder. Como sucede en toda revolución, los jóvenes que se entregan eufóricos a la cruzada liberadora terminan encadenados sin esperanza a la maquinaria burocrática. Este paso de la pasión al desengaño viene a cristalizar en una actitud crítica que busca con desesperación un acceso a la modernidad alejándose del marasmo revolucionario. Y es aquí, en el centro de este reencuentro crítico con la occidentalidad, donde se inserta la confrontación entre estridentistas y contemporáneos.

—Ni madres. La visión que usted deja traslucir de la Revolución mexicana es maniquea y malintencionada.

—Coño, ya te dije que este es un resumen muy apretado.

—No, no es apretado, sino asfixiado. ¿Dónde demonios queda entonces la rama colonialista de la generación de zozobra?

—Esa rama es regresiva, y además...

—Monterde, Valle Arizpe, Estrada...

## II. EL REENCUENTRO CON EL TRÓPICO

—¡Esas sí que son ganas de fastidiar! ¿Cuántas veces, mamaracho, me has dicho que los colonialistas no te importaban lo más mínimo?

—Una cosa es que no me importen y otra muy distinta pasarlos olímpicamente por alto.

—Exceptuando tal vez a Monterde y a Valle Arizpe, que persistieron hasta el final en su anacronismo, el colonialismo es una literatura de aprendizaje y transición, y que como tal no tuvo mayor influencia ni en los estridentistas ni en los contemporáneos.

—¿Y el criollismo y el indigenismo? ¿No es precisamente el indigenista Abreu el que con mayor saña combate el afrancesamiento de los contemporáneos?

—No afrancesamiento, muchacho, sino universalidad.

—Proust, Gide, Cocteau, Morand, Giraudoux, Laforgue, Larbaud, Romains... ¿Es esto lo que usted llama universalidad?

—Y Góngora, Gasset, Juan Ramón Jiménez, Benjamín Jarnés, Juan Chabás...

—Uy, qué lata con eso de nombrar y nombrar como si estuvieran inventariando —dijo Raga manifestando su aburrimiento.

—Todo es por culpa de este sinvergüenza que está siempre como perro tras la presa —dijo don Ramón escabullendo el bulto.

—No “como perro”, sino como venado oliendo la celada.

—Anda, anda, que tú ni a tlacuache llegas.

—Yo me voy a la playa un rato —dijo Raga disponiéndose a salir—. Ahí me cuentan luego cómo terminó todo.

—Espera, mujer —la atajó don Ramón—. En unos minutos termino.

—Es que no me va a convencer de nada, don Ramón.

—Mira, los estridentistas no hicieron otra cosa que echar en la olla del nixtamal las enseñanzas del futurismo, creacionismo, unanimismo, dadaísmo, ultraísmo, surrealismo...

—Sí, don Ramón, será todo lo que usted quiera, pero los estridentistas me fascinan y punto.

—Coño, hay que saber oír las razones para consolidar una opinión.

—Es que yo no me guío por razones, sino por sentimientos. Además yo respeto mucho su razón, pero no es la única, ¿o sí?

—Claro que no. Lo que sucede es...

—¡Ya reconozca que le ganaron la partida! —exclamé dándole la puntilla al viejo celta.

—¡Qué partida ni qué niño muerto!

—Pórtense bien, nos vemos al rato —dijo Raga ya de salida.



Nos quedamos un momento en silencio y don Ramón se puso a mirar la espléndida panorámica que desde el frente de la cuevita ofrecía la bahía. Poco a poco el agitado subir y bajar de sus imponentes espaldas se fue calmando y al observarlas con detenimiento vi unos claros pliegues de vejez, rebeldes ya al férreo ejercitamiento con que el viejo pretendía vencer la acción del tiempo. Sentí una oleada de compasión y agradecimiento hacia este ser heroico en un tiempo de cobardes, y dejé escapar un hilo de voz a manera de disculpa:

—No debería usted dejarse afectar por estas discusiones, don Ramón.

Después de un incómodo suspenso el viejo expresó ya más calmado:

—Es que me exaspera tu actitud de colibrí.

—Bueno, me gusta más ser colibrí que perro.

—Coño, lo malo es que ya no sé ni a qué había venido aquí.

—Vamos, don Ramón, ¿qué nos puede importar a nosotros la disputa entre estridentistas y contemporáneos?

—No es eso, muchacho, no es eso. Lo que me saca de mis casillas es tu falta de ética.

—¿Ética?

—Sí, ese revoloteo que te lleva de flor en flor sin parar en nada.

## II. EL REENCUENTRO CON EL TRÓPICO

—Usted me lo ha dicho muchas veces: “Aprende a vivir en el cambio para dominar el vértigo”.

—Sí, pero hay que tener una ética, joder. Eso de hoy sostener una cosa y mañana otra conduce a la locura.

—Usted lo pone en práctica a cada rato.

—Yo voy de salida, muchacho.

—Está bien, ¿quiere saber mi verdadera opinión sobre lo que estuvimos discutiendo?

—Me es igual.

—Se la voy a dar de todas formas. Tiene usted razón cuando dice que los contemporáneos son mucho más literatos que los estridentistas, pero la actitud vital de los estridentistas es sin duda superior a la de los contemporáneos que, como muy bien señaló Efraín Huerta, fue un grupo profundamente inmoral por profundamente insincero. También estoy de acuerdo con usted en que los estridentistas, aunque en realidad deberíamos decir Maples Arce, adoptaron de manera acrítica todas las propuestas de las vanguardias europeas; a mí en lo personal ese canto futurista a la urbanidad tecnificada me parece aberrante y suicida. Pero si nos remontamos al momento histórico de su origen, veremos que la apuesta eufórica de los estridentistas a un futuro tecnificado era una clara manifestación de la dinámica juvenil e innovadora emanada de la Revolución mexicana. ¿No era acaso la técnica la fórmula mágica a la que Gómez Morín y los Siete Sabios apelaban para alcanzar la deseada modernidad? De ahí que los estridentistas tildaran a la intelectualidad antirrevolucionaria y regresiva de “lamecazuelas que se alumbran con petróleo por temor a la luz eléctrica”. ¿Me está oyendo o le paro?

—Sigue, sigue, que hay sano juicio en lo que dices.

—Los contemporáneos son una repetición fársica de los ateneístas.

—Bueno, bueno. ¿Qué quieres decir con eso de fársica?

—Lo que ya hemos dicho mil veces: que todo intento de repetición histórica es una farsa. Los contemporáneos se saltaron impu-

nemente el ejemplo revolucionario de la generación fantasma. Intimistas, egocéntricos y reaccionarios, cerraron los ojos a todo lo que llevaba la impronta viril de la Revolución, y al hacerlo cayeron en un desconocimiento imperdonable de la realidad mexicana.

—Eso de la “impronta viril” me parece hiriente.

—¿Por qué?

—Me recuerda aquella polémica estúpida que inició Jiménez Rueda con su articulito sobre el afeminamiento en la literatura mexicana.

—Mire, don Ramón, no le demos vueltas moralizantes al asunto: es un hecho que la mayoría de los contemporáneos era homosexual y punto.

—Cada quien es libre de elegir su sexualidad. Es el colmo que Abreu y esos “escritorzuelos de la milpa y el frijol”, como tú les dices, se hayan atrevido a descalificar la literatura de los contemporáneos desde una posición de brutal machismo nacionalista.

—No, don Ramón. Lo que en el fondo le criticaban era el hecho de haberle dado la espalda a lo mexicano y entregarse serviles a la imitación de los modelos europeos.

—No imitación, muchacho, sino estudio crítico de los grandes maestros universales. Como decían Cuesta y Ramos: el meollo de la universalidad es la crítica. ¿Y de dónde demonios iban a sacar sus modelos para desarrollar un nuevo lenguaje si aquí no los tenían? Por lo demás, ¿qué dejó en limpio esa polémica sobre la supuesta virilidad de la literatura mexicana, sino la clara constatación de una falta total de crítica? ¿Y no fue la crítica el principal aporte de los contemporáneos a las letras mexicanas?

—Los contemporáneos fueron antes que nada poetas.

—Y grandes críticos, muchacho.

—Y pésimos narradores.

—Hasta en ese renglón superaron a los estridentistas.

—Los estridentistas, al menos, tienen el mérito de haber sacado del anonimato al mejor narrador mexicano de la primera mitad del siglo. Y, para que vea hasta dónde pueden llegar la insinceridad y la

falta de ética, no han faltado epígonos que hayan tratado de incorporar a Mariano Azuela a los contemporáneos.

—¿De qué estás hablando?

—De que fueron los estridentistas los que publicaron por primera vez y seriamente en 1927 *Los de abajo* de Azuela, consagrándolo, como antes lo habían hecho con Tablada y López Velarde, mientras el grupo de Torres Bodet se empalagaba con la melcocha de González Martínez.

—Ya empezaste a desbarrar, muchacho.

—¿Que no se acuerda de aquella carta de Henríquez Ureña a Julio Torri, donde le dice que lo poco que ha leído de López Velarde le parece impersonal y sin gusto depurado? Y lo mismo cabría decir de Reyes, para quien el autor de *La suave patria* no pasaba de ser un poeta de campanario, aldeano y complicado. Ni siquiera Genaro Estrada, que trabajó con López Velarde en la revista *Pegaso*, acertó a ver en él trascendentalidad alguna.

—Coño, pareces una comadre que goza magnificando los defectos y ocultando las virtudes. ¿Quién demonios conocía a López Velarde antes de que el régimen obregonista lo consagrara grotescamente, por no decir necrofilicamente? No, muchacho, los estridentistas no consagraron a nadie, ni siquiera a sí mismos.

—Espere, que le voy a leer algo.

Fui a buscar mi libreta de notas mientras oía que a mis espaldas el viejo mascullaba algo.

Después de rápida búsqueda lo enfrenté decidido:

—Escuche esta muestra de la crítica oficial sobre Azuela para que se convenza: “Sus obras no están bien escritas; no sólo tienen concordancias gallegas, inútiles repeticiones, faltas garrafales de estilo, sino que carecen hasta de ortografía, de la ortografía elemental que se aprende en tercer año de primaria”.

—No sé quién habrá dicho esas estupideces, motivadas más por la envidia y el resentimiento que por un sano afán de crítica. Lo mismo dijeron de *Pedro Páramo*.

—Fue el gran cacadémico Victoriano Salado Álvarez.

—Te vuelvo a repetir que no deberías prestar tanta atención a esas disputas presentáneas; céntrate en cuestiones de creatividad y no de viboreo.

—Permítame discrepar de su opinión, querido maestro. Esas disputas que usted califica con desprecio de “presentáneas”, son la manifestación genuina de la dualidad esencial del ser mexicano: de un lado la creatividad mágico-mística de Quetzalcóatl, del otro la destructividad bélico-sanguinaria de Huitzilopochtli.

—Es la pugna de siempre entre Eros y Tanatos.

—No, don Ramón. Mientras que en el ser occidental o triunfa Eros o triunfa Tanatos, en el ser del mexicano Quetzalcóatl y Huitzilopochtli forman un todo cuya dinámica determinante cambia sin cesar. Vea si no las pugnas sangrientas entre los caudillos militares de la Revolución mexicana.

—Ahí sí, para que veas, hay mucho de lo que tú llamas “nefasta herencia hispana”. Por lo demás eso no tiene mayor interés.

—Lo trágico, maestro, es que esas pugnas se dan también entre los caudillos culturales: Vázquez del Mercado riñe con Alfonso Caso; Vasconcelos con Lombardo Toledano y Pedro Henríquez Ureña; éste con Novo; Novo rechaza a Owen y Cuesta; Cuesta y Ramos despedazan el cadáver de Antonio Caso. Y así hasta nuestros días.

—Donde existan dos partes pretendiendo la determinación del todo siempre habrá enfrentamientos.

—Es la herencia de las guerras floridas.

—Ésas no son guerras, sino vulgares escaramuzas; y menos aún floridas. Anda, vamos a darnos un chapuzón, a ver si arponeo unos jureles para hacerlos al horno.

—A eso sí que no me opongo. Todo lo que sea aventura, riesgo y emoción es parte de mi sustento. Y no como los contemporáneos que se encadenaron morandianamente en el viaje alrededor de la alcoba.

—Los contemporáneos fueron aventureros del espíritu, muchacho.

## II. EL REENCUENTRO CON EL TRÓPICO

—Vamos, don Ramón, a otro burro con esa zanahoria. El aventurerismo de los contemporáneos es un aventurerismo inválido, *ergo*, inmóvil. Un aventurerismo que zozobraba en la *Oceanografía del tedio* de d'Ors y se ataudificaba en el *Peregrino sentado* de Juan Chabás.

—Se ve que no te has tomado la molestia de hojear siquiera la revista *Ulises*.

—Un plagio descarado de *La Nouvelle Revue Française*, al igual que la revista *Contemporáneos* lo fue de la *Revista de Occidente*.

—Anda, deja de decir barbaridades y alístate que te espero en mi cabaña.

—No son barbaridades, sino verdaridades.

—Sí, en eso de las infráforas ni los estridentistas te superan.

—No son infráforas, maestro, sino plenáforas —le grité cuando ya se alejaba por la vereda.

## ENTRECRUZAMIENTOS III

### III. Divagaciones solilunares

#### En torno al desmadramiento de lo dionisiaco y lo apolíneo

Tengo que reconocer que la imagen erosionada y sufriente de mi madre no le hizo mucho bien a mi relación con las mujeres. Cuando apenas engrosaba la voz de mi virilidad, mi idea sobre la mujer era la de un bárbaro que somete al sexo opuesto por deleite y derecho natural. Se entiende, entonces, que en mis relaciones adolescentes no hubiera el menor espacio para el gesto sensible y el galanteo. Cuando de la biblioteca paterna extraje profanante *El amor, las mujeres y la muerte* de Schopenhauer, la barbarie machista heredada de la cerrazón astúrica de mi padre se me apareció en toda la dimensión cautivante de su original brutalidad germánica. Después, en la medida en que la germanofilia se convirtió en patología, aquellas sentencias lapidarias de la misoginia schopenhaueriana-nietzscheana (“vas con la mujer: no olvides el látigo”, “la mujer es una superficie sin fondo”, etc.) adquirieron una dimensión pornoerótica que me retrotrajo de golpe a la raíz misma del ser mujer: la gozación. ¿Y quién representaba a la mujer gozosa por excelencia? ¡La meretriz, mi antimatadre! Por ello, cuando en *Sexo y carácter* de Otto Weininger (¡verdadera cumbre de la misoginia!) leí que la mujer no tenía esencia ni existencia, sino que era mera apariencia inclinada por naturaleza a la prostitución, creí recibir el pasaporte que me autorizaba a desembarcar victorioso en los puertos donde se ritualizaba la gozación mercenaria. ¡Qué hermosos tiempos presidáticos aquéllos!

Vinieron, torrenciales y desbordantes, los sesenta y mi generación vio cómo la sexualidad se cotidianizaba acabando con aquel machismo delicioso que divinizaba a la mujer como entelequia gozosa.

Desde que conocí a Raga (ubicado ya de regreso en una concepción matriarcalista del mundo), varias veces salió a colación el tema de las prostitutas, como si se tratara de la profesión más natural en una sociedad autofágica en la que —¿lo dijo Aristóteles o Marx?—

el día en que la mierda tuviera valor de cambio los pobres se iban a quedar sin culo. Recuerdo, incluso, que Raga había defendido la actitud de una exuberante negra caribeña que, de posar desnuda en las clases al natural del Instituto Allende, había pasado a ejercer el oficio de meretriz con una profesionalidad que despertaba los más elogiosos comentarios en el dolarizado medio de San Miguel.

¡Qué diferencia entre esa Raga omnicomprendiva y tolerante y la que se enfrentó a mí luego de leer el *Ulises criollo* de Vasconcelos!

Pedante, engreído, seudoprofético, machista, falócrata... Tales fueron algunos de los calificativos con que Raga se volcó furiosa en respuesta a mi apologética del más grande constructor intelectual de nuestra América, como le había llamado Gabriela Mistral. Poniendo en boca del sumo pontífice cultural de la Revolución mexicana aquello de “todas las mujeres son unas putas, menos mi madre que es una santa”, Raga no lo bajó de gallito ladino y maniaco sexual. Quise alegar que por aquellos tiempos no había más opción gozadora que la cogida mercenaria, pero el desahogo fúrico de Raga me dejó con la intención a flor de labios: que era el colmo que rebajara de manera tan vil a la que había sido madre de sus hijos; que era un cobarde y un mentiroso que había destrozado la vida de Antonieta Rivas Mercado al entusiasmarla con promesas que nunca cumplía; que era el típico mexicano que por andar con prostitutas sólo pensaba en recibir placer sin jamás darlo. En fin, viendo que el desborde fúrico de Raga no obedecía a una dinámica razonadora, opté por ponerme a la defensiva hasta que la reciedad del temporal amainara.

Me clavé sobre el *Tríptico* de Ortega y Gasset, que había estado releiendo con fruición, y vi cómo Raga canalizaba su ímpetu hacia la pintura. Las fuertes pinceladas chorreantes de color fueron poco a poco tornándose en el suave acariciar con que Raga establecía el diálogo entre el pincel y la tela. Cuando ya me había olvidado de todo y devenía gassetianamente atrapado en el marejadamiento vital de Mirabeau, sentí un leve estremecimiento y, al voltear, los labios de Raga se posaron reconciliantes sobre los míos. Se disculpó por la serie de

disparates que había dicho, aduciendo que la actitud de Vasconcelos hacia las mujeres le había recordado la prepotencia machista de su ex marido. No dije nada, pero me pareció excelente la capacidad de Raga para superar con rapidez los enfados: nada me molesta más en una mujer que el espíritu fregativo (¡me chingo, pero te chingo!).

Y la sombra del espíritu fregativo, por si había dudas, sobra su naturaleza, se cernió sobre nosotros tres días más tarde. Ciertamente que gran parte de su invocación se debió a la salvaje tropicalidad que me corre por las venas, pero creo que la naturaleza lúdica del asunto no ameritaba tamaña reprimenda.

Resulta que Raga, señoreadora innata de los dominios sencientes, comenzó a sentir vía su ombligo —¿onfalosenciencia?— una serie de llamados alertantes que la conducían a la atribulada imagen de su madre. Estas sensaciones, que terminaban por confirmarse o desaparecer en vívidos y casi infalibles sueños, producían en Raga un abatimiento anímico que contrastaba con su jovial y positiva manera de ser. No tuvimos, pues, más opción que ir a Pochutla e intentar la llamada tranquilizante.

El changarro que servía como oficina local de teléfonos estaba hasta la madre de pseudohippies y de ingenieros y contratistas que sobrevolaban zopilotemente en espera de despanzurrar a picotazos el hinchado vientre del proyecto del sexenio: Bahías de Hualtulco. Tras casi dos horas de una espera desesperante, de esas que yo creía abandonadas para siempre junto con la mictlantecútlica Ciudad de México, Raga logró al fin hablar con la condesa. A través del vidrio de la cabina pude ir siguiendo en las expresiones de Raga el pasaje de lo grave a lo despreocupante. Cuando iban más de dos minutos de comunicación y el esbozo tímido de la sonrisa pasó a carcajeante celebramiento, me encaminé hacia la puerta feliz de haberme librado ya de tamaño embrollo. Y cuál no sería mi sorpresa al ver, cruzando la entrada y dirigiéndose hacia mí, a la cachondísima pelirroja que habíamos conocido en el Carrizal. Así, de buenas a primeras, me plantó un besote en la mejilla y, mientras

me decía en un español estrafalario todo un mundo de sucedidos, sentí que era poseído por una fragante atmosfericidad de exquisita esencia de coco. Me preguntó dónde estaba Raga, y al señalarle la cabina la vimos salir con una sonrisa victoriosa. Se fue la pelirroja a su encuentro y la deslumbrante fenomenicidad de las dos mujeres sumió a la concurrencia en un boquiabierto silencio.

Salí con intención de airearme un poco, pero afuera el calor era más algodinoso e insufrible que adentro. Contrastando con la perviviente fragancia de coco en que me había envuelto la pelirroja, me llegó ahora un nauseabundo olor a excrementos recalentados que me hizo pensar que en caso de existir el infierno, Pochutla era su versión tropical. En la esquina de la iglesia que está casi enfrente de la oficina de teléfonos, un tipo sucio de tiempo y de evacuaciones sin control estaba tendido boca arriba soñándose mariposa en un edén de libaciones celestiales, mientras un mosquerío profanador revoloteaba con avidez en busca de un orificio o pudridero donde depositar las semillas de su fatídica descendencia.

Raga y la pelirroja acordaron el regreso conjunto en un taxi; de manera que, luego de quedar en vernos una hora más tarde en el zócalo, Raga y yo nos fuimos al mercado a hacer algunas compras. En el trayecto, Raga me dijo que estábamos invitados a almorzar en el yate de los gringos. Al llegar con las tehuanas que venden los tilcuites y los camaroncitos que don Ramón me había encargado, se desató una verdadera contienda de albures en la que yo me detuve gozoso, mientras Raga emprendía una retirada táctica hacia el fondo del mercado. Las tehuanas, maestras en el arte del doble sentido y del juego de palabras de profunda connotación sexual, eran muy temidas por las compradoras que se cuidaban mucho de hacer algún gesto repugnante o comentario hiriente frente a sus puestos. Para mí, matriarcadófilo beligerante, el flirteo con las tehuanas me hacía realizar por momentos el deseo ancestral de harenidad con el que sueña todo profesante de la sacrosanta relación monogámica. Al encontrarme con Raga en el fondo del mercado en un puesto donde

vendían miel, lo primero que me dijo fue que esas mujeres le resultaban odiosas por su gregarismo virulento y prostibulario. Le dije que eso era lo interesante, que con ellas uno se sentía como en un burdel, y me expresó muy convencida que si no fuera por ella yo ya estaría infectado de sida. Salimos por la parte de atrás del mercado para evitar a las tehuanas y yo me fui pensando cuál carajo sería el motivo de esa atracción enfermiza por todo lo prostibulario que desde siempre me cautivaba. Puta, qué no hubiera dado yo por trabajar en una atmósfera prostibularia como Faulkner o García Márquez. Al llegar al zócalo vimos a la pelirroja con sus dos hijos y un tipo de muy fina presencia y como de unos cuarenta años. El tipo, esposo de la pelirroja, era de origen francés y naturalizado norteamericano. Al decirle la pelirroja a su esposo que yo era escritor y Raga pintora, al hombre se le iluminó de golpe el semblante. En un inglés muy erreficado se dio gusto hablando de pintura con alguien que él consideraba su igual en una tierra de salvajes. Me tocó buscar el taxi y arreglar una tarifa pertinente. Cuando al fin lo conseguí, nos metimos todos quedando Raga adelante con el francés y yo atrás con los muchachos y pegado a la palpitante incitación de la pelirroja. Raga, con una seriedad conmovedora, me dijo que el francés era pariente (sobrino bisnieto o algo así) de nada menos que Paul Gauguin. Y por ahí me fui mariposeante poniendo en práctica mi francés más sintáctico que prosódico.

En Santa Cruz pagué el taxi, pero el francés insistió una y otra vez en que nosotros éramos los invitados y le tuve que aceptar la cantidad de dinero que ya le había dado al taxista. Fuimos al restaurante de doña Celia, que me saludó muy amable preguntándome por don Ramón, y en seguida Christophe, que así se llamaba el francés, alistó la lancha y nos fuimos hacia el yate.

¡Y vaya yatecito el que se cargaban! Mientras Raga y yo nos mirábamos especulando sobre la fortuna que aquello costaba, Christophe subió a encadenar en la proa del barco al enorme Pastor Alsaciano que ladraba con ferocidad sobre la cubierta. Desde que subimos se nos hizo claro que mantener aquella impecabilidad aparental su-

pondría una derrama de dinero que rebasaba con mucho la disponibilidad económica de cualquier pintorcillo aficionado. La pelirroja se llevó a Raga hacia los camarotes y yo me dediqué a pasear curioso-seante por la cubierta. Al rato oí un extraño pronunciamiento de mi nombre y vi a Christophe asomándose por la escotilla que conducía al interior. Se vino hacia donde yo estaba y me preguntó qué me parecía el yate. Le dije que lucía extraordinario, mientras pensaba que el yatecito en el que había recorrido el Pacífico centroamericano con mi llorada Cathy era un juguete al lado de esta costosa joya marina. Me preguntó si quería tomar algo y nos fuimos a preparar unas bebidas. Si el exterior lucía esplendente, el interior era una maravilla. No faltaba nada y todo era en extremo sofisticado. Pasamos frente a un pequeño estudio y no pude evitar acercarme a leer los títulos de los libros que estaban en un librero muy *Art Nouveau*. En francés pude distinguir *El amante* de Marguerite Duras y *Memorias de Adriano* de Yourcenar, entre varios clásicos franceses de la Biblioteca de la Pléiade. En inglés casi todos los libros eran de Henry Miller. Como si estuviera participando de mi crítica, Christophe me dijo que los libros de Miller eran la pasión de su esposa. Pasamos al bar y nos servimos unos tragos. En seguida llegaron las mujeres; la pelirroja, enfundada en aquel traje de baño amarillo que me había quitado el aire en el Carrizalillo, se dirigió con rapidez hacia la botella de Johnny Walker y se sirvió medio vaso empinándose de un solo, largo y deleitoso trago. Yo hice lo propio con mi vodka con piña y no tardé en notar cómo el dominio inhibitor de la racionalidad dejaba paso a la liberación gozosa de los sentidos. Los niños, ajenos por completo al mundo de los mayores, andaban sin cesar de aquí para allá. Raga pidió un margarita y mientras Christophe se lo servía empezaron a hablar de pintura. La pelirroja, más fragante y cachonda que nunca, se me acercó y moviendo su deliciosa barbilla hacia adelante me dijo qué me parecía todo aquello. Me la quedé viendo de arriba abajo con una expresión de inequívoca tendencia y al fin le expresé que lo que estaba viendo me parecía sensacional.

—¿Quieres verlo todo? —inquirió con una rapidez que me dejó electrizado.

Le dije que encantado y, mientras Raga y Christophe hablaban de los precios de locura que estaban alcanzando los cuadros de Van Gogh, la pelirroja —¿cómo demonios se llamaba?— me tomó de la mano y nos fuimos a recorrer el barco. Al entrar al primer camarote, ocupado casi en su totalidad por dos cómodas literas, sentí que el corazón se me disparaba enloquecido y un ímpetu incontenible me crecía en la entrepierna. Me dijo que era el camarote de los niños y se dispuso a salir quedándose parada frente a la puerta para cerrarla tras mi paso. Pasé y, calculada fatalidad, mi pecho rozó furtivamente sus pezones que se notaron turgentes bajo el traje de baño. Pasó adelante y la visión desquiciadora de sus nalgas estuvo a punto de arrojarme en el abismo. Como si no supiera el huracán que estaba levantando, la cabrona se puso a decir no sé qué pendejadas sobre lo que, según le había dicho Raga, yo estaba escribiendo. Llegamos frente a otra puerta y esta vez al abrirla no pasó, sino que se quedó en el quicio. Asomé con cálculo mi cabeza y, junto con el untuoso olor a deseo, percibí el subir y bajar anhelante de los pechos. Con una voz rendida y que yo creí dispuesta a todo, dijo que ésa era su recámara. Al retirar la cabeza, la cabrona me cerró el ángulo y sin poder evitarlo me aboqué sobre sus pechos. Tomó jadeante mi cabeza entre sus manos y la empezó a restregar contra su escote. Puta, bien sabe Dios que no tuve opción al rechazo: en un segundo se quitó la suave envoltura amarilla y me llevó la cabeza hacia el centro de su dorada fluencia. Se fue dejando derivar hacia la cama y ya cuando sintió el borde levantó las piernas sobre mis hombros urgiéndome a que la penetrara sin demora. Tuve un destello fugaz de cordura y me detuve en pleno vuelo. No, no puedo hacerle esta cochinado a Raga. ¿Y si esta cabrona gringa tiene sida? Pero no fueron las súplicas jadeantes urgiéndome a que la penetrara lo que me llevó de nuevo a la locura, sino la visión explosiva de aquella fruta abierta a su embriagante jugo en medio de la frondosidad pelirroja. Me fui con toda mi salvajitud

sobre ella y ¡puta madre!, justo enfrente de mí vi cómo por el ojo de buey del camarote nos veía embelesada la niña. Intenté retirarme en el acto, pero la ardiente mujer no me soltaba. Le dije que su hija nos estaba viendo, pero no oyó o no entendió, o no quiso oír ni entender. Arranqué con violencia sus brazos de mi cuello y tomándola por la cabeza le mostré la imagen de la hija en la ventanilla. La niña, al ver que su madre la veía, se retiró al instante. La pelirroja se levantó en seguida y se puso de nuevo el traje de baño mientras se desahogaba en maldiciones. Terminó de arreglarse y salimos como si nada hubiera pasado. Quiso seguir con la gira, pero ya no tuve incentivamente. Al regresar a servirnos otro trago no encontramos a nadie. Dimos un paseo y por fin los hallamos en cubierta enfrascados en amena plática frente al caballete de Christophe. La pintura que estaba sobre el tinglado era de un matiz pseudoimpresionista que, a fuerza de exotizarse, había caído en un espantoso *naïf*. Vi que Raga me echaba una mirada crítica, pero no pareció notar algo criticable. Fue al rato, al acercarse a decirme que ya le parara al trago que mis ojos parecían linternas, cuando barruntó lo sucedido. Me dijo, con un gesto de repulsión, que olía espantosamente a coctel de ostión con esencia de coco. Traté de disculparme aduciendo que en el bar habíamos abierto una lata de ostras ahumadas, pero fue inútil, la natural sagacidad de Raga ya había sido puesta en alerta. Noté que, al contrario de lo que habían sido antes, las respuestas de Raga a la pelirroja iban adquiriendo un marcado cariz de recriminación y rechazo. “Aquí se van a agarrar de la greña y esta fúrica de Raga es capaz de matar a la gringa con una de sus terribles patadas de lado”, me dije suspendiendo mi actitud relajada. Traté de decirle algo a Raga sobre lo bonito que era el interior del yate, pero la expresión que encontré me convenció que el hacha de guerra había sido ritualmente desenterrada. Para terminar de joderla, la niña —¿envidiosa o recriminante?— llegó a donde estábamos y tras acercarse husmeante a su madre le dijo que olía horrible y que debía darse un baño. La pelirroja la tomó agresiva de la mano y, sin decir agua va, se tiró con ella al mar desde la borda.

Hubo un breve intercambio de palabras entre Raga y Christophe, y al cabo, y ante mi sorpresa, Raga me comunicó que nos retirábamos de inmediato. Siempre caballeroso y gentil Christophe le comunicó a la pelirroja nuestra decisión y se fue a preparar la lancha para llevarnos. Raga le dijo un seco “adiós” a la pelirroja y yo me retrasé para lanzarle un guiño de complacencia culpable. Me dijo adiós con la mano, y en su rostro perlado por el agua percibí que lo que para mí iba a ser un problema de la chingada —¡y sin siquiera haber disfrutado el pecado!— para ella era un simple accidente cotidiano.



Para empezar, esa noche me echó afuera del petate y tuve que dormir en la hamaca. Intenté por todos los medios desfacer el entuerto, pero lo único que logré fue una retahíla de insultos de todo color y sabor. El segundo día, después de que Raga había regresado de hacer karate con don Ramón (¿le habría dicho algo al viejo?), tuve una leve esperanza durante un rápido intercambio de palabras que cruzamos en el desayuno. Pero al regresar ya solos a la cueva comprobé que el castigo estaba apenas entrando en vigor. Vi que Raga se sumergía evasiva en un libro que tomó con displicencia del librero y concluí que lo mejor era ahuecar el ala antes de que toda la furia de las diosas madres se volcara sobre mí. Al llegar a la cabaña de don Ramón vi que el viejo estaba instalado en su estudio escribiendo, por lo que decidí retirarme en silencio. Algo sintió el viejo celta porque volteó sorprendiéndome en la retirada. Me preguntó qué sucedía, y le respondí que estaba desinspirado. Sonrió con malicia y me dijo que no me preocupara, que le diera tiempo al tiempo y todo se solucionaría. Me acerqué entonces ya más confiado y el viejo celta, al ver que mi presencia amenazaba su rígida metodologización de la vida diaria, me soltó de golpe:

—Lo mejor que puedes hacer es distraer tu mente. ¿Por qué no vas a pescar? El mar está calmado.

—¿Usted cree?

—Claro, hombre. Te haría muy bien.

—No me parece mala idea.

—Agarra la bolsa con las cuerdas que está en su lugar afuera y vete con cuidado. Quien quita y hoy nos das de comer.

Y me fui entre feliz y culpable. No bien hube llegado a la playa y la culpabilidad desapareció cediendo su lugar a una excitación liberadora y plenificante. Quiso vencerme el temor al subirme sobre las rocas en busca de peñasqueros, pero me dije que lo que tenía que suceder sucedería, y que a fuerza de chingadazos se había forjado la Historia. Después de batallar aquilesmente contra los peñasqueros, pude al fin, en una resquebrajadura que encontré de manera accidental, hacerme con tres preciosos ejemplares que partidos a la mitad harían seis carnadas. Me fui al promontorio rocoso donde había estado pescando don Ramón y lancé la cuerda. No pasaron ni veinte segundos cuando sentí un jalón impresionante. Tiré con todas mis fuerzas de la cuerda, pero el pescado se clavó poderoso hacia las rocas y me quedé de pronto con la cuerda y la ilusión rotas de manera irremediable. Maldije la mala leche que me poseía y decidí extraer de la bolsa una cuerda un poco más gruesa y con calambote de acero. Miré el dedo índice de la mano derecha que me ardía y percibí una pequeña rajada hecha por el pinche pescadote al dar el jalón. Y va de nuevo. Frente a las rocas la azulada transparencia del mar dejaba ver las apetitosas manchas de sardinas meciéndose en un acompasamiento multitudinario. Como siempre que veía un hormiguero, una procesión comejénica o cualquier manifestación biológica del espíritu gregario, la visión de las sardinas me indispuso por un momento. Sentí una serie de jalones y por la ligereza de la cuerda deduje que me habían ganado el lance. Metí otra carnada y no bien hubo caído entre las sardinas, salieron éstas disparadas en todas direcciones dando la imagen espectacular de una manifestación reprimida con violencia. De todos lados llegaron fugaces unas manchas plateadas que se arrojaron sobre las sardinas originando una verdadera masacre. Atento

a recibir de un momento a otro el jalón no hice caso de recoger las sardinas que, al saltar fuera del mar, se habían quedado entre los intersticios rocosos. Y que voy sintiendo un tremendo jalón. Traté de detener con desesperación la cuerda, pero el dolor que me producía al clavarse en los pliegues de los dedos hizo que cediera al tirón del pescado. “¡Chin, lo voy a perder!”, pensé ya sumiéndome en la derrota. Hice un último esfuerzo recuperante y el pescado pareció ceder en su impulso. Y a jalarle duro. Y ahí viene. “¡Putá, qué pescadote!”. “Así, déjate venir, cabrón; eso, ya mero”. “¡Joder! ¿Qué es esto?”, dije viendo la enorme mancha oscura salir del agua. Lo subí a un lugar seguro y le puse un pie encima mientras me recuperaba de la emoción. Ya más calmado comprobé que el pescado era igual al que una vez había arponeado don Ramón en el Carrizalillo y que le decían bolsa de altura. Le di varias cuchilladas en la cabeza y lo metí en una grieta para evitar una de esas malas pasadas que acostumbra a jugarme el destino. “¡Vamos por otro!”, me dije eufórico y vitalizado como si de pronto me hubiera conectado con el centro energizante del trópico. Volvieron al ataque los grandes peces plateados, pero ninguno quiso morder, lo que no dejó de extrañarme dada la voracidad con que arremetían al sardinal. “¡Ah, cabrón!”. Y que se va trabando duro. Tiré con todas mis fuerzas pero la cuerda no se movía. Aflojé tantito y comprobé la triste verdad: se había enganchado el anzuelo en una roca. Hice maroma y media para soltarlo, pero todo fue inútil. “Qué chinga me va a poner don Ramón cuando sepa que le di en toda la madre a su mejor cuerda”, pensé sumido en la impotencia. Para terminar de exasperarme, la mancha de grandes peces plateados volvió a acometer con voracidad a las sardinas. “¿Por qué no bajas hasta donde llega el mar para tratar de desengancharla?”, oí una vocecita en el interior de mi oído malo. “¡Es peligroso!”. “Anda, no seas rajón, no hay peor lucha que la que no se hace”. Y allá voy de pendejo. Llegué al límite del agua, tiré y nada. Decidí entonces meter la pierna para ver si separando un poco la cuerda se liberaba y ¡se soltó! Me poseyó una euforia triunfal y me sentí escalando el Everest con la bandera

del triunfo entre las manos. Apenas estaba llegando a la cima cuando oí un extraño murmullo proveniente del océano.

Un electrizante presentimiento me hizo voltear la cabeza y casi me caigo del impacto al ver la inmensidad azulada de la ola avanzando hacia mí con un ímpetu anonadante. Me tiré desesperado sobre la bolsa de los implementos pesqueros y sentí cómo una fuerza de mil demonios caía sobre mí arrancándome la raíz de la existencia. Abrazado a la pinche mochila de don Ramón, fui arrastrado como pluma por la oscura furia del océano, hasta que sentí un tremendo golpe en la rodilla derecha y topé con las cerradas paredes de una gruta. Me agarré con lo que quedaba de mi voluntad a un saliente rocoso disponiéndome a esperar la muerte. Una eternidad después vi que la luz del mundo brillaba de nuevo sobre mí y que las aguas se habían retirado de la tierra. Al salir de la oquedad donde me había arrojado el arrastre impetuoso de la ola, pude ver cómo en medio del espumante torbellino la figura imponente de Poseidón regresaba a su profunda descansadez marina. Lo primero en que pensé, tan pronto recuperé la espaciotemporalización de la vivencia, fue en el enorme pescado. Traspuse con rapidez los diez metros que me había arrastrado la ola y al llegar a la hendidura ¡nada!, el cabrón de Poseidón se había llevado al pescadote. “¡Hijo de tu pinchísima madre!”, grité al océano que parecía volver a su ondulante acompasamiento. Miré la rodilla y vi, en medio de una tremenda hinchazón, una rajada por la que manaba la sangre. Sobre la roca, agarrada en varias salientes, estaba enredada la cuerda que acababa de recuperar justo cuando llegó la jodida ola. Pinche vida de perdedor, tener que luchar desesperanzado contra todo por nada y sin desearlo. “¡Me cago en todos los dioses, aunque no existan!”.

Sentado sobre la roca y con las manos crispadas de resignación sobre la cabeza, era la imagen plástica del pescador naufragado. ¿Valía la pena seguir aguantando tanto chingadazo? Esta vida mía no tenía remedio y ni Raga ni nadie podría enderezarla. ¿Raga? Hasta entonces acudió a mi mente que el motivo de mi estancia allí era

Raga. Joder, qué lejos había estado por momentos de la conflictividad cotidianizante. Lo peor de todo es que esa cabrona mujer ya se me prendió garrapatamente del corazón y no hay manera de arrancarla. ¡Putá, ojalá y estuviera aquí para consolarme! Sentí que poco a poco se aflojaba el crispamiento y sin premeditación alguna empecé a meditar. Con la armonía de la respiración me fui alejando de la zozobra y remonté mi visión hasta la apacibilidad de una estancia imprecisa, pero que sabía me pertenecía. En el centro, sentado sobre un petate, estaba un pequeño cuerpecito verde emanando energía. Supe en seguida que era Nanacatzin y, al saberlo, la voz de Raga resonó clarísima en mi interior: “¡Cuidado, corazón, te estás perdiendo!”. Abrí espantado los ojos y vi que el mar se mecía adormeciente. “¡Mi pescado!”, grité al verlo aparecer por un momento en la azulina superficie. Sin pensarlo dos veces me incorporé y me zambullí en pos de ese pescado que por nada en el mundo iba a dejar perder. Caí con las manos sobre él y lo agarré como si en ello fuera toda mi existencia. Cuando vine a darme cuenta de la salvajada que había hecho ya era demasiado tarde. ¡Dios, qué pendejada tan grande! Al tomar conciencia de que intentar salir por las erizadas rocas era peligrosísimo, quiso vencerme el pánico. Calculé la distancia que tenía que nadar bordeando el acantilado hasta la playa, y al oír en mi interior “un kilómetro” estuve a punto de irme al fondo con pescado y todo. Y que atacan de nuevo los grandes peces plateados. La lluvia pánica de sardinas cayó sobre mí haciéndome tomar conciencia de que la dolorosa herida de la pierna estaba manando sangre. Y por si esto no fuera suficiente, para despertar la tiburonofóbica paranoia fijada en mis años de urbonauta, el pinche pescado lucía unos terribles cuajarones de sangre en las heridas que yo le había hecho con el cuchillo. Y ahí estoy, flotando pendejamente en un océano de temor. “Mierda, voy a intentar salir por la roca”, me digo viendo la mansedumbre de la masa poderosa que me envuelve. Y comienzo a acercarme atraído por la ilusión liberadora de la vía más corta. Oí de nuevo el estremeciente murmullo y al voltear angustiado vi el nivel del horizonte marino

crecer sobre mí de manera trágica. No tuve tiempo de nada. Sentí que el mundo acuoso se hinchaba debajo de mí subiéndome hasta una altura de vértigo. No pensé nada, no oí nada, simplemente dejé de ser. Lo primero que sentí al regresar a la impresión del espacio-tiempo fue la dura corporeidad de una montaña. Me abracé contra ella con toda mi fuerza renacida y me supe una vez más sobreviviente de un acontecimiento condenado a ser borroso rasgo de una pluma apresurada. Al levantarme sobre el techo del mundo vi en la parte más alta de las rocas la bolsa de las cuerdas. Eché una mirada en derredor y ¡otra vez el repinchísimo Poseidón me había robado la pesca! Maldiciendo al mundo por su natural injusticia, y a mi existencia por no poder quebrantarla para siempre, recogí la cuerda que aún estaba enredada sobre la roca y después de guardarla en la bolsa decidí regresar de inmediato. Caminé sobre las rocas unos quince metros y al descender del otro lado del promontorio ¡allí estaba el cabrón pescadote! “Mierda”, dije mientras sentía su succulenta corporeidad entre mis manos, “quién carajos puede decir dónde termina la ficción y comienza lo real”. No hay mayor sinsentido que buscarle sentido a lo que no lo tiene.

Al verme llegar con la pierna chorreando sangre, doña Isabel suspendió su labor sobre el metate y quiso ayudarme. Deseoso de causarle a Raga una fuerte impresión compasionante, le dije a la mujer que no era nada grave y que mejor subía de una vez para curarme. Subí y al acercarme silencioso a la cabaña de don Ramón oí que él y Raga dialogaban sobre karate. Me planté de golpe frente a la puerta y Raga, que estaba meciéndose en la hamaca, se vino hacia mí asustada.

—¡Ay, corazón, qué te hiciste! —exclamó ante la aparatosa visión de la sangre.

—Una caidita. Mira lo que pesqué —dije sacando el pescadote de la bolsa.

—¡Qué feo golpe! —dijo Raga sin prestar la menor atención al pescado.

### III. DIVAGACIONES SOLILUNARES

—Hombre, una bolsa de altura —expresó don Ramón dejando el libro que tenía en la mano sobre la mesa y acercándose para ver mejor el pescado.

—No me gusta nada este golpe. Anda, recuéstate en la hamaca para que te cure —prosiguió Raga inspeccionando la herida.

—No es más que un rasguño, mujer. La erizada de la vez anterior fue más grave.

—¿Un rasguño? No, don Ramón, mire nomás qué fea está la hinchazón.

—Al rato se le baja. Ponle un poco de merthiolate y ya. Qué buen ejemplar, muchacho —dijo el viejo celta tomando el pescado entre sus manos—. Ideal para un ceviche.

Mientras el viejo se iba hacia la cocina con el pescado, Raga me acomodó en la hamaca y fue al botiquín a buscar lo necesario para la curación. Al meterme en la hamaca, un cansancio milenario se me vino encima y me sentí incapaz de detener la pesada caída de los párpados. Cuando estaba ya flotando en la relajante nidad del subconsciente, la voz cálida y maternal de Raga me llegó como un susurro. Sentí que sus labios se posaban por un segundo sobre los míos y me dejé derivar, plenificado por una brisa de caricias, hacia la placentera descansadez de una etericidad sin tiempo.

Al renacer varias horas más tarde, la imagen sonriente de Raga me comunicó de manera triunfal que la dinámica fregativa ya había sido superada. Nos sentamos a comer el ceviche y les conté todo lo que me había sucedido en la pesca.

—Ay, corazón, ya no te voy a dejar ir solo a pescar —dijo Raga asumiendo el papel de diosa protectora que a mí me cautivaba.

—Déjalo. A fuerza de golpes tendrá que aprender —expresó don Ramón encarnando el papel de dios reprendiente que yo aborrecía.

—¿Pero es que no hay otra manera de aprender? —preguntó Raga.

—Claro que la hay, pero este anarca es impermeable a ella.

—¿Y cuál es?

—El método, mujer, el método.

—¡Y dale con la misma cantaleta! —exclamé defendiéndome.

—¿Lo ves? Por eso digo que tiene que aprender a golpes.

—Cuando habla usted del método, ¿a qué se refiere?

—A la concientización total de cada uno de tus actos. Vamos a ver, ¿qué fue lo que hizo Eugenio?

—Una locura.

—No, no fue una locura, sino una estupidez; es decir, se dejó llevar por una dinámica que no era consciente de su origen, por lo que no podía ser consciente de sus resultados. Y esta actividad que no es consciente de sí misma, ni de aquella realidad con la que se relaciona, es lo que se llama una actividad pseudoconcreta.

—Uff, qué complicado lo pone usted.

—Bueno, si te lo explico paso a paso desde el principio no es tan complicado.

—Para qué tanto rollo. ¿No le parece extraordinario el resultado?

—dije llevándome a la boca un trozo de tostada repleto de ceviche.

—No juegues con el mar, muchacho —dijo don Ramón enseriéndose.

—Pero si es el mar el que juega conmigo.

—Anda, anda, que te faltan aún muchos golpes que aguantar.

—Oiga, don Ramón —dijo Raga adquiriendo una inusual gravedad—. Yo sí quiero que me enseñe metodología.

—No le haga caso, don Ramón —intervine con presteza.

—¿Cómo dijiste? —me interrogó Raga amenazante.

—Mira, cosita, eso del método es una chinga. No me compliques más la vida, por favor.

—¡Pero quién te está diciendo a ti nada! Vaya, nomás eso me faltaba.

—No te hagas la mártir que no te queda.

—Yo soy libre de hacer todo lo que me venga engana.

—Oh, que la canción. Bueno, no tendremos más remedio que chingarnos con el método.

### III. DIVAGACIONES SOLILUNARES

—Un momento, muchacho —intervino don Ramón—. Esto está rebasando ya el límite de la decencia.

—¿Decencia o docencia? —dije cáustico.

—No le haga el menor caso, don Ramón. Usted hable conmigo que él está fuera de juicio.

—¡Fuera de juicio! Pero qué tal el ceviche que te estás echando gracias a mi desjuiciosidad, ¿eh?

—¿No tiene usted un libro o unos apuntes que me puedan servir de guía? —dijo Raga dejándome como orate hablándole al viento.

—La perfecta guía para metodologizar sensibilidades gregarias —continué chingando.

—¡Coño, como vuelvas a abrir la boca te cobro con creces la deuda que tienes con el mar! —tronó el viejo obligándome a una retirada táctica hacia la puerta.

—Te juro que cuando te pones así dan ganas de darte unas nalgadas —me dijo Raga cuando ya iba en plena huida.



El golpe de la pierna recrudeció con el frío de la noche y no tuve más remedio que someterme a las sobadas (no nalgadas) relajantes de Raga. De la pierna herida pasó a la sana y de ésta a la espalda. Al sentir cómo el vibrante diálogo de los pases y las presiones despertaba la pujanza solar transmitida por el ceviche, me volteé deseante y lo demás me lo callo.

Fue como un choque de dos mundos: millones de partículas se expandieron por doquier y al golpear las paredes de mi mente originaron un torbellino de imágenes que entenebreció por momentos la fluencia onírica. La sala donde recién había disertado sobre las virtudes afrodisiacas del poder, flotó de nuevo en la visión, pero ya no repleta de personalidades sino totalmente desolada. En la esquina donde antes se amontonaban los exponentes del Boom latinoamericano, estaba ahora un anciano barriendo todos los de-

sechos de aluminio, vidrio y plástico que los afrodisiócratas habían amontonado a sus pies. “¿Qué fue eso?”, oí que alguien preguntaba en otra dimensión. “Una carcajada de neutrones”, dijo el anciano volteándose. “¿Qué?”, pregunté atrapado por el sinsentido. El viejo caminó hacia mí, se arrancó la cabeza y la echó al piso. Al hacer contacto con el piso la cabeza comenzó a girar y pude distinguir, en una intelección vertiginosa, las expresiones míticas de Homero, Cervantes y Borges. Una señal electrizante me obligó a cambiar angustiado de dimensión y una voz conocida, pero imprecisable, resonó fuera de mí:

—¿Lo oíste?

—¿Qué es, qué pasó? —pregunté abriéndome de golpe al exterior como un onironauta obligado a un aterrizaje forzoso.

—Un bombazo —dijo Raga.

—¿Un bombazo? ¿Pero dónde?

—No sé, se oyó lejos.

—Ah, debió ser en el aeropuerto.

—¿Qué tanto soñabas, eh?

—Putá, unos rollos de la chingada. Oye, ya es tarde.

—Sí, te van a regañar en la oficina.

—No chingues.

—Ya verás cuando te vea don Ramón con esa cara de seducido.

—Pues tú tienes la culpa.

—Ay sí, pobrecito.

Se me encimó cachondeante y ¡que vuelve la burra al trigo!

Una hora más tarde, al acercarnos a la cabaña de don Ramón, entre risitas nos íbamos dando de codazos para hacer que el otro entrara primero. Nos detuvimos cerca de la puerta escuchando, y como no oímos nada decidimos entrar triunfantes. Recorrimos toda la estancia, subimos a la recámara y ni las luces del viejo.

—Se fue a hacer ejercicio —dijo Raga—. Qué bien, así me voy a preparar mi sueño.

—¿Tu sueño?

### III. DIVAGACIONES SOLILUNARES

—Sí, soñé que me comía unos huevos rancheros con tocino y un par de litros de jugo de naranja.

—Parece que hay hambrita, ¿eh?

—Sí, los masajes que le di a tu pierna me dejaron exhausta.

—Fíjate que tú como masajista no la harías.

—¿Que no?

—No, mi amor, te entregas demasiado al cliente.

—Pues de eso se trata, ¿no?

Prendimos la lumbre y, cuando estábamos poniendo a hervir agua para el café, oímos que alguien subía por la vereda.

—Vienen a buscarte —dijo Raga viendo la expresión atribulada de mi cara.

—Mierda, deben ser esos pendejos del *New York Times Magazine* que quieren una entrevista —expresé recuperando el dominio del juego.

Nos acercamos a la vereda y...

—¡Guaaaau! —exclamó Raga ante tamaño espectáculo.

—¡Putra madre, está para una foto! —dije apantallado por la visión.

—Ahí nomás estaba tirado —dijo don Ciri que jalaba la reata del burro.

—¡Qué preciosidad!

—¿Que no oyeron el escopetazo? —preguntó el anciano.

—Yo sí —dijo Raga sin dejar de observar ritualmente al animal—, pero creí que estaban dinamitando en el aeropuerto.

—¿Qué te parece el ejemplar, muchacho? —dijo don Ramón apareciendo por la vereda.

—Está brutal.

—Cinco puntas.

Me acerqué a la cabeza, y, en efecto, la cornamenta tenía tres ramificaciones en el lado izquierdo y dos en el derecho. La fría mirada de muerte del animal traspasó lo aparente y me vi de pronto observando maravillado la expresión profética y ritual que la muerte había universalizado en el rostro del Che Guevara. Inexplicablemente

alargué mi mano hacia las heridas goteantes de sangre y empecé a embadurnarme la cara.

—¡Estás loco! —exclamó Raga sin entender nada.

—Es su bautismo, mujer —dijo don Ramón ayudando a don Ciri a desatar el venado.

—Jamás, fíjense bien, jamás había encontrado forma alguna de existencia donde fuera tan intensa la presencia de lo divino —expresé poseído por un soplo magicizante.

—Anda, lávate la cara y deja de decir babosadas —dijo Raga jalándome hacia la terraza.

—Cuando termines de limpiarte ven para acá —gritó don Ramón encaminándose con el venado hacia la fosa donde hacíamos karate—. Ah, y no hagáis nada de desayunar que yo me encargo.

Después de pasarme una toalla para secar la cara, Raga salió disparada hacia nuestra cueva. Le pregunté qué pasaba y, sin dejar de correr, me gritó que iba a buscar su cuaderno para hacer unos bocetos. Con la cabeza invadida por una densa salvajitud venadorámica me fui hacia donde estaba don Ramón.

—Ven, hombre, acércate para que aprendas —dijo el viejo celta que estaba empezando a quitarle la piel al venado.

Me quedé embelesado viendo la destreza con que don Ramón manejaba el cuchillo y un penetrante sentimiento de admiración y de envidia empezó a poseerme. “Dios, el día que yo mate un venado me voy a tirar de rodillas a beber su sangre”, me prometí en silencio.

—A ver, ayúdame tú mientras Cirilo va a traer una cubeta con agua —me dijo don Ramón.

—¿Qué, podrá? —dijo don Ciri con su típica rostración interrogativa.

Tomé la pata del venado y la jalé con fuerza.

—Espacio, espacio —murmuró el viejo celta.

—Es increíble que en las puertas de la edad computarizada aún puedan existir estas ritualizaciones —dije poseído por la sacralidad del acto.

### III. DIVAGACIONES SOLILUNARES

—Sí, es algo en verdad prodigioso.

—Oiga, ¿y qué se siente al matar un venado?

—¡Cuidado! —exclamó recriminatorio don Ramón—. Nunca te pongas frente al filo del cuchillo.

—Perdone.

—Eso es lo que tienes que aprender primero; ya después se te aclararán todas las dudas.

Callado y con la atención totalizada en cada uno de los precisos desplazamientos del cuchillo, me dispuse a aprender de una vez y para siempre el arte de despellejar un venado. Después de abrir un corte desde cada una de las patas hasta la división longitudinal que separaba la piel del hocico hasta la cola, don Ramón me indicó que le ayudara a sujetar el animal mientras él lo amarraba al travesaño que servía para sostener el costal de golpeo. Tuve que hacer un esfuerzo colosal para aguantar un par de minutos el peso del venado, mientras don Ramón lo sujetaba, con la cuerda que le había pasado por una de las patas traseras, al larguero. Tan pronto como el animal quedó colgado, don Ramón comenzó a trabajar con la punta del cuchillo las partes superiores que, según su parecer, eran las que mayor atención requerían para no profanar la piel con un corte. Estando así, como un auténtico oficiador del culto venatorio, el viejo celta me fue contando todo el aprendizaje por el que él había tenido que pasar allá en la Galicia de su juventud. Al menor corte que le hiciera a la piel —de cabras y borregos en lugar de venados—, su padre, que era un hombre inflexible y violento, le soltaba un golpe brutal que tiraba al muchacho por los suelos. Desde afilar los cuchillos hasta curtir las pieles, todo lo había tenido que aprender Ramonciño antes de los quince años. De cuando en cuando, al oírle hablar de algún tema que a mí me parecía impostergable en ese momento, le preguntaba que cuál era la mejor manera de hacerlo, y el viejo celta me respondía que fuera metódico, que no aprendiera las cosas aisladas y de golpe sino que fuera siguiendo paso a paso todo el proceso. Sentí que una oleada de agradecimiento fluía hacia el singular viejo y me juré entrarle de lleno a

la estructuración metódica de mi existencia. Corriendo y alborotada, llegó Raga.

—¿Qué pasó? —le pregunté al verla jadeante.

—¡Una arañota, casi me pica! —dijo abriendo el cuaderno y alisando el rapidografo—. Chin, ya lo colgaron.

—¿Cómo era la araña? —le pregunté.

—De esas peludas grandotas. Estaba en el librero y saltó cuando agarré el cuaderno de dibujo.

—No hacen nada, mujer —dijo don Ramón.

Con la misma aceleración que traía, Raga se puso a dibujar los rasgos del animal colgado. Arrastrando su fantasmal fenomenicidad llegó don Ciri con la cubeta de agua. Tan pronto terminó de sacarle la piel al venado, don Ramón me dijo que la agarrara y que fuera con él hacia la cabaña.

—¿Quiere que le traiga ceniza de abajo o ya tiene usted? —le preguntó don Ciri.

—No, Cirilo. La ceniza ayuda a secar la piel, pero atrae la polilla —dijo con firmeza don Ramón.

Después de escoger un lugar en la parte trasera de la cabaña donde había más sombra, don Ramón se fue hacia el interior. Unos minutos después regresó con un martillo, una bolsita con clavos y un paquete de sal. Estiramos la piel en el piso y clavamos los bordes. Por último don Ramón le regó la sal encima y la esparció con las manos. Luego de ir a la cocina a lavarnos y recoger unas cazuelas, regresamos a donde estaba el venado y don Ramón se dedicó a abrirlo y sacarle con sumo cuidado las tripas y la panza, que en seguida se llevó don Ciri para limpiarlas. Después colocó una cazuela bajo el animal para recoger la sangre que le salió al abrirle el pecho.

—Toma, para que veas que no tiene bilis —dijo dándome el ensangrentado hígado.

Busqué la bolsa biliar por todos lados y no la pude encontrar.

—¿Qué, convencido? —insistió el viejo celta.

—Es increíble.

### III. DIVAGACIONES SOLILUNARES

—A ver, enséñamelo —dijo Raga acercándose.

—Vamos a desayunar y luego le seguimos —dijo don Ramón encaminándose con el hígado, el corazón y los riñones.

Ya en la cocina, Raga y yo nos dedicamos a seguir con atención los preparativos que hacía el viejo celta. Después de lavar bien las vísceras, tomó un cuchillo, me indicó la forma en que había que trocearlas y me puse a hacerlo mientras él avivaba la lumbre. Luego le encargó a Raga rebanar unas cebollas y preparar una jarra de naranjada. Por último tomó una botella de vinagre y vertió una buena cantidad en un recipiente, diciéndome que fuera echando allí los trocitos de vísceras. Nos dijo que en un minuto regresaba y se fue hacia donde estaba el venado.

—Yo no voy a comer eso —dijo Raga mirando con asco las vísceras troceadas.

—Tú te lo pierdes —expresé absorto en mi tarea.

—Es que huelen muy fuerte.

—No digas pendejadas.

—No son pendejadas, ese olor a crudeza animal me desagrada.

—Bueno, pues no los comas y ya, ¿o te está obligando alguien a comerlos?

—Oye, qué genio. Yo nada más te comentaba.

—Mira, cosita, de tanto cadáver congelado que has comido ya no puedes soportar el olor y el sabor de la auténtica vida.

—Ay sí, te crees muy salvaje, ¿verdad?

—¿Qué, ya está eso? —dijo don Ramón poniendo la cabeza ensangrentada del venado cerca de donde estaba Raga.

—Es esta gauquincita, que ya le salió lo urbano —dije con causticidad.

—Ya cállate, ¿quieres? —expresó Raga enojada.

—No te enfades, mujer —intervino congratulante don Ramón.

—Es que se la pasa muele y muele.

—¿Por qué no le dices cómo empezó todo?

—Bueno, ¿me vais a ayudar o no?

—Ya terminé —dije triunfal.

Don Ramón tomó la cazuela donde yo había echado los trocitos de las vísceras y, luego de removerlos bien en el vinagre, los fue echando en la sartén que ya tenía sobre la lumbre. Pletórico y risueño don Ramón se acercó a Raga y le preguntó si ya estaba la naranjada. Medio enfurruñada Raga le contestó que en cinco minutos estaba lista. De uno de los frascos el viejo tomó un puñito de semillas de comino y lo echó a la sartén. Me dijo que le avisara en cuanto el hígado empezara a dorarse y se fue otra vez hacia donde estaba el venado. Cabizbaja y medio tensa Raga se puso a preparar la naranjada, pero la imagen diabólica de la cabeza ensangrentada terminó por exacerbar el acceso de urbanitis que el olor de las vísceras había despertado. Aprisionada entre el asco y el temor, la mujer terminó rompiendo un vaso y cortándose un dedo. Fue tal la imagen de desamparo que vi en ella que no pude evitar ir a abrazarla. Quiso resistirse al principio, pero pronto mis caricias fundieron la muralla de frialdad. Y vino entonces todo el vómito de la nocividad acumulada en la insana estadía urbana. Que ella no estaba preparada para vivir así, que no soportaba tanta sangre, que por qué don Ramón le había puesto allí a propósito esa cabeza horrenda, que hasta en sueños la perseguían los alacranes y las arañas... Y yo apapache y apapache: “no te preocupes, mi amor, verás que pronto vamos a tener un buen refugio, yo te cuido, ¿sabes que te ves preciosa así?”. “Anda, llora que es muy sano”. “Claro que te quiero; es más, te adoro”. ¡Putá, huele a quemado! Me fui como un rayo hacia la lumbre y me puse a darle vueltas y más vueltas a las vísceras.

—¿Se está quemando algo? —dijo don Ramón apareciendo de pronto.

—No, no. Apenas está agarrando su punto.

—Ah, bueno. A ver, permíteme.

Se acercó el viejo celta a la lumbre y al ver que unas partes estaban crudas y otras pasándose de doradas, exclamó lanzándome una mirada castigante:

—¡Su punto, bribón! ¡Un poco más y me echas a perder la caza!

### III. DIVAGACIONES SOLILUNARES

—Disculpe, don Ramón. Es que Raga se lastimó y tuve que atenderla —dije sin saber lo que luego grabaría en mi mente de manera imborrable: que para un cazador las vísceras son sagradas.

—¿Qué te sucedió, mujer? —preguntó el viejo dulcificando su expresión de manera inmediata.

—Es que me corté —dijo Raga terminando de recomponer su semblante—. Pero ya no sangra. Aquí tiene usted su naranjada.

—Muchísimas gracias. Tengo el radiador seco.

Raga sirvió un vaso de naranjada que el viejo se embuchó de un solo trago. Sirvió un segundo que el viejo bebió con no menos deleite pero más despacio, y terminándolo se fue hacia la lumbre a recomponer el entuerto. Tomó la cebolla que había rebanado Raga y la echó a la sartén; después de darle varias vueltas se fue al interior de la cabaña y trajo una botella de Centenario Terry, la abrió y vertió en la sartén un buen chorro. A continuación tomó de un frasco varios chiles piquín y los echó en la sartén. Le puso una tapadera y dijo que en unos minutos estaría listo. Me pidió que lo ayudara a traer el venado mientras Raga ponía la mesa. Al acercarme al foso vi que el venado estaba partido a la mitad. En una cazuelita que me dio vi una extraña sustancia blanca. Le pregunté qué era y me respondió que “la médula espinal”. Llegó don Ciri y me entregó una servilleta con tortillas recién hechas, que fui corriendo a dárselas a Raga junto con un besito de cortesía. Ya de regreso al foso vi cómo don Ciri abría su boca hasta el infinito en señal de admirativa gratitud al recibir los cuartos delanteros que don Ramón le regalaba. Se fue el anciano con su felicidad colgando en el costal y quedó en regresar al rato para ver qué se ofrecía.

—Este viejecito tiene un gran defecto —dijo don Ramón cuando ya estábamos solos tomando cada quien un cuarto trasero.

—A mí me cae muy bien —dije.

—Por un puñado de monedas es capaz de vender a Jesucristo.

—¿Tanto así?

—Sí. Aunque luego después se arrepienta y lo reconozca al sabor de un caldo de venado.

—Será por la hambruna que pasó en su vida.

—No, no por el hambre, sino por la lucha para sobrevivir en un medio despiadado y sin ley.

—¿A poco don Ciri fue un gallo de cuidado?

—No, este hombre no fue como el difunto Antonio. Cirilo es uno de esos seres débiles que a fuerza de astucia y lambisconería logran sobrevivir a los fuertes. Por eso es que ha logrado hacer de la desconfianza un arte.

Dejamos los cuartos traseros con el costillar sobre el tapesco y, luego de lavarnos las manos, nos sentamos a la mesa. En cuanto Raga nos sirvió a don Ramón y a mí, su ciudadanía entró en una fase crítica: la información que arrastraba le decía que no, pero el olor que desprendía la comida cautivaba de manera irresistible la exquisitez innata de su olfato. Le di a probar un bocado y entre ummmsss de inocultable deleitación se volcó omnidevorante sobre mi plato.

—¡Qué barbaridad, esto está deliciosísimo! —exclamó extasiada por el derroche de sabor.

—Pura ambrosía —expresó don Ramón totalizado.

Acabamos con el platillo en cinco minutos y Raga fue la primera en lamentar lo limitado de la ración.

—Espera, mujer, que esto apenas fue un entremés —dijo don Ramón incorporándose.

Primero le quitó los ojos a la cabeza del venado; luego, con un palito que pulió con el cuchillo, le extrajo, metiéndoselo por la base del cráneo, la masa encefálica. Lo echó todo en una cazuela con la médula espinal y la sangre y se fue, por último, a extraer el tuétano de las patas. Llenó la cazuela con agua y la puso a hervir sobre la lumbre. Me dijo que fuera con él y me enseñó cómo se afilaban los cuchillos. Estuve casi un cuarto de hora dándole duro hasta que el viejo aceptó que para ser la primera vez no estaba tan mal. Raga, que había estado lavando los platos, se acercó para decirnos que se iba a pintar.

—En cuanto esté el consomé te llamamos —le dijo don Ramón.

—No gracias. Con ese desayuno fue más que suficiente.

—No le saques —le dije sabiendo el verdadero motivo del rechazo.

—No, si no le saco. Ya viste cómo comí las vísceras.

Se fue Raga hacia la cueva y don Ramón y yo nos pusimos a tasajear el venado. Las costillas y los lomos, cortados en pequeños trozos, los separó el viejo para preparar su inigualable venado a la Camaxtle. Todo lo demás lo fileteó para hacer tasajo. En poco más de una hora había desaparecido todo el venado. En el transcurso, sin dejar de deleitarme con una exhibición cabal del manejo del cuchillo, el viejo celta estuvo platicándome de los ritos druidas en torno al venado, y del porqué el hombre civilizado continuaba sintiendo una atracción culpable hacia la ritualidad salvaje. Fascinado por el tema quise profundizar con el viejo la relación esencial entre lo infernal y lo paradisiaco, pero el término de la tasajeada y el olor del consomé, que mariposeaba por todo el cerro, decidieron una suspensión temporal de la plática.

Sacamos el consomé y don Ramón puso sobre la lumbre en una olla con agua un montón de diferentes tipos de chiles para adobar el tasajo. Le echó luego un puño de sal y la dejó a que hirviera. Me dijo que mientras él preparaba el condimento del consomé me fuera a buscar a Raga. Le respondí que estaba por demás, que ella jamás tomaría eso, y el viejo se limitó a decir que había que darle tiempo, que era una mujer excepcional y que no tardaría en adaptarse al trópico.

El sabor del consomé distaba mucho de la sublimitud de las vísceras, pero su poder energizante, si no mayor, era al menos igual. Al terminar la segunda taza de consomé, que acompañé con un fenomenal taco de ojos, tuétano, médula y sesos, sentí que del centro mismo del sol me llegaba una irradiación divinizante. Don Ramón me dio unos guantes de hule y me puso a moler en un molcajete los chiles hervidos. Cuando terminé, el viejo vertió toda la molienda en la cubeta donde estaba el tasajo y, después de darle varias vueltas para que se impregnara bien, con un tenedor fue extrayendo con cui-

dado los trozos de tasajo y los estiró sobre una larga tabla de cedro. Una vez que concluyó me dijo que agarrara la tabla por un extremo y la fuimos a colocar sobre un promontorio de piedras al sol. Le pregunté que cuánto tiempo necesitaba asolearse el tasajo, y respondió que con buen sol dos días, pero que había que recogerlo en la noche para protegerlo del sereno. Le dije si esa era la carne de poder de la que hablaba don Juan Matus, y me respondió que en efecto esa era la famosa carne de poder.

Regresamos a la cocina y el viejo celta sacó la lumbre del fogón y la metió, con varios leños más, bajo el horno. Después colocó los trozos de costilla y lomo en un gran recipiente para hornear y los roció con aceite y vinagre. Se fue a la despensa y trajo la garrafa donde guardaba el mezcal y un bote de mole rojo Yagul, que, según me explicó, era el mejor de México y estaba hecho por una familia oaxaqueña. Le pregunté qué ingredientes llevaba y como respuesta me dio el bote; lo tomé y leí: chile ancho, aceite de maíz, chile pasilla, ajonjolí, chile chilcostle, sal yodatada, cacahuete, chocolate, pasas, ajos, almendras, azúcar, especias, nueces y condimento. ¡Putá madre, vaya universo de sabores! Con la seguridad de un experimentado *gourmet*, el viejo celta tomó cuatro grandes cucharadas de la deliciosa pasta rojiza y las echó en un recipiente. Abrió una cajita de achiote y cortó casi un cuarto de la pastilla, que juntó con el mole. Por último, echó mano a la garrafa de mezcal y vertió como medio litro dentro del recipiente. Con un cubierto se puso a darle vueltas al líquido hasta que todo estuvo bien disuelto. Regó la carne con la mezcla y, después de esparcirle un poco de sal y sellar el recipiente con papel aluminio, lo metió al horno.

—Ahora sí —dijo feliz—, a hacer hambre, muchacho.

—Sí, creo que voy a darme un baño —dije mirando el Sol que ya estaba en el cénit.

Al salir fuera del techo de la cocina me llamó la atención la cantidad de zopilotes que volaban sobre nosotros.

—¿Ya vio con qué rapidez se enteraron? —le dije al viejo celta.

### III. DIVAGACIONES SOLILUNARES

—Sí, buscan la muerte con la misma avidez que nosotros la vida.

—Es que ellos viven de la muerte.

—Y nosotros morimos de la vida.

Me fui hacia la cueva pensando en que si me fuera dado escoger una encarnación no humana, me decidiría de inmediato por el zopilote: no tenía enemigos naturales y ni siquiera el hombre, so pena de errar para siempre su puntería, se atrevía a abatirlo. Como si estuvieran oyendo mis pensamientos, los zopilotes comenzaron a planear sobre mí en perfectos círculos exhibiendo una majestuosa aerodinamicidad que, si acaso, sólo igualaba el águila. Recordé la charla que un día había tenido con don Ramón sobre el concepto de “sobrevivencia” en Canetti y se me hizo claro que la brutal necrofagia, consecuencia del deseo de sobrevivir a los demás y engrandecerse con su muerte, era originada por el torbellino de zopilotes que tanatodinamizaban el alma humana.



Encontré a Raga leyendo los *Escritos de un salvaje*, de Paul Gauguin. Le dije si me acompañaba a tomar un baño y asintió. Mientras nos cambiábamos de ropa la noté muy abatida.

—¿Y ahora qué pasa? —pregunté dándole un mordisquito en la oreja.

Me separó con suavidad y comprendí que el asunto era serio.

—Me preocupa mucho que nos vaya a pasar lo que a Gauguin —dijo ensimismada.

—Ah caray, eso sí que es grave.

—Te estoy hablando en serio.

—Sí, ya lo veo.

—Es terrible ir en busca del paraíso y terminar en el infierno.

—Mira, cosita, vamos a darnos un baño y verás que cambia tu perspectiva.

—Se ve que no entiendes ni quieres entender.

—Oh, qué música. Mira, vamos a darnos un baño y luego hablamos todo lo que quieras sobre Gauguin.

—Eres un mentiroso y egoísta.

—Te lo prometo.

—¡Uy, tus promesas!

—Está bien, el que llegue primero a la playa impone las normas.

—Sí, claro, siempre aplicando la ley del embudo.

—Te doy ventaja.

—¿Cuánta?

—Desde aquí hasta la cabaña de don Ramón.

—De acuerdo. Pero no me hagas trampa, ¿eh?

—¿Te he hecho trampa alguna vez?

—Bueno, pero espera a que yo te grite.

—Anda, ve.

Se fue brincando por la vereda y pasó un minuto, dos, cinco y empecé a oler que estaba tramando algo. “Esta cabrona me va a gritar cuando ya esté en la bajada”, me dije mosqueado por la larga espera. Sin pensarlo dos veces fui a la parte frontal del terraplén y me lancé cañada abajo. Apenas había bajado unos quince o veinte metros cuando oí un grito proveniente de la cabaña de don Ramón. Aceleré el paso y empecé a sonreír pensando en la cara que pondría Raga al llegar a la playa y verme sentado. Y que me voy desbarrancando. Al perder la verticalidad caí de lado y di varias vueltas desmadrantes. Cuando por fin me detuve al golpearme contra un árbol, empecé a maldecir a Raga y al momento en que había decidido tamaña pendejada. “¡Pues ahora le voy a ganar!”, dije levantándome con más ánimos.

Y allá voy barranca abajo llenándome de golpes y arañazos. Era tal el escándalo que producía a mi paso que no tardaron en salirme al encuentro los perros de don Ciri. El Veneno, más fiero y fuerte, se me vino encima y tuve que enfrentarlo con una vara hasta que reconoció mis gritos. Llegué por fin al camino y corrí como un venado hacia la playa. La primera mirada me consagró ganador. Me tiré sobre la arena a esperar la llegada de Raga. Cinco minutos, diez

minutos y nada. ¿Y ahora? Me levanté y cuando ya me encaminaba de regreso hacia la vereda la oí gritar desde la esquina de la playa. “¡Pinche chava ya me ganó!”, exclamé experimentando un doloroso recrudescimiento de las heridas. Caminé hacia ella y al acercarme dijo triunfante:

—Uy, hace ya casi media hora que te estoy esperando.

—Hiciste trampa —dije limpiando la sangre que escurría de mi rodilla izquierda.

—¿Qué te pasó? ¿Te caíste?

—Por tu culpa.

—Ay, corazón, qué bárbaro eres.

Nos fuimos hacia nuestra playita, que llamábamos rincón del amor, y me tiré enfurruñado boca abajo. Se vino de golpe el cansancio y me fui interiorizando con el armonioso acariciamiento de las olas. Cuando desperté, sorprendido por el estallamiento de una ola sobre mí, vi a Raga, esplendente en toda su desnudez, que acababa de echarme el agua de su traje de baño.

—Ándale, flojo. Ve a darte un chapuzón para que me cumplas.

—¿Cumplir qué? —dije sintiendo cómo la provocante desnudez de Raga activaba la pulsión de la cruda animalidad transmitida por las vísceras del venado.

—Lo que me prometiste si ganaba la carrera.

Me levanté de un golpe y me eché a correr hacia el mar para que no viera el efecto que las vísceras del venado y su desnudez habían provocado en el mero centro de mi querencia.

—¡Újule, qué peligroso! —dijo la cabrona gozando mi apuro.

Nadé un buen rato para enfriarme, y al regresar a la roca donde siempre nos protegíamos vi las preciosas nalgas de Raga insinuándosele provocativas a la virilidad solar. ¡Puta, qué manera de descontrolarme! Hicimos salvajada y media en la arena y dentro del agua, hasta que nuestros cuerpos, fundidos en un solo respirar sin memoria ni pensamiento, se dejaron ir en una deriva relajante hacia la completitud extrema.

—¡Esto es lo que buscaba el pobre Gauguin! —exclamó Raga regresándome a la aturquesada transparencia del presente.

—Esto es lo que buscamos todos —dije experimentando cómo la visión del broncíneo cuerpo de Raga hacía entrar de nuevo en acción la energía transmitida por el venado.

Quiso huir nadando de mi embestida, pero la agarré de un tobillo y, cual hilo de Ariadna, jalé hasta que me fue dado recorrer gozosamente todos los reductos del laberinto.

Ya atardeciendo, cuando subíamos rumbo a la cabaña de don Ramón, le dije a Raga, por joderla, que el viejo celta se iba a escandalizar con la cara de cogida que traía.

—Uy, pues cuando vea la tuya de venado vicioso —dijo regresándomela con garbo.

—Conque venado vicioso, ¿eh?

—Bueno, vicioso pero gozoso.

Al llegar vimos que el viejo celta tenía puesta la mesa de la terraza con mantel y cubiertos de gala. Al centro lucía formidable una botella de Paternina tinto.

—¿Qué, ya hicisteis hambre? —nos dijo saliendo del interior de la cabaña con la garrafa de mezcal en la mano.

Raga y yo nos miramos culpables. Aprovechando que don Ramón le daba la espalda, Raga dijo que iba a cambiarse.

—Oye, ¿y por dónde demonios bajaste? —me preguntó don Ramón.

Vi que Raga se paraba de pronto y trataba de señalarle algo a don Ramón.

—Mujer, te juro que no pasó por aquí si no lo hubiera atrapado.

—Conque ésas tenemos, ¿eh?

—Tú ni hables, que quién sabe por dónde bajaste —dijo la cabrona largándose hacia nuestra cuevita.

—Bueno, ¿se puede saber ya de qué se trataba? —preguntó el viejo.

—Nada, don Ramón, las típicas artimañas de las mujeres.

—Ah, caramba. ¿Un mezcalito para calmar los bichos?

—De mil amores, don Ramón.

### III. DIVAGACIONES SOLILUNARES

Mientras esperábamos a Raga nos echamos dos mezcalitos. Del horno, que el viejo celta había abierto para evitar que al momento de servir la comida tuviera una temperatura excesiva, fluían unas emanaciones que eran como un canto sublime a la vida. Llegó Raga radiante y con un cambio de ropa para mí, por lo que no tuve más remedio que ir a darme unos jicarazos y recomponer mi fachada. Cuando regresé a la mesa el viejo celta estaba colocando el recipiente de hornear sobre un banquito al lado de la mesa. Levantó el papel de estaño y Raga y yo no pudimos evitar el celebramiento:

—¡Fiuuuu! ¡Qué barbaridad! —exclamamos a coro.

—Parece que me salió bien —dijo el viejo gozando su modestia.

Nos echamos un primer plato condimentado con todo tipo de exclamaciones jitanjáforicas. Al aceptar un segundo, yo me incliné por las costillitas cuya carne, más jugosa y suave que la de los lomos, me pareció en ese momento consustancial con la divinidad. Le dije al viejo que comer eso era como comer a un dios y me respondió negándose a servirme más vino. Después de insistir y hacer las aclaraciones pertinentes, el viejo accedió a llenarme el vaso. Los efectos del mezcal y el vino, junto con la energización solar de la carne de venado, me pusieron a flotar lúdicamente en una dimensión rayana con la euforia. Empecé a canturrear por lo bajo hasta que fui interrumpido por la gravedad con que Raga abordó al viejo celta:

—Oiga, don Ramón, usted que sabe tantas cosas, ¿podría decirme dónde termina lo paradisíaco y comienza lo infernal, o viceversa?

—¡Mujer, qué pregunta! —exclamó sorprendido don Ramón.

—Bueno, se la voy a plantear de otra manera. ¿Qué es para usted el paraíso y qué el infierno?

—¡Esto es el paraíso! —expresé sirviéndome más vino.

—Son las dos caras de una misma cosa —dijo el viejo sirviéndose un poco de vino—. ¿Un poco más? —le ofreció a Raga.

—Sí, gracias.

—¿Entonces según usted civilización y barbarie serían las dos caras de una misma cosa? —insistió Raga después de tomar un trago de vino.

—Vayamos por partes —replicó el viejo celta—, porque al saltarnos las bardas como tú pretendes, terminaríamos identificando el paraíso con la barbarie y la civilización con el infierno, o al revés. Si identificáramos lo paradisiaco con lo gozoso y lo infernal con lo sufriente, la pregunta inmediata sería: ¿puede existir gozación sin sufrimiento?

—Ese es el paraíso que imaginan los hipertrofiados de civilización —dije con suficiencia.

—Podríamos, pues, partir de una primera diferenciación entre lo paradisiaco gratuito y lo paradisiaco trabajoso. El primero casi siempre degenera en lo infernal; el segundo suele concluir en una rutina de vicio y confort.

—¿Pero dónde ubicaría usted el paraíso gratuito y el paraíso trabajoso? —preguntó Raga.

—El gratuito en el trópico: el sur, lo dionisiaco, los sentidos y la magia. El trabajoso en el septentrión: el norte, lo apolíneo, la razón y la técnica.

—Disculpe usted, querido maestro —dije interrumpiéndolo—. Yo no puedo concebir un Robinson como el de Defoe, o una Susana como la de Giraudoux en medio de la gélida occidentalidad.

—Muchacho, tu incapacidad te encadena siempre a las muletas.

—Ni madres. A mí no me venga con esas salidas olímpicas. A ver, dígame, ¿qué utopía conoce usted que tenga como escenario el clima frío?

—¿Y qué sabes tú de utopías?

—Maestro, ahí sí que va usted derrotado de antemano. Me he leído todo: desde Platón, Bacon, Campanella y Moro, hasta los socialistas utópicos. Y además acabo de meterle el diente a *No hay tal lugar de Reyes*.

—Está bien, está bien. Debes saber entonces, que lo que buscaban en realidad las utopías era una transposición de la idealidad social de Occidente a un espaciotiempo solarizado.

### III. DIVAGACIONES SOLILUNARES

—Lo que buscaban los utopistas era una naturaleza libre y gozosa.

—Pero vamos a ver, muchacho. ¿Dónde está el despertar de ese sueño? ¿En la naturaleza domesticada de Hesíodo y Virgilio?, ¿en la naturaleza panteísta de Spinoza?, ¿en la naturaleza ferina de Vico?, ¿en la naturaleza autoculpable del buen salvaje de Rousseau?, ¿en la naturaleza idílico-trágica del *Pablo y Virginia* de Bernardin de Saint-Pierre?, ¿en la naturaleza virginal del *Atala* de Chateaubriand?, ¿en la naturaleza exótica de la *Anábasis* de Saint John Perse?

—En ningún lugar de esos; por algo no la encontraron.

—¿Me permiten hablar un momento? —dijo Raga impaciente.

—Claro —carraspeó el viejo.

—Es que ustedes lo complican todo con citas y más citas que a mí no me dicen nada. Yo lo que quiero saber es: ¿por qué si el trópico es el paraíso, todos los que parten hacia él no encuentran más que el infierno?

—En primer lugar —arguyó el viejo celta—, porque esos todos a los que apresuradamente te refieres no buscan, sino que huyen; y bien sabido es que huir es la peor forma de buscar. Y en segundo lugar porque parten de premisas totalmente descabelladas y se dejan llevar por la concepción ilusoria de un mundo regalado donde, al revés de lo que sucede en el mundo civilizado, no es necesario trabajar ni tener dinero para darse una vida adánica.

—¿Usted leyó los *Escritos de un salvaje* de Gauguin?

—Sí, me acuerdo de ese libro.

—¿Y cree usted que Gauguin fue uno de esos ilusos que buscando el paraíso encontró el infierno?

—Gauguin es el Padre, Rimbaud el Hijo y Van Gogh el Espíritu Santo en la liturgia mitológica del trópico —dije viendo con desilusión el fondo vacío del vaso.

—Yo no creo que Gauguin fuera un iluso —expresó enseriecido don Ramón—. Yo más bien diría que fue un intransigente.

—Pero es que resulta espantoso leer esas cartas llenas de resentimiento y desesperación.

—Mira, mujer. Gauguin vio como nadie la fuerza solar del trópico.

—¿Se refiere usted a esos pasajes donde dice que Vincent y él consideraban que el futuro de la pintura estaba en los trópicos?

—Sí, a esa idea que él tenía de fundar el taller del trópico. Gauguin vio la grandeza del trópico, pero, por desgracia, tardó mucho en ver su ruindad.

—¿Pero qué otra cosa podía hacer si vivía en la miseria total?

—Ese fue su principal error: desde su primera experiencia brutal, cuando trabajó en el Canal de Panamá, debió haber aprendido que el trópico no da nada en forma gratuita.

—El error de Gauguin fue el no ser autosuficiente —dije con firmeza.

—¿Pero cómo iba a serlo si nadie le compraba una pintura?, cuestionó Raga.

—Es un círculo vicioso, mujer. Gauguin era un visionario y, como tal, estaba ciego para las cosas del presente. Era demasiado solemne dentro de su radicalidad, y un enemigo molesto para los presentáneos. Por otro lado, no sé a qué te refieres tú, muchacho, con eso de que no fue “autosuficiente”; pero si con ello quieres decir que uno de los principales errores de Gauguin consistió en no haber sabido sacarle provecho económico al renombre que ya entonces tenía como artista maldito, sí coincido contigo. Con un poco más de espíritu lúdico, Gauguin hubiera podido extraer de la civilización los elementos necesarios para satisfacer las escabrosas pequeñeces del trópico.

—Yo me refería a que Gauguin, como buen pequeñoburgués que fue, era un inútil incapaz de conseguir por sí mismo su sustento.

—Ay sí, como si tú fueras capaz —dijo con toda la mala leche Raga.

—Por lo menos hago mi luchita.

—¿Entonces, don Ramón, diría usted que el método de Gauguin estaba equivocado? —insistió Raga.

—No sé a qué método te refieres.

—Hay una carta, creo que a Monfreid, donde Gauguin le dice que su secreto es actuar con mucho método, y que su método consis-

### III. DIVAGACIONES SOLILUNARES

te en concentrar todas sus fuerzas y preocupaciones en el presente, considerando el trabajo de cada día como un eslabón.

—Vaya, eso no suena tan mal. Y la verdad yo no tenía memoria de esa carta. Sí, creo que la mejor manera de acometer la existencia en el trópico es una metodologización de la vida diaria. El problema, como intuyo que le pasó a Gauguin, es que si esa diarización de la existencia no tiene un fundamento que asegure su permanencia, el vértigo terminará abismando al individuo hasta tornarlo un títere sin voluntad ni albedrío; y este es, precisamente, ese paso fatídico de lo paradisiaco a lo infernal de que veníamos hablando.

—¿Y usted cree que con un buen método se puede evitar esa caída?

—Mujer, eso significaría instalarse para siempre en lo paradisiaco. No, la verdad no conozco esa panacea. Lo que yo te puedo decir, por mi propia experiencia, es que un buen método te ayuda a mantenerte alerta y, en caso de caída, te permite amortiguar el golpe y levantarte con más ánimos.

—¿Sería usted tan amable de permitirme servir un mezcalito?, dije extremando la cortesía, urgido por la resequedad de la plática.

—Pero sólo uno, ¿entendido?

—Yes, sire.

Agarré la garrafa y me serví.

—Uno de los principales peligros del trópico es el egoísmo —dijo el viejo con sarcasmo.

—Ah, perdón, creí que no querían —dije tratando de corregir el desliz.

—Yo no quiero mezcal, gracias —expresó ensimismada Raga.

—A mí tampoco me sirvas —dijo el viejo celta incorporándose—. Permittedme, en un minuto regreso.

Con la eficiencia de una consumada esclava de casa, Raga levantó los platos y limpió la mesa. Cuando regresó don Ramón con una botella y dos copitas en la mano, no pudo menos que festejar el cambio.

—¡Qué bien nacida eres, mujer!

—Es lo menos que podía hacer después del banquete que usted nos ha ofrecido.

—Pues a ver cómo te cae una copita de este licor.

Don Ramón sirvió las dos copas y levantó la suya para brindar.

—¡Por esta amistad tan bella como cuestionadora!

—¡Salud!

—¡Ummm, qué delicioso está! —exclamó Raga.

—A mi mujer le encantaba esta cremita de cacao —expresó el viejo celta nostalgizándose.

—Yo prefiero el abrasamiento cósmico del mezcal —dije entrándole duro.

—Te advierto que no hay más —dijo don Ramón.

—Don Ciri tiene abajo un chingo.

—No se preocupe, yo me encargo de que cumpla su palabra —intervino la matriarca Raga.

—Por lo que veo es Gauguin el pintor que más te cautiva —dijo don Ramón dándole cuerda a Raga.

—Bueno, mi pintor favorito es Turner. Pero me fascina la capacidad innata que tenían Gauguin y Van Gogh para percibir la vibración del color. Eso de oír los colores me parece extraordinario.

—Más extraordinario es pensar con el ojo, como hacía Goethe. Por lo demás, Turner fue un borracho apestoso y plagiaro —mascullé ya achispado.

—No empieces con tus sandeces porque te echo una cubeta de agua, ¿eh? —dijo Raga molesta.

—Sí, mamá.

—Es curioso, a mi mujer también le gustaban los impresionistas. Era una fanática de Manet.

—Es que fueron los que liberaron a la pintura de la esclavitud del dibujo.

—¡Vámonos! —exclamé celebrante.

—A mí me enferman esos seudopintores que se dedican a colorear los espacios delineados.

### III. DIVAGACIONES SOLILUNARES

—Mujer, el dibujo es importante.

—Sí, don Ramón, pero hay que aprender a dibujar con el pincel. La esencia de la pintura no está en el andamiaje lineal, sino en el músculo del colorido.

—¡Putra madre, yo también quiero de ese pinche licor!

—Anda, cállate y no seas baboso.

—Eso sí ya no me gustó.

—¿Y qué es para ti el color, mujer?

—Yo no oigo los colores, como Gauguin, sino que los siento. Es algo así como una sensación de fluidez energética; como si de los colores fluyera algo hacia mí, ¿me entiende?

—Claro, claro.

Sin decir agua va, se me desconectaron los fusibles y me caí del asiento.

—¡Hombre, este salvaje ya se desvoluntarizó! —dijo don Ramón jalándome del piso con su manaza.

—Putra, se me vino el cansancio de golpe. ¿Por qué sería, tú? —le dije a Raga con malicia.

—Quién sabe, algún exceso habrás hecho por ahí.

—¿Me da el último o me voy?

—Otro día, muchacho, por hoy ya estuvo bien. Voy a recoger el tasajo.

—Oiga, don Ramón, de todo lo que hemos hablado podemos entonces concluir que no hay paraíso sin dinero —dijo Raga ya disponiendo la partida.

—Yo diría, más bien, que la noción de paraíso, si es que en verdad existe algún espaciotiempo al que pueda aplicarse tal concepto, es inseparable de la noción de autosuficiencia.

—Entonces el paraíso no puede ser ni para los pobres ni para los ricos —apuntó Raga.

—¿Cómo está eso?

—Así: los pobres no pueden gozar el paraíso porque no tienen autosuficiencia; y los ricos tampoco porque están siempre ocupados en hacer más dinero. ¿Entonces?

—Hay que aprender a vivir entre esos límites.

—¿Cómo?

—Maximizando lo mínimo y minimizando lo máximo.

—Ahí sí ya me perdí.

—Bueno, no te preocupes.

—Como decía el pendejo de Fénelon: "*Il faut se perdre pour se retrouver*" —dije echándole un amarre a Raga.

—Eh, apéate que no estás en el metro.

—Ni está tan borracho como se hace.

—Saben una cosa: estoy feliz, ¿y qué?



A la mañana siguiente, después de haberme pasado toda la noche volando en sueños, bajamos a correr a la playa. Al acercarnos a la cabaña de don Ciri un olorcito entre dulce y picante salió a recibirnos. Vimos a doña Isabel atareada entre grandes hojas de plátano y, luego de saludarla, emprendimos la carrera. Cuando alcanzamos la playa, don Ramón ya estaba terminando de hacer su rutina de karate. Dijo algo, pero metido ya en la carrera no entendí nada. La primera mitad de la playa me pareció una travesía en pleno desierto, pero en cuanto empecé a sudar me sentí como un maratonista consumado levantando a su paso los gritos emocionados de la concurrencia. ¡Y cómo empujan esos gritos aunque sean ficcionantes!

Hicimos los ejercicios de costumbre y nos pusimos a meditar. Para mí la meditación se había convertido en un paréntesis de excepcional lucidez en el que, lejos de suspender la fluencia especulativa como me aconsejara don Ramón, me entregaba a fantasear con mis aventuras literarias. Para Raga, que meditaba dos veces al día (en la salida y en la puesta del sol), la meditación se estaba convirtiendo en acceso a un mundo de ritualización más próximo a la magia pre-hispánica que a la mística renunciación hindú. Bastaba ver el altar que había erigido a Nanacatzin, lleno de diferentes tipos de huesos,

### III. DIVAGACIONES SOLILUNARES

caracoles, corales y toda cuanta cosa rara hallaba en la playa, para comprender el grado de hechizante paganización que estaba alcanzando esta ex adoradora de la urbe híbrida.

De regreso, don Ciri, con una sonrisa de doméstica felicidad, nos salió al paso.

—¿Qué no les permitirá el cuerpo unos tamalitos?

Yo como que lo pensé dos veces, pero Raga contestó “que ahora no, gracias, tal vez para el almuerzo”. El anciano, más dicharachero —y achispado?— que de costumbre, insistió e insistió hasta que no tuvimos más remedio que tomarnos un tamal con el chocolate calentito que a mí me cayó de perlas.

—¿Otro tamalito, don Eugenio? —dijo doña Isabel.

—No, gracias. Es que ayer le dimos duro.

—¿Y usted, doña Raga?

—No, gracias. Están riquísimos, pero prefiero que nos los guarden para el almuerzo.

Subimos y al pasar frente a la cabaña de don Ramón vimos que el viejo ya estaba sobre la mesa de trabajo rodeado de un montón de libros.

—¿Qué, ya tamaleasteis? —preguntó al paso.

—Al rato, aún no acabamos de digerir lo de ayer.

—Bueno, más tarde nos vemos.

Caminamos hacia nuestra guarida y Raga me preguntó pensativa:

—Oye, ¿y qué tanto escribe don Ramón?

—No sé, pero supongo que son sus *Entrecruzamientos*.

—¿A poco?

—Yo creo.

—¿Y no se podrán leer?

—Ni madres. Un día que le removí sus papeles casi me mata. Lo único que te deja leer son los artículos que publica muy de cuando en cuando.

—¿Pero no va a publicar lo que está escribiendo?

—Yo qué sé.

—Qué raro hombre.

—Gallego y culto, ¡imagínate!

—Oye, ¿y no tiene nada escrito de ese método del que tanto habla?

—Ni idea. Varias veces que le pregunté me respondió que esas expresiones metodológicas que usa como metacotidianizante, pseudoconcreción, etc., no eran de él.

—¿De quién son entonces?

—Sepa.

—Pues yo lo voy a saber, ya verás.

—No me extrañaría nada. Tratándose de ti todo es posible.

—¿Qué insinúas?

—Nada, nada. Sólo digo que lo que no consigas tú no lo consigue ni el diablo.

Metidos de lleno en el trabajo, se nos fue gozosa la mañana. Al bajar a la playa don Ciri nos salió al paso, y entre él y don Ramón me jalaron hacia la mesa donde, en compañía de aquel Primitivo que parecía haber escapado de alguna cueva neolítica, estaban libando la pura esencia del trópico. No siendo de su agrado el ambiente, Raga se disculpó continuando su camino hacia la playa.

Ya afectado por los mezcales, don Ciri hablaba y hablaba, como si estuviera gozando un querer por largo tiempo reprimido. Como buen costeño había perdido el concepto de las distancias sociales y se dirigía a don Ramón y a mí con una familiaridad que tenía a doña Isabel sonrojadísima de vergüenza. Don Ciri me echó la mano sobre el hombro y le contó a Primitivo cómo habíamos matado a la serpiente de cascabel. La tufarada que desprendía sobre mi cara era tan intensa que decidí ceder en mi resistencia y entrarle al mezcal. Cuando en un respiro busqué al viejo celta no lo pude encontrar por ningún lado. “¡Este cabrón zorro ya se largó dejándome de rehén!”, me dije sintiendo la huesuda mano de don Ciri clavarse en mi hombro. Me eché otro trago y la liquidez solar comenzó a fundir mis prejuicios. Viendo al

anciano tan vivaz y encumbrado, me salió de manera espontánea preguntarle la fecha de su nacimiento. Suspendió su chorreadero de palabras por un momento y se me quedó viendo carincognitado, como si le hubieran cambiado el programa a su recalentado cerebro. Luego, mirando hacia Primitivo, dijo:

—Aquí, Primo, no me deja mentir. Voy para setentaitrés eneros, ¿o no, pariente?

—Esos meros —dijo Primitivo desde otro planeta.

—Oiga, don Ciri, ¿y cuántos años tenía don Antonio?

Al oír el nombre de don Antonio, el viejecito mudó su expresión y su mirada se tornó distante. Se llevó el vaso de mezcal a la boca y le dio un buen trago. Se limpió luego la boca con el dorso de la mano y chasqueó la lengua como para anunciar la seriedad de su habla:

—Ay, amigo, ése sí que era un hombre. No le puedo apreciar la edad, pero cuando yo me arrejunté con mi primera mujer él ya andaba a caballo y con carabina. Y para qué darle más vueltas, la mera verdad es que si no fuera por ese hombre no estaría en esta plática.

—¿Cómo es eso?

—Como digo, que le debo la vida al finado.

—Cuénteme, ¿y cómo fue? —dije ya atrapado por la fuerza mítica del difunto don Antonio.

—Eran otros tiempos, amigo. Ahí qué judiciales ni qué marinos ni qué nada. Mandaba el finado don Benigno González y su conseja era ley. Que mire usted, don Benigno, que fulano se robó a mi hija, que los Martínez se llevaron dos vacas de mi potrero, que se metieron los Lavariega en mi huamilera, y allá mandaba sus órdenes don Benigno. ¡Y pobre del que no las obedeciera! Esto que le digo fue despuesito de que el finado Antonio se robara a mi sobrina. Y es que así era andenantes, si te querenciabas con una chamaca la subías a la montura y vámonos recio, ya después vendría el arreglo. Pues estábamos de camino a Huatulco desde Magdalena, de donde veníamos de la pizca del café, y ahí veníamos yo con mi finada mu-

jer y el finado de Hermógenes con la propia. Y que nos topamos con aquel negro que le mentaban Cornelio, ¿te acuerdas, primo?

—Me acuerdo, pariente.

—Y luego luego se fue sobre la mujer de Hermógenes. Y qué iba a hacer el pobrecito contra aquel tronco de negro. Al ver cómo el primer machetazo le abría la cabeza a Hermógenes, yo quise írmele encima al negro, pero la mera verdad me ganó el miedo y que me echo a correr. Y ahí viene el negro grita y grita detrás. Ya me morí, dije yo viendo que las fuerzas se me acababan, y que va llegando el finado de Antonio con aquel caballo alazán que tenía y que se lo echa encima al cabrón negro. Y vámonos chingados, lo fue arreculando y arreculando hasta que, entre varios que llegaron por la gritería, lo lograron amarrar. El pobre de Hermógenes murió luego luego, pero al negro hijo de la chingada lo refundieron en Oaxaca. Así fue como me salvó el finado Antonio.

—Oiga, ¿y cómo era entonces todo esto?

—¿Aquí?

—Sí.

—Ay, amigo, daba miedo perderse en el manglar. ¡Qué tigrotos los que bajaban al agua! Nomás de ver las manotas que dejaban en el fango se le paraban a uno los pelos. Jabalines de a montón, y coyotes ¡hijos de su chingada! por cientos bajaban los canijos. Y había que oír la chilladera que se traían por las noches. No, verdad de Dios que no se podía andar pendejeando por la laguna como ahora se anda. Para empezar, aquélla sí que era laguna y no esta charquita que ahora tenemos. Hasta dos metros tenía en lo hondo, ¿o no es cierto, pariente?

—Cierto es, pariente —asintió Primitivo como si estuviera hipnotizado.

—¡Y qué le cuento del lagarterío asoleándose en los esteros! Hasta de catorce pies llegaron a medir.

—¿Y qué sucedió con todo eso?

—Lo mismo que con todo. Primero vinieron los traficantes de pieles y agarraron parejo (chiquitos, medianos y grandes). Después la chingada inundación aquella, ¿fue en el cincuentauno, pariente?

### III. DIVAGACIONES SOLILUNARES

—En el cincuentauno fue.

—Qué arrastró con todo y enzolvó la laguna.

—¿Y el mar cómo estaba?

—Un tiburonal jijo de la fregada, hasta negreaba de tanto animarlerío. Verdad de Dios que daba miedo entrarle. Pesca de toda clase: que agujón, que sierra, que barrilete, que jurel, que pargo, ¡de todo, amigo! Y no digamos caracoles, lapas, ostiones, almejas, langostas. Uy, ahí nomás en la orillita se sacaban.

—¿Y tortugas?

—Por cientos. Tú trabajaste en la factoría, ¿no, pariente?

—Sí, pariente.

—¿Qué, se chingarían unas cien diarias?

—Hasta ciento cincuenta en las arribadas, pariente.

—¿Pero no había quién controlara esas barbaridades?

—No le digo que la autoridad era don Benigno.

—¿Y qué hacía al respecto?

—¿De qué?

—De la matazón bestial de animales.

—Nada, había para todos y de sobra. No como ahora que se los llevaron.

—¿Quiénes?

—Pues los gringos. Digo yo que se los compraron al gobierno, como con los zopilotes.

—Oiga, don Ciri, ¿y venados?

—¡Por miles! Hasta en la playa se mataban. Ese era el mero trabajo del finado Antonio.

—¿Su trabajo?

—Sí, a matar venados se dedicaba. Cuando uno, cuando dos, hasta tres se chingaba en una noche. Allí donde caían los dejaba hasta el amanecer, y luego iba con la bestia a buscarlos. Asaba los cuartos y vámonos para Huatulco, todo el día a lomo de caballo. Y que si café, si piloncillo, si tabaco, si manteca, todo salía del venado. ¡Cómo era suertudo ese hombre!

—Ni tanto, ya ve de qué fea manera lo mataron.

—Ay, amigo, ni a su sombra la hubieran agarrado así en aquel entonces. ¡Cuántas vidas no debía el finado! Por eso nunca lo veía usted pasar dos veces en el mismo día y por el mismo camino. Y jamás andaba desarmado. Si a caballo su carabina, si a pie su pistola, ¡y qué tino tenía el finado! No, amigo, esos eran otros tiempos. Qué esperanza de que todo vuelva a ser como andenantes. Bueno, vamos a echarnos el del estribo porque ya hace hambre.

Doña Isabel, que había estado atenta a todos los movimientos, se me acercó por atrás y me pidió permiso para limpiar la mesa. Tan pronto como terminó se fue hacia una ollota que tenía en la lumbre y llenó un plato de tamales. Regresó a la mesa y me lo puso enfrente. Se oyeron ladridos de los perros en la vereda que conduce a la playa y no tardó en aparecer Raga.

—Ah, pillín, te agarré con las manos en la masa —dijo viendo el platote que tenía frente a mí.

—Te tardas un poco más y quién sabe...

—Así que todo para él, ¿eh, doña Isabel?

—Cómo cree, doña Raga. Aquí tengo los suyos —dijo la mujer tomando en serio la broma.

Mientras Raga se echaba un jicarazo para quitarse el agua de mar, Primitivo se levantó con sigilo de la mesa y se fue a tender en una esquina de la cabaña sobre un petate. Por lo bajo y con apuro, doña Isabel urgió al ya sonambúlico don Ciri a que se levantara de la mesa para dejarnos comer. Apoyándose en el hombro de la mujer, el viejecito se levantó y ya cuando iba a soltar un discurso a manera de despedida, doña Isabel lo jaló y lo fue a fondear en un catre.

Los tamales, en su inagotable diversidad, son para mí una de las más auténticas expresiones del sabor de lo mexicano. Es como si se fundiera con la masa de maíz la esencialidad solar de México y se envolviera todo en el frescor lunar de la hoja de plátano. ¡Y cómo estaban estos tamales de venado! Yo me comí cuatro; Raga apenas pudo terminar el tercero. Le dimos las gracias de rigor a doña Isa-

bel y nos arrastramos cerro arriba con una parsimonia que cualquier espectador desprevenido hubiera creído que estábamos escalando la versión tropical del Popocatepetl. Ya cerca de la cima y en peligro de desfallecer por el enrarecimiento vital, tuve un destello de lucidez y vi la espejeante fenomenicidad de una hamaca tendida sobre el abismo. Lancé mi último resuello en pos de la visión y al alcanzarla me dejé caer en un sueño que, según los cálculos de los que me creyeron ido para siempre, duró dos días y tres noches.



El viaje de agua extra que don Ciri se vio obligado a subir con el burro para satisfacer las exigencias floriculturales de Raga, comenzó a dar un resultado que el propio don Ramón terminó celebrando. Y la verdad, sería una muestra de asnal insensibilidad dejar de reconocer el refrescamiento físico y mental que producía la visión del incipiente oasis de verdor en medio de la calcinación circundante. Con ese empeño indeclinable que Raga ponía en las cosas que realizaba, fue recogiendo las plantas (sobre todo las cactáceas) más significativas de la zona y las sembró en torno a nuestro refugio. Con esto, la felicidad de la mujer alcanzó su máximo: por un lado estaba expiando la culpabilidad ecológica que todo ser urbano trae consigo; por el otro había descubierto una temática casi inagotable para sus pinturas.

Mientras Raga descubría gozosa la plenitud esencial del trópico, yo devenía entre la bibliovivencia y la onírisis. A partir del venadísimo que había matado don Ramón, mi vieja querencia había emergido con más ímpetu que nunca. Traté varias veces de convencer al viejo celta para ir a la espía del venado, pero se negó objetando que yo tenía que pasar primero por el aprendizaje de los animales de pluma. Le dije que ya lo había hecho antes, y me replicó que en el trópico el antes no existía. Por todo ello, mis habituales sueños planeantes fueron desplazados por el merodear sigiloso del venado. La experiencia de los vuelos, si bien satisfactoria, suponía un esfuerzo fenomenal,

por cuanto no volaba con la mente sino con todo el cuerpo (¿cuerpo del volar?). Para ello tenía que agitar mis brazos con inusitada rapidez hasta que lograba elevarme lentamente; una vez elevado, la orden de vuelo que daba mi mente lanzaba al cuerpo a gran velocidad hacia cualquier lugar. La última experiencia de vuelo había sido en extremo significativa: después de revolotear sobre un hermoso campus universitario, entraba como un torbellino en las aulas de clase y levantaba a mi paso un vendaval de libros y papeles. Pasado el primer desconcierto, cantidad de alumnos se acercaban a mí y me pedían que les enseñara la técnica del volar. Los sueños de venado eran completamente senscientes y en uno de ellos llegué a percibir el entorno en una luminosa blanquinegritud que permitía la distinción casi perfecta del menor movimiento. ¿Podría el hombre, dilatando las pupilas, llegar a ver en la noche como el venado? Pero el que más me había impresionado fue uno que, careciendo de la ayuda de la vista y del oído, me dediqué toda una noche a reconocer el mundo con el olfato, ¡qué maravillosa diversidad de olores! A la mañana siguiente de haber tenido este sueño me fui a la cabaña de don Ramón a rastrear todo lo que el viejo guardaba en su archivo sobre literatura olfativa. Lo primero de que me habló fue de *El perfume* de Suskind, libro de moda que a pesar de venderse como salchichas lograba superponer a los típicos lugares comunes de la magia enlatada unos destellos de genialidad que lo hacían clásico en su género. Luego me recomendó de manera muy especial la obra de Eça de Queiroz, donde las comidas y los sueños tenían singular significación. En lo concerniente a lo gustativo hizo mención del *À rebours* de Huysmans. Se refirió de pasada a *Los hombres de buena voluntad* de Jules Romains, donde se narran las andanzas olfativas de un perro; y concluyó que lo más prometedor al respecto era la *Estética de los aromas* de José Asunción Silva, pero que no me podía prestar. Al preguntarle el porqué, me contestó que por desgracia el manuscrito de esta obra se había perdido en el naufragio del Amérique. Charlamos luego sobre la literatura de los sueños, y concluyó recomendándome que tuviera cuidado, que no me fuera a

pasar como a aquel Elio Arístides del siglo II del cómputo cristiano, neurótico genial que al seguir los dictados nocturnos del dios Asclepio, terminó confundiendo en un todo caótico onírisis y vigilia.

Después de haber terminado con la obra de Alfonso Reyes, la prosa corrosiva y genial de Ortega y Gasset me vino a inyectar la dosis de inconformidad que necesitaba para salir de la modorra eruditizante de Reyes. La cantidad de erratas que había encontrado a lo largo de la obra reyesiana (dominio por dormido, imperialismo por impresionismo, Teoquis por Teognis, y el pegote descomunal que aparece en el ensayo sobre las jitanjáforas, con la breve disertación, precisamente en torno a las erratas y otros pormenores del oficio, que Reyes dirigió a los impresores) me había hecho volver sobre la calamitosa edición de mis *Entrecruzamientos* con una actitud indulgente. Pero fue después de *El deslinde*, donde el sincretismo de Reyes alcanza niveles próximos a la insufribilidad, que empezó a venírseme abajo aquel Reyes de visión esencial y metáfora ágil de los primeros estudios sobre la literatura hispánica. Al repasar todo ese esfuerzo dedicado a la sacralización de Grecia, el aburrimiento se tornó dolor. Era increíble que un hombre del alcance y la capacidad de Reyes dedicara los últimos —¿mejores?— años de su vida a una inaportadora rumiación de las obras de los grandes helenistas (sobre todo: el *Diccionario de mitología griega y romana* de Pierre Grimal y la *Paideia* de Jaeger). No había en aquellos cientos de páginas ni una sola tesis nueva; en fin, nada que el lector deseoso de ahondar en ese culto babeante a los orígenes de Occidente no pudiera encontrar en las investigaciones de los autores que Reyes parafraseaba. Se lo comenté desilusionado al viejo celta y me respondió tajante que había que estar enfermo de afán de originalidad para hablar así de la extraordinaria aportación de Alfonso Reyes a la tradición helenística. Le repliqué que esas eran meras excusas y que no se trataba de afán de originalidad, sino de quitarles lo sagrado a los dioses ejidales. Al ver cómo el viejo celta empezaba a rugir decidí cambiar de canal por temor a que la crítica de Reyes me privara de las lecciones de cacería que el cabrón viejo me estaba dando.

Y la verdad es que el patriarca Reyes era el patriarca Reyes conmigo o sin mí, pero yo ya no podía seguir siendo yo sin el desahogo sacrificante de la cacería. Dos veces había ido ya con don Ramón a cazar las palomas de ala blanca que emigran desde Estados Unidos. Daba gusto ver la efectividad con que el viejo les tiraba a las palomas con su Remington calibre 22 de mira telescópica. La primera vez me dejó tirar tres veces y logré herir a una, que se fue a perder en la espesura. Pero la segunda vez de siete tiros acerté tres. El viejo me dijo que a la hora de tirar había que estar en completa armonía, y que no tirara por debajo del buche, pues era preferible fallar que perder la paloma herida. Me enseñó los diferentes sitios en que acostumbraban a bajar a beber las palomas y me remarcó que, siempre que pudiera, le tirara a las de ala blanca y no a las arroyeras, pues éstas eran locales. Luego me dijo de manera muy enigmática que a partir de la cuaresma ya no matara palomas. Le pregunté extrañado si el motivo era religioso, y me respondió que sí, que era un rito obligatorio de todo verdadero cazador respetar la época de cría.

Después de estas idas a cazar palomas, le dije a don Ramón si me prestaba la escopeta para ir a espiar al venado. Se me quedó viendo con su cara de comeniños y cuando yo creí que me iba a mandar al carajo, como acostumbraba en sus arranques galleguiles, me dijo que tan pronto trajera una chachalaca podría aspirar al mundo del venado. Montado en mi suficiencia se me hizo fácil decirle que me pasara la escopeta que ahora le traía la chachalaca, y me respondió que nada de escopeta y menos en ese momento, pues le había prometido a Raga ir a bucear. Nos enfrascamos en un tira y dale hasta que por fin lo convencí de que él y Raga se fueran a bucear mientras yo iba a cazar la chachalaca. Me pasó no muy convencido el rifle y el cabrón le sacó todas las balas volviéndole a meter nada más dos. Protesté con vehemencia, pero todo fue inútil: la galleguidad había dictado su sentencia.

Y allá voy dispuesto a demostrarle al viejo necio que ningún obscúculo, ¡y menos una estúpida plumífera!, podría ya separarme del ri-

tual sacrificante del venado. Busqué en mi mente la información grabada sobre la última vez que había ido a matar chachalacas con don Ramón, y la respuesta que obtuve fue una pequeña vereda desdibujada por la irrupción de la maleza. Me fui filtrando con dificultad entre la espesura y ¡zas!, que ahí viene el primer aviso en forma de un incisivo arañazo en la frente y todo el párpado derecho. Puta, un poco más y me chinga el ojo, me dije contemplando con rabia la ensangrentada palma de la mano que me había pasado por la herida. Sin pensarlo dos veces me acerqué a la uña de gato que me había desgraciado y con el tacón de la bota la golpeé hasta dejarla totalmente deshilachada. Al reiniciar la marcha el manar sudorosangriento humedeció por completo el cuello de la camisa. Seguí adentrándome por la vereda y llegué por fin al árbol de zazanil donde había matado mi primera chachalaca. Al levantar la vista y comprobar que no tenía las jugosas frutitas transparentes, el ánimo se me vino al suelo. ¿Y ahora dónde carajos las encuentro? Oí un chasquido en una de las ramas del árbol y alisté el rifle. Apenas estaba enfocando la mira, cuando se me cae enfrente un tremendo garrobo y sale a la carrera.

Con el corazón saltándome en la garganta y sudorensangrentado hasta la madre, vi en un destello de claridad que las murallas de la racionalidad estaban siendo derribadas por la fuerza mágica del medio. “Mierda, sólo falta que me muerda una cascabel de esas de trece anillos y que me deje aquí tirado como un pendejo”. “¿Qué hago: sigo o me regreso?”. “¿Y si me pierdo?”. “Mejor me regreso”. “Pero si me regreso, ¿dónde carajos voy a encontrar las chachalacas?”. Apoyé derrotado la cabeza contra una rama del frondoso árbol y al levantar la vista hacia el frente vi a don Ramón haciéndome señas con la mano mientras se metía en la espesura. Me fui con rapidez hacia él, pero lo único que percibí fue un sonoro estallido de carcajadas en el interior de mi cabeza. “¡Pinche viejo hijo de la chingada!”. Y que me voy adentrando en la maleza.

Después de caminar un buen trecho sin ver ni oír ningún animal, desemboqué en un playón que corría descendente al pie de un

cerro. Volví a consultar el archivo mental y concluí que ese cerro no podía ser otro que el que estaba justo detrás de la parte final de la laguna. Examiné ya más calmado el suelo y distinguí las pisadas de varios venados que sin duda estaban bajando al aguaje. “¿Y si me voy a espiar al aguaje y mando las chachalacas a la chingada?”. “Quién sabe, ese pinche viejo es capaz de matarme por infringir su método”. “¡Esa puta metodomanía ya me tiene hasta la madre!”. Seguí caminando playón abajo y plaf, plaf, plaf voló frente a mí una chachalaca. ¡Y allá va el corazón en estampida! “Cálmate, cabrón, contrólate”. “Así, tranquilo”. Busqué con la mira entre el ramaje y vi la inconfundible corporeidad de la chachalaca. Le quité el seguro al rifle y ¡que salta hacia otra rama el pinche pájaro! Moví con rapidez la mira y ahí estaba. ¡Pium!, y nada. “Dios, sólo me queda un mugroso tiro”. “Cómo seré rependejo, la próxima ida a México voy a comprar un chingo de tiros”. “Bueno, tranquilízate, ahí la tienes”. “Apúntale al mero buche”. “Así, ahora, ¡piok!”. Y que se viene el pajarote al suelo.

Dejé el rifle y me lancé como rayo hacia la presa. “¡Me lleva la chingada!”, exclamé viendo la expresión terrible que tenía el águila echando sangre por el pico. ¡Joder, si se entera el viejo que maté un águila me desuella vivo! Al verme acercar, la espléndida ave hizo un agónico esfuerzo por ponerse en guardia, pero después de abrir varias veces el ensangrentado pico, dejó escapar su último aliento. La tomé del suelo y al ver el precioso enmosaicamiento blanquiazulino de su plumaje, decidí que si había sido un crimen matarla, doble crimen sería dejarla ahí tirada. Y que me la llevo. En el trayecto traté de superar el complejo de culpa buscándole alguna positividad a tamaño error, pero por más vueltas que le di no pude encontrar más consuelo que los huesos le sirvieran a Raga para un cuadro. Pero, ¿cómo ocultárselo al viejo celta? Pronto la vegetación avivó su verdecencia y el vuelo asustadizo de dos palomas arroyeras me ubicó enfrente de la parte final de la laguna. Me acerqué con cautela al charco de agua y vi entusiasmado que estaba lleno de pisadas de venado. “Mañana tempranito vengo a espiar”, me dije ya visionan-

do el acercamiento de un precioso macho hacia donde yo estaba con la escopeta.

Deviniendo entre la negatividad emanante del águila que llevaba colgada de la mano y la positividad proyectada por el venado que mañana mataría —¡mi primer venado!—, llegué a unos metros de la cabaña de don Ciri. “¿Y qué hago con el águila?”, me dije temiendo de pronto la reprimenda que me esperaba. “Ya sé, la voy a dejar aquí oculta en un árbol hasta que queden los puros huesos”. Busqué el sitio que me pareció apropiado y la colgué de una horqueta. Al acercarme a la cabaña me extrañó que los perros no salieran ladrando. Vi a doña Isabel echada en la hamaca, y al preguntarle por don Ramón y Raga me respondió que no los había visto. Mientras subía pensé que si no habían bajado por allí es que habían ido a bucear al Carrizal.

En la cabaña de don Ramón no había nadie. De manera que extraje la llave del escondrijo y abrí la puerta. Después de guardar el rifle salí a la terraza para quitarme la ropa y echarme unos jicarazos. En la lejanía marina, casi perdiéndose tras la isla, vi un yate que venía del sur. Fui a buscar los prismáticos y vi con claridad que era el mismo que yo había supuesto. Allá se iba mi sensual pelirroja dejándome en el recuerdo un hormigueo de cogida frustrada y de íntimo sabor a mar. “Ni modo, más se perdió en la batalla del Ebro”, solía decir mi padre. Después del jicarazo, me serví un furtivo mezcalito y me puse a hojear los papeles que había sobre la mesa de trabajo del viejo. Tomé la hoja que ocupaba la parte central de la mesa y leí:

“La conciencia hispánica ha fluctuado hasta ahora entre dos dinámicas interexcluyentes: voluntarismo (de marcada raíz germánica y sintetizado en los casos de Schopenhauer, Nietzsche y Krause); y misticismo (ascético en San Juan y Santa Teresa, y militante en Ignacio de Loyola)”.

“Las dos vertientes se caracterizan por su antihegelianismo. En la segunda hay que considerar el puente místico-apasionado entre Kierkegaard y Unamuno. En la primera hay que insertar la crítica

circunstancialista de Gasset (la heroicidad como hazaña de la voluntad”).

“Gasset, Unamuno y Reyes: demasiado helenizados (posible línea de ataque de Eugenio”).

“Todos filósofos asistemáticos... ”.

Oí la risa de Raga culebrear por la vereda y de inmediato regresé la hoja a su lugar y salí a la terraza.

—¿Tan rápido? —me dijo don Ramón pletórico con su bolsa llena de pescado sobre el hombro.

—Nada —dije secamente.

—¿No las encontraste?

—Le disparé a una, pero no le di.

—¿Los dos tiros?

—Sí.

—Ahí tienes; y luego dices que ya estás listo para ir al venado.

—Mañana temprano voy a espiar en el aguaje.

—Ah caray.

—Bueno, siempre y cuando usted me preste la escopeta.

—Ya te he dicho que si no matas primero una chachalaca no hay escopeta.

—Es que está el entradero brutal en el aguaje.

—Mayor razón para ir templado.

—Oh, que la canción.

—Ya se te fue la pelirroja —dijo Raga mientras le echaba agua dulce a las aletas y al visor.

—¿De qué mierda hablas?

—Anda, no te hagas el occiso. La gringa de las nalgas grandes.

—¡Y a mí qué carajo me importa!

—¡Uy, qué tonito!, señor Sandoval.

—El que ustedes me imponen.

—A mí no me metas en tus tribulaciones, muchacho —expresó don Ramón desde el tapesco de la cocina donde estaba dejando el pescado.

### III. DIVAGACIONES SOLILUNARES

—Lo primero que voy a hacer llegando al D. F. va a ser comprar mi propia escopeta.

—Ya lo sabes: chachalaca o no hay escopeta —dijo el cabrón viejo con marcada intención sobajante.

—Pues métasela por donde le entre —dije largándome hacia mi refugio.

Me duró el encabronamiento el resto del día y si comí fue gracias a la insistencia con que Raga me ofreció un succulento jurel que el pinchísimo viejo había horneado a la Breogán.

A la mañana siguiente, después de que Raga me convenció de bajar a correr para disipar la tenebrosidad que me engrisecía, fuimos sorprendidos por un inusitado alboroto proveniente de la cabaña de don Ciri. Al ver a don Ramón con el águila muerta colgando de la mano, le dije a Raga que siguiéramos de frente, que no tenía ganas de platicar con el viejo. Fue inútil, tan pronto como vio el águila Raga se lanzó hacia ella.

—¡Ven para acá, grandísimo canalla! —rugió el viejo celta.

—¿Qué pasa? —dije haciéndome el enfadado.

—Conque tirándole a las chachalacas, ¿eh?

—A mí no me diga nada.

—Vergüenza te debería dar. Coño, uno de los pocos ejemplares que quedaban.

—¡Qué belleza! —exclamó Raga observando con detenimiento el ave—. ¿No me la regala para un cuadro?

—Sí, mujer, puedes quedártela —dijo el viejo suavizando por un momento su expresión encorajada.

—Es que creí que era una chachalaca —expresé por lo bajo.

—Eres un desgraciado —volvió a rugir el viejo—. ¿Y sabes cuándo vas a disponer de la escopeta?

—Sí, ya sé, cuando compre la mía.

—Anda, quítate de mi vista que soy capaz de hacer una salvajada.

—Bueno, don Ramón, no es para tanto —dijo Raga en mi descargo.

—¡Cómo no va a ser!

—No creo que lo haya hecho a propósito, ¿o sí? —preguntó Raga dirigiéndose a mí.

—Claro que no lo hice a propósito. Fue un grave error, lo reconozco y lo lamento.

—Ahí te dejo el glorioso trofeo de tu marido —dijo don Ramón encaminándose hacia la playa—. A ver si logro quitarme del cuerpo este coraje que me roe el alma.

—Al rato se le pasa, ya verá —dijo Raga a la nube azufrosa que se alejaba por la vereda.

—Joder, este gallego es peor que Franco —expresé ya sintiéndome más relajado.

—Es que no le gusta que maten así nomás por matar —dijo don Ciri desde el rincón donde había estado viendo el desmadre.

—Yo no mato por matar. Fue un error y punto.

—Ay, corazón, no sé cómo te arreglas para que te pasen siempre las cosas más raras.

—Ya me está llegando hasta la madre todo esto.

—Déjate de zonzadas y vamos a correr, que también nosotros necesitamos fundir los malos humores.

Cuando llegamos a la playa el viejo celta ya venía de regreso por la mitad. Arrancamos a correr y al cruzarnos con él ni siquiera nos miró.

—Putá, qué viejo tan necio —dije sobre la marcha.

—Tú déjamelo a mí, verás que en seguida se le pasa —dijo Raga con suficiencia.

Al llegar al final de la playa y dar vuelta, vimos venir al viejo a toda máquina.

—Joder, se va a reventar —dije sintiendo cómo mis piernas flaqueaban.

Pasó otra vez frente a nosotros sin tomarnos en cuenta. La rítmica sonoridad con que expulsaba el aire me recordó el sólido desplazamiento de una máquina bien aceitada.

### III. DIVAGACIONES SOLILUNARES

Al terminar de correr toda la playa, nos pusimos a hacer los ejercicios acostumbrados. Por más que intentaba quitar de mi mente la puta águila, su imagen no dejaba de revolotear en torno a mí, produciéndome una desazón que repercutía en la desgana con que hacía los ejercicios. La voluntad y la fuerza con que Raga hacía los suyos, terminaron por enervar todavía más mi poca predisposición. Respirando con violencia y marinizado de sudor llegó el viejo y, luego de unos pasos desacelerantes, se instaló en su práctica ejercitante. Pronto Raga fue atrapada por el ritmo del viejo y los dos se subieron en un frenesí de movimientos, mientras yo observaba desde mi nadi-dad. Vi que Raga me mandaba un guiño furtivo y la sana malicia de su expresión me provocó la risa. Don Ramón suspendió de pronto los golpes de mano que estaba practicando y vino hacia mí.

—¿Y de qué demonios te ríes? —dijo parándoseme enfrente agresivo.

—No, de nada. Era...

El cabrón viejo dio unas fuertes voces —¿en japonés o en corea-no?—, y se puso en posición de ataque. Quise decirle que yo. Pero no tuve tiempo, con una rapidez endiablada me hizo un barrido con su pie derecho y caí en la arena quedando a su completa merced. Desde el suelo y en su actitud de ataque el pinchísimo viejo se veía imponente.

—Oiga, yo no quiero tener problemas con usted.

—¡Levántate!

—¡No me levanto!

—Déjelo, don Ramón. No me lo vaya a matar de un susto —dijo Raga colocándose entre el viejo y yo.

—Coño, yo no sé qué ve una mujer como tú en este mequetrefe.

Raga me dio la mano y me levanté. Me sacudí las arenas y fui cabizbajo hacia la casa.

—Espera, corazón. No tomes todo tan a pecho —me gritó Raga.

—Voy a preparar el desayuno —dije sin voltear. Al llegar al borde enmatorralado de la playa volteé y vi las dos figuras practicando entradas y defensas de karate. “Putá, sólo falta que el repinchísimo viejo me baje

a Raga”, me dije arrastrando lo que quedaba de mi ánimo por entre los matorrales. Frente a la cabaña de don Ciri oí que me llamaban, pero no hice caso y seguí vereda arriba. Después de llegar y darme un par de jicaras, prendí la lumbre y puse agua para café. Fui al interior de la cabaña y me puse a meditar. En la turbulenta oscuridad de mi mente, las infinitas expresiones del energúmeno celta estallaban como relámpagos de odio y muerte. Una frialdad electrizante se extendió desde la columna hacia todos lados y sentí en la boca el sabor corrosivo de la venganza. Poco a poco con el fluir de la respiración se fue disipando la tensión, y las imágenes negativizantes del viejo dejaron paso al mirar acerado de un águila. Sentí en lo más profundo de mi ser un estremecimiento religioso y vi, con una claridad que me conmovió hasta el espanto, que el águila que había matado era la representación solar de mi otro yo. Caí hacia adelante y al sentir el palpitar del mundo dentro de mi mente, me dejé ir en un vuelo descendente hasta las entrañas mismas de la nada.

Sentí unos golpes provenientes de otra vida y al abrir los ojos vi a Raga que me miraba desde una altura de vértigo.

—¿Qué te pasó, mi amor?

—¿Eh? Ah, me quedé dormido.

—Coño, este muchacho está peor de lo que pensábamos —dijo el viejo ya de mejor talante.

—¿Te sientes bien? —insistió Raga.

—Creo que sí.

Me pasé el resto del desayuno rumiando recuerdos de la intempestiva relación con mi padre. Cuando regresé al presente, don Ramón y Raga platicaban de la vida marina. El viejo, ya más relajado y hablador, le decía a Raga que el veneno neurotóxico del pez globo era cientos de veces más activo que el de la serpiente de cascabel, y que en Japón, donde se preparaba con su carne el famoso fugu, morían al año varios cientos de personas.

—¿Entonces por qué lo siguen comiendo? —inquirió Raga.

—Mujer, es que ese pescado aliñado por un buen *chefes* algo extraordinario. Cómo te diré, algo entre apolíneo y dionisiaco.

### III. DIVAGACIONES SOLILUNARES

—¿Tanto así?

—Los japoneses te dirían que es el manjar afrodisiaco por excelencia.

—¿Y es el mismo pez globo de los que hay por aquí?

—Sí, es una variedad de esos que también les dicen peces sapo.

—¡Qué barbaridad! ¿Y no puede usted prepararlo?

—No, la verdad no me atrevería. El veneno es tan activo que en cuestión de minutos se muere uno.

—¿Tan difícil es quitar el veneno?

—Ya lo creo; es todo un rito. Los cocineros que lo preparan en Japón deben seguir antes unos cursos especializados.

—¡Chin!, tantos que hay por aquí —concluyó Raga con un dejo de lamento.

—Con su permiso, yo me voy a trabajar —dije levantándome de la mesa.

—Hombre, eso me parece estupendo —expresó el viejo—. Y ponte listo que ahora sí te voy a vapular.



Todo el día estuve alistando mis notas sobre los cuatro grandes de nuestra literatura en la primera mitad del siglo XX. A Unamuno, Vasconcelos y Reyes los tenía bien atrapados, pero el aristocratizante Ortega se me escurría anguilamente de las manos. Por momentos su antimediterranismo (con la consiguiente germanofilia), su aversión hacia lo sensual y su ideologismo elitista me producían un escozor que me predisponía al rechazo frontal y violento; pero en cuanto era sacudido por una de esas metáforas cósmicas todo el tinglado de cazador de reaccionaridades se venía abajo y me veía arrastrado por el ritmo vertiginoso y genial de una prosa que no tenía parangón en nuestra lengua. En las *Meditaciones del Quijote*, me encontré con una frase que venía a sintetizar toda mi problemática presente: “Para Platón, lo mismo que para Santo Tomás, el hombre científico es un

hombre que va de caza. Poseyendo el arma y la voluntad, la pieza es segura". ¿Y el conocimiento? ¿Supeditaba acaso Ortega la función metódica a la pulsión circunstancial del querer? Yo quería, pero no tenía arma ni sabía. Por lo demás, la visión que yo tenía del cazador estaba más próxima al mundo mágico de don Juan que al mundo idealizado de Platón y teológico de Tomás de Aquino. Y, en todo caso, había que admitir que el hombre de ciencia, al haber sustituido la impronta mágica del medio natural por la contaminada protección de las paredes laboratoriales, se había convertido en lo opuesto de un auténtico cazador: en éste los sentidos (¡no sólo la voluntad!) alcanzan la potenciación extrema de lo humano; mientras que en aquél, al quedar relegados a la fría manipulación de los instrumentos tecnológicos, se van minimizando hasta atrofiarse.

Esa noche, atrapado en la envolvente calidez de Raga, volví al placentario protegimiento de mi infancia y sentí por momentos una dicha insuperable. Con la cabeza afirmada entre la dulzura de su piel y el suave acariciamiento de su mano, fui adentrándome poco a poco en el mundo ingrávito e intemporal de los sueños. Empujé con el pico la portezuela que me separaba de la auténtica vida y salí volando con un ímpetu inusitado. Subí, bajé, hice mil piruetas vertiginosas y, pletórico de libertad, me dejé deslizar sobre la superficie caprichosa de las corrientes de aire. En la lejanía, casi perdiéndose en la plenitud boscosa, pude distinguir unos diminutos puntos negros que giraban en torno a un centro luminoso. Intenté precisar un poco más la visión, y al hacerlo experimenté un extraordinario jalón y me fui luzmente con el ojo. Pasé como una exhalación entre los zopilotes y me vi aguilizado colgando de una mano férrea y peluda. Con la cabeza vaiveneando sobre el piso me resultaba imposible verle el rostro a mi captor. Quise hacer un esfuerzo para zafarme, pero comprobé alarmado que mi querer no tenía fuerza: era una mera conciencia sin voluntad. Comenzó a embargarme una pena infinita y la visión del presente se tornó acuosa y evanescente. De nuevo me vi planeando en las alturas en medio de una espiralizan-

te muchedumbre de zopilotes. El olor a muerte era insoportable, y con estupor percibí que todo mi plumaje estaba adquiriendo una delatora tonalidad rojiza. De todos lados se dejaron venir sobre mí los zopilotes y entré en un estado de desesperación extrema, hasta que el dolor de los picotazos me privó por completo de la conciencia. Una infinitesimidad después, cuando sentí de nuevo el palpitante del mundo, confirmé con pesar la pérdida total de mis virtudes planeantes. Perquirí asustado las causas determinadoras de este nuevo estado y, al ver mi cuerpo blancuzco y sin plumas, descendí abismado hacia el propio infierno. Recobré la presentaneidad en medio de una laguna ardiente, y desde su fondo en ebullición pude distinguir la imagen bonachona de Alfonso Reyes, con una camisa de cuadros rojinegros, que tomaba por el hombro a un tipo muy bien trajeado y de amplia frente altiva.

—Entonces estamos de acuerdo, querido Ramón —decía con visible satisfacción Reyes—. Las dos superiores leyes del oficio de escritor son: conocer todos los libros y probar todas las emociones.

¿Pero cómo puede ser Reyes el que diga eso?, me dije perdido entre el constante burbujeo. Y ese tal Ramón, ¿quién será?

—Claro, claro —volvió a oírse la voz de Reyes—. La mejor regla de escribir bien es la que aconseja depurar nuestros pensamientos y sublimar nuestras posibilidades mentales.

—El arte es la técnica, querido Reyes —dijo alguien con voz grave desde un extremo de la visión.

—¿La técnica dices, Ortega?

—O si prefieres: la distinción entre la mera alusión y la auténtica presencia.

—Ortega y sus nieblas germánicas —carraspeó un anciano más muerto que vivo.

—Ah, qué Menéndez Pelayo —expresó quejumbroso Ortega—. Tanto empeño malgastado en arañar doradas superficies por temor a la negrura esencial de lo profundo.

—Es el estilo —concluyó Reyes en un párrafo de principio ininteligible.

—¿Qué dices del estilo, Reyes? —inquirió Ortega.

—Que a la eficacia del estilo conviene esta vida peligrosa de los desajustes, este sentirse siempre a un paso del abismo...

—Pero, ¿hablas acaso de nosotros, modelos de beligerante erudición y frágil vida?

—Nos han malinterpretado, Ortega. Imitaron nuestros defectos y no nuestras virtudes.

—¡Un defecto superado es ya principio de una virtud! —exclamó con fuerza una voz que me llevó a la inconfundible fenomenicidad de Unamuno.

—¿Acaso pueden existir virtudes sin virtuosos y heroicidades sin héroes? —preguntó el individuo de frente despejada sacándose con elegancia el brazo de Reyes que lo aprisionaba.

Se produjo de pronto un gran alboroto, y el medio líquido que me contenía empezó a girar torbellinamente. Vi unas diminutas partículas descender sobre mí y un espeso sabor a ajo y sal se difundió con rapidez por todo el medio. Poco a poco el agua regresó a la natural turbiedad de la ebullición y con la imagen externa me llegó clara una voz tronante:

—¡Jamás de un montón de eruditos podrá salir un buen filósofo!

—¿Quién eres tú? —interpeló altivo Ortega.

—Ah, es Pepe Vasconcelos —dijo Reyes con suficiencia—. Es animal exótico, pero no dañino.

Busqué entusiasmado la corporeidad de Vasconcelos y vi que todas las miradas convergían en un esplendente puma.

—Ahí tenéis la expresión bronca y sensual de la cultura salvaje —profririó Ortega—. La cultura sin ayer, sin progresión, sin solidez; la cultura en perpetua lucha con lo elemental disputando todos los días la posesión del terreno que ocupan sus plantas.

Pegó un espantoso rugido el puma y de los bordes de mi visión salieron corriendo un mapache, un tejón y dos armadillos. Con cau-

### III. DIVAGACIONES SOLILUNARES

tela, aunque dueño de la situación, el puma se fue acercando a la ebullente estancia y, al verme dar vueltas en el fondo, se me quedó viendo ensimismado pasando repetidas veces la lengua por entre sus colmillos.

—¿Quién eres tú? —me preguntó.

—Un águila desplumada —le dije con timidez.

—No es cierto, eres una vil gallina —rugió amenazante.

—Lo juro por Dios, ¡soy un águila!

—¿Y esas patas sin garras y ese pico romo?

—¡Fueron ellos! —exclamé angustiado.

—¿Quiénes?

—Los que se esfuerzan por devolver la confusión a las cosas.

—¡Gallina eres! —dijo al tiempo que lanzaba una de sus garras hacia mí.

Sentí las afiladas uñas clavarse en mis entrañas y la dolorosa oscuridad envolvió el entorno.

—Eh, levántate —oí una voz familiar resonar dentro de mí.

Me abrí con cautela al mundo y lo primero que sentí fue un agudo escocimiento en la frente. Eché una mirada hacia arriba y vi que mi cabeza estaba pegada al mosquitero.

—Vamos, muchacho, que se hace tarde —distinguí la voz de don Ramón hablándome desde la base de la escalera.

Me incorporé y al rascar la frente sentí un líquido espeso que me hizo retirar con rapidez la mano. ¡Sangre! Busqué espantado la causa y vi, a través del mosquitero, uno de esos insectos trompudos que, según don Ramón, transmitían la enfermedad de Chagas. Levanté el mosquitero y le di un guarachazo tan ruidoso que terminó por despertar a Raga:

—¿Qué pasa, qué es? —preguntó más dormida que despierta.

—Nada, un monstruito que me estaba envenenando las ideas —dije viendo la impresionante mancha rojiza que el insecto despanzurrado había dejado sobre la madera.

—Ummm —dijo tapándose la cabeza con la cobija.

—¡Eugenio! —volvió a llamar don Ramón.

—¿Qué?

—Ponte la ropa de cacería que nos vamos.

—Espere, es que.

—Apúrate; te espero en mi cabaña.

Me vestí como pude y me fui renegando de esa puta manía que tenía el viejo de andar siempre aprisa y sin dar explicaciones. ¿Cómo carajo se podía explicar ese taquicronismo suicida en una tierra donde la puntualidad era un vicio de la plebe? Al acercarme a la cabaña vi que ya estaba esperándome con la escopeta en la mano.

—¡Apúrate, hombre! —volvió a urgirme.

—¿Cuál es la prisa? —dije de mala gana.

—No es la prisa, muchacho. Lo que me molesta es esa sensación de flojera existencial que emanás.

—Tuve una noche espantosa. Un poco más y me chupa todas las ideas uno de esos animalitos que transmiten la enfermedad de Chagas.

—Anda, déjate de cuentos y vamos que se hace tarde.

Me fui destanteado tras el viejo y estuve a punto de caerme un par de veces vereda abajo. Pasamos frente a la cabaña de don Ciri y vimos a doña Isabel preparando café sobre la lumbre. Después de los ladridos previos al reconocimiento, los perros se dejaron venir festivos tras de mí. Don Ramón, al darse cuenta, me dijo que los regresara. Les di de voces, pero no hicieron caso; hasta que no tuve más opción que apedrearlos. Y fue tal el tino con que lancé la primera piedra que el pobre Veneno se regresó aullando hacia la cabaña. Vi que don Ramón se alejaba con paso recio y corrí tras él hasta alcanzarlo. Los flechazos de luz se clavaban en diagonal entre el ramaje y un vaho ascendente le daba al entorno una apariencia de primigenia mágicidad. Aun cuando sabía que los designios del viejo celta eran impredecibles, estaba casi seguro de que nuestro destino era el aguaje. Al llegar al playón cercano a la laguna don Ramón agarró la dirección contraria al aguaje y masculló algo al tiempo que manoteaba su fren-

te. Me le acerqué para saber de qué se trataba, y dijo que el rebalse había roto los huevos de los zancudos. Y de veras que era impresionante ver la concentración de zancudos que ahora volaba sobre nosotros. Por fortuna, al alejarnos de la laguna, la tempestad de zancudos fue amainando y pronto nos encontramos bajo un frondoso palmar. Don Ramón me preguntó si reconocía el lugar y le dije que no. Caminamos hasta el final de las palmas, no más de una docena, y se paró de nuevo frente a un árbol cargado de pequeños frutos aún muy verdes. Volvió a preguntarme si reconocía el lugar, y esta vez experimenté la extraña sensación de haber estado allí antes, pero sin duda en otra vida. Mientras se quitaba el sombrero y se limpiaba el sudor de la frente con su infaltable paliacate rojo, dijo que allí había estado yo después de perderme en el monte. “Pues claro”, dije avivando el recuerdo, “¡los mangos pericos!”.

—¿Y cómo sabe usted que fue aquí donde salí? —pregunté extrañado.

—Tú lo escribiste, ¿o no te acuerdas?

Me quedé viendo al viejo y una sensación de vértigo me hizo confundir presente con pasado. Reemprendimos la marcha y como un cuarto de hora después se abrió ante nosotros un extenso terrenal circular totalmente agrietado. Me dijo que en tiempos de lluvia se hacía allí una laguna donde se refugiaban patos y pichichis. Los bordes del terrenal, que tendría de diámetro unos trescientos metros, lucían un verdor llamativo y enmarañado. Adelantando su barbilla a manera de señalamiento, don Ramón expresó que metidas entre esa espesura estaban las chachalacas. Le pregunté si había una razón especial para que estuvieran allí, y dijo si no me parecía razón suficiente el salvar su vida. Añadió que ese lugar además de ser un escondite sin igual, era una fuente segura de alimento cuando se acababa el zazanil y aún no llegaba la ciruela.

Nos acercamos con sigilo a los matorrales y, luego de caminar unos veinte metros separando bejucos y arbustos, don Ramón me señaló una veredita trillada de huellas y dijo que era el pasadero de los

jabalíes. Aprovechamos la veredita y el caminar se hizo más gozoso y observante. Don Ramón cortó con la mano una ramita y dijo que esos retoñitos eran lo que comían allí las chachalacas. Apenas terminó de hablar cuando oímos un cloqueo nervioso. Cruzando el índice sobre sus labios, don Ramón me conminó al silencio. Dejé que se adelantara unos pasos y lo fui siguiendo atento al menor movimiento que pudiera distinguir entre tanta ramazón y espesura. Se oyó un rápido aleteo y explotó frente a nosotros un cacaraquerío ensordeciente. Vi que el viejo dirigía la escopeta hacia arriba y ¡pum!, que se viene abajo una chachalaca. Corrí alborotado hacia donde había caído y ¡pum!, ahí va cayendo otra. Oí el crujimiento de una rama sobre mí, y al buscar la procedencia del ruido me encontré con la imagen atribulada de una chachalaca. Le grité a don Ramón que allí había una y, medio desconfiado, se vino hacia donde yo estaba. Busqué la chachalaca para señalarla, pero no la pude encontrar por ningún lado. Don Ramón me lanzó una mirada cáustica, y le tuve que jurar que allí había una chachalaca. Se acercó un poco más al grueso del ramaje y estuvo buscando un buen rato. Regresó hasta donde yo estaba y dándome la escopeta me dijo que en efecto allí había una chachalaca, que fuera y la matara. Me lo quedé viendo extrañado sin saber si estaba hablando en serio o era puro pitorreo. Notando mi indecisión, el viejo celta me agarró por los hombros y me llevó hasta donde él había estado observando. Tomó luego mi cabeza con sus manos y me dirigió la vista hacia una parte en que se entrecruzaban varias ramas. Por más que miré y miré no pude distinguir nada. Le dije que de seguro ya se había ido, y respondió que no, que él la estaba viendo. Volví a mirar y el resultado fue el mismo. Entonces don Ramón me dijo que pestañeara con rapidez radarizando las ramas. “Ah, ahí está”, dije viendo a la chachalaca con su cuerpo pánicamente estirado a lo largo de una gruesa rama. Don Ramón me dijo que pusiera la mira justo en la cabeza, porque a esa distancia el escopetazo la dejaría inservible. Apunté a la cabeza y ¡pum!, el ave cayó al suelo dando unas piruetas extraordinarias. Cuando cesó de saltar fui a recogerla y vi que el disparo le había volado la cabeza.

Después de recoger las tres chachalacas caminamos de regreso hasta el árbol de mangos. Don Ramón apoyó la escopeta sobre una horqueta y se sentó cómodo con las piernas cruzadas, ins-tándome a hacer lo mismo. “¿Y ahora qué se propondrá este viejo loco?”, me dije viendo cómo se quitaba el paliacate de la frente y se limpiaba suavemente el sudor. Luego, mudando su expresión hasta un deje de armonía, empezó a hablar sopesadamente. Dijo que durante su experiencia en el trópico había aprendido dos cosas fundamentales: la sobrevivencia y la sublimación. La primera era un requisito indispensable para alcanzar la segunda, y remarcó que al referirse a la sobrevivencia no mentaba la pugna obvia entre la vida y la muerte, sino la más sutil entre el triunfo y el fracaso. Era un lugar común considerar al trópico como el paraíso y llegar a él por evasión. Ahí residía el germen del fracaso del noventa y nueve por ciento de los que habían intentado buscar una forma de vida gozosa al margen de la conflictividad urbana. ¿Y por qué habían fracasado? Sencillamente porque al evadirse llevaron consigo los vicios de su forma de vida anterior. El primer paso para lograr una sobrevivencia gozosa era, pues, reducir al mínimo las necesidades superfluas. Le pregunté qué consideraba él como necesidades superfluas, y me respondió que la electricidad, gas, teléfono, televisión, auto, renta, exceso de ropa, etc. El quid de la cuestión residía en lograr la plena autodeterminación. Se entiende, señaló, que estamos hablando de sujetos que pretenden trascender el dominio de la sobrevivencia para llegar a lo sublime. La auténtica obra de arte no requiere para su concreción comodidad, sino vitalidad. En consecuencia es imperativo quitarle determinación a la comodidad para dársela a la vivencia. Le dije que lo que él proponía era un regreso al ascetismo, y me respondió que no, que una vez alcanzado el triunfo de la fase de sobrevivencia los satisfactores existenciales irían en ascenso, hasta alcanzar el límite que impone la gozación de lo sublime. El punto más delicado de la primera fase, prosiguió, es lograr una inserción plena en el medio, de manera que, al prescindir de todo el lastre cotidianizante

de origen urbano, el trabajo sufriente (conseguir alimento y cobijo) se reduzca al mínimo, y el trabajo gozoso (la auténtica creación) se extienda al máximo. Y llegamos así a la sublimación de la vivencia. Si logramos que la consecución del sustento devenga una dinámica ritual y concedora, en lugar de una reiterativa cotidianización consumista, el esfuerzo sufriente será desplazado por la gozación propia de lo creativo, dando como resultado la sublimación total de la vivencia. Le dije que ese planteamiento era utópico y que sólo podía tener validez para un lugar ideal como Playa Tortuga, y me replicó que aún había muchísimos lugares donde se podía sublimar la vivencia; pero que había que saber ganarlos. Dijo que en mi caso había sido bastante fácil, al haber encontrado una serie de elementos que ya daban por consolidada la primera fase. Lo que tenía que hacer ahora era acometer con seriedad la segunda fase. Esta segunda fase se dividía a su vez en dos partes: la caza y la pesca. Hasta ahora yo me había limitado a dejarme llevar sin riesgos ni compromisos. Quise protestar, pero me calló. A partir de ahora él me daba el relevo, lo que significaba que yo tenía que hacer las cosas como un fin en sí mismas, sin esperar posterior aprobación o regaño. Para ello tenía que conocer las costumbres y hábitos de los animales, con el propósito de saber en qué momento y dónde encontrarlos. Cuando arrima la sardina viene detrás el jurel, el barrilete y el agujón. En las lluvias se acercan los pargos; con las jaibas y el camarón llegan los huachinangos; con las corrientes frías de diciembre y enero la langosta y el pulpo. Pero, ¿cómo y dónde sacarlos?, he ahí la cuestión. Y lo mismo para la cacería del venado: en noviembre y diciembre tira el ébano; en enero el órgano; febrero y marzo el pochote; abril y mayo la ciruela. Hay que tener vistos los árboles con anterioridad y limpiarlos de maleza cuando sea necesario. Sin olvidar jamás la ley sagrada de la cacería: “No matar hembras ni matar por matar”. En fin, dijo levantándose a manera de conclusión, a partir de ahora puedes disponer de las armas cuando te venga en gana, yo ya no soy responsable de nada de lo que tú hagas.

### III. DIVAGACIONES SOLILUNARES

Recogí las tres chachalacas y me fui tras don Ramón dándole vueltas a todo lo que me había dicho. Tenía que reconocerlo: estaba en la vil calle. No tenía ni la más puta idea de nada de lo que me había hablado. Y en verdad, ¿qué carajo comeríamos Raga y yo si no fuera por el esforzado viejo? A la chingada las poses y las aventurillas, a la chingada la literaturización de exotismos y turistidades; tenía razón el viejo celta: ya era tiempo de que lograra valerme por mí mismo, ya era tiempo de sublimar la sobrevivencia.

Al acercarnos a la cabaña de don Ciri vimos a Raga en efusiva plática con los nativos.

—¿Qué creen que pasó? —dijo saliéndonos al encuentro.

—Llegó la condesa —dije sin pensarlo.

—No, tontito. Vinieron a buscarte.

—¿A mí?

—De la televisión de la UNAM.

—Déjate de babosadas.

—No son babosadas. ¿Verdad que vinieron? —dijo encarando a don Ciri y a doña Isabel.

—Miré hacia los nativos y asintieron con sus caritas sonrientes.

—¿Y qué querían? —preguntó hosco don Ramón.

—Conocer al famoso escritor y hacerle un programa para Prisma Universitario.

—¡Coño, lo que faltaba!

—¿Y ya se fueron?

—Sí, pero regresan al rato.

—No, eso sí que no —rugió el viejo celta—. Al primero que llegue le meto un escopetazo. Hombre, es el colmo.

—¡El gran escritor Leonardo da Jandra! —exclamó Raga exacerbando más al viejo celta.

—A ver cómo te las arreglas, pero yo no existo. ¿Está claro?

—Muy claro —contesté sintiendo cómo se amargaba el regusto que la plática con el viejo celta me había dejado.

—Bueno, ahí nos vemos arriba. Déjale una chachalaca y tráete las otras para desplumarlas.

En el trayecto a la cabaña, Raga me dijo que de los dos chavos que habían venido a buscarme uno era un higadito, pero el otro, que era el más interesado, tenía buena energía. Le pregunté qué debería hacer al respecto y me respondió que lo mejor era que hablara con él, a ver qué me parecía.

Con cara de pocos amigos, don Ramón estaba preparando el desayuno. Raga me hizo un guiño y me fui al monte a desplumar las chachalacas. Mientras le quitaba las plumas, acudió a mi mente en confusión de pros y contras un sinnúmero de pensamientos. Era una verdadera joda que con la publicación de un pinche librito ya empezara la pérdida de la privacidad. ¿Qué pasaría cuando estuvieran publicados los tres? Puta, ya veía venir a los lancharos de Santa Cruz trayendo a los turistas apendejados a ver a los artistas locos de Playa Tortuga. “Pero, ¿y los buscadores auténticos que habían oído el llamado? ¡Qué joda que la cantidad devore irremediablemente a la calidad!”, me dije pensando que la arisquidad era el precio que había que pagar para mantener incontaminada la existencia.

Cuando regresé con las chachalacas desplumadas, don Ramón y Raga estaban terminando de preparar el desayuno en amena plática. A la defensiva fui a entregarle al viejo celta las chachalacas; las vio y dijo que estaban bien desplumadas. Esto me relajó un poco y decidí no cometer la torpeza de traer a colación el tema de los intrusos. Raga y yo nos sentamos a la mesa a desayunar y el viejo se metió a la casa. En voz baja y con visible satisfacción Raga me dijo que ya estaba todo arreglado, que cuando regresaran los de la tele les dijera que don Ramón estaba en la Chinantla.

—Este es un ejemplo de la otra cara del paraíso de la que te estaba hablando —dijo don Ramón dándole a Raga un grueso libro de pastas color rosa, al tiempo que se sentaba a desayunar. Enfoqué la mirada y vi que se trataba de *Paradiso* de Lezama Lima.

### III. DIVAGACIONES SOLILUNARES

—Uy, este paraíso no me gusta nada —dijo Raga hojeando el libro con desgano—. Mire nada más que ilustraciones tan espantosas de Portocarrero.

—¡Pero qué dices!

—Sí, ya sé que todos dicen que es un gran libro. Mi ex lo tenía de cabecera y cuando me obligó a leerlo casi me muero de aburrimiento. Es pura verborrea sufriente, como dicen ustedes. Retórica y más retórica; y todos, sean niños, mujeres o ancianos, hablan con la misma jerga.

—¡Qué va a ser! —exclamó don Ramón aún confuso por la contundente crítica de Raga.

—De lo único que me acuerdo es de platillos e inventarios, y luego esa sexualidad retorcida. De verdad, don Ramón, ese tipo de libros no me pasa. Puro abarrocamiento de palabras, sin personajes sólidos, sin acciones interesantes. Cada vez que uno de los chavos abre la boca es para soltar toda una letanía de citas sofisticadas y sin vida. Ah, y ahora que me acuerdo hay por ahí un pasaje donde dice que la pintura de Dalí está hecha de retazos y zurcidos sin continuidad; pues lo mismo cabría decir de esta obra.

—Mujer, *Paradiso* es un monumento barroco, un canto a la excesividad solar, una selva exuberante de palabras. ¿No piensas tú igual, Eugenio?

—Tendría que volver a leerla. La primera vez que la leí me pareció un verdadero derroche poético.

—Tal vez ustedes que son escritores logren ver ahí lo que yo como simple lectora no percibo. Pero por más flores que le echen a ese libro yo no lo trago y punto. Pobres de los lectores que se ven obligados a alabar un libro que detestan sólo porque los críticos así lo dictan.

—Bueno, mujer, al menos tu franqueza es digna de encomio. Pero creo que en este caso estás un poco prejuiciada por cuestiones ajenas a la literatura.

—¿Se refiere a mi ex? Puede ser, no lo niego. Pero le advierto que cuando algo no me gusta no me gusta, sin importar para nada odios o pasiones.

—Hazme el favor de dejar el libro sobre mi mesa de trabajo—dijo don Ramón pasándomelo.

Fui hasta el escritorio, y cuando iba a dejar el libro vi entre varios textos abiertos una vieja edición de las *Ideas sobre la novela* de Gasset, que recién yo había estado leyendo en otra edición. Lo tomé por curiosidad y comprobé que un gran número de hojas estaban dobladas por las esquinas. Lo abrí al azar y me encontré con un sutil subrayado de lápiz: “En suma, creo que el género novela, sino está irremediablemente agotado, se haya, de cierto, en su período último y padece una tal penuria de temas posibles, que el escritor necesita compensarla con la exquisita calidad de los demás ingredientes necesarios para integrar un cuerpo de novela”.

Dejé el libro en su lugar y regresé a la terraza.

—¿Qué, no encontrabas el escritorio? —preguntó don Ramón con suspicacia.

—Estaba leyendo una cita del gran Ortega.

—Ah, vaya. ¿Y se puede saber de qué se trata?

—Del irremediable fin del género novela.

—¿Recuerdas lo que decía Alfonso Reyes sobre los géneros?

—Que no existen.

—No exactamente. Para él drama, novela y lírica no eran géneros, sino funciones. Aquéllos, por su carácter accesorio y pasajero, quedaban circunscritos a éstas.

—Es una derivación de la negación de los géneros hecha por Croce, y de la que hizo escarnio Ortega en ese ensayo lleno de ambigüedades y barrabasadas.

—¿De qué estás hablando, muchacho?

—Usted lo tiene que saber mejor que yo: en un lado dice que los géneros literarios son verdaderas categorías estéticas irreductibles entre sí; luego, tras señalar que la comedia vive sobre la tragedia, como la novela sobre la épica, afirma que la línea superior de la novela es una tragedia y la inferior una comedia, lo que lleva a identificar el género novela con la tragicomedia. Por último, y después de cansarse de pro-

fetizar tragicómicamente el fin de la novela, concluye que dentro de la novela cabe todo: ciencia, filosofía, religión, sociología, estética.

—Espera, muchacho, espera. Mucho me temo que es más fuerte el deseo de agresión que el de comprensión en lo que estás diciendo.

—Ni madres. Si quiere voy a buscar mis notas para confirmárselo.

—¡Qué manía tienen ustedes de llevarse la contraria! —exclamó Raga levantándose.

—No —prosiguió don Ramón exhibiendo una afectada calma—. No hace falta que vayas por tus notas, porque no estoy diciendo que es mentira lo que señalas, sino que es consecuencia de una mala lectura.

—Vamos, don Ramón, no vaya a salir ahora con las jaladas teoricistas de los cacadémicos y los mierdólogos. A mí esas mamadas del texto, pretexto, posttexto, contexto, infratexto, metatexto, intratexto y demás textomanías me valen madre.

—¡Cuida ese lenguaje, mamarracho! —tronó el viejo dejando ver la hinchazón corájica de las venas del cuello.

—Está bien, le escucho.

—¿Quieres que te diga de una vez cuál es la causa de tu necesidad?

—A ver, dígame.

—Es que la concepción gassetiana de la novela destroza todo lo que has hecho en tus *Entrecruzamientos*. Para Gasset la novela no debe narrar ni definir, sino describir. Por eso sostiene que lo importante no son los sujetos y los objetos de la situación novelada, sino la manera como son presentados. No hay que abrumar al lector con una objetividad y una subjetividad crudas y detalladas, sino que hay que insinuarle un aparecer para que a partir de ahí reconstruya él un universo imaginario: el verdadero novelista debe ser un maestro de la mera alusión.

—¿Ya terminó?

—No. La acción, que a ti tanto te cautiva, es para Ortega peso muerto o lastre de la novela y que, por tanto, debe reducirse a un mínimo, si bien imprescindible. Relegada la acción o trama a una con-

dición secundaria de mero andamiaje, se entiende que la atmósfera formal pase a adquirir la determinación de lo novelado. De aquí que Ortega concluya que toda novela lastrada con intenciones trascendentales, sean políticas, ideológicas, etc., nace muerta.

—¡Me lleva la chingada! ¿A poco usted está de acuerdo con tamañas pendejadas? Ahorita regreso —dije saliendo en huracanada búsqueda de mi libreta de notas.



Encarrerado como venía, subí los peldaños de la guarida y me lancé directo hacia el librero. Tras rápido vistazo localicé sin dificultad la edición de la colección Austral que reunía las *Meditaciones del Quijote*, de 1914, y las *Ideas sobre la novela*, de una década más tarde. Adelanté la mano para tomar el libro y al traerlo hacia mí vi justo en la parte superior un tremendo alacrán con la cola levantada en posición de ataque. Como si hubiera recibido una descarga eléctrica solté el libro y, al caer al piso, el alacrán salió corriendo en busca de refugio. Perdí varios segundos en reponerme de la impresión apendejante, y cuando reaccioné el alacrán ya estaba subiendo por uno de los horcones. Sin pensarlo dos veces agarré del piso el libro y ¡plaf!, le di en toda la madre al jodido alacrán, que al despanzurrarse dejó entre el nombre del autor y el título del libro una espantosa mancha pollockiana. Limpié como pude el alacranidripping y me fui volando hacia la cabaña de don Ramón. Al llegar vi al viejo de pie dándole un libro a Raga.

—¡Qué bárbaro! —exclamó Raga viéndome jadeante y sudoroso—. Siéntate y toma una vasito de agua que te vas a sofocar.

—Déjame, que quiero leerle aquí al maestro algunas de las pendejadas del patriarca Ortega y Gasset. Aquí está una, por ejemplo. Pero antes de leerla déjeme aclararle un punto. Dice usted que Ortega desdeña la acción y la aventura novelesca, pero no dice el porqué. Y es que Ortega creía que el fin de la novela se debía a la incapacidad de inventar nuevas tramas y aventuras. De aquí que, al igual que los

marxistas (Lukács y Goldman son los casos más notorios), que consideraban que la novela por ser el género burgués por excelencia, estaba condenada a desaparecer con la sociedad burguesa, Ortega incurriera en la estrecha y autoritaria visión del conservadurismo urbano, que ya no concibe más aventura y más acción que la anodina y circular sicopatologización de los personajes urbanos. ¡Dios, si Ortega hubiera leído a alguno de nuestros grandes literatos actuales! Ahí le van algunas sublimes pendejadas del más grande pensador de lengua castellana: “El arte es un hecho que acontece en nuestra alma al ver un cuadro o leer un libro”. O sea: que el arte no es un hacer, sino un contemplar; por eso: “Sólo se entera uno de lo que son las cosas en la medida que las contempla”. ¿No es esto lo que usted llama pseudo-concreción?

—Mira, muchacho, Ortega era muy dado a soltar sentencias lapidarias; pero su filosofía dista mucho de quedarse en la mera contemplación.

—Espere que ahí le va otra: “Por eso el hombre de acción suele ser un pensador pésimo o nulo”.

—Coño, no extrapoles así las citas. Lo que Ortega está queriendo decir en lo arriba mencionado es que existen diferentes maneras de percibir el objeto artístico; al igual que existen diferentes maneras de percibir la realidad. ¿No es ahí donde establece la diferencia entre la percepción superficial del turista, la percepción interesada del labriego y la percepción intermediaria del cazador?

—Sí, algo de eso dice, pero lo que importa ahora es otra cosa. Aquí está otra preciosura, escuche: “La vida es precisamente cotidiana. No es más allá de ella, en lo extraordinario, donde la novela rinde su gracia específica, sino más acá, en la maravilla de la hora simple y sin leyenda. No se puede pretender interesarnos en el sentido novelesco mediante una ampliación de nuestro horizonte cotidiano presentando aventuras insólitas. Es preciso operar al revés, angostando todavía más el horizonte del lector”. Y, por si hubiera dudas, todavía en una nota de pie de página se encarga de señalar que hay que eli-

minar de la novela todo lo maravilloso y extraordinario. ¡Joder, qué salvajada urbana!

—Cálmate, muchacho. Estás olvidando el momento histórico en que esas cosas fueron dichas. Fíjate bien.

—Ya no chingue, don Ramón. ¿Dónde queda, entonces, todo su discurso sobre la metacotidianización de la existencia? ¿Sabe qué le pasó a Ortega? ¿Se indigestó con Proust y con Flaubert! Escuche esta otra flor: “Hacer de cada lector un ‘provinciano’ transitorio es, en mi entender, el gran secreto del novelista”. Ahí tiene usted, sintetizado, el imperativo genérico que Ortega le cuelga sambenitamente a la novela: la intrascendencia.

—Coño, es que de trascendentalismo ya estamos hasta la coronilla.

—No se salga por la tangente que aquí le va otra lindeza: “Para aislar al lector no hay otro medio que someterlo a un denso cerco de menudencias claramente intuitivas. ¿Qué otra cosa es nuestra vida sino una gigantesca síntesis de nimiedades?”. Y yo diría: “¿Qué otra cosa busca mi generación sino escapar de esa monstruosa síntesis de nimiedades?”.

—Bueno, ya está bien. A mí me molesta sobremanera ese andar saltando de rama en rama sin sistema ni método; si quieres que acometamos el estudio de la obra orteguiana vamos a hacerlo con seriedad o no lo hacemos.

—Cuando usted quiera —dije pletórico al haber ganado por una vez la partida.

—Anda, anda, vete a estudiar que apenas estás balbuceando.

—No le saque, no le saque —dije cachondeándome.

—Ya veremos quién ríe al final, mocosito.

Don Ramón se fue hacia el tapasco de la cocina y se puso a trocear las chachalacas. Raga se le acercó a preguntarle si necesitaba ayuda, y el viejo le respondió que no.

—Pues nos vemos al rato —dijo Raga despidiéndose.

—Sí, mujer. Y no le hagas caso a ese truhan y lee el libro, que sé que te va a gustar.

### III. DIVAGACIONES SOLILUNARES

—No se preocupe, le prometo que lo voy a leer a conciencia. Y más después de haber oído la plática que sostuvieron.

Cuando ya íbamos por la vereda rumbo a nuestra guarida, Raga me dio un coscorrón diciendo que había sido un bárbaro desconsiderado con don Ramón. Le repliqué que la culpa la había tenido el viejo celta al tratar de echarme encima al cabrón de Ortega.

—¡Ay, amor, no tienes remedio! —exclamó Raga con un deje tan dulce que no resistí el empuje deseante.

La arrinconé contra la musculosa corporeidad de un ébano y cuando ya estaba consolidando el avance decidido sobre las cedientes defensas de la pudibundez, se cernió sobre nosotros la horrisona presentaneidad de un *jet* de Aeroméxico que pregonaba el fin irreversible de una era de incontaminada salvajitud.

Pasado el mediodía, ya cuando nos disponíamos a bajar a la playa, oímos el acercante ronroneo de una lancha.

—Ahí vienen —dijo Raga.

Me acerqué al terraplén y, en efecto, la lancha varó cerca de donde nosotros bajábamos a la playa. No pasaron ni dos minutos cuando se dejó oír la gritadera.

—Baja corriendo, que don Ramón se va a molestar —dijo Raga.

Sin pensarlo dos veces me lancé encarrerado por la vereda. Al pasar frente a la cabaña de don Ramón oí un rugido desde adentro, pero no supe si era una orden o una maldición. Atravesé volando frente a la cabaña de don Ciri y me llevé entre las piernas a los perros. Estaba saliendo a la playa cuando vi a Toñito, el hijo del difunto don Antonio, y a un tipo sonriente que vino hacia mí ofreciendo todo su ser en la mano. Se llamaba Albino, y bastaron cinco minutos de efusiva exposición del porqué de su venida para darme cuenta que estaba frente a la representación de mi lector ideal. Hablamos un rato de cine, y al ver el dominio que tenía sobre el tema (que alcanzó el desbordamiento cuando mencionó como sus directores preferidos la tríada genial de Fellini, Tarkovski y Kurosawa) empecé a creer que en verdad aquel encuentro era un premio que a ambos nos estaba destinado. Eufórico

por la vibración que fluía entre nuestros seres, Albino, con más de diez años trabajando en el cine y con dos sustanciosos premios en su haber, me habló de todos sus proyectos como si yo fuera el encargado histórico de aprobarlos.

Llegó Raga y nos fuimos hacia la cabaña de don Ciri a tomar una limonada. Sobre la marcha Albino nos explicó que él hacía unos programas especiales de media hora sobre artistas, y que pasaban en varios canales. Le pregunté qué tipo de artistas, y me dijo que los últimos que había hecho eran sobre el Dr. Atl, Jorge Ibargüengoitia y Werner Schroeter.

Raga me había dicho que en la mañana Albino se había mostrado sorprendido al saber que yo había salido de cacería, exclamando entusiasmado: “¡Entonces es cierto!”. Por eso ahora, ya adentrado en el espaciotiempo de *Entrecruzamientos*, no dejaba de ver en derredor celebrando la concordancia de lo leído y vivido.

—¿Existe don Ramón? —preguntó después de haber intercambiado con Raga unas palabras sobre el programa que quería hacerme.

—Está en la Chinantla —dijo Raga con rapidez.

—¡Qué pena!

—¿Y cómo fue que diste con el lugar? —le pregunté.

—¿Quieren oír toda la aventura?

—Claro.

Resulta que le habían robado el auto —el segundo en menos de un mes—, y de un humor de la chingada y desenergizado se había tenido que resignar a tomar una pesera de las que hacen la línea San Jerónimo-Miguel Ángel de Quevedo. Subió a la combi y lo primero que llamó su atención fueron unas piernas hermosísimas que, al seguirlas hacia arriba, remataban en un rostro cautivante. Subido en el puente sensual que unía las piernas con el rostro, echó a volar su imaginación y se olvidó por completo de la zozobra cotidiana. Mientras él volcaba su interior en el ir y venir desde los jugosos muslos a los enmielados ojos y desde la fruta de los labios a la olvidada ritualidad de los tobillos, haciendo aquí un alto obligado en memoria del *close*

### III. DIVAGACIONES SOLILUNARES

*up* orgásmico que Buñuel eternizó en su película *Él*, ella extrajo de su morral un libro que abrió hasta ocultar su cara. Albino pudo ver entonces un extraordinario retrato en blanco y negro de un tipo medio raro, y, del otro lado, un complicado enmarañamiento de líneas sobre las que se podía leer *Entrecruzamientos*. Al llegar la camioneta frente a la librería Gandhi, la muchacha guardó el libro y pagó para bajarse. Albino, que había estado todo ese tiempo intrigado por el contenido del libro que cautivaba a aquella mujer de la que él era cautivo, pagó con rapidez y bajó tras ella. La muchacha se metió entonces en la Gandhi y subió a la cafetería. “Ya la tengo”, se dijo Albino remontando las escaleras. La muchacha se dirigió hacia el fondo de la cafetería y, detenido en plena euforia, Albino vio cómo de una mesa se levantaba un tipo sesentaiochero y recibía amorosamente a la causante de su acelere. Regresó escaleras abajo y al salir a la calle vio pintado en una barda con grandes letras azules el mensaje decisivo: “Marinízate, lee a Da Jandra”. Se fue a comprar el libro y se lo echó de una sentada. Lo demás fue pura literatura.

## ENTRECruzAMIENTOS III

#### IV. Una visita obligada a los mausoleos de los grandes egos hierofánticos

##### Elucubraciones en torno a la mítica pugna entre lo eterno y lo efímero

Después de una actitud distanciante que le duró varios días, y que Raga atribuía a la publicitadora perspectiva abierta por la visita de Albino, don Ramón retomó el dominio de su dinámica vital olvidando por completo las perturbantes acechanzas de lo externo. Este rechazo a la ajenidad, que una percepción superficial podría atribuir a un elitismo tipo orteguiano, obedecía, en esencia, a una extrema metodologización de la cotidianidad, que calificaba la posibilidad de un intercambio dialogal con alguien extraño como tiempo muerto, cuando no negativo. Ciertamente el viejo celta era de natural arisco e incompañable; pero había que considerar en su descargo la clase de vida incontaminada que hasta ahora habíamos vivido en Playa Tortuga. Según expresión del propio don Ramón, en Playa Tortuga sólo cabía esperar la irrupción de dos tipos bien definidos de representantes de la ajenidad: los turistas apendejados y los malosos (incluyendo en este rubro a los cazadores furtivos y a los tráfugas urbanos que, expulsados de los cinturones de miseria, veían en las publicitadas Bahías de Huatulco un lugar virginal para cultivar sus vicios). Dentro de esta concepción donrramonia-na de lo externo (lo ajeno, lo otro) como negatividad, un caso como el de Albino no podía, pues, ser más que la excepción confirmadora de la regla. Y era a estas excepciones, en cuanto tales, y no a él, a quienes correspondía buscar la vía de acceso que posibilitara la desajenización de las relaciones intersubjetivas indispensables para una valoración moral.

Por otro lado, estaba también el hecho de que Raga, para sorpresa de ella, mía y del propio don Ramón que le había dado a leer *La rebelión de las masas*, se había entusiasmado con la prosa relampa-

gueante de Ortega que, no obstante ciertos desacuerdos, le parecía el mejor filósofo mundano. “Con Ortega”, decía, “el sopor y los bostezos propios del filosofar desaparecían para dejar paso a una especie de pasmo deslumbrante”. Y pasmados y deslumbrados nos quedamos don Ramón y yo cuando Raga abrió el libro y nos leyó una serie de párrafos marcados con tinta roja y que contrastaban de manera brutal con los impecables subrayados a lápiz de don Ramón —y el viejo no le dijo nada!—, que tenían como fin demostrarnos su feliz hallazgo: que Ortega no escribía con conceptos, sino con imágenes. Don Ramón y yo nos miramos en silencio y yo estuve a punto de decir una inoportuna burrada.

Fue por todo esto, que no me extrañó que don Ramón viniera hacia nuestra guarida a la mañana siguiente de esa plática y me comunicara su deseo de enseñarme la última fase de la pesca desde las rocas. Esta vez, a la bolsa en que guardaba sus instrumentos de pesca, le aunó una preciosa atarraya que extrajo de un cajón que siempre tenía cerrado con un candado.

Nos fuimos hacia las charcas que me había enseñado una vez, y que parecían un caldo de sardinas, y de dos atarrayazos llenó de sardinas una bolsa de plástico. Recogió a continuación la atarraya y se encaminó hacia el pescadero que él llamaba su favorito. Extrajo de la bolsa una cuerda de pescar bastante gruesa, acondicionada con un calambote de acero, y me dijo que viera cómo le metía el anzuelo a la sardina. Agarró la sardina con dos dedos por debajo de la cabeza y con una ligera presión le abrió la boca, por donde metió todo el anzuelo. Después lo ensartó sobre el lomo y lo aplastó camuflajeándolo con las agallas. Levantó la cuerda en el aire y me enseñó cómo la sardina estaba perfectamente ensartada, sin magullones ni dobleces. Soltó sobre las rocas una siete o nueve brazadas de cuerda y lanzó la sardina al mar.

No tardó ni un minuto en tensarse la cuerda con violencia, obligando al viejo a poner en práctica toda su experiencia de pescador consumado. Mostrando la medida de su esfuerzo en la distensión de

las venas del cuello y en la trabazón felina de su impecable dentadura, don Ramón aguantó el primer jalón y empezó a recobrar con rapidez la cuerda, sin dejar de establecer su característico diálogo con el pescado. Bajó de un par de saltos casi al nivel del mar, que se mecía en un acompasamiento descansante, y jaló un grandísimo jurel toro. Se vino con él hacia el lugar protegido donde yo estaba, y con inocultable alegría dijo:

—¡Delicioso ejemplar para hornearlo a la Breogán!

Después de matar al jurel para evitar que con sus saltos pudiera regresar al mar, volvió a cebar el anzuelo y cuando lo iba a tirar se paró de pronto y dijo:

—¿No quieres intentarlo tú?

—Al rato, gracias —dije viendo la aparatosa corporeidad del jurel.

Arrojé de nuevo la cuerda y esta vez pasaron varios minutos y nada. Con suavidad y, según dijo, para evitar que se enredara en el fondo rocoso, recobró la cuerda y la volvió a arrojar lejos. Y que se va prendiendo otro pescadote. Ya cuando venía recobrando la pieza acerté a ver la mancha rojiza que me hizo saber que era un pargo. Aunque más pequeño que el jurel, el parguito no bajaba de los dos kilos. Mientras don Ramón desenganchaba el pargo y lo mataba, observé con detenimiento la expresión festiva de su rostro, y me vino a la mente la imagen de un niño que, atrapado por la gozosidad del juego, se olvida por completo del exterior porque sólo en el juego que está jugando está la vida.

Fue tal la vehemencia con que el viejo celta insistió que, a fuerza de pecar de cobarde o desagradecido, no tuve más remedio que entrarle a la faena. Sentado en el promontorio que yo antes ocupaba, el viejo celta empezó a dirigir todos mis movimientos. Al sentir el primer jalón empecé a recobrar la cuerda con rapidez hasta que los gritos de don Ramón exigiéndome calma me hicieron extremar el cuidado y evitar que el pescado se enredara en las rocas.

—¿Qué pez es éste? —le pregunté confundido por el color rojizo oscuro del pescadito de a orden.

—Una corvinita. Mira, todo el secreto de la pesca está en el control. Recuerda el método —dijo el viejo celta mientras desenganchaba el pescado.

Metí otra sardina en el anzuelo y que va de nuevo. Pasó un tiempo considerable sin que sintiera la menor señal. Don Ramón me dijo que recobrarla la cuerda y, al hacerlo, que voy sintiendo otro jalón. Ya más controlado, subí otra corvina un poco más grande que la anterior.

—Muy bien —expresó don Ramón—, ya vas agarrando el modo. Jamás te dejes descontrolar; un pequeño desliz y te puede costar un buen susto, por no decir la vida misma. Fíjate bien dónde pones los pies. ¡Cuidado!, no pises la tanza. Eso es; así, y procura lanzar la carnada cuando la ola va de regreso, para que no te la arroje sobre las rocas.

Mientras veía cómo el plateado fulgor de la sardina resaltaba sobre el fondo azul marino, me vino a la mente la convicción de que ninguna experiencia, exceptuando tal vez la cacería, me producía esa sensación de euforia total que suponía jalar un pescado desde las rocas. ¿Sería por el riesgo que implicaba? ¿Se debería quizás al temple y la coordinación físico-mental que exigía? Con razón había dicho el viejo celta que “dominar la pesca desde las rocas era hacerse un pescador consumado”.

—¡Puta, qué animalón!

—¡Aguántalo! ¡No tires, no tires!

—¡No puedo, se me va!

Sentí cómo la cuerda me quemaba la mano y apreté los dientes en un intento desesperado por dominar el tirón.

—¡No tires, espera que ahí voy!

Cuando don Ramón ya estaba tras de mí, sentí que se rompía mi amarre con el mundo y fui impulsado hacia atrás por el efecto endemoniado de mi propia fuerza. Me golpeé contra la sólida humanidad de don Ramón, y al sujetarme con sus brazos impidió mi desmadra-

miento casi seguro contra las rocas. Después de verme ya controlado, don Ramón recobró la cuerda y comprobamos que el anzuelo se había roto justo donde empieza su curvatura.

—¡Qué lástima, hombre!

—De veras que no pude, don Ramón. Mire cómo me dejó la mano —dije enseñándole el hilo transversal de sangre que atravesaba toda la palma.

—No debiste haberle jalado así. Bueno, ni modo, vámonos. Por hoy ya fue suficiente.

—Oiga, no se habrá molestado por eso, ¿verdad?

—No, hombre, claro que no. Pero escucha bien lo que te voy a decir: el arte de pescar es como el arte de vivir. Cuando el destino se te tuerce y todo se vuelve en contra, bajo ningún motivo debes tratar de oponerte, porque te destrozará sin compasión; lo que hay que hacer es darle la vuelta y esperar a que la rueda se enderece. Pues lo mismo sucede con la pesca. Cuando un animal grande te agarre jamás debes oponértele con desesperación; por el contrario, debes soltarle la cuerda hasta que ceda en su impulso, y entonces sí, ¡a tirar con toda tu capacidad! ¿Entendiste?

—Creo que sí.

Recogimos los implementos y nos fuimos de regreso. Al llegar a la playa don Ramón se detuvo y, dejando la bolsa sobre la arena, se dedicó a soltar la atarraya.

—Vamos a ver —dijo alistándose—, ven acá. Hoy mismo vas a empezar tus clases de lanzamiento de atarraya. Primero fijate cómo yo lo hago.

Después de haberla lanzado tres veces con una maestría envidiable, don Ramón me la pasó para que yo hiciera lo propio. El primer lance que di no fue tan desastroso como había supuesto, pero el segundo, el tercero y el cuarto fueron una verdadera calamidad. Don Ramón dijo que la causa era que la atarraya me estaba lanzando a mí y no yo a ella. Me la quitó y se la puso con lentitud sobre el hombro para que yo siguiera todos los pasos. De pronto acerté a ver que

el quid de todo el asunto residía en saber medir la cantidad de atarraya que debía ir sobre el hombro, para que al impulsarla se abriera por completo. Y, en efecto, al intentarlo de nuevo alcancé gozoso un lance casi perfecto. Di varios más y el viejo celta me dijo que no estaba nada mal, que poco a poco le iría agarrando el modo.

Le dejamos a don Ciri las dos corvinas que yo había pescado y subimos a desayunar. Sobre la mesa de la terraza Raga tenía dispuesta, con su característica esteticidad, una suculenta torta de tilcuites con salsa ranchera, y la jarra llena de naranjada. Después de preparar los pescados y meterlos al horno, nos dimos unos jicarazos sobre la atarraya, para que se le quitara el agua salada, y nos sentamos a desayunar en amena plática. Raga, en plena luna de miel con el Ortega de *La rebelión de las masas*, le estuvo preguntando a don Ramón a qué masas se refería Gasset, y si se podía aplicar el término a las clases proletaria y media. Don Ramón empezó estableciendo una diferenciación entre lo gregario y lo egregio, y concluyó que en todos los estratos sociales y en todos los sistemas existía la grey y la élite, y que, contrario a lo que se creía, la dinámica diferenciadora no estaba dada por la determinación de lo económico-político, sino, más propiamente, por lo éticocultural.

Siguió la charla en armonioso cauce y de pronto el viejo celta me espetó:

—¿Por qué no acometemos de una vez ese seminario que tenemos pendiente?

—¿Cuál seminario? —dije haciéndome el occiso.

—El estudio de los cuatro grandes, muchacho.

—Ah, se refiere a los muralistas.

—Bueno, si no quieres déjalo.

—¿Van a hablar de los muralistas mexicanos? —interrogó Raga sin captar las movidas del juego.

—No, mujer. Este anarca y yo habíamos hablado de acometer el estudio crítico de aquellos aspectos más recuperables de las obras de Unamuno, Gasset, Reyes y Vasconcelos.

#### IV. UNA VISITA OBLIGADA A LOS MAUSOLEOS

—¡Fiuuu, vaya tarea!

—Pero por lo que veo, otra vez será.

—No, a mí me fascinaría oír sus opiniones al respecto. ¡Ándale, flojo! —gritó obligándome a detener el bostezo en plena expansión.

—Está bien, voy por la libreta de notas.

Tardé como un cuarto de hora entre ir y volver. Para mi sorpresa, don Ramón y Raga ya tenían el escenario listo sobre la mesa de trabajo del viejo: libros, libretas de notas y otros papeles, una jarra de naranjada con tres vasos y un espléndido cigarro puro sobre un cenicero.

—¿Y ese puro? —pregunté extrañado.

—¿Quieres uno?

—No, gracias. Ya estoy venciendo el cabrón vicio y no quiero recaídas gratuitas.

—Pues yo voy a fumarme este purete, y te advierto que tengo todo el deseo de gozarlo, ¿eh?

—¿Y a mí qué me dice?

—Que no quiero enfrentamientos absurdos y viscerales, sino un intercambio sopesado y maduro, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Pues empecemos.

—Le escucho.

Agarró el puro y al prenderlo la expansiva aromaticidad me llevó de golpe a la mítica Chinantla. Qué mundo tan precioso aquél, auténtico e incontaminado; y qué respetuosidad de su gente. Comparándolos con los avorazantes costeños y con los egocéntricos chilangos, los chinantecos daban la impresión de ser habitantes de un país asiático.

—Bueno, yo soy partidario de que veamos primero el sistema y después el método —dijo don Ramón regresándome al presente.

—No empiece con esos rollos delimitantes. Yo prefiero un fluir libre.

—Coño, pues di tú.

—No sé, tal vez podríamos empezar viendo la coherencia de la unidad vida-obra en cada uno de ellos, y luego confrontar los diferentes puntos de vista.

—Pero vamos a ver, muchacho. ¿Cómo quieres que analicemos la unidad vidaobra si no es a través de una totalización sistemática y la consiguiente estructuración metódica?

—¡Qué manera tienen ustedes de complicarlo todo! —protestó Raga—. ¿Me permiten una sugerencia?

—Claro, mujer, adelante —concedió don Ramón.

—¿Por qué no empiezan viendo la actitud de los dos españoles hacia México y Latinoamérica, y la de los dos mexicanos hacia España?

—Podría ser, mujer, podría ser.

—A mí me parece excelente idea —dije guiñándole un ojo a Raga.

—Bueno, pues empieza ya y déjate de protocolos.

—Bien, vamos a empezar por los gachupas.

—¡Más respeto, mocoso!

—Con esa susceptibilidad no le va a caer nada bien el puro.

—Ya, Eugenio. Compórtate, ¿quieres? —me regañó Raga.

—A sus pies, señora. Empiezo. Como marco de referencia me parece necesario subrayar que las visiones históricas de Ortega y Unamuno, como la de toda la generación del 98, están lastradas por un sentimiento de derrota y decadencia. Con la excepción honrosa de Valle Inclán, que vino a encontrar en la x beligerante de México la otra cara mítico-mágica de la ancestral tanatofilia galaica: entró conquistador y salió hombre de letras.

—Bien, eso está muy bien —carraspeó el viejo celta.



—Decía que, con la excepción del gallego universal, ningún exponente de la generación del 98 se tomó en serio la existencia de la otra España, la más pura España, como le decía Valle Inclán a Latinoamérica. Ante la pérdida de los dominios de ultramar y la pujante influencia del

imperialismo yanqui, la intelectualidad española de fin de siglo fue arrastrada por un marejadamiento desesperanzador y antiutopista que buscaba rescatar los valores de la vieja España en un presente de zozobra. Entre la tímida sensibilidad de Azorín, que le manifestaba a Reyes con pesar la ignorancia hispana en cuestiones de Latinoamérica, y la orgullosa ferreidad de Baroja, Unamuno y Ortega representan, sin duda, la bicápite determinación cimera. ¡Putá, hasta repopoeta y poenástico me estoy revelando!

—Anda, déjate de payasadas.

—*Yes, sire*. Así pues, perdidos los dominios de ultramar y perdida la Península misma, Unamuno se entregará a una búsqueda desesperada de asimiento existencial que lo llevará a la angustia del ser ante su propia nada, y esto, nunca será excesivo remarcarlo, un cuarto de siglo antes de la aparición del circo sartreano. Mientras que Ortega, profeta de la jerarquía y del progreso, abrazará fáustico la idea de la sublimación egocéntrica, que hoy, más de medio siglo después, ya nos están imponiendo los tecnócratas. Si se me permite la puntada, y antes de ir a unos comerciales, diré que Unamuno asumió el papel de un Quijote blasfemo y subversivo; mientras que Ortega se ensancho-panzó en la racionalización histórica de la ínsula Barataria.

—¡Déjate de disparates y ve al meollo! —rugió el viejo celta.

—¡Ummm, qué delicia de sabor! ¡Señora, haga que su hijo crezca con el sabor del trópico! Parece de naranja, y lo es; pero más sana y refrescante que la natural, y aditamentada con todas las vitaminas y minerales que la naturaleza no puede proporcionarle. Y usted, amigo, recuerde: si quiere vivir cien años sin conocer médicos ni hospitales haga como el extraordinario don Ramón San Isidro de Breogán...

—Oye, de veras que cuando te pones así dan ganas de darte unas nalgadas —protestó Raga.

—Déjalo, mujer. Se rifa un sopapo y él está adquiriendo todos los boletos.

—Joder, ya ni un vasito de naranjada se puede saborear a gusto.

Está bien, regreso al aire. Vamos a ver qué tengo aquí en mi programadora de bolsillo. Bueno, si tuviéramos que sintetizar la posición de Ortega ante Latinoamérica bastarían dos adjetivaciones: primitivismo y barbarie.

—¡Qué va a ser, chaval!

—Por supuesto que así es. Por si las dudas, le recuerdo que la parte central de *La rebelión de las masas* gira en torno a la diferenciación tajante entre naturaleza y civilización. La naturaleza pura aparece allí como sinónimo de selva primitiva, remarcando que así como la selva es siempre primitiva, todo lo primitivo es selva. Y escuche esto para que no haya dudas: “En los trópicos, el animal-hombre degenera, y viceversa, las razas inferiores —por ejemplo, los pigmeos han sido empujados hacia los trópicos por razas nacidas después de ellas y superiores en la escala de la evolución”.

—Bueno, hay que tener presente que ahí se estaba refiriendo a Asia y África.

—No, don Ramón —intervino Raga tajante—. Tenemos que reconocer que Ortega y Gasset fue un campeón del racismo.

—Está bien, mujer. No nos detengamos ahora en eso.

—Uno a cero —dije gozando todavía el espléndido remate de Raga.

—Anda, sigue y déjate de niñerías.

—Tenemos, entonces, la típica ecuación dual de raíz hegeliano-depawiana: Latinoamérica = trópico = selva virgen = naturaleza primitiva, frente a Europa = septentrión = polis = civilización. Y aquí tenemos tela para rato.

—Cuando Gasset vino a Hispanoamérica...

—No, maestro, aquella Argentina que conoció Ortega no era Latinoamérica, sino una trastienda de Europa. Ortega estaba obsesionado con Europa. Yo diría, sin riesgo de pecar de excesivo, que Ortega es el filósofo por excelencia de la unidad europea. Para él, la cosa es sencilla: lo que no es Europa es barbarie. Preste atención: “Es verdaderamente cómico contemplar como ésta o la otra republiqui-

ta, desde su perdido rincón, se pone sobre la punta de sus pies a increpar a Europa y declara su cesantía en la historia universal. ¿Qué resulta? Europa había creado un sistema de normas cuya eficacia y fertilidad han demostrado los siglos. Esas normas no son, ni mucho menos, las mejores posibles. Pero son, sin duda, definitivas mientras no existan o se columbren otras. Para superarlas es inexcusable parir otras. Ahora, los pueblos-masa han resuelto dar por caducado aquel sistema de normas que es la civilización europea, pero como son incapaces de crear otro, no saben qué hacer, y para llenar el tiempo se entregan a la cabriola. Esta es la primera consecuencia que sobreviene cuando en el mundo deja de mandar alguien: que los demás, al rebelarse, se quedan sin tarea, sin programa de vida”.

—Te repito que esas constataciones no se pueden extrapolar del contexto histórico en que fueron vigentes. Cuando Gasset sale en defensa de Europa, lo hace con dos objetivos muy definidos: uno, liberar a España de la inminente barbarie que la amenazaba, uniéndola definitivamente a Europa; y dos, mostrar la vigencia del modelo europeo ante la difundida opinión de su decadencia.

—Oigan, cuando habla con desprecio de ésta o la otra república, ¿a qué país o países se refiere?

—¡Por supuesto que a las repúblicas latinoamericanas!

—Eso no es exacto, muchacho. Ciertamente hay en el giro una marcada actitud despectiva, pero lo es por exclusión y no por inclusión; es decir, Europa es la civilización amenazada por lo que no es ella.

—Claro, y todo lo que no es ella es barbarie. La cosa está clara, querido maestro: “Los pueblos nuevos no tienen ideas”, y América es la novedad por antonomasia. Todo el ensayo “Hegel y América”, gira en torno a la idea de América como un pueblo primitivo camuflado por los últimos inventos.

—Pero vamos a ver, ¿acaso no se refiere ahí a Norteamérica?

—Por supuesto. Para Ortega Latinoamérica ni existe.

—¿Y cuántas veces has dicho tú las mismas cosas sobre los gringos, aunque con diferentes palabras?

—No me la cambie. Ahorita estamos viendo lo que su dios Ortega dijo.

—Qué dios ni qué ocho cuartos. Aquí tengo varios señalamientos que muestran a un Gasset muy diferente a ese eurocéntrico intransigente que tú nos quieres dibujar.

—A ver, mencione uno al menos.

—No es necesario, basta con que...

—¿Lo ve?

—Coño, qué necio eres.

—Necio no, incrédulo.

—No, yo no diría incrédulo, sino más bien descrédulo. Pues ahí te va una muestra, para que se te quite lo barbaían: “En lugar de tener por bárbaras las culturas no europeas, empezaremos a respetarlas como estilos de enfrentamiento con el cosmos equivalentes al nuestro. Hay una perspectiva china tan justificada como la perspectiva occidental”.

—¿De dónde carajos sacó eso?

—Justo de la parte final del apéndice sobre el perspectivismo, en *El tema de nuestro tiempo*.

—Esa es una de las típicas jaladas excepcionales orteguianas que no hacen más que confirmar la regla. Para Ortega no hay más que dos opciones: obedecer o mandar (*tertium non datur*). Europa manda y los demás continentes obedecen. ¿Y por qué? Porque Europa es el centro civilizador hegemónico, la sede donde crece y da fruto la cosa pública, la heredera legítima de la *polis* griega y del *ius* romano. Lo demás es primitivismo, rusticidad, masificación vegetal. Pare antena: “El hombre campesino es todavía un vegetal. Su existencia, cuanto piensa, siente y quiere, conserva la modorra inconsciente en que vive la planta. Las grandes civilizaciones asiáticas y africanas fueron en este sentido grandes vegetaciones antropomorfas”. ¿Y América? América es joven y no ha sufrido, por lo que no puede tener virtudes de mando. ¿Y esta absolutización hegeliana del mandato tiene límite? Sí, Europa estaría dispuesta a dejar de mandar si hubiera alguien

capaz de sustituirla: “Pero no hay sombra de tal. Nueva York y Moscú no son nada nuevo con respecto a Europa”.

—Coño, lo menos que se puede decir de eso es que es profético. Es increíble que lo que hoy es abrumador presente, lo viera ese hombre de manera tan ejemplar hace cincuenta años.

—Espere, que aún no termino. Dolido en su corazoncito europeizante, Ortega patatea de rabia, y no, como era dado suponer, contra esas republiquetas que preconizan la decadencia de Europa, sino contra el pesimismo de los propios europeos: “Nada me importaría el cese del mando europeo si existiera hoy otro grupo de pueblos capaz de sustituirlo en el poder y la dirección del planeta. Pero ni siquiera esto pediría. Aceptaría que no mandase nadie, si esto no trajese consigo la volatilización de todas las virtudes y dotes del hombre europeo. Ahora bien: esto último es irremisible. Si el europeo se habitúa a no mandar él, bastarán generación y media para que el viejo continente, y tras él el mundo todo, caiga en la inercia moral, en la esterilidad intelectual y la barbarie omnímoda”. ¿Qué le parece? ¿Quién le fuera a decir a nuestro sabio que una década después su admirada racionalidad germana iba a conducir a Europa a la peor barbarie de la historia!

—Lo curioso de todo esto, muchacho, es que hoy esas palabras de Gasset vuelven a ser de una actualidad admirable: sin esa unidad europea que clamaba a gritos Gasset, la estabilidad del mundo no es viable.

—Unidad europea sí, pero no hegemónica y subyugante. Unidad europea al lado de unidad latinoamericana, unidad asiática, unidad africana.

—De acuerdo, muchacho, de acuerdo. Pero volvamos a nuestro tema originario. ¿Por qué Gasset centra su visión geopolítica en torno al eje de obediencia y mando? Porque lo vive en carne propia, porque su España está invertida, encanallada, como señala repetidas veces, desde hace siglos, con una conciencia turbia en cuestión de mando y obediencia. Gasset fue el primero en ver

que la paradoja de España consistió en lograr la unidad política del espacio en un tiempo histórico vertiginoso. La unidad prematura de España originó su prematuro poderío. Pero era un poderío y una unidad que Europa necesitaba para acceder a la modernidad. España crea el primer Estado moderno, la primera economía de Estado, la primera *weltpolitik*, con todo lo que esto conlleva: burocracia parasitaria, ejército profesional y permanente, enjambre de zánganos cortesanos; en fin, que España asume el destino de europeizar al mundo a costa de sacrificar su futuro. Por eso España debe reintegrarse a Europa para vertebrar su destino y recuperar su futuridad.

—Bueno, ¿y qué papel juega en esa futuridad Latinoamérica?

—Espera, hombre, que para allá voy. Para Gasset dar a la nacionalidad un fundamento de sangre e idioma es una aberración. Raza y lengua no son los elementos constituyentes del concepto de Nación; por el contrario, el Estado nacional surge, justamente, uniformando la estorbosa diversidad de razas y lenguas. A la socorrida sentencia de Renán: “La existencia de una nación es un plebiscito cotidiano”, que presuponía un pasado de glorias comunes y una voluntad común en el presente, Gasset le da un giro de dinamismo futurizador, porque, como él mismo señala: “sangre, lengua y pasado comunes son principios estáticos, fatales, rígidos, inertes; son prisiones”. ¿Qué quiere decir con esto? Que el verdadero vivir del hombre es un hacer, y todo hacer es realizar un futuro. El proyecto gassetiano de nación es, pues, inseparable de la noción de “porvenir”.

—¿Me permite una pregunta? —intervino Raga.

—Dime.

—¿Y esta fe en el futuro que sostiene Ortega y Gasset no es similar a la de nuestros burócratas del progreso y el desarrollo?

—¡A huevos que sí! —exclamé convencido—. El futurismo de Ortega cojeaba de la misma pata que el de Marinetti y secuaces.

—No digas estupideces, muchacho.

—Qué estúpideces ni qué la chingada. Ortega cantaba loas a un futuro cientificista y tecnologizado, pero con el cuerpo hundido hasta el cuello en una eticidad grecolatina y proaristocrática.

—¿Qué querías, que se las cantara a la eticidad judeoarábica y glebaria? Y déjame terminar la idea, ¿quieres? Bien, ¿cuál fue para Gasset el error capital que cometió España con sus dominios de ultramar? Pues que no pudo formar con ellos una nacionalidad. Tenía un pasado común, una interracialidad común, una lengua común, pero faltó lo esencial: un futuro común. Como dice Gasset con su lenguaje penetrante: “España no supo inventar un programa de porvenir colectivo que atrajese a esos grupos zoológicamente afines.”

—¡Me lleva la chingada! Pero vamos a ver, ¿qué carajo hizo el propio Ortega para desarrollar ese programa de porvenir colectivo? Es imperdonable que el más grande filósofo de lengua hispana haya puesto el dedo en la llaga histórica sin haberse tomado siquiera la molestia de echarle después a la herida un poco de agua oxigenada o merthiolate.

—¿Y qué opinaba Unamuno al respecto? —inquirió Raga tratando de moderar la plática.

—Mira, mujer, deja que te trate someramente el marco histórico de la generación del 98 para que entiendas por qué aquellos grandes hombres no pudieron darle a Hispanoamérica la importancia que ameritaba. La generación del 98 surge en una encrucijada de decadencia y nihilismo. Decadencia de la España decimonónica, con miles de hombres muertos al perder Cuba y Filipinas, fusilados en Montjüic, por todos lados muertos de hambre; una España de sangre y miseria, como dice uno de los personajes de Baroja. Y nihilismo de una juventud frustrada y perdida sin remedio, como lo proclamaba el joven Ramiro de Maeztu en *Hacia otra España*, texto ácido y agresivo del que más tarde habría de renegar con escándalo. Tenemos entonces, una eclosión generacional que, al renegar del pasado y negativizar el presente, se encuentra ante un proyecto sin futuro. Un vistazo superficial a las publicaciones del momento

nos confirma este desconcierto: Valle Inclán, regresando de México, publica sus *Sonatas*, que son un canto nostálgico y anacrónico a la inevitable muerte del romanticismo. Antonio Machado publica sus *Soledades*, y Juan Ramón Jiménez sus *Arias tristes*, títulos que hablan por sí solos de un sentir poético melancólico y quejumbroso. Por otro lado, junto a los títulos más recientes de Zola, Tolstoi, Eça de Queiroz, Barbey d'Aureville y los Goncourt, es significativo que la atención mayoritaria del lector hispano, a principios del nuevo siglo, se centre en Nietzsche y Schopenhauer, así como en Bakunin, Kropotkin, Stirner y la caterva anarquista.

—Oiga, más respeto.

—Coño, por lo que veo sólo tú puedes expresarte libremente.

—Siga, no le haga caso —dijo Raga echándome una mirada fulminante.

—Ante el conservadurismo reaccionario de que hace gala la burguesía decimonónica en el poder, y el anarquismo socializante que florece en los núcleos obreros (especialmente en Cataluña), la nueva generación de intelectuales busca con desesperación un enraizamiento en lo más noble y profundo del sentir hispano: el paisanaje. Este intento por desuniformar y descentralizar el sentir hispano (no olvidemos que Valle Inclán era gallego, Baroja y Unamuno vascos, Machado y Juan Ramón Jiménez andaluces, y Azorín levantino) permitirá una profunda, aunque fugaz, recuperación del paisaje español con resultados extraordinarios.

—¿Cuáles resultados extraordinarios?

—Hombre, ahí están las novelas de Azorín, las poesías de Machado, las pinturas de Rusiñol y de Rusiñol, la música de Granados, Falla y Albéniz; en fin, nunca antes el paisaje español había sido elevado al nivel estético que alcanzó con la generación del 98. Y, ciertamente, Unamuno fue uno de los más grandes teóricos, por no decir el filósofo, de esta revaloración del terruño. Son numerosos los artículos y ensayos que Unamuno escribió al respecto. Aquí tengo un ejemplo bastante concluyente que extraje de *Soliloquios y conversaciones*, y dice:

“Cuando me encuentro en una ciudad moderna, de ésas que llaman progresistas por su policía e higiene, me envuelve, ciñe y aprieta al punto de un sentimiento de profunda, de profundísima soledad. Los hombres me parecen sombras sin interior”. Y es notable aquella carta de 1898 a su gran amigo el andaluz Ganivet, que tanto contribuyó a la consolidación del historicismo unamuniano, donde le dice que: “Madrid no es naturaleza ni es tierra. El regionalismo orgánico es nuestra salvación”.

—¿Entonces se puede decir que las visiones de Ortega y Gasset y de Unamuno son opuestas? —inquirió Raga.

—Mujer, luego podemos ver eso con más detenimiento.

—Pero dígame, ¿ese regionalismo que proclamaba Unamuno no es lo contrario del europeísmo de Ortega y Gasset?

—Sí, claro que lo es, pero...

—¿Y a cuál de los dos le da usted la razón?

—¿Quieres una respuesta salomónica? —dije con ganas de chingar.

—A ti no te estoy preguntando.

—De todos modos te la voy a dar: hay que europeizar la regionalización unamuniana y regionalizar la europeización orteguiana; o lo que es lo mismo: españolizar a Europa y europeizar a España.

—Quieres decir algo así como una síntesis, ¿no?

—No. ¡Mandarlos a los dos a la chingada!

—Oh, qué latoso eres.

—Bueno, ¿me permitís seguir?

—Sí, siga. Y tú cállate, ¿me oyes?

—A sus pies, señora.

—Tienes razón, mujer, en eso que señalas de Unamuno. Después, si me lo recuerdas, podremos volver sobre ese regionalismo orgánico unamuniano que le llevó a polemizar con Menéndez Pelayo y con Gasset. Pero volvamos ahora al punto en que habíamos quedado. La defensa unamuniana de la regionalidad no está determinada exclusivamente por un vivir naturalizado, sino que se fundamenta en una peculiar visión de la Historia. Incentivado por el intercam-

bio apasionado de ideas con Ganivet y Margall, Unamuno arriba a una distinción que es crucial en su trayectoria de pensador: historia e intrahistoria. Todo su ensayo “En torno al casticismo” está permeado por esta división radical de la Historia en sucesos históricos que pasan y se pierden (historia) y hechos históricos que se estratifican en profundas capas (intrahistoria). El testimonio de la historia cristaliza en la literatura, mientras que el de la intrahistoria se recoge en la lengua. Basado en esta diferencia que destaca lo intrahistórico sobre lo histórico, Unamuno distingue Patria de Nación: la primera es sensitiva; la segunda intelectual. De manera que de un lado está la historia-nación-intelecto, y del otro intrahistoriapatriasensibilidad. Pues bien, la revaloración unamuniana de la regionalidad, el campo y el paisaje está determinada por la segunda tríada, más psicológica y vivencial que sociológica y erudita.

—¿Y dónde entra Latinoamérica, maestro?

—Coño, ya deja esa letanía. Parece que Hispanoamérica tuviera que ser un imperativo categórico para los españoles.

—¡Debería serlo!

—Anda, anda, no hables por hablar. ¿Acaso los norteamericanos le han reclamado así a los ingleses?

—Es que...

—Es que nada. Y además déjame decirte que ya el término de “hispanidad”, acuñado por Zacarías de Vizcarra, había tenido gran resonancia en la celebración del cuarto centenario en 1892. Por otro lado, ¿qué poeta no experimentó en la España de principios de siglo la influencia modernista de Darío? Unamuno celebra a Sarmiento y prologa las poesías de José Asunción Silva, Clarín festeja el *Ariel* de José Enrique Rodó, se publica a Amado Nervo; y después vendrán los ultraístas, con Borges a la cabeza, así como Reyes, Henríquez Ureña, César Vallejo.

—¿Me permite una interrupción a ese recuento de cinco céntimos en el que ni usted mismo cree? Mire, le voy a leer un parrafito de *Del sentimiento trágico de la vida*, donde una vez más se muestra de

manera inequívoca el papel de apéndice justificador que jugó Latinoamérica para España: “Dejemos su lucha de ocho siglos con la morisma, defendiendo a Europa del mahometanismo, su labor de unificación interna, su descubrimiento de América y las Indias —que lo hicieron España y Portugal, y no Colón y Gama—, dejemos eso y más, y no es dejar poco. ¿No es nada cultural crear veinte naciones sin reservarse nada y engendrar, como engendró el conquistador, en pobres indias siervas hombres libres?”.

—¡Qué bárbaro, no se midió! —exclamó Raga levantándose—. Pobres, indias y siervas: triple negación de la mujer americana.

—No lo tomes tan despectivamente, mujer. Hay una carta de Unamuno a Ganivet donde critica con dureza la imposición hispana.

—Ahorita regreso, espérenme —dijo Raga saliendo.



—Ahí tiene —le dije a don Ramón ya solos y viendo cómo tiraba con deleite de su puro—, para Unamuno España fue la heroica defensora de la integridad europea frente a la barbarie mahometana; y para Ortega fue la trágica abortadora de su destino en favor de la naciente Europa. ¿Se acuerda de aquella frase histórica de Braudel donde decía que España para acceder a la modernidad occidental había tenido que sacudirse el yugo judeoarábigo? Pues ahora, la nueva España, para terminar de europeizarse, le va a dar la espalda a Latinoamérica.

—No digas burradas, hombre.

—En fin, y resumiendo, tanto Ortega como Unamuno, y en general toda la generación del 98, hundidos como estaban en el lodazal de lamentos y autoflagelación, no acertaron a ver que la salvación de la decrepita España estaba en Latinoamérica.

—¡Cómo me enfurece esa actitud presuntuosa y vana!

—¿Qué pasa? ¿Qué dijo? —interrogó Raga regresando con avidez a la plática.

—Este mocoso, malcriado e imberbe que se dedica a hacer escarnio de una de las más notables generaciones que ha tenido España en toda su historia llena de injurias y odios viles. Y mira, de una vez te voy a decir que cualquiera de aquellos grandes hombres vale más por sí solo que todo el circo que armáis tú y todos esos chauvinistas resentidos, ¿está claro, mocoso?

—Clarííísimo, *sire*.

—Ya no empiecen, por favor, que hasta ahora todo iba bien.

—¡Concho, es que me hierve la sangre!

—No le haga caso, don Ramón. ¿Es que no lo conoce? Oiga, ya vimos la opinión de Unamuno y de Ortega y Gasset sobre el particular, ¿qué le parece si vemos ahora la de Reyes y Vasconcelos?

—Reyes fue un hispanófilo vergonzante —dije tirando un banderillazo alto.

—¡Y dale, joder! —bramó el celtitauro expulsando bocanadas de furor por sus fauces.

—Espere, no le dé por su lado que es peor —intervino Raga toreadante—. A ver —dijo dirigiéndose a mí—, explícanos, ¿por qué dices eso de Reyes?

—Para empezar Reyes veía a México y Latinoamérica desde y a través de Europa, y no al revés, como era dado suponer. Reyes fue una especie de embajador de la hermandad hispánica, como lo es en nuestros días, guardando la necesaria distancia, Carlos Fuentes. Semiperdido en una *España* inencontrada, Reyes se dedica a recoger a vuelapluma los fugaces comentarios que sobre Latinoamérica se le escapan a los grandes literatos peninsulares del momento. Que Valle Inclán, el más mexicano de todos los españoles, era amante del chocolate y la marihuana; que el padre de Unamuno había estado en Tepic y que el propio Unamuno, que había aprendido a leer hojeando libros mexicanos, le confesó que si fuera joven emigraría a América; que Azorín, que en 1914 dejaba a Reyes perplejo reclamándole el excesivo culto que en Latinoamérica se le había rendido a Castelar —¡sopas!— en 1923, ya conecedor de Darío y de Rodó, le escribía en respuesta a un programa

de una fiesta folclórica, que Reyes le había enviado: “Querido Reyes: esos indios son la América —la América directa— que yo más quiero”. Que al energúmeno de Baroja había que perdonarle sus ligerezas sobre Latinoamérica. Que Araquistáin proclamaba ruidosamente que a la desintegración de España correspondía la integración en América. Y escuche esta maravilla orteguiana que hasta a usted se le había escapado: “Es América el mayor deber y el mayor honor que queda en nuestra vida. ¡España, España es el único pueblo europeo que no tiene una política de América! ¿Cómo es esto posible? No queda a nuestra raza otra salida por el camino real de la historia, si no es América”. ¿No le parece en verdad enternecedor viniendo de quien viene?

—¿De dónde sacaste eso?

—Son mis guardaditos. Bueno, bueno, se lo voy a decir para que no las pague el pobre puro que ya mero se desbarata. Es un artículo que Ortega publicó en 1915 en el semanario España; pero yo recogí la cita de Reyes. ¿Y quiere oír lo que concluye Reyes de esta declaración de amor americanista de Ortega? Ahí le va: “Y ahora pregunto: cuando a un golpe se contesta con una idea, cuando hay en España una voz autorizada que conteste a un ataque con una firme voluntad de concordia, ¿qué más falta para que la inteligencia sea completa? Nada más, sino que hagamos lo mismo los americanos”.

—¡Coño, qué sabiduría hay en esas palabras!

—Sí, la sabiduría de un erudito que vive bajo el arrullo apolillante de los clásicos, mientras otros se parten la madre haciendo patria.

—No olvides que fue la barbarie de la patria la que expulsó a Reyes, muchacho.

—No, maestro. Fue la barbarie promovida por la explotación y la miseria de todo un pueblo por un grupo de privilegiados reaccionarios, entre los que era visible la cabeza de su padre.

—Bueno, eso aquí no nos importa.

—Cómo no, don Ramón —terció Raga—. Cuando leí en Vasconcelos cómo traicionaron a Madero y Pino Suárez hasta me puse chinita de coraje.

—Mira, mujer. Todas la pugnas por el poder son cavernarias y deshumanizantes. Hasta en la democracia televisiva norteamericana se cometen verdaderas atrocidades. Anda, sigue —dijo dirigiéndose a mí.

—Bien, no creo que valga la pena insistir sobre el hecho de que la grecolatinidad es en Reyes principio y fin de su obra.

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió Raga.

—Pues que Reyes empezó su carrera literaria con Grecia y la terminó con Grecia. Y a tal grado llegó su fiebre helenizante que malgastó los mejores años de su madurez limitándose a repetir los lugares comunes que Pierre Grimal y Werner Jaeger ya habían señalado en sus obras terminales.

—¡Joder, quién habla de repetición gratuita! ¿Y qué haces tú en esas paparruchadas que llamas *Entrecruzamientos*?

—Por lo menos dejo que las lean, y no como alguien que yo sé, que por insospechados designios las esconde bajo llave.

—¡Ya, niños, compórtense!

—Sigo. Para Reyes nuestras aguas son latinas (el paso de Grecia a Roma y de España a América alcanza para Reyes un valor mítico-literario: Eneas es a Latino, lo que Cortés a Moctezuma y lo que Turno a Cuauhtémoc)...

—Oye, qué interesante está eso —expresó Raga.

—Sí, Reyes se refiere a menudo a esta extraordinaria coincidencia, señalando que el libro VII de la *Eneida* representa con gran fidelidad poética lo que más tarde pasará en América. Y tan latinas siente Reyes a nuestras aguas que en su “Discurso por Virgilio”, no tiene el menor titubeo al proclamar: “Quiero el latín para las izquierdas, porque no veo la ventaja de dejar caer conquistas ya alcanzadas”.

—Ojalá le hubieran hecho caso, así no tendríamos que oír y leer esos discursos demagógicos aberrantes —carraspeó el viejo mordisqueando con fruición su purote.

—De la helenofilia y la latinofilia a la hispanofilia no hay más que un paso. Ahora bien, ¿cual es la España que ama Reyes? En una

reseña hecha a la obra de su amigo Waldo Frank, *Virgin Spain*, Reyes hace un recuento de todas las Españas que han sido enmarcadas con un halo de decadencia por las hienas y los agoreros hambrientos de sangre y metralla. Y es que, según Reyes, el Iguazú o Niágara de tinta que se ha vertido sobre el tema obedece a una terrible confusión entre lo espiritual y lo constitucional. Apoyado en una concepción que nos recuerda la división unamuniana entre historia e intrahistoria, Reyes sostiene que no es la España adiposa y envenenada por cuerpos extraños, la España de los poderíos imperiales la que él quiere, sino la España perenne que corre, como río profundo y constante, bajo la superficie convulsa y cambiante. ¿Y cómo podemos tener acceso a esta hispanidad esencial? A través de la cultura y su expresión, que es la lengua. Porque: “Cuando recibimos como lengua nacional la lengua española, con ella recibimos el acervo espiritual de España”.

—¡Olé! —exclamó Raga.

—¡Olé madres! Otra vez el puto mito de la España eterna. ¿Y dónde carajo quedan las manifestaciones de lo diverso?

—¡Un momento, muchacho! Aquí sí no te me vas a escapar por la tangente. Si no me equivoco eso que acabas de decir lo entresacaste del *Discurso por la lengua*, y allí se dice con mucha claridad que no hay que confundir el concepto de “lengua y cultura”, que tiene validez científica, con el de “raza”, mera descripción de superficialidades. Cuando Reyes habla de la lengua española, se refiere a la suma de todos los modos de hablar y escribir de los pueblos que integran la hispanidad. En ese discurso se insiste en que una lengua pura es una abstracción, y se afirma que todas las grandes civilizaciones han sido resultado del hibridismo.

—Muy bien, don Ramón. Así me gusta —aplaudió Raga.

—Conque pasándose al bando contrario, ¿eh?

—Mi bando es el de la verdad.

—¡Aupa, mujer! —celebró el cabrón viejo.

—Esperen que ahí les voy.

—Antes déjame decirte que sobre la tan traída diversidad, ya Gracián en *El Político* señalaba que el mal de España estaba en su excesiva diversidad.

—¡Viva Ortega, mierda!

—Anda, anda, que te falta todavía mucha papilla que tomar.

—Sigo. Para Reyes, teórico de las anticonfrontaciones y las componendas, todo se reduce a una armoniosa síntesis: entre el paisaje natural (relación hombre-tierra) y el paisaje cultural (relación hombre-hombre), entre los procesos espirituales en marcha (religión, cultura y lengua) y los procesos naturales estables (limitaciones históricas y geográficas), entre la cultura como transmisión espacial (coetaneidad) y transmisión vertical (generacionalidad), entre lo autóctono y lo hispanolatino.

—Sí, muchacho, pero el concepto de síntesis que usa Reyes es superador y no restringidor como tú parece indicar. Inclusive cuando retoma el término de “transculturación” lo hace con una marcada intención sintetizadora, esto es, que la cultura determinante es a su vez influenciada por la cultura determinada. Por eso Reyes decía con orgullo que para el hispanoamericano toda la cultura humana era cosa propia, y ésta era la gran compensación que tenían por haber llegado tarde a la civilización occidental. Y eso de “teórico de las componendas” es un insulto injustificado; lo que sucede es que Reyes no establecía comparaciones valorativas, sino diferenciales.

—La síntesis que proclamaba Reyes no tenía sustancia ni fundamento, porque dejaba de lado las dinámicas confrontativas que la conformaban.

—Que no, hombre. La síntesis reyesiana no era final, sino inicial; es decir, no era una conclusión, sino un nuevo punto de partida.

—Permítame discrepar, querido maestro. Usted...

—Uy, cuando se ponen así dan ganas de irse —dijo Raga en clara señal de abandono.

—Es este badulaque que le gusta contrariar.

—Mira quién habla.

—Díganme nada más una cosa —dijo Raga enfriándonos—. ¿La raza cósmica de la que hablaba Vasconcelos era también una síntesis de lo europeo y lo americano?

—¡Putá, en Vasconcelos la hispanofilia alcanza niveles casi tan enfermizos como la anglofobia! Déjame ver qué tengo en el archivo. Aquí parece que hay algo: “...los yanquis se volvían a sentir vikingos rapaces apenas trasponían nuestras fronteras”. No, no, esto no interesa. A ver, sí, aquí está una buena de el *Ulises criollo*: “Inversionistas de los Estados Unidos pasaban unos días en las casas nuevas de madera pintada, tela de alambre para el mosquito, duchas y refrigeración eléctrica para los alimentos, vestidos de blanco cabalgaban con sus mujeres en potros de lujo; del ferrocarril inmediato desembarcaban tractores. A los cuatro años, por lo común venía la quiebra. Los gastos excesivos de la administración cansaban a los accionistas de Norteamérica, faltaba la inyección de capital nuevo, se suspendían los trabajos y venía el remate”.

—Ah, sí. Ya me acuerdo de esa crítica —dijo Raga.

—Déjame terminar que viene lo mejor. ¿Usted la conoce, don Ramón?

—A ver, sigue.

—“Entonces el español, que por regla general tenía dinero en el Banco, se presentaba a comprar. A la larga triunfaba el más bien adaptado, el más sereno y resistente para la lucha con el clima y la naturaleza. De varios casos fui testigo y me complacía presenciar el triunfo del ‘gachupín’ y la contradicción de la tesis corriente en la época sobre la superioridad casi sobrenatural del empresario yanqui. De no mediar el carrancismo, que destruyó al nacional y al español, de no presentarse en obra la política adoptada por Calles, según los tratados de Warren y Pañi, que garantizan la propiedad al yanqui y dejan desamparados a los propietarios mexicanos y españoles, a la fecha, nuestro país habría absorbido y devuelto el capital norteamericano. Pues la biología social nos es favorable y no es la competencia lo que nos derrotó, sino la traición repetida del político”.

—¡Coño, cuánta verdad hay en esas palabras!

—Je, je, le dieron por el ladito patriótico, ¿eh?

—No, no patriótico, muchacho, sino matriótico. Mi patria es México.

—Pues es cierto —terció Raga—. Todos los españoles que yo he conocido en México son emprendedores y ahorradores.

—Cualquiera diría que estás hablando de los míticos puritanos de Nueva Inglaterra.

—No seas latoso.

—Pero escuchen esto que está sabrosísimo: “El anhelo de solidaridad con la nación de nuestro origen era para nosotros imperativo biológico social, aunque para otros haya sido recurso oratorio o pretexto de rápidos progresos. Hubiéramos querido ajustar al de España nuestro camino. De ahí la desilusión con que nos enterábamos en las páginas finales de las historias alemanas de la filosofía, de que la España grande del Primer imperio mundial estaba metida en la mediocre maraña burguesa del krausismo. Aquéllos que debieran orientarnos se encerraban en la oscura capilla de Kraus. Y luego con qué clase de conclusiones: armonismo que nada resuelve porque todo lo deja pendiente; intelectualismo para una raza que ha sido creadora, intuitiva y mística. Y en la moral, esa teoría cómoda de ponerse al margen de la política, al margen de la acción, cuando nuestro momento nos exigía precisamente enderezar la voluntad para enfrentarnos a los más graves problemas”.

—¿Qué es eso del krausismo, don Ramón?

—Mujer, es la filosofía, por llamarle de alguna manera, del escritor austríaco Karl Kraus. Aunque asistemático y caótico, era un maniático de la precisión verbal y un talentoso esgrimidor de la sátira y la parodia.

—Sus aforismos son venenosísimos.

—Sí, hay que reconocerle cierta originalidad a su locura lingüística.

—¿Y por qué fue tan importante en España? —insistió Raga.

—Bueno, Kraus jugó en Austria el mismo papel que la generación del 98 en España. Podríamos decir que era un profeta entre la decadencia imperial y la nueva barbarie que se cernía sobre Europa. Sus pullas ácidas y nihilistas buscaban arremeter contra la férrea altivez de la Alemania bismarckiana. Creo que es en *Del sentimiento trágico de la vida* donde Unamuno sostiene que a diferencia del kantismo y del hegelianismo, que eran sistemas mucho más profundos y acabados, el krausismo prendió en España porque no tenía sus raíces en el protestantismo, como aquellas filosofías, sino en un pietismo alucinado. Por eso lo abrazaron los gineristas y los pensadores católicos.

—Déjenme terminar con la reprimenda vasconceliana, porque ahora viene lo interesante. ¿Y en quién creen que vino a apoyarse el hereje Vasconcelos para combatir a los mediocres e inmorales paladines del burguesismo y a los incoloros sacerdotes de la cultura por la cultura?

—Pues en Ortega y Gasset —dijo Raga convencida.

—No, mujer. ¿No has visto la germanofobia de Vasconcelos? —le replicó don Ramón.

—Entonces en Unamuno.

—Menos. En el reaccionario y tradicionalista Menéndez Pelayo: “Por lo menos, Menéndez Pelayo tenía sentido de casta y rehabilitaba las bases africanas de la cultura patria en vez de buscarle fingidas alianzas entre los vikingos de Noruega o los bardos del Rin. Nosotros estábamos también de vuelta en aquello de adorar el fetiche extranjero. Un siglo de afrancesamiento y veinte años de yanquización nos habían fatigado el gusto de lo exótico y ahora leíamos con estremecimiento de patriotismo el *Trafalgar* de Pérez Galdós. A la hora en que España empezaba a ser negada por esa generación del 98 —jamás repuesta del traumatismo de la derrota— nosotros los vástagos, separados hacía un siglo, comenzábamos a levantar lo español como bandera. Don Marcelino, pues, me reincorporó a mi especie mental, librándome de toda esa corriente de savias híbridas que ha producido en nuestras universidades hispanoamericanas simios pragmatis-

tas, behavioristas, o fenomenólogos a lo germano. Mis propios yerros, por lo menos, son castizos”.

—Hombre, qué cantidad de derivaciones polémicas hay en eso que has leído.

—¿Cuáles? —preguntó Raga.

—Por ejemplo, la del odio generacional. Es sorprendente que el mismo odio con que la generación del 98 negó a la España decimonónica haya reaparecido en la generación de posguerra para negar a la España del 98.

—A mí lo que me sorprende —dijo Raga—, es el odio de Vasconcelos hacia los güeros, sean gringos, alemanes o noruegos. El pobre se quedó traumatado por su infancia entre los norteamericanos.

—No, lo más cabrón en Vasconcelos no es su güerofobia, sino la indiofobia. Con frecuencia se refiere a las culturas prehispánicas como ruinas bárbaras y residuos de una civilización ruin y sin alma. Hay un pasaje de el *Ulises criollo* digno de un antropólogo gringo, donde dice que la causa económica de la inferioridad de las civilizaciones precolombinas residía en la escasez de combustible.

—No exageres, muchacho. En *La raza cósmica* se habla de las civilizaciones precolombinas con respeto. Lo que sucede es que Vasconcelos era un católico apasionado y las religiones precolombinas le parecían demasiado bárbaras y sanguinarias.

—No exagero, maestro. Si quiere le busco los pasajes al respecto. Incluso llega a hablar de Cortés, Pizarro, Alvarado y Benalcázar con admiración. Y el colmo de los colmos es que cada vez que habla de Benito Juárez, el estandarte de la indianidad, lo pone a parir; no lo baja de traidor al catolicismo y de iniciador de la norteamericanización de México.

—Y por fin, ¿cuál es la dichosa raza cósmica? —interrogó Raga.

—Mira, mujer. Vasconcelos fue un hombre muy apasionado y veleidoso, de manera que cuando odiaba o amaba lo hacía hasta niveles de pura irracionalidad.

—Sí, ya vi lo que le hizo a María Antonieta —masculló Raga.

#### IV. UNA VISITA OBLIGADA A LOS MAUSOLEOS

—Eso no viene al caso ahora —expresó don Ramón.

—¡Cómo que no! —exclamó encendida Raga.

—Oye, cosita, no vas a volver con la misma música, ¿verdad?

—Sí, tienes toda la razón. Pero no es para que te enfades —dijo don Ramón ante la expresión enfurruñada de Raga—. Vasconcelos fue un polígamo incurable; no en balde miraba tanto hacia Oriente. Para que veas, Unamuno fue todo lo contrario: su amor por la sufrida Concha es único en los anales de la monogamia.

—Ahí sí permítame meter cuchara. Para Unamuno el término “mujer” es sinónimo de “madre”, con todo lo que esto implica: ser cadero, sufrido, consolador. ¿Se acuerda de aquella frase escandalosa del personaje de *Amor y pedagogía*, cuando dice que el fin de la mujer es parir hombres y que para eso debe educársela?

—Coño, pero eso no quita que en las novelas unamunianas sean las mujeres los personajes más fuertes y delineados...

—Sí, en tanto que madres sufridoras y nucleadoras del hogar. Cuantas veces se refiere a la sexualidad de la mujer (¿qué no fue él quien acuñó el famoso término de “cachondez?”), lo hace con una virulencia que nos retrotrae a la moral oscurantista del siglo XVII. Y no digamos cuando se refiere al hombre mujeriego, llegando a compararlo con el carnero por la relación directa que hay entre su sexualidad y su estupidez. Y es más, llega al colmo de sostener que en los pueblos de acentuada sexualidad no puede desarrollarse la cultura.

—Uy, qué diría el machito de Vasconcelos de esto.

—Mujer, no hay que dejar de considerar que el propio Vasconcelos se encargó de hacer una fuerte autocrítica al respecto. Incluso llega a sostener que mientras dura la lujuria del cuerpo, que él sitúa hasta los cuarenta años, no puede haber filosofía.

—Sí, sería todo lo autocrítico que usted quiera. Lo curioso es que siempre se autoflagelaba después de sus visitas a los prostíbulos.



—Y regresando a lo de la raza cósmica —dije retomando la dirección de la polémica—. Tampoco estoy de acuerdo con ese tonito exculpante que usa usted. Si Vasconcelos tiene alguna vigencia —y vaya si la tiene!—, es justamente por su veleidat y apasionamiento. Y aquí sí tengo bastante material que comentarle.

—Lo único que yo quería decirle a ella —aclaró a la defensiva don Ramón—, es que no deje de tener presente que todo lo que Vasconcelos refiere de la raza cósmica es más resultado de novelería que de científicidad.

—No, maestro, nada de mitificaciones ni mistificaciones. Ya estoy hasta la madre de restauraciones cacadémicas de Cides, Quijotes y Góngoras. Todo lo que voy a leerles ahora es Vasconcelos de cuerpo entero. El Vasconcelos tropical y jacarandoso que a mí me gusta, el Vasconcelos azote de la decrepita racionalidad de Occidente, el Vasconcelos...

—¡Coño, empieza ya y déjate de rosarios!

—Amén. El eje sobre el que gira todo el planteamiento vasconceliano de la nueva raza es la ley de los tres estados sociales: 1) el material o guerrero, 2) el intelectual o político, y 3) el espiritual o estético. El primer estado es el de la horda y la tribu, y ya fue superado; el segundo es el de la predominancia de la razón y se rige por la regla, la norma y la tiranía, y es el que actualmente vivimos; y por último vendrá el tercer estado, el del sentimiento creador y de la suprema fantasía (el *pathos* estético), el mundo de la belleza y la dicha.

—Oye, eso está muy bien.

—Puras excentricidades, mujer.

—¡Excéntricos así son los que necesitamos! Y sigo. En el primer período la voluntad es fuerza ciega y sin destino; en el segundo la voluntad se somete a la razón y se refrenda con el derecho y la lógica; y en el tercer período la voluntad se sublima y estalla hacia el infinito. Ahora bien, ¿cuál es la raza que va a imperar en esta tercera fase sublime? Para Vasconcelos la primera gran raza de la humanidad fue

la raza atlántida que prosperó y decayó en América, quedando reducida por último a los menguados imperios inca y azteca. Al decaer los atlantes...

—Un momentito, ¿esos atlantes son los de Tula? —interrumpió con ingenuidad Raga.

—Vaya, tontita tontita no eres.

—¡Plaf! —sonó escandalosa la bofetada.

—¡Bravo, mujer, se lo tenía bien ganado! —festejó el cabrón viejo el enrojecimiento de mi cachete.

—Bueno, ya veremos después qué solución le damos a esto, porque no puede quedar así nomás —dije echándole a Raga una mirada fulminante.

—Hombre, claro que no va a quedar así, ¡se va a hinchar!

—Je je, qué chistoso.

—Es que eres un maleducado, Eugenio —dijo semidisculpante Raga.

—Oye, pero de ahí a la cachetada hay un gran salto, ¿o no?

—Está bien, perdóname. Pero compórtate, por favor.

—No le pidas ningún perdón, mujer. Es a él a quien corresponde pedírtelo.

—Oh, qué ganas de joder.

—Bueno, ya síguele, ¿quieres?

—Mierda, con el coraje ya me olvidé dónde iba.

—Ibas en la marihuanada de los atlantes, muchacho.

—Al decaer los atlantes, la civilización se trasladó a Egipto y de ahí a la India y a Grecia, injertando nuevas razas. En Grecia se funda el desarrollo de la civilización occidental, la del hombre blanco, que es la que va a servir de puente para nuclear a las razas existentes (negra, india, mogol y blanca) y extraer de su fusión a la quinta raza: universal y superadora de todas las existentes. Pero, ¿a quién se refiere Vasconcelos cuando habla de la función nucleadora de la raza blanca? A las dos ramas más audaces, más fuertes y más disímiles de la familia europea: el español y el inglés.

—¡Qué locura! —exclamó Raga.

—Espera, que ahora viene lo sabroso. Desde el principio, los españoles o latinos, poseedores de genio y arrojo, se apoderaron de las mejores regiones, y los ingleses tuvieron que conformarse con lo que les dejaban individuos más aptos que ellos. Pero con el desastre de la Armada Invencible y la derrota de Trafalgar, se inicia el cambio de dirección en el mando, que viene a concluir en las últimas derrotas de Santiago de Cuba, Cavite y Manila. Mas por si quedara, no obstante estas derrotas, alguna duda sobre la superioridad del hispano: “...cualquier profesor puede comprobar que los grupos de niños y jóvenes descendientes de escandinavos, holandeses e ingleses de las universidades norteamericanas son mucho más lentos, casi torpes, comparados con los niños y jóvenes mestizos del sur”. Esto sí le gusta, ¿eh?

—Hombre, francamente es demasiado. Yo creo que hablaba basándose en su propio caso.

—Sigo. ¿Y por qué se han apoderado del continente americano los sajones? Porque la gran obra que iniciaron los grandes conquistadores quedó en manos de palaciegos degenerados y de monarcas extranjeros rodeados de enanos, bufones y cortesanos, que se empeñaron en la manía de imitar al Imperio romano; y es que el cesarismo es el azote de la raza latina. Pero parte de la culpa recae también en el absurdo nacionalismo que ha desmembrado a toda Hispanoamérica en un pulular de repúblicas independientes desligadas de sus hermanos —¡las republiquetas orteguianas!—, y atraídas por los falsos beneficios de falsos tratados con el rival del Norte; de manera que los héroes de las nacionalidades hispanoamericanas fueron, sin proponérselo, los mejores aliados del sajón. Por eso: “Nosotros no seremos grandes mientras el español de la América no se sienta tan español como los hijos de España”. Mas en la historia ninguna raza vuelve, cada una plantea su misión, la cumple y se va. Y la raza inglesa, por no mestizarse con el indio, al que exterminó, y cruzarse sólo con los blancos, está llegando al punto de su decaden-

cia; cediendo su hegemonía a la quinta raza: el hombre iberoamericano, el único para quien la belleza es la razón mayor de toda cosa.

—Vaya, eso último no está nada mal —comentó Raga.

—Y escucha este planteamiento medular de su filosofía estética: “Convengo en que se acepte la máquina, en que se acepte el método; pero ¿por qué se ha de aceptar la ideología pobre y la mala estética? ¿Qué entienden de belleza esos ojos habituados al semitono y a los eternos grises? Sentimentalismo enfermizo es todo lo que sale de esas primaveras pálidas, de esos veranos tibios y otoños que se desdibujan. ¿Cómo se atreve a hablar de belleza el que no ha contemplado los paisajes del trópico?”.

—¡Bravo! Eso tenemos que colocarlo a la entrada de la cabaña —explotó Raga eufórica.

—No, mujer. Mejor se lo damos a FONATUR para que lo ponga junto a aquello de *Founded Paradise*.

—Y sigue el canto al trópico: “...se desarrollará otra vez la pirámide, se levantarán columnatas en inútiles alardes de belleza, y quizá construcciones en caracol, porque la nueva estética tratará de amoldarse a la curva sin fin de la espiral, que representa el anhelo libre, el triunfo de ser en la conquista del infinito. El paisaje pleno de colores y ritmos comunicará su riqueza a la emoción; la realidad será como la fantasía. La estética de los nublados y de los grises se verá como un arte enfermizo del pasado”.

—Oye, qué actualidad hay en todo eso que dices.

—En conclusión: “...las grandes civilizaciones se iniciaron en los trópicos y la civilización final volverá al trópico”.

—En fin, no deja de ser un gran disparate con ciertos visos de genialidad.

—No, maestro. Esos planteamientos son de una visionariedad extraordinaria.

—Hombre, ¿ya viste en qué vino a terminar su Universópolis amazónica? Toda esa apologética turística de Argentina y Brasil, que se recarga doblegante sobre la originalidad fantasiosa de la quinta

raza, sería motivo de escarnio crítico si no moviera a verdadera compasión. Una vez más el esplendor de los sueños tropicales amanece en un lodazal de miseria y oprobio.

—No me la ponga tan drástica, maestro.

—Cómo no, hombre. Esas alusiones a Argentina como el país más fuerte, culto y hermoso de América no pueden menos que motivar un sentimiento de vergüenza a la vista de lo que está sucediendo hoy allí.

—Sí, pero el propio Vasconcelos experimentó en su piel el azote del pretorianismo y no cesó de prevenir contra él. Además, enemigo acérrimo del darwinismo social, no cesó de llamar la atención sobre la necesidad del control del crecimiento y la implantación de medidas eugenésicas.

—No le busques cinco pies al gato, muchacho.

—Yo lo que no entiendo es, ¿qué tenía que ver Argentina con la famosa quinta raza y con el trópico? —inquirió Raga.

—Mira, mujer. Lo que sucede es que Vasconcelos fue enviado a Suramérica como embajador especial, y esto motivó que le dispensaran un trato excepcional. Claro, hay que tener en cuenta el ascendiente de la personalidad de Vasconcelos, cuyo paso por la Secretaría de Educación había sonado a través de toda Hispanoamérica. Y por otro lado, en el momento del viaje, Argentina vivía un período de notable esplendor tanto económico como cultural; por eso Vasconcelos, echando mano de una rudimentaria aritmética futurista, sacó esas conclusiones que hoy nos mueven a risa.

—¿Y cómo recibieron en España las nuevas ideas de Vasconcelos? —insistió Raga.

—Como siempre: las azotaron con el látigo de la indiferencia.

—No fue así de fácil como lo pintas, muchacho. Hay que tener en cuenta el oscurecimiento cultural de la Guerra Civil, con el consiguiente momento de ruptura señalado por el exilio republicano.

—De acuerdo, pero no me va a negar que ni Ortega ni los orteguistas jamás aceptaron ese canto desesperado en favor de lo his-

panoamericano y en contra de la rígida racionalidad germana, que entonaba con pasión Vasconcelos.

—Lo que yo no entiendo —dijo Raga—, es esa atracción de Ortega y Gasset hacia lo germano.

—Para que veas, ése fue uno de los puntos más conflictivos entre Ortega y Unamuno. El energuménico Unamuno, como le decía el tirano Ortega, no dejaba de ver en Alemania la cuna del brutal Lutero y del anticatolicismo que había conducido a Europa al caos.

—Lo que Gasset valoraba de lo germano —aclaró don Ramón—, es que era la complementaridad que lo hispano necesitaba para plenificarse y entrar en la modernidad.

—Sí, maestro, pero se da la casualidad de que en esa complementación lo determinante era lo germano y lo determinado lo hispano.

—Esa es una percepción de circunstancia y coyuntura.

—No me venga con evasivas. Desde las *Meditaciones del Quijote* empieza el ataque contra Menéndez Pelayo y los inventores de la falsa dicotomización: nieblas germánicas y claridad latina. Para Ortega no hay duda: la cultura germánica es de realidades profundas; mientras que la latina lo es de pura superficie. Y es más, para Ortega es una confusión y una hipocresía hablar de cultura latina; en rigor, lo que hay es una cultura mediterránea. Y una cosa es el mundo mediterráneo y otra muy distinta Europa. Ésta sólo comienza a existir como tal con los germanos.

—Coño, pues es cierto. Y además fijate bien que, como Gasset mismo se encarga de señalar, todos los pueblos latinos están entrecruzados con sangre germánica. Sin ir más lejos, yo, y conmigo al menos el cincuenta por ciento de los españoles, y ni qué decir del resto de Europa, soy mil veces más germánico que mediterráneo.

—¡Ahí es donde lo quería agarrar! No en vano Ortega criticaba a la cultura mediterránea por su culto al sensualismo y la entrega a la áspera fiereza del presente. Y es que Ortega no sólo era germanófilo de corazón, sino antitropical a muerte. Escuche este fragmento viru-

lentísimo que, aunque aplicado a España, vale para la tropicalidad en su conjunto en tanto que “cultura salvaje, cultura sin ayer, sin progresión, sin seguridad; cultura en perpetua lucha con lo elemental disputando todos los días la posesión del terreno que ocupan sus plantas”. ¿Y no es esto lo que usted, Raga y yo buscamos viviendo aquí?

—Estamos hablando de espaciotiempos distintos, muchacho. No hagas extrapolaciones gratuitas. Gasset no buscaba ensalzar de modo absurdo lo propio haciendo de verdaderas deficiencias falsas virtudes, sino que señalaba la necesidad que tenía lo mediterráneo y lo hispano del rigor metódico y de la conceptualidad germana.

—Claro, porque: “detrás de las facciones mediterráneas parece esconderse el gesto asiático o africano, y en éste —en los ojos, en los labios asiáticos o africanos— yace como sólo adormecida la bestia infrahumana, presta a invadir la entera fisonomía”.

—¡Qué bárbaro! Ahí ya ni se midió —exclamó Raga escandalizada.

—¡Coño, es que nada más estás resaltando consideraciones de los primeros años del deslumbramiento juvenil de Gasset por lo germano. Después de haber regresado de Alemania, sus puntos de vista se matizaron mucho más hacia la integración de los complementarios, de la que antes hablé. Y además no se pueden comprender las exigencias gassetianas de rigor metódico si no se conocen las desviaciones históricas que Gasset combatía en lo hispano.

—¿Cuáles desviaciones? —preguntó Raga.

—Bueno, ése es un tema que requiere atención aparte.

—¿Por qué aparte? ¿No estamos metidos en esto? Pues de una vez —dije convencido.



Don Ramón se levantó y se fue hacia uno de los librereros. Luego de rápida búsqueda y acopio de libros, regresó a la mesa y me los arrojó enfrente al tiempo que decía:

#### IV. UNA VISITA OBLIGADA A LOS MAUSOLEOS

—A ver, mocoso. ¿Qué conoces tú de esto?

Tomé uno por uno los libros y, con calculada parsimonia, fui leyendo: *Idearium español*, de Ángel Ganivet; *Los españoles en la historia*, de Ramón Menéndez Pidal; *El porvenir de España y los españoles*, de Miguel de Unamuno; *Algunos caracteres de la cultura española*, de Karl Vossler...

Don Ramón me quitó con brusquedad todos los libros de enfrente y los puso en el piso al lado de su asiento.

—Luego de que leas todo esto —aclaró—, podremos entrar de lleno en la polémica en torno a la caracterología del ser hispano. Pero ahora, y antes de que se te atrofien las neuronas, me interesa que veamos lo que para mí es fundamental: el método.

—No chingue, hasta ahora iba muy bien la plática.

—Vamos a ver qué tan águila eres.

—Ni madres, en cuestiones de método no soy águila, sino zopilote.

—Uy —terció Raga bostezando—, si se meten en ese rollo del método yo me voy a pintar.

—Espera, mujer. El método es la columna vertebral de toda obra. A ver, muchacho, te doy la oportunidad de que me sorprendas.

—Para empezar yo soy antitodo: antisistemático, antimetódico, ¿o debería decir ametódico?

—No, muchacho, estás completamente errado. Tú lo que eres es inframetódico. Y recuerda que...

—Sí, ya sé que “el antimétodo es el peor de los métodos posibles”.

—A ver, ahí parece que tienes un esquemita —dijo señalando con la barbilla hacia las notas que yo estaba observando.

—¿Quiere un planteamiento esquemático y concluyente? Pues ahí le va: por Unamuno y Vasconcelos contra Ortega y Reyes.

—No empieces con astracanadas.

—No son astracanadas.

—No, más bien son astraburradas. Yo lo que quiero es oír razones y no meras opiniones.

—Es que para mí la racionalidad...

—Es que nada, coño. Te repito que la irracionalidad es la manifestación extrema de la miseria racional. ¿Está claro?

—¿Cómo está eso, don Ramón? —intervino Raga—. ¿Entonces cómo explica usted, por ejemplo, el sentimiento estético?

—Esa es otra cuestión. Lo que ahora importa señalar es que la irracionalidad o la antirracionalidad no son estados superiores o distintos a la racionalidad, sino formas aberrantes de la misma. ¿Entiendes, mujer?

—La verdad, no.

—Mira, déjame explicártelo de este modo: no todo lo real es racional, como quería absurdamente Hegel, pero todo lo que es racional no puede dejar de serlo. Por eso la mala racionalidad, antirracionalidad o irracionalidad, no dejan de ser manifestaciones de lo racional.

—Ah, ya le entendí.

—Te lo puedo plantear también desde un punto de vista metodológico: no es lo mismo derrocar que aportar; ser antirracional o irracional forman parte de una dinámica negadora-derrocadora de la razón, pero no se supera a la razón negándola-derrocándola, sino aportando una realidad superior.

—¿Y cuál es esa realidad superior?

—La concreción, mujer. Pero esa es una cuestión muy compleja que podremos ver luego con más detenimiento. A ver, te escuchamos —dijo dirigiéndose a mí—, ¿qué nos dices del método gassettiano?

—Un momento, no descongele aún ese cadáver. Si no le importa prefiero empezar con el profeta del existencialismo; y hablo del existencialismo radical y no del espectacular de la posguerra.

—Déjate de ismos y clasificaciones arbitrarias y ve a lo sustancial.

—Espere, maestro. Para mí y mi generación el existencialismo no fue una filosofía más, sino un sacudimiento existencial; y como sé que este sacudimiento va a repetirse, quiero dejar bien clara la tan

manida cuestión de sus orígenes. Para empezar a mí no me interesa la línea heideggeriana-sartreana, sino la kierkegaardiana-unamuniana; es decir, no quiero perderme en elucubraciones ontológicas que terminan produciendo náuseas, sino en desgarramientos vitales que humanizan a plenitud la filosofía.

—Mira, muchacho...

—Bueno, ¿me deja seguir o no?

—Sigue, sigue.

—Repito que para mí es mil veces más vivo y pujante el contenido místico-alucinado de *Del sentimiento trágico de la vida*, que el retorcimiento abstractizante de *El ser y el tiempo* o *El ser y la nada*. Tal vez estas dos últimas obras sean más trascendentes desde la perspectiva del sistema y del método, que a usted tanto le fascina; pero desde una posición de confrontación existencial entre la vida y la muerte, lo efímero y lo eterno, el deseo y la angustia, la soledad y la comunidad, la obra unamuniana no tiene par. Y fijese que al hablar de una línea precursora dejo de lado intencionadamente a Pascal, cuya duda agónica, resultado de la confrontación entre la insuficiencia dogmática de la razón y la necesidad desesperada de la creencia, terminó aceptando un embrutecimiento (el *s'abêtir* pascaliano) enajenante.

—Hombre, si niegas la ascendencia de la duda agónica pascaliana, entonces no te queda más opción que negar a Kierkegaard y a Unamuno, y pasarte al lado de la duda metódica; es decir, la cartesiana.

—No me complique las cosas. Yo lo que quiero decir es que me interesa el Unamuno kierkegaardiano que exprime la racionalidad hasta la última gota de sangre y, al encontrarse con la nada, le exige a Dios con desesperación que viva en él para inmortalizarse.

—Con su permiso, yo me voy a mi mundito de colores, que será de menor trascendencia pero tiene mayor claridad —dijo Raga levantándose.

—Sí, mujer. Al rato nos vemos.

Salió Raga y el viejo volvió a insistir sobre lo mismo:

—No hay más que dos manifestaciones pascalianas: la de las *Provinciales* y la de los *Pensamientos*. Si aceptas...

—Es que a mí no me interesa ninguna de las dos. La primera por su turbia polémica jansenista con los jesuitas, y la segunda porque es un cartesianismo consumado.

—¡Coño, pero qué incoherencias dices! Rechazas a Pascal por su polémica con los jesuitas y ensalzas a Unamuno, que fue tal vez el mayor enemigo de los jesuitas.

—Ese no es el Unamuno que a mí me interesa. Yo hablo del Unamuno que hace del existir un insistir, y que no se dobla como caña pensante pascaliana, ni acepta la insuperable soledad del ser en sí heideggeriana-sartreana, sino que recurre a la invención de Dios como representación eterna y universal del ser otro. ¿Me explico?

—Sí, sí, vas bien.

—Por eso hablo de una línea kierkegaardiana-unamuniana. Además, ¿no bastaría como muestra de la esencial unidad de esta línea el hecho de que Unamuno se abocara con pasión al estudio del danés, para leer en el idioma original a su maestro Kierkegaard?

—¿Me permites una aclaración?

—No faltaría más, maestro.

—Voy a dar por sentado que estamos de acuerdo en que el eje sobre el que gira la filosofía existencialista es la relación sujeto-sujeto.

—No sólo la existencialista.

—Bueno, pero ninguna corriente filosófica llevó el problema de la relación existencialista sujeto-sujeto a los niveles del existencialismo. Y para que entiendas a fondo lo que quiero decir, échale luego un vistazo a la *Metafísica de la expresión* de Nicol, que tengo ahí en el librero de la derecha. Bien, lo que a mí no me termina de convencer es que entre todas las ramificaciones (Jaspers, Heidegger, Marcel, Sartre, etc.) sólo aceptes la kierkegaardiana-unamuniana.

—Es que a mí me interesa el tronco y no las ramas. Heidegger y Sartre sucumbieron ante la radical incompatibilidad del yo (no es gratuito que el primero se empantanara con el nazismo, y el segundo

con el marxismo y aquel desenfreno erótico que escandalizaba a Unamuno). Jaspers y Marcel, por otro lado, no se atrevieron a trascender la objetividad del yo, de manera que su opcional “nosotros” es gregario y comunal. Y recuerde aquella sentencia lapidaria de Nietzsche: “Toda comunidad vuelve común”. Entonces no me queda más que la desesperación unamuniana ante la radical soledad del yo. Y es que Unamuno es el único que, perdida ya la esperanza en la plenitud de la relación sujeto-sujeto, se atreve a poner como interlocutor de su soledad al todo, personificado en Dios. Claro, a mí no me interesa Dios como concepto, sino lo que subyace en ese hallazgo. ¿Está claro?

—Casi.

—Déjeme decírselo de otra forma más a la mano. Para mí, y me atrevo a decir que para los cerebros más inconformes y antigregarios de mi generación, el problema no es saber cómo restaurar la podrida racionalidad, sino inventar o descubrir (que es lo mismo) algo que esté más allá de la racionalidad. Unamuno le llamó Dios (su Dios). Yo le llamo, a falta de una mayor profundización, la fuerza mágica de la Naturaleza.

—Todo eso que señalas tiene vida en su fundamentación, pero adolece de una contradictoriedad enfermiza. Por ejemplo, reprochas las inclinaciones político-eróticas de Heidegger y Sartre y no dices nada del medievalismo unamuniano, que ora se rompe la vida en un pleito cavernario contra la monarquía, ora celebra el triunfo bestial de Franco contra las fuerzas de la República. Por otro lado, no es lo mismo inventar que descubrir. Inventar es lograr que, mediante un proceso de producción de conocimiento concreto, el sujeto inventor, el objeto inventado y los instrumentos productores de la invención formen una totalidad que no preexistía a la acción del sujeto; mientras que descubrir es poner de manifiesto algo que ya existía, si bien oculto; descubrir: quitar el cubrimiento.

—Espere, espere. En principio, Unamuno no se partió la madre contra la monarquía en abstracto, sino contra un monarca inepto muy específico. Y además déjeme decirle que yo no comparto para

nada las ideas o arrebatos políticos de Unamuno, aun cuando a esa febril celebración del triunfo franquista haya que aunarle la crítica ejemplar que hacia el final de sus días hizo al apocalíptico Millán-Astray en la Universidad de Salamanca. Como tampoco comparto las ideas políticas de Ortega. A mí, aquí y ahora, me parece que toda forma absolutizadora del quehacer político es, en esencia, una negación de la plenitud del ser; lo mismo que la urbanidad es la negación de la plenitud natural.

—Bueno, ya nos estamos alejando del tema, muchacho.

—No, maestro. Mi tiempo es un tiempo de totalidades, porque es el todo mismo el que está sobre la mesa a discusión: o lo salvamos o le damos en la madre. Ahora, sobre eso de la contradicción, ¿acaso usted no ha hecho suyo aquel derecho que exigía Unamuno de poder contradecirse?

—Mira, eso de la contradicción no es lo mismo manejarlo a nivel cotidiano que a nivel metodológico. Desde un punto de vista metodológico la contradicción es una oposición abstracta, y como tal hay que entenderla; pues no es lo mismo una oposición abstracta que una oposición concreta o una oposición pseudoconcreta.

—Yo de eso no sé nada, maestro. Cuando yo digo que exijo el derecho a contradecirme lo que quiero señalar es que sacrifico la estabilidad en favor del cambio, la seguridad burocrática en favor de la inseguridad creativa; en fin, que me vale madre esa concepción del hombre de ideas sólidas y principios inamovibles, que fue la letanía de su generación y que yo no quiero para mí ni para la mía.

—Pero no olvides, muchacho, que al lado del inalienable derecho a contradecirse y ser distinto cada día, Unamuno colocaba el: “sin dejar por ello de ser el mismo siempre”. De hecho, en sus *Soliloquios* sostiene que todas sus obras no son más que un solo pensamiento en todas sus posibles variaciones. En fin, centrémonos en la cuestión metódica que es la que nos permitirá entender mejor esa exigencia de contradictoria permanencia, o permanente contradictoriedad.

—De acuerdo. Usted coincidirá conmigo en que la base del método unamuniano es la vida misma. Desde su significativo ensayo *La ideocracia* (1900), Unamuno deja ya en claro que hay que liberar a la vida de la odiosa tiranía de las ideas. La vida, pues, es lo que determina la validez de las ideas, y no al revés. De ahí que la concepción unamuniana de lo verdadero, no sea la concordancia de conceptos, sino la concordancia del espíritu particular con el espíritu universal. Y como ya vimos que para Unamuno el espíritu universal surge en el espíritu particular cuando la búsqueda desesperada del yo llega al límite, la concordancia sustentadora de la verdad no es, en consecuencia, más que la concordancia del ser consigo mismo. Esto explica de manera contundente el porqué de la manía autodialogal (como él quería en vez de monologal) que caracteriza a toda la obra unamuniana. Para Unamuno el planteamiento metodológico debe ser, entonces: “*Primum vivere, deinde philosophari*”.

—Ahí está Hume de cuerpo entero.

—Por ello, el filosofar unamuniano no es un filosofar exclusivamente mental, sino que atañe por igual al corazón y a los riñones, al estómago y a los huesos; es, en definitiva, un filosofar de todo el cuerpo. Y un filosofar corporal es necesariamente un filosofar con el sentimiento. No en balde Unamuno le reprocha a Descartes el haber cometido el error de querer conocer prescindiendo del ser; de manera que el *cogito ergo sum* debiera ser *sum ergo cogito*. El ser pensante unamuniano es, pues, antes que animal racional, animal afectivo (hay animales que razonan, pero sólo el hombre ríe y llora). Al privilegiar al sentimiento por encima de la razón, la búsqueda genérica unamuniana se polariza hacia la poesía y la novela, con el consecuente menosprecio de la filosofía sistemática y la ciencia.

—Pido un alto obligado para resaltar algo que tengo aquí respecto al cavernarismo unamuniano ante la ciencia. Es un fragmento único en su contundencia, que extraje de la entrevista que Unamuno le concedió al hispanista Jacques Chevalier. ¿La conoces?

—No recuerdo.

—En medio de uno de sus típicos soliloquios, y llevado por su visión holocáustica del progreso, llega a sostener que: “La ciencia es implacable, y si no se evita, conducirá a la humanidad entera al suicidio, porque mata en nosotros el corazón, el instinto, la fe, todo lo que concede al hombre coraje para vivir”. ¿Te das cuenta de lo que esto significa?

—Sí, se oye muy drástico, pero yo lo comparto.

—¡Coño ya te estás cavernarizando tú también!

—Oiga, maestro, ¿ya vio lo que está pasando con las computadoras?

—Una cosa es la ciencia y otra su mal empleo.

—No, maestro. De seguir la fiebre tecnolátrica vamos a terminar relegando todas las funciones vitales (y no nada más las mentales) a las computadoras. Por eso es que me llega el grito de la angustia unamuniana, al margen de sus quijotadas y sus arrebatos medievales.

—A ver, abunda un poco más sobre esa angustia, que tiene su arranque metodológico en la *Ética* spinoziana.

—Kierkegaardiana, querrá decir.

—No, muchacho. Dije spinoziana y dije bien. Si leíste la *Ética*, recordarás aquello de que el ser en sí de las cosas se esfuerza por perseverar en su ser, y de que este esfuerzo por seguir siendo es la esencia actual de cada cosa. Pues en la filosofía unamuniana esta proposición adquiere la forma siguiente: todo hombre, en cuanto energía vital, se esfuerza por seguir viviendo, y este anhelo de no querer morir constituye su esencialidad.

—Tengo que concederle este punto. Yo emparentaba directamente el deseo de inmortalidad unamuniano con aquella sentencia kierkegaardiana que, ante el suicidio al que conduce el pensamiento puro, se aferraba con desesperación a la fe vital.

—El que yo te señalé es el fundamento filosófico; éste que tú señalas es el vital.

—Lo que no admite duda es que todo el filosofar unamuniano gira en torno a la confrontación entre la insuficiencia de la razón y

el deseo eternizante de la vida. O lo que en términos más sartreanos sería el devenir entre el ser y la nada. Aquí tengo una nota de *Del sentimiento trágico de la vida* muy significativa respecto al devenir contradictorio unamuniano como conflicto entre la razón y la vida: “¿Contradicción? ¡Ya lo creo! ¡La de mi corazón, que dice que sí, mi cabeza, que dice que no! Contradicción, naturalmente. ¿Quién no recuerda aquellas palabras del Evangelio: ‘¡Señor, creo; ayuda a mi incredulidad!’? ¿Contradicción?, ¡naturalmente! Como que sólo vivimos de contradicciones, y por ellas; como que la vida es tragedia, y la tragedia es perpetua lucha, sin victoria ni esperanza de ella; en contradicción”.

—Una vez más déjame señalarte que el uso que hace Unamuno de la contradicción está más acá (oposición pseudoconcreta) y más allá (oposición concreta) de la mera oposición abstracta. ¿Por qué pones esa cara?

—Es que me está hablando de algo de lo que yo no puedo opinar con precisión. ¿Qué entiende usted por oposición pseudoconcreta, por ejemplo?

—Bueno, hombre, luego ya te daré aquella metodología de la que te hablé y donde se explica muy bien todo esto. Lo que es importante ahora es que sepamos distinguir lo que es una oposición-confrontación de razonamientos y una oposición-confrontación de objetividades. ¿Entiendes? Mira, sin ir más lejos, la oposición unamuniana entre vida y muerte no es un acaecer teórico o exclusivamente racional, sino una confrontación total. ¿Qué no has reparado en el énfasis con que Unamuno destaca la preponderancia del culto a la muerte sobre el culto a la vida?

—Sí, claro. Por eso dice que el hombre es el único animal que almacena cadáveres.

—Y si te fijas en los personajes de sus novelas encontrarás que la muerte constituye el momento diferenciador-personificador por excelencia. Así en *Paz en la guerra*; en *La tía Tula*; en *San Miguel Bueno, mártir*; etc. Y yo creo que es en la conflictiva relación vida-muerte

donde reside lo mejor y lo peor (exceptuando, claro, las veleidades políticas) de Unamuno. Escucha esto que tengo aquí especialmente anotado para ti: “Conciencia, *conscientia*, es conocimiento participado, es consentimiento, y consentir es compadecer”. De aquí que llegue a sostener que: “toda conciencia lo es de muerte y de dolor. La conciencia es una enfermedad”. Y en *Del sentimiento trágico de la vida* la excesividad sadomasoquista alcanza niveles de verdadera patología: “El remedio al dolor, que es, dijimos, el choque de la conciencia en la inconsciencia, no es hundirse en ésta, sino elevarse a aquélla y sufrir más. Lo malo del dolor se cura con más dolor, con más alto dolor”.

—Ese Unamuno no me interesa para nada.

—Es que se da la fatalidad que aquí tu socorrida confrontación entre Eros y Tanatos no funciona. En Unamuno no hay Eros; todo se resume en una lucha desesperada contra el imperio de Tanatos. ¿No te parece elocuente al respecto la manía unamuniana por las etimologías?

—Le repito que a mí lo que me interesa de Unamuno es su confrontación con la insuficiencia de la razón. El Unamuno que grita: “En una palabra, que con razón, sin razón o contra ella, no me da la gana de morirme”. Ese “no me da la gana” tan hispano, que habla de una volición esencial, libre y trascendedora; y que proclama con contundencia vital el triunfo de la voluntad sobre la razón. Y no es cierto que el hombre unamuniano sucumba ante Tanatos, porque es justamente en el momento de la caída en la nada cuando surge Dios, como el hombre proyectado al infinito y eternizado en Él.

—¿Cuál Dios, muchacho?

—Le repito que llamarle Dios o Naturaleza es lo de menos; lo importante es que sin esa desesperación religiosa que surge como consecuencia de la confrontación entre el sentimiento y la razón, el ser y la nada, sin ese sentimiento trágico unamuniano, no hay heroicidad posible; porque la base de la heroicidad es la desesperación; la desesperación por querer lo imposible, por esperar la realización del

absurdo y la locura. Y recuerde que ya lo había dicho Giordano Bruno (aquel “Quijote del pensamiento”, como le llamó su par Unamuno): “El amor heroico es propio de las naturalezas superiores llamadas insanas —*in-sane*—, no porque no saben —*non sanno*—, sino porque sobresaben —*soprasanno*”. Y además...

—Mira, muchacho. Toda esa heroicidad —y no poca de la pasión etimologista— es producto de una lectura exaltada de Carlyle, ese predecesor tuyo del que tanto reniegas.

—No empiece con chingaderas.

—No son chingaderas. Del héroe como personificación de la voluntad divina a la divinización heroica de don Quijote, no hay más que un paso, que Unamuno dio con su característica univisionalidad histórica. Hizo de su existir una tragedia y pretendió tragedizar a todo el ser hispano.

—Un momento. Ese es uno de los puntos en que yo no estoy de acuerdo con usted. Si mal no recuerdo, creo que fue en una de sus epístolas chinantecas donde mencionó que el ser del español no era trágico, a pesar de...

—Yo no hablaba de lo trágico emanante y sustentador de la heroicidad, sino de lo trágico como desgarramiento y desesperación (que es lo trágico unamuniano). En este sentido Unamuno no deja de ser una excepción confirmadora de la regla: lo hispano es por esencia una sublimación de la gozación y el sufrimiento, y no una mera subyugación de Eros por Tanatos. Jean de la Bruyère decía que “la vida es una tragedia para los que sienten y una comedia para los que piensan”. Y ya antes Petrarca constataba que “la razón habla y el sentimiento muere”.

—No, maestro, la razón no habla. Las más de las veces ladra. Y creo recordar que Ortega mismo, en su ensayo sobre Mirabeau, en el *Tríptico*, dice que al hombre de pensamiento no le queda otra forma de heroicidad más que el martirio.

—En fin, querido amigo. Desde el punto de vista del conocer, el rechazo unamuniano a la racionalidad y la consiguiente entrega

del sentimiento a la fe (por no hablar de la fobia hacia la ciencia), hacen del filosofar unamuniano un mero derrocar sin aportación. Si a esto le aunamos el rechazo en bloque a todo lo que implique novedad y progreso —desde el Renacimiento y la Reforma hasta la Revolución, y la brutal apología de la guerra que se hace al final de *Del sentimiento trágico de la vida*, así como al inicio de *La agonía del cristianismo*, y que contrasta violentamente con el Unamuno pacifista de la correspondencia con Ganivet— tendremos a un reaccionario cabal.

—¿De qué demonios está hablando?

—Presta atención, muchacho, porque parece que lees y no te queda nada. Este pasaje es de *La agonía*...: “No me cansaré de repetir que lo que más nos une a los hombres unos con otros son nuestras discordias”.

—Pues eso se aplica perfectamente a usted y a mí.

—No digas sandeces. Y este otro *Del sentimiento*..., que sería cómico si no fuera trágico: “La guerra es escuela de fraternidad y lazo de amor, es la guerra la que, por el choque y la agresión mutua, ha puesto en contacto a los pueblos, y les ha hecho conocerse y quererse. El más puro y más fecundo abrazo de amor que se dan entre sí los hombres, es el que sobre el campo de batalla se dan el vencedor y el vencido. Y aun el odio depurado que surge de la guerra es fecundo. La guerra es, en su más estricto sentido, la santificación del homicidio”. Y por si esto no fuera suficiente, está luego esa concepción de la política...

—Peor es lo que dice Ortega en su *España invertebrada*. Y además, a mí me vale madre todo eso. Yo quiero al Unamuno de carne y hueso, al Unamuno viril y apasionado que le mienta la madre a los jóvenes culteranos de la castrada intelectualidad española; a esos papadores de moscas, imbéciles cantores y ranas castizas que llevaron entonces y quieren llevar hoy a España y a toda la hispanidad a un amariconamiento de la vida en favor de un lenguaje afectado y exquisito. Sí, acepto que los errores y desvaríos unamunianos son grandes, pero grandes son también sus aciertos. Usted habla de que

la filosofía de Unamuno es derrocadora y no aportadora, pero dígame la verdad, ¿acaso son filosofías aportadoras las de esos batracios burocráticos, que tienen más abdomen que músculo y cerebro, y que se dedican a interpretar el mundo desde un confortable cubículo? No, maestro, yo no quiero ni a esos seudofilósofos ni a esa seudofilosofía; yo quiero un pensamiento que arroje la vida por delante, un pensamiento de riesgo y confrontación y no una rumia mental de cómodas sofisticaciones. ¡Se acabó, mierda! ¡Ya no más masturbadores mentales que ocultan su impotencia tras su engrisecida existencia! Si alguna filosofía va a sobrevivir al embate de la tecnolatría, no va a ser otra más que aquella que se enraíce en la imperfección turbulenta de la vivencia; y justo ahí, en la totalización apasionada del vivir y del obrar, es donde luce imponente el legado unamuniano.

—Bueno, te ganaste un mezcalito —dijo don Ramón levantándose—. Pero recuérdame que ahora que abordemos a Gasset, abunde un poco sobre la diferenciación entre el espíritu guerrero y el espíritu industrial.



Aproveché el paréntesis y me fui al baño. Al salir, un mundo de reverberante diafanidad me envolvió de pronto, y el eco del griterío unamuniano se apagó como explosiva ascua solar sobre un océano de vida. No, no y mil veces no a ese culto desvitalizador a la muerte. Sentir la presencia nadificante de la muerte, sí; hombrearse con ella hasta saberla parte consumante de uno mismo; pero jamás hacer de la muerte la razón irracional de la vida. Sí, querido Unamuno, antes que saber morir hay que saber vivir. ¿Cómo demonios podremos enfrentar el cómo y el dónde de la muerte si no hemos dominado el cómo y el dónde de la vida? Ésa ha sido la némesis de nuestros pueblos: obsesionados por la muerte, mortificamos la vida. Ya basta de pulsiones tanatofílicas y tezcatlipóquicas. Ya no más filosofías de la renuncia y el sacrificio. Obrar para ser y no contra el ser; ser un querer y no un rechazar.

—Eugenio, ¿dónde andas? —oí el vozarrón del viejo celta.

Regresando del enmontamiento vi que don Ramón estaba frente al tapasco de la cocina echándole un vistazo al horno.

—Anda, échate un jicarazo que traes una cara de adormilado que ni te imaginas —dijo mientras preparaba una jarra de limonada.

—Estaba dándole vueltas a lo que estuvimos platicando. ¿No le parece terrible que todas las filosofías opuestas al yugo de la razón devengan entre la renuncia y el sacrificio?

—¿Renuncia y sacrificio de qué?

—Pues del ser, de la plenitud del ser. Lo más natural es que el rechazo de la racionalidad trajera consigo una revitalización de lo sensiente; pero en lugar de esto lo que encontramos es una renuncia mística o nihilista y una espectacularidad sacrificante.

—Todavía en la Grecia de Demócrito y Epicuro, en la Roma de Lucrecio, o en la Francia de Holbach, tenía sentido hablar de esa plenitud del ser que tú exiges. Pero en nuestro tiempo, querido amigo, la plenitud sensiente es un doloroso sueño de despertar computarizado. Los sentidos fueron por siglos los órganos naturalizadores de lo humano; pero ahora ya casi no queda naturaleza que oler, ver, gustar, tocar ni oír; en fin, o tu generación cambia el rumbo de la Historia, o nuestros descendientes estarán condenados a una macrocefalia insensibilizada. Mejor vamos adentro a seguir con nuestro juego de abalorios.

Una vez sentados en torno a la mesa, el viejo echó mano al resto del puro que había dejado sobre el cenicero y lo prendió. Tras varias jaladas avivadoras, el puro entró en decidida combustión dejando aromática constancia de un amoroso y mágico cultivo.

—¿Qué, te atreves con uno? —inquirió don Ramón viendo el pasmo con que yo lo veía.

—No, nada más estaba embelesado viéndolo gozar la fumada. La verdad es que me admira el control que ejerce sobre su voluntad. Yo no puedo hacer lo que usted hace con el maldito vicio de fumar.

#### IV. UNA VISITA OBLIGADA A LOS MAUSOLEOS

—Todo es cuestión de método. El método te dice dónde termina la celebración y principia el subyugamiento; o, como tú prefieres decir, dónde termina lo ritual y principia lo profano.

—Qué fácil se oye, pero qué difícil es vivirlo.

—Ya te he dicho que lo fácil no vale la pena; o como decía Lezama Lima: “sólo lo difícil es estimulante”. Yo aposté todo al método, y al hacerlo me vi obligado a dejar de lado todo un mundo de atractivas facilidades. Para mí lo insufrible sería no poder permitirme jamás la gozación de un espléndido cigarro puro o el hermanante relajamiento de un trago de vino. Y bien, ¿con quién quieres continuar?

—Mejor lo dejamos por hoy, don Ramón. Todo este rollo me abruma.

—Hombre, si apenas estamos empezando.

—No sé, pero por momentos me vuelve a poseer la certeza de que todas estas discusiones no valen para nada.

—¡Qué va a ser, hombre! Lo que ocurre es que te dejas llevar por tu animosidad literaria. A ver, apasionate con Gasset.

—No, don Ramón. De veras que no estoy ahora para...

—¡Bueno, coño, esto no es un paidónimo!

—No se enfade. Nada más le estoy pidiendo un receso.

—Hombre, cómo no me voy a enfadar. Primero te sueltas a dar mandobles a diestra y siniestra con una imprudencia suicida; y ahora me sales con que ya estás agotado...

—Oiga, no confunda. Yo no estoy rehuyendo el encuentro.

—Anda, anda, que en el fondo no eres más que otro diletante.

—Ya deje de chingar, ¿quiere?

—Eso, coño, ¡enfurécete!

—Y se lo voy a decir de una vez: no tengo la menor intención de discutir ahora sobre Gasset, ¿está claro?

—Se ve que el nene no preparó bien la tarea, ¿eh?

—Qué tarea ni qué la chingada. Es más, vamos a seguir, pero con Vasconcelos.

—No te vayas por la tangente, pillastre.

—Bueno, pues ahí muere —dije disponiéndome a salir.

—Siéntate que te vas a llevar un sopapo —gruñó el viejo regresándome al asiento al poner su pesada garra sobre mi hombro—. A ver, empieza entonces con Reyes.

—Puta, en qué pinche dictadura fui a caer.

—La dictadura del método.

—¡Es que yo quiero una dictadura de la vivencia plena!

—Anda, empieza ya y déjate de mamarrachadas. Cuando te pase el sarampión de la vivencia te vas a dar cuenta que lo único que permanece es la obra.

—Sí, pero una obra que esté en razón del engrandecimiento de la vida.

—Como la de Reyes, por ejemplo.

—¡Ni madres!

—Ya te dije que ese lenguaje no me gusta.

—Y yo ya le dije que es un crimen histórico vivir de memoria, como Reyes.

—No seas papanatas. Reyes fue uno de los hombres más lúcidos y vigilantes de su tiempo. Su vida y su obra son un paradigma de entrega total.

—Sí, de entrega total a la rumia literaria.

—La envidia y el resentimiento no te dejan ver, muchacho.

—¿Ver qué?

—La excepcional intensidad con que Reyes vivió la literatura.

—Sí, pero no literaturizó su vida.

—Él no necesitaba literaturizar su vida; él era la literatura.

—No chingue. A Reyes las convulsiones vitales le producían pánico.

—¿En qué te basas para decir esa tontería?

—Usted lo sabe mejor que yo.

—Yo lo que sé es que si hubieras leído con el detenimiento necesario la obra de Alfonso Reyes, sabrías que se repiten allí varoniles llamados a la sublimación de la vivencia.

#### IV. UNA VISITA OBLIGADA A LOS MAUSOLEOS

—¿Cuáles llamados?

—Coño, ahí te van algunos para que se te quite esa visión prejuiciosa y ofuscada.

—No necesita recordarme lo que ya sé de sobra.

—Tú no sabes nada —dijo el viejo hurgando en sus notas—. Sí, aquí tengo algo sobre la relación vida-obra. Escucha esto, por ejemplo, que sostiene al final del artículo sobre “Las rimas bizantinas”: “...los poetas debieran vivir muy intensamente y probar todas las sollicitaciones vitales. Si en ello se perdiera la vida, ¡qué importa!”. O este otro del diálogo entre sus demonios internos Castro y Valdés, donde se dice muy claramente que “...no hay que traicionar tanto la vida”. En fin, y para que no sigas lanzando el opinar por delante del conocer, lee en los *Tres puntos de exegética literaria* el ensayo sobre “La vida y la obra”, donde se aclara que...

—Ya párele, no me va a convencer. Y además no le queda a usted el bombardearme con citas.

—¡Pero vamos a ver, mocoso!

—¡Qué no se acuerda que Reyes decía que sólo se debe citar de memoria!

—¡Coño, mira quién habla! ¿Y qué es esa basura entrecruzada que tú estás escribiendo sino un amasijo de citas y más citas?

—Precisamente lo hago con intención crítica. La excesividad, maestro, es más corrosiva que la defectividad.

—Anda, anda. Sólo falta que me salgas ahora con que tu modelo fue *El Quijote*.

—Mi modelo fue la chingada.

—Es la última vez que te digo que no me gusta que me hables así.

—Pues deje de fregarme.

—Anda, que ni a fregadero llegas.

—¿Lo ve?

—Ya, dejémonos de chiquilladas y vayamos al asunto. A ver, empieza de una vez con el método.

—¿Cuál método?

—Y dale, joder.

—Es que en Reyes no hay método.

—No digas estupideces.

—No son estupideces, maestro. Toda la obra de Reyes es un gozoso mariposeo sobre la floración literaria universal.

—No un mariposeo, muchacho, sino una búsqueda de valores esenciales y permanentes. Leer a Reyes es tener acceso a una síntesis crítica de la literatura universal.

—Vamos, don Ramón, dejémonos de grandilocuencias y gratuidades. Sí, es cierto que Reyes fue un gran lector, pero también fue un gran desperdiciador. Al ponerse de espaldas a la conflictiva realidad cotidiana, Reyes desperdició la oportunidad histórica de escribir la épica de la Revolución mexicana, tarea que sólo a él le correspondía.

—Otra vez esa manía esquizoide de criticar a Reyes por lo que dejó de hacer y no por lo que hizo.

—¿Y qué hizo? Un descomunal inventario de artesanías y curiosidades literarias. Sólo en contadas ocasiones brilla en Reyes la chispa de la creación.

—¡Pero qué dices, botarate! ¿Y la obra poética?, ¿y toda la teoría crítica literaria?

—La poesía de Reyes es demasiado retórica y clasicista; y lo demás son meros recuentos y comentarios de otros autores.

—Fíjate bien, mocosito, en lo que te voy a decir: jamás, por más original y radical que te creas, jamás, te digo, podrás llegarle a las suelas a Alfonso Reyes. Nadie, óyelo bien, nadie escribió nunca en Hispanoamérica con la maestría y el rigor de Reyes...

—¡Juy, juy, juy!

—Sí, eso es lo único que sabes hacer: onomatopeyizar.

—Es que esas declaraciones olímpicas no merecen otro comentario. Mire, y para no darle más vueltas a la cuestión: Borges y Paz son mucho más creativos y lúcidos que Reyes.

—¡Eres un grandísimo canalla!

—Cálmese, cálmese.

#### IV. UNA VISITA OBLIGADA A LOS MAUSOLEOS

—¿Cómo quieres que me calme, coño, ante tales ruindades!

—¿Cuáles ruindades?

—Joder, en un lado dices que Octavio Paz es una mierda y en otro lo pones por los cielos.

—Oiga, un momento. Yo jamás he dicho que Paz era una mierda. Lo que yo señalé...

—Eres una vil veleta.

—Tal vez, pero una veleta que apunta siempre hacia el futuro, y no como algunas veletas que yo sé que se quedaron oxidadas mirando hacia el pasado.

—¿Qué demonios insinúas con eso?

—No insinúo nada; señalo una verdad y punto. ¿O acaso Reyes no se quedó anclado en Grecia?

—Grecia es en muchos aspectos un pasado insuperable. O si prefieres: superado históricamente, pero no filosóficamente.

—Superado vivencialmente, que es lo que importa.

—Y además Reyes no se quedó anclado en nada. Sí, es cierto que dominó como pocos el mundo helénico, dejándonos entre otras una obra excepcional como lo es *La crítica en la Edad ateniense*, pero también estuvo en la vanguardia de las investigaciones literarias, como lo atestigua su obra fundamental *El deslinde*.

—Le repito que son meras trasposiciones y ampliaciones de las ideas de otros autores.

—¿No me irás a salir tú también, gandul, con aquello del plagio del artículo de George Kent sobre Julio Verne?

—Llámele como usted quiera, pero lo cierto es que Reyes, como un buen número de escritores latinoamericanos, se dedicó a trasponer (mejor que traducir) para periódicos y revistas del tercer mundo numerosas reseñas publicadas por órganos informativos del primer mundo.

—¿Y qué tiene de malo que así fuera?

—Hay que ser honestos, maestro. Si yo encuentro un trabajo o unas ideas que me sirvan de inspiración, tengo el imperativo ético de decir al menos de qué autor las extraje.

—Pues si hubieras leído con la debida atención *La experiencia literaria* y *El deslinde*, habrías encontrado el nombre de los autores de los que parte Reyes para su estructuración metódica.

—Es lo que le digo, que ahí se limita a desmadrar los métodos de Lanson, Toynbee, Croce...

—No digas mamarrachadas, *El deslinde* es el primer y más sólido intento hecho en lengua castellana por sistematizar la literatura como ciencia.

—*El deslinde* no es más que un cúmulo de las teorías literarias que estaban en boga en ese entonces. ¿No le parece significativo que como declaración metódica Reyes sostenga que “sólo la suma de todos los métodos puede constituir una ciencia”?

—Ahí tienes un claro ejemplo de una crítica dolosa basada en una mala lectura. Has de saber, pedazo de alcorcho, que cuando Reyes habla de la suma de todos los métodos se refiere al histórico, el psicológico y el estilístico, cuya integración constituye la ciencia de la literatura.

—Vamos, don Ramón, ¿acaso está usted de acuerdo con tamaño disparate?

—¿Llamas disparate a deslindar lo que es literatura de lo que no lo es; a acometer el estudio del fenómeno literario en base a tres funciones (drama, novela y lírica) y dos maneras (prosa y verso); a establecer la valoración crítica en una escala que va de la impresión, a la exégesis y el juicio...?

—Llamo disparate a tomar la literatura como un fenómeno exclusivamente verbal; a pretender hacer del acontecer estético un mero epifenómeno científico, a llamar a la seudociencia de la literatura “sistema de los métodos críticos”; en fin, a pretender encasillar en un dogma metódico lo que es libre y caprichosa creación.

—Un momento, iluso, ¿cuál dogma metódico? ¿Quieres que te haga un recuento de las veces que a lo largo de toda su obra se refiere Reyes a la kantiana incognoscibilidad de la cosa en sí o al ascetismo como el grado heroico de la inteligencia?

#### IV. UNA VISITA OBLIGADA A LOS MAUSOLEOS

—Ya deje de jugar conmigo, ¿quiere?

—No es juego, muchacho. Lo que sucede es que te abruma la esencial inabarcabilidad de Reyes. Cuando ya crees tenerlo atrapado en el intento heroico de consolidar la objetividad de la literatura como ciencia, su espíritu se rebela. No olvides que para Reyes en la base de toda rebeldía está la crítica, y proclama la condición mediata —¡nunca final y absoluta! —de la metodología.

—¡Pero quién carajo le entiende a usted!

—¿Y sabes cuál es la definición platónica que da Reyes de la literatura? “Ficción verbal de una ficción mental, ficción de una ficción”. ¿Qué te parece?

—Mire, don Ramón. A mí no me apendeja usted con sus jueguitos eruditizantes. Para mí Reyes es un abstracto, como usted les dice a los que viven en, por y para el pensamiento; *El deslinde* no pasa de ser un esfuerzo sufriente y desproporcionado por sistematizar la experiencia literaria como un mero suceder abstracto.

—Para tu carro, muchacho. Vamos a ver, ¿qué sabes tú de eso?

—Yo sólo sé que es una burrada mayúscula sostener, como lo hizo Reyes, que lo real es lo concreto y lo irreal es lo abstracto.

—Bueno, en eso sí llevas razón. Pero fíjate...

—Maldita sea, ¿por qué esa terquedad en defender lo indefendible?

—Yo no estoy defendiendo nada que sea indefendible.

—Usted sabe mejor que yo que *El deslinde* es una aberración metodológica.

—Ahí tienes, ¿ves? Lo que a mí no me gusta son esos calificativos azufrosos que usas de manera tan superficial.

—¿A poco está usted de acuerdo con la metodología de *El deslinde*?

—No, no lo estoy. Hay allí una grave confusión entre la objetividad y la concreción; y se parte de lo abstracto en vez de lo pseudoconcreto. Pero ello...

—¿Lo ve?

—Te repito que ello no implica una inmediata descalificación de la ardua y profunda labor reyesiana. La obra crítica de Reyes y el estilo fluido y correctísimo con que fue escrita, son un hito en la literatura de lengua castellana.

—No, si yo no pongo en tela de juicio eso. A mí lo que me encabrona es la aureola de deificación y sacralidad con que lo han envuelto los epígonos ejidales.

—El propio Reyes dijo más de una vez que los jefes de capillas literarias suelen producir entre sus admiradores furoros de comunión aberrante.

—Y para serle sincero, le voy a confesar que lo que de veras me saca de quicio de Reyes es que se haya quedado a medias en todo, estando dotado para los más grandes vuelos literarios.

—Otra vez la misma música. Pero vamos a ver, ¿qué te hace suponer a ti que Reyes no consumó su proyecto?

—Mire, don Ramón, ¿se acuerda del final de *La cena*?

—Sí, ¿y qué?

—Cualquiera podía ver allí una capacidad extraordinaria para acercarse a lo mágico. Si el resultado de darle la espalda a la conflictividad social iba a ser el descubrimiento de un continente de magia y ensueño, de acuerdo. ¿Pero qué tenemos en vez de ello? Una confusión imperdonable entre magia y circo, y la consiguiente visión frazeriana y unidireccional de la Historia. Es imperdonable la definición que en *Junta de sombras* da de la magia: “esa enfermedad que aflige a las religiones en la infancia y en la vejez”.

—¡Qué bárbaro! ¿Quién dijo eso? —interrogó escandalizada Raga desde la puerta.

—Ah, eres tú, mujer. Anda, pasa que llegas a tiempo —dijo don Ramón levantándose para hacerle lugar a Raga.

—Oiga, de veras, ¿quién dijo eso?

—¿Tú quién crees? —intervine cachondeante.

—Seguro que fue Ortega y Gasset.

—No —respondí aceptando el juego.

#### IV. UNA VISITA OBLIGADA A LOS MAUSOLEOS

—Unamuno.

—No.

—¡Chispas! Era español, ¿verdad?

—No.

—Ah, ya lo sé. Entonces fue Octavio Paz.

—No. Te queda una sola opción.

—Mujer, se trata de uno de los grandes valores clásicos de nuestra literatura —dijo don Ramón enfriando el juego.

—Un momento. Usted no intervenga.

—Ah, claro. El gran Alfonso Reyes —dijo triunfal Raga.

—No le hagas caso a este malandrín, que todo lo adereza a su gusto.

—Mira quién habla, que no me ha dejado ni ir al baño.

—¿A poco han seguido dándole vueltas a lo mismo desde que los dejé?

—Y aún nos falta Gasset, ¿no es cierto, muchacho?

—Le faltará a usted, porque yo ya estoy hasta la madre.

—¡Qué coraje!, y yo que quería oír lo de Vasconcelos —se lamentó Raga.

—Pues no te has perdido nada, mujer.

—No le hagas caso. A Vasconcelos no lo hemos visto todavía.

—Ahí sí, para que sepas, no hay mucho qué ver —expresó el viejo con toda la mala leche.

—¿Era mal filósofo Vasconcelos? —inquirió Raga.

—Mujer, la filosofía de Vasconcelos devenía entre dos pulsiones conflictivas: de un lado la aversión al pluralismo en favor de un unitarismo absolutista; del otro un deseo enfermizo de originalidad que se recreaba en una percepción estética orientalizada. El resultado no pudo ser más explosivo: un voluntarismo místico que metía a Platón y Buda en el mismo saco que a Schopenhauer y Nietzsche.

—Eso lo dice nomás por joder. Usted sabe muy bien que el centro de la concepción vasconceliana es el ser y no el pensar; el saber que Vasconcelos buscaba era un saber estético; es decir, basado en la ple-

nitud de los sentidos y no en la ruin especulación científica.

—La estética vasconceliana es mística e intuitiva, muchacho. Estaba más preocupada por lo divino y lo absoluto que por lo humano y lo relativo.

—Es increíble —terció Raga—, desde que los conozco nunca los he visto ponerse de acuerdo sobre un autor o un tema, y sin embargo se pasan horas y horas discutiendo.

—Eso díselo aquí al maestro, que es un profesional de la contradicción.

—No, muchacho. Lo que sucede es que te dejas llevar por radicalidades y apasionamientos, haciendo a un lado todo lo comedido y racional.

—Todo lo reaccionario y decadente, querrá decir.

—¡Qué sabes tú de eso, mocoso!

—Lo suficiente para...

—¡Ya, cálmense! —intervino Raga con decisión—. Ándale, Eugenio, ayúdame a poner la mesa que vamos a comer.



Durante toda la comida el viejo y Raga se la pasaron dándole vueltas a la labor de Vasconcelos en la Secretaría de Educación y, sobre todo, a la ayuda excepcional que le brindó a los muralistas. Poco a poco el cansancio se fue adueñando de mi vitalidad y la plática entre don Ramón y Raga se tornó distante y ajena. Sin mucho apetito, pude apenas con un trocito de jurel horneado; y aprovechando que el viejo se había levantado a servirle otro poco a Raga, me fui a fondear en la hamaca. Sumido en el dulcificante abandono, oí los sarcásticos comentarios del viejo tildándome de náufrago sin esperanza en el huracanado mar del conocimiento.

El entorno era opresivo. La enorme sala estaba repleta de rostros sin expresión, y por doquier mirara en busca de apoyo no encontraba más que frialdad y muerte. Sobre el estrado inquisitorial

dos becerros, en atrevida pose de suficiencia, ladeaban a una vaca vieja y descarnada entregada a una rumia sin fin. Sentí un zumbido molesto seguido de una insoportable comezón en el oído izquierdo y, al intentar levantar la mano para rascarme, experimenté un fuerte tirón que me clavó la anilla de acero sobre la muñeca. Quise protestar con vehemencia, pero la enorme bocaza que abrió amenazante el gorila que estaba a mi lado me obligó a regresar la atención hacia el estrado. Con una voz impostada y odiosa uno de los becerros comenzó a leer una lista de acusaciones que ponían de manifiesto que la obra *Entrecruzamientos* era un crimen contra las normas sagradas de la vacunidad. Cuando, ufano y entorecido, el animal llegó al extremo de pedir el máximo castigo —la vacuna indiferencia— para ese engendro ruin de erudición aldeana, del fondo de la sala se oyeron unos gritos de desaprobación, y en un relámpago de lucidez acerté a leer una pancarta que decía: “Las águilas y los jaguares estamos contigo”.

La blancura ominosa de la pared contrasta con el tétrico negror de los siete jurados. Anonimizadas tras los hábitos inquisitoriales, se acercan y se separan en un ofídico bisbiseo que impregna de ponzoña el cuerpo de la sentencia: “¡Culpable!”. Protesto con vehemencia, pero el gorila termina sacándome a rastras de la sala. Cuando ya voy por el pasillo que conduce a la nada, se detiene de pronto el fluir del tiempo y, acallando los mugidos, me llega inconfundible y esperanzadora la voz del viejo celta: “¡Revocad esa sentencia, joder! ¿Que no veis que *Entrecruzamientos* es una crítica de la enajenación libresca?”.

—¡Anda, gandul, deja de mascullar y levántate que tenemos tarea qué cumplir —dijo don Ramón sacudiendo la hamaca.

—¿Qué pasa? ¿Qué dice?

—Mira nomás qué cara, corazón. Anda, ven a darte una refrescanta —dijo Raga jalándome de la hamaca.

—Eso, échale una cubeta de agua a ver si así despabila.

Salimos a la terraza y al primer jicarazo experimenté una des-

carga eléctrica que cortocircuitó mi contacto con el mundo. Al segundo, el frescor comenzó a extenderse por todo el cuerpo y pude al fin liberar la enrarecida atmosfericidad del sueño.

—Estuviste quejándote mucho durante el sueño, ¿no oías los comentarios de don Ramón?

—¡Te estoy esperando, muchacho! —se oyó el vozarrón desde adentro.

—Ese viejo está loco. ¿Qué carajos quiere?

—Discutir contigo lo de Gasset.

—Ni madres. Se va a cansar de esperar.

—No puedes dejarlo así, Eugenio. Ve adentro y díselo.

—Yo no tengo que decirle nada a nadie. Bastante jodido estoy como para...

—Ya, no empieces con tus malgeniadas.

—¿Qué coño estás haciendo? ¿Vienes o no? —volvió a rugir el viejo.

—Por favor, Eugenio. Ve y dile que te encuentras mal.

—Yo no tengo que explicar nada. Ve tú.

Haciendo un mohín de berrinche, Raga se fue hacia adentro y le dijo al viejo que me dolía mucho la cabeza. Protestó el viejo encorajado y yo decidí alejarme hacia nuestro refugio. Cuando me iba acerté a oír que Raga pronunciaba con firmeza un “mañana” que me llegó comprometiente y explosivo.

Al llegar Raga, lo primero que hice fue reclamarle ese compromiso hecho sin mi consentimiento, pero venía de tan mal humor que al primer intercambio de palabras la atmósfera se tornó electrizante, y la proximidad de la tormenta me hizo recluir en busca de protección.

A la mañana siguiente, abrazados después de la inevitable reconciliación nocturna, oímos unos disparos provenientes de la laguna. Raga se puso tensa y preocupada, pero en seguida se relajó al decirle yo que era el cabrón viejo que había ido a cazar palomas. Después de meditar, Raga se fue a preparar el desayuno mientras yo anotaba

unas revelaciones que había tenido durante la noche. Como una media hora más tarde, al llegar a la cabaña de don Ramón, vi al viejo y a Raga en animada plática.

—Aquí viene el señorito —dijo don Ramón, que estaba abriendo las palomas.

Saludé con frialdad y me puse a ayudarle a Raga a alistar la mesa para el desayuno.

—Entonces quedamos en que me va a llevar a cazar palomas, ¿eh, don Ramón? —dijo Raga con suficiencia.

—Sí, claro. Pero antes deberías aprender a limpiarlas.

—Pero si ya le ayudé a desplumarlas...

—Me refiero a abrirlas.

—A ver, enséñeme —dijo Raga acercándose a donde estaba don Ramón.

—Mira, las pones así con las patitas hacia ti; le haces luego un corte con el cuchillo a todo lo largo y en seguida con la punta le quiebras el esternón, ¿ves? Después la abres despacito y le quitas las tripas y las vísceras.

—¿Qué es eso redondito que tiene ahí?

—Es la molleja, mujer. Y mira, éste es el corazón.

—¡Qué chiquito!

—Anda, inténtalo.

—Se va a cortar —dije desde la mesa.

—¡Ay, no me eches la sal! —protestó Raga nerviosa.

—No le hagas caso a ese descastado. Como él no puede...

—Oiga, ya estuvo suave, ¿no? ¿Es que no vamos a poder vivir ni un solo día en paz?

—En la paz florecen los burócratas y los comerciantes, muchacho, pero no los guerreros.

—No empiece con salidas olímpicas.

—Yo no empiezo con nada. ¿O es que ya se te enfrió la pasión por el guerrero donjuanesco y la mítica aztecáyotl?

—¡Ya está! —dijo Raga feliz y con las manos llenas de sangre.

—Bien, mujer, muy bien. Verás que pronto vas a superar a este anarcoecologista de a patacón.

—A mí lo que me jode es que un día diga una cosa y al día siguiente sostenga otra —expresé molesto.

—Ya te he dicho un montón de veces que yo, como tu maestro Unamuno, exijo el derecho a contradecirme.

—Sí, como no. Esa es la postura más cómoda para evitar decisiones frontales.

—Para un auténtico guerrero todas las decisiones son frontales, mocoso.

—Ya dejen la pelea y vamos a desayunar —intervino Raga con firmeza.

Iniciamos el desayuno en silencio y, mientras deglutía con amargura los trozos de torta, pensaba que tarde o temprano terminaría mandando a la chingada al viejo. De repente, y sin mediación alguna, don Ramón me golpeó con fuerza en la espalda y casi me hizo arrojar la comida que tenía en la boca.

—¡No seas corajudo, hombre! —exclamó risueño.

Ante mi silencio acusador el viejo decidió soltarse:

—Mira, muchacho. Si continúas tomando todo tan en serio y dándote tanta importancia no vas a llegar a ningún lado.

—Eso es muy cierto —apoyó Raga.

—Coño, te falta el sentido de lo lúdico.

—No, don Ramón. Es que me encabrona que esté siempre hostigándome y llevándome la contraria.

—Hombre, es para que madures y te hagas más fluido.

—No me venga con excusas. De veras, don Ramón, a mí esos cambios de opinión que tiene de un día para otro me sacan de quicio.

—¿Cuáles cambios?

—Éste, por ejemplo, de criticar a Unamuno por su apología de la guerra y salir luego en defensa de la beligerancia.

—El concepto de “beligerancia” es demasiado delicado, y cualquier decisión radical que se tome al respecto conduce a un

malentendido histórico inevitable. De ahí la fluidez y el juego, ¿entiendes?

—Oiga, don Ramón —dijo Raga con expresión tragicómica—, lo que yo no entiendo es por qué filósofos como Unamuno y como Ortega y Gasset, que hablaban tanto a favor de los valores humanos y todas esas cosas, estuvieran a favor de la guerra.

—Bueno, mujer. Para entender eso hay que tener presente el contexto histórico. A principios de siglo todavía seguía siendo uno de los valores más grandes de la filosofía humanística el espíritu heroico. ¿Y quién encarnaba a la perfección el espíritu heroico? Pues el guerrero: el ser que con sus proezas y sacrificios se convertía en un semidiós. Con el advenimiento de la sociedad industrial, la *areté* fue desplazada por la tecnología (que es una forma degradada de la original *téchne*, y el concepto de heroicidad pasó a ser parte de un pasado mítico.

—No, ahora los héroes son los grandes empresarios, las estrellas de cine y los deportistas —arguyó Raga.

—Esos no son héroes, mujer. Si mal no recuerdo creo que fue en su *España invertebrada*, donde Gasset sostenía que la diferencia fundamental que existe entre el espíritu industrial y el espíritu guerrero es que el primero evita con cautela el riesgo e ignora el sentido del honor, mientras que el segundo se entrega con pasión al peligro y eleva el honor y la fidelidad a un rango de normas sublimes.

—No olvide, maestro, que el deporte es la sublimación de la carcería —dije por joderlo.

—No digas tonterías. El deporte se ha mercantilizado a un nivel deleznable.

—No sólo el deporte —añadió Raga.

—No, por desgracia la vida toda se ha convertido en mercancía.

—Entonces, según usted, el pacifismo es decadente —insistió Raga.

—El pacifismo es la peor forma de beligerancia.

—Putá, qué bueno que no le dio por meterse en la política.

—Oiga —volvió a necear Raga—. ¿Entonces usted no cree que los pueblos prosperan más en la paz que en la guerra?

—Pero vamos a ver, mujer. ¿Qué entiendes tú por prosperar?

—No sé, vivir mejor, tener más comodidades; en fin, todo eso.

—Mira, la prosperidad de una sociedad masificada, como lo son las actuales, es semejante a la de una colmena o un hormiguero: si no tiene un límite impuesto por una determinación externa, termina devorándose a sí misma.

—Eso huele a Ortega que apesta.

—Coño, no tienes más que echar un vistazo alrededor para darte cuenta de que nos estamos suicidando socialmente.

—¿Y las guerras serían la salida? —interrogó Raga.

—Lo fueron hasta ahora, mujer. Pero el desplazamiento del espíritu guerrero por el espíritu tecnológico inutiliza ya para siempre esa salida.

—¿Entonces no hay alternativa?

—La agonía es tan larga como la vida misma, mujer.

—Pues a mí las guerras y los militares me valen madre —dije triunfal.

—Esos militares a los que te refieres no son los guerreros de los que yo hablaba.

—Mire, don Ramón, a mí hábleme de hombres de conocimiento; de cultores de lo natural: naturólatras o naturósofos.

—Esas golondrinas no hacen verano, muchacho. Hoy la sofía ha degenerado en panourgia, y la indómita naturaleza en contaminado jardín doméstico.

—¿Qué quiere decir con eso de la degeneración de la filosofía? —inquirió Raga.

—Que la búsqueda del verdadero saber ha cedido su lugar a la búsqueda del éxito práctico, ¿entiendes?

—¿Fue Ortega y Gasset para usted un verdadero filósofo?

—¡Vámonos!, ahí lo quería ver —dije feliz por el pullazo de Raga.

—Fue un verdadero filósofo, pero de su tiempo —trató de esquivar el viejo.

—¡No me venga con paliativos! Ortega fue una araña universitaria y un reaccionario vergonzante.

—Cuando dices esas mamarrachadas dan ganas de romperte la cara. Llamas “araña universitaria” al hombre que fundó la revista de mayor alcance y trascendencia en la cultura hispana, al maestro que desde su cátedra histórica formó generaciones de intelectuales del más alto nivel, al ensayista más profundo y revulsivo de toda nuestra prosa, al...

—Al autócrata más inflexible de nuestras letras, al aristófilo más arrogante de toda nuestra cultura, al profeta colérico de imposiciones, centralismos y jerarquías.

—¡Que no, coño! —explotó el viejo golpeando con furia la mesa.

—Cálmese, don Ramón —dijo Raga preocupada por la expresión energuménica del viejo—. Miren, mejor dejen esta plática y vamos a terminar el desayuno en paz.

—Joder, es que no puede abrir esa boca más que para insultar y tergiversar.

—Está bien, vamos a oír las razones de cada uno —insistió Raga pretendiendo asumir el arbitraje de la contienda—. A ver, tiene usted la palabra don Ramón.

—En principio no estoy de acuerdo con...

La explosión de carcajadas que solté dejó a don Ramón y a Raga fuera del juego.

—Disculpen —dije ya más calmado—. De veras les pido perdón. Es que la forma como empezó don Ramón me recordó a un viejo cliente español que tenía mi padre en Guanajuato, y que siempre que llegaba a una reunión decía con su vozarrón de baturro: “Coño, no sé de qué estáis hablando, pero en principio no estoy de acuerdo”.

—Raga movió en desaprobación la cabeza, y don Ramón asumió una seriedad pretormentosa.

—Putá, qué poco sentido del humor. De acuerdo, no lo vuelvo a hacer. Síga.

—Continúe usted, don Ramón —contemporizó Raga.

—Decía que en principio es un dislate descomunal identificar la crítica que Gasset hace a la aristofobia de las masas con una profesión de aristofilia.

—No chingue, don Ramón. Es como si yo le dijera que no es lo mismo ser antipacifista que beligerante.

—¡Me cago en diez! ¿Es que no puedes oír lo que estoy diciendo sin tener que interrumpir con puras mamarrachadas?

—Ya, Eugenio —reprendió Raga—. Cuando te toque tu turno dices todo lo que quieras. Oiga, don Ramón, ¿Entonces Ortega y Gasset no era partidario de la aristocracia y la nobleza?

—Espera, mujer. A eso iba. Gasset usa el término de “aristofobia” no en un sentido ideológico de clase, como querían los marxistas, sino para referirse a la aversión del vulgo hacia los mejores.

—Disculpe, maestro. ¿Y quiénes son los mejores? ¿No son acaso los integrantes de la minoría que manda y dirige?

—No, muchacho. Otra vez estás equivocado. Gasset hablaba del odio del pueblo hispano hacia los mejores; y lo hacía en un tiempo en que era evidente que la zozobra nacional obedecía a una serie consecutiva de gobiernos de los peores. Si tuvieras una memoria acorde a la largueza de tu lengua, recordarías que ya desde el inicio de *El tema de nuestro tiempo* habla Gasset del error intrínseco tanto a la interpretación colectivista como a la interpretación individualista de la Historia; y concluye que la vida histórica es complementación de la individualidad egregia y la masa gregaria. Gasset jamás dejó de concebir la realidad histórica como un proceso dinámico, por eso cuando se refería a la unidad nacional hablaba de una totalización de lo diverso. ¿Está claro?

—¿Me puedes servir un poco más de café, por favor? —le dije a Raga.

—Bien, prosiguió don Ramón sintiéndose señoreador de la plática—. Aclarado ya este punto...

—Je, je —dije al tiempo que levantaba la taza de café.

—¿Qué diantre quieres insinuar con eso? —protestó con fuerza el viejo.

—Nada, nada.

—Habla, coño. A ver si por una vez en tu vida eres frontal.

—Oiga, yo no agredo a su persona.

—Mira, muchacho, ya me tienes ...

—Un momento —intervino Raga—. Nada de ataques personales ni de burlas, ¿de acuerdo? Si tienes que objetar algo —dijo dirigiéndose a mí—, lo dices y ya.

—Sólo falta que ahora también tú comulgues con esa jalada de la complementación entre los mandantes y los mandados —expresé molesto.

—¡Siempre hubo, hay y habrá mandantes y mandados! ¿Lo entiendes bien? Y déjame decirte de una vez, antes de que termines por crisparme los nervios, que eso de tachar a Gasset de reaccionario, además de ser ya molienda de pesebre, es otro disparate propio de una mentalidad gregaria.

—¡Protesto contra todos esos insultos velados!

—¡Déjame seguir, joder!

—Orden, orden —solicitó Raga—. Ya, Eugenio, no seas necio —dijo dándome una patada por debajo de la mesa.

—Tildar a Gasset de reaccionario por su crítica al concepto marxista de revolución —prosiguió el viejo—, es igual de disparatado que etiquetarlo de relativista por su crítica a la insuficiencia de la razón.

—Ah, caray. Ahí sí que no entendí ni papa —dijo Raga poniendo expresión de marciana.

—Te lo voy a explicar —añadió el viejo, feliz de encontrar eco a su pasión magisterial—. En la concepción sistematicometodológica de Gasset hay dos ejes que son determinantes para la comprensión del todo: la crítica a la insuficiencia de la razón y la crítica a la insuficiencia de la revolución. Para Gasset el proceso revolucionario no es consecuencia de ningún tipo de abuso social, conciencia de clase, o dinámica opresora, sino del devenir ineludible de la racionalidad;

de manera que cuando el racionalismo se convierte en una doctrina social, el proceso revolucionario se dispara de manera automática. ¿Me sigues?

—Sí, creo que sí —masculló Raga.

—Esta relación de los conceptos de “razón” y “revolución” debe ser entendida bajo una óptica crítica y cuestionadora. Así, por ejemplo, es en extremo aventurado sostener, como lo hace Gasset, que los pueblos que no son cultores de la racionalidad no pueden ser revolucionarios. Pero esa es otra cuestión que ahora no interesa. Bien, tenemos entonces que el concepto de “revolución” está en relación directa con el de “razón”, de ahí que (siempre para Gasset) lo menos esencial para una verdadera revolución es la violencia; la revolución es, pues, un estado de espíritu. Ahora bien, ¿qué buscan las revoluciones? La realización de la utopía. ¿Y qué es una utopía? Una idea que pretende la perfección en, por y para sí misma; es decir, una abstracción incongruente con la objetividad. Tenemos entonces que, al pretender realizar la utopía, la revolución fracasa. El fracaso genera el fenómeno antitético a toda revolución: la contrarrevolución; y así sucesivamente. Puesto de esta manera el devenir de la relación razón-revolución, se entiende que el concepto de reacción sea para Gasset en esencia negativo, en cuanto que parásito de la revolución. Pero el alma reaccionaria, por su propia condición parasitaria y defectiva, es fugaz y transitoria. De ahí que al alma revolucionaria no le sucede nunca en la historia un alma reaccionaria sino, más con propiedad, un alma desilusionada.

—¿Entonces Ortega fue un escéptico? —preguntó Raga.

—No. Ahí es donde entra de lleno la metodologización gassetiana de la vida. Si la dinámica originadora de la revolución es la razón, entonces hay que actuar sobre la razón. ¿Cómo? Hay que invertir el culto platónico a la razón y reconocer que la razón es sólo una función de la vida: “la razón pura tiene que ceder su imperio a la razón vital”. De aquí, precisamente, parte el *cogito* gassetiano: “Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo”. ¿Qué, vamos entendiendo? —dijo dirigiéndose a mí.

#### IV. UNA VISITA OBLIGADA A LOS MAUSOLEOS

—Yo sé que usted no comparte ninguna de esas jaladas.

—¡Y dale, coño!

—Y mire, para no ir más lejos. A mí todas esas pendejadas de Ortega me valen madre.

—¡Oye, esas no son razones! —protestó Raga.

—Ahí los dejo con sus razones —dije levantándome.

—¡Siéntate, mamarracho, y enfrenta la discusión como un hombre!

—A la chingada con toda esa mierda. Yo lo que quiero es vivir, ¿entiende? ¡Viviiiir! —grité a salvo desde la puerta.

—¡Tú lo que eres es un mentecato y un cobarde! —rugió el viejo.

—Tiene toda la razón —coreó Raga.

—A mí no me haces tonto, mequetrefe. ¿Sabes por qué huyes? Porque no tienes ni la más mínima idea de la obra gassetiana. Y escúchame bien, aprendiz de mierda, te vas a...

Y me fui vereda abajo hacia la playa. Pasé frente a la cabaña de don Ciri y saludé sin detenerme. Llegué a la playa y, con la mente abierta en gozosa función desintoxicativa, me dejé ir sobre la cosquilleante descansadez de la arena.

## ENTRECRUZAMIENTOS III

## V. La vida es un quemar cuestionamientos

Por respeto o por reserva, o tal vez por la frialdad en que había caído nuestra relación a partir de la discusión sobre Gasset, don Ramón había pospuesto la hora del baño hasta el anochecer, cuando Raga y yo regresábamos para nuestro tiempo de meditación. Pero una tarde nos sorprendió la puesta de sol enfrascados en una discusión sobre el corte de pelo que Raga me estaba imponiendo. Como peluquera era bastante aceptable, habiendo pasado ya con notable rapidez de los tijeretazos a lo mordida de burro, a una estudiada despuntación que buscaba la armonía de las partes con el todo. El problema residía en que la despuntación se había ido transformando progresivamente en un destroncamiento, y de la selva enmarañada de mi cabellera ya no quedaba sino un plateado erizamiento que, según Raga, me daba un *look* anticonvencional. Estaba yo reclamándole que ya no me cortara más de arriba, cuando oímos un carraspeo que dio paso a la presencia del viejo celta. Después de un breve intercambio dialogal, del que Raga logró sacar la aprobación del viejo sobre mi corte de pelo, éste nos comunicó que en el próximo fin de semana salía hacia la Ciudad de México a resolver unos asuntos. Dijo que si queríamos algo se lo hiciéramos saber con tiempo.

El jueves al mediodía, con don Ramón ya más relajado y platicador, fuimos a sacar ostiones a un promontorio submarino que los buzos de Santa Cruz no conocían, y que a don Ramón le había enseñado el difunto don Antonio. Mientras don Ramón desprendía los ostiones de la roca con una barreta chica de hierro, Raga los recogía del fondo y, ya que tenía una buena cantidad, me los traía a la playa para que los fuera abriendo a golpes de martillo. Los ostiones estaban en verdad suculentos y, mientras los abría, me zampé mi buena docena. Cuando ya el viejo celta se cansó de desprender ostiones, teníamos de sobra. Don Ramón se echó como una docena mientras calentaba su cuerpo al sol, pero Raga se negó de plano aduciendo que así crudos le daban asco.

Nos fuimos a la mansión comejénica y el viejo dispuso una mesa de gala que no podía significar otra cosa que el celebramiento de su partida. Mientras sobre la lumbre se consumían hasta quedar en brasa unos trozos de madera de ocotín, nos tomamos unos mezcalitos que nos cayeron de perlas. Después de un rato de charla centrada en torno al tópico de la mexicanidad, y donde don Ramón sacó a relucir el olvido injustificado al que la intelectualidad mexicana había relegado un libro tan fundamental como lo era la *Fenomenología del relajo*, de Jorge Portilla, nos llevó al tapesco de la cocina para mostrarnos el modo de preparar los ostiones a la entrecruzamientos. Al preguntarle Raga por qué le decía así, y mientras yo esperaba que contestara con el típico y rotundo: “¡Por joder!”, don Ramón explicó que le decía de esa manera por el entrecruzamiento de condimentos y sabores que usaba. Y en efecto, trajo dos botellas de Clos San José, una de blanco y otra de tinto. Después de colgar del árbol la de blanco con aquel procedimiento enfriante de los trapos mojados, abrió la de tinto y la vació en una jarra para que se oxigenara. Sobre un gran trozo de papel de estaño echó a puñados los ostiones y los regó con aceite de oliva y un chorro de vinagre. Tomó luego una botella de salsa tabasco y esparció unas gotas, aunándole un buen tanto de salsa de tomate. Picó cebolla y ajo, y regó todo con media jarra de vino tinto (que, según nos iba explicando, superaba con mucho al blanco a la hora de realzar la combustión de sabores). Esperó un rato, que empleó en acomodar las brasas, y tomando un generoso puño de sus milagrosas rayaduras de queso francés deshidratado que le regalaba su amigo de Celaya, espolvoreó todo el preparado. Ya cuando iba a cerrar el papel se acordó de la sal y le echó un puñito. Cerró todo con varias vueltas de papel y lo fue a colocar sobre las brasas. Raga le preguntó si las rayaduras tenían que ser necesariamente de queso francés, y don Ramón le contestó que no, que servían también las de parmesano. Regresamos a la mesa y, mientras se preparaba tamaño manjar, nos tomamos el tinto que había sobrado. De pronto don Ramón se levantó y agarró del librero un extraño libro de bordes blancos.

—Bueno, aquí lo tenéis —dijo colocándolo en medio de la mesa.

Acomodándome para ver bien el título, leí en voz alta:

—*Totalidad, seudototalidad y parte* por S. C. Chuco.

—¿Qué libro es éste? —preguntó Raga.

—La metodología de la que os había venido hablando.

—Ese tal S. C. Chuco es otro seudónimo suyo, ¿verdad?

—¡Qué va a ser, hombre! —exclamó el viejo ariscándose de pronto.

—No lo tome así, yo nada más le preguntaba.

—¿Es mexicano el autor? —inquirió con extrañeza Raga.

—Yo no sé nada, mujer. Aquí os dejo el libro como un reto, eso es todo. Cuando regrese de México hablamos.

Sabedor de que la terquedad del viejo celta era una valla infranqueable, tomé el libro y me dispuse a hojearlo. Con una rapidez endemoniada don Ramón me lo arrebató de las manos y lo arrojó hacia adentro. Raga y yo nos quedamos petrificados sin saber a qué demonios atribuir ese arranque tan brutal. Tras un silencio expectante, el viejo expelió con lentitud el aire de sus pulmones y se quedó un momento con los ojos cerrados. Al cabo volvió a respirar con normalidad y, como si no hubiera pasado nada, dijo:

—No es lo mismo curiosear que buscar. La búsqueda verdadera es ritual; la curiosidad es profana. En la base de la curiosidad está la envidia, y acceder a un misterio con envidia es profanar lo ritual. ¿Me estás entendiendo, muchacho?

—Sí —dije comprobando en mi ánimo la verdad de sus palabras.

—Antonio decía que “hay más tiempo que vida”. Yo le añado: todo tiene su tiempo y su lugar. Vamos a ver qué te parecen esos ostiones entrecruzados.

Tan pronto como el viejo le abrió las entrañas a esa totalidad rebosante de vida, un aroma de magicidad primigenia mariposeó por el ambiente, haciéndome olvidar por completo la reprimenda recibida. Sobre una galleta salada don Ramón le dio la prueba a Raga, y ésta, al sentir en su boca la armonía danzarina de los sabo-

res entrecruzados, cerró místicamente los ojos y exclamó luego de un masticar celestial:

—¡Qué exquisitez!



Negándose a que lo acompañáramos, pues, según nos dijo, era alérgico al alargamiento de las despedidas, don Ramón se fue el viernes temprano, llevándose una carta de Raga para la condesa y el encargo de unas revistas que yo le había hecho. En vez de ir por lancha, prefirió seguir la larga vereda hasta la carretera, para desde allí tomar un camión rumbo a Puerto Escondido. Cargó sus dos maletas sobre el burro y se fue con don Ciri en amena plática. Al verlo caminar feliz y muy digno, nos embargó un sentimiento de nostalgia y admiración, como si de un momento a otro se fuera a elevar sobre los árboles para nunca más volver a esta objetividad imperfecta y subyugadora.

—Es un viejo encantador —dijo Raga tomándome por el brazo y regresándome a un presente al que parecía habersele escapado la vida.

Lo primero que hice al llegar a mi tinglado literario fue entrarle a ese extraño libro que desde su fenomenización (con el índice impreso en la portada y la contraportada) prometía ser algo metacotidianizante. Al abrirlo, comprobé con sorpresa que le habían arrancado varias hojas del inicio, sin siquiera haberse tomado la molestia de hacer desaparecer los vestigios delatores del barbárico acto. En cuanto leí el primer apartado del Capítulo I, me quedé suspendido en una nidad que fluctuaba entre dos manifestaciones de lo sorprendente: o aquello era una tomadura de pelo magistral, o el autor de tamaña locura, quienquiera que haya sido, no tenía el menor contacto con nuestro turbulento espaciotiempo. Le di una segunda lectura al apartado (que por fortuna era de una concisión encomiable) y me fui de golpe sobre todo el capítulo. Viendo Raga la progresiva magnitud de mi adentramiento, suspendió por un momento sus pinceladas y

preguntó qué me parecía. Le dije que apenas le estaba agarrando el modo, pero que por lo que llevaba leído podía aventurar que no era del tipo de lectura que a ella le gustaba. Guardó silencio y se regresó al caballete, dejándome solo en el descubrimiento de ese mundo al borde de la locura y de una lucidez alucinada.

Exceptuando tres o cuatro salidas a cazar palomas y a pescar, todo el tiempo nos la pasamos bajo el influjo mágico del método. Raga, en un momento en que yo había dejado el libro para meditar sobre la naturaleza de las transformaciones abstractas, lo tomó para echarle un vistazo y se clavó por un par de horas. Para mi sorpresa, dijo que sí, era difícil, pero que estaba escrito con tal precisión y orden que se podía entender bastante bien. Un poco mosca por esta fácil atribución de asequibilidad a una obra que a mí no me dejaba de parecer complejísima, le hice unas cuantas preguntas al respecto y vi que, aunque atrabancada en su explicación, sí entendía la diferencia entre las realidades pseudoconcreta, abstracta y concreta. Por mis lecturas de las escuelas neomarxianas, gran parte de la terminología empleada por S. C. Chuco no me era desconocida. Sin embargo, había en esta obra una estructuración de las partes con el todo tan armoniosa que le daba un cariz de unicidad y primicia. Y la verdad, había que reconocer que era de las pocas obras de metodología escritas metodológicamente. Sí, uno de esos engendros metamundanos y atemporales que se suicidan enfrentando el vértigo de lo absoluto. Y qué dominio de la historia de la filosofía suponía la aplicación crítica del sistema y el método en la segunda parte. No sabía yo de ningún otro caso en que se estudiara la historia de la filosofía de esta manera; es decir, no atendiendo a escuelas o tendencias, sino viendo lo que en el sistema y el método de cada filósofo es determinante.

Cuando ya estaba casi convencido de que el mentado S. C. Chuco no podía ser más que un seudónimo de don Ramón, ¡y cómo se lo había tenido guardado el cabrón viejo!, me encontré con una nota de pie de página que me retrotrajo de nuevo a la total incertidumbre.

Allí, después de lanzarle una tremenda crítica al filósofo argentino Mario Bunge, se le rinde tributo por el rigor y la integridad con que impartió un doctorado en la Facultad de Filosofía de la UNAM; curso que, según confesión del propio S. C. Chuco, le sirvió para combatir la inclinación hacia el marxismo absolutizante. Y era en esta cuestión, el marxismo, donde la actitud chuquiiana me parecía más criticable. ¿No era una temeridad colocar a Marx y Engels como únicos representantes del mundo de la concreción?

Para terminar de sumirme en un vendaval de dudas y especulaciones, me encontré al final con un posfacio autocrítico tan enturbador como sorprendente. ¿Qué querría decir el autor con ese oscurecimiento existencial que lo obligó a suspender el interesantísimo proyecto del volumen II, que se centraba en la aplicación del método a la historia? Dudas, dudas y más dudas al lado de un aleccionador descubrimiento: una estética concreta como voluntad de sobrevivencia. ¡Putá, cuántas cosas tenía que consultar con el viejo celta!

Después de la fiebre de la revelación, caí inmerso en un estadio de noluntad que ya no sólo me quitaba las ganas de escribir, sino aun las de vivir. ¿Qué mierda podía yo escribir después de haber leído una obra así? Esa precisión, esa economía del lenguaje, esa originalidad, esa contundencia, ¡qué coño tenían que hacer mis pendejas novelitas a su lado!

Con la energía retorcida y frente a la insufrible página en blanco, ver a Raga sublimar el mundo con sus colores era algo desquiciante. Se paraba en amoroso diálogo frente al cuadro y hacía, siempre con pincel, un rápido esbozo de lo proyectado. Luego, con plastilina y texturas vegetales le daba al cuadro la minuciosa armazón vital. Después del tiempo necesario de secado, lo cubría todo con resinas plásticas y, al final, le echaba una mano de blanco de titanio. Así, semiperdida entre la blancura del cuadro, podía distinguirse la filigrana caprichosa de la textura. Y llegaba el gran momento: tiraba el cuadro al piso y, con grandes plastas de los colores elegidos, le daba largas pinceladas

que disolvía con un pulverizador de agua. Al ver aquellos ríos de color fundirse en una oceanidad explosiva y mágica, no podía menos que mirar con envidia el natural buen hacer de esta mujer.

—¿Qué, no acuden las musas? —preguntó viéndome roer desesperado la tapa de la pluma.

—Esa puta metodología me dio en toda la madre.

—¿Pero por qué?

—No sé, me hizo sentir una mierdita.

—Pues a mí, la verdad, la segunda parte me produjo indigestión. Quise saber cuál era el sistema y el método de varios filósofos que ahí se estudian y no pude entender nada de nada. Cuando regrese don Ramón se lo voy a decir.

—¿Y qué carajo le va a importar a don Ramón eso?

—¿Que no? Yo estoy segura que fue él quien escribió el libro.

—No fue él, cosita.

—¿Tan seguro estás?

—Mira, lo que sí te puedo afirmar es que o don Ramón influyó a S. C. Chuco o al revés. Al menos eso deduzco por ciertas expresiones afines y el manejo del método. Pero don Ramón no lo escribió; jamás le he oído al viejo poner al marxismo como lo máximo, como S. C. Chuco lo pone. Y ni qué decir de la crítica despiadada que se le hace a los más grandes filósofos de la razón. No, definitivamente no encaja ahí don Ramón; a no ser que nos esté tomando el pelo de una manera magistral.

—Bueno, corazón, pues como quiera que sea tú no deberías tomarlo tan a pecho. ¿Y sabes una cosa? A mí me fascina como escribes: hay vida, pasión, amor, de todo se puede encontrar en tus *Entrecruzamientos*. En cambio esos mamotretos de filosofía...

Entre apapaches y sobadas de ego, fui olvidándome de la engeguedora filosofía y empecé a gatear a tientas en la empequeñecida dimensión de mi mundo. Con una entrega que contrastaba con mi abatimiento, Raga se volcó en mi ayuda y nos metimos de lleno a pasar a máquina el volumen II de *Entrecruzamientos*, que Raga quería publicar el año entrante.

Exceptuando un pequeño conato de bronca surgido a raíz del cachondo *party* de la Colmena, pues Raga estaba convencida de que yo era un reventador sin remedio, la pasada en limpio del libro fue una verdadera bendición, pues no sólo me distanció del subyugamiento de la metodología, sino que me hizo recuperar la autoestima indispensable para no tirar todo a la mierda y seguir trabajando.

Viendo así compuesta mi vida literaria, entre escriturar a mano lo actual y actualizar a máquina lo escriturado, empecé a hacerme deseable el afán de aventura que la dichosa metodología había enfriado.

Una mañana en que fui a cazar palomas, al acercarme al aguaje para curiosear la huellada, encontré un trillamiento al borde de la charca que me hizo regresar eufórico a la cabaña y disponer todo para la espía de la mañana siguiente. Don Ciri, que celebraba con grandes risas mi alboroto, medio en serio medio en broma se ofreció a acompañarme. Y como doña Isabel le hiciera burla, el anciano se engalló y dijo que me iba a enseñar cómo se mataba un venado.

Y allá vamos. Don Ciri recogió en el camino un trozo de madera ya vieja y carcomida y, metiéndola en la lata que traía en la mano, dijo que nos iba a servir para echar humo. Llegamos al aguaje cuando apenas estaban acercándose las primeras palomas con sus aerodinámicos aleteos. Al extraer la hamaca de la mochila, me acordé de pronto que don Ciri no había traído nada. Le pregunté cómo le iba a hacer y se limitó a decirme sonriente que él no tenía problema para dormir sobre un árbol. Busqué el lugar apropiado y amarré la hamaca. Cuando ya me acomodé y empecé a jalar la cuerda en cuyo extremo estaban amarradas la escopeta y la mochila, vi a don Ciri acucillado sobre una horqueta con tal habilidad y relajación que no pude evitar una risita. El viejo, muy serio, me dijo con un ademán que guardara silencio, actitud que no dejó de sorprenderme. Me pidió con la mano abierta el encendedor y, al tiempo que lo veía prender con destreza el trozo de palo seco, empecé a reparar en que tal vez este anciano sabía muchas más cosas de las que aparentaba. Cuando ya consideró que

el palo seco estaba humeando sin prenderse, lo metió dentro del cacharro y se recostó contra una de las gruesas ramas del huanacaxtle. Comprobé que el seguro de la escopeta estaba quitado y me entregué eufórico a la espera.

Para un temperamento como el mío, torbellino incesante de re-cuestionamientos, la espía, como le decían los nativos, no sólo suponía una ejercitación ritual de los sentidos (sobre todo oído, vista y olfato), sino que, por la exigencia misma de alertidad, me permitía suspender el infernal diálogo interno, que don Juan Matus consideraba sabiamente como uno de los requisitos para ver el mundo. Estando en la espía me olvidaba por completo de mis tribulaciones literarias y arribaba a un estado de felicidad primigenia... Reparé en que la nube de humo que nos estaba envolviendo era excesiva, y al voltear hacia don Ciri lo sorprendí en una pose digna de fotografía: sobre la oscuridad cavernaria de su boca abierta resaltaba el solitario diente ya amarillecido a consecuencia de tan mal uso y mantenimiento. "Ah, qué cazador éste", pensé viéndolo vencido por el sueño en una posición tan tragicómica. "¿Y si resbala y se cae del árbol?". Corté una ramita y se la arrojé con tan buen tino que le entró en la boca. Sacudió de pronto la cabeza y al sentir la ramita la escupió:

—Ya me andaba durmiendo—, dijo acomodando el trozo de madera humeante dentro de la lata.

Lo seguí checando durante varios minutos, y el anciano pareció haber vencido la modorra. De pronto me señaló en un sutil ademán hacia mi lado izquierdo, el de mi oído malo, y tardé un rato en poder distinguir un crujido semejante al rompimiento de una rama. Apunté la escopeta en esa dirección y estuve así expectante unos diez minutos, hasta que al voltear a ver a don Ciri lo encontré de nuevo dormido. ¿Por qué carajo lo habré traído conmigo? Viéndolo así encogido fetalmente sobre la horqueta, se me vino a la memoria la imagen de una momia prehispánica. Pensé en despertarlo de nuevo haciéndole alguna canallada, pero la expresión de relajada dulzura que tenía, a manera de inocente puenteamiento entre la vida y la muerte, me in-

fundió un profundo sentimiento de respeto y lo dejé entregado a su desaparecimiento... Me pareció oír el rompimiento de otra ramita por el mismo rumbo en que antes había sonado, y al dirigir mi oído bueno hacia aquel lado percibí claras unas pisadas. Con menos ímpetu y descontrol que otras veces —¿resultado de la meditación?—, el corazón comenzó a hacerse notar. El sol, ya en levantado fulgor, espejeaba sobre la superficie de la charca liberando destellos que se fundían con los haces laserizados que se filtraban entre el ramaje. Nada, ni el más mínimo ruido perturbaba ahora la aquiescencia del paisaje. De pronto, como si el poder germinativo del sol hubiese penetrado hasta el infierno donde mora la zancudidad, comenzaron a revolotear en torno a mí densas formaciones de vampiritos, que no tardaron en lanzarse en plan kamikaze. Empecé a manotear con desesperación y no faltó nada para que se me cayera la escopeta de don Ramón al suelo. Sin aliento por tamaño susto, volteé avergonzado hacia don Ciri, pero el anciano seguía perdido en la inopia: en torno a la abertura descomunal de su boca una nube de zancudos revoloteaba con gozosa impunidad. Por el lado de mi oído bueno percibí el nervioso cacareo de dos chachalacas, y al tratar de localizarlas en el lejano ramaje vi venir hacia la charca un espléndido mapache. Levantó la naricita y, luego de un rápido venteo, continuó derecho hasta el agua. Maté un zancudo que me estaba taladrando la frente, y al voltear hacia el anciano lo vi envuelto en una humareda infernal. Bueno, me dije, al menos sirve para espantar los zancudos. Terminó el mapache de beber, y apenas se había alejado unos metros de la charca cuando se paró de pronto y miró hacia atrás. Oí clarísimas unas sólidas pisadas, pero el descontrol que produjo la salida atropellada del mapache me impidió ubicarlas. Y que suena otra pisada sobre las hojas secas con tal intensidad que la ubico a unos metros de mí. Busco por todos lados y nada. El sudor empieza a entrarme en los ojos, y la escociente picadura de los zancudos en las nalgas termina por sacarme de quicio. Y otra pisada más cercana, ¿qué mierda de animal será ese? Golpeé con la palma de la mano el zancudo que tenía en la frente, y al

momento del sonoro estallido, un animal grande corrió rompiendo el ramaje a su paso. Me cagué en la madre de los zancudos y en la de ese pinche animal más invisible y arisco que un ángel. Volteé hacia don Ciri y lo encontré despierto.

—Era venado —dijo con una seguridad que no pudo menos que moverme a risa.

Le pregunté si era macho o hembra, y me respondió convencido que era un macho de cuatro puntas y que desde hacía rato él lo venía viendo. Le lancé una mirada de tal fiereza que el anciano suspendió con rapidez su expresión momificada y se fue árbol abajo con extraordinaria agilidad para sus años.

De regreso a la cabaña don Ciri señaló un añoso órgano cerca de la vereda y dijo que ya estaba la tirazón de la flor. Nos acercamos a curiosear y, en efecto, en el piso podían verse varias jugosas flores entre nutrida huellada. Le dije a don Ciri que esa misma noche iba a venir a espiar ahí, y señaló que estaba por demás, que ahí en el llano me olerían, y que mejor fuera a buscar un buen entradero en el cerro.

Es incuestionable que la cacería templa y embarnece el espíritu, además de exigir al cuerpo un sólido rendimiento; pero no es menos cierto que el cazador inexperto y atrabancado suele ser presa fácil de los demonios de la selva. Una vez le oí contar al finado don Antonio cómo a un compadre suyo, que no pensaba en otra cosa que no fuera la cacería, le había robado el alma el diablo una noche en que había matado tres venados bajo el mismo árbol de pochote. Era tanta el ansia que tenía de ir a vender la carne que, antes de que amaneciera, se echó a acarrear los venados por la oscuridad del monte. No tardó en encontrarse con un tipo muy raro que dijo que él lo ayudaba con la carga. Al principio el compadre estaba arisco por el aspecto tan extraño del tipo, pero poco a poco éste lo fue convenciendo de que conocía el monte como la palma de su mano, y que le enseñaría algunos atajos muy buenos. Después de varias horas de camino, el compadre le dijo al tipo raro que parara tantito, pues ya estaba muy cansado. Y fue entonces que se dio cuenta que estaba perdido. Se le-

vantó asustado para reclamarle al extraño, pero ya no lo encontró, ni tampoco al venado que habían venido cargando. Oyó unos ruidos raros en los matorrales y al acercarse asustado vio al tipo aquél con los ojos encendidos como dos brasas, desnudo y comiendo el venado con la cara ensangrentada. El compadre sintió que se le iba el mundo y se vino al suelo como muerto. Cuando despertó ya el sol estaba sobre él. Buscó en derredor a ver si veía algo, pero no encontró nada: el diablo se había llevado el venado y la escopeta. Sin agua y sin comida anduvo dos días perdido por el monte hasta que, ya para morir, dieron con él unos iguaneros. Ni qué decir que el mentado compadre de la cacería ni en plática quiso saber nada.

Pues bien, algo parecido, aunque menos literario, me había pasado a mí. Y como el hombre es el único animal que hace del olvido una virtud, de manera que se pasa toda su vida levantándose para de nuevo caer, me volvió a suceder. Apenas terminé de almorzar y, desatendiendo los prudentes llamados de Raga, fui al monte que está detrás de nuestra guarida a buscar un órgano que estuviera tirando la flor. Para evitar las consecuencias de un posible encuentro con el diablo, fui marcando en el suelo unos señalamientos antiextraviantes. Y ahí voy, feliz de haber mandado a la mierda la metodología y la literatura, y dispuesto a gozar a fondo unas vacaciones salvajizantes. Pasé por un paraje de añosos árboles y vi que por doquier cruzaban los pasaderos de los venados. El lugar era de ensueño y el frescor que allí había producía una especie de arrobamiento que llamaba a sentarse y meditar. Innumerables deyecciones de venado estaban bajo dos enormes árboles de ébano. Miré hacia arriba y comprobé que ya habían terminado de tirar las vainas. “Chin, qué pena que no vine antes”, me dije marcando el lugar en mi mente para el próximo año. Seguí caminando y de pronto oí un atropellamiento de ramas y hojarasca. Miré hacia todos lados, pero no pude ver nada. Como unos quince metros adelante vi en el suelo dos manchones limpios entre la hojarasca, y al bajarme para observarlos distinguí varios pelos de venado. Me levanté y a unos pasos de los echaderos encon-

tré, claros y recientes, los enterrones de la mancuerna de venados al salir corriendo. “Aquí sí hay animales”, me dije ya triunfalizando mi primer venado. Entre el ramaje creí distinguir la verdosa tentacularidad de un órgano y fui hacia él cuidando mucho mis pisadas. Pronto se me hizo notorio un pasadero con huellas muy recientes. “Sí, es órgano y está tirando flor de a madre”. Me acerqué un poco más y el huellamiento se hizo ya profuso. Busqué un árbol apropiado para tender la hamaca y, tras rehacer la magicidad del entorno, encontré la cimbreada sensualidad de un ciruelo y me fui introduciendo entre su urdimbre misteriosa hasta que encontré un espacio que aceptó mi hamaca. Sentí un vertiginoso estremecimiento, y un intenso pitido ensordeció el palpitar del mundo sumiéndome en una oscuridad sin tiempo.

Y me veo tortugueante oscilar sobre el abismo líquido de la existencia, rebotando de ignorancia en ignorancia hasta que voy aprendiendo, a fuerza de desmadramientos, que tal vez hay una pequeña esperanza, un saliente de integridad al que asir nuestro destino. Y así me dejo ir, todificándome al desnadizarme, aprovechando los bandazos inevitables y haciendo a un lado los tiburónicos acechamientos de la historia. La espera sin fin como bálsamo emulsivo contra los accesos desesperantes; la vía sinuosa y trágica para templar los arrebatos publicitarios de una heroicidad televisiva; la delfínica búsqueda de naturalidad que viene a concluir en aplaudidas rutinas albercales. Ya la luz pastoreadora de la grey expiró, y en la negrura sin fondo del temor acecha ahora la fulmínea potestad de lo sin nombre. El adentro se afueriza y el afuera se adentriza en una confusión de presagiantes silencios. ¿Acaso puede existir avasallamiento del tiempo sin un espacio avasallado? ¿Cuál es, pues, el límite entre la renuncia y el celebramiento? Oí el arribo alertante de unas pisadas y de golpe fui arrojado en una presentaneidad acuciante. Poco a poco fui habituando la visión a la espesa negritud del entorno, y con amorosa delección recorrí sobre mis piernas la anhelante corporeidad de la escopeta. Se oyeron de nuevo las pisadas, pero ya no como resonantes

en un medio acuoso y lejano, sino provenientes de una exterioridad próxima al vibrar cutáneo. Me acomodé sobre la hamaca y pegué la linterna al cañón de la escopeta. Las pisadas, como puñales hirientes, desprendían de la tierra unos quejidos que yo sentía ya, en repercutiente ascenso, llegar hasta el estremecido corazón. “¿Y si es una cierva?”. Y ya siento las puñaladas en la otrificante exteriorización de mi piel, ya están bajo mí y yo en ellas. “¿Será ese aparecimiento entenebrado que está ante mí?”. “¡Dios, estoy entrando en total descontrol!”. “Calma, la respiración; eso es, tranquilo, te va a sentir”. ¡Clic!, y se prende la linterna techando el entorno con una constelación huidiza. Lo busco enfrente y nada; ensancho el círculo y nada. Me giro encabronado sobre la hamaca, ¡y sale a mis espaldas en explosiva correría! Maldigo mil veces al puto oído de mierda y casi me caigo de la hamaca al completar la vuelta. ¡A la chingada la cacería!, me desahogo disponiendo ya el regreso a casa.

Amargada la sangre y obnubilada la razón, me adentro en una salvajitud que la noche ha vuelto extraña y desconcertante. Busco, ya entregándome al descontrol, alguno de los señalamientos hechos en la travesía, pero la respuesta de la selva es inapelable: “¡Estás perdido!”. Como un estallido pánico de sardinas que huyendo de la voraz acometida de los jureles se arrojan suicidas contra la playa, empiezan a brotar en mi cabeza los monstruitos noctívagos de la sinrazón. Lanzo el haz de luz en una alrededoridad reconociente, y el desamparo de la respuesta termina por liberar pánicamente los amarres de la locura. Suelta y fuera de control la voluntad, los angustiantes llamados de la cordura se van ahogando en un arrastre sin conciencia; y, como si hubieran estado esperando el momento para vengarse, los espinosos enmarañamientos comienzan a hacer escarnio sobre el rostro alucinado que, en su desquiciado adelantamiento, pareciera querer huir del cuerpo. Hasta que el huir se vuelve obsesión y una rama, en precisa altura, se me mete en pleno ojo izquierdo. Me arrastré boqueante hasta la solidez de una sombra y allí, recostado contra aquel tronco liso y duro, decidí anclar por el resto de la noche lo que

quedaba de mi existencia. No tardó la humedad del acaloramiento en tornarse frialdad extrema; y así, hasta el instante en que se me apagó la resistencia, estuve reviviendo todo, desde el momento hechizante en que se había aparecido ante mí la atrapante fenomenicidad del ciruelo, hasta el especulante ensimismamiento en que, ocultándose el sol en ritual rojor, oí resonar en lo más profundo de mi conciencia las alertantes palabras de Raga:

—No vayas, corazón, estás muy acelerado.

Aterido, con el cuerpo en crítica agonía y el ojo izquierdo desma-drado, me incorporé con la primera luz y vi, a unos metros de donde había pernoctado, las claras señales con que, en una ya lejana diurnidad, había hecho mío el cuerpo imprevisible de la selva. Primero me puse fúrico y quise emprenderla a golpes contra todo lo que me rodeaba. Pero una voz, que irrumpió del recuerdo disipando el vaho silencioso de la mañana, detuvo el ímpetu destructivo en una clara concientización de raíz chuquiiana:

—Eugenio, eres un pinche pseudoconcreto.

Al acercarme a la guarida, la ritualidad purificante del copal salió a mi encuentro con un mensaje de calma y armonía. Me asomé silencioso al terraplén y vi a Raga meditando sobre el petate, ante la imagen resplandeciente de Nanacatzin iluminada por una veladora.

—Ya llegué —dije quedo.

Raga abrió los ojos y me miró como si se tratara de una aparición fantasmal.

—¡Ay, amor, qué golpe te diste en ese ojo! —exclamó incorporándose con premura.

Le conté todo lo que me había sucedido, y de cómo se habían cumplido sus presentimientos. Mientras me acomodaba en la hamaca y me curaba el ojo, dijo que podía haber sido peor, pero que ella había estado pidiéndole a Nanacatzin protección. Me la quedé viendo con el ojo sano y noté que estaba convencida de lo que estaba diciendo.

—Oye, te estás volviendo muy idolera, ¿no crees?

—En algo hay que creer, y cada quien es libre de elegir sus creencias —dijo con firmeza—. Pero te advierto: a partir de ahora ya no te voy a dejar ir a la espía solo, ¿entendido?

Estuve tres días castigado sin hacer otra cosa que escribir y leer. A falta de caza y pesca, doña Isabel se encargó de cocinarnos unos tamales de gallina, que completó Raga con un espagueti tercermundista. Al cuarto día era tal mi sensación de enjaulamiento, que Raga tuvo la feliz ocurrencia de proponerme ir juntos a buscar un órgano para la espía.

Y allá vamos. Como unos cincuenta metros más adelante de donde yo me había quedado a pasar la noche, el cerro se ensanchaba en una planicie estratégica, que hizo a Raga profetizar que allí estarían dentro de veinticinco años unos sofisticados condominios. Desde la entrada de la planicie se podían distinguir varios órganos cargados de botones. Nos acercamos al primero y era tal el huellerío de venado que allí había que empecé a emocionarme. Exigiéndome calma, Raga dijo que no diéramos un paso más y que regresáramos a preparar todo para la tarde.

Entre escribir mis andanzas venatorias y pasar a máquina las experiencias chinantecas, se fue de un tirón el tiempo, y cuando nos sentamos a comer ya eran como las tres de la tarde. Terminando, con la ensalada de atún todavía descendente, me dejé vencer por el acelerar y arrastré a Raga tras de mí. Al llegar frente al órgano el sol aún estaba bastante alto. Dudé un buen rato sobre cuál sería el lugar más indicado para colocar las dos hamacas, hasta que me incliné por un viejo ocotín que estaba como a unos quince metros del órgano. Después de batallar duro para vencer la lisa corporeidad del ocotín, llegué al ramaje prácticamente empapado de sudor. Le dije a Raga que me tirara las hamacas, y la mía la logré agarrar al primer intento, pero la de ella no quiso entregarse sino hasta la quinta vez, cuando ya estaba siendo presa de un sulfúrico encabronamiento. Agarrándose a un extremo de su rebelde hamaca, Raga logró subir a la hor-

queta. Al verme de cerca marinizado y boqueante, extrajo del bolsillo de su pantalón un paliacate y lo pasó con meditada dulzura por mi rostro. A la tercera pasada del paliacate sentí que la pelea de perros dejaba de poseerme para dar paso a una respiración desagresiva y refrigerante. Tomé su cabeza entre mis manos y le di un sonoro beso en su naricita endiamantada de sudor. De pronto se separó de mí y conminándome al silencio señaló hacia un lado. Lo primero que hice fue mirar hacia la escopeta que, amarrada con la bolsa, estaba al final de la cuerda que Raga traía sujeta al cinturón. Le pedí la cuerda y al dar el primer jalón Raga me dio un codazo, señalándome el mismo lugar. Miré por encima de su hombro y vi la majestuosa fenomenicidad de un venado acercándose en dirección al órgano. Dios, nos va a ver, pensé entregándome ya a una cardioaceleración descontrolante. De pronto el animal dejó la línea recta que lo conducía al órgano y se perdió tras un tupido matorral. Sin pensarlo dos veces jalé la cuerda y en unos segundos estuve con la escopeta ya lista y con la bolsa entre mis brazos, en una postura tan incómoda que cualquiera que viera la escena desde afuera no podría contener las carcajadas. Se oyeron sólidas las pisadas y busqué al animal dispuesto a tirarle en plena retirada. ¡Pero no se iba, venía! Miré a Raga que estaba petrificada contra el ramaje y vi en su cara la expresión inmistificable de la muerte. Levanté la escopeta tembloroso y, doblado en arco para apuntar, apenas pude meter la culata entre la bolsa y el pecho. Miré hacia el animal —¡machísimo de dos puntas estacudas!— y vi que venía derecho hacia el órgano. Busqué un espacio que se abría adelante entre la ramazón y detuve allí, suspendiendo el latir vital, el cañón de la escopeta. Vi pasar la altiva cabeza del venado sobre el grano de la mira y ¡pummm!, se clava en el suelo levantando una polvareda infernal.

—¡Está vivo! —grita Raga.

Se levanta el animal con una rapidez endemoniada y sale en estampida. Lo sigo con la vista tratando de apuntarle. Se va. “¡Neee!”, se oye un grito que paraliza toda la selva. Raga y yo nos miramos bo-

quiabiertos. “¿Qué fue eso?”, nos preguntamos en silencio. La desazón empieza a poseerme. Le digo: “¡Vámonos!”. Y me contesta que no, que esperemos a otro. “¡Ni madres, vámonos!”. Y empiezo a bajar la bolsa y la escopeta. Cuando ya estamos abajo Raga me dice que vayamos a ver, que tal vez cayó muerto más adelante. Cabizbajo me acerco al lugar donde cayó y, tras rápida búsqueda, veo una hoja impregnada de sangre. “¡Le di!”, grito en recobrada esperanza. Sigo el rastro y, en efecto, va echando sangre, ¿y dónde carajos le habré dado?

Se metió la noche y nada; el rastro seguía y los primeros enterrones de la carrera concluían en el huellaje normal de un venado al paso.

A la mañana siguiente agarré los perros, y con don Ciri, que se había animado al oír lo del grito del venado y el rastro de sangre que había ido dejando, recorrimos todo el cerro hasta que llegamos a la playa del Carrizal. Nada, era tal la cantidad de huellas que había que los perros se perdieron en seguida, dejándose ir tras el fácil rastro de un armadillo. Sacamos el armadillo de la cueva en que estaba metido y nos regresamos de inmediato hacia la casa.

Pasé varias noches desquiciado por unos sueños tremebundos. En uno de los más vívidos, jaguarizado tras una presa apeteciente, me adueñaba con un salto de su huida y, al poseer con la visión lo ya muerto por la garra, me encontraba con la carcasa repulsiva de una cabra agusanada. Soltaba retrocediendo lo agarrado, y los gusanos se humanizaban adquiriendo la expresividad de los pululantes hormigueros urbanos. Arrastrado por la masa y pudiendo apenas mantenerme vertical, desembocaba en una enorme plaza en cuyo centro se erigía un imponente estrado. Quise preguntar a los seres babeantes que me rodeaban la razón de tanto celebramiento, pero vi que de sus fauces salían unos hilillos silbantes que semejabán un espantoso regurgiteo. Se acentuaron hasta un nivel ensordeciente los silbidos, y sobre el espectacular andamiaje apareció el agigantado cuerpo de una cierva. Se sentó sobre sus cuar-

tos traseros y, sacando una lengua rojifuéguica y serpeante, echó la cabeza hacia adelante y comenzó un deleitoso toqueteo circular sobre los enhiestos pezones. Luego, abriendo hasta el límite sus estilizadas piernas, permitió la total panoramicidad de una vulva vibrante que entró en estado de liquidiscencia. Al tiempo que toda la plaza ecoficaba el berrido extasiante de la venida, de los pezones brotaron dos riachuelos que vinieron a juntarse con el marejamiento expulsado por la vulva. Un chillido de pánico abrió por mitad el estremecido cuerpo de la masa, para dar paso al río aceitoso al que se arrojaban las nadículas que se desprendían de la masa. Al sentir cómo mis pies eran alcanzados por esa sustancia mucilagosa quise retroceder asqueado, pero un impulso imprecisable me arrojó a aquel arrastre sin destino. Y me fui sumergido, en medio de un lambisqueo glotonicida y entrechocando con cuerpos que, ya muertos de saciedad, le daban solidez al arrastre. Desesperado traté de salirme hacia una orilla, pero era tal el arrojadero de cuerpos a la corriente que se me hizo imposible salir del centro del arrastre. Me venció el pánico y al querer gritar me entró de lleno la almizcosa esencia y me vi de pronto jalado por una presión ascendente que convergía en dos paredes de encendida carnosidad palpitante. Intenté por todos los medios aferrarme a unas prolongaciones cerdosas que crecían a las orillas de la corriente, pero la fuerza endemoniada arrancó de raíz la pilosidad arrastrándome en un torbellino de muerte. Desperté a Raga con el sobresalto y vi en su expresión mi rostro desquiciado. Me atrajo hacia su regazo, pero cada vez que me empezaba a vencer el sueño despertaba temeroso de ser absorbido por la nada.

Por la mañana, luego de un desayuno apapachador, me fondeé en la hamaca y alcancé, en un reponedor desaparecimiento, la orilla de un mediodía luminoso. Di un par de vueltas reencontrantes y ¡zas!, se me prendió el foco.

—¿Y ahora a dónde vas a ir? —preguntó Raga al verme tan prendido.

—A pescar, ¿vienes?

—Sí, no te vaya a tentar ahora el diablo marino.



Quise agarrar la atarraya de don Ramón, pero Raga me lo prohibió tajante. Así es que me tuve que resignar a una pesca peñasquérica. Después de batallar hasta lo indecible, pude capturar apenas dos peñasqueros, con el agravante de que uno estaba casi destrozado por los ganchazos que le había dado. Resignándome a tan exigua carnada, decidí encaminarme hacia el pescadero favorito de don Ramón, con la esperanza de que un pargo deshorado viniera a cambiar mi curso zozobranante. Oí que Raga me gritaba desde unas charcas con ademanes aparatosos. Me lancé hacia donde estaba y me mostró un escondimiento rocoso donde parecía estarse celebrando una peñasquerorgía. Metí el gancho por un extremo y empecé a jalar cangrejos con eufórica eficacia. Cuando el hada protectora dijo siete, número sacro de orificios testales, suspendí la acción dejando en la hendidura un rezumo de masacre y dos o tres alucinados sobrevivientes. Llegué en un respiro al pescadero y va el primer lance al agua. Sentí unos tímidos tironcitos que atribuí al vaiveneo corrientante. Luego de una prudencial espera jalé la cuerda y vino el anzuelo mondo y lirondo. “Putá, aquí te culean sin darte cuenta”, me dije a la vista del despojo. Y va el segundo. Esta vez las mordiditas fueron más notorias, pero el resultado fue el mismo. “Debe ser un cabrón cuche, no hay de otra”. Y va el tercero, ¡y que se prende un animalón! “Quieto, cabrón”. “Párate, quieto”. “¡Hijo de tu pinchísima madre!”. “No te vayas, ven”. “Eso es, vente cabrón”. “Así me gusta, ya estás, un poco más”. “¡Su madre, qué tiburón!”. Lo arrojé sobre las rocas y me eché sobre él dispuesto a no perderlo.

—¿Qué es? —gritó Raga desde el promontorio donde estaba parada.

—¡Una bolsa de altura!

—¿Y es buena? —preguntó olvidando que ya la conocía.

—¡Bueníísima! —grité asegurándola en una hendidura.

Ese día nos echamos un cevichazo de pronóstico. Olvidada ya la mala racha energética me pasé la tarde en amena puesta en limpio de la abrumadora y accidentada plática sostenida con don Ramón en torno a los cuatro grandes. Por la noche, después de un primoroso té de jazmín que le bajamos al viejo celta de su despensa milagrosa, el efecto solar del ceviche efervesció la sangre y nuestros cuerpos se entregaron a un devoramiento ritual incontenible.

Al día siguiente, como Raga quería un caldo y yo un escabeche, echamos un volado para ver quién realizaba su capricho. Y claro, ¿podría ser de otra manera?, a ella le tocó la de ganar.

Ya atardeciendo, Raga colocó en la casetera una cinta de Jorge Reyes y nos pusimos a meditar. Normalmente los turbulentos venteros de mi conciencia empujaban premurosos las sutiles barreras divisorias, obligándome a emerger a una exterioridad apenumbada e indecisa. Pasar los primeros quince minutos era, pues, atravesar la línea ecuatorial que separaba la rutina cotidianizadora de la experiencia metacotidianizante. Varias veces en la playa había logrado esta plenificante trascendencia, pero lo común era una típica emergencia desesperada que ponía anticipado fin a un prometedor buceo introyectivo. Enganchado por el ritual de las percusiones, me dejé ir en una espiralización que, en la completitud de su girar, era una casi perfecta conjunción de muerte y vida. Resultaba en verdad sorprendente que la dulce y profunda espiritualidad que alentaba esa armonía, llevara en sí la violenta complementaridad solar de un imperativo sanguinario. Los sacros efluvios de las flautas, que me acercaban a un esteticismo místico de raíz quetzalcoáltica, dejaban paso a un agresivo desarreglo que actualizaba en mi interior la desalmada imagen de Tezcatlipoca. Desde el borde más distante de mi distanciamiento, oí una vocecita tímida que de tan íntima no podía precisar su procedencia. Silencié mi interior y ahora sí pude distinguir la voz de Raga en un llamado susurrante. Abrí los ojos y vi en su expresión la impronta de lo extraordinario.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¡Un ve-na-do! —dijo silabeando la expresión mágica.

—Estás zafada.

—Allá está afuera. ¡Cuidado, nos está mirando!

Me levanté con precaución y me asomé a la puerta. Cuando ya le iba a decir a Raga que estaba loca, vi, como a unos cincuenta metros y bajo el órgano que estaba en los linderos del terreno, un venadísimo mirando hacia la cabaña. Debido al mosquitero que cubría la puerta, el animal no veía a Raga, que estaba justo en su ángulo de visión.

—¡Agarra la escopeta! —dijo viéndome indeciso.

—No, a esa distancia es mejor el rifle.

Fui por el rifle, y cuando regresé a la puerta el venado ya estaba comiendo las flores que se encontraban bajo el órgano.

—Tranquilo, no te aceleres —me dijo viendo la tembladera del rifle en mis manos—. Apóyate contra el marco de la puerta.

Hice un primer intento por fijar la cabeza del animal en la mira, pero el bailoteo del pulso lo hizo pasar por la lente como si estuviera brincando. Los latidos del corazón empezaron a resonar en toda la estancia.

—Respira hondo —volvió a tratar de controlarme.

Empecé a respirar concientizando la entrada del aire, y al aproximar la mira vi la paleta delantera del animal en el centro de la cruz. Y ¡poing!, sonando el disparo sale el animal a la carrera.

—¡No le di! —exclamé con la convicción de haber hecho un tiro alto.

—¡Vamos a ver! —dijo Raga encarrerándose.

Los enterrones del animal se veían clarísimos, pero no había ni el menor rastro de sangre. Seguimos las huellas y unos diez metros monte adentro ya apenas se notaban.

—Está por demás seguirle. No le di.

—Yo vi muy bien cómo saltó para atrás cuando tiraste. Estoy segura de que le diste.

Seguimos buscando unos metros hasta que las huellas se perdieron con otras ya viejas.

—Sigue tú si quieres —dije encabronado—. Yo me regreso.

—Oye, tontito, no lo tomes así. Tuviste una oportunidad, eso fue todo.

—No, ni madres. Jamás voy a matar un puto venado, ya lo sé.

—No vayas a empezar otra vez, ¿eh?

—Ya me vale madre todo...

—Ya, ya. Hazte a la idea que no pasó nada.

— ¡Me lleva la chingada! ¿Acaso no me he hecho ya merecedor de un venado?

—Tranquilízate, ya se te dará cuando menos lo pienses, ya verás.

Y de nuevo el en nubamiento tenebrante se cernió sobre mi especular. ¿Por qué al cabrón viejo se le daba todo tan fácilmente y a mí me costaba una enormidad? Sí, no había duda, era un problema del destino y no del conocer. Bueno, mirándolo bien, tenía que aceptar en la cuenta de los descalabros ese maldito descontrol que me montaba de pronto en una cardiotrotera desquiciante. “Falta de método”, diría el viejo celta. Sí, lo reconozco, me paso la vida bandeando entre lo pseudoconcreto y lo abstracto; pero, ¿cómo hacer para alcanzar la cabrona concreción? “Tiene usted que enfriar su sangre”, resonó sentenciosa la voz de don Berna. ¡Dios, para qué tuvo que aparecer ahí ese pinche venado! Ojalá no le haya dado. Puta, pero qué emoción inigualable tener por una fracción de segundo en la mira decididora la vida de un animal semidivino. Ya oigo a los ecologistas de supermercado gritar: “¡Es un crimen!”. No, no es un crimen, sino un sacrificio ritual. Un crimen, ¡y abominable!, es el que se comete en los rastros y en los laboratorios tecnolátricos. ¡Ay, es que las vacas, los puercos y los borregos no están en extinción, y los venados sí! ¡Pues que hagan granjas de venados, que son más productivos! Qué joda, ¿por qué carajo no habrá caído ahí mismo? Sí, me aceleré a lo pendejo. ¡Tan mansito que estaba! ¿Y no habrá caído más adelante? Puede ser, recuerdo que el difunto don Antonio dijo una vez que la herida del 22 no arrojaba sangre. Mañana tempranito voy a dar un buen rastro. Pero sin los perros, no quiero que se entere ese viejo necio, porque lo va a tomar de choteo.

—Ya duérmete, corazón. Se te va a secar el cerebro de tantas vueltas que le das.

—Putá, qué más quisiera.

—Ven, acércate.

Tomó mi cabeza en su regazo y comenzó a masajearme la nuca y el cuello con su mano. Poco a poco se fue aflojando la tensión y me entregué por completo a la tibieza placentaria que me envolvía. Soñé disparate y medio, y al despertar la impresión más vívida que tenía era la de haber estado en una pequeña plaza de toros haciéndole la faena a un venado de añosa cornamenta. Después de haber logrado con unos pases magistrales arrancarle sonoros olés al graderío, llegó la hora de matar y al ir sobre el venado el estoque se fragmentó en mil pedazos. El chiflerío se tornó ensordeciente. Miré hacia el palco presidencial, y sobre un letrero ostentoso que decía Real Academia de los Cuernos, unos rostros aporcinados mostraban una frialdad de muerte. En medio del griterío condenador me pareció distinguir una voz de aliento. Volteé hacia la barrera y vi a Cortázar haciéndome señas para que me acercara. Fui hacia él corriendo, y al verme enfrente sacó un estoque de plata y me lo dio diciendo: “Húndeselo hasta el alma que es de auténtica hechura mexicana”. Levanté el precioso estoque sobre mi cabeza y vi en todo lo alto cantidad de puntitos negros girando en un torbellino descendente. Una exclamación colectiva estremeció los graderíos cuando ya los puntitos negros se tornaron agresivos zopilotes. Entre gritos de terror la multitud se derramó en un anárquico desbordamiento, y la visión se manchó de sangre y de trozos de carne macerada.

Seguí un rastro que descendía a todo lo largo de la cañada, pero no me condujo a ningún lado. Regresé otra vez al punto de partida y seguí otro rastro que terminaba justo frente a un promontorio rocoso con forma de cabeza olmeca. Me subí encima con intención de lanzar una mirada omniabarcante, pero vi a un par de metros de la piedra un blanquísimo esqueleto que me hizo bajar de un par de saltos. Era de tejón solitario y estaba en impecable estado, como si el animal acabara

de morir y con una sustancia muy activa le hubieran limpiado toda la carne hasta dejar los huesos marfilados. Regresé de inmediato por un costal para llevarle a Raga el esqueleto. Al verme llegar preguntó si había encontrado el rastro; le dije que no, pero le tenía un precioso esqueleto de tejón. Me urgió a ir a buscarlo. Cuando ya lo estaba metiendo en el costal me llamó la atención que numerosas moscas verdes comenzaran a revolotear en torno. Recogí todos los huesos y regresé. El celebramiento con que Raga recibió el regalo, me hizo olvidar el sinsabor que me había dejado el suceso del venado. Desayunamos y nos pusimos a trabajar. Ya a media mañana, al salir a orinar, vi sobrevolar el cerro a tres zopilotes. “Estos cabrones ya ventearon algo”, me dije mosqueado. Pero al cabo de unas cuantas vueltas descendentes se elevaron de nuevo y comenzaron a papalotear con el viento. Volví al trabajo y me desconecté del exterior.

Serían las dos de la tarde cuando bajamos a la playa. Nos detuvimos un rato con doña Isabel, que nos ofreció unas tortillitas recién hechas y salsa de molcajete, y ya para reiniciar la ida hacia la playa nos salió don Ciri al encuentro.

—Oiga, don Eugenio, ¿y qué chingados tienen allá arriba?

Volteé hacia el cerro y vi un montón de zopilotes en tétrico vuelo.

—Putá, esa congregación no me late nada —le dije más a Raga que al viejito necio.

—Capaz que por ahí anda el león y ustedes ni se enteran —dijo riéndose el vejete.

—¡Que se vayan a la chingada! —dije encaminándome hacia la playa.

Nos dimos un baño e hicimos algunos ejercicios. Ya cuando nos íbamos a exponer iguaneantes a la sabrosidad solar, Raga me hizo retroceder de golpe a la negrura existencial que ya creía superada:

—Mira, no es normal que estén tantos zopilotes juntos.

—¿Y qué chingados quieres que haga?

—No te pongas así, tontito. Yo nada más te digo que ese venado está allá arriba.

—¡Me cago en la reputísima madre de ese venado! —dije marchándome.

—Espera, que te acompaño...

Subimos encarrerados. Llegando al cerro vi que la nube de zopilotes estaba justo atrás del órgano. Me metí por la misma veredita de la mañana y al acercarme al promontorio rocoso vi sobre los árboles el negrerío acechante de los zopilotes. Una tufarada nauseabunda me llegó de golpe, y ya al pie de las rocas el zumbido del mosquerío alcanzaba proporciones sinfónicas. Subí a la roca más grande y, al mirar justo del otro lado de donde había encontrado el esqueleto de tejón, me encontré con la imagen espeluznante de la muerte. Con la panza picoteada y con las tripas ya de fuera, allí estaba el pinchísimo venado.

—¡Chingue a su madre el mundo! —rugí colérico.

—¿Qué es? —inquirió Raga acercándose.

—¡Quédate ahí! Más vale que no veas esto.

Un vahído infernal me bajó de golpe de la roca. Conteniendo la respiración me acerqué al animal para observarlo y...

—¡Dios, es una ciervota! —exclamé anonadado.

—¿Es venada? —preguntó Raga desde el otro lado de la roca.

Cabizbajo y desapareciente me di la vuelta y pasé frente a Raga en silencio.

—¿Qué tiene, no está buena?

Seguí caminando y la voz de Raga se vino tras de mí en un balbuceo exculpante. Un encendido boquete comenzó a horadar el centro de mi visión arrastrándome a un laberíntico autoflagelamiento. ¿Por qué tenía que ser tan cruel conmigo el destino? ¿Por qué tenía que obligarme a sufrir el fracaso de esta manera? ¿No era suficiente castigo el perder la presa? ¿Por qué tenía que anonadarme con esa visión apocalíptica de la muerte? ¡Una cierva! Cielos, no era posible que tanta infamia sucediera por sí misma y sin acuerdo. No podía ser que tanto castigo y abismamiento acaeciera sin una intención y por mera coincidencia. Dios, tres veces había estado a unos metros

del animal sin haberlo visto. No, no había razonamiento que pudiera explicar tamaña excesividad nihilizante.

—Oye, ya deja de lamentarte, ¿quieres? —dijo Raga haciéndome emerger a un mundo que me pareció aborrecible.

—¿Y qué carajos quieres que haga?

—Lo que quieras menos entregarte a ese lamento autocompasivo. Te advierto que no quiero otra noche atormentada. Y mira, mejor es que decidas ya de una vez dejar de lado la cacería.

—Joder, ahora tú también contra mí, ¡lo que me faltaba!

—Es que tu actitud no es para menos.

—¿Se te ocurre algo mejor?

—Pues sí.

—¿Qué?

—Ve a la playa y corre hasta que se te funda toda esa mala energía.

—Estás loca.

—Yo nomás te advierto.

Me eché en la hamaca; y no bien perdí contacto con la tierra, la visión esperpéntica de la cierva se me vino a la cabeza. Hice un esfuerzo desesperado por centrar el fluir mental en otra cosa, pero, después de un breve rodeo saneante, terminaba regresando al tétrico hallazgo. “¡A la chingada con todo!”, dije levantándome dispuesto a pagar mi pecado errando como un Caín sin rumbo fijo. Bajé corriendo, y al pasar frente a la cabaña de don Ciri el viejito me salió al paso insistiendo en lo de la zopilotería. Me detuve un segundo y le dije que subiera con los perros, que allá arriba tenían un banquete.

Llegué a la playa y seguí corriendo a todo lo largo bajo los fundentes rayos del sol. La visión fija en la arena y la respiración a toda su capacidad empezaron a vaciar la mente de las imágenes nefastas. Al completar la primera vuelta, límite de mi rutina aeróbica, seguí corriendo como un autómatas quitándome de los ojos las marejadas de sudor. Conforme iba aumentando el esfuerzo, destellos de liberación comenzaron a cruzar por mi mente y, aferrándome a su claridad, me dejé ir en pos del objetivo jamás alcanzado de las dos vueltas. Como

un acercante murmullo primero, y ya después con ruidosa nitidez, vi a ambos lados las multitudes que aplaudían el nuevo récord que yo estaba estableciendo. Toqué la pared rocosa y, le vantando los brazos en señal de triunfo, me lancé a la última fase de la histórica carrera. Y allá voy, expulsando algodones ensangrentados por la boca y con el cuerpo cubierto por el aceite salobre secretado por los combustiona-dos riñones. La visión se torna borrosa por momentos, pero puedo distinguir en la meta el animoso gesticular de los que me apoyan. Llego y quiero detenerme, pero el griterío me dice que aún falta otra vuelta. Siento en mis espaldas el aliento empujante y me arrojé de nuevo a la carrera. “¡Ánimo, campeón!”, oigo que me gritan al pasar, pero todo comienza a confundirse. Ya no veo rostros animantes, sino hoyos negros que quieren tragarme. Tropiezo y sufro la primera caída. Desde el quemante suelo oigo el griterío que parasita del fracaso. Con un llamado imperativo a la voluntad logro incorporarme y, en medio de un silencio enmarcado por el susurro marino, me llega nítida la voz de Raga.

—¡Ya párale, loco, te vas a matar!

Volteé en dirección a la voz y me vine al suelo derrotado.

Como una hora más tarde, con el cuerpo vencido y la mente en calma, me fui del hombro de Raga dispuesto a dormir de un tirón toda una semana. Colgada de un horcón tenía don Ciri a la cierva ya desollada. La sonrisa del viejito y el semblante festivo de doña Isabel me infundieron ánimo para preguntarles si todavía se podía salvar algo.

—Nomás la tripa y unos pellejitos tenía malos —dijo don Ciri triunfante.

—Vaya, una buena noticia en medio de tanto descalabro.

—¿Lo ves? —intervino Raga—. Te dije que no hicieras tanta alharaca, pero puesto a autocompadecerte no hay quien te gane.

—Órale, llévesela de una vez parriba —dijo el viejito disponiéndose a descolgar la venada.

—No, quédesela toda. De venado ya tuve bastante por un tiempo. Si quieres, que te den un pedazo para ti —le dije a Raga.

—No, yo no quiero. Que se la coman a nuestra salud.

—Pero es mucho para nosotros —arguyó el viejito enseñando el diente solitario en señal de falso comedimiento.

—Hagan tasajo. Hasta mañana.

—Bueno, pues muchísimas gracias, don Eugenio, y que Dios lo bendiga.

—Sí, eso es lo que necesita —concluyó Raga.



Pasaron varios días de entrega total a la lectura y la escritura. Entusiasmada con la pasada en limpio del segundo volumen, Raga no dejaba de echarme flores, aunque yo sabía que el verdadero fin era alejarme de la negatividad de la cacería.

Solíamos ir a nadar al mediodía, pero ese día cuando bajamos a la playa deduje, por la posición del sol, que ya serían las dos de la tarde. Nos dimos un buen chapuzón y al desnudarnos para una toma integral de sol sucedió lo inevitable. Estábamos ya en el segundo entre cuando un fuerte ronroneo nos obligó a suspender el diálogo solar de nuestros cuerpos en busca de acuática protección. Miramos en todas direcciones tratando de localizar el cada vez más fuerte ruido de motor, hasta que vimos aparecer tras el promontorio rocoso del final de la playa una enorme lancha llena de turistas y cañas de pescar. Se acercó a media máquina a la orilla y, por fortuna, se fue a todo lo largo de la playa, dejando tras de sí una espumante fisuración blanca sobre el sensual fondo azul turquesa. Desde la lancha una nutrida ramazón de manos nos saludó festiva. Al llegar a la lengua de arena que hace el mar frente a la isla, vimos, entre incrédulos y abatidos, cómo fondeaba la lancha y saltaba a tierra la horda de seres rubicundos.

—¡El inicio del fin! —dije sentencioso.

—Seguro son del Club Méditerranée —dijo Raga.

—¡Viva la decadencia güera; mueran los enhuarachados! —grité desahogándome.

—Y dale con lo mismo. ¿Prefieres que llenen la playa de enramadas y la empuerquen con nuestro turismo social de latas y bolsas de plástico?

—No, por favor. Prefiero mil veces la decadencia güera. Pero no deja de encabronarme.

—Ni modo. Más vale que te vayas acostumbrando a compartir tu paraíso.

—El problema no es compartir, sino perder.

Salimos del mar y apenas nos estábamos echando sobre la arena cuando vimos venir hacia nosotros una lancha con el toldo inconfundible de la cooperativa turística. Nos levantamos con rapidez y fuimos de regreso al agua, donde nos pusimos los trajes de baño. Ya más cerca la lancha, se hizo notoria la cabellera plateada de don Ramón.

Después de los emotivos abrazos y despedir al muchacho que manejaba la lancha, cargamos con el equipaje. Ante el disparadero preguntante de Raga, don Ramón le dijo que la condesa había salido a Vancouver, por lo que le había entregado el sobre a la sirvienta.

—Ya nos invadieron —le dije al viejo celta señalando el jolgorio que se traían los turistas frente a la isla.

—Sí —expresó enserieciendo su rostro—, esto está cambiando mucho más aprisa de lo que creíamos. ¿No habéis ido a Santa Cruz?

—No, no salimos para nada —dijo Raga.

—Son impresionantes los cambios que está dando el lugar —añadió don Ramón.

—¿Ya reubicaron a todos los comuneros? —inquirí.

—Sólo faltan los restauranteros y algunos rebeldes. Pero, por lo que me dijo un funcionario de FONATUR que encontré en el muelle, parece que todo marcha bien.

—¿Y Playa Tortuga?

—No hay nada decidido, pero es viable la idea de la reserva ecológica.

—¡Fantástico! —exclamó Raga.

—Aún no hay nada al respecto, mujer. Lo único cierto es que en el proyecto global está incluida una zona de reserva ecológica; y Playa Tortuga es, descartando a la conflictiva Copalita, el sitio ideal para establecerla.

—Yo estoy con usted, don Ramón —expresó Raga eufórica—. Verá que lo logramos.

—Gracias, mujer, pero estas cosas hay que tomarlas con mucha calma, metiéndole más razón que pasión, como quería Spinoza. A propósito, ¿qué os ha parecido la metodología?

—Uy, yo tengo muchísimas cosas que preguntarle —dijo Raga.

—¿Y tú qué opinas, muchacho?

—La verdad es que la primera impresión que tuve fue la de que el tipo que la escribió estaba completamente loco.

—Sí, algo de eso hay.

—Pero después de una segunda lectura se me aclararon muchas cosas.

Los perros, que salieron precediendo a don Ciri y doña Isabel, abrieron un paréntesis descansante. Vinieron los abrazos, comentarios y risas, que don Ramón rubricó con sendos regalos para los nativos. Subimos a la mansión comejénica, y al pasar al interior el viejo celta no pudo ocultar la satisfacción que le produjo ver todo impecable.

—¡Vaya, parece que sirvió de algo la metodología! —exclamó plenificado.

Dejamos el equipaje en el piso y enseguida don Ramón extrajo de una maleta una botella de Paternina para celebrar el reencuentro. Fui a la cocina a buscar el sacacorchos y unos vasos, y cuando regresé vi sobre la mesa dos libros. Me acerqué intrigado y leí: *El laberinto de la hispanidad* de Xavier Rubert de Ventós y *La jaula de la melancolía* de Roger Bartra.

—Ahí te traje esos libros para que me des una opinión crítica —dijo don Ramón disponiéndose a abrir la botella—. Te advierto que los autores son conocidos míos.

—¡Qué libro tan feo! —expresó Raga tomando en sus manos el de Rubert de Ventós.

—Y el título es originalísimo —añadí con sorna.

—Bueno, los libros hay que leerlos para poder opinar sobre ellos —dijo don Ramón a la defensiva.

—Me va a disculpar, pero yo no estoy de acuerdo —dijo Raga con inesperada contundencia—. ¿Por qué no ha de ser el libro como tal un objeto de arte?

—Claro, pero...

—Y mire nada más qué formato tan horrible; y la portada es espantosa.

Y luego ese letrerito de almanaque que dice Premio Espejo de España.

—Mujer, me tomaste por sorpresa. Pero ya viéndolo bien debo admitir que tienes toda la razón. Bueno, espero que el contenido os parezca mejor. Ahora vamos a brindar por el reencuentro —dijo llenando los vasos.

—¡Por la reserva ecológica! —exclamó Raga.

—¡Salud! —correspondimos don Ramón y yo a coro.

—¿Y qué, ya te echaste tu primer venado?

—Ni madres.

—Uy, si le contáramos todas las peripecias que pasamos se reiría de nosotros —dijo Raga haciendo gala de su participación en la aventura.

—¿Qué, tú también has ido?

—Cuéntale, cuéntale —dijo dándome la iniciativa.

—Mejor se lo doy luego a leer...

—Pues yo os quiero decir que estoy feliz de compartir con vosotros este proyecto —dijo el viejo nostalgizándose de pronto—. Estas semanas he estado dándole vueltas al asunto, y creo llegado ya el momento de deciros que mi mujer y yo hemos decidido que esto os pertenezca.

—¿Su mujer? —inquirió Raga sorprendida.

—Sí, de cuando en cuando la consulto; sobre todo cuando se trata de cuestiones como ésta.

—Ah, ya entiendo.

—Bien, entonces después de las lluvias esto os pertenecerá. Claro, hay una pequeña cláusula que tiene que figurar en la cesión, y es que os comprometáis a proseguir con la realización del proyecto, que es hacer de esto una especie de taller de creación estética del trópico.

—¡El sueño de Gauguin! —exclamó Raga.

—Vaya paquete —dije viendo en peligro mi desobligada errancia.

—Ya es hora de que sientes cabeza, muchacho.

—Y no sólo cabeza —añadió Raga jalándome cariñosamente de una oreja.

—Brindemos, pues, por el promisorio futuro de Playa Tortuga.

—¡Salud!

Durante el tiempo en que preparamos tasajo de venado a las brasas con salsa de molcajete, y que acompañamos con el Paternina tinto, Raga, prisionera de la tentacularidad urbana, se la pasó preguntando sobre todos aquellos aspectos ciudadanos que por tantos años habían formado parte de su cotidianidad, y a los que no quería renunciar por temor a perderse en un presente sin pasado. Mientras don Ramón le iba confirmando la progresiva descomposición de la ciudad más poblada del planeta, yo me fui derivando con la corriente de preocupación generada por la problemática herencia que nos legaba el viejo celta.

Jalando del hilo especulativo me perdí en la laberíntica intemporalidad de lo abstracto, y empecé a visionar con angustia cómo la vida anárquica y espontánea se desdibujaba en un horizonte de compromisos y amarres. Para colmo de mi abatimiento obligofóbico, Raga, que parecía representar el papel opuesto al mío, comenzó a preguntarle a don Ramón una serie de dudas sobre el método que terminaron por exhumar la inquietante personalidad de S. C. Chuco. Aun cuando el viejo celta se mostró renuente a dar

pormenores al respecto, Raga pudo sonsacarle que el enigmático personaje había muerto en un cerro cercano a San Felipe Otate, en 1982, mordido por una nauyaca. Al oír esto yo ya no pude ocultar mi interés, y entre Raga y yo sometimos al viejo a un verdadero interrogatorio demencial. O era una cruel verdad o don Ramón fingía magistralmente, pero esto fue todo lo que pudimos sacarle: a don Berna lo habían ido a buscar dos ancianos de San Felipe para que curara a un gringo mordido por una víbora hacía dos días. Por aquello del gringo don Berna había invitado a don Ramón, y los dos se fueron con los ancianos caminando desde Nopaltlán. Después de cuatro horas llegaron a una vieja choza levantada en un claro de la selva al lado de unas tumbas chinantecas, y allí tendido sobre un petate y al cuidado de una hermosa muchacha chinanteca, estaba un individuo ya en claro estado de coma. Al acercarse don Berna para verle la mordida, que había sido en el talón derecho, el moribundo susurró algo en castellano sobre una bolsa de viaje, con un acento de inconfundible procedencia peninsular. Mientras don Berna le quitaba los trapos y veía cómo la pierna, muy hinchada, estaba ya ennegrecida y despellejada, don Ramón se acercó al moribundo y le preguntó quién era y de dónde venía. El individuo, barbado, de crecida cabellera y muy enflaquecido, susurró algo inaudible; y al acercarse don Ramón la cabeza para oír mejor, el moribundo lo aferró por el cuello con sus huesudas manos y dijo que en la bolsa azul estaba la razón de su vida. Luego desfalleció como si se hubiera muerto. Tomándole el pulso don Berna comprobó que todavía estaba vivo, pero que su muerte era cuestión de minutos pues su sangre ya se enfriaba. Al oír cómo don Berna les decía a los ancianos en su idioma que no había nada que hacer, la muchacha comenzó a llorar sobre el cuerpo del moribundo, y éste abrió sus vidriosos ojos y dijo unas palabras ininteligibles. Y eso fue todo. Cuando don Ramón preguntó por la bolsa azul, los ancianos le mostraron una mochila acomodada en una esquina de la choza. La mochila estaba cargada de manuscritos,

unos cuantos libros de publicación artesanal y un montón de papeles escritos con una letra casi ilegible. Sobre una tabla colgada de una viga a manera de estante había una veintena de libros de los más connotados filósofos contemporáneos. Don Ramón se hizo cargo de todo aquello y, después de enterrar allí mismo al lado de una tumba prehispánica al muerto, se regresaron él y don Berna cargando todos los libros.

—¿Y dónde están los demás? —pregunté impresionado.

—En México, dentro de la bolsa y en mi armario...

—¿Y no encontró entre los papeles el pasaporte o alguna identificación? —preguntó Raga.

—No, ningún documento.

—¡Qué raro!

—¿Qué edad calcula usted que tendría?

—Poco más de treinta años.

—Oiga, ¿y cómo era físicamente?

—Ya te dije, mujer.

—Sí, pero con eso que dijo aún no logro verlo.

—Bueno, tengo una fotografía en México.

—¿De veras?

—Sí, al parecer una pareja de antropólogos norteamericanos se la sacó unas semanas antes de su muerte.

—¡Cómo no la traje!

—Hay tiempo, mujer. La próxima ida a México la traigo.

—¿Y por qué no había hablado antes de esto? —le dije un poco molesto.

—Todo llega a su tiempo, muchacho. Además, creo que ya te lo había mencionado.

—¿Y quién le arrancó las hojas del principio a la metodología.

—Así estaba. Deduzco que habrá sido el autor.

—Hay una nota de pie de página donde habla de un curso de doctorado con Mario Bunge, ¿no se acuerda?

—Sí, hombre. Pero te repito que yo sé tanto como tú.

—¿Y ya leyó usted todos los libros y papeles que había en la bolsa azul?

—Nada más los hojeé. La verdad es que es muy difícil descifrar la letra de araña en que están escritos.

—Pues le voy a decir que yo estaba convencido que el autor era usted. Pero ahora.

—Sí —dijo don Ramón ya vencido por el cansancio del largo viaje—, es uno de esos casos en que la objetividad supera a la ficción.

Toda la noche la pasé dándole vueltas a la enigmática personalidad de S. C. Chuco. ¿Qué demonios querrían decir esa S. y esa C.? ¿No me ocultaría algo el cabrón viejo? No, no era posible que un ser de tal capacidad viviera de esa manera. ¿Por qué carajo habrían arrancado las primeras hojas del libro? ¿Si pudiera conseguir otro ejemplar! Y luego ese enigmático posfacio fechado en marzo de 1980; lo que significa que escribió la metodología cuando apenas tenía veinticinco años. Después de enloquecedora búsqueda de una posición adormeciente, pude al fin sintonizar la frecuencia arribante de las olas y me dejé ir montado en una respiración esponjosa y rítmica. Atribulado por pesadillas, desperté sobresaltado con el recuerdo brutal del cuerpo de mi padre enredado en un trasmallo y con las piernas ya devoradas. Al levantarme a tomar un vaso de agua, vi en la dulce ensoñación de Raga una muestra envidiable de un interior en perfecta armonía consigo mismo y con el universo. No me cabía la menor duda: “unos nacen con estrella y otros nacemos estrellados”. “Pobre don Antonio”, pensé al recordar su frase. Me asomé al terraplén y al ver el impresionante cielo estrellado me entró un deseo casi místico de perderme en esa infinitud ajena a la Historia y a la tiranía del ego. ¡Y pensar que toda esa inmensidad que veía ya estaba fenecida! Busqué a Orión y al verlo ya inclinado sobre el poniente deduje que serían las dos o tres de la mañana. A manera de refutación de que no todo lo que refulgía en la cúpula celeste era ya pasado consumado, un satélite artificial pasó sobre la punta del cinturón y se fue en encade-

nada travesía, transmitiendo una información deshumanizada para una civilización agónica.

Volví a dormirme y no tardé en verme alertante cerca de un imponente órgano que disparaba sus brazos hacia el cielo en una liturgia vegetal incomprensible. Mezclado con el dulce aroma de la flor, que ya sentía viviscente en la gozosa rumia de mi tiempo diurno, creí percibir un deje de la agresiva exudación de los temibles sonamuh. Alerté al máximo mi consciencia y me torné desapareciente. Nada, todo indicaba que la profanación había sido diurna. Acorté precavido la distancia y una señal de alarma me entró por la punta de la extremidad derecha. No, no era el caminar golpeado y orgulloso de los humanos, sino el alegre y despreocupado brincar de un pequeño zorrillo Del lado del mar me llegó de pronto el olor inconfundible del rival con el que había peleado al inicio de la luna.

¿Se habría adelantado a comer la sagrada flor? ¿No había sido suficiente la sangre vertida en la pelea? Alertada al máximo la capacidad omniabarcante de mi visión, comprobé por última vez que nada extraño ennegrecía la blancura del recuerdo. Entré decidido bajo el halo mágico del órgano y, al descender la cabeza en olisqueante búsqueda, di pronto con la ansiada flor que durante el día había triturado en el deseo. En seguida, con la expansión saborizante, sentí el aflojamiento del esfínter e hice mío una vez más aquel lugar con la esencia deyectada de mi cuerpo. Seguí ya señoreante la recolección de la sagrada flor de mi sustento, y al rozar apenas la aterciopelada carne de la segunda flor, sentí un extraño sonido metálico y asustado vi cómo sobre mí descendía zigzagueante un sol enceguedor. Me quedé paralizado en el misterio hasta que la explosión del mundo sobre mí, me hizo saber el final inexorable de mi existencia.

Amanecí con sabor de boca a sangre y pólvora, y con una cara de sacrificio que espantó a Raga. Desde el terraplén vimos la diminuta figura de don Ramón correr a lo largo de la playa y, sin decir agua va, Raga me jaló vereda abajo. A la mitad de la playa encontramos a don Ramón que, viendo mi desganamiento esencial, dijo que me diera un

chapuzón para quitarme la flojera. Seguimos corriendo y de regreso nos juntamos con el viejo celta que ya estaba dándole duro a los ejercicios de karate. Raga se metió de inmediato en el ritmo, pero yo no podía ni con mi alma.

—Ahí tienes una típica actividad pseudoconcreta —me dijo don Ramón haciendo un alto.

—Es que...

—Es que nada. Eres un sujeto sin conciencia ni voluntad.

—Ya deje de chingarme. Bastante tengo con la noche que pasé.

—¿Quieres salir de esa nolición?

—Claro que quiero.

—Pues ve a darte un chapuzón.

—Anda, corazón, hazle caso —dijo Raga haciéndome un gesto entre ruego e incentivación.

Arrastré mi derrotada corporeidad hasta la orilla y, al meter los pies en el agua, me quedé embelesado viendo el extraordinario efecto del sol sobre la isla.

Desde arriba me llegó el imperativo vozarrón del viejo celta y, sin pensarlo más, me tiré de cabeza. La primera impresión casi me produjo un espasmo, pero conforme empecé a nadar el vigor fue regresando al cuerpo, que celebraba agradecido el abandono de esa piel entretrejida de pereza y noluntad. Salí amanecido del agua y fui corriendo hasta lo alto de la playa. Don Ramón, que le estaba enseñando a Raga la técnica de defensa y contraataque de manos, para la que yo tenía especial habilidad, viéndome venir tan decidido preguntó:

—¿Qué dices ahora, muchacho, hay o no maneras de vencer la resaca de la malanochidad?

—¡Vaya palabrita! —exclamó Raga.

Sintiéndome de verdad otro, me entregué a los ejercicios con unas ganas que media hora antes hubiera considerado una locura. Al terminar, el viejo nos llevó hasta el fondo sombreado de la playa y allí nos pusimos los tres a meditar. Desfilaron por mi mente las pesadillas nocturnas, pero ya no con su carga de angustia y zozobra,

sino en un deslizamiento liberante que me acercaba poco a poco a un estado de flotación dichosa. Sentí un extraño chasquido en la parte de atrás de la cabeza y, como si hubiera activado un dispositivo armonizador, experimenté con fruición cómo se me aflojaba la tensión acumulada desde las mandíbulas hasta los músculos de las piernas.

Después de un delicioso desayuno, condimentado con una plática en torno a la ya universal escuela oaxaqueña de pintura (Tamayo, Toledo, Nieto, Aquino, etc.) y con la que Raga emparentaba su expresionismo mágico, nos fuimos a trabajar. Me acomodé en mi tinglado literario y, al verme de golpe sobre la nada devorante de la página en blanco, me entró de lleno el sopor y para vencerlo tuve que pisar a fondo el acelerador de la voluntad.

Y resultó peor el remedio que la enfermedad. Cuando Raga vio la uñofagia a que me estaba entregando sugirió que me echara un coyotito. Lo intenté, pero era tal la aceleración mental que traía que tuve que volver a la chamba.

—¿Por qué no lees esos libros que trajo don Ramón? —dijo Raga preocupada por mi desasosiego.

—No es mala idea; me vendría bien un respiro lectorante.

Agarré el libro de Rubert de Ventós y me arrojé liberado en la hama. Lo primero que llamó mi atención fue la fotografía de la solapa, que mostraba un burócrata de la cultura con cara de Jesucristo derechizado. Al ver los nombres de los miembros del jurado que le había adjudicado el Premio Espejo (sobre todo el del nefasto Fraga Iribarne), un ligero hormigueo de huevos comenzó a ponerme en guardia. Y, ¡zas!, nada más empezar la introducción me encuentro con una declaración de fe que diez años atrás sencillamente ameritaría la hoguera revolucionaria: “Este libro desarrolla un punto de vista más bien tradicional y clerical sobre la colonización de América”. A partir de aquí, y por el resto del día, todo fue un devenir entre la sorpresa, el encabronamiento y el desánimo. Ciertamente, el autor se cuidaba mucho de ofender la susceptibilidad latinoamericana. Es más, hasta podía asegurarse que era de los pocos peninsulares que habían toma-

do en serio el entendimiento de la diversidad latinoamericana. Pero el libro no estaba destinado a los latinoamericanos, sino que estaba hecho con un claro propósito político de demostrarles a los norteamericanos que la colonización anglosajona, empapada de puritanismo económico y tradicionalismo político, necesitaba de la profundidad étnico-cultural de la colonización hispana. ¿Y en qué se basaba esta profundidad étnico-cultural? ¿En un tradicionalismo clasicista y clerical! Montado en su rocinante posmoderno, Rubert de Ventós acomete la histórica tarea de desfacer los entuertos acumulados durante cinco siglos de ignominias; y para ello no tiene el menor reparo en declarar a la ¡joven! cultura náhuatl como edificadora de un gran imperio político-militar y de una compleja teogonía moral en la que se sintetiza la visión del mundo occidental y oriental (se entiende que los nahuas mandaron una comisión de principales a Oriente y Occidente para arribar así, y después de grandes devaneos hegelianizantes, a la mentada síntesis turística). Pero sigamos. ¿Y quién es el sabio que recoge los retazos de esta teología? ¡Nada menos que A. M. Garibay! Nada sobre la exquisita poética náhuatl, nada sobre la admirable filosofía náhuatl, nada, en fin, de Selser y Soustelle, de León-Portilla y Gutierrez Tibón. Metido ya de lleno en la revaloración histórica del aspecto clerical de la Conquista (dejando con maña de lado la brutalidad militar de la misma), Rubert de Ventós sostiene ufano que: “El evangelizar al conquistado es, junto al casarse con él, la más clara muestra de que se le toma como un sujeto y no como objeto, como igual y no como bárbaro”. Sería aburrido y redundante volver aquí sobre los cientos de pasajes históricos donde se demuestra la condición irracional de ese subjetivismo evangélico. Pero sí cabe recordarle al autor que vuelva a echarle un vistazo, por aquello de la amnesia posmoderna, a Rousseau y La Boétie, para entender la diferencia entre voluntad determinante y voluntad determinada, sin descuidar la teoría fichteana de las determinaciones entre el sujeto y el objeto (yo-no yo).

A fuerza de apoyar su discurso (que según confesión autoculpable del autor fue realizado burocráticamente sobre la marcha) en ci-

tas y recurrencias ¿autorizadas?, Rubert de Ventós es copartícipe de una serie de tesis disparatadas, como ésta de la nota 5: “A esta primera justificación ‘teológica’ de los sacrificios humanos la moderna antropología ha venido a añadir su explicación ecológica. El sacrificio e ingestión de prisioneros, en efecto, es la forma más eficaz de controlar el crecimiento y conseguir la proteína requerida, sobre todo en un país ya urbanizado sin ganado porcino, vacuno, ovino ni caballar (M. Harris)”. Al tarugo de Harris se le puede permitir esta burrada y más; pero que un catedrático de la Universidad de Barcelona y de lo más preclaro —¿o preoscuro?— de la nueva filosofía española (al lado de Savater y Trías) comparta sin criticar tamaña pendejada, da mucho que pensar. No puedo creer que alguien que haya leído a Bernal Díaz diga semejante disparate. No hay en toda la historia de la literatura, lo que vale decir en toda la historia de la humanidad, un pasaje como aquel donde Bernal Díaz narra la majestuosidad y superabundancia con que se servía la mesa de Moctezuma; o aquel otro donde se refiere la cantidad y la calidad de la proteína animal que se vendía en el mercado impresionante de la gran Tenochtitlan. No cabe más que insistirle al ingenuo Rubert que lea la *Vida cotidiana de los aztecas*, de Soustelle, y la monumental *Historia del nombre y de la fundación de México*, de Tibón; o, de pérdida, la barroca (para darle por su lado) *Visión de Anáhuac*, del egregio Reyes.

Dentro del enmarañamiento eruditizante, presentaneizado por el compromiso político del autor (que en el momento de escribir el libro era diputado en el Parlamento europeo), parece despuntar una tesis: la búsqueda de una alternativa hispanoamericana a un modelo de desarrollo que no tenga que pasar por el puritanismo economicista anglosajón (que por lo demás el Imperio norteamericano ya está dejando de lado). ¿Y dónde reside el modelo de esta búsqueda?: “El primer —y heroico— intento de llevar a cabo esta Modernización económica sin pasar por la política e ideológica es el de los jesuitas en Colombia, Paraguay y Uruguay; el último —y patético, aunque no estéril— es el del Opus Dei, en los sesenta”. Si a esta declaración

sorprendente (por su anacronismo y arbitrariedad: ¿acaso no ha demostrado el marxismo hasta la saciedad que la economía y la política forman un todo enajenante? Y una vez más le recomiendo a Rubert de Ventós la lectura de *No hay tal lugar*, de Reyes, para que conozca a fondo, y no por referencia de terceros, el precursor modelo de Vasco de Quiroga en Michoacán) le aunamos el amor barroco a la penumbra Ilustración borbónica, tenemos ya un claro esbozo del modelo de hispanidad que propugna el buen Rubert. Por ello no sorprende que la invocación a la obediencia y la irracionalidad de los gobernados que Ramiro de Maeztu proclamaba en su *Defensa de la hispanidad*, al igual que la absurda tesis de Julián Marías, según la cual América no existía antes de 1492, ya que los habitantes de esas tierras no tenían la menor noción de su existencia conjunta, sean señaladas soslayadamente sin la fuerte reprimenda crítica que ameritan. ¿Para quién, entonces, reserva Rubert el fuego de la crítica? ¿Para Unamuno, Ortega, Menéndez Pidal y Américo Castro!

Si Savater consideraba un absurdo cargar a cuestras la España histórica, Rubert de Ventós arremete contra la España imperativa y vertebrada de Ortega y Américo Castro. Ya no más mando y sumisión, ya no el hombre señorial y el tipo caballeresco que Vossler y Belloc consideraron propios de la hidalguía hispana. Ya no la España sorprendente de Barnés, de Mérimée y de Gautier; ya no aquella España que Kant, en su *Antropología*, colocaba al lado de Francia (tierra de modas), Inglaterra (tierra del mal humor), Italia (tierra de la ostentación) y Alemania (tierra de los títulos), como tierra de los antepasados (preteridad que Ortega consideraba raíz del reaccionarismo hispánico). Adiós a la España andaluza que esencializaron en sus sueños Swinburne y Townshend, y que Washington Irving difundió por todo el planeta. Adiós a esa España pobre y llena de gitanos, que, según George Borrow, poseía la masa vital más apasionante de Europa. Adiós a la España laberíntica de Brenan. Adiós, en fin, a la España bravía que cautivó a Hemingway y a la España individualista y anárquica que fascinó a Dos Passos... ¿Cuál España, entonces? Una España neoliberal

y monárquica, voluntarista y socialista. Una España ya no invertibrada, sino inmusculada y sin nervios: contenida y mesurada, como quería el pasatista d'Ors; ambigua y vacilante, como susurraba María Zambrano. ¡Al carajo la España auténtica y desgarrada! Porque: “No se trata de conquistar una ‘existencia auténtica’ (ese sublimado romántico de la vida en el seno de la ‘conciencia desgraciada’) sino precisamente de andar entre las cosas —pecando todos sus pecados, siendo pasto de todas sus razones— hasta que nada mundano sea ajeno”.

Nada de sangre, nada de apasionamiento, nada de exacerbados nacionalismos, nada de aquel resentimiento angustiante con que la generación del 98 enfrentó la pérdida irreversible de las colonias. Ahora los antiheroicos posfranquistas: “valoramos más en términos operativos de rendimiento o funcionalidad que en términos metafísicos de verdad”. ¿Qué tal?

A la imagen premoderna del progreso concentrador y uniformador, le sucede ahora la imagen posmoderna de la disipación y la fluctuación. Así, pues, la nueva España debe disiparse y diversificarse para poder fluctuar en la uniformidad eurocéntrica. ¡Señor, apiádate de nosotros si son estos preteriformes los que vienen a liberarnos del oprobio del marxismo!



—¡Definitivamente estás enfermo, muchacho! —explotó don Ramón cuando ya anocheciendo le comuniqué mi opinión crítica.

—¿Y a qué viene ahora esa salida patriarcal?

—Anda, anda, no me obligues a tener que romperte la cara.

—Eso es lo que yo llamo una réplica contundente.

—Coño, qué otra cosa quieres que responda a una actitud ya no premoderna, sino que ni siquiera supera la antropofagia tribal.

—A ver, dígame, le escucho.

—Hombre, a mí me parece antiético y antiprofesional hablar así de un filósofo tan serio como lo es Xavier. Si te hubieras tomado la

molestia de leer sus otros libros no hablarías en forma tan superficial de las tesis que ahí plantea.

—Vamos, don Ramón. ¿A poco cree usted de veras en la viabilidad de una España maricona y regresiva?

—¡Cuida ese lenguaje, te digo!

—Está bien, cálmese.

—Me cago en diez, no hay manera contigo.

—Para qué le hace caso, si ya lo conoce —dijo Raga tratando de calmar al viejo.

—Mujer, es que me indispone que hable así, sin respeto ni medida.

—De acuerdo, pido perdón. Pero dígame, ¿no es una barbaridad histórica el matrimonio de una monarquía constitucional con un socialismo derechizado?

—Mira, don nadie, por encima de creencias e ideologías el rey ha sido para la España posfranquista una verdadera bendición.

—Sí, el rey actual es hasta ahora un caso excepcional. Pero, ¿qué me dice de la restauración histórica de la monarquía?

—Ese es otro cantar, muchacho.

—¡Y claro que lo es! Se imagina, otra vez la lacra de los privilegios hereditarios y de una nobleza parasitaria. ¿Que no sirvieron de nada los millones de vidas sacrificadas en la liberación del yugo monárquico? ¿Acaso todos los reyes van a ser tan excepcionales como el actual?

—Esas son cuestiones muy delicadas que superan tu competencia y capacidad.

—¡Cómo no! ¡Ya oigo a Ortega y a Unamuno removerse de asco en sus tumbas! Y mire, para terminar de una vez con el librito en cuestión: nada de la opinión de los latinoamericanos, exceptuando el típico recurso al sol Paz, dos menciones intrascendentes de Carlos Fuentes, una más de Uslar Pietri y de Benedetti, y un anuncio publicitario de Vargas Llosa. Está bien que en su empeño catalanista, clasicista y clerical hable flores de los frailes. Pero, ¿y qué pen-

saban Martí, Montalvo, Sarmiento (que fue tenido por loco cuando pidió la oficialización del guaraní) y otros exponentes de esa verba fulgurante que impresionaba a Unamuno? Ni una sola mención a *La herencia medieval de México* de Weckmann, donde se les quita a los frailes su hábito de bondad y se muestran al desnudo sus excesos. Y para terminar de joderla, ¡nada del revolucionador y magistral Siglo de Oro de la literatura latinoamericana! ¿Acaso podría descifrarse el laberinto de la hispanidad sin Darío, Reyes, Vasconcelos, Neruda, Borges, Sabato, Onetti, Cortázar, García Márquez, y un etcétera interminable de soles que señorean el firmamento de las letras hispánicas?

—¡Coño, no todos tienen esa pasión viciosa de aprendiz que tú tienes por el recuento!

—No, maestro, ni madres. Y es más, en ese pinche libro a fuerza de centrar el discurso en lo económico, político e ideológico, se deja de lado el aspecto crucial de la hispanidad: ¡lo vital! ¿Acaso la juventud española y latinoamericana está deseosa de alcanzar una posmodernidad ultratecnificada y antierótica como la de los japoneses y alemanes? No, la determinación de lo hispánico no reside en producir más y administrar mejor, sino en vivir más plenamente; en gozar la vida y no en sufrirla; en la artistización de la vivencia y no en una tecnologización suicida. Y si no, que le pregunten a los jóvenes.

—Ahí andas mal, corazón. En España la juventud está entusiasmada con el *glamour* y el lujo.

—No, no hablo de los mariconcitos y los afectados que usufructúan la moda neoclasicista, sino de los millones de jóvenes que están en el paro y hasta la madre de tecnologías y monsergas europeístas. Óiganlo bien: la caldera generacional va a estallar.

—Ahí tienes la típica salida de un anarquista incoherente: estallamiento, sangre, violencia.

—Sí, soy alérgico a la decadencia pacifista, ¿y qué?

—Ay, amor, qué bueno que vives al margen de la sociedad, si no

ya te hubieran encerrado. Ven, vamos a dar un paseo por la playa para que te aires.

—Sí, llévatelo, a ver si logras infundirle algo de tu sensatez.

Caminamos hasta la playa y, después de un corto paseo, nos tendimos a observar las estrellas. Quise darle una mordidita en la oreja a Raga, pero me separó al instante.

—¿De veras dices en serio todas esas cosas? —preguntó.

—¿Cuáles cosas?

—Todas esas frases agresivas y venenosas.

—¿Tú qué crees?

—Que sólo lo haces por irritar a don Ramón.

—Pobrecito.

—Mira, Eugenio, o corriges ese modito que tienes...

—Hey, cálmate. Sólo falta que ahora nos peleemos por culpa de...

—Por culpa tuya y de nadie más. Otra vez te has portado grosero con don Ramón. Yo no leí ese libro de la hispanidad y no puedo opinar sobre él, pero no me pareció apropiado tu modo de criticar. ¿O te gustaría que hicieran lo mismo con tus libros?

—Mis libros son impermeables a la crítica. Para empezar ni yo mismo estoy de acuerdo con las pendejadas que escribo.

—No seas baboso.

—¿Y eres tú la que habla de insultos y majaderías?

—Es que de veras, estoy muy molesta por como trataste a don Ramón.

—Está bien, ¿quieres que le pida perdón?

—Ay, tontito, cómo te gusta complicar las cosas.

Esa noche me echaron del petate y tuve que dormir en la hamaca. Después de darle vueltas y más vueltas al asunto, decidí que tan pronto amaneciera iba a intentar la hazaña de regresar el tiempo y rehacer la historia.

Sin hablarme, y con cara de guerra fría, Raga se levantó y se fue a correr. Yo aproveché la oportunidad y me acomodé en el tinglado literario.

Querido maestro:

Es más difícil enderezar el árbol que nace torcido que torcer el árbol que nace derecho. Yo aprendí a hacer de mi torcimiento una virtud (como esos contados actores y actrices que invirtiendo los valores establecidos logran imponer una estética de lo feo). Se puede ser un vicioso de la virtud o un virtuoso de los vicios; defectivo por exceso o excesivo por defecto. Se puede ser, en fin, todo y nada y vivir en constante desacuerdo. ¡Así fue, es y será mi vida! Para mí la existencia es una combustión incesante de recuestionamientos, y en esta combustión no se salva ni Dios. Sé que no tengo remedio. Pero de un tiempo acá he notado que allá lejos, en lo más profundo de mi desolación, empieza a brillar una lucecita, y en cuanto fijo mi atención en ella siento como un sacudimiento en mi conciencia que me lleva a recuestionar todo cuanto digo y hago. Anoche, al quedarme solo frente a la nada, vino a mí la lucecita y me dijo que le pidiera perdón por mi comportamiento. Perdón, pues, por esos combustionamientos incontrolados que brotan de mi infierno interior.

Ya más calmado y reflexivo, permítame decirle que, en efecto, el libro de Xavier Rubert de Ventós es una positiva contribución al entendimiento y profundización de ese enigma esfíngico llamado hispanidad. En un recuento ameno y bien documentado, se nos expone con claridad la insoslayable encrucijada que el mundo hispánico debe superar para acceder a una nueva conciencia histórica, libre del esclavizante resentimiento y de la agresividad emanada del patológico complejo de inferioridad (como quería Ramos). La tesis central es de una vigencia incuestionable: que Hispanoamérica aprenda la lección de formalismo político y laboriosidad económica del modelo angloamericano, y que los norteamericanos asimilen el ejemplo étnico y cultural del modelo hispanoamericano. Ya no más confrontaciones interexcluyentes, sino una interrelación plenificadora de las partes. En este sentido, es notable la crítica que se hace a la España autoritaria, imperativa y centralista de Ortega

y Américo Castro, en defensa de una diversificación autonómica basada no en la vocación de mando y disciplina, como quería el autocrático Gasset, sino en un acuerdo justo y solidario, como proclamaban Ganivet y Maragall.

La defensa de la aventura jesuita en Suramérica es, además de valiente y apasionada, una necesaria revaloración del quehacer histórico de esa importantísima orden, de la que tanto escarnio hicieron Unamuno y la malhadada generación del 98.

Contra los nacionalismos estrechos y miopes, Rubert de Ventós propone una España europeísta; por lo que no duda en rechazar las rígidas concepciones de la España bárbara y folclórica, en favor de una España que haga de la ambigüedad y la fluctuación (como quería la preclara María Zambrano) los elementos dinámicos de una nueva universalidad. Es en este contexto que cabe celebrar la revaloración de la catalanidad (arquetipo peninsular de lo ambiguo) como posible punta de lanza de la nueva España (en oposición a la España andaluza de toros y flamenco).

En fin, maestro, una nueva hispanidad requiere una nueva filosofía, y la obra de Rubert de Ventós viene a decirnos de manera contundente que esa nueva filosofía es ya poderosa actualidad.

Esperando que tome esta misiva con toda la seriedad que amerita. Reciba un fuerte abrazo conciliador de:  
Eugenio

Salí al terraplén y vi las figuras diminutas del viejo y de Raga ejercitándose en la playa. Metí la misiva en un sobre y fui a dejarlo sobre la mesa de trabajo del viejo celta. En una esquina del escritorio, contrastando entre libros y papeles, vi un montón de *cassettes*. Uno era de música ritual prehispanica, de Antonio Zepeda; otro era de Federico Álvarez del Toro; un tercero, de una tal Suzanne Ciani, me atrajo por su título *Neverland*, y, sin pensarlo dos veces, lo extraje del estuche y lo fui a poner en el aparato de música. Apenas estaban empezando a fluir unos acordes de ensimismante dulzura, cuando oí una llamada en mi interior que me movió a regresar todo a su lugar y bajar a ejer-

citarme a la playa. Me encarreré vereda abajo y llegando a la cabaña de don Ciri vi venir a don Ramón y Raga en amigable plástica. Pasé ante ellos con un frío saludo y Raga me preguntó congraciante:

—¿No vienes a desayunar?

—Al rato, antes voy a hacer ejercicio.

—Ah, muy bien. Te espero arriba.

Me eché playa y media con desacostumbrada energía, y le metí duro a los ejercicios de karate. Como una hora más tarde, llegando ya a la mansión comejénica, el viejo celta salió a mi encuentro con gran aparato:

—¡Eres un grandísimo canalla!

—No, apenas un canallita.

—Ven a desayunar que se te enfría —dijo Raga llevándome hasta la terraza con una atención que no pudo menos que mosquearme.

—¿Y esa sonrisita? —le pregunté al tiempo que me servía el desayuno.

—Ay, Eugenio, qué locuras se te ocurren.

—¿No querías que me disculpara? Pues me disculpé, eso es todo.

—Shhh... que ahí viene don Ramón —dijo con gesto apurado.

—¿Alguna queja con el servicio, excelencia? —expresó el viejo con buena energía.

—No, francamente no puedo quejarme —dije guiñándole un ojo a Raga.

—Supongo, muchacho, que ya conoces lo suficiente de mitología griega como para saber el castigo que te espera.

—Le juro que soy inocente.

—Al contrario: eres culpable mientras no se demuestre lo contrario. Y tu culpa es la *hybris*, el pecado de Tántalo y Belerofonte; la...

—Yo no sé nada; juro que soy inocente —repetí en mi descargo.

—¿Qué es eso de *hybris*? —inquirió Raga con expresión de incertidumbre.

—Es la raíz de la excesividad, la desmesura, el desconocimiento de los límites; en fin, el querer igualarse con los dioses.

—¿Con los dioses ejidales? —pregunté con sorna.

—Y también con los comunales, truhan.

—Bueno, ya le pedí perdón, ¿o no?

—A veces me pregunto hasta qué punto puede un canalla como tú ser sincero.

—Está bien. Si se trata de eso, vamos a ser sinceros.

—La sinceridad no es un estado de ánimo, muchacho.

—Oiga, don Ramón. ¿Y no es bueno para el complejo de inferioridad del mexicano entregarse siquiera una vez a la *hybris*? —interrogó Raga.

—Ese supuesto complejo de inferioridad está sustentado en la desmesura; en el fondo, el mexicano se cree superior a todos.

—No superior, sino más chingón —dije con intención polémica.

—¿Por qué dice “supuesto”? —insistió Raga.

—Mira, mujer, para hablar de este tema con la seriedad que amerita es necesario leer antes algunos libros.

—Oiga, yo ya leí *El laberinto de la soledad*.

—¿Quién se quedó con el libro de Bartra? —preguntó don Ramón.

—Lo tengo yo —dije con rapidez.

—Bueno, pues como a ti eso no te interesa, se lo pasas a ella. Nada más échale un vistazo a la bibliografía —dijo dirigiéndose a Raga—, para que veas la magnitud de la pregunta que me has hecho.

—¿Y quién le dijo a usted que a mí ese libro no me interesa? —pregunté con altivez.

—Anda, anda, come y calla.

—Oiga, don Ramón —terció Raga—, a mí ese tema me interesa muchísimo. ¿No sería mejor que usted me sugiriera algunas lecturas para empezar?

—Lee *El perfil del hombre y la cultura en México*, de Ramos —dije como quien no quiere la cosa.

—¿Le parece bien que empiece con ése? —preguntó Raga al viejo.

—Podría ser.

—Y lee también...

—¿Quién demonios te está preguntando a ti nada? —tronó el viejo.

—Maestro, yo también...

—Tú nada. ¿Ya has olvidado, tunante, tu cobarde deserción ante Ortega y Gasset?

—Un momento. Una cosa es Gasset y otra muy distinta el ser del mexicano.

—Luego vienes adentro para que te dé algunos libros —le dijo el viejo a Raga al tiempo que se retiraba.

—Oiga, maestro, de veras que me gustaría que viéramos...

Se paró de golpe y me enfrentó enseriecido:

—Tú y yo ya no tenemos que ver nada juntos, ¿está claro?

—Oiga, no chingue. ¿A poco por culpa del pinche Ortega vamos a enturbiar la relación? —le grité cuando se alejaba.

—Es que no te mides —dijo Raga cuando ya estábamos solos.

—No me jodas tú también, ¿quieres?

Se levantó de golpe y fue hacia adentro. Terminé de desayunar en silencio pensando que o me hacía más sumiso y transigente o me iba a llevar la chingada. Después de lavar los trastos me asomé a la puerta de la cabaña y le dije a Raga que el desayuno había estado excelente. En la expresión del viejo, que estaba parado frente a los libreros y con varios libros en la mano, noté un ablandamiento esperanzador. Dije que al rato nos veíamos y me fui al refugio dispuesto a entrarle al libro de Bartra.

Como una media hora más tarde llegó Raga con un montón de libros que me puso enfrente.

—Aquí los tienes. Y te advierto que es lo último que hago por ti.

—Un momento, ¿de qué carajos hablas?

—Tenemos diez días para leerlos. Tú, supongo, ya habrás leído la mayoría —dijo esparciendo los libros en mi mesa de trabajo.

Le eché una mirada que pretendió ser de regaño pero que terminó en sonrisa, y me puse a leer los títulos: *La filosofía de lo mexicano*, de

Abelardo Villegas; *El laberinto de la soledad*, de Paz; *El perfil del hombre y la cultura en México*, de Ramos; *Ensayo de una ontología del mexicano*, de Emilio Uranga; y *Mito y magia del mexicano*, de Jorge Carrión.

—Éste no lo conocía —dije hojeando el de Jorge Carrión.

—Más vale que repases bien todos.

—Esos acuerdos entre tú y don Ramón no me laten nada.

—Pues es mejor que te laten bien, porque es la última oportunidad. ¿No me crees?

—Sí, ese cabrón viejo está tan loco que...

—Ya, Eugenio, no hables así.

—Mierda, ya no se puede expresar uno libremente.

—Libremente sí, pero sin ofender a los demás.

—Está bien, ¿diez días dijiste?

—Eso me dijo don Ramón.

—Pues a darle.

Esa misma tarde tuvimos el primer conato de bronca. Resulta que Raga, que había empezado con el libro de Ramos, se dedicó a comentar en voz alta sus críticas que, para terminar de joderme, iban acompañadas de un bombardeo desquiciante de preguntas. Después de un tira y dale agresivo-defensivo llegamos al acuerdo de que cada quien anotara sus dudas para preguntarlas el día de la plática.



La relación con el viejo, algo distante al principio, se fue tornando más llevadera y amistosa; y al bajar a hacer ejercicio o ir a bucear, los diálogos que sosteníamos ya no estaban ensombrecidos por la dinámica agresiva que había caracterizado nuestras últimas discusiones.

Exceptuando el descubrimiento espectacular de una viuda negra, que ni siquiera don Ramón sabía de su existencia por estos rumbos, y que puso a Raga fuera de sí al decirle el viejo que no teníamos antídoto contra su mortal mordedura, y el suicidio avorazante

de una comunidad de hormigas paneleras, que durante cinco noches se estuvieron ahogando en la jarra de agua que llevábamos al refugio, la semana transcurrió tranquila y con un marcado cariz lectural. Pero la noche del domingo Raga empezó a experimentar una angustia doblegante que concluyó en la ida impostergable a Santa Cruz a hablarle por teléfono a la condesa (ya que, según Raga, le estaba mandando malas vibras). Nos fuimos caminando por la vereda. El esplendente aparecer del sol sobre los cerros, enfuegucciendo el paisaje, terminó de disipar el frescor de la mañana para dejar paso a una placentera calidez ejercitante. Poco después de pasar el entronque que conduce a la playa de Maguey, oímos un caminar atropellado que en seguida se materializó en una majestuosa mancuerna de venados. Se nos quedaron viendo un instante de compartido encantamiento hasta que el macho, cuya cabeza lucía dos largos y afilados cuernos, pateó el suelo y salió corriendo llevándose a la cierva en la huida. Raga y yo nos miramos en silencio sin dar crédito a lo que acabábamos de ver.

—¡Qué maravilla! —exclamó Raga al fin rompiendo el encantamiento.

Seguimos caminando y, mientras el rostro iluminado de Raga emitía un reflejo de sacra comunión con el entorno, yo me fui deslizando hacia esa negrura escéptica de mi pensar, enraizada en la creencia de que el objetivo final de la humanidad es darle en toda la madre a la naturaleza. En no más de diez años no quedaría en toda la zona ni un solo venado, exceptuando tal vez unos cuantos ejemplares en libertad zoológica. ¿Excusas? ¡Tantas como las infinitas máscaras de la burocracia! ¿Acaso no es más importante originar fuentes de trabajo que conservar zonas vírgenes? ¿A dónde demonios, sino a estos nuevos polos de desarrollo turístico, se van a enviar a los cientos de miles de indígenas que huyen de la explotación asesina de que son objeto en sus comunidades caciquiles? ¿Qué hacer con esos parias desposeídos de la gloriosa autenticidad de su pasado y negados al futuro? ¿Control de la población? ¿Asignación de

recursos para la autodeterminación economicopolítica de las comunidades? ¡Para qué, mientras existan lugares hermosos y vírgenes donde se pueda seguir cultivando la apicultura experimental! Y así vamos; mientras los europeos tratan, con toda su desesperada sofisticación, de salir de la progresiva modernidad, nosotros como pen-dejos nos partimos la madre para acceder al infierno del progreso...

—¡Oye, qué cara! —dijo Raga cuando nos paramos a cambiar la ropa de monte por el disfraz urbano.

Me la quedé viendo y no pude evitar que la imagen de la mancuerna de venados se identificara con nuestra existencia de salvajes metacotidianizantes.

—¡Estamos en franca extinción! —dije al cabo.

—¿Te refieres a los venados?

—No, a nosotros.

—Estás loco —dijo al tiempo que cambiaba su cara frente a un espejito nacarado.

Entramos a la periferia de Santa Cruz y un intenso olor a mierda me retrotrajo a aquella prehistórica laguna pestilente, que ahora era escandalosa dársena donde se refugiaban lanchas turísticas y de pesca. Al lado del ruidoso desplazamiento de la maquinaria pesada y del hormigueante trajinar de los obreros encargados de consumir con hierro y cemento el brutal naturicidio, se podían ver aún las folclóricas chabolas de aquellos comuneros entercados en permanecer en el mierderío. ¿Quién tenía razón: los hombres blancos, los comuneros o las autoridades? ¿Acaso había coincidido alguna vez la razón del hombre occidental con la del indio? Como fuera, ni la razón del indio ni la del blanco tenían la menor consideración para con la naturaleza. El proyecto de FONATUR se regía por la técnica y la eficacia; el interés de los nativos era sacarle a papá gobierno el mayor provecho. Ambos, en una lucha turbia y empantanante de poder, buscaban implantar un culto infernal a un dios llamado Progreso, que se alimentaba de pura naturaleza y deyectaba aluminio, cemento y plástico: la gloriosa trinidad de una religión antivida.

—Vaya, esto ya se ve de otra manera —dijo Raga cuando entramos en la amplia calzada de cemento dividida por una franja ajardinada con palmeras y flamboyanes.

Justo al final de la calzada, en el entronque con la calle principal, un gentío se movía frente al primer hotel del paraíso encontrado.

—Oye, no se ve tan mal —dijo Raga ya encaminándose hacia la entrada.

—¿A dónde vas?

—Espérame, voy a preguntar si puedo hacer la llamada desde aquí.

—Te van a mandar burocráticamente a la chingada —dijo cuando ya se perdía entre la gente que entraba y salía.

Me quedé suspendido en una absurda intemporalidad viendo pasar ante mí los más esperpénticos especímenes provenientes de la ranificante existencia urbana. Ver esas cabecitas ufanas y sonrientes titeretear festivas sobre unos cuerpos gelatinosos y entripados, me produjo una sensación de agresiva repugnancia. ¡Dios, cómo podían tolerar la autocontemplación de esos cuerpos desnudos sin suicidarse! Mierda, ¿qué me está pasando?, ¿por qué me afecta tanto todo esto?, ¿será que la salvajitud me hizo alérgico a lo civilizado?

En fugaz reaparición, Raga hizo una seña para que me acercara. Fui hacia la puerta y me jaló hasta la recepción. Me sentó en un sillón y dijo que en un par de minutos le pasaban la llamada. Vi al fondo del amplio pasillo un grupo de ranas nalguicéfalas saltando juguetonas al borde de una alberca. Colgado de la pared más alta de la sala un espantoso mural evidenciaba de manera calamitosa el nivel ejidal de nuestros empresarios turísticos. Al ver cómo yo veía el mural Raga esbozó una sonrisa de ¡ni modo!, y en seguida se volteó a seguir grillando a la telefonista. Vi que le pasaban el teléfono y pude oír las primeras expresiones de júbilo con que saludaba a su madre. Me levanté y salí al exterior.

Por fortuna la llamada fue rápida y Raga salió eufórica hablándome de mil sucesos intrascendentes.

—Oye, ¿qué te pasa? —preguntó ante mi mutismo.

—No sé, de repente ya no tolero todo esto; lo siento como una amenaza, agresivo.

—Ay, corazón, voy a tener que pasearte más a menudo.

Tomamos un taxi y fuimos a la Crucecita a hacer unas compras. Bajamos frente al mercado y nos metimos en un súper que se veía bien surtido. Al entrar llamó mi atención un libro de pastas rosadas que estaba sobre la mesa de la cajera. Me acerqué y con sorpresa vi que se trataba del ruidoso *best-seller* de Robert M. Pirsig *Zen and the Art of Motorcycle Maintenance*, que había leído hacía ya diez años. Cuando lo quise tomar para ver cuántas ediciones llevaba, una mano rapiñante me agarró por el cuello jalándome hacia atrás de una estantería. Quise gritarle a Raga qué carajo pasaba, pero su expresión silenciadora terminó señalándome una pareja de *hippies* que se dirigían hacia la caja cargados de latas y bolsas de avena. Le eché una rápida mirada a la pareja y no encontrando nada interesante tras la fenomenicidad de greñas, collares y refajos, volteé hacia Raga y le pregunté de qué se trataba.

—¿No reconoces a la mujer? —me dijo por lo bajo.

Volví a mirar hacia la pareja, que ahora estaba pagando en la caja, y vi cómo la mujer, de espaldas a mí, tomaba el libro de Pirsig y lo metía en el morral que le colgaba del hombro. El pelo lacio y quemado por el sol se homogeneizaba con una traseridad refajada y puerca que culminaba en unas pantorrillas pustuladas por efecto de tanto piquete —¿zancudos o pulgas?—. Retiré la vista con repugnancia y Raga, tomando mi cabeza entre sus manos, me enfrentó con la infernalidad del trópico:

—¡Y pensar que hace apenas un par de meses esas nalgas te volvieron loco!

—¿Qué?

Después de pagar, la mujer se dio la vuelta y al salir me mostró en toda su espeluznancia los efectos implacables del trópico. Aquellos pechos, grabados en el recuerdo como dos pletóricos frutos de

desbordante erotismo, eran ahora abolsadas ubres que colgaban exánimes en un repugnante penduleo. La tersura adurznada de los pómulos, que otrora realizaba el destellar marinizante de los ojos, era ahora un estrujante apergaminamiento. A pesar de los refajos y de la carga que llevaba era evidente el avanzado estado de gestación.

El tipo que se había quedado rezagado recogiendo no sé qué cosa, corrió hacia las ruinas de aquella pelirroja que en otra vida me había trastornado y la abrazó por la panza. Observé con detenimiento la evidente costeñidad del tipo, de encrespada greña y machísimo bigote, y balbucí hurgando en la memoria:

—Yo a este tipo lo conozco.

—¡Qué barbaridad! Nada más veo lo que le pasó a esa mujer y me da miedo —dijo Raga horrorizada.

—Así es el trópico, cosita: o encuentras el paraíso o te hundes en el infierno.

Pasamos un rato haciendo compras y, por último, fuimos hacia la dársena a tomar una cerveza en la enramada de doña Victoria.

Después de los saludos de rigor y de darle una checada al Dat-sun, que para mi sorpresa arrancó sin mayor problema, nos sentamos a tomar las frías.

—Oye, ¿leíste ese libro que estaba sobre la caja? —preguntó Raga vivificada por la frialdad de la cerveza.

—¿El de Pirsig?

—El del zen.

—¿Qué tiene?

—Ahora recordé que habla de muchas cosas de las que tú también hablas.

—No chingues.

—Pues a mí no me pareció tan malo. Es una crítica descarnada de la sociedad norteamericana. Y el detalle del fantasma es original, ¿o no?

—¿Cuál originalidad?

—Por ejemplo, la manera en que te dice que hay que acostumbrarse a vivir con la locura. Y además hay unos planteamientos filosóficos muy interesantes en torno a la calidad, lo clásico y lo romántico.

—¿Dónde leíste tú ese libro?

—En San Miguel, me lo prestó un profesor del Instituto Allende.

—Con razón.

—¿Con razón qué?

—No jodas, cosita. Ese libro es un recuento alucinado de la decadencia gringa: tecnolatría y deserotización que completan la divinización de un juguete (la motocicleta); glorificación de los *hot cakes* y las hamburguesas; filoclasicismo anacrónico que pretende llenar la ausencia de un heroico pasado; método para conocer objetos y no sujetos, o si prefieres, objetualización del sujeto tecnologizándolo con el método pragmático-utilitario.

—Si no te conociera lo suficiente diría que eres un envidioso y resentido.

—Claro que soy envidioso y resentido. Envidioso de la aséptica e ingenua manera en que la filosofía gringa toma la calidad y la enlata formalmente. Y resentido por no poder compartir la magia extasiante de esos paseos domingueros con Coca-Cola, hamburguesas, *cátsup* y papas fritas.

—¡Qué bárbaro, nunca he visto a nadie destilar tanto veneno!

—Bueno, te concedo que el libro es ameno y atrapante.

—No empieces con tus jueguitos, ¿quieres?

—Oye, que nadie está aquí tomándose en serio la vida.

—Ya te veré cuando la crítica ponga a tus libros en su lugar.

—Mis libros, cosita, no tienen lugar. ¿Y sabes por qué? Porque son utópicos.

—O cuando nos encontremos a una golfa sucia como tu pelirroja con *Entrecruzamientos* bajo el brazo.

—Oye, eso de “tu pelirroja” no me gusta nada. Para que veas, ahí sí salió a relucir el resentimiento.

—Vergüenza debería darte.

—Y además te puedo garantizar que mis libros están vacunados contra ese tipo de lectores.

—Anda, paga y vámonos antes de que me divorcie.

—Primero tendríamos que casarnos, cosita.

—¡Y ya deja de decirme cosita!

—¡Újule, qué tonito, licenciada!

—¡El que tú me impones, majadero!

—Oye, no vamos a empezar otra vez por culpa de esa pinche pelirroja.

—Ya cállate, ¿quieres?

Y me callé. Caminamos en silencio de regreso y Raga se fue rezagando a propósito en una actitud que no dejó de desconcertarme. Adaptando mi paso al pausado caminar de Raga saturé en seguida la visión del entorno, y mi mente se fue ocupando con la imagen de aquella mujer que apenas unos meses atrás era una espléndida representación de triunfalismo y fortuna, y que ahora había caído en el abismo sin fin del averno tropical. ¿Qué razón podría explicar tamaña irracionalidad? Sólo había una explicación posible: el llamado enloquecedor del Eros tropical. ¿Qué otra cosa podría encontrar esa mujer en el sucio y vicioso costeño que la acompañaba que no fuera sexo y brutalidad? Todo lo que la vida regalada al lado de su pulcro y caballeroso marido le negaba, se le ofrecía aquí tentador y enviciante. Una vez más la frialdad civilizada de Occidente sucumbía ante el calor impetuoso del paraíso tropical. Sí, tal vez Occidente fuera adelante en la carrera suicida del progreso, pero la nostalgia del paraíso perdido, la necesidad de la gozosa plenitud que la tecnologización de la existencia les negaba, obligaría siempre a los cultores de la fría racionalidad a voltear con intención pecaminosa hacia los dominios eufóricos de lo solar. Y por eso, porque el voltear no era una búsqueda sino un intento de evasión, es que el soñado paraíso se convertía en pesadillesco infierno. No, una civilización hecha en, por y para el sufrimiento no podía soportar impunemente la gozación. Eso es lo

que le había pasado a la otrora sensual pelirroja: la atractiva fenomenicidad alcanzada en años de renunciadas y sufrimientos (dietas, privaciones, ejercicios), se había carbonizado en varios meses de excesiva gozación solar.

Poco antes de llegar a Playa Tortuga me senté a esperar a Raga, y cuando la vi venir sudorosa y fatigada, me le acerqué y le di un beso en su perlada naricita. Me miró con un ligero dejo de reproche, pero enseguida la atraje hacia mí y derramé en su oído un balsámico susurro de ternezas y sinceramientos que terminaron venciendo los últimos reductos de hostilidad.



Se cumplió el plazo fijado por el viejo celta y esa mañana, en el desayuno, le entregué los libros.

—¿Qué te pareció el de Bartra? —preguntó de pronto.

Me quedé callado pensando en la respuesta, y Raga aprovechó para meter su cuchara:

—La verdad, no dice nada nuevo. Y eso del ajolote ya está más manido que pescado de súper.

Sorprendido por el arranque de Raga, don Ramón se quedó en silencio moviendo las papas para la torta que se estaban friendo en la sartén.

—Para empezar —dije motivado por el incómodo nerviosismo del viejo celta—, a mí me parece bastante más lúcido y aportador que el de Rubert de Ventós.

Vi que movía su cabeza en señal de aprobación y seguí opinando:

—Hay en esa jaula sarcasmo, antisolemnidad y, sobre todo, una apasionada entrega crítica.

—¿No te estarás pitorreando de mí? —inquirió don Ramón lanzándome una mirada fulmínea.

—No, le estoy hablando en serio.

—Bien, bien, más te vale.

—Pues yo no estoy de acuerdo —intervino Raga—. A ver, ¿qué es lo que aporta ese libro en relación a los de Samuel Ramos y Octavio Paz, por ejemplo?

—Hasta donde alcanza mi radar, nadie había hecho hasta ahora un recuento tan ágil y sintético de todo lo escrito en torno al ser del mexicano —expresé dándole coba al viejo celta.

—Bueno, desde ese punto de vista pues sí.

—¿Y qué le criticarías tú? —me preguntó el viejo con suspicacia.

—Dos o tres cosas.

—¿Como cuáles?

—Déjeme el libro y se las hago saber al instante.

—No, hombre, dímelas de memoria.

—La edad de la memoria ya pasó, don Ramón. O me deja el libro o tendré que ir a buscar mi libreta de notas.

—Bueno, coño, toma el libro. Pero te advierto que ese hábito que estás adquiriendo de anotar las citas sin memorizarlas conduce a...

—Sí, ya sé lo que dijo el patriarca Reyes al respecto, pero yo no tengo la menor intención de llenar la cabeza de letras muertas —dije al tiempo que abría el libro de Bartra en busca de mis señalamientos.

—¿Y quién hizo esa barbaridad? —protestó el viejo al ver los aparatosos subrayados de azul y rojo.

Conocedor de que esta mala costumbre exacerbaba al viejo celta, yo me había cuidado mucho de no colorear sus libros. Como señal ponía un puntito de lápiz al margen de lo que pretendía destacar y doblaba luego sutilmente la puntita de la hoja. Fue por ello que al decirle que yo era inocente, el viejo se vio enfrentado con la risueña expresión de Raga:

—Fui yo, don Ramón. ¿A poco los libros no son para leerlos y criticarlos?

—Sí, mujer, pero si cada vez que leamos un libro lo llenamos de colorines, imagínate lo que sería eso.

—Pues una obra de arte, ¿o no? —dijo Raga sabiéndose triunfante.

—Anda, sigue —dijo don Ramón dirigiéndose a mí.

—No estoy de acuerdo con Bartra cuando señala que el carácter nacional mexicano sólo tiene una existencia literaria y mitológica. El carácter del mexicano es un fenómeno sociohistórico; lo que es mítico y literario es el río de especulaciones que desvirtúan su historicidad. Hay que distinguir, pues, entre la invención mítica del carácter nacional, que, como señala el peninsular Julio Caro Baroja, puede ser profascista y agresiva, y la formación histórica del carácter nacional, que es necesaria y saludable. ¿De qué se ríe?

—Nada, hombre. Sigue que vas muy bien.

—Al no tener presente esta distinción, Bartra llega a sostener que el carácter nacional mexicano es una invención que parte de la época posrevolucionaria y, sobre todo, del grupo de contemporáneos, entre los que destaca a Samuel Ramos.

—No te extralimites, muchacho. Lo que Bartra dice es que en ese momento histórico toma especial auge la preocupación por el ser del mexicano.

—No, maestro. Por eso me gusta citar con el original delante, y no en erudita pose memoriosa. Escuche: “En efecto...”.

—Ya, hombre, pasa a otra cosa.

—No, escuche, para que quede bien claro: “En efecto, el grupo de escritores que tiene su origen en la revista *Contemporáneos* (1928-1931), por boca de su filósofo —Samuel Ramos— es el que curiosamente contribuye más a inventar el perfil del *homo mexicanus*”. ¿Alguna duda? Bien, sigo. Tampoco acepto eso de que el fin del mundo campesino fue iniciado por una de las más grandes revoluciones campesinas del siglo XX. El fin del mundo campesino empezó en Grecia. No verlo así es desconocer toda la problemática entre lo rural (Hesíodo) y lo urbano (Sócrates). Mire, aquí tengo un punto a favor de Bartra y que me había olvidado mencionar: me parece muy acertado lo que dice de Artaud y Cernuda en torno a la concepción mexicana de la muerte; así como que la supuesta indiferencia del mexicano hacia la muerte es una invención, esta vez

sí, mítica y literaria. Lo del canon del ajolote tampoco termina de convencerme. En primer lugar porque el recurso de ese manoseado juguetito de agua no aporta nada sobre el origen mítico del mexicano; considero mucho más profundo y significativo (por su innegable derivación histórica) el canon de la dualidad águila-serpiente. En el ser del mexicano no yace el anfibio y pacífico axolotl, sino que luchan en brutal combate lo sublime (el águila) y lo infernal (la serpiente). Y en segundo lugar porque el eje metafórico indio-pelado, sobre el que gira todo el canon melancolía-metamorfosis, es el maldito lugar común en el que han caído todos nuestros mexicósofos: confundir el ser nacional del mexicano con el de una minoría geográfica: el altiplano; y con el de una fracción social determinada que no fue, ni es, ni será determinante en la conformación del carácter mexicano. Y aquí, si quiere, ya entramos de lleno con Ramos y Paz.

—No, déjalo ahí. Vamos a desayunar que ya hace hambre.

Durante el desayuno hablamos un poco sobre los libros de Uraga y Carrión, así como de algunos tópicos comunes a todos los intelectuales mexicanos. Al terminar, y mientras Raga y yo lavábamos los trastos, don Ramón se fue adentro y no tardó en regresar con un montoncito de libros.

—Aquí tenéis lo que falta para completar la tarea —dijo colocando los libros sobre la mesa.

Me acerqué y fui tomando los libros: *Los españoles en la historia*, de Menéndez Pidal; *El porvenir de España y los españoles*, de Unamuno; *Algunos caracteres de la cultura española*, de Vossler; y *España invertebrada*, de Gasset.

Después de echarles un vistazo se los pasé a Raga y me dispuse a enfrentar al viejo celta:

—A mí me parece...

—No me digas nada —me calló al instante—. Léelos, anota las críticas que tengas y en diez días más liberas a tus demonios, ¿está claro?

—Clarísimo, sire.

—Pues a darle.

Volvimos a hacer ejercicio como en los buenos tiempos, cumpliendo al pie de la letra la máxima brutal que al viejo celta le había transmitido su primer maestro de karate y que estaba en la raíz de todas las disciplinas de acentuado corte militar: “Para que exista progreso en el ejercicio tiene que haber sufrimiento”. Desde una pasiva actitud teórica esta sentencia se percibía bárbara y salvaje, pero desde la plenificante vivencialidad del ejercicio adquiriría una contundencia incuestionable. La atención que el viejo celta le brindaba a Raga había ya superado la tímida fase inicial y se manifestaba ahora de manera tan evidente que yo dudaba que la intención del viejo fuera nada más espolearme. Jamás había dirigido y corregido mis movimientos con el rigor y preocupación con que controlaba los de Raga. Todo esto, aunado a la innata habilidad que Raga tenía para las disciplinas marciales, no pudo menos que fructificar en una técnica depurada y de notable contundencia, a tal punto que ni el mismo don Ramón lograba evitar por completo las temibles patadas laterales de Raga.

Entusiasmado por los progresos de Raga el viejo comenzó a ceder terreno en su otrora inflexible misoginia, y la cabrona chava terminó convenciéndolo para que le enseñara a disparar con el rifle y la escopeta. Don Ramón objetó que el golpe de la escopeta era demasiado fuerte, por lo que el aprendizaje se centró en el manejo del rifle. La primera vez que quedé preparando el desayuno mientras ellos iban a cazar palomas, no le di mayor importancia y me dejé absorber por la dinámica especulativa emanante de las lecturas de los últimos días en torno al ser hispano-mexicano. Pero cuando tres días después volvió a repetirse la situación, un ligero escozor de huevos comenzó a indisponerme. Durante todo el día estuve hosco, y Raga, que parecía gozar la situación, me dijo jodidamente que en un par de semanas más sería mejor tiradora que yo. Le contesté que se fuera mucho a la chingada, pero la pinchísima chava se me acercó juguetona y entre mordisquitos y lengüeteos dijo que lo que yo tenía era una típica in-

flamación de las glándulas celosales. Me la quedé viendo entre furioso y sonriente, y moviendo la cabeza de manera afirmativa deletreó la palabra c-e-l-o-s, y no sexuales sino racionales, porque yo jamás había logrado lo que ella esa mañana: matar tres palomas de cuatro disparos; y qué... Me lancé de golpe contra ella y entre aullidos y carcajadas la poseí jaguáricamente sobre el petate.

Sembrada en el fértil surco de mi amor propio la semilla de la competencia, decidí ir al día siguiente a cazar y regresar cargado de palomas para dejar bien en claro el trecho que mediaba entre la caprichosa actitud de Raga y mi apasionamiento por la cacería. Por la tarde al acercarme a la cabaña de don Ramón para pedirle el rifle, lo sorprendí en su escritorio escribiendo. En cuanto me vio guardó con rapidez todos los papeles en una actitud casi delictiva. Le comuniqué mi deseo y se me quedó viendo con expresión metamundana, hasta que por fin asintió con la cabeza. Le dije que al rato regresaba y me fui a la guarida.

—¿Qué tramará el viejo? —le pregunté a Raga.

—¿A qué te refieres?

Le comenté lo que me acababa de suceder y Raga me atajó en seguida:

—Ah, sí; yo también lo sorprendí ayer y guardó todo aprisa. ¿Me dejas que te acompañe mañana?

—No, no necesito escolta.

—Ay sí, te sientes mucha cosa.

—Vete preparando porque te va a tocar la desplumada.

—Como no sea de una gallina de doña Isabel.

—Ya verás, cabrona, qué chinga desplumante te voy a parar.



No amanecía aún cuando el ansia de aventura me lanzó fuera del petate. Mientras me vestía oí que Raga mascullaba que estaba loco, que todavía era noche; pero ya poseído por la pulsión sacrificante me alis-

té con rapidez y me arrojé a la vereda. El rompimiento del amanecer le daba al entorno un halo de ritualidad que apenas era perturbado por el inquieto despertar de los pájaros tempraneros. Después de saludar a doña Isabel que ya estaba calentando el comal, seguí caminando y empecé a experimentar una creciente sensación de negatividad, enraizada en la convicción de que jamás podría superar el modo apasionado y febril con que me entregaba a mis querencias. A pesar de que todos me lo habían hecho notar, y de las inacabables pláticas sostenidas al respecto, era ya evidente que jamás podría alcanzar la frialdad de sangre necesaria para no enfrentar la vida con una urgencia suicida. ¿De qué valía entonces el conocimiento? ¿No había logrado acaso algún progreso? Sí, no había duda que había logrado adelantar algo en la lucha contra el descontrol, pero faltaba todavía mucho, muchísimo para que el apasionamiento se tornara sabiduría. ¿Y si me regreso? No, se reirían de mí. Qué raro que ni Ramos, ni Paz, ni Uranga, ni nadie haya tocado el problema del avorazamiento del mexicano. ¿Cuál será la dinámica psicológica de ese querer poseer el mundo a dentelladas? ¿Y es igual el avorazamiento por ser que el avorazamiento por tener? Desconocimiento de los límites: ahí está la raíz del problema. ¿Y cómo conocer los límites del actuar? Y volvemos siempre a lo mismo: ¡el método!

El explosivo cacareo de las chachalacas ecoficándose por toda Playa Tortuga me arrancó de golpe del empantanamiento especulativo y me regresó a la apasionante cacería. Revitalizado por la ola de calor que inundó mi cuerpo me lancé eufórico tras los cacareos, mientras confirmaba que ese chisporroteo emocional era algo que no se podía enfriar con nada.

Cerca de la laguna ubiqué a dos chachalacas que parecían comunicarse en un diálogo de rítmica alternancia. Me desplazé sigiloso hasta llegar a los dos enormes huanacaxtles en cuyas copas estaban y no tardé en localizar el alargado pescuezo de una de ellas. Apunté hacia arriba, pero entre tanto follaje no podía distinguir el pescuezo en la mira. Atraídos por el sudor, los zancudos comenzaron a lanzar-

se sobre mí dificultando todavía más la búsqueda con la mira. Por fin creí ver el nervioso cabeceo de la chachalaca y le dejé ir un disparo. Oí el sacudimiento del ramaje y vi una chachalaca lanzarse en planeante vuelo. “Chin, no le di”, me dije al tiempo que limpiaba con el antebrazo el sudor que bañaba mi rostro. Estuve como unos diez minutos buscando a la otra chachalaca, pero no la encontré. Cuando ya había decidido seguir hacia la laguna oí el inconfundible vuelo de una paloma y la vi posarse sobre una rama. Apunté con rapidez y al ver el pecho de la paloma en la cruz de la mira le solté el disparo. Entre gran plumerío se vino la paloma al suelo y una ligera sensación de triunfo empezó a disipar la especulante negativiscencia en que me había sumido el fallo ante la chachalaca. Me acerqué a levantar la paloma y ¡sale volando como flecha! Sin pensarlo dos veces dejé el rifle y la bolsa en el suelo y me tiré como perro de presa tras ella. Sentí que una rama me golpeaba en la cabeza y una zarza me abría un sangrante surco en la muñeca derecha, pero ni por un segundo perdí de vista a la paloma. Tan pronto como ésta se posó en el suelo caí sobre ella y la tapé con las manos. Una vez agarrada comprobé que el tiro había sido bajo, por lo que el animalito, a pesar de tener las tripas de fuera, estaba completamente vivo. Le agarré la cabeza y le di varias vueltas hasta que sentí la ruptura del cuello. “Vaya, menos mal que la pude agarrar”, me dije liberando toda la tensión acumulada en la carrera. Regresé a donde había dejado la bolsa y al estar metiendo la paloma que voy viendo, como a unos veinticinco metros de distancia, la milagrosa transfiguración de un venado. ¡Putá madre, qué macho! El venadísimo de tres puntas en el cuerno derecho y dos en el izquierdo, se me quedó viendo como si de pronto el detenimiento del transcurrir temporal lo hubiera convertido en una mágica escultura. En fracciones de segundo el corazón alcanzó su máxima capacidad de bombeo y una oleada de sangre me subió a la cabeza enrojeciendo la visión. Cerré los ojos en una plegaria al dios Camaxtli y aguanté la respiración en un intento desesperado por acallar los angustiosos latidos que resonaban ya por toda Pla-

ya Tortuga. Al abrir los ojos, la escultura viviente permanecía en su mismidad. Me doblé en busca del rifle y la escultura seguía allí. Lo levanté y la escultura seguía allí. Llevé el rifle con rapidez al hombro y el hijo de su reputísima madre salió corriendo hacia la huamitera. ¡Me lleva la chingada! Y que se va parando como a unos setenta metros de donde yo estaba. Apunté con rapidez y vi, en un relámpago de indecisión, los cuartos traseros del animal ocupando el centro de la mira. ¡Dios, qué mala suerte! En un estado próximo al descontrol busqué la cabeza y vi que el cabrón venado se iba al paso en una actitud altiva. Intenté de nuevo ubicarlo en la mira, pero el nerviosismo hizo que pisara una rama que crujió al romperse. El venado se detuvo alertante volteando su cabeza para verme. Lo busqué en la mira y allí estaban los enormes cuartos traseros rematados en su cabeza. Apunté a la base del cuello y ¡poiáng!, corrió hasta perderse en la huamitera. ¡Mierda, me quedó bajo el disparo! Fui hacia el lugar donde había estado el pinchísimo venado y vi los enterrones, pero nada de pelo ni de sangre. Seguí unos metros el rastro y vi que el huellaje era ya el normal de un animal al paso. “¡A la chingada los venados!”, grité encaminándome hacia la laguna. No bien había recorrido unos cincuenta metros cuando la duda comenzó a poseerme y, sumido en una impotencia desesperante, vi cómo el último baluarte de mi abismación existencial se venía abajo. Vacío de ser regresé de nuevo al fatídico lugar con idéntico resultado. Me dejé caer contra un árbol y estuve allí tirado una eternidad, hasta que me hice uno con la nada.

Al pasar frente a la cabaña de don Ciri iba ya a cometer la estupidez de decirle lo que me había pasado, cuando el comentario sarcástico del pinche vejete respecto a la cara que yo traía me obligó a pasar sin decir palabra. Llegué a la cabaña de don Ramón y lo vi en amigable plática cocinante con Raga. Haciéndome chiquito traté de escabullirme hacia la guarida.

—Eh, ven aquí. ¿Qué moditos son esos? —dijo Raga cortándome el paso.

Ante mi silencio Raga se acercó y después de darme un beso se me quedó viendo carincognitada.

—Oye, qué carita traes. ¿Y ahora qué te pasó?

—Nada. Ahí está la cacería —dije dándole la bolsa y el rifle.

Abrió la bolsa y vio la mugrosa palomita.

—¡Sólo una! —exclamó con sorna.

—Voy a dormir un rato —dije encaminándome.

—Algo te pasó, lo puedo ver en tu cara. Anda, dime.

—Voy a dormir. Después nos vemos.

—¿Le tiraste a un león? —gritó el viejo celta desde la terraza.

—No seas necio, corazón. Anda, ven a desayunar y dime qué te pasó —insistió Raga jalándome de un brazo.

—Mierda, ya te dije que no me pasa nada. Quiero ir a dormir y punto.

Llegué a la guarida y me zambullí en la hamaca. En vano traté de conciliar el sueño; la imagen del venado, sonriente y con la lengua de fuera, me perseguía por doquier. Me detuve por un instante ante la sólida apariencia de uno de los horcones de tatatil y comenzó a poseerme la idea de colgarme de él para acabar de una vez con tanto desconsuelo. Uno estaba bien; dos, todavía; pero ¡tres! ¡Dios, qué había hecho! ¿Por qué se me negaba de manera tan cruel el cazar un venado? No, no era el venado, era todo. Así había sido y así sería mi vida: un ir de tropiezo en tropiezo quemando recuestionamientos y sufriendo descabros. “Verás que te va a ir bien”, oí en la parte más abismática de mi mente la optimista voz de Raga. “El Tarot nunca falla y tus cartas fueron puros soles”. Pobre Raga, no sabes en la que te has metido: tratar de hacer de un perdedor nato un triunfador artificial. La petrificación del mito: encadenarse tratando de desencadenar a Prometeo. Bajé la vista al suelo y vi entre todos los papeles que estaban sobre el petate la metodología de S. C. Chuco. ¿Había sido ése un “perdedor nato”, como decía el viejo celta? ¿Por qué el cabrón viejo no nos quería decir toda la verdad sobre ese tipo tan enigmático? Dios, qué muerte tan horrible la de ese pobre diablo. ¿Y no sería

hijo de don Ramón? No, no podía ser que el viejo fuera tan cabrón. *Lo real y sus formas de existencia*, releí el subtítulo. No, no encaja en ningún esquema mental. Que fuera poeta o guerrillero, de acuerdo, ¡pero metodólogo! Puta, qué contraste con esos profesores ranificados que croaban maravillas sobre el método en sus empantanadas cátedras. No había duda, el mundo era de los seudoconcretos y los abstractos, y jamás sería de los concretos. ¿Por qué? Porque los concretos se partían la madre abriendo nuevos surcos en la indócil desertificación de la existencia. ¿Cuántos Chucos no habrá por ahí sacrificando su vida para que luego las ranas detentadoras del saber oficial croen en torno a su obra? ¡Me cago en la puta, no tengo ningún derecho a quejarme! A la mierda los venados y a la mierda los lamentos.

Me levanté y fui a desayunar. No vi a nadie en la terraza y al asomarme a la puerta de la casa encontré a Raga y a don Ramón sentados en amena plática en torno al escritorio.

—Vaya, aquí tenemos al azote de la fauna de Playa Tortuga —dijo don Ramón viéndome asomar por la puerta.

—En el horno tienes el desayuno, y el café está sobre la lumbre —me dijo Raga.

—Gracias.

Fui a la terraza a desayunar y la apacible visión de la isla, aunada a la energizante torta de tilcuites, comenzó a cambiar la polaridad de mi sentir alejándome del estado de zozobra que hasta entonces me embargaba. Vi un águila, que volaba cerca de la orilla, dejarse caer sobre la ola y salir con un pescado plateado entre sus garras. Ya cuando se hallaba a unos treinta o cuarenta metros de altura, el pescado comenzó a sacudirse y, a pesar del aleteo desesperado del águila, vi cómo la mancha plateada regresaba a su elemento. Se arrojó el águila en extremado gesto, pero el fracaso hizo que de nuevo se elevara en planeante acecho. Ni modo, me dije aceptando lo visto como buen augurio, hasta a los encumbrados se les va la presa.

—¿Qué, está sabroso? —preguntó Raga acercándose con un sobre grande entre sus manos.

—Sí, gracias.

—Oye, ya te ves mejor.

—Me siento mucho mejor.

—Qué bueno. Dice don Ramón que hay días en que él también falla todos los disparos.

—Ya vamos a cambiar de tema, por favor.

—Claro. Yo nada más te decía eso para que no te sintieras mal, tontito.

—Ya me siento bien.

—Don Ramón y yo vamos a ir a bucear al Carrizal, ¿quieres venir?

—No, gracias. Tengo mucho trabajo.

—¿No estarás molesto conmigo?

—No, no tengo nada contra ti.

—¿Te molesta que vaya con don Ramón?

—No, no es eso.

—¿Por qué no quieres decirme qué te pasa?

—Son pendejadas mías, no te preocupes, al rato se me pasa.

—Bueno, dame un besito para que vea que no estás enfadado.

Se lo di y cuando me separaba me agarró del brazo.

—No, así no. Dame un beso como debe ser y no de esos falsos.

Se lo volví a dar y esta vez me agarró del cuello aplastando contra mi cabeza el jodido sobre que traía en las manos. Tomé con una mano el sobre y se separó para dármele.

—Ah, se me olvidaba. Aquí está la opinión de don Ramón sobre el tema.

—¿Cuál tema?

—Pues cuál va a ser, el tema de las lecturas sobre lo hispano y lo mexicano. Dice que le echas un vistazo crítico y que le respondas sin exabruptos ni resentimientos.

—Está loco.

—Bueno, ahí te lo dejo. Después me lo pasas para que yo también le eche una leída.

Al quedarme solo estuve un rato tratando de escribir lo que me había sucedido esa mañana. Al sentir cómo el cariz negativo de la narración estaba empezando a entenebrecer de nuevo mi existencia, dejé la pluma y decidí abrir el sobre que me mandaba el cabrón viejo.

## En torno al ser mexicano

### Una síntesis metodológica

Querido anarca:

Voy a dar por sentado que ya estás familiarizado con la terminología metodológica de S. C. Chuco, de lo contrario no tendrás más remedio que consultar el libro que, por cierto, jamás me fue devuelto.

#### I

Partamos de un planteamiento fundamentador: el mexicano, en tanto que realidad subjetiva, es historia; es decir, que deviene en el espacio y en el tiempo, y es cambiante. Tratar, en consecuencia, de fijar el ser del mexicano sería mitificarlo, deshistorizarlo, colocar una máscara sin carne ni sangre y siempre idéntica a sí misma, en lugar de una infinitud de rostros cambiantes y en constante búsqueda de sí mismos.

En tanto que subjetividad histórica, el ser del mexicano tiene un origen y habrá de tener un fin. Al tener un principio el ser del mexicano implica una existencia anterior a él y que lo determina. Al ser cambiabilidad, esta determinación es a su vez determinada por la dinámica que origina. Origen-fin, permanencia y cambiabilidad se erigen, así, en polos de una dinámica existencial que sólo permite su identificación en tanto es aprehendida como parte. Mas esta parte está, a su vez, conformada por otras partes; es decir, es también una totalidad. Al ser parte de un todo que lo determina y conformar al mismo tiempo un todo compuesto de partes, el ser del mexicano

sólo puede ser aprehendido como seudototalidad. Ahora bien: ¿parte y totalidad de qué?

La determinación de un todo es determinación de las partes que lo conforman. Si este todo es una nación, el concepto de determinación residirá en los individuos que la conforman, así como en sus relaciones y oposiciones. Este formar un todo nacional, si bien tiene, como quería Gasset, una marcada proyección futura, es, también, y sobre todo, un proceso tricomponencial que tiene en la relación pasado-presente-futuro la dinámica explicitadora de sus partes. Se entiende, pues, que la comprensión de una parte lleve inherente la comprensión de las otras partes y de las relaciones mismas que explican su existencialidad.

Como parte, la comprensión del ser del mexicano es inseparable de la comprensión del todo nacional que lo contiene. Pero este todo nacional, al ser, a su vez, parte de otra totalidad mayor, ensancha la dinámica comprendiente y obliga a remontar la relación hasta el momento histórico en que la inicial totalidad es aprehendida como parte de otra mayor. Occidente, en su determinación hispánica, surge, así, como esa totalidad superior que engloba a la nación mexicana y la hace parte contenedora de partes; esto es, seudototalidad. En tanto que seudototalidad, el concepto de mexicanidad implica, en consecuencia, dos determinaciones: una hacia afuera, que la hace existencia determinada, y otra hacia adentro, que la torna existencia determinante. Solamente aceptando este doble juego de determinaciones podrá el mexicano ser aprehendido en su totalidad; es decir, ser comprendido como un proceso origen-resultado.

Para entender el ser del mexicano como existencia determinada tenemos, por tanto, que analizar la dinámica que es anterior a ella y que la determina; esto es: la hispanidad. ¿Y en qué consiste esta hispanidad? En una lucha incesante de contrarios que tiene como resultado un devenir espiral de excesos contrastantes: vida y muerte, gozación y sufrimiento, pasión y estoicismo, tradicionalismo y aventurerismo, igualitarismo y aristocracia, individualismo y ma-

sificación, ritualidad y herejía, regionalismo y unitarismo; en fin, una plenitud de dualidades que, aunada a la propia dualidad de la tradición prehispánica, representada de manera ejemplar en la confrontación Tezcatlipoca-Quetzalcóatl, habrá de dar como resultado el ser dual por excelencia: el mexicano.

Permíteme ahora detenerme, a manera de refrescamiento, sobre el ser dual de la subjetividad hispana. La Historia sólo puede ser aprehendida de manera concreta por los sujetos que la hacen, nunca por los que la observan (seudoconcreción) o la interpretan (abstracción). Es por ello que historia y mito se funden en una totalidad que torna imposible la aprehensión diferenciada de su origen. Partamos, pues, de la constatación de que todo hecho histórico lleva inherente en su dinámica una potencialidad mítica, y que todo mito lleva inherente una potencialidad histórica. No podemos, en consecuencia, referirnos al mito de las dos Españas (y por ello de los dos tipos de españoles) de otra manera que no sea perquiriendo su raíz histórica.

Nuestros más grandes pensadores han tendido a incurrir en una visión pasional del problema, llegando a una valoración hipertrófica de una de las partes en detrimento del todo. No podemos estar de acuerdo con Gasset cuando, movido por un espíritu desmitificador, privilegia a la España aristocrática y niega en forma rotunda la determinación de lo popular. Si el pueblo español ha sido la causa del retraso nacional, lo ha sido también de su unicidad y especificidad.

Las primeras referencias que tenemos sobre el carácter hispano nos hablan de un ser agudo y violento, duro para el trabajo y sobrio, austero y estoico. Sin embargo estos calificativos que podían aplicarse, aunque no sin reservas, a un Viriato, resultarían contradictorios tratándose de la decadencia visigoda. El sosiego y la agudeza hispánicas, lejos de presuponer una natural inclinación hacia el rigor racional son, por el contrario, manifestaciones de un obrar impaciente e improvisado; y a tal grado se han hecho propias del ser hispano estas características que podemos decir, con mi sabio coterráneo Me-

nández Pidal, que toda la historia de España no es más que una serie de aventuras improvisaciones.

Siempre entre los extremos, el ser del español es capaz de pasar del inimportantismo (el importamadrismo mexicano), de raíz estoica, a un arrebatado de verdadera heroicidad. Por su natural inclinación al espontaneísmo y la aventura, en demérito de un obrar metódico y continuado, el español es capaz de soportar las más tenaces y sufridoras empresas, pero sucumbe ante la labor monótona y cotidiana. De ahí el extraordinario idealismo hispano; pero de ahí, también, la aversión hacia el dominio de la economía y la técnica, con todas sus implicaciones antiprogresivas y premodernas.

Unamuno, que veía en esta preferencia de lo superestructural sobre lo estructural una garantía para evitar ser imitadores serviles de otros modelos, apologizaba, asimismo, la absurdidad del carácter español y, con Ganivet, llegaba al extremo de sostener que una España cuerda sería una España acabada. Unamuno, gran contradictorio, ejemplifica lo mejor del apasionamiento hispano. Ganivet, gran sentidor, representa la vena igualitaria y diferenciadora del profundo regionalismo hispano. Por eso cuando, en la histórica correspondencia que sostuvieron, Unamuno le dice a Ganivet que hay que despaganizar a España, libertarla del pagano moralismo senquista, y de que la mayor calamidad de España ha sido sufrir el paso de los árabes por su suelo, Ganivet le contesta con orgullo que él es entusiasta admirador de Séneca y que siente por los árabes un gran afecto. El desacuerdo y la contrariedad han sido desde siempre características del pensamiento hispano. No sorprende, por tanto, que mientras Unamuno clamaba con pasión por las utopías, la sal de la vida del espíritu, Gasset consideraba a lo utópico como enfermedad esencial de la razón.

Dos Españas y un solo todo. Mas se trata de una totalidad conflictiva y desequilibrada que tiende a privilegiar la determinación de lo estático sobre lo dinámico, de lo tradicional sobre lo novedoso. Podría sostenerse que fue su acendrado tradicionalismo lo que le

dio a España su grandeza, pero también podríamos afirmar que la grandeza hispana es el resultado de la lucha desigual con que el hecho novedoso tuvo que abrirse cauce en el cuerpo monolítico de lo tradicional. No podemos olvidar que la prematura unidad nacional hispana, que constituye sin duda la primera manifestación de un Estado moderno, lleva enraizada su dinámica seudonovedosa en la más profunda tradicionalidad. De ahí la carencia de un sólido feudalismo en el suelo hispano, con la consecuente falta de pluralidad indispensable para evitar que la totalización se torne vacía por la vacuidad de las partes. España tuvo en su auge imperial monarcas y pueblo (fundamentos de la pura tradicionalidad), pero careció de la selecta minoría intermedia donde se forja la continuidad histórica de un proyecto nacional. Esta existencia de corona y cuerpo sin cabeza, es lo que explica el característico misoneísmo hispánico. Mas esta aversión a lo novedoso es más ideal que fáctica; es decir, se rechaza la novedad de espíritu, pero no la aventura existencial.

Aventurar la vida, exponerla a los peligros y los riesgos es connatural al ser hispano. Y es que para éste la vida no es tan importante como la fama y la honra. Honor y honra son partes determinantes de la esencialidad hispana. Los iberos antes que entregarse preferían el suicidio. Sagunto y Numancia son ejemplos contundentes de la preferencia del pueblo hispano a la muerte antes que a la deshonor y el ultraje.

Es un lugar común en la literatura viajera hablar del fuerte individualismo hispano. Este individualismo, puesto de manifiesto en la carencia de un sólido espíritu de colectividad, reviste las más de las veces la forma de un ciego egoísmo y una enfermiza envidia: nadie quiere compartir y a nadie se le permite sobresalir. Se comprende que, movido por su afán saneante, Gasset pusiera como una de las causas determinantes de la invertebración de España la perdurable escasez de individuos eminentes. Escasez, sí. Pero justo por ser tan escasa es que la verdadera individualidad hispana es tan notable. No hay una sola de las grandes aportaciones hispánicas

al acervo perdurable de la humanidad que no lleve un distintivo de egregidad; esto es, que no sea producto de la acción determinante de un individuo, sin importar cuál sea su extracción de clase, que sobresale de la masa engegueda por el egoísmo.

Egredidad, honra y honor de la verdadera individualidad hispánica. No en balde, como señala con acierto Menéndez Pidal, España ha dado el modelo de los dos tipos de individualismo beligerante: el guerrillero y el conquistador.

El coraje, unido al excesivo sentido del honor y el rechazo al sometimiento, han dado pie a la infundamentada tanatofilia del carácter hispano. Ni tanatofílico ni tanatofóbico, el español arriesga su vida y está dispuesto a perderla no por una inclinación de raíz morbosa o suicida, sino porque considera la vida como un puente que a través de la honra y la gloria, une a la insignificancia humana con la perfección divina: la honra sobre la vida, y Dios sobre las dos. Al poner la vida al servicio de la honra, la gloria y la fe, el español es presa fácil de un orgullo que se sale de su cauce e inunda todo el comportamiento sociohistórico. Ya Estrabón se sorprendía de encontrar en los iberos un orgullo localista aún mayor que el de los griegos, y que por eso (por su repugnancia a formar una unidad potenciadora de lo diverso) habían sido dominados por celtas, cartagineses y romanos (la sola provincia Tarraconense tenía tres veces más municipios políticamente independientes que toda la Galia). Es difícil encontrar otra nación que lleve en su seno, y motivada por el orgullo regional, tanta beligerancia localista. Pero no es menos cierto que el logro de una unidad potenciadora de toda esta rica y conflictiva diversidad, sería de una trascendencia que superaría sin duda a un todo nacional de partes indiferenciadas y dóciles.

De carácter excesivo y fantasioso, el hispano gusta del verbalismo y la grandilocuencia. Ya los romanos llamaban "hispanismo" a esa inclinación viciosa de pretender divinizar el mundo con palabras, y que tiene en el barroquismo su manifestación extrema. Actor y espectador de su propio drama, el español es muy dado a literaturizar

la vida y a vivir la literatura. De ahí la facilidad con que pasa de lo temporal a lo eterno, de la vigilia al sueño, del cielo al infierno. Y es que para el español la naturaleza no es más que magia y misterio, ilusión y deseo: mientras un Galileo y un Descartes se esfuerzan por someter a la naturaleza matematizándola y racionalizándola, Cervantes y Lope de Vega la poetizan entregándose a lo extraordinario y maravilloso.

Inconstante y apasionado, el carácter hispano recorre con increíble facilidad la distancia que media entre el más encendido autoelogio y la más apagada autodenigración. Ora lo hispánico es tenido por emblema de lo grandioso y sublime, ora es calificado de temperamento rudo y bárbaro. Este histórico pendular entre el autoensalzamiento y la autodenigración llega a ideologizarse en la pugna entre nacionalistas y extranjerizantes, tradicionalistas e innovadores; y como tal recorre el cuerpo histórico del ser hispano imposibilitando la necesaria unidad nacional.

Contradicción en movimiento, el carácter hispano es, pues, una dinámica que se niega al afirmarse y que se afirma al negarse; de aquí la afición del espíritu español a la alegoría y el doble sentido tan presentes en la picaresca, y que constituyen las formas genuinas de enmascaramiento a que obliga la dinámica represiva de lo tradicional sobre lo novedoso. Y a tal grado ha llegado este dinamismo represor que podemos decir que toda la historia de España es el resultado del esfuerzo tenaz de lo tradicional por impedir la aportación inteligente de lo novedoso. Por eso decía Gasset que todo gran hombre español era como un Adán que tenía que partir de cero, como si nada hubiera sido antes de él.

Por mirar hacia atrás más que para adelante, el español se ha quedado ante el devenir histórico como una estatua de sal. No es gratuito que los más grandes críticos del ser hispano vieran en la imposición de lo tradicional la razón de la sinrazón nacional, o como diría Unamuno, la causa de que lo anormal sea nuestra normalidad. Castelar veía al Imperio español como un sudario sobre el planeta.

Gasset señalaba con vehemencia que en el culto al pasado, opresora oligarquía de la muerte, residía la mecánica psicológica del reaccionarismo español. Ganivet sostenía que de la tradición no puede provenir impulso enérgico alguno, y que del desplazamiento de las dos Españas, la que tira para atrás y la que corre hacia delante, sólo se aprovechaba el ejército neutral de ramplones. Azorín llegaba al extremo de sostener que la tradicional grandeza hispánica no era tal, que España no había alcanzado jamás un momento de verdadera vitalidad. Y Maura coincide con la tesis de Gasset sobre la ausencia de las minorías directoras, cuando afirma que desde la Edad Media España sufre una atrofia congénita del órgano rector de la vida nacional que es el civismo.

Ciertamente a estas críticas antitradicionalistas, que parecen inclinarse hacia el lado autodenigrante, cabría oponerles las que ven en la determinación de lo tradicional la raíz de la grandeza hispánica. Ya sintiendo próxima la muerte, y con ese rencor vehemente que caracterizó la altura de sus miras, Menéndez Pelayo aprovechó el centenario de Balmes para acometer contra los gárrulos sofistas que liquidan el pasado y promueven la negación de la grandeza histórica. En la misma dirección, aunque con marcadas diferencias de tono, Vossler llega a señalar (en clara contradicción con la tesis gassetiana) que la propensión del español hacia lo trascendente y la consiguiente aversión hacia lo inmanente, fue lo que hizo posible el rompimiento del estrecho marco del particularismo de la feudalidad europea, para alcanzar un inmenso imperio universal católico que se sintetizaba en la trilogía: un Dios, una Fe y un Imperio.

No hay duda de que el español de hoy ya no es perezoso y haragán, como decía Unamuno del de su tiempo. Tampoco es válida ya la constatación histórica que de los vicios hispanos hizo el originalísimo Alejo Venegas en su *Agonía del tránsito de la muerte...*, de 1537. Ni el exceso de trajes, ni el considerar deshonroso todo oficio mecánico, ni los linajes, ni el no saber ni querer saber son hoy lastre que aqueje a los españoles. El resentimiento histórico de la

generación del 98 perdió toda su creativa virulencia con la espantosa Guerra Civil. Después del oscurecimiento tradicionalista del franquismo, un aire de novedad sopla en el suelo hispano. Mas este filoneísmo, si no se enraíza de manera crítica en el cuerpo decrepito de la tradición, terminará por convertirse en una moda pasajera que, por su condición banal, desperdiciará la potencialidad histórica resultado de tantos siglos de espera.

Casi un siglo después del desgarramiento crítico del 98, las posibles soluciones a la trágica pugna de las dos Españas siguen partiendo de la misma dinámica. Gasset veía en la europeización de España un imperativo histórico. Ganivet consideraba dos soluciones: someterse en absoluto a las exigencias europeas, o retirarse en absoluto en aras del desarrollo de una concepción original. Por último, Unamuno, al preguntarse si todavía había remedio para el desgarramiento hispano, veía como única salida una toma de conciencia histórica que escudriñando hasta el último rincón del alma nacional, examinando pecados y revolviendo tradiciones, terminara por autodigerirse de manera positiva.

Yo estoy de acuerdo con la impostergable europeización de España, pero siempre y cuando esta europeización implique al mismo tiempo una españolización de Europa. Es decir: que al totalizarse, la particularidad hispana no pierda su especificidad sino que la potencie al máximo. ¿Y qué es, en definitiva, lo que hay que potenciar? Una dinámica dual que tiene en la condición inagotable de su diversidad su riqueza y positividad: alegre y sufrida, quietista y apasionada, mística y heroica, sublime y prosaica, solemne y liviana, tradicional y, ¡al fin!, innovadora.

## II

Antes de nada, y para evitar que el resentimiento, que de seguro estás experimentando ya, termine por nulificar tu liviana predisposición hacia el raciocinio, déjame aclararte a manera de recapitulación la

visión del problema. Todo lo hasta aquí expuesto sobre el carácter del español lo vamos a encontrar, como veremos a continuación, presente en mayor o menor grado en el ser del mexicano. Ahora bien, con esto no quiero decir que el ser del mexicano sea una mera repetición o prolongación del ser hispano. Sé que la determinación prehispanica, con todas las implicaciones geográficas y sociales, desempeña un papel en la conformación del ser del mexicano. Pero insisto: no se trata aquí de negar la función de las partes determinadas, sino de confirmar la pervivencia de la dinámica determinante. Todo lo hasta aquí expuesto no fue más que una somera constatación de que el aspecto determinante del ser del mexicano, incluyendo tanto defectos como virtudes, es de raíz hispana. ¿Entendido?

Bien, ya aclarado este punto pasemos ahora al ser del mexicano. La preocupación por el ser del mexicano no es, como sostienen ciertos autores apresurados, un fenómeno de este siglo, y mucho menos que esté enraizado en la Revolución mexicana; y aquí sí estoy de acuerdo con tu crítica a Bartra. La mejor literatura de la Colonia, la Reforma y la Independencia trasluce ya esa preocupación del mexicano por encontrarle un sentido unitario a la conflictiva diversidad que encarna. Lo que sí es propio de este siglo es la metodología y sistematización de esta búsqueda. Hablo a propósito de sistema y método, con toda la excesividad que para Hispanoamérica esta atribución entraña, para disipar atribuciones gratuitas de marcado cariz autoelogiante. Ciertamente en los ateneístas se dan ya las bases sustentadoras de la búsqueda. Pero ésta, como tal, sólo se manifiesta plenamente a partir de 1934 con la publicación del libro de Ramos: *El perfil del hombre y de la cultura en México*. ¿Y dónde está enraizado este ensayo en el que por primera vez se trata de sistematizar el ser del mexicano? No en la Revolución mexicana; o en todo caso sería ésta una determinación secundaria. La dinámica determinante de la preocupación ramosiana reside en el desgarramiento con que, desde dos décadas atrás, venía perquiriendo por el ser nacional la intelectualidad peninsular. El hecho de que casi al mismo

tiempo salgan a la luz los *Siete ensayos*, de Mariátegui; *Radiografía de la Pampa*, de Martínez Estrada; y el *Retrato do Brasil*, de Paulo Prado, entre otras muchas búsquedas sicosociológicas de las raíces nacionales, pone de manifiesto que la preocupación por el propio ser era un fenómeno cuya causación rebasaba el estrecho marco de la Revolución mexicana.

En el caso de Ramos la influencia de la *Revista de Occidente* es crucial. Adler y Spengler, los dos autores que permean *El perfil del hombre y de la cultura en México*, así como todo el aparato existencial-fenomenológico que por ese entonces estaba en boga, fueron conocidos en Hispanoamérica gracias a las traducciones y publicaciones del grupo de Gasset.

Apoyándose, pues, en la doctrina heterodoxa de Adler, Ramos parte de que en la base del ser del mexicano reside un complejo de inferioridad. ¿Cuál es la causa de este complejo que tiene como rasgos caracterológicos la desconfianza, la susceptibilidad y la agresividad? El desconocimiento del límite entre el querer y el poder. Dice Ramos: “Si la desproporción que existe entre lo que quiere hacer y lo que puede hacer es muy grande, desembocará sin duda en el fracaso, y al instante su espíritu se verá asaltado por el pesimismo. En suma: germinará en su ánimo el sentimiento de inferioridad”.

Esta constatación más escandalosa que novedosa (no olvidemos que ya en las *Meditaciones del Quijote*, de 1914, hablaba Gasset de que el odio y el rencor hispano emanaban de una conciencia de inferioridad), sacude todo el aparato superestructural posrevolucionario poniendo de manifiesto que el genuino producto de la Revolución, el pelado, es un ser acomplejado que al fracasar ante la objetividad se refugia en la ficción. ¿Y dónde reside el origen histórico de esta actitud acomplejada? Ramos sostiene que en la Conquista y en la Colonia. Sé que tú, movido por ese espíritu de radical contradicторiedad que te corroe las entrañas, añadirías una anterioridad de doble vertiente: la conciencia de inferioridad azteca ante la cultura

náhuatl, y la conciencia de inferioridad hispana respecto a Europa. Sin dejar de reconocerle un valor secundario a este doble señalamiento, justo es concluir que el aspecto determinante del complejo de inferioridad parte de la Conquista. No es gratuito que Adler sostuviera que el complejo de inferioridad aparece en el niño al tomar conciencia de su insignificancia frente a sus padres. Al ser conquistado, el ser del mexicano se inferiorizó (como se había inferiorizado el ser del español ante las diversas oleadas invasoras), y esta inferiorización al hacerse crónica adquirió la forma patológica del enmascaramiento como evasión posible. Al tener una necesidad histórica de afirmar su ser, el mexicano siente una tentación irresistible por el poder y el predominio; de ahí que su carácter fluctúe fácilmente entre la autodenigración y el autoensalzamiento. Este oscilar constante entre los extremos lleva al mexicano a buscar, en los momentos de crítica desesperación, una referencia centralizadora que le permita ubicarse fuera del vértigo, y al no encontrar más referencia que Occidente termina siempre imitándolo, y (según Ramos esto es lo trágico) sin darse cuenta de que está imitando.

Ramos llama a la nueva cultura que florece en el suelo mexicano cultura criolla, y sostiene que el sedimento criollo representa la parte más rígida, conservadora y tenaz del carácter mexicano. Estos rasgos, aunados a la natural impassibilidad indígena (Ramos llega al extremo de sostener que el indio mexicano se dejó conquistar porque su espíritu estaba dispuesto a la pasividad) con su sujeción inmutable a ritos y tradiciones, dio como resultado un acentuamiento del heredado misonéismo hispano: la desconfianza ante la novedad; pero no sólo lo novedoso le produce desconfianza. Al no encontrar asidero en su existencia, el mexicano llega a desconfiar de todo: de lo otro que no es él y lo niega, y de sí mismo. Esta doble negación, al implicar una desvaloración del conocer y el obrar, imposibilita el devenir de toda acción metódica y reflexiva, y encadena al ser del mexicano a una mera manifestación presentánea que suele agotarse en la explosión incontrolada de los instintos. Viendo en todo lo que le

rodea una amenaza, el mexicano se torna hipersusceptible y considera que toda apelación a su ser es una ofensa. De ahí el modo agresivo y beligerante de su respuesta vital, que (siempre según Ramos) pone en evidencia la debilidad y la falta de voluntad propias de su carácter. El corolario de todo esto es, una vez más, la exacerbación del rechazo hispano hacia la crítica y la autocrítica, con su secuela de inmadurez sociohistórica y de premodernidad.

Partiendo de la preocupación ramosiana, pero impresionado por la contrastación del ser hispanomexicano ante el angloamericano, Paz inicia su *Laberinto de la soledad* penetrando con singular visión la fenomenicidad del pachuco, con el fin de profundizar en la esencialidad caracterológica que Ramos había descubierto en el pelado. Descuido y fausto, pasión y reserva, negligencia y rebeldía, anarquía y espontaneidad, autohumillación y euforia, son algunas de las características duales que Paz considera propias de la mexicanidad del pachuco y que se suman a las ya admitidas en el pelado. En un derroche de caracterología comparada, Paz contrasta sociopoéticamente el modo de ser de los anglos y los hispanos del Nuevo Mundo: “Ellos son crédulos, nosotros creyentes; aman los cuentos de hadas y las historias policíacas, nosotros los mitos y las leyendas. Los mexicanos mienten por fantasía, por desesperación o por superar su vida sórdida; ellos no mienten, pero sustituyen la verdad verdadera, que es siempre desagradable, por una verdad social. Nos emborrachamos para confesarnos; ellos para olvidarse. Son optimistas; nosotros nihilistas —sólo que nuestro nihilismo no es intelectual, sino una reacción instintiva: por lo tanto es irrefutable—. Los mexicanos son desconfiados; ellos abiertos. Nosotros somos tristes y sarcásticos; ellos alegres y humorísticos. Los norteamericanos quieren comprender; nosotros contemplar. Son activos; nosotros quietistas: disfrutamos de nuestras llagas como ellos de sus inventos”.

Para Paz, es más profundo el sentimiento de soledad que aqueja al mexicano que el sentimiento de inferioridad. Sentirse solo no es sentirse inferior, sino distinto; y el mexicano está solo y se sabe

distinto. Esta soledad y esta distinción, que adquieren su naturalidad en la altiplanicie, terminan erigiéndose en la dinámica conformadora de un carácter que fluctúa sin cesar entre la melancolía y el júbilo, el silencio y el alarido, el crimen gratuito y el fervor religioso. La introversión y la extroversión de raíz jungiana, y que le servían a Ramos para fundamentar el enmascaramiento a que obliga al mexicano el complejo de inferioridad, adquieren en la obra de Paz un valor determinante; así, el mexicano no puede rajarse (extrovertirse) porque rajarse implica una pérdida de la hombría y del honor. De aquí que el estoicismo sea una de las más altas virtudes guerreras y la resignación una de las más arraigadas virtudes populares.

Ser ritual por esencia, el mexicano encuentra en lo mítico y en lo festivo la única salida posible a su ancestral sentimiento de soledad. Tristeza y alegría, vida y muerte, júbilo y lamento se funden en una totalización que se obstina en permanecer siendo idéntica a sí misma. Y es que la indiferencia del mexicano ante la muerte es también indiferencia ante la vida.

Escindido miticohistóricamente entre las imágenes de la madre protectora (Guadalupe-Tonantzin) y la madre violada (Malinche-Chingada), y las de un padre protector (Hidalgo) y un padre violador (Cortés) el ser del mexicano es ruptura y negación: sabe que ya perdió la pureza india, pero tampoco quiere ser español. Afirmándose en la negación, el mexicano se cierra con obstinación al futuro y busca en el incesante partir de cero el reencuentro mítico con sus orígenes.

Para Ramos la superación de la autonegación esencial del mexicano sólo era posible con base en dos decisiones fundamentales: una, que el mexicano practicara con honradez y valentía, y auxiliado con las herramientas del psicoanálisis, el consejo socrático del "conócete a ti mismo"; dos, que para la formación de una auténtica cultura mexicana el único camino era seguir aprendiendo de la cultura europea.

Para Paz la disipación de los fantasmas que enmascaran el verdadero ser del mexicano sólo será posible si el mexicano supera su

ancestral miedo a ser y se enfrenta a sus fantasmas; esto es, que el mexicano se atreva a ser él mismo.

Hasta aquí, querido anarca, estos esbozos que espero sirvan para encauzar de manera armoniosa nuestra polémica, evitando esos exabruptos hipercriticistas y resentidos a los que gustas entregarte.

En espera de una opinión sana y aportadora:

Ramón



Terminé de leer el rollo donramoniano y me eché en la hamaca. Esta vez, a diferencia de lo que solía sucederme siempre que enfrentaba una de las letanías epistolares del viejo celta, no me sentía encabronado. La visión del viejo era demasiado protocolaria y distanciante. Inventariaba metodológicamente los lugares comunes, pero se negaba a hacer la crítica total que ameritaban. A pesar de que ahora dejaba entrever (en un raro acceso de la autoculpabilidad que a mí me atribuía) la raíz hispánica de los defectos del mexicano, había en la actitud una clara intención paternalista: hasta en sus defectos los mexicanos no eran originales. Hacia atrás y hacia adelante el ser del mexicano se afirmaba en aquello que lo negaba: la occidentalidad hispana.

Cuando un par de horas más tarde, después de comer los succulentos filetes al mojo de ajo de un pargo de siete kilos que el viejo celta había arponeado, insistió en que le diera mi opinión sobre el rollo que me había dejado a leer. Medio arisco y a la defensiva comencé a exponerle lo que poco antes había estado pensando y, al llegar a la doble negación hispánica del ser del mexicano, me interrumpió beligerante:

—Ya empezaste a decir puras astracanas. Vamos a ver: ¿en qué te basas para sostener que la determinación hispánica es algo ajeno y exterior al ser del mexicano?, ¿no es el ser del mexicano el resultado de un mestizaje?, ¿y no es lo hispánico la parte determinante de

este mestizaje? Lo hispánico no niega a lo mexicano, muchacho; ni hacia atrás ni para adelante. Al contrario, yo diría que lo afirma en su conflictiva diversidad. Por otra parte, ¿qué no te ha servido de nada la metodología de S. C. Chuco? No pongas esa cara de suficiencia. Si hubieras leído ese texto con la atención que requiere, habrías comprendido de una vez que la dialéctica hegeliana sólo funciona en el mundo de la abstracción; por lo que al hablar de negación no haces más que referirte a una oposición abstracta.

—Ya, ahí muere —dije no queriendo echar a perder el buen sabor que me había dejado el pargo.

—Anda, sigue. Pero fíjate bien en lo que dices.

—Dejémoslo para otro día, don Ramón.

—Coño, ya se ofendió el nene.

—No insista, de veras. No tengo ganas de echar a perder su pesca.

—Qué pesca ni qué ocho cuartos. Lo que sucede es que es muy cómodo ampararse en una susceptibilidad de quinceañera para rehuir los compromisos.

—Un momento, ¿cuáles compromisos?

—Ya párenle, ¿quieren? —intervino autoritaria Raga.

—Mujer, ya viste el tono y la manera con que empezó a destrozarme mi trabajo.

—No chingue. Si ni siquiera me dejó empezar.

—Coño, pues empieza de una vez.

—Para qué, si apenas digo algo y me interrumpen.

—Es el colmo que dos personas de su capacidad no puedan sostener un diálogo sin violentarse —dijo Raga levantándose y empezando a recoger los platos.

—Es que es él —alegué molesto—. Yo me paso una hora leyendo de cabo a rabo toda su letanía y él no puede oírme en silencio ni un minuto.

—¡Coño, es que no puedo permanecer callado ante esos insultos!

—¿Cuáles insultos?

—¿Por qué le dices a mi comunicación escrita “letanía”?

—Y luego dice que soy yo el susceptible.

—Bueno, escúchenme los dos. Usted, don Ramón, quiere oír la opinión de Eugenio, ¿sí o no?

—Mujer, si no la quisiera oír no me hubiera tomado el trabajo de escribir la mía y dársela a leer.

—Bien, entonces va a dejar que Eugenio exponga sus puntos de vista sin interrumpirlo. Y tú, Eugenio, cuida el lenguaje y no incurras en agresiones gratuitas, ¿de acuerdo?

Nos quedamos en silencio. Viendo Raga que por haber asumido el arbitraje de la contienda le correspondía el dominio de los movimientos, dijo en tono descansante:

—¿Se les ofrece algo antes de empezar?

—Yo te agradecería un cafecito —expresó el viejo más suavizado.

—¿Y tú? —preguntó Raga ante mi silencio.

—Nada, gracias. De todas maneras lo que yo quiero me lo van a negar, y no abstractamente.

—Ya déjate de zonzadas y di qué quieres.

—Un mezcalito.

—¿Se lo concede, don Ramón?

—Claro, mujer, no faltaba más —dijo el viejo levantándose en busca de la garrafa.

En el ínterin Raga me hizo unos gestos reprendientes, pero terminó guiñándome un ojo al tiempo que se iba a poner el café a la lumbre. Regresó el viejo celta con el mezcal y un cigarro puro en la boca. Me sirvió el mezcal y le prendió fuego al puro.

—¿Quieres uno? —dijo viendo el embeleso con que lo miraba fumar.

—No, gracias. No me ayude a malograr uno de los pocos triunfos que he alcanzado en mi vida.

—Hombre, ahora que lo dices sí que hay que reconocer que estás venciendo el vicio de fumar.

—Ya —dijo Raga regresando a su asiento—. Puedes empezar cuando quieras.

—Bueno...

—Ah, espera —me interrumpió partiendo hacia el interior de la casa.

Don Ramón y yo nos quedamos viendo con extrañeza, y el viejo hizo un gesto indicando que él no sabía nada al respecto. En seguida regresó Raga con un montón de hojas blancas y una pluma y se las puso enfrente a don Ramón.

—¿Para qué me das esto? —protestó el viejo.

—Para que vaya anotando sus críticas.

—Mujer, no es para tanto.

—Ahora sí, empieza —silbó el árbitro el arranque del juego.

—Pues ya arreglado el intercambio de opiniones de este modo, voy a empezar por decirle que su síntesis metodológica está bien fundamentada y desarrollada; por lo que no me voy a centrar tanto en lo que dice, cuanto en lo que deja de decir. Por otro lado, tampoco comparto el tono congraciante y continuista que traslucen sus referencias a los autores consagrados: tal parece que para usted y su generación la imagen histórica de los patriarcas de nuestra cultura es intocable. Pues para mí y la mía es todo lo contrario: a mayor grandeza mayor exigencia crítica. Y conste que no es una actitud irreverente sino actualizante. Empiezo, entonces, señalando que tanto la visión del ser español como la del mexicano adolecen de un error congénito: la imposición centralista. Ni el ser norteño español y mexicano con su carácter práctico, frontal y emprendedor; ni el sureño artístico, extrovertido y gozador, representan el mínimo papel en esa farsa tanática que tiene como escenarios la monótona meseta castellana y el semidesértico altiplano mexicano, con sus nefastas aureolas de melancolía e introversión.

No, maestro, ni la Ciudad de México ni Madrid pueden representar ser nacional alguno. Nada más fácil identificar a la Ciudad de México con el Mictlán; de aquí colegir la condenación sufriente e

irreversible, con el consiguiente cinismo lúcido de la clase determinante y el valemadrismo de la clase determinada, para concluir que el ser del mexicano oscila entre el valemadrismo y el cinismo. Y con esto entro de lleno en la polémica. Ramos partió de premisas metodológicas erradas (amén de la óptica racista que tomó de Spengler). Como señaló con precisión Paz, el ser del mexicano es un devenir, un producto histórico que deviene sin cesar; una determinada imposición cultural lo hizo así, y sólo mediante una transformación cultural cambiará. ¡Y de hecho ya cambió! Desde su óptica fijista y fenomenizadora, Ramos confundió el complejo de sobrevivencia (de raíz sociológica) con el complejo de inferioridad (de raíz sicopatológica). Cierto que ambos complejos suelen degenerar en uno solo, y que, en el caso mexicano, podríamos llamar complejo del conquistado (con toda su secuela de desconfianza hacia el mundo y hacia sí mismo, así como la susceptibilidad y sus derivaciones: agresividad, valemadrismo y oportunismo). Pero habría que hablar también de un complejo del conquistador o complejo de superioridad (con su secuela de confianza en el mundo y en sí mismo, la credibilidad y sus derivaciones).

—¡No, muchacho, qué va a ser! —explotó el viejo después de haber roído ya medio puro mientras me oía.

—¿Quieres oír su opinión o no? —me dijo Raga tratando de controlar la situación.

—Mira, muchacho, mejor no sigas. Escribe todas tus ocurrencias y luego me las das —dijo el viejo encaminándose hacia la lumbre.

Raga me miró en silencio y ante su expresión de desconcierto decidí intervenir:

—Está bien, dígame lo que no le parece.

—No tiene caso, muchacho —gruñó mientras sacaba el café de la lumbre.

—Deje que yo se lo sirva —dijo Raga levantándose solícita—. Usted pase a la mesa.

—Deja, mujer, ya estoy terminando.

—Ande, hágame caso.

Regresó el viejo a la mesa y volvió a prender el puro.

—A ver, dígame, estoy abierto a sus razones —dije incentivándolo.

—Hombre, acusas a Ramos de fijista y superficial y tú no haces más que dar vueltas y más vueltas en torno a la patológica relación conquistanteconquistado. ¿Qué no es tiempo ya de superar para siempre el resentimiento y el odio? Por lo demás, el propio Ramos habló de eso que tú llamas “complejo del conquistador”, cuyas expresiones sociales más evidentes son el ninguneo y el paternalismo.

—El principal lastre del complejo del conquistador es el racismo. Sostener, como hizo el spenglerizado Ramos, que los indios mexicanos están psicológicamente negados para la técnica porque carecen de espíritu dominador y voluntad de poderío, me parece una salvajada propia de uno de esos energúmenos hiperbóreos que escaparon de los hielos con su cuerpo cubierto de pieles.

—Pero vamos a ver, ¿cuántas veces te he oído decir que la dinámica espaciotemporal del mexicano es diferente a la del hombre tecnológico occidental, y que por ello había que sustituir la fría tecnología occidental por una tecnología artesanal?

—Un momento, maestro. Una cosa es dar prioridad a lo estético (y no sólo lo artesanal) sobre lo tecnológico, y otra muy distinta negarle al mexicano capacidad para la técnica.

—Ramos no habla ahí del mexicano genérico, sino del indio en particular.

—Ramos confundió el ser del mexicano con el pelado, que es el indio proletarizado y urbesuicidio. Como más tarde el sol Paz lo confundió con el pachuco. Y no, querido maestro, el lépero, el pelado y el pachuco no representan lo que somos, ¡sino lo que no queremos ser! ¿No dijo usted que lo que contaba eran los individuos (diversos, únicos, irrepetibles) y no las clases, grupos o castas? Pues bien, a mí me valen madre el indio ladinizado, el pelado lumpenizado, el criollo culto y nacionalista, o el burgués conservador y extranjerizante; el mexicano que a mí me interesa es el que es consciente de su mexi-

canidad y la enfrenta con rigor crítico y con un encabronado deseo de superarse, sin importar para nada afiliaciones borreguiles y gregarias.

—Ese ser del que estás hablando es precisamente el criollo ramosiano.

—No, maestro. Ramos veleteaba de acuerdo al soplar del viento: en un lado habla del sedimento criollo como la base rígida del carácter mexicano, y sostiene que la tenacidad conservadora de la sociedad mexicana tiene su origen en el estamento criollo, que es el verdadero núcleo de la vida mexicana; en otro, que es el centro de su crítica, argumenta que el complejo de inferioridad que caracteriza al ser del mexicano está representado por el pelado. Ramos niega la mexicanidad del indio, del pelado y del burgués para afirmar su propia casta de criollo occidentalizado.

—Mira, muchacho...

—¡Mierda, espere a que termine!

—Cuida tu lenguaje, Eugenito —protestó Raga.

—Pues que me deje hablar.

—Habla, habla que no vas a llegar a ningún lado.

—Lo que busco no está fuera sino dentro de mí. ¿Y sabe lo que estoy encontrando dentro de mí?

—De seguro un pozo sin fondo.

—No un pozo, maestro, sino el final de un túnel: ¡el mito del complejo de inferioridad ya no existe para mi generación! La supuración ontológica de Uranga y la soledad melancólica de Paz fueron sacrificadas en el ya mítico 68. Después del estremecimiento del 85 renació un nuevo ser mexicano, y este nuevo ser (que incluye tanto a los de arriba que se caen, como a los de abajo que suben) sabe que la fase huitzilopóchtlica de nuestra historia fue superada para siempre, que la tiranía de Tanatos debe ser superada por la democracia de Eros, que lo estético-cultural debe imperar sobre lo técnicomilitar; en fin, que, al contrario de lo que sostenía Paz en su *Corriente alterna*, Comala no representa ningún regreso al paraíso, sino la consumación

irreversible de lo infernal. El reto es, pues, querido maestro, encontrar el reverso de Comala aquí y ahora (que para los antiguos toltecas sería el Tlalocan Tamoanchan) y poner en lugar del silencio, la melancolía, la introversión y el sufrimiento, la comunión, la alegría, la extroversión y la gozación.

—Esa aquidad y ahoridad que proclamas nace imposibilitada, muchacho.

—¿Por qué?

—Adolece de una síntesis que supere la negatividad de los contrarios; y esta síntesis no puede darse en la pseudoconcreción, como se concluía del irracionalismo intuitivo de Caso y Vasconcelos, ni en la abstracción, como sostenían Ramos y el grupo de racionalistas neohegelianos.

—¿Entonces?

—Hay que sistematizar una voluntad concretizadora que viole el callejón sin salida de la pugna razón-sentidos, y le inyecte al mexicano la energía vital necesaria para superar el derrocamiento de su dolencia histórica y afirmarse en la aportación.

—¿Pero cómo se puede lograr esa voluntad de la que usted habla? —inquirió Raga con interés.

—¡Con método, mujer, con método!

—¿Y no puede el método convertirse en un yugo de sufrimiento?

—Claro que puede. Y de hecho los primeros años del vivir metódico son en extremo dolorosos. ¿Cuántos alcohólicos, fumadores y drogadictos alcanzan a regenerarse? Y los que lo logran, ¿no es con base en un esfuerzo doloroso y continuo? Casi idéntico sufrimiento produce el rigor metódico en los primeros años. Pero una vez que haces del método y de la vida una totalidad, ya no tienes que volver a preocuparte. Es como si tuvieras un dispositivo que controla de manera total tu actuar.

—¡La voluntad nahuálica! —expresé con entusiasmo.

Don Ramón me miró y, al tiempo que se levantaba con la taza vacía en la mano, expresó sonriendo:

### ENTRECruzAMIENTOS III

—Vaya, parece que al fin se te está rompiendo el cascarón abstractizante.

—Oiga, don Ramón, yo quisiera que me explicara todo eso de “la voluntad concretizadora” —dijo Raga girando en el asiento para seguir al viejo en su desplazamiento hacia la cocina.

—Otro día, mujer, otro día. Por hoy ya fue suficiente.

## VI. Hacia una revolución de la existencia

Para una mujer resignada y doméstica, la sociedad machista es un infierno donde el sufrimiento y lo rutinario desplazan a la gozación y lo festivo. Pero para una mujer inteligente y atractiva, la sociedad machista es una bendición: su poder es prácticamente ilimitado. Sin embargo, en su empeño por alcanzar la plena autodeterminación (lo que supondría un revitalizante regreso al matriarcado), la mujer antisumisa se encuentra con un obstáculo que hace que la dinámica determinante se convierta en determinada: la falta de una voluntad disciplinada. Al carecer de una educación volitiva la mujer inteligente llega, pero no permanece; derroca, pero no aporta; promete, pero no cumple.

La educación revolucionaria es un imperativo para toda mujer que pretenda autodeterminar su destino. Sin embargo, preocupada más por derrocar la imposición masculina que por su propia aportación, la mujer que revoluciona su existencia suele convertirse en una dinámica indetenible: su poder es su querer, y su querer no tiene límite. Para evitar sucumbir ante esta dinámica absolutizadora que perpetúa el mal que pretendía erradicar, la mujer inteligente debe evitar que su voluntad se masculinice; esto es, tiene que lograr una autodeterminación equilibrada entre los extremos que delimitan su diversidad: la pulsión hegemónica y la coquetería, la sensualidad y el rigor crítico, la férrea disciplina y la tolerancia libertaria. En fin, la mujer inteligente y voluntarizada es, más que el hombre, el agente activo que va a consumir la plenitud solilunar de la existencia.

Para que Raga lograra sacarle al viejo celta estos señalamientos, que a todas luces contradecían la concepción patriarcal que hasta entonces parecía haber defendido, había tenido que suceder toda una serie de acontecimientos que le daban al caso un carácter único e ingeneralizable. Dentro de esta totalidad de acontecimientos, dos habían desempeñado una función determinante: la atracción mágica

de Raga hacia el método y la pasión con que ejercitaba su voluntad a través de la meditación y el karate. En toda mi vida de quemador de cuestionamientos no había visto a nadie que se entregara al cumplimiento de una disciplina con el rigor y el apasionamiento con que Raga seguía las enseñanzas metódicas del viejo celta.

Un día, en que yo estaba fondeado en la hamaca a raíz de una manifestación fulminante de paludismo, Raga bajó con don Ramón a realizar su ritual ejercitante en la playa, y de regreso me mostró un par de libros que acentuaron la sensación de extrañamiento en que me habían sumido las fiebres palúdicas: uno se titulaba *Relatos de Belcebú a su nieto*, y su autor era un tal G. I. Gurdjieff; el otro *G. I. Gurdjieff*, de Colin Wilson.

—¿Has oído hablar de Gurdjieff? —me preguntó Raga.

—Ni la más puta idea de quien sea ese tipo —dije desmundanzado.

—Toma, empieza por éste —dijo dándome el de Wilson.

La parte central de la portada la ocupaba una fotografía de un tipo calvo y de impresionantes bigotes que le daban un aspecto morsiano. Pero su mirada, de una penetración acerada y mágica, era la de un visionario. Abrí el libro y encontré varias páginas con la esquina doblada y con aparatosos subrayados rojos: “El objetivo de Gurdjieff era también persuadir a sus discípulos de que no adquirieran hábitos. El hábito aparece cuando se hace algo mecánicamente, con la mente ‘en otra parte’. No es posible crear una obra de arte mediante un esfuerzo largo y continuo. Las impresiones y las experiencias son ‘alimento’ en la misma medida que el pan, y sin ellas moriríamos de hambre. El hombre consta de cuatro cuerpos, cada uno de los cuales es más puro que el anterior. Son cuatro organismos independientes que se interpenetran mutuamente”.

”El primero es nuestro cuerpo físico normal. El segundo es el cuerpo emocional, o astral (Gurdjieff lo denominaba también cuerpo natural). El tercero es el cuerpo espiritual. El cuarto es el ‘Amo’, el ‘yo’, el ego rector. Pero en la mayoría de las personas, este cuarto cuerpo no

existe, o está tan subdesarrollado que resulta inútil. El problema de la mayor parte de los seres humanos es que están totalmente dominados por sus cuerpos. El cuerpo es una máquina, un autómatas impulsado por influencias externas que producen apetitos físicos. Estos apetitos, a su vez, influyen en nuestras emociones. Las emociones hacen que surjan en nosotros ciertos pensamientos. Y estos pensamientos y deseos cambiantes hacen aparecer una serie completa de 'yoes' en conflicto.

"Las cosas deberían ser al contrario. El hombre que ha creado un 'yo' real ejerce su fuerza de voluntad, la cual influye en sus pensamientos, que influyen en sus emociones, que, a su vez, influyen en su cuerpo.

—Está interesante, ¿no? —dijo Raga sacándome de golpe de la lectura.

—Oye, ¿quién carajos es este Gurdjieff? —pregunté experimentando una inusitada energización.

—Fue, porque ya murió hace mucho.

—¿Y de dónde sacaste tú estos libros?

—De un guardadito.

—¡Pinche viejo hijo de la chingada! —exclamé molesto por el favoritismo que don Ramón había mostrado hacia Raga.

—Uy, qué modito, señor Sandoval.

—¿Sabes una cosa? Ya me está llegando hasta el gorro que andes todo el día con el pinche viejo.

—Pobrecito, hasta celos te están brotando con la calentura.

—Mierda, algo has tenido que hacer para lograr que se abriera así contigo.

—Claro, tontito, le inspiré confianza.

—No chingues, ¿quieres?

—Oye, de veras que como enfermo eres insoportable.

—Por más vueltas que le doy no llego a entender por qué te enseña a ti cosas que a mí me oculta.

—Es muy sencillo: dice que a ti te pasa lo mismo que a Carlitos Castaneda, que le das más importancia a lo que escribes que a lo que vives.

—¿Eso te dijo el cabrón?

—Mira, tontito, muchas cosas que dices en tus *Entrecruzamientos* sobre don Ramón no son ciertas.

—¿Qué mierda insinúas?

—No insinúo, afirmo. Para empezar todo ese rollo que escribiste sobre la venida de don Ramón a México no es cierto. Él no se vino antes de la Guerra Civil, sino después; y no solo, sino con los republicanos.

—¡Estás zafada!

—Uy, si te dijera todo lo que sé tendrías que escribir otro libro. Bueno, ahora con tu permisito me voy a poner a pintar.

—¡Ese hijo de su pinche madre se estuvo riendo de mí!

—No, Eugenito, el único culpable eres tú. Siempre te has preocupado más por imponer tu punto de vista que por entender el de los demás.

Sentí que la luz se enrojeció de pronto y un marejamiento de rencor me arrojó con violencia en una playa azufrosa y desolada. El olor a muerte saturó la atmosferación, y la boca se me inundó de un brotar viscoso con sabor a infierno.

—Los momentos de descontrol son los mejores para ejercitar la voluntad —dijo la pinchísima chava ya instalada frente al caballete.

Estuve a punto de perder el control, pero la pícara expresión que encontré al fijar la vista en Raga me detuvo al borde del abismamiento. Con la mayor naturalidad Raga comenzó a respirar con ritmo y, a pesar de mi renuencia, me vi arrastrado por el ir y venir armonioso de la respiración. Me dejé derivar hacia el protegimiento antigravitacional de la hamaca y poco a poco al cerrármeme los ojos, fui accediendo a un flotar sin esfuerzo ni dirección. Absorbido por el fluir energizante de la respiración, experimenté cómo el sabor salitroso de la muerte desaparecía de mi boca a medida en que me iba elevando en el azul sin límite. Libre del doblegante estar del cuerpo, mi ser se tornó aire y un susurrante acariciamiento fue la última impresión del mundo...



A pesar de que el viejo celta me había mandado con Raga un montón de libros sobre la literatura española del siglo XX, nuestra relación entró en una fase de crítico distanciamiento. Y lo más grave fue que este distanciamiento, lejos de fortalecer mi ego, aumentó todavía más la desazón. Como Raga ya le había dicho al viejo cuál era la razón de mi berrinche, al parecer el cabrón se había propuesto darme en toda la madre espoleando mi celosidad crónica.

Pero lo que me partió el alma no fue el hecho de que fueran a cazar palomas y bucear juntos en esos días en que devine prisionero entre el enfado y la lectura, sino que el hijo de su reputísima madre iniciara a Raga en la fase de golpeo del costal. Cuando Raga me lo dijo estuve a punto de tirar todos los libros al suelo.

—Oye, ¿qué te pasa? Si no le pones un alto a esa actitud estúpida vas a terminar enloqueciendo —dijo molesta por mi comportamiento.

—Ese pinche viejo goza martirizándome.

—De veras que te estás deschavetando, corazón. No quieres ir a ningún lado con nosotros, te portas grosero con don Ramón cuando te habla, no quieres colaborar en nada, ¡y todavía dices que goza martirizándote! No, Eugenito. No es don Ramón, eres tú el que goza automartirizándose. ¿Qué quieres? ¿Que te apapache y te conceda la razón que sabes que no te corresponde? ¿Que sea tan grosera como tú con don Ramón para probarte mi cariño? Pues no, no y mil veces no. Ya es hora de que superes esas rabetas de niño malcriado.

—¿Qué está sucediendo ahí? —gritó el pinche viejo desde la vereda.

Nos quedamos en silencio. Raga fue hacia el caballete y empezó a dar fuertes pinceladas sobre el lienzo. Yo agarré el libro de Gurdjieff y me lo puse frente a la cara.

—¿Interrumpí alguna plática interesante? —inquirió el viejo acercándose a la escalera.

—Lo de siempre —dijo Raga.

—Bueno, mejor nos vemos al rato —expresó el viejo iniciando la retirada.

—No, don Ramón. Pase usted —le pidió Raga.

Medio renuente el viejo empezó a subir las escaleras. Llegó al tapanco y se paró frente al cuadro que estaba pintando Raga. Por una esquina del libro vi que traía una bolsa no muy voluminosa en la mano izquierda.

—Mujer, perdona que te lo diga, pero con esas pinceladas tan violentas estás echando a perder el cuadro —dijo el viejo.

Raga siguió dando pinceladas, aunque con menor coraje. Por último tomó los pinceles y los echó dentro del recipiente con agua.

—¿Y cómo sigue aquí el enfermo? —preguntó el viejo en un tono neutro.

—Cada día peor —respondió Raga con encorajada rapidez.

—Vaya, vamos a tener que regresarlo al paraíso urbano para que lo vea un especialista.

—Está por demás, don Ramón. Ya empiezo a creer que no tiene remedio.

—Claro que lo tiene. Un defecto asimilado es ya principio de una virtud.

—Yo no tengo nada. El que necesita un médico es otro.

—Bueno, dada la obcecación del paciente no vamos a tener más remedio que aplicarle nosotros mismos la terapia. ¿Me ayudas, mujer?

El viejo se acercó a la mesa de trabajo de Raga y empezó a sacar de la bolsa un frasco con alcohol, algodón, una jeringa y una cajita rectangular.

—¿Qué, va a ser por las buenas o a la brava? —preguntó el cabrón viendo cómo yo dejaba el libro en el piso y lo miraba con cara de sentenciado.

—¡Está loco si piensa que me voy a dejar inyectar algo! —protesté con vehemencia.

—Entonces por las malas —dijo con una tranquilidad escalofriante—. ¿Sabes inyectar, mujer?

—No.

—Bien. Entonces me vas a detener la inyección y cuando yo te diga me la pasas.

—Encantada —dijo la pinchísima Raga gozando ya mi crucifixión.

—Oiga, déjese de pendejadas, que no estoy para bromas.

—No son pendejadas, muchacho. Al contrario, es una medicina desapendejante.

—Complejo B —dijo Raga abriendo la cajita—. ¡Uy, esto sí que duele!

—No mucho; además aquí el anarca es muy machote, ¿verdad?

—Le advierto que...

—No adviertas nada y vete preparando la nalga, pues relajada duele menos.

—Le juro que si me la pone será lo último que haga en su vida.

—Ya está —dijo el repinchísimo cabrón extrayendo una gran cantidad de líquido rojizo de la botellita—. ¿Lista?

—Cuando usted diga.

—Toma, aguántala —dijo pasándole la jeringa y el algodón impregnado de alcohol.

—¡Me lleva la chingada! —grité tratándome de incorporar. Cuando apenas estaba levantándome el hijo de su reputísima madre se lanzó como león hacia mí y empezó a enredarme en la hamaca. Por más que grité y debatí no pude lograr zafarme. Enredado como tiburón en un trasmallo empecé a sofocarme de coraje, hasta que el terrible arponazo en la nalga y la voz maternal de Raga diciéndome que ya todo había pasado, nulificaron por completo mi rebeldía.

—Ya verás que pronto vas a agradecermelo —expresó el pinche viejo guardando todo otra vez en la bolsa—. Mañana te vas a sentir como un Hércules.

—Ojalá, así me lo madrearía con gusto —dije desde mi aquiescencia.

—Para eso aún te falta mucho que mamar, muchacho.

—Ya veremos.

—Dijo un ciego. Bueno, tengo mucho que leer. Ahí te lo encargo, mujer.

—Claro, don Ramón. No se preocupe.

Se fue el cabrón viejo, y la pinche chava se acercó a acariciarme.

—Ya date la vuelta, corazón, que se te va a desviar la columna.

—Como si a ti te importara mi columna.

—Claro que me importa, tontito. Todo tú me importas, aunque a veces tenga que darte unas nalgadas.

—Ese pinche viejo me las va a pagar.

—No seas necio. Deberías estarle agradecido por haberte liberado de toda esa mala energía. ¿A poco no te sientes mejor? Anda, ven, vamos a dar un paseo a la playa.

Al principio con renuencia, después con una idea fija en la cabeza me dejé llevar fuera de la hamaca. Cuando me paré frente a ella, la cabrona se quitó la camisa coquetamente y acercó mi cara a su pecho izquierdo. Empecé a jugar con el pezón y en la medida que lo iba enviando fui dándole mordisquitos gozosoventativos. Ante los jadeos crecientes pasé al otro pezón y la muy zorra comenzó a clavarme las uñas en la nuca apretándome contra los pechos. “Ahora”, me dije ya saboreando el dulzor de la venganza; le di una mordidota sobre la base erecta del pezón derecho y lanzó un aullido que sacudió a toda Playa Tortuga. Sin darle tiempo de nada la tumbé sobre el petate y, rasgando todo impedimento que encontraba al paso, me fui derecho hacia su portal de jade. Cerró las piernas en una actitud que yo entendí más de incitación que de rechazo, pero al abrírse las con violencia se dejó penetrar hasta el centro mismo de sus entrañas. Empecé a acometerla con furia creciente y, entre grititos y sacudimientos de cabeza, me suplicó: “¡más despacio!”, “¡con cuidado!”, “¡despacito, por favor!”, “¡con cuidado!”, hasta que el placer rebasó el deseo de venganza y la violencia de los embates nos lanzó gozosos al abismo.

A la mañana siguiente, cuando apenas estaba agarrándole sabor al sueño, oí la voz del viejo celta desde la base de la escalera.

—Déjeme dormir un poco más que he tenido una mala noche —protesté atrapado por el encanto especial que adquiere el dormir en medio del arrullo sinfónico de los pájaros tempraneros.

—Educa esa voluntad, muchacho, y salta de la jaula que te quiero enseñar algo.

—¿Vamos a espiar al aguaje? —pregunté experimentando de pronto un avivamiento de los sentidos.

—¿Qué es? ¿Qué pasa? —masculló Raga al sentir que me levantaba.

—Es el fantasma de Gurdjieff que me persigue —dije dándole un besito que la hizo introducirse bajo la cobija con placenteros roncneos.

—No te pongas la ropa de cacería que vamos al mar —dijo el viejo.

Me puse un traje de baño y una camiseta y fui silencioso tras don Ramón. Medio amodorrado y ensimismante, empecé a recordar la plática que la tarde anterior, después de liberar la mala energía con la cogida, habíamos tenido sobre la enigmática personalidad de Gurdjieff. Atrapado por el diálogo que habían iniciado don Ramón y Raga, pronto comencé a olvidar mi enfado y ya para el anochecer la relación vibraba como en los mejores tiempos. Raga le había preguntado a don Ramón si Gurdjieff había sido un verdadero hombre de conocimiento. Y el viejo celta contestó que se trataba más propiamente de un caso malgrado por el avorazamiento. Gurdjieff era un hombre donde lo mágico y lo pasional habían desplazado a la razón; su enraizamiento orientalista, aunado al desconocimiento de las raíces de Occidente, lo habían conducido a los excesos propios de un sátrapa oriental. Su pasión desmedida por el dinero, que lo llevaba a incurrir en un deleznable tráfico que iba desde los productos más burdos hasta las enseñanzas más adulteradas; su tendencia hacia el absolutismo y la intransigencia; la manera como tiranizaba a sus discípulos, haciendo de la excesividad sufriente la única vía de acceso a lo metacotidiano; su solemnidad y sobreactuación, que lo hacían

aparecer la mayoría de las veces como un payaso aun cuando él se creyera dios; su ignorancia en cuestiones filosóficas, que embrollaba hasta el absurdo su concepción del mundo; su inclinación viciosa hacia el sexo y el alcohol; en fin, todo esto hacía de Gurdjieff un diamante bruto, una potencialidad de extraordinaria brillantez que no había alcanzado a concretizarse, una voluntad férrea pero carente de dirección; en suma, una excepcional voluntad anárquica.

Llegamos a las charcas de las sardinas y don Ramón extrajo de la bolsa la atarraya y me la pasó diciendo que la arrojara de manera metódica, es decir, estableciendo entre mi ser, la atarraya y la charca donde la iba a arrojar una relación totalmente consciente de las partes relacionadas. Sobre todo, dijo, cuida mucho que no llegue al fondo porque entonces se enredará con los corales y los erizos. Agobiado por tamaña responsabilidad empecé a recoger la atarraya sobre el hombro sin darme cuenta de que las mallas de atrás y adelante se habían enredado con las plumadas. Con muy buen modo, don Ramón me quitó la atarraya del hombro y me enseñó el desliz. “Ese es un acto pseudoconcreto”, dijo con intención reprendiente. Volví a colocármela de nuevo supervisando de manera cabal todos los movimientos. Me dijo que llegara al borde de la charca grande radarizando el frente, de manera que antes de dar un paso tuviera ya la información precisa del lugar donde debía apoyar los pies y la fuerza con que tenía que hacerlo. Me acerqué al borde y vi a las sardinas meciéndose en acompasado gregarismo. Quedé embelesado viendo tan nutritivo espectáculo y de pronto oí el vozarrón del viejo celta a mis espaldas.

—¡Regrésate que viene el oleaje!

Levanté la cabeza y vi venir sobre las charcas una ola de mediano tamaño. Me eché a correr y, al pisar en falso sobre un saliente, resbalé y me di un sentón contra las rocas justo donde el viejo celta me había metido el día anterior el arponazo.

—¿Estás bien? —dijo jalándome de una mano.

—¡Putá, qué madrazo! —dije sintiendo cómo toda la nalga se dormía.

—Tienes que fortalecer los tobillos —dijo quitándome la atarraya y alistándola sobre su hombro.

—¡Espere! Ahora la tiro porque la tiro —dije levantándome sin sentir la nalga.

—No, así no, porque de seguro te vas a pseudoconcretizar otra vez. Respira hondo y contrólate. Así, eso es. Mira, te voy a decir de una vez cuál es el proceso que hay que seguir para poder caminar concretamente sobre las rocas: en primer lugar es indispensable el dominio muscular de las piernas y esto sólo se logra mediante el ejercicio; en segundo lugar, y éste es el verdadero secreto del asunto, no pises con los pies sino con los ojos. ¿Entiendes?

—Está medio cabrón pisar con los ojos.

—Sí, es difícil, pero recuerda que nada fácil vale la pena. Fíjate bien en mis pies —dijo al tiempo que se quitaba los zapatos de buceo que usaba siempre para ir a pescar y los colocaba al lado de la atarraya.

—¿Va a caminar descalzo? —dije impresionado.

Con una parsimonia que contrastaba con el natural dinámico propio de su carácter, don Ramón se encaminó al centro de los promontorios rocosos y, después de respirar profundamente durante varios minutos, dio un fuerte resoplido y se lanzó como cangrejo sobre las rocas. Al ver la rapidez y la seguridad con que caminaba descalzo sobre corales, mejillones y un sinfín de formaciones cortantes, no pude menos que abrir la boca como un pendejo en actitud de pasmo. Después de recorrer como peñasquero todas las charcas, regresó hasta donde yo estaba y controló la respiración. Al echarle el obligado vistazo admirativo a sus pies vi que estaba escurriendo sangre de las plantas.

—¡Se cortó! —exclamé impresionado.

—Falta de callo por tanto uso de mediadores —dijo aún acelerado.

—Oiga, de veras que es increíble eso que acaba de hacer. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos diría que era una de esas jaladas que sólo suceden en la literatura.

—Te vuelvo a decir que todo se reduce a que hagas de tu ver un pie tentacular. No es el pie el que te va a dar la seguridad y la eficacia en el desplazamiento, sino el ojo. Anda, ve a tirar la atarraya que se nos está haciendo tarde para la pesca que te quiero enseñar.

Coloqué la atarraya sobre el hombro y me acerqué al borde de la charca grande. Después del oleaje que las había sacudido, las sardinas nadaban de aquí para allá semejando grupos de gente poseídos por una urgencia pánica. Vi venir un pequeño grupo hacia mí y sin pensarlo dos veces le solté el atarrayazo. No fue un buen lance, pero vi con satisfacción cómo las manchas plateadas brillaban entre la malla.

—¡Súbela! —gritó don Ramón justo cuando ya me disponía a hacerlo.

—¡Mierda, se largó la mayoría! —dije a manera de disculpa viendo que el lance no pasaba de diez o quince sardinas.

—Con esas es suficiente. Recoge la atarraya y vámonos.

—¿A dónde?

—Tenemos que regresar a la orilla.

—¿A la orilla? ¿Y qué vamos a pescar allí?

—Agujones, muchacho.

Como a unos treinta metros de la orilla, el promontorio rocoso se escindía formando una pequeña bahía de mar apacible y cristalino. Don Ramón se acercó a una saliente y tras rápido vistazo dijo que allí estaban los agujones. Fui hasta donde estaba él y por más que miré no vi más que pequeños peces hacia lo hondo.

—Yo no veo nada.

—No importa. Voy a pescar uno para que veas cómo se hace —dijo desenredando una cuerda delgada y que terminaba en un fino calambote de acero—. Esta tanza es exclusiva para la pesca del agujón; jamás la uses para otra pesca, ¿eh?

—¿A poco va a aguantar esa cuerdata?

—Hasta diez libras. Todo consiste en saberla usar. El agujón es muy mañoso, y si usas una tanza más gruesa la ve y no muerde.

Después de meter una sardina en el anzuelo, don Ramón la arrojó como unos diez metros separada de las rocas. Apenas empezó a jalar con suavidad la cuerda cuando vi cómo una mancha azulverdosa agarraba la carnada y empezaba a morderla. De repente la cuerda se tensó y el pez salió en velocísima carrera. Don Ramón le soltó un par de brazadas de cuerda y en seguida dio un fuerte jalón. Vi cómo el agujón de buen tamaño saltaba fuera del agua al tiempo que don Ramón recobraba cuerda con rapidez. Como una flecha se dejó venir el agujón hacia las rocas, y al sacarlo fuera de su elemento empezó a sacudirse, hasta que en una de las sacudidas se desprendió del anzuelo.

—¡Me cago en diez! —se lamentó el viejo celta.

—Estaba de muy buen tamaño.

—Sí, hombre. Pásame otra sardina.

Ensartó la sardina y volvió a intentarlo. Le agarraron en seguida la carnada y volvió a repetir el mismo proceso que con el primero, pero esta vez el anzuelo se vino limpio.

—Vaya, parece que hoy quieren jugar conmigo —masculló moviendo la cabeza contrariado—. Dame otra sardina, por favor.

Y a la tercera fue la vencida. Jaló el agujón y al verlo saltar sobre las rocas me acerqué a él dispuesto a desengancharlo. Le eché la mano y cuando don Ramón me gritó “¡cuidado!” ya el agujón me había dado un llegue con sus afiladísimos dientes.

—¡Jamás hagas eso! —dijo viéndome la mano—. Por suerte nada más te agarró de refilón.

—Joder, no pensé que fuera tan peligroso.

—Esto no es nada —dijo mientras extraía de la bolsa el cuchillo de buceo—. A un compadre del difunto Antonio se le clavó uno en la pierna.

—¿Qué?

—Como lo oyes, estaban pescando en un cayuco en la noche y se le fue encima.

Don Ramón agarró la cuerda cerca del anzuelo para que el agujón no tuviera mucha capacidad para sacudirse y, aprovechando un

fugaz detenimiento del pescado, le puso el pie sobre la nuca. Luego le clavó el cuchillo en medio de la cabeza y le extrajo el anzuelo.

—Oiga, yo no sabía que el agujón se arrojaba así contra uno —dije observando con creciente impresión las agresivas filas de dientes.

—Te estoy hablando de pesca nocturna —dijo mientras ensartaba otra sardina en el anzuelo—. En la noche, prender una fuerte luz sobre la lancha es arriesgarse a recibir el flechazo de un agujón. A veces, como sucede con su pariente el pez espada, se quedan clavados sobre el maderamen de la embarcación. Anda, inténtalo tú ahora.

—No, mejor pesque otro.

—Vamos, hombre. El día menos pensado falto yo y no vas a encontrar quien te enseñe todo esto.

Tomé la cuerda de las manos del viejo celta y al hacerlo experimenté una extraña sensación de relevamiento. Cada vez con mayor frecuencia don Ramón se venía refiriendo a su desaparecimiento, como si presintiera que su muerte estaba ya anunciada para un futuro próximo. El hecho de que nos hubiera nombrado a Raga y a mí herederos de su mansión comejénica era una clara prueba de que el viejo nos ocultaba algo sobre su partida, como le decía él. Me acerqué al borde y lancé la cuerda, quedando suspendido entre la rememoración y la visión destellante de la sardina en su girar corrienteántico sobre el azul intenso. Sentí un tironcito y dejé ir la cuerda. De pronto experimenté un sólido jalón y al afirmar la cuerda vi al agujón cabriolar sobre la superficie. Empecé a recobrar la cuerda con gran pasión, hasta que la voz del viejo celta apelando a la metodologización del hacer me obligó a un recobrar supervisado. Jalé el agujón sobre las rocas y, después de esperar un par de minutos a que cesara de saltar, le dejé caer el pie derecho sobre el lomo. La falta de práctica y la inseguridad hicieron que me resbalara el pie, y el agujón se revolvió agresivo alcanzándome a cortar arriba del tobillo. Don Ramón, que observaba con atención mis movimientos, movió la cabeza en desaprobación y extendiendo la mano me pidió la cuerda. Encorajado al ver la sangre que me escurría del tobillo, le dije que yo lo iba a hacer a

como diera lugar. Acorté un poco más la cuerda y a la primera oportunidad dejé caer un golpe de karate sobre el pinche agujón. Se oyó un agudo chasquido y vi que del abdomen del agujón salía una tripita amarilla verdosa.

—Hombre, no se trata de despanzurrarlo —dijo sonriente el viejo celta.

Ensarté otra sardina y esta vez el agujón que jalé no me dio tanta guerra. Empecé a agarrarle gusto a la pesca y ya cuando estaba entrando en calor con el tercero, don Ramón dijo que ya eran suficientes.

—El último —expresé atrapado por el desborde emocional.

—No, muchacho. Tienes que aprender a dominarte. Una voluntad desbocada puede ser más nociva que la falta de voluntad.

No tuve más remedio que resignarme y recoger todos los implementos.

Regresamos a la cabaña y en el trayecto don Ramón me fue hablando de la educación de la voluntad; de que era indispensable que yo empezara ya de manera seria con los ejercicios voluntarizadores, ya que el método tenía como fin la concretización de la existencia y no una mera interpretación. Le pregunté a qué tipo de ejercicios se refería, y respondió que para mí lo mejor era la espía nocturna. Al oír esto, sentí una aguda punzada en la nalga y recordé la inyección que el cabrón viejo me había puesto de manera tan tiránica. Sintiendo cómo desaparecía el agradable energizamiento de la pesca del agujón, le dije que por ahora no quería saber nada de la cacería nocturna, y que... Fue inútil, el viejo se entercó en que tenía que conocer el mundo de la noche.

Dejamos abajo dos agujones y subimos los dos restantes para nuestro consumo. Al llegar vimos a Raga leyendo el libro de Gurdjieff frente a la mesa ya dispuesta para el desayuno.

—¡Qué bellos! —exclamó al ver los agujones.

—Vaya, ya tienes listo el desayuno —dijo don Ramón, sirviéndose un vaso de naranjada.

—Uy, ya hice los ejercicios rotativos y medité.

—Sí, se nos hizo un poco tarde —reconoció el viejo.

—¿Qué es eso de “ejercicios rotativos”? —interrogué mosqueado.

—Ah, es que tú no sabes. Mira —dijo Raga separándose de la mesa.

Empezó a girar un brazo de adelante hacia atrás, luego el otro en dirección contraria; después levantó una pierna y la giró en la misma dirección del primer brazo. Se paró de pronto y cambió los movimientos, cambiando también de pierna.

—Ejercicios de control —dijo el viejo celta ante mi pasmo.

—¿Y por qué demonios se los enseñó sólo a ella? —pregunté molesto.

—Porque tú necesitas antes que el control somático el control mental. ¿Verdad? —dijo guiñándole un ojo a Raga.

—Eso es lo que me encabrona de usted.

—Para el carro, muchacho. No vayas a empezar otra vez con tus rabietas.

—No son rabietas, sino justos reclamos. A ver, dígame, ¿es cierto eso de que todo lo que me contó sobre su venida de España es mentira?

El viejo cruzó una rápida mirada con Raga y ésta se fue a servir el café.

—Le das demasiada importancia a lo que escribes, muchacho.

—A la chingada la escritura. Yo lo que quiero es saber si es sincero conmigo o nada más me está haciendo pendejo.

—Mira, muchacho. Ni tú ni nadie sabrá nunca la verdad sobre mi pasado. ¿Y sabes por qué? Pues porque ni yo mismo la sé. Lo que tú has escrito sobre mí no es mentira, sino otra verdad. En literatura no hay mentiras, sino otras formas de decir las verdades.

—Eso dígaselo a su amigo Vargas Llosa y a los satélites que giran en torno al sol Paz.

—No empieces a soltar patadas de ahogado.

## VI. HACIA UNA REVOLUCIÓN DE LA EXISTENCIA

—No son patadas de ahogado, es la verdad.

—Tu verdad.

—Ni madres. Son ellos y no yo los que dicen que el fundamento de la literatura es la mentira.

—Ya estás confundiendo la velocidad con el tocino.

—Eso dígaselo al sol Paz, que a fuerza de mentirizar las verdades y verdaderizar las mentiras ya no sabe distinguir.

—¿Pero de qué estás hablando, pedazo de alcornoque?

—Bueno, ya. Vamos a desayunar en paz —dijo Raga dejando las tazas de café sobre la mesa.

—Ni madres. Yo prefiero desayunar con Fuentes.

—Ya déjate de chistes, Eugenito, y ve a lavarte las manos.

Fui hacia el tapasco y cuando estaba enjabonándome las manos el viejo celta llegó a hacer lo propio.

—¿Y qué me dice el gran metodólogo de la crucial distinción paceana entre lo real y lo irreal? —dije con sorna.

—Mira, muchacho, Paz no es filósofo.

—No se salga por la tangente. ¿Acaso se le puede perdonar a un sol de la magnitud de Paz tamaño disparate?

—Bueno, es claro que lo que Paz llama irreal es lo abstracto.

—¿Cuántas putas veces me ha dicho usted que no existe lo irreal, sino diferentes formas de realidades?

—Coño, a un poeta no debe exigírsele un rigor filosófico.

—Es que el sol Paz no es un poeta, sino el poeta. Y además de poeta es ensayista.

—¡Y de los más lúcidos!

—Sí, pero es una lucidez de superficies y no de honduras.

—Ya, niños, que se enfría el café —gritó Raga.

—Mira, mocoso —dijo el cabrón viejo enfrentándome—. No es atacando a los grandes como te vas a engrandecer.

—No, pero tampoco convirtiéndome en uno más de sus culeros epígonos.

—Anda, payaso, que ni a epígono llegas.

—Oiga, a mí no me...

Sentí un agudo golpe en la cabeza y vi un limón rodando a mis pies. El viejo celebró el tiro de Raga, lo que contribuyó a incrementar mi coraje. Agarré el limón del suelo y al tratar de arrojárselo a Raga el pinche viejo se puso en medio.

—Hágase a un lado que este asunto no tiene que ver con usted —dije con la mano en alto dispuesta para el tiro.

—Sería lo último que hicieras, malandrín —gruñó el viejo.

—Ah, conque vengativo ¿eh? A ver, atrévete a tirármelo —dijo la pinchísima chava saliendo de la protección del viejo en actitud retadora.

—¿Por qué mierda me lo tiraste? —protesté deviniendo entre el coraje y la impotencia.

—Por maleducado y sinvergüenza —replicó contundente—. Y si no me pides perdón por lo que ibas a hacer no hay desayuno.

—Muy bien dicho, mujer —aplaudió el cabrón viejo.

—¡A la chingada el desayuno! —exploté largándome.

—¡Eugenio, ven aquí! —dijo cortándome la retirada—. Te advierto que si no me pides perdón...

—¡Putá, esto es peor que el estalinismo!

—Pídeme perdón —insistió enfrentándome.

—Mierda, resulta que ahora tienen que pedirle perdón los agredidos a los agresores.

—Tú eres el agresor con ese lenguaje ofensivo e irrespetuoso.

—No chingues.

—Pídeme perdón, te digo.

—Déjalo ir, mujer. Al rato va a regresar llorándote —dijo el repinchísimo viejo sentándose a desayunar.

—Me vas a pedir perdón, ¿sí o no? —dijo agarrándome con sus manos la cabeza.

—De acuerdo: perdón por el castigo que me infliges.

—¡No tienes remedio! —exclamó al tiempo que me atraía hacia sí y me daba un fuerte mordisco en la oreja derecha.

—¡Ay! —grité encabronado.

Quise zafarme, pero me agarró de la mano y me obligó a sentarme. El viejo me lanzó una mirada fulminante y me puse en guardia en espera de alguna trastada.

—*O que ten medo non é bo* —dijo moviendo la cabeza en actitud indulgente.

—¿Se puede saber qué carajo tienen contra mí? —protesté con vehemencia.

—Es tu modo, Eugenito —expresó Raga.

—¿Sabes una cosa? Antes de que tú vinieras don Ramón y yo no teníamos ningún problema.

—Eso no es cierto —refutó el viejo.

—Sea sincero, don Ramón. Siempre que está Raga enfrente se dedica a agredirme de manera sistemática.

—No sistemática, sino metodológica —se cachondeó el viejo.

—No chingue, ¿quiere?

—¡Esas expresiones son las que me exasperan! —rugió amenazante.

—Yo siempre he hablado así.

—No es cierto. Tu lenguaje ha caído en una irrespetuosidad creciente. ¿Y sabes por qué, muchacho? Pues porque crees que faltándole al respeto a los demás se autoafirma tu ego.

—Esa es una verdad tan grande como la catedral de México —confirmó Raga.

—De acuerdo, a partir de ahora me voy a dedicar a aplaudir.

—Esa es una actitud regresiva y no aportadora, muchacho.

—Bueno, díganme de una vez qué demonios quieren que haga.

—No te autoflageles, truhan. Lo que tienes que hacer es muy fácil: sé tú sin negar a los demás.

—Es cierto, Eugenio. No tiene caso que te dediques a agredir por agredir.

—Yo no agredo por agredir, sino por superar.

—No, muchacho. Tú agredes porque tu voluntad se afirma en la negación de los demás.

—Está bien, de acuerdo. ¿Y qué proponen?

—Ya te lo he dicho: el tiempo que le dedicas a la especulación tienes que dedicarlo a educar tu voluntad.

—Oiga, don Ramón, yo tengo una pregunta que hacerle al respecto —dijo Raga liberándome de la reprimenda del viejo.

—¿De qué se trata, mujer?

—¿La voluntad de la que habla Gurdjieff es la misma que la de don Juan, de Castaneda?

El viejo expelió con fuerza el aire y dejó el cubierto sobre la mesa. Luego llevó la mano a la cabeza y comenzó a mesarse el cabello.

—Es que yo no entiendo en qué puede consistir esa voluntad que está más allá de la razón —añadió Raga—. ¿Es una voluntad ciega? ¿Es una voluntad consciente? ¿O qué es?

—¿Sabes lo que es el tonal y el nahual en la concepción del mundo náhuatl? —inquirió el viejo.

—Bueno, leí algunos libros de Castaneda, así como la discusión que usted y Eugenio tuvieron al respecto.

—¿A qué discusión te refieres?

—No sé cómo la llamará usted. Pero es toda esa plática que ocupa el capítulo final del primer volumen de *Entrecruzamientos*.

—De acuerdo. Pues lo que don Juan llama tonal es para Gurdjieff la personalidad, y lo que don Juan llama nahual es para Gurdjieff la esencia. De manera que el tonal y la personalidad corresponderían al mundo de la razón, mientras que el nahual y la esencia tendrían por fundamento la voluntad.

—Que es también la división schopenhaueriana entre voluntad y representación, ¿no? —dije experimentando con agrado el tono de distensión que don Ramón le estaba dando a la plática.

—Lo que sucede es que esta diferenciación es imprecisa y limitadora. S. C. Chuco hablaría de una voluntad pseudoconcreta (volición ciega), una voluntad abstracta (volición egocéntrica y fantasiosa) y una voluntad concreta (volición consciente y aportadora). ¿Entiendes, mujer?

—A medias.

—A ver, déjame explicártelo con otros términos. Recurriendo a la clásica, aunque imprecisa, diferenciación filosófica entre esencia y apariencia tendremos: una voluntad formal y una voluntad esencial. La primera es espontánea y acrítica; la segunda es racional y crítica. Basándonos en esta diferenciación tendríamos que concluir que la verdadera creación es sufriente, porque implica una imposición de la voluntad esencial sobre la voluntad formal.

—¿Entonces no puede haber verdadero arte sin sufrimiento?

—Desde la perspectiva dual así es. Pero ateniéndonos a la diferenciación triádica de S. C. Chuco, la volición sufriente-derrocadora sería superada por una volición gozosaaportadora; es decir, por una volición concretizadora.

—Oiga, ¿qué era para S. C. Chuco el ser total? —pregunté recordando de pronto esta cuestión que de tiempo atrás quería plantearle al viejo celta.

—Hombre, a ciencia cierta no lo sé. Pero yo creo que entendía por tal la totalización concretizadora de la vida-obra.

—¿Y qué tienen en común el ser total chuquiano, el hombre de conocimiento donjuanesco y el hombre nuevo guevariano?

—Coño, qué preguntas se te ocurren, muchacho. Mejor déjame ir a preparar de una vez esos agujones que tengo mucho que escribir.

—¿Cómo los va a preparar? —perquirió Raga.

—Como tú prefieras, mujer. Pero lo ideal sería un caldo.

—Sí, nos caería rebien un caldito de pescado.

—Nada más dígame una cosa, don Ramón —insistí espoleado por la fluencia especulante—. ¿Ese ser total chuquiano sería el equivalente del filósofo socrático y el tlamatini náhuatl?

—Mira, muchacho. Desde que el hombre tomó conciencia de su ser histórico, la dinámica de su búsqueda vital se ha centrado en dos determinaciones: la primera es lograr la plena autodeterminación; y la segunda es conocer la relacionalidad de las partes con el todo. Varían los métodos y las concepciones sistemáticas, pero el fin de la

búsqueda es el mismo, así se trate del sabio platónico, del superhombre nietzscheano o del hombre cósmico.

—¿Y cómo explica usted esa ezquizofrenización galopante con que se corta la “Primera Parte” de la metodología chuquiiana?

—Cuando le echas una lectura al material que tengo guardado allá en el departamento, podrás extraer tus propias conclusiones.

—¿Usted ya leyó todo?

—Nada más hojeé algunas cosas.

—¿Y...?

—Y nada, joder. Ya tendrás tiempo de saciar tu curiosidad.

—No se enfade, maestro. Yo sólo quiero saber un poco más de ese personaje tan singular. Para usted es un método más y punto. Pero para mí no. A mí me desconcierta sobremanera que un individuo que se entrega con pasión a la búsqueda del ser total termine desquiciado.

—Coño, ¿y qué esperabas de un individuo que rompe violentamente con la sociedad, que escribe dios e historia con minúsculas, que ataca a la razón con una lucidez suicida, que quiere que el filosofar sea un vivir radical y no un mero pensar, que se recluye en la selva en busca de la totalidad sin siquiera ser autosuficiente...?

—¿Usted cree que fue la carencia de límite en su querer lo que lo desquició?

—Fue todo, muchacho. S. C. Chuco fue un caso patológico de pasión desmedida por conocer. Quería conocer el todo sin poseer el secreto de las partes; se enfrentó al mundo de la magia apoyado en una racionalidad abismal; en fin, buscaba con desesperación la comunión con la naturaleza, pero sin poder superar jamás su soledad esencial.

—Era su hijo, ¿verdad? —dije de pronto al ver el sentimiento con que el viejo celta hablaba de la aventura chuquiiana.

—¡No digas burradas! —protestó con fuerza yéndose a preparar el caldo de agujón.



Pasaron varios días en que el viejo celta se desconectó del mundo exterior pasándome el relevo para que yo consiguiera la comida. Acompañado por Raga, que un poco por gusto y mucho por cuidarme, se había convertido en mi sombra, me erigí en el soporte alimentario del clan con una satisfacción que ya creía perdida a raíz de las zozobrantas experiencias venatorias.

Después de casi una semana de salir a diario a cazar o a pescar, don Ramón dijo que tenía ganas de comer tasajo de venado con frijoles refritos, salsa ranchera y tortillas, por lo que yo podía disponer de un día de descanso. Nos despertó tempranísimo y, después de recoger en su cabaña el costal de golpeo, fuimos al foso agonístico. Hicimos los ejercicios de calentamiento y en seguida pasamos al golpeo. Don Ramón le dijo a Raga que fuera primero, y en cuanto vi la técnica con que golpeaba con las piernas el costal empecé a engallarme. Al llegar mi turno, en una apelación apasionada a la voluntad, me lancé como fiera contra el costal tratando de suplir la deficiencia técnica de las patadas con la contundencia y precisión de los golpes de manos. Cuando don Ramón agarró el costal para detenerme, ya las manos y los pies estaban venciendo la solidez del costal. El viejo dijo que mis golpes de manos estaban muy bien, pero que debía perfeccionar más la técnica de las patadas. Después de una interesante clase de técnica de defensa y ataque, nos pusimos a meditar sobre la arena del foso. Feliz y energizado empecé a desprenderme poco a poco del latir espaciotemporal y, poseído por una indescriptible sensación de ingravedad, experimenté cómo mi cuerpo perdía su solidez y desaparecía en un devenir brumoso e impreciso. Siendo ya sin estar, entré en un mundo de total apacibilidad y, en medio de un resplandecer divinizante, supe que mi vida entraba de manera irreversible en una nueva fase. Me fui planeante por la ingrávida plenitud del metamundo, hasta que un soplo vivificador impregnado de profundo olor a mar me regresó a la solidez del cuerpo. Abrí los ojos y vi cómo don Ramón me veía con un fulgor de visionario.

—La consumación del método es el autocontrol —dijo con una voz metamundana que estremeció todo mi ser.

Nos levantamos y fuimos a preparar el desayuno. Mientras don Ramón encendía la lumbre me dijo que trajera de la despensa una bolsa de avena. Al entrar a la casa me llamó la atención la cantidad de libros y papeles que el viejo tenía sobre su escritorio. En el transcurso de la semana había caído en la tentación curioseante, pues me intrigaba cuál podía ser el trabajo que lo absorbía de tiempo completo. De manera que, sin pensarlo dos veces, me dirigí hacia el escritorio. El primer vistazo a los títulos de los libros me convenció de que debía ser cierto lo que Raga había dicho sobre la venida de don Ramón a México. Frente a la silla había un fólder y al abrirlo me encontré con un montón de cuartillas, la primera de las cuales decía en letras de molde: EL EXILIO ESPAÑOL EN MÉXICO: UN ACERCAMIENTO METODOLÓGICO.

Tomé varias cuartillas y cuando me disponía a leer oí el vozarrón del viejo celta:

—¿Viene esa avena o no?

Dejé todo como estaba y me lancé por la avena. La tomé de la despensa y salí.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó mirándome a los ojos mientras le daba la avena.

—Nada.

—¿Nada en tanto tiempo?

—Bueno, estaba viendo un libro...

—¿Sólo uno?

—No, la verdad es que me llamó la atención ver tanto papeleo sobre su escritorio.

—Eres un canalla incorregible. Pero al menos ya empiezas a asumir la frontalidad.

—¿Quieren un vaso de naranjada? —dijo Raga con la jarra llena en las manos.

—Gracias, mujer. Ponla sobre la mesa que ahora me sirvo. ¿Y qué queréis para desayunar?

## VI. HACIA UNA REVOLUCIÓN DE LA EXISTENCIA

—¡Tocino con un huevo estrellado! —exclamó Raga con una expresión de niña traviesa.

—Anda, muchacho, ve y corta tres buenas tiras.

Agarré el cuchillo y fui hacia la lonja de tocino que colgaba del techo de la cocina y saqué tres rebanadas. Regresé a dárselas al viejo y le solté de golpe la duda que me cosquilleaba:

—¿Y ese trabajo sobre el exilio español es parte de algún libro?

—No, no es un libro —dijo con tranquilidad—. Es un ensayo que me pidieron para celebrar los cincuenta años del exilio español en México.

—¿Y no me lo va a dejar leer?

—No.

—¿Por qué?

—Ya lo leerás cuando se publique.

—Oiga, don Ramón —intervino Raga—, ¿y es cierto eso de que los exiliados representaban el noventa por ciento de la inteligencia española?

—No el noventa, mujer, sino el cien; habida cuenta que el diez por ciento que quedó se envileció ante el tirano.

—Fíjese que cuando yo estuve en España me sorprendió que casi nadie supiera nada sobre los exiliados.

—Consecuencia de la terrible amnesia franquista, que por fortuna ya pertenece al pasado.

—Yo no entiendo por qué carajos no se expulsa de la Historia a todos los dictadores como Franco —dijo con coraje.

—¿Pero cómo? —perquirió Raga.

—Pues suprimiendo su memoria de los libros y documentos, y refiriéndose a su paso como un simple hoyo negro.

—No, muchacho, los dictadores no son simples hoyos negros. Su daño histórico es mucho más grande, y por lo mismo es necesario que perviva su memoria como ejemplo de lo que no debe repetirse.

—Pues los mexicanos le estamos muy agradecidos a Franco por habernos enviado lo mejor de España —dijo Raga.

—No digas tonterías, mujer.

—No son tonterías. La cultura mexicana es una antes de ellos y otra después de su llegada.

—Bueno, pero no por eso se le va a agradecer al tirano el doloroso desgarramiento que produjo.

—Mire, don Ramón —intervine con firmeza—. Ni usted, ni mi padre, ni la pléyade de artistas, filósofos, científicos y traductores que recibimos hubieran venido a México si no los obligara el destino.

—Hombre, pero de ahí a...

—Espere, déjeme concluir. El destino nos hizo sufrir el trago amargo y brutal de la Conquista, pues justo era que el propio destino nos compensara enviándonos lo mejor de España. No la España palurda y entripada de abarrotes, panaderías y moteles, sino la España inteligente y apasionada de universidades, centros de investigación y editoriales. Si la Conquista fue una borrachera imperial con la sangre del conquistado, el exilio fue un acto de amor que hizo de la dualidad conquistador-conquistado una nueva unidad armoniosa y plena. Si la Conquista fue un triunfo de Tanatos sobre Eros, el exilio es la reivindicación de Eros sobre Tanatos. Si la Conquista fue autoritaria y racista, el exilio es igualitario y democrático. Cierto que el costo histórico del exilio fue elevado, pero no lo había sido menos el del México conquistado. Para México el exilio es el regreso del padre derrotado, pero concientizado; la sustitución del griterío arrogante y cavernario por el silencio agradecido y creativo; es, en definitiva, el mítico regreso de la estirpe quetzalcoáltica que viene a superar cuatro siglos de rencor.

—Hombre, ojalá fuera entendido así por ambas partes.

—El problema es que muchos políticos demagogos todavía siguen aferrados a un nacionalismo rencoroso —dijo Raga.

—Esos políticos ejidales ya son parte de un folclorismo superado —añadí convencido—. Para mí el problema está más en España que aquí.

—¿Cómo está eso? —interrogó don Ramón al tiempo que sacaba de la sartén las suculentas rebanadas de tocino.

—Yo pienso que mientras la juventud española no recorra histórica y geográficamente la realidad latinoamericana, no se podrá dar la integración deseada. En vez de mandarnos a burócratas, eructitos y cacadémicos, deberían promover el aventurerismo de la juventud española hacia Latinoamérica. Sin la impronta vital de la exuberancia latinoamericana, España terminará sucumbiendo ante la fría y deshumanizada tecnologización de la existencia.

—Hombre, eso que dices no está nada mal.

—Es que resulta vergonzoso que cualquier latinoamericano medianamente culto conozca la historia de España, mientras que ni aun los españoles más cultos tengan ni la más mínima idea sobre Latinoamérica.

—Eso ya está cambiando.

—Ojalá.

Recogimos los platos con los huevos y el tocino y nos sentamos a desayunar. Viendo las expresiones regocijantes de Raga y el viejo celta, reparé en que en los últimos meses no habíamos tenido un desayuno tan cordial. ¿Tenía yo la culpa de que la relación con el viejo hubiera degenerado en un pleito constante? ¿Era Raga la causante? Celos, competencia, revanchismo, envidia, inmadurez, ¡qué diferencia con el modo respetuoso y cordial del inicio de la relación! Era impostergable un cambio. Sabedor de que cualquier cosa que le dijera al viejo al respecto podría ser un detonante, decidí afrontar la causa del cambio: a partir de ese día haría todo lo que estuviera de mi parte para evitar los enfrentamientos absurdos que no hacían más que perjudicarme.

—¿Qué te parecieron los libros sobre la literatura española? —preguntó de pronto don Ramón refiriéndose al montón de libros que un par de semanas atrás me había mandado con Raga.

—Me sirvieron para refrescar la memoria —dije tratando de evitar un comentario que pudiera ser hiriente para el viejo.

—¿Y qué críticas le harías?

—Más o menos todos cumplen con su cometido, ¿no cree usted lo mismo?

—Hombre, no tienes por qué ser tan comedido. Aquí no hay censura.

Me quedé viendo al viejo y estuve a punto de soltar la carcajada. Este gallego no tenía remedio: definitivamente era un contreras.

—¿No te parece que el libro de Mainer es superior a los demás? —insistió.

—Con mucho.

—¿Y de los otros?

—Me inclino por la *Historia social de la literatura española* de Blanco Aguinaga, Rodríguez Puértolas e Iris Zavala.

—Hombre, el de Brown es un trabajo muy bien elaborado.

—Sí, prefiero el de Brown al de Sanz Villanueva. Pero su *Historia de la literatura española*, a pesar de ser sintética y pulcra, es demasiado aséptica: habla del período más tumultuoso de la literatura española (el siglo **xx**) con un desapasionamiento y una distancia inconcebibles en un espíritu crítico. Qué diferencia con la crítica frontal manifiesta en *La Edad de Plata* de José Carlos Mainer.

—Parece que para ti, muchacho, lo frontal es lo ideológico.

—No lo ideológico, maestro, sino lo histórico. Ya le he dicho un montón de veces que para mí, vida y obra forman una totalidad. Por eso no puedo aceptar el silencio de G. G. Brown sobre el falangismo de Pedro Laín Entralgo, Eugenio d'Ors, Manuel Machado, Álvaro Cunqueiro, Gerardo Diego y otros descastados que, como Luis Rosales y Torrente Ballester, han sabido someterse serviles a la mano que les arrojaba los cacahuates.

—Bueno, bueno, no es para tanto.

—Cómo no, don Ramón.

—Hombre, desde esa óptica es mucho peor el caso de Sender, que pasó de un republicanismo apasionado a un anticomunismo inquisitorial.

—A Sender le comieron el coco los gringos.

—Lo que tú quieras, pero ello no le resta un ápice a su labor de novelista.

—Una segundidad.

—Coño, ¿y quiénes son para ti las primeridades?

—No hay.

—Pero vamos a ver, mequetrefe. ¿Y qué son entonces Antonio Machado, Alberti, Lorca, Cernuda, Guillen...?

—Espere, maestro. Yo creí que se refería a los escritores posteriores a la Guerra Civil, como Cela, Delibes, Gironella...

—Es increíble que un escritorcillo tan presuntuoso como tú deje de reconocer la obra de uno de los más grandes narradores del siglo XX, y que además podría considerarse con toda propiedad tu predecesor.

—¿De quién carajos habla?

—De un hombre que logró sublimar lo que Unamuno no pudo con su *Niebla*, ni tú con tus disparatados *Entrecruzamientos*.

—Se agradece el cumplido, maestro.

—Yo ya sé a quién se refiere —dijo Raga.

—No creo.

—¿Que no? ¿Cuánto apuesta?

—¿Te parece bien la lavada de trastos?

—Que conste, ¿eh?

—Claro. Yo jamás falto a mi palabra.

—Juan Goytisolo —pronunció triunfal.

—Qué va a ser, mujer —dijo don Ramón esbozando una sonrisa indulgente.

—Ya diga de una vez de quién se trata —protesté.

—Calma, muchacho. Ahí te va una pista. ¿Te dice algo *Luis Álvarez Petreña*?

—¿Ese es el autor? —preguntó escéptica Raga.

—No, es el título de uno de sus experimentos ficcionantes.

—¿Qué? —perquirió apuntándome con la barbilla.

—Nada.

—Pues ahí te va otra: *Jusep Torres Campalans...*

—Espere, espere. Sí, ya sé, se refiere a Max Aub, ¿verdad?

—Vaya, al fin.

—Le voy a ser franco: casi no he leído nada de Max Aub.

—Pues yo también lo voy a ser: es una verdadera vergüenza que un escritor de tus pretensiones diga eso.

—¿Y qué sabe usted de mis pretensiones?

—Anda, anda, que puedo ser tu padre. Y mira, antes de que termines tus mamarrachadas entrecruzadas sería muy conveniente que leyeras a fondo la pentalogía de *El laberinto mágico*, para que veas lo que es el manejo extraordinario de las discusiones filosóficas.

—¿De qué trata ese *Laberinto mágico*? —preguntó interesada Raga.

—Son cinco novelas sobre la Guerra Civil.

—Pues eso de mágico no tiene nada —concluyó Raga.

—Claro que no es la magia oaxaqueña. Pero es la magia de la exuberancia lingüística y vital.

—¿Tiene usted aquí los libros? —pregunté ya mordido por la curiosidad.

—No, muchacho. Los tengo en la Colmena, como tú le dices.

—*La colmena* es una novela de Camilo José Cela, ¿verdad? —inquirió Raga.

—Así es, mujer. ¿La has leído?

—No, yo sólo conozco de él *La familia de Pascual Duarte*.

—¿Y qué te parece?

—No tiene nada que hacer al lado de *Pedro Páramo* —tercié con decisión.

—¡Otra vez esa nefasta manía de las comparaciones! —protestó el viejo celta.

—Pues a mí me gustó bastante —añadió Raga.

—Mire, la única novela posterior a la Guerra Civil y que de verdad vale la pena es *Tiempo de silencio* de Martín-Santos.

—Coño, ¿y *El Jarama* de Sánchez Ferlosio, y *Señas de identidad* de Juan Goytisolo, y...?

—*El Jarama* es un bodrio, maestro. Una escritorcilla madrileña me lo regaló en París y no pude terminarlo. De veras que pocas obras me han producido tanto aburrimiento. Y a Juan Goytisolo le dio en toda la madre el objetivismo estructuralista. A mí me enferma esa maldita manía de escribir en segunda persona.

—Tú ya estás enfermo desde el nacimiento, muchacho. Juan Goytisolo es uno de los más grandes narradores vivos en lengua castellana.

—Un coctel de Sterne y Joyce con Cortázar y Cabrera Infante.

—Pero qué dices, pedazo de animal. ¿Y la impronta de Rojas, Cervantes, Fray Luis y Góngora?

—Simple exhibicionismo clasicista. Y conste que Juan Goytisolo es de los que mejor me caen dentro de toda esa bola de presentáneos que se entregan a la búsqueda de un lenguaje autosuficiente y que copula sadomasoquistamente consigo mismo. De seguir por ese rumbo la literatura española, el pobre lector ya nunca más sabrá lo que es un personaje: en lugar de sentimientos y pasiones, pura verborrea abstractizante, como quería Ortega.

—Qué cantidad de disparates dices. ¿Te das cuenta que estás etiquetando de abstraccionista a un hombre que está rescatando para España la plenitud del mundo árabe?

—Lo malo es que Juan Goytisolo llegó a Marruecos después y no antes de contaminarse en Francia.

—¡Mira quién habla!

—A mí París y la cultura francesa siempre me valieron madre.

—Tú lo que eres es un pelele con más lengua que hombría.

—¿No quedamos, maestro, en que la agresión personal denotaba incapacidad crítica?

—Es que no puedo tolerar esas impertinencias que dices.

—No son impertinencias, sino pertinencias. ¿Acaso comulga usted con el amaneramiento antivital de los novísimos? ¿Y qué me

dice de la vitrina glamorosa en que se aislan los decadentes para protegerse de la violencia política y de la drogadicción callejera? ¡Putá, qué diferencia entre la corrosividad y el chispazo genial de nuestro Monsiváis y la desabridez rutinaria del pendejo de Umbral!

—¡Coño, ya te dije que no hagas comparaciones, ni uses ese lenguaje!

—¿No nos abrumaron ustedes con su arrogante Siglo de Oro? Pues ahora les toca aguantar el nuestro.

—Anda, termina ya el café y no digas babosadas —dijo levantándose con intención de recoger su plato.

—Deje, don Ramón, a mí me toca lavar los platos —dijo Raga disponiéndose a recoger la mesa.

—No son babosadas, maestro —añadí engallado—. Le estoy hablando de una verdad incontrovertible y que pronto va a ser dogma escolar: el Siglo de Oro de la literatura latinoamericana.

—Ya estás delirando, chaval. Ve a descansar un rato que se ve que te hizo daño tanto esfuerzo.

—¿Qué le tienen que envidiar Neruda a Góngora, Borges y Paz a Gracián y Quevedo, García Márquez a Cervantes...? Le concedo que no tenemos un teatro como el de Lope de Vega y Calderón, pero en su defecto tenemos una narrativa que se iguala a la española de todos los tiempos: Rulfo, Cortázar, Onetti, Fuentes, Vargas Llosa, Lezama Lima, Sabato, Del Paso...

—¡Eres un cambiachaquetas deleznable!

—Los insultos no son razones, maestro —dije gozando la impotencia del viejo.

—Ya dejen esa discusión que no conduce a ningún lado —dijo Raga interponiéndose entre el viejo y yo con el pretexto de limpiar la mesa.

—¿Es que no ves, mujer, con qué desvergüenza se dedica a ensalzar a todos esos autores que siempre está criticando?

—Un momento. El que yo critique a...

—Anda, sácate de mi vista y vete a escribir tus barrabasadas, que tengo cosas muy importantes que hacer.

—¿Acaso hay mucha diferencia entre escribir barrabasadas y breogansadas? —dije poniendo de por medio la conveniente distancia.

—Ya verás, canalla, ahora que vaya a la Ciudad de México voy a publicar en esa revista que tanto te enfurece una reseña que ponga en su lugar a tu disparate entrecruzado.

—Gracias maestro, pero mis libros no necesitan comentarios apende... grrrrfff —la mano de Raga tapándome la boca me impidió terminar.



El descontento de don Ramón con don Ciri fue creciendo con el tiempo, y Raga y yo preveíamos que de un momento a otro las quejas que don Ramón nos daba del anciano terminarían en una ruptura inapelable. Con su modo lambiscón y convenenciero, don Ciri había encaminado su querer por una senda de avorazamiento sin fin. De los objetos domésticos (ropa, utensilios, etc.) había pasado a la pasión enfermiza por la tierra. A la hectárea inicial don Ramón había tenido que conseguirle otra más, que el anciano había dado a medias a Primitivo y a otro pariente. Esta dinámica avorazante, aunada a la actitud quejumbrosa y flojeante del anciano, que no cesaba de quejarse siempre que tenía que hacer algún trabajo, llevaron la tolerancia de don Ramón a un límite que hacía inevitable el rompimiento. Lo que ni don Ramón, ni Raga, ni yo, ni el viejo ladino esperábamos era la manera tan trágica y brutal en que había de darse.

Una tarde en que el mar estaba embravecido por efecto de varios días de vientos del sur de extraordinaria fuerza, vimos cómo dos lanchas cargadas de pescadores, y que venían del rumbo de Puerto Ángel, varaban con gran peligro en el lado cercano a la laguna. Nos

sorprendió la temeridad de los pescadores, pero en seguida continuamos con la plática que teníamos en torno al karate.

Al día siguiente, con el viento ya más calmado, bajamos a correr, y al llegar al extremo de la playa nos llamó la atención la gran cantidad de huellas que había sobre la arena, pero no se veía rastro de nada: las lanchas y los pescadores habían desaparecido durante la noche. ¿Pero cómo? Medio escéptico, don Ramón empezó a seguir las huellas hacia la laguna y al llegar al borde no vimos nada anormal. Tras un vistazo radarizante al cañaveral, el viejo celta pareció encontrar algo discordante. Nos dijo que lo esperaríamos allí, que en seguida regresaba. Se fue bordeando la laguna hasta perderse entre el ramaje. Mientras Raga se dedicaba a recoger unos musgos secos para usarlos como texturas, yo me quedé suspendido en el arrullante silbeteo del cañaveral, y una extraña sensación de vaciamiento comenzó a poseerme. “Esto no me gusta nada”, murmuré. “¿Qué dices?”, preguntó Raga con extrañeza. Nos quedamos viendo metamundanizados hasta que un agudo grito gaviánico nos mostró la imagen de don Ramón haciéndonos señas desde el extremo más vegetado de la laguna. Caminamos hasta donde él estaba y quedamos sin aliento al ver las dos lanchas, recién salidas de la fábrica, por lo que carecían de nombre y matrícula, camufladas entre el cañaveral.

—Esto no me gusta nada —dije sintiendo un escalofriante cosquilleo recorrer toda la espalda.

—A mí tampoco —masculló don Ramón—. Hay que ir a dar parte.

—Seguramente las robaron —añadí pasando la mano sobre la superficie impecable de la tapa del motor.

Regresamos y al pasar frente a la cabaña de don Ciri don Ramón le comunicó el hallazgo, pidiéndole que subiera al rato para llevar una nota al comandante del puesto de marinos que había en Santa Cruz. Subimos a desayunar y, después de mandar a don Ciri con el aviso a Santa Cruz, nos olvidamos por completo del asunto.

Poco después de la comida regresó don Ciri con la noticia de que en el puesto de marinos estaba nada más un cabo y varios subalternos de guardia y que todos los demás se habían ido a Puerto Ángel a celebrar una fiesta de la Marina. Don Ramón preguntó molesto por qué no habían venido algunos de los que estaban de guardia, y el anciano contestó medio enfurruñado que él había insistido, pero que no habían querido venir. Don Ramón le dio las gracias diciéndole que ya podía retirarse.

Pasamos la tarde hablando de mil tópicos con intención de olvidarnos de la presencia de las lanchas, pero la conversación terminaba por arribar al inquietante asunto. Viendo la creciente preocupación con que el viejo celta se dejaba absorber por el problema, Raga trató de distraerlo diciéndole que lo que pasara allá abajo no era asunto nuestro, y que era absurdo que él asumiera la función de guardián de Playa Tortuga. Don Ramón la miró y dijo al cabo moviendo la cabeza con resignación:

—Ése es el problema. Que sin quererlo ni pensarlo me he convertido en el estúpido guardián de este lugar. Y no sabes cómo me enfurece esta actitud.

—Pues desconéctese y punto —sentenció Raga.

—No puedo. Es algo superior a mi determinación. Infinidad de veces he tratado de librarme de ese yugo y siempre termino comprometido hasta el cuello. Es algo superior a mi racionalidad.

—Yo lo entiendo, don Ramón —dije sintiendo en la zona umbilical una extraña energización—. Es una relación de nahual y no de tonal; o si prefiere, de esencia y no de forma.

—Sí, algo de eso hay.

—Y yo estoy de acuerdo con usted. Hay que hacer todo lo posible para que Playa Tortuga permanezca como está.

—No, Eugenio. Estamos mal, muy mal en eso. Si dejamos que la voluntad acrítica domine nuestra vida cotidiana terminaremos regresando a la beligerancia bárbara.

—La vida es una beligerancia bárbara, don Ramón.

—No, la beligerancia es el último reducto de nuestra animadversión; pero antes de llegar ahí es menester potenciar al máximo el desempeño armonizador de la racionalidad.

—¡Cada día lo entiendo menos!

—No es problema de tu comprensión, sino de mi comportamiento. Mi razón dice y dispone una cosa, pero a la hora de la verdad mi voluntad hace otra. ¿Entiendes?

—Creo que sí. Algo parecido me sucede a mí.

—Toda mi vida he luchado por controlar los instintos barbáricos, pero en el momento en que alguien o algo amenaza mi integridad se dispara un dispositivo interior y no hay manera de detenerme.

—¡Ahora entiendo el porqué de su pasión metódica! —exclamé iluminado.

—¿Qué dices?

—Sí, claro. Por tener ese nahual tan salvajemente indómito es que su tonal se regodea en la razón hasta extremos maniáticos.

Don Ramón se me quedó viendo en silencio un largo rato y tras su mirar aquilino y acerado, que por lo general me doblegaba, encontré ahora una suavidad esencial y energizante. Reparé agradecido en los surcos viriles de ese rostro curtido a fuerza de sol y mar, hasta que su cansada voz rompió el encantamiento:

—Bueno, ya es tiempo que nos retiremos a meditar.

Poco después de anochecer, y cuando Raga y yo estábamos en nuestro refugio dándole vueltas a la singular personalidad de don Ramón, vimos en el extremo de la playa, próximo a la laguna, una enorme fogata que desprendía un agresivo resplandor de estremecientes presagios. Como media hora después los violentos ladridos del Veneno y la Víbora, previniendo la llegada de alguien, terminaron alertándonos a un grado paranoizante.

Después de varias horas de alucinada vigilia pudimos al fin conciliar el sueño, pero Raga se despertó un par de veces sobresaltada diciendo que en el terraplén había alguien. Luego de las descargas gratuitas de adrenalina, me fui a dormir a la hamaca para cuidar la

entrada, pero en cuanto me dejé ir vaiveneante la realidad exterior perdió su consistencia.

Don Ramón me despertó temprano para ir a pescar. Al bajar a la playa vimos que dos lanchas salían del extremo próximo a la laguna con rumbo hacia altamar.

—Ahí van —dijo don Ramón frunciendo el ceño.

—¿Qué carajo andarán haciendo? —pregunté mosqueado.

—Sólo hay una explicación posible a tanto misterio.

—¿Cuál?

—El tráfico de tortugas.

—No creo, don Ramón. Los verían los pescadores de Santa Cruz. ¿No estarán llevando marihuana hacia algún yate?

—También puede ser. Pero yo no he oído ningún ruido de camioneta.

—Yo tampoco.

—Ojalá vinieran pronto esos marinos de mierda.

—Mejor vamos a pescar, que al cabo a nosotros no nos están haciendo nada.

Pescamos dos jureles y tres parguitos y regresamos a desayunar. Al pasar frente a la cabaña de don Ciri, éste nos salió al encuentro con el claro propósito de bajarnos un par de pescados. Pero al ver que el regalo no le iluminaba la cara como de costumbre, se me hizo claro que el anciano ladino estaba preocupado por algo serio.

—Oiga, don Ramón —dijo decidiéndose al fin—. Anoche vinieron los pescadores.

—¿Cuáles pescadores? —inquirió don Ramón haciéndose el desentendido.

—Ésos que están allá acampados. Dicen que nomás quieren que usted les dé permiso para pescar.

—¿Pescar qué?

—Pues ahí lo que salga. Todos tenemos derecho a la vida, ¿o no?

—Mira, Cirilo. Yo no soy quién para conceder permisos de pesca. ¿Por qué no van con las autoridades de Santa Cruz?

—Es que dicen que los de la cooperativa de Santa Cruz les tienen envidia...

—¿De dónde son?

—De Puerto Escondido.

—¿Y de Puerto Escondido vienen hasta aquí a pescar? No nos hagamos pendejos, Cirilo. Esa gente viene con otras intenciones.

—¡Aguas con la marihuana, don Ciri! —dije reforzando el ataque.

—Yo de esas chingaderas no sé nada —profirió el anciano de mal modo.

—Más vale que no se meta en esos trafiques, porque si lo agarran no hay manera de sacarlo de la cárcel —insistí.

—Estos amigos lo único que quieren es pescar —protestó el anciano.

—¿Pescar qué? ¿Tortugas? —preguntó con fuerza don Ramón.

—Bueno, usted sabe que en el trasmallo siempre caen algunas, y ni modo que las tiren. Además dicen que luego le mandan a usted una propinita.

—¿Cuánto dinero te dieron?

—Usted ya sabe que uno necesita... Ahorita la vida está muy cara; que aceite, que azúcar, que café, que frijol.

—¿Cuánto dinero te han dado? —rugió molesto don Ramón.

—Ahí nomás para el gasto, don Ramón.

—¡Pues se lo vas a devolver de inmediato! ¿Me oyes?

El viejo bajó la cabeza y se fue gruñendo hacia adentro de la baña. Continuamos nuestra ida y a los pocos pasos oímos que doña Isabel y el anciano ladino se enfrascaban en violenta discusión.

—Se acabó —dijo don Ramón aún fúrico—. Mañana mismo se larga.

El desayuno transcurrió en una atmósfera de abatimiento. Por más que Raga intentaba levantar los ánimos tratando de sacar conversación sobre cualquier cosa, don Ramón estaba como ido y se limitaba a responder con monosílabos. Terminado el desayuno Raga

y yo nos fuimos a nuestro refugio y nos pusimos a trabajar hasta la hora de la comida, que transcurrió en un ambiente de desazón semejante al del desayuno.

Estaba ya atardeciendo cuando oímos el ruido acercante de un motor. Me asomé al terraplén y vi que cerca de la cola de la isla se aproximaban dos lanchas.

—Ahí vienen de vuelta esos cabrones —le dije a Raga.

Bajó a ver y dijo que fuéramos a avisarle a don Ramón. Al llegar a la mansión comejénica ya el viejo celta estaba observando con los binoculares las maniobras de las lanchas.

—Mira esto —dijo pasándome los binoculares. Enfoqué y vi una gran cantidad de gaviotas sobrevolando las lanchas, que por lo poco que sobresalían del mar se notaba que venían muy cargadas, ¿pero de qué?

—¡Miles de huevos de tortuga! —exclamó don Ramón crispándose.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Raga.

—Nada —dije regresándole a don Ramón los binoculares.

—¡Me cago en Dios, soy capaz de hacer una salvajada! —rugió el viejo celta mirando hacia las alturas.

—Cálmese, don Ramón. Es mejor esperar a que vengan los marinos —dijo Raga impresionada por la expresión colérica del viejo celta.

En el extremo de la playa aparecieron de pronto dos individuos portando dos varas largas. Se acercaron a la orilla y clavaron las varas en forma de cruz. Enseguida se oyó el aceleramiento de un motor y vimos cómo una de las lanchas venía encarrerada hacia la playa, mientras la otra permanecía en el mismo lugar. Desaparecieron los dos tipos playa arriba y la lancha se lanzó a toda máquina para varar. Tan pronto tocó tierra, salieron los dos individuos cargando unos bultos blancos. Al preguntar yo qué sería eso, don Ramón, que seguía toda la maniobra con los binoculares, dijo que eran costales para meter toda la carga. Y en efecto, los dos tipos desamarraron los costales

y, junto con los cuatro que venían en la lancha, se dedicaron a meter la carga.

—¡Huevos y pieles! —exclamó don Ramón.

—¡Hijos de su pinche madre, qué masacre!

—Por lo menos cincuenta tortugas. Y esos marinitos de mierda en su fiesta.

Al ver que la primera lancha había varado sin novedad, la segunda se dejó venir encarrerada. El sol ya se estaba poniendo y la fusión de violetas y grises le daba a la visión un aspecto holocáustico.

—¿A poco todos esos bultos que están sacando son de huevos y pieles? —preguntó Raga.

—Así es, mujer.

—¿Y la carne?

—La tiran.

—¡No lo puedo creer!

Don Ramón se encaminó hacia el borde de la terraza y se acuclilló dándonos la espalda. Las sombras de la noche empezaron a desdibujar la apariencia de las cosas y la isla desapareció tras una negrura hechizante. Raga me pidió que le ayudara a prender la lumbre para hacer té y nos desconectamos por un momento de la negatividad emanante de lo que estaba sucediendo en la playa. Prendimos las veladoras de la cabaña y pusimos la mesa para merendar. Don Ramón, que seguía acuclillado al borde del terraplén, era la fiel imagen de un guerrero acechante.

Estábamos tomando el té cuando oímos con claridad el motor de una camioneta. Don Ramón se levantó como impulsado por un resorte y se dirigió a la parte frontal a observar.

—¡Va hacia la playa! —gritó encolerizado.

—¿No serán los marinos? —dijo Raga.

Nos acercamos al terraplén y vimos las luces de la camioneta filtrarse por entre el ramaje. Se detuvo de pronto y se oyeron unos fuertes acelerones.

—Se atascó —dijo don Ramón.

Después de un par de minutos de aceleramiento, las luces comenzaron a retroceder hasta llegar al vado del arroyo.

—Coño, al menos que les cueste algún esfuerzo —dijo el viejo celta regocijándose con el atascamiento de la camioneta.

—Sí, van a tener que cargar los costales hasta el arroyo.

Regresamos a la mesa y, llevados por las preguntas distrayentes de Raga, estuvimos platicando un rato sobre el tema de los exiliados. Don Ramón, parco al principio, fue poco a poco olvidándose de la negatividad del presente y nos refirió algunas anécdotas de los republicanos en México (la mayoría de las cuales yo ya conocía por mi padre y sus amigos). Cuando nos estaba diciendo que Cernuda había sido el exiliado que más había sufrido la confrontación mexicana entre lo paradisíaco y lo infernal, oímos el ladrerío anunciante de la llegada de alguien a la cabaña de don Ciri. Don Ramón se puso muy arisco y volvió a dirigirse hacia la parte frontal, mientras Raga y yo nos mirábamos en silencio poseídos por la ritual atmosferación de la veladora que estaba en el centro de la mesa.

—¡Me cago en la madre que los parió! —tronó el viejo celta.

—¿Qué sucede? —preguntó Raga incorporándose.

—Viene otra camioneta.

Corrimos hacia donde estaba don Ramón y vimos unas luces potentísimas que estaban entrando al valle de Playa Tortuga.

—Putá, estos cabrones son peces gordos —expresé abrumado por tanto movimiento vehicular.

—Esto ya es demasiado —masculló el viejo celta—. Si no les ponemos un alto van a hacer de este lugar un reducto de traficantes.

—¿A dónde va? —pregunté viendo el ímpetu con que don Ramón regresaba hacia la cabaña.

—¡A devolverle a Playa Tortuga algo de lo mucho que me ha dado! —profirió con fuerza.

—Chin, tan bien que estaba todo —expresó quejumbrosa Raga.

—Voy a ir con él —dije encaminándome.

—Espera, no tiene caso. Esos traficantes son peligrosos.

—Razón de más para no dejarlo solo.

—Pero es que...

Al acercarme a la puerta vi a don Ramón embutiéndose en su traje de buceo.

—¿Puedo ir con usted? —le dije forzando la voz para aparentar un aplomo que no tenía.

Se me quedó viendo un instante, y cuando yo ya estaba listo para enfrentar un “no” categórico, dijo:

—Sí, ya es tiempo de que asumas tu responsabilidad. Anda, ponte la ropa de cazar que en diez minutos nos vamos.

Salí como flecha a cambiarme de ropa, y en el vuelo vi la expresión desencontrada de Raga debatiéndose en un océano de pánico.

Regresé en menos de un cuarto de hora. Don Ramón estaba esperándome. Con el traje de neopreno, el infaltable paliacate rojo ciñéndole la frente y con la escopeta en la mano derecha parecía un mercenario. Le dije que me pasara el rifle, y contestó que el rifle mejor se lo dejáramos a Raga. Fue a buscarlo y, luego de comprobar que estaba lleno de tiros, se lo dio a Raga diciéndole que estuviera alerta hasta que nosotros regresáramos.

Bajamos por la vereda del pozo y en seguida don Ramón comenzó a distanciarse. Poco a poco me fui habituando a la oscuridad y, aunque a tropezones, logré mantener el paso del viejo celta. Aun cuando llevaba las botas de cazar, no dejaba de producirme cierto temor pisar una serpiente de cascabel. Al llegar a unos cien metros del arroyo vimos dos haces de luz, que en seguida identificamos como linternas, desplazarse hacia la playa. Después de acercarnos un poco más, don Ramón se metió por entre el monte y el desplazamiento se tornó infernal. Estaba a punto de hablarle para que me esperara, cuando vi que se detenía en actitud alertante. Llegué a su lado y comprobé que estábamos al borde de la vereda que conduce a la playa. De pronto don Ramón me hizo una seña de silencio, señalando hacia el extremo opuesto a la playa. No tardó en aparecer una luz bailoteando sobre el camino. Nos escondimos tras el matorral y las pisadas se hicieron cla-

ras. Ya a unos metros, por el resplandor de la linterna, vimos que era un hombre jalando un burro. Don Ciri pasó frente a nosotros y vimos cómo el Mocho, que así le llamaba al burro por carecer de una oreja, tenía el lomo chorreante de líquido sanguinolento.

—¡Me cago en la madre que lo parió! —masculló don Ramón, cuando ya el pinche vejete se había alejado.

—Con razón no vinieron los marinos —contesté por lo bajo.

Vimos otro haz de luz venir hacia la playa y enseguida aparecieron tres tipos portando fusiles automáticos. Pasaron en festiva plástica, y acerté a oír que uno de ellos decía que después de la faena de Copalita se iba a ir a Acapulco a ver a una morena que allá tenía.

—¿Ya vio qué armas? —le dije a don Ramón cuando ya se habían alejado.

—Fusiles semiautomáticos de asalto. Y por lo que alcancé a oír matan tortugas a lo largo de toda la costa.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunté desconcertado.

—Tú quédate aquí. Voy a tomar la matrícula de las camionetas y en seguida regreso.

—Mejor lo acompaño.

—No, quédate aquí te digo.

Se fue don Ramón por la vereda pegado a los matorrales y empezó a vencerme la dinámica atemorizante. Eché mano al cuchillo que llevaba a la cintura y al sentir su solidez se disipó la sensación de inseguridad. ¿Para qué mierda valía la vida si no la comprometíamos en causas como ésta? ¿Acaso no atentaban estos traficantes contra la integridad del lugar? ¿Y no éramos nosotros parte determinante de dicha integridad? Tenía razón el viejo celta: no era lo mismo morir como un guerrero que morir como un pendejo. Oí unas pisadas provenientes de la playa y me puse en guardia. El corazón quiso descontrolarse, pero al recurrir a la respiración profunda logré un rápido dominio que terminó energizándome. Vi el bamboleante acercamiento de una luciérnaga, y ya con las pisadas sonando sobre mí distinguí a un tipo que venía fumando y que cargaba un fusil. Al llegarme el petatazo de

la marihuana se me disparó un dispositivo de alarma y empecé a debatirme angustiado. ¿Y si este hijo de puta sorprende a don Ramón? ¿Pero cómo le aviso? Al verlo alejarse hacia el arroyo me lancé en seguida hacia el monte para correr a prevenir al viejo celta. ¡Espera, pendejo! ¿Y si te pierdes? ¡Mierda, qué puedo hacer! ¡Síguelo por la vereda! Y allá voy con el cuchillo en la mano. Llevaba caminado unos veinte metros cuando pisé una jodida lata y el agudo chasquido me obligó a tirarme entre los matorrales.

Vi girar la brasa del cigarro, pero no tardó en desaparecer en la oscuridad. Me mantuve expectante un rato hasta que vi alejarse el abrasamiento del cigarro. Me lancé a paso rápido y distinguí en la entrada del arroyo las luces de situación de las dos camionetas. Creí oír un extraño sonido, como el que produce la fuga de gas de un tanque, y al extremar la atención vi que el tipo tiraba el cigarro y sujetaba con las dos manos el fusil.

—¡Hey, qué haces hijo de tu chingada madre! —gritó con fuerza.

Oí una ráfaga de fusil y me tiré al suelo. Levanté asustado la cabeza y acerté a ver que el tipo corría hacia los matorrales que estaban frente a las camionetas. Me incorporé de un salto y fui tras él. Oí un quejido ahogado seguido de un extraño gorgoteo, y al acercarme sigiloso a las camionetas pude distinguir que la grande, cargada de bultos, tenía una de las dos ruedas desinflada. Con el corazón latiéndome con violencia, caminé hacia los matorrales donde había visto desaparecer al hijo de puta. El silencio era agresivo, escalofriante. ¿Y si este cabrón está ahí esperándome? No, a mí no me vio; ese hijo de su putísima madre debió ver al viejo celta, que seguramente estaba bajándole las llantas. ¿Y si le dio? Seguí caminando entre los matorrales y de pronto oí unas voces que venían por la vereda. Volteé asustado y vi las luces de dos lámparas. Sin pensarlo dos veces me eché a correr entre los matorrales hasta que una fuerza descomunal me tomó por el cuello derrumbándome de manera aprisionante.

—¡Qué hostia haces tú aquí! —rugió el viejo celta.

—Es que quería avisarle —dije viendo sobre mi cara la hoja ensangrentada del cuchillo—. Ahí vienen más...

—¡Rápido, vamos! —dijo jalándome.

Me fui tras él y como a unos quince metros se paró frente a un bulto. Al darme cuenta de que era el cuerpo del tipo que había disparado, sentí que se me erizaban los pelos de la nuca.

—Toma las armas y ven tras de mí —dijo dándome la escopeta y el fusil del tipo.

—¿Está muerto? —pregunté al ver cómo don Ramón jalaba el cuerpo exánime.

—¡Deja de preguntar pendejadas y ponte alerta! —expresó con violencia.

Las voces se oían ya con claridad y los haces de luz brincaban en todas direcciones. Al echar don Ramón el cuerpo del tipo sobre el hombro, vi horrorizado cómo del cuello casi rebanado por completo brotaba cantidad de sangre que se extendía sobre el traje de neopreno. En cuanto don Ramón inició la marcha, la cabeza comenzó a pendular de manera tétrica. Dentro del estremecedor cariz que estaban tomando los hechos, agradecí que el rostro del desgraciado quedara contra la espalda del viejo celta. Pronto dejamos las voces atrás y el jadear de don Ramón se hizo sobremanera notorio. Sin poder quitar mi vista del chorreadero sangriento, empecé a especular en torno a la línea sutil que separaba la vida de la muerte. Hacía apenas quince minutos que ese pobre diablo estaba feliz con su petardo de marihuana y pensando en qué gastaría el dinero que iba a ganar con el tráfico. ¿Y cómo podrían saber esas cuarenta o cincuenta tortugas, que ayer corrientearon gozosas en mar abierto, que terminarían con sus entrañas encostadas sobre una camioneta? ¡Dios, qué diferencia la de ver una muerte filmada a tenerla a unos centímetros de distancia! Los jadeos del viejo celta comenzaron a confundirse con una especie de quejidos. Al ver cómo se detenía contra un árbol boqueando, empecé a temer algo.

—¿Le ayudo, don Ramón?

Sin decir nada, dejó caer el cadáver y, al apoyarse con la espalda contra el árbol, me dejó ver cómo a la altura de la clavícula izquierda le salían borbotones de sangre.

—¡Dios, está herido! —exclamé soltando las armas y arrojándome hacia él.

—No es grave, no es grave —repitió con una expresión desencajada.

—¡Pero cómo no me lo dijo! —grité observándole la herida y sintiendo cómo la garganta se me anudaba entre un coraje endemoniado y las ganas de llorar.

—Vamos, que aún falta un buen trecho —dijo bajándose para agarrar el cadáver.

—¡Deje esa mierda que yo la llevo! —dije agarrando con fuerza el cuerpo del desgraciado.

Me eché el cuerpo con tanto ímpetu sobre la espalda que sentí cómo la cabeza me golpeaba con fuerza.

—¿Se desprendió?

—No, sigue.

Empecé a sentir la sangre a través de la camisa, pero ya no me afectó nada. La impresión de zozobra que minutos antes me embargaba, se había tornado ahora en un acaloramiento valeroso. Qué caprichoso era el destino: el viejo celta había arriesgado su vida para devolverle a Playa Tortuga un poco de lo mucho que el lugar le había dado; y ahora yo le daba al viejo celta algo de lo mucho que de él había obtenido.

—¿Cómo sigue? —le pregunté haciendo un alto.

—Mejor, mucho mejor —dijo ya más controlado.

Energizado como pocas veces lo había estado en mi vida, sintiéndome ya una especie de iniciado, no reparé para nada en el camino desplazándome en la oscuridad con una firmeza sorprendente. “Claro”, me dije experimentando la euforia de lo revelado, “al estar la mente en otra parte los sentidos fluyen libres y plenos”. Llegamos a la bifurcación que separa la vereda de la casa de la que va al pozo, y don Ramón me indicó que siguiera por esta última. Ya en

el pozo tiré el mugroso cuerpo del hijo de la chingada y me dispuse a ver con detenimiento la herida del viejo celta.

—Estoy bien, parece que el tiro no afectó a ningún órgano vital —dijo resistiéndose a que le bajara el cierre del traje para verle la herida.

Le observé la espalda, y al parecer el tiro había entrado por atrás, pues el orificio estaba un poco más arriba que el de adelante.

—Hay que llevar el cuerpo a la cueva —dijo don Ramón.

—¿Cuál cueva?

—Donde tiramos la basura.

—Está bien. Usted quédese aquí mientras yo lo hago.

—No, te acompaño.

Dejamos las armas ocultas en unos arbustos y fuimos hasta la cueva donde arrojábamos la basura (un pozo de nueve metros de profundidad que don Ramón y don Antonio habían abierto, y que al encontrar el fondo rocoso lo habían dejado para la basura). Dejé el cuerpo estirado en el borde y al darle un empujón cayó originando un gran estruendo. Salieron varios murciélagos que se pusieron a revolotear sobre nosotros. Regresamos al pozo y nos desnudamos para darnos un buen baño. Después de limpiar bien la herida de don Ramón vimos que, en efecto, la bala parecía haber pasado sin afectar hueso ni órgano importante. Sin embargo, al mover don Ramón el brazo para comprobar el daño del disparo la sangre manó profusa.

—Vámonos rápido a la casa —dije preocupado.

Subimos por la vereda del pozo y al acercarnos a la casa un fogonazo sorpresivo nos cegó por completo.

—¡Somos nosotros! —grité.

—¿Qué pasó? ¿Quién disparó? —perquirió Raga saliéndonos al paso con el 22 en la mano.

—Fue un hijo de su chingada madre. Ve corriendo al botiquín y prepara todo para curar a don Ramón que está herido.

—¡Chin, qué fea está! —exclamó Raga observando la herida con la linterna.

—¡Apúrate! —grité encabronado.

—Calma, calma, que no es para tanto —expresó don Ramón tranquilizándonos.

El viejo celta se tendió en la hamaca y le fue diciendo a Raga cómo hacer la curación. A mí me dijo que fuera arriba y trajera el frasquito de polvos amarillentos que estaba en el cajón de la mesita. Fui y al regresar con el frasco y ver que no tenía ninguna etiqueta me venció la curiosidad.

—¿Y qué polvos son éstos? —le pregunté.

—Los polvos milagrosos de Bernardino.

—¿Cuántas le doy: una o dos? —preguntó Raga con una caja de tabletas de ampicilina en la mano.

—Dos, mujer.

—¿Puedes traer por favor un vaso de agua? —me pidió Raga.

—No, trae la jarra llena de naranjada —dijo don Ramón.

Fui por el agua y de regreso vi que la herida, cubierta con una gasa, ya apenas sangraba.

—¿Cómo se siente? —pregunté al tiempo que lo ayudaba a incorporarse a beber el agua.

—Muchísimo mejor, muchacho, gracias.

Esas gracias dadas de manera tan sincera y por ese hombre del que generalmente no recibía más que regaños, terminaron por potenciarme a un grado heroico. Me fui a cambiar de ropa y cuando regresé vi a Raga prendiendo la lumbre. Subí a esconder el fusil semiautomático que le habíamos quitado al hijo de la chingada, y tomando la escopeta le dije a don Ramón que iba a montar guardia.

—No van a venir, están más preocupados por salir rápido con la carga que por encontrar a ese desgraciado —dijo convencido—. De todas maneras, si quieres vigila el camino de la playa que por el otro no creo que vengan.

Tomé una cobija y fui en busca de un lugar apropiado, que encontré hacia la mitad de la bajada. Limpié con la bota el piso alrededor de un árbol de ocotín y me acomodé como si fuera a esperar la

llegada de un venado. ¿Y si estos hijos de su reputísima madre suben a buscar al cabrón que nos echamos? Puta, me los fumigo. Dios, tan tranquilo que estaba todo. Tengo que ir temprano a tapan el cuerpo, si no la zopilotería nos va a delatar. Pobre don Ramón, ahora sí lo vi amolado. Y todo por culpa de los marinos de mierda. Capaz que fue ese pinche vejete avorazado que no les avisó. A ver con qué rollo sale mañana. Oí unos fuertes acelerones y me levanté como impulsado por una descarga eléctrica. Sobre los márgenes del arroyo vi las luces de las dos camionetas desplazándose lentamente. El motor de una apenas era audible, pero la otra —¿la grande?— desprendía unos ruidos que repercutían en toda Playa Tortuga. ¿A poco no les importa el cabrón muerto? Seguro no encontraron el rastro de sangre. Tal vez tengan miedo de que los agarren con todo ese cargamento. Además qué carajo les puede importar un cabrón menos. Al contrario, es probable que después del primer alboroto hayan ya repartido lo que le correspondía al muerto. Las luces se fueron alejando por entre la selva y ello me produjo una agradable sensación de relajamiento. Al rato oí el crepitar de los dos motores marinos y volví a ponerme tenso, hasta que el monótono ronroneo se fue perdiendo en la negrura marina. Me acomodé contra el tronco y, vencido por el cansancio, empecé a dormitar. En transición hacia el mundo ingrátido del soñar, me pareció percibir un delicioso olor a comida, que no tardé en identificarlo como tasajo de venado a las brasas. “Este viejo celta es duro de roer”, me dije abriendo por un momento todo mi ser a la inmensidad estrellada. Al ver el cintilar vital de esa infinitud de mundos cargados de misterio, supe al instante que esas noches tropicales supondrían un hito insuperable en mi vida. Acomodé la cobija sobre la espalda y me dejé ir hacia una abismación gozosa.

Apenas amanecía cuando unas pisadas me despertaron de golpe. Al alistar la escopeta vi que era el vejete avorazado que venía subiendo. Me miró sorprendido y en seguida exhibió su sonrisa ladina. Quiso hacerse el chistoso pitorreándose de que yo estuviera esperando al venado en medio del camino, pero en cuanto vio la seriedad de

mi respuesta optó por ponerse a la defensiva. Me preguntó si había oído disparos anoche, y al decirle que don Ramón quería hablar con él se quedó callado.

Subimos y encontramos al viejo celta ya despierto en la hamaca. Le pregunté cómo seguía, y respondió que adolorido, pero bien. En cuanto el anciano ladino vio el vendaje sobre el hombro izquierdo de don Ramón puso una cara de marciano. Le preguntó qué le había sucedido, y don Ramón, levantándose con esfuerzo de la hamaca, le dijo que por favor dispusiera todo para marcharse ese mismo día, que al rato le daba su liquidación. Empezó el vejete a deshacerse en explicaciones y lamentos, que concluyeron de golpe cuando don Ramón le dijo que se callara e hiciera lo que él le decía, que de lo contrario lo iba a meter preso por andarle acarreado la carga a los traficantes de tortugas. Se soltó el anciano en patética chilladera alegando que necesitaba el dinero para sacar de la cárcel a un sobrino acusado de traficar con marihuana. Como respuesta, don Ramón tomó una pluma y un papel y, sobre su escritorio, empezó a hacer cuentas mientras el vejete seguía vaciándose en súplicas; que no tenían a dónde ir, que ya la tierra estaba lista para la siembra, que jamás, por Diosito, lo iba a repetir, que... Fue don Ramón hacia donde tenía la cartera y le dio al anciano unos billetes junto con el papel de las cuentas, diciéndole que si para la tarde todavía estaba en Playa Tortuga lo mandaba prender. Como quiera que el vejete seguía chillando, Raga, que había dormido en el cuarto de don Ramón, bajó semidormida preguntando qué pasaba. Molesto por la cobarde actitud del anciano, don Ramón lo tomó por los hombros y lo llevó hacia afuera. Se alejaron los quejidos y al rato regresó el viejo celta mascullando que toda esta gente era igual: sólo entraban enjuicio después de cometido el crimen.

Durante el desayuno recordamos todo lo sucedido y acordamos los pasos que había que dar. Mientras Raga acompañaba a don Ramón a ver a un doctor, yo me quedaría cuidando. Al terminar el desayuno don Ramón señaló varios zopilotes que volaban sobre el cerro

y me dijo que fuera a echarle unas paladas de tierra al fiambre. Como iban a ir hasta la playa de Maguey a tomar una lancha, esperé a que estuvieran listos y bajé con ellos por la vereda del pozo.

Después de tapar con tierra el cuerpo del desgraciado, subí a la casa y me tendí alertante en la hamaca. Como a media mañana oí un ruido de motor que me hizo aterrizar con violencia. Salí al terraplén con la escopeta y vi un jeep cargado de gente. Fui a buscar los binoculares y comprobé que eran los marinos. Después de guardar la escopeta y cerrar la puerta me lancé encarrerado hacia la playa.

Pasé sin detenerme frente a la cabaña del viejo ladino y acerté a ver que él y doña Isabel estaban terminando de recoger sus pertenencias. Seguí corriendo y vi a los marinos que venían hacia el centro de la playa. En la medida en que me iba acercando no dejó de sorprenderme que el comandante de la patrulla les indicara con rápidos gestos que alistarán las armas. Ya más cerca vi que el jefe de la patrulla era un tipo joven de lentes con cara de higadito.

—¡Qué bueno que vinieron, oficial! —le dije en tono congraciante.

—¿Quién es usted? —preguntó con cara de haber visto al diablo.

Después de explicarle quién era yo y todo lo que había pasado, los llevé al lugar desde donde los traficantes habían estado acarreado la carga. Regados sobre el huellamiento de la arena había cantidad de huevos y unas cuantas aletas. Seguimos por la vereda y cada quince o veinte metros encontramos los huevos que con la prisa habían ido tirando los traficantes.

No obstante haberle explicado que los traficantes ya se habían largado la noche anterior, el pendejo subteniente dio la orden de que peinaran toda la zona de la laguna en busca de los traficantes. Viendo que no había nada que hacer con este pendejo uniformado, decidí regresarme. Cuando ya iba llegando al lugar donde había sucedido el tiroteo, para comprobar si era visible el rastro de sangre, me alcanzó el cabo de la patrulla y me dijo que fuera a dar parte con las autoridades de la SEDUE y FONATUR, pues este subteniente era un

cobarde que no iba a hacer nada por miedo a las represalias. Al preguntarle de quién provendrían las represalias, el cabo aclaró que ya los superiores sabían quiénes mandaban a los traficantes, y que no se atrevían a hacer nada por miedo y porque les untaban la mano, y que, además, aunque los agarraran con la carga luego los soltaban tras pagar una ridícula multa. Le di las gracias al cabo por la información y me fui sobre las huellas de la noche anterior, tapando el negro cuajarón de sangre bajo el matorral donde había estado tirado el cuerpo y algunas manchas enmoscadas que había sobre la vereda; y feliz por haber hecho por el lugar lo que las autoridades no se atrevían por cobardía y corrupción.

Raga y don Ramón regresaron ya atardeciendo, y el viejo, aunque cansado, venía de muy buen talante. El tiro había sido en sedal y el doctor de FONATUR le había dicho que en un par de semanas estaría ya repuesto. Lo primero que me preguntó fue si habían venido los marinos. Les narré todo lo sucedido y, después de oírme, don Ramón dijo que no me preocupara, que ellos habían estado hablando con el comandante del sector naval en Santa Cruz y con el director de FONATUR, y que ya se estaban tomando las medidas pertinentes.

—¿Les platicó del muerto? —pregunté.

—¿Cuál muerto? —expresó el viejo con sorna.

—¿Y si regresan?

—Ya van a patrullar el camino los marinos. Y si aun así se atreven a regresar, pues ni modo. ¿Tapaste bien el cadáver?

—Sí. ¿Y qué tal es este director de FONATUR?

—Un tiranito ilustrado —dijo Raga.

—Ah, carajo.

—Sí, es un hombre demasiado atraído por el poder —añadió don Ramón.

—¿Y qué dijo sobre lo de la reserva ecológica?

—No le interesa. Y la verdad no nos concedió mucho tiempo para hablar.

—Parece que hay un consorcio texano interesado en comprar Playa Tortuga —puntualizó Raga.

—¿Quééé?

—Así como lo oyes.

—Bueno, no es tan drástico. Al parecer tienen cierto interés en respetar el ecosistema —aclaró don Ramón.

—¿Sabes cuál es la palabrita que se va a poner de moda? “¡Eco-turismo!”.

—¿Y qué va a pasar con nosotros?

—Seremos parte del ecosistema.

—¡Qué joda!

—No te desanimes, muchacho. La última palabra la tiene el lugar. Todos hemos dado nuestro parecer, pero falta ahora que Playa Tortuga dé el suyo. ¿Ya se fue Cirilo?

—Ya. Se fueron por toda la playa con el burro cargado, pero dejaron unas cosas arrinconadas.

—¿Vino a despedirse?

—No. ¿Y ahora quién va a cuidar?

—Ya le dijimos a Victoria lo que había sucedido. Quedó en mandarnos a alguien de confianza esta semana. Bueno, todo parece indicar que estamos iniciando una nueva fase.

—El principio del fin —dije con pesar.

—No, muchacho. Para vosotros es el final del principio.



Tres días después llegó un tipo de unos treintaicinco años con un burrito flaco y piojoso. Dijo que venía de parte de doña Victoria y que se llamaba Amadeo. Desde que lo sentí supe que era hombre de fiar. En un día dejó la cabaña aseada, y al día siguiente subió a presentarnos a su mujer y a su hijo chiquito que acababan de llegar. Tras una larga y sabrosa plática que tuvimos la segunda noche, se nos hizo claro que Amadeo, a pesar de su juventud, era un extraordinario conocedor de

la flora y la fauna de la zona. Cuando Amadeo se retiró, el viejo celta me dijo que si yo era cuidadoso podía encontrar en este hombre el soporte que él había tenido en el difunto don Antonio. Era fuerte, sufridor, frontal y nada avorazado; todo dependía de que yo no lo echara a perder.

El tiempo agarró con firmeza su curso y la energía volvió a alcanzar su esplendor. Debido a la herida del viejo celta, el sustento de la comunidad recayó por completo sobre mí, y dejándome acompañar de cuando en cuando por Amadeo, me entregué con pasión a la pesca y a la cacería.

Un sábado, poco después de la comida, vimos tres camionetas cargadas de gente que se metían hasta la playa. Pronto una quedó atascada, pero las dos restantes llegaron hasta el matorral que divide a la playa en dos y que está como a unos treinta metros de la orilla. Comenzaron a bajar familias enteras de nativos cargando catres, implementos de cocina, cajas con comida, en fin, todo lo necesario para levantar un campamento. Extrañados fuimos viendo cómo los invasores (medio centenar aproximadamente) empezaban el trabajo destructor de las hormigas arrieras. Ya atardeciendo, y después de haber levantado dos grandes enramadas en base al desmadramiento de árboles y palmeras, desataron un disparadero impresionante que terminó por sacar a don Ramón de sus casillas.

Al día siguiente salimos el viejo celta y yo hacia Santa Cruz para ver al director de FONATUR y ponerlo al tanto del problema. Santa Cruz seguía creciendo a pasos agigantados, pero en medio de las grandes construcciones se percibía de manera agresiva la terca permanencia de las pocilgas de los comuneros que, amparados en turbios manejos políticos, se negaban a cumplir el convenio (después sabría que las casas que les había construido FONATUR en la Crucecita las rentaban a los foráneos). Frente a la dársena exhibía su nefasta fenomenicidad un tianguis enmierdado.

—¡Putá, qué desmadre! —expresé ante tamaño caos.

—Sí, desde que cayó el director general por fraude esto es una anarquía —añadió don Ramón.

Las oficinas de FONATUR eran un hervidero de burócratas innecesarios. Don Ramón me presentó a un tipo que tenía muy buena energía, llamado Celso Salinas, y cuando nos despedimos de él, el viejo me dijo que el licenciado Salinas era el alma del proyecto, pues él y su esposa eran de los pocos fundadores que quedaban y conocían a todos los comuneros. Subimos una escalera exterior y entramos en un ambiente refrigerado. Don Ramón le dijo a una secretaria que le anunciara al director que el señor de Playa Tortuga quería verlo para un asunto muy importante. Como un cuarto de hora más tarde la secretaria nos hizo pasar a un despacho ocupado por una gran mesa circular, en uno de cuyos asientos estaba un tipo chaparrito y regordete que, exhibiendo una sonrisa triunfal, nos invitó a tomar asiento. Siguió garrapateando en los papeles que tenía enfrente y al cabo de cinco minutos, sin levantar la vista, preguntó de qué se trataba ahora.

—Invadieron Playa Tortuga —le soltó don Ramón de golpe.

—¿Ah sí?

—Medio centenar de comuneros de Santa María Huatulco. Y están armados.

—¿Y cuál es el problema? —dijo lanzándonos una mirada de suficiencia.

—El problema es que le están dando en la madre a todo el ecosistema —intervine experimentando un ligero escozor de huevos por la prepotencia burocrática del tipo.

—¿Y usted quién es? —preguntó agresivo.

Don Ramón le dijo quién era yo, y que estaba escribiendo sobre todo lo que sucedía en la zona.

—Ah, usted es el autor de *Entrecruzamientos*, ¿verdad? Pues déjeme decirle que yo estoy en desacuerdo con muchas cosas que usted expresa en el libro...

—Yo también —dije con firmeza.

—Y además los personajes son ambiguos y están poco caracterizados.

Iba a soltarle una majadería cuando un pisotón del viejo celta por debajo de la mesa me obligó a callar.

—Bueno —dijo don Ramón calmado—, primero los traficantes de tortugas y ahora la invasión de comuneros...

—¿Pero cuál es el problema? —volvió a decir el burócrata endiosado.

—Coño, que van a terminar degradando toda la zona —replicó don Ramón molesto.

—Eso dígaselo usted al gobernador, que es el que tiene autoridad para poner orden.

Entró la secretaria y le dijo al director que lo buscaban los cooperativistas.

—¿Tienen cita? —preguntó altivo.

—No, doctor.

—Pues dígales que no los puedo recibir.

Nos quedamos un momento en silencio; miré a don Ramón y nos levantamos al mismo tiempo.

—Siéntense, siéntense. ¿No gustan un café o un refresco?

—No, gracias —dijo el viejo celta.

—Tampoco estoy de acuerdo con la defensa que hace usted de Octavio Paz —le dijo a don Ramón.

—¿A qué se refiere? —interrogó don Ramón mirándome con extrañeza mientras el director extraía un fólter de un librero.

—Me refiero a la apología que hace usted de Octavio Paz en *Entrecruzamientos*.

—Yo no escribí ese libro —dijo don Ramón ariscado.

—Tomen —dijo poniéndonos enfrente un montoncito de hojas mimeografiadas—. Para que conozcan un poco más sobre Paz.

Eché un vistazo y leí: "Palabras devueltas. Homenaje a Claude Lévi-Strauss".

—Paz desconoce que el estructuralismo tiene sus orígenes en los pueblos eslavos, y en su librito sobre Lévi-Strauss, que adolece de rigor científico, confunde metáforas lingüísticas con conceptos teóricos. ¿No conocen ustedes el ensayo de Aguilar Mora? Yo coincidí con

él cuando dice que en Paz no hay sistema construido ni elaboración metodológica, sino mera negación de la Historia. Paz no se ha comprometido nunca con idea alguna...

—Bueno, ¿entonces no van a tomar medidas al respecto? —cortó tajante don Ramón.

—Y además el trabajo sobre Sor Juana es superficial y denota falta de conocimiento de las fuentes y mala fe, como se lo hizo saber muy certeramente el doctor Tarsicio Herrera Zapién.

—Discúlpemos, pero tenemos que hacer algunas compras, y además su tiempo es muy valioso —dijo don Ramón dándole la mano a manera de despedida.

—Voy a ir a visitarlos un día con más calma para discutir sobre estas cuestiones.

—Si es que antes no acaban con todo el proyecto —dijo con mala leche.

—No hay ningún problema; es una simple lucha de clases. Esto de Playa Tortuga es lo mismo que el escándalo que armaron cuando los trabajadores violaron a varias mujeres. ¿Y qué querían que hicieran cinco mil obreros?, ¿que se masturbaran entre ellos?

—¿Trajo usted a su familia aquí? —preguntó don Ramón deteniéndose en el quicio de la puerta.

—Yo no tengo familia, vivo solo.

—Ah, con razón —masculló el viejo celta—. Bueno, gracias por habernos dedicado unos minutos de su precioso tiempo.

—Hasta pronto y no se preocupen, les voy a mandar los marinos. Rocío, acompáñalos por favor —le ordenó a la secretaria.

—¡Es increíble! —exclamé cuando ya estábamos en la calle.

—Otro marxista trasnochado que mezcla en un todo incoherente autoritarismo y anarquía.

—¿Y a qué demonios vino esa letanía resentida contra Octavio Paz?

—Menospreciando a los grandes creen engrandecerse los mediocres.

—¿Y qué carajo podemos hacer ahora?

—Por desgracia nada.

—¿Y si vamos a *Proceso*?

—No tiene caso, Eugenio. Vamos a ver qué curso toman los acontecimientos.

—¡Dios, líbrame del enmarañamiento burocrático!

—Y del yugo esterilizador de los presentáneos, amigo mío.



El domingo por la tarde, sin que hubieran venido los marinos ni ningún funcionario de FONATUR, los invasores levantaron el campamento y se fueron triunfantes. Amadeo, que conocía a muchos de ellos, con los que había estado hablando, nos dijo que pronto volverían para repartirse Playa Tortuga. Nos contó también que durante la invasión habían tenido una guardia armada de quince comuneros y que estaban dispuestos a partirse la madre con las autoridades que vinieran a desalojarlos.

El lunes temprano bajamos a inspeccionar y lo que vimos nos produjo un coraje endemoniado. Toda la zona que había servido de campamento estaba llena de plumas de chachalacas, cotorras, pericos, palomas, así como de conchas de armadillos, latas vacías de conservas y cervezas, bolsas de plástico y, por doquier, deyecciones humanas que hablaban de una animalidad ajena por completo al natural comedimiento del indígena. ¿Qué dinámica podía explicar tamaña degradación? Don Ramón dijo que el falso esplendor del proyecto turístico había despertado el avorazamiento de los nativos, y que era ya prácticamente imposible que el indígena de la zona regresara a su anterior sobriedad. Una vez más la determinación negativa de lo económico había desplazado la determinación positiva de lo cultural; el resultado no podía ser más desgarrador: el huatulqueño, enceguecido por el dinero fácil, había roto su vínculo ritual con la naturaleza para entregarse al culto artificioso y pagano del progreso comercial. El altivo y señorial venado había sido desplazado por el vicioso perro merodeador de basureros.

## VII. La consumación del destino

Pasaron varias semanas de debatimientos tenebrantes que concluyeron con dos chispazos festivos. El primero fue un pasaje iniciático al borde del desquiciamiento. Habiéndose ya repuesto de la herida, don Ramón quiso retomar su profunda relación con la cacería mediante el sacrificio ritual de un venado. La primera vez, a manera de acostumbramiento, salimos a caminar en la noche, sin linterna para forzar al máximo la capacidad percipiente. Don Ramón dijo que caminar a oscuras en la selva templaba la sangre y desarrollaba el campo de la percepción energética (es decir: el sentir la presencia de una forma de vida con una convicción superior a la que dan los sentidos normales). Aclaró que en la relación sujeto-sujeto el desarrollo de esta percepción era indispensable para superar la pseudoconcreción (lo fenoménico) y llegar a la esencia de los individuos sin tener que caer en el empantanamiento abstractizante. Le dije que no entendía muy bien lo que quería decir, que si el método implicaba tres pasos (pseudoconcreción-abstractión-concreción), cómo era posible que se pudiera pasar directamente de la pseudoconcreción (la apariencia) a la concreción (la esencia), y me respondió que la esencia de los sujetos no era un estar sino un ser, y que este ser, en cuanto dinamismo, emitía una información energética de dos manifestaciones posibles: erótica (atractiva) o tanática (repulsiva); desarrollando el sentido de la percepción energética se podía sentir esencialmente a un individuo partiendo de una aproximación fenoménica. Le pregunté si no era eso lo que había pretendido la fenomenología heideggeriana, y me contestó que, en efecto, eso era, pero que Heidegger, al igual que Husserl, habían pretendido lograr la revelación de la esencia en el fenómeno a través de la abstracción (razón), por eso habían fracasado. Los únicos que habían logrado dar ese paso habían sido los hombres de conocimiento; es decir, aquellos sujetos que potenciaron al máximo el mundo sensiente.

La percepción energética —prosiguió— jamás engaña, porque su terminal no es el cerebro (base de la razón), sino el ombligo (base de la voluntad). Por eso suele ocurrir que los sentidos normales y la razón convengan en que algo es atractivo, mientras que la percepción energética sea de un total rechazo. En el mundo animal esta doble manifestación (erótico-tanática) es más fácil de percibir, por cuanto que los animales no desvirtúan sus instintos con convencionalismos y sofisticaciones. En un animal la emisión de energía erótica es netamente procreativa, mientras que la emisión de energía tanática obedece a la dinámica defensivo-agresiva. En el hombre, lo erótico y lo tanático se confunden e interpenetran, de ahí que sea más difícil la claridad de la percepción. El mundo animal es, pues, por su pureza, el más apropiado para la educación de la percepción energética; y la noche es el momento ideal por cuanto que, al sernos prácticamente inútiles los sentidos normales (diurnos), nos vemos obligados a sentir la emisión energética del entorno. Por último, el viejo celta remarcó que, al igual que el karate, jamás dejara de hacer de cuando en cuando mis caminatas nocturnas, y ya vería que pronto empezaría a sentir a las personas sin necesidad de tener que especular sobre ellas.

La segunda vez fuimos a espiar a un árbol de ciruelas que ya estaba terminando de tirar el fruto. El entradero había estado brutal, pero ya los venados se habían ido retirando en busca de mejores comederos. Repitiendo aquello de: “árbol tocado, árbol espiado”, don Ramón dispuso que nos quedáramos allí a esperar. Como aún el sol estaba alto, el viejo celta me explicó todo lo concerniente a los hábitos del venado: exceptuando los días en que amanecía llovisnando (en la temporada de lluvias), la ida mañanera a beber a los agujajes (en la seca), o alguna causa excepcional, los venados pasan todo el día echados en un lugar enmontado y fresco. Hacia las cinco de la tarde comienzan los más urgidos (que por lo general son los más jóvenes) a aproximarse a los árboles que están tirando su flor o fruto, y entre las seis y las ocho se da la arribazón general. Si no llegan en ese lapso, entonces hay que esperar hasta mediano-

che, y si no hasta el amanecer, que es la hora de la última gira que el venado hace al árbol. Como a las nueve, y con la luna tierna iluminando mágicamente el entorno, don Ramón dijo que estaba por demás esperar, que no había oído la menor señal de acercamiento, y que mejor nos fuéramos a dormir. Descolgamos las hamacas y al emprender el regreso don Ramón me dijo que fuera adelante. Dos veces me enmonté y el viejo celta me regresó a la vereda. Dijo que yo caminaba con la mente puesta en la llegada y no en el recorrido. Sugirió que no me esforzara en ver la vereda sino en sentirla, que la vereda era una discontinuidad en el todo continuo de la selva y que sólo como tal podía distinguirse. Dijo que nunca me aventurara más allá de diez metros sin reconocer el lugar, y que cuando dudara regresara de inmediato al terreno conocido. Mientras lo escuchaba, liberé la mente y me fui deslizado sobre el surco energético que en el cuerpo palpitante de la selva abría la tímida luz de la luna. De pronto sentí un agresivo sacudimiento y salté hacia atrás tropezando con don Ramón. Prendió la linterna y me enseñó el cuerpo escurridizo de una serpiente perdiéndose entre la maleza. Me preguntó si la había visto antes de saltar y le respondí que no, que más que verla la había sentido. “Pues ésa es la percepción energética”, dijo convencido.

Dos días después volvimos a intentarlo. Don Ramón dijo que esta vez íbamos a ir a un ciruelo que era muy seguro por tardío. Caminamos poco más de una hora hasta que llegamos a una loma desde la que se divisaba el azul imponente del mar abierto. Me dijo que lo esperara y se adentró como unos veinte metros. Vi que hacía señas con la mano y me fui sobre sus pisadas. Al llegar donde él estaba me señaló algo entre los árboles y distinguí con claridad gran cantidad de puntitos rojos contrastando con las tonalidades secas del ramaje circundante. Nos acercamos a una distancia prudencial y el profuso huellaje que vi en el suelo comenzó a alborotarme. Don Ramón escogió un árbol apropiado y subí a colocar las hamacas. Cuando terminamos de instalarnos, me pasó la escopeta y dijo que el entradero

estaba brutal, que esperara a que él me aluzara el venado y que le apuntara a la paleta. Acababa de meterse el sol cuando me señaló con su barbilla hacia la espesura. Me apresuré a apuntar en esa dirección, pero el viejo celta expresó con gestos que tuviera calma, que no me descontrolara. Sobre la mitad de la bóveda celeste la luna, ya pasado el cuarto creciente, comenzó a brillar tímidamente. Don Ramón volvió a señalar hacia el mismo lugar, y orientando el oído derecho pude al fin distinguir unas pisadas. Le quité el seguro a la escopeta y sentí cómo el corazón comenzaba a latir con violencia. Cerré los ojos y me centré en la respiración. Las pisadas resonaron ahora poderosas y una descarga electrizante me recorrió toda la columna. Abrí los ojos y vi cómo el entorno desaparecía con el opacamiento de la luz solar, sin que la radiantez de la luna alcanzara todavía a clarificar las sombras. “Chin, por qué no habrá llegado antes”, me dije suspendido en la incertidumbre. Pasaron cinco minutos y nada, diez, quince, y el resplandor de la luna comenzó a vivificar el entorno. Miré hacia don Ramón con expresión interrogante y me indicó con la mano que allí estaba el animal.

Pasaron varios minutos más y al fin volví a oír las pisadas. Ahí viene. Lo busco entre las sombras fijas de los matorrales y nada. Y siguen resonando las pisadas con intensidad creciente. ¿Pero dónde carajos está? Y ya las oigo sobre mí, dentro de mí, debajo de mí, ¡ahí está! Veo la enorme sombra que camina a un metro del árbol donde estamos subidos y oigo el sonido que producen las ciruelas al explotar sabORIZANTES en su boca. Da unos pasos más y me queda justo a tiro. Una garra angustiante se me clava en la garganta y siento que el pecho está a punto de estallar. Veo a don Ramón levantar la linterna. Apunto al animal a la parte delantera y ¡pum!, sale corriendo enloquecido.

—¡Me cago en la reputísima madre de todos los venados! —grito al ver que se largó.

—¿Por qué no esperaste a que lo alumbrara?

—Si lo vi muy claro.

—¿Y a dónde le tiraste?

## VII. LA CONSUMACIÓN DEL DESTINO

—A la paleta, como usted dijo.

—Hombre, qué raro que a esta distancia no haya caído. ¿Seguro que lo viste bien?

—Segurísimo, hasta los cuernos le vi.

—Anda, vamos a ver si hay rastro de sangre.

Bajamos del árbol y, tras concienzuda búsqueda, empezó a vencerme la negatividad. Por ningún lado había el menor rastro.

—¡Dios, qué profanación he hecho para merecer este castigo!

—Cálmate, muchacho.

—Es que no es posible tanta mala energía. ¡Pinche Camaxtle qué te he hecho!

—Mira, aquí hay un indicio claro —dijo don Ramón doblándose sobre unos cactus.

—¿Qué es?

—Va herido, se llevó con la pata un trozo de este órgano.

Me acerqué y vi que, en efecto, al huir el venado le había desprendido un buen trozo a la cactácea.

—Le diste —dijo el viejo convencido.

—¿Usted cree?

—Si no estuviera herido no tropezaría de esa manera.

—¿Y por qué no hay rastro de sangre?

—No entiendo. Sólo cabe la explicación de que al ser el disparo demasiado cerca no le hayan atravesado las postas.

—No puedo creer que tamaño cañonazo no le saque sangre.

Seguimos el rastro del animal y lo perdimos al llegar casi al acantilado. Don Ramón se quedó viendo hacia el mar y movió la cabeza en forma negativa.

—Esto no me gusta nada —dejó escapar entre dientes.

—¿Qué cosa?

—Mucho me temo que este venado se arrojó del acantilado.

—¿Qué?

—Sí, cuando un venado está herido de muerte se despeña o desbarranca.

La fugaz esperanza que me había producido el tropiezo del venado con el cacto se tornó ahora desazón extrema. Don Ramón acordó posponer la búsqueda para la mañana siguiente, y me fui tras él oyendo, desde la inframundanía que me aprisionaba, toda una serie de especulaciones sin destino: que lo más seguro era que estuviera tirado sobre las rocas; que si había caído al mar saldría a la playa; que...

Pasé otra de esas noches infernales en que el único contacto con el deseo de vivir fue el dulce consuelo maternal de Raga. Atrapado por devorantes pesadillas me fue dado ver el rostro sin fondo de Tanatos, y cuando el viejo celta vino a despertarme apenas amaneciendo creía que me encontraba aterrizando en el mismísimo infierno.

Al oír las voces, Raga se despertó de inmediato y dijo que ella sabía dónde estaba el venado, que lo había soñado. Me la quedé viendo entre incrédulo y encabronado hasta que decidí vestirme con rapidez. No dejó de llamarme la atención que Raga, que siempre despertaba con una lentitud desesperante, se pusiera ahora la ropa con extraordinaria premura. Mientras lo hacía no dejaba de narrarme los pormenores del lugar donde había visto al venado con las patas para arriba. Don Ramón y Amadeo nos estaban esperando en la vereda. Tras breve acuerdo el viejo celta se fue hacia la playa para ver si había caído entre las rocas, mientras Raga, Amadeo y yo nos íbamos al lugar donde le había disparado.

Una vez que oídos los pormenores del suceso, Amadeo había coincidido con don Ramón en que ese animal seguro se había tirado del acantilado. La opinión de Amadeo, aunada a la seguridad con que Raga afirmaba que ella sabía dónde estaba el venado, terminaron activando en mi ánimo una reenergización esperanzadora. Llegamos al árbol de ciruelo donde había disparado y, mientras yo iba con Amadeo siguiendo las huellas del venado, Raga se fue derecho hacia el acantilado. Amadeo dijo que al golpear el órgano el venado había estado a punto de caerse, pues así lo confirmaban los

enterrones que estaban adelante. Seguimos las huellas y al llegar al acantilado vimos a Raga en la bajada buscando afanosa.

—¡Es por aquí! —gritó con fuerza.

El acantilado bajaba en diagonal y entre las enormes rocas y los arbustos se veían cantidad de deyecciones de venado.

—¿Qué piensas, Amadeo? —le pregunté viendo la expresión de des-concierto que tenía.

—Ese animal se tiró —dijo al instante.

Acordamos ir al encuentro de don Ramón y le grité a Raga que subiera y que ya se dejara de jaladas. Tras porfiar unos minutos buscando, se vino hacia donde estábamos y dijo que el venado estaba por allí, que ella lo había visto con una claridad impresionante, que le hiciéramos caso, por favor, que lo único que teníamos que hacer era encontrar una roca blanca como de dos metros de altura, pues al lado de esa roca estaba el venado con las patas para arriba. Le dije que ya dejara de chingar, pero Amadeo, tomando con extraña seriedad lo dicho por Raga, le preguntó desde qué distancia había visto la mentada roca blanca. Raga cerró un instante los ojos y dijo que primero se veía una mancha blanca entre unos arbustos; después, como a unos diez metros, se veía toda la roca.

—¿La roca se deja ver de abajo o de arriba? —preguntó Amadeo.

—De arriba, bastante arriba —respondió Raga con firmeza.

—Ya déjense de pendejadas y vamos a buscar a don Ramón —dije empezando a experimentar de nuevo el vacío devorante.

Amadeo se fue por la cima del acantilado en dirección opuesta a la que Raga había tomado, y después de caminar observante unos veinte metros regresó diciendo que no había visto nada. Ante mi creciente desesperación se fue a paso rápido hacia el otro lado y como a unos diez metros más allá de donde había estado Raga se metió hacia abajo.

—¿Qué es? —le gritó Raga interesada.

Oímos que decía algo ininteligible y Raga se lanzó hacia allí. Agarré un trozo de una rama y me puse a masticar la nerviolera que me poseía.

—¡Esa es! —gritó de pronto Raga—. Más para la derecha.

Mordí la rama con fuerza y con el sabor del monte asperizándome la boca fui con rapidez hacia donde estaba Raga.

—¡Más hacia abajo! —volvió a gritar—. ¡Por ahí, por ahí!

—¡Aquí está! —oí como una revelación celestial la voz de Amadeo.

Raga se tiró ladera abajo y la alcancé a mitad del camino. Al acercarnos a la bendita roca blanca vimos a Amadeo arrastrando por las patas traseras a un animalón.

—¿Qué, me crees ahora? —interpeló Raga iluminada por un halo de magicidad.

—¡Es increíble! —exclamé arrojándome sobre el impresionante macho.

—Merito como usted dijo —expresó Amadeo feliz de haber consumado el sueño de Raga.

Busqué el impacto y conté ¡nueve orificios!, pero sin salida.

—Por lo corto del tiro no lo atravesaron las postas —dijo Amadeo observando el otro lado del venado—. Además tiene el cuero muy duro. Mire nomás qué pescuezo.

—¡Cuatro puntas! —exclamé plenificándome.

—Debe pesar unos setenta o setentaicinco kilos —dijo Amadeo tratando de levantarlo.

—¿No te dije que yo te iba a traer la suerte? —dijo Raga compartiendo mi desbordamiento.

—¡Eres un sol! —exclamé arrojándome sobre ella.

—Un sol no —dijo liberándose de mi asedio—. Soy la luna que anoche te iluminó el disparo.

Los días siguientes fueron de total gozación solilunar. Le entramos al venado con una pasión salvajizante, y Raga y yo vivimos a plenitud el triunfo de Eros sobre Tanatos. Cuando una tarde Raga gritó: “¡Se acabó!”, poniéndole punto final a *Entrecruzamientos II*, empecé a creer que al fin me estaba cambiando la suerte.



Cayeron las primeras lluvias y don Ramón nos dijo que fuéramos alistando todo, que ya era tiempo de ir a consumir el relevo.

Y fue en plena preparación para la ida cuando nos sorprendió el segundo acontecimiento festejante. Serían las ocho de la mañana de un día extraordinariamente luminoso por efecto de la lluvia que había caído durante la noche, cuando vimos llegar hasta una veintena de metros de la playa una camioneta cargada de individuos con uniforme café. Con una rapidez y eficacia extrañas a los empleados de gobierno, comenzaron a limpiar la playa de toda cuanto basura afeaba el lugar. Tiraron los restos de las enramadas que habían levantado los invasores y dejaron la playa virginal. Poco después de mediodía un cuadro ubuesco atrajo nuestra atención. Desde la terraza de la mansión comejénica vimos con curiosidad creciente cómo a la sombra de una espectacular sombrilla se desplazaban cinco o seis sujetos enguayabados. Al acercarse a nuestro extremo de la playa y vernos en la terraza comenzaron a gritar. Don Ramón se retiró hacia la casa y Raga y yo lo secundamos. Nos pusimos a especular sobre la causa de tan singular interés por Playa Tortuga, y Raga dijo que tal vez todo se debía al escándalo que habíamos armado a raíz de los traficantes de tortugas y de los invasores. Yo coincidí con Raga, pero don Ramón alegó que lo más probable era que viniera de visita algún alto funcionario del gobierno. Oímos voces por la vereda que baja a la playa y no tardó en aparecer Amadeo en compañía de un muchacho de aspecto costeño pero de finos modales. Nos saludó con amabilidad y explicó de qué se trataba: que un gran magnate tejano de la industria turística estaba interesado en comprar Playa Tortuga y que iba a ofrecerles a sus socios una fiesta en el lugar; y que, por favor, bajáramos a hablar con un señor extranjero que estaba esperándonos en la playa. Bajamos y el tal señor, gordete y simpaticón, resultó ser el mero gerente general de Las Hadas, que había sido comisionado por Robert Wooly (que así se llamaba el magnate) para organizar una fiesta espectacular, de la que éramos invitados especiales.

Y vaya si fue espectacular. Desde un día antes comenzaron a llegar camionetas cargadas de mobiliario, despensa, plantas de ornato y un etcétera interminable de sorprendencias, entre las que cabría destacar una espléndida pista circular para aterrizaje de los helicópteros (iluminada con dos plantas de luz) y una batería de regaderas de agua dulce y baños, a los que se alimentaba con una monumental cisterna levantada sobre una espantosa torre metálica. Desde nuestro observatorio estratégico veíamos, entre sorprendidos y encabronados, cómo Playa Tortuga se transformaba de pronto en una ficción hollywoodesca.

A las nueve de la mañana del día señalado, y cuando ya cantidad de lanchas iban y venían profanando la natural quietud de Playa Tortuga, oímos el horrísono estruendo del primer helicóptero. Según nos referiría más tarde el jefe de arquitectos del magnate Wooly, los seres rubicundos que bajaban de los helicópteros habían salido apenas unas horas antes (en sus *jets* privados que ahora estaban en el aeropuerto de Huatulco) desde diferentes lugares de los Estados Unidos. Cuando un par de horas después del vuelo del primer helicóptero nos acercamos al epicentro del desmadre, quedamos con la boca abierta: habían erigido en plena selva la reproducción exacta de un buffet de un hotel de cinco estrellas. Allí, y sobre mesas espléndidamente adornadas, se podían ver los más suculentos mariscos: desde langostas y ostiones hasta las escasísimas almejas reina.

Tan pronto como entramos bajo el influjo sombreante de las enramadas, varias muchachas en incitantes atuendos salieron a atendernos con una entrega admirable. Un rápido vistazo curioso me permitió distinguir al menos tres grupos diferentes de músicos (un mariachi jalisciense, una marimba suresteña y un trío jarocho) que estaban afinando sus instrumentos. La cantidad de meseras era impresionante y resultaba difícil poder decidir cuál de todas estaba mejor. Al ver esa exhibición de muslotes y rebosantes pechos, ¡todas sin sostén!, Raga dijo que por la forma en que se exhibían parecían más

prostitutas que meseras. Y algo —¿o mucho?— de eso había. Pronto empezaron a ocupar las mesas los seres rubicundos (en su mayoría ancianos) y toda clase de bebidas corrió sin control. El propio viejo celta no podía dar crédito cuando al pedir un tequila la cachondísima mesera que lo atendía le preguntó de qué marca lo quería. “¿Pues de cuáles hay, preciosa?”, se la volteó don Ramón con suficiencia. La mesera esbozó una sonrisa almibarada y empezó a canturrear: “Cuervo especial, Conmemorativo, Herradura, Siete leguas...”.

—¡Coño, este Wooly es un verdadero sátrapa!— exclamó el viejo celta guiñándole un ojo a la mesera.

—¿Siete leguas? —sonrió la chica.

—No, mujer, prefiero el Herradura.

Cuando ya música, alcohol y mariscos estaban liberando los instintos primarios, se detuvo de pronto el tiempo y por una fisura abierta en la imaginación se colaron dos helicópteros cargados de despampanantes hiperbóreas. Hans, el suizo gerente de Las Hadas, escoltó con el mariachi el arribo de tan estimulante comitiva. Exceptuando dos negras apanteradas, todas las ¿modelos? eran de un rubio solar. En una mesa cercana a la nuestra, un tipo con arrastrante acento tejano dijo que eran las mejores chicas del Caesar's de Las Vegas.

Mark, el jefe del equipo de arquitectos, nos presentó a Robert Wooly, un tipo rudo, orgulloso y acostumbrado a dar órdenes, que al instante nos mandó al viejo celta y a mí a la chingada centrando toda su atención en Raga, que lo tenía apantallado con su inglés londinense. Mientras Raga charlaba con el sátrapa tejano, don Ramón le preguntó a Mark qué tan serio era el proyecto, y Mark contestó que muy serio, que cuando Wooly se encaprichaba con algo era casi seguro que lo conseguía.

—¡Putá, espero que no se encapriche con Raga! —dije por lo bajo.

Nos sentamos a comer con Mark y una chava de su equipo, muy bella e inteligente, y no dejó de sorprenderme que el viejo celta se limitara a pellizcar apenas una de las múltiples colas de langosta que teníamos enfrente. Liberada la pulsión deseante por efecto de tanta

excesividad, comencé a lanzar unas miradas tiburonizantes hacia las otras mesas no tardando en encontrar tres o cuatro expresiones de insinuación pecaminosa. Me levanté con el pretexto de ir al baño y vi que mientras los viejos de cuello enrojecido y abdomen abultado hablaban de millones de dólares, las bocas de las succulentas mujeres que los circundaban pedían desmadre en un rictus de sutil insinuación. Sentí que la sangre empezaba a corrientear impetuosa por mis venas y un destello de lucidez me hizo regresar de inmediato a la mesa y emprender salvadora retirada.

—¿Tan pronto? —dijo Raga al oír mi solicitud.

—Sí, yo también me retiro —expresó don Ramón.

Al acercarse Raga para darme un beso percibió de inmediato la peligrosidad.

—¡Qué bárbaro, cómo andas! Sí, mejor vámonos.

En una de las enramadas más próximas a la playa, un mexicano cuarentón —¿funcionario de FONATUR?— se daba gusto guapachoseando con varias de las putillas tejanas que con el pretexto del bailoteo se dejaban manosear a placer.

—Oye, qué bien están esas chavas —dijo Raga.

—Sí, pero el sida está cabrón. Quién sabe cuántos pendejos saldrán premiados esta noche.

—¿Tú crees?

—¿No ves que son prostitutas?

—¿A poco?

—Ya vámonos —dijo don Ramón que se había quedado rezagado despidiéndose de Mark y de otros visitantes distinguidos—. ¿Ya cuarentón —¿funcionario de FONATUR?— se daba al nuevo director de FONATUR?

—¿De qué habla? —pregunté medio achispado.

—Sí, hombre, ya corrieron al pedante aquél anticipiano.

—¿Y cuál es? —inquirió Raga.

—Es aquél de lentes oscuros que está en la segunda mesa de la derecha —señaló discretamente don Ramón.

## VII. LA CONSUMACIÓN DEL DESTINO

—¡Putá, qué cambios da esta pinche vida!

—Pues la verdad yo prefiero mil veces esto que la suciedad y la miseria —dijo Raga agarrándose de mi brazo.

—Ahora sí, amigos míos, mucho me temo que se acabó el paraíso —masculló don Ramón cabizbajo.

—Ya buscaremos otro —dije sintiendo el plenificante contacto de la arena en los pies descalzos.

—Pero si este lugar se va a poner bellissimo —protestó eufórica Raga—. Mark me dijo que van a hacer una reserva ecológica en torno a las villas turísticas.

—Pinche cosita, nunca dejarás de ser flor de asfalto.

—Qué bueno que yo ya no voy a ver tamaño naturicidio —dijo el viejo con un deje enigmático.

Seguimos caminando en silencio, y en la medida en que quedaba atrás la algarabía empecé a sentir cómo la magicizante piel de Playa Tortuga me transmitía a través de los pies la sensación de que toda una época estaba llegando a su fin. Para mí ya no cabía la menor duda: Playa Tortuga había sido alcanzada por la expansión antinatural del progreso civilizado; pero la consolidación de la utopía era incuestionable. Cambiaría el espaciotiempo, pero no la dinámica de la búsqueda. Era el fin de una etapa y no de una búsqueda; una consolidación y no un fracaso. Mientras existiera un pedazo de naturaleza plena e incontaminada la utopía seguiría viva. Mas ya no sería la utopía de Platón y Bacon, de Campanella y Moro, de Fourier y Owen, de Marx y Lenin, que sacrificaba la determinación de las partes en aras de un todo invivible, sino la utopía individual, la naturalización plena de lo humano y la humanización plena de lo natural. ¡La utopía como sublimación del individuo y no como aborregante masificación! Schopenhauer había dicho que la felicidad era imposible. Nietzsche había constatado que el guerrero del conocimiento tenía a Tanatos como sombra inseparable, Bakunin le había demostrado a Marx, antes de que la absolutización hegeliana se monstruificara en Lenin, que en el comunismo la autodeterminación de las partes era impo-

sible. Ahora, a pesar de las amenazas ecodidas sobre Playa Tortuga, estaba convencido de que la utopía era una realidad concreta, que cada quien tenía el imperativo categórico de luchar por encontrarle un lugar a su deseo, que no hacer siquiera el intento era condenarse a ser de por vida un amargado y un resentido. Teníamos que aprender a aceptar el fracaso, pero no sin antes partírnos la madre por lograr la realización utópica de nuestros más vivos deseos.



Entre ruegos, súplicas y mil artimañas Raga convenció al viejo celta de que le regalara el esqueleto del traficante de tortugas para meterlo en un pequeño mural. Y como el viejo aún estaba un poco resentido de la herida del hombro, me tocó la chinga de tener que descolgarme con una cuerda al fondo del pozo para desenterrarlo. Para mi alivio, los huesos ya estaban casi limpios, y sólo el cráneo tenía pegados unos cuantos mechones de cabello. Después de lavar bien los huesos con detergente, Raga los puso a secar un par de días al sol, y por último los cubrió con resistol. Don Ramón y yo le ayudamos a ennicar el esqueleto en el espacio que se abría entre los librereros, y en poco más de una semana el mural quedó concluido. Hicimos una comida especial para inaugurarlo y esa misma tarde, y por sugerencia del viejo celta, decidimos la partida hacia la mictlantecútlica Ciudad de México.

Dejamos al buen Amadeo al cuidado de nuestra heredad y, subidos en el legendario Datsun blanco, emprendimos la travesía por la mítica sierra oaxaqueña. Al dejar Pochutla y empezar la subida hacia Candelaria, la música ritual de Jorge Reyes, que el viejo celta había traído junto con otros *cassettes* a petición de Raga, comenzó a transportarme hacia un mundo de incuestionable magicidad que sabía propio, pero sin poder precisar si había estado allí en sueños o en un pasado de remotísima memoria.

Al llegar a la Ciudad de México, dejamos a don Ramón en la Colmena y nos encerramos en Coyoacán en un sueño que duró media

eternidad, hasta que el cabrón viejo con pretexto de presentarnos a un amigo al que le tenía que entregar el ensayo sobre el exilio, decidió deshibernarnos.

La cita era a las diez de la mañana en el escaparate posmodernista del Parnaso. Llegamos con un cuarto de hora de anticipación y nos sentamos a tomar un café. Más de la mitad de las mesas estaban ya ocupadas por típicos representantes de la genial esterilidad del saber ejidal. A las diez y cinco don Ramón nos señaló a un individuo de aspecto avejentado, con lentes y casi calvo, y en seguida se levantó a saludarlo. Por lo poco que había leído de ese supuesto amigo de don Ramón, publicado en la mejor revista literaria de México, de la que era asiduo colaborador, sabía que se trataba de uno de esos exquisitos que, amparados en la plenitud autosuficiente del lenguaje, se dedicaban a hacer del tema más insulso e intrascendente un monumento logorreico. Después de breve plática que sostuvieron parados al lado de la mesa, don Ramón nos lo presentó y, sin decir agua va, el tipo se me dejó venir encima con educada mala leche:

—Su libro, jovencito, me parece demasiado atrevido y ambicioso.

Le eché una rápida mirada a don Ramón y en el pícaro brillo de sus ojos noté que el cabrón viejo me había conducido con sutileza a una trampa del carajo.

—Le di tu libro porque me interesaba saber su opinión —dijo don Ramón exhibiendo una sonrisita jodona.

—Y déjeme decirle, sin ánimo de ofensa, que la narrativa y la erudición (y más cuando esta última es gratuita y excesiva) son como el aceite y el agua: jamás logran una perfecta combinación. Y aun cuando tengamos que reconocerle un indudable talento para los diálogos, éstos terminan las más de las veces malográndose, por cuanto que los personajes no logran alcanzar vida propia.

—¿Me permite una pregunta? —le dije tratando de ocultar el volcán que bullía en mi interior con una calma fingida.

—¿Cree que como personaje de novela usted tendría vida propia?

Se hizo un silencio agresivo que rompió el cabrón viejo dándole por su lado al exquisito.

—Yo creo, muchacho, que los señalamientos que te ha hecho son válidos y muy pertinentes...

—Serán válidos y pertinentes para él, no para mí.

—Es usted demasiado intransigente, y a su edad eso puede convertirse en un obstáculo peligroso —expresó ya con menos pedantería el exquisito.

—A nadie le gusta que le mienten la madre.

—Ay, Eugenio, qué majadero eres —dijo Raga molesta.

—Mire, joven, mientras no aprenda usted a asimilar las críticas no podrá realizarse como literato. De antemano usted tenía que saber que un libro como el suyo indispondría a la crítica, y con muy fundadas razones. Todos esos juegos de palabrejas, por ejemplo, ya perdieron su validez y significación a fuerza de ser agotados por una literatura irrepetible.

—¿A qué literatura se refiere?

—A una literatura que podríamos enraizar en Sterne, Carlyle, Rabelais y Carrol; pasaría por Joyce y Queneau; y terminaría con Cortázar, Cabrera Infante y Julián Ríos.

—El imperativo categórico de un escritor es reinventar el lenguaje, hacerlo tender al infinito, obligarlo al máximo de su potencialidad, someterlo a...

—Sí, pero nuestro tiempo es de levedad y no de pesadez, de elementalidad y no de complejidad, de inmediatez y pureza y no de profundidad y rebuscamiento. Hoy todos los ismos están vacíos, perdieron su significación. Y no sólo los ideológicos, sino también los literarios. A los jóvenes de hoy les tienen sin cuidado el gongorismo, conceptismo, marinismo, eufuismo, estridentismo... y ni qué decir de los desvaríos del habla escrita como el caló, calambur, guíglico, lunfardo y todas las demás aberraciones glosolálicas.

—¿Entonces, según usted toda la literatura urbana es aberrante?

## VII. LA CONSUMACIÓN DEL DESTINO

—Por supuesto que no. Hay jóvenes muy talentosos que cultivan con pulcritud y elegancia un lenguaje muy sensual y desapasionado. La literatura aberrante es la de esos escritorzuelos que suplen la falta de preparación y de talento con una jerigonza carcelaria y de cantina.

—Por lo menos es auténtica y vital.

—Mire, joven, eso de lo auténtico, lo total, lo revolucionario y demás tonterías ya a nadie le interesa. Ahora lo que cuenta es el oficio, la técnica; en definitiva, el saber hacer.

—Discrepo de su opinión. El *glamour*, la sofisticación y la decadencia de esos jóvenes escritores de que usted habla con encomio, no es un movimiento progresivo sino regresivo, una cobarde reacción ante la brutalidad histórica de los modelos antiutópicos. Estoy de acuerdo en criticar a la literatura burdelaria y lumpen, pero no para regresar a un lenguaje de afectación y amaneramiento que momifica a la literatura al privarla de las impurezas de la vida, sino para lograr una nueva forma de expresión que sublime la vivencia y vivifique la escritura.

—Déjese de infantilismos y radicalidades: el sueño marxista de la unidad ideológica de la vida y la obra murió con la modernidad.

—Los sueños de plenitud jamás mueren. Cualquiera que no tenga la sensibilidad histórica atrofiada puede sentir que se está gestando un cambio radical. Y no me refiero a las ensoñaciones presentáneas de los fanáticos de la libertad ordenada como Popper, Hayek, Kolakowski y Nozick, que critican el autoritarismo socializante para regresar a un liberalismo trasnochado.

—Está usted mucho peor de lo que había supuesto al leer su libro.

—Sí, soy alérgico a esa comercialización total de la existencia que quieren imponernos los culeros posmodernos.

—¡Eugenio! —censuró Raga al tiempo que me daba bajo la mesa un fuerte pisotón.

La concurrencia, que había ido centrando su atención hacia nuestra mesa por el subido tono que le imprimíamos a la plática, se quedó en suspenso al oír el reclamo de Raga.

—Nos vemos al rato en la casa —dije levantándome en forma intempestiva.

—¡Ven acá, no seas majadero! —me gritó Raga.

—Déjalo, mujer, es peor hacerle caso —oí lejana la voz del repinchísimo viejo celta.



Al día siguiente, cuando estábamos desayunando, sonó el teléfono. Raga descolgó la bocina y por su respuesta supe que era don Ramón. Al oír que Raga le decía que la Condesa no estaba, que había salido a pasar todo el verano en Vancouver, me quedé medio mosca.

—Don Ramón nos invita a comer a su departamento —dijo después de haber colgado la bocina.

—¿Y eso?

—Dice que quiere mostrarnos algo.

—Putá, ojalá no sea otra pinche sorpresita como la de ayer.

—No me lo recuerdes, que me dan ganas de lavarte la boca con detergente.

—Mejor le hubieras lavado el cerebro al exquisito.

Serían las dos de la tarde cuando llegamos a la Colmena. La fachada, resanada y recién pintada, le daba un aire de festividad que realzaba el nutrido grupo de condómines (entre los que acerté a distinguir a la güera desabrada que le servía de costal de golpeo a su marido y a uno de los músicos reventadores amigos de Federico) congregados en un extremo del estacionamiento. Se nos quedaron viendo sumidos en un silencio incrédulo; hasta que, destacando sobre el escandalizante cuchicheo, la voz chillona de la güera nos lanzó un saludo a manera de invitación. Raga correspondió al saludo con unos alegres sacudimientos de la mano izquierda y seguimos caminando hacia las escaleras.

—¡Uy, vaya viboreo que se van a traer! —dijo ya de subida.

—Si alguna de las serpientes se te acerca dile que tu ex marido se murió de sida.

## VII. LA CONSUMACIÓN DEL DESTINO

—¡La que se armaría!

Al abrir la puerta el viejo celta, un olorcillo de imprecisable exquisitez nos dio la bienvenida.

—Ummm, qué delicioso huele —dijo Raga después de saludar de beso al viejo—. ¿Qué preparó?

—Unos calamares al horno, mujer —respondió don Ramón de muy buen talante.

En cuanto vi la mesa puesta con sólo tres cubiertos, experimenté un bienestar relajante. El viejo y yo tomamos un tequila y Raga su insustituible Margarita. Al levantar las bebidas para brindar, don Ramón tomó de un asiento un sobre y lo puso en el centro de la mesa.

—¡Por la continuidad del proyecto! —dijo consumando el brindis.

—¡Salud!

—¿Qué hay en ese sobre? —preguntó Raga no pudiendo resistir la curiosidad.

—Ábrelo, mujer.

Lo abrió Raga y al extraer las hojas acerté a ver que se trataba de papeles burocráticos.

—¿Qué es esto? —inquirió Raga al tiempo que observaba los papeles.

—El relevo. A partir de ahora sois mis herederos. Ahí viene la tarjeta del abogado que ya tiene instrucciones para atenderos en todo lo que haga falta, se llama Fernando Represas.

—Ojalá no sea como el de ayer —dije más con intención de romper la incomodidad producida por la visión del legado testamentario que con ánimo vengativo.

—No, hombre. Fernando Represas es un perfecto caballero ajeno a las veleidades de la literatura.

—Menos mal.

—De todas maneras, déjame decirte que no apruebo tu actitud de ayer. Y no lo digo desde una posición escandalizada y represiva, sino desde la perspectiva radical de un guerrero. Tienes que

aprender a manejar las críticas. Es un desgaste absurdo de energía pelear con todo aquél que no comparta tu búsqueda. Saber oír y saber transigir son partes determinantes del temple de un hombre de conocimiento.

—Pues ni su amigo ni ninguno de los exquisitos que se agrupan en esa revista posmoderna saben oír, y mucho menos transigir, ¡pobre del que se atreva a criticarlos!

—Ese es problema de ellos y no tuyo. En un mundo de corrupción un ser íntegro y sincero es un elemento nocivo y peligroso para la conservación del todo; pues lo mismo sucede con la cultura: un elemento radical, insobornable y antigregario es una amenaza contra el poder cultural autoritario y uniformador. Pero esto siempre ha sido, es y será así. El verdadero hombre de conocimiento no puede esperar a que cambie el todo; es él el que tiene que cambiar. Pretender ser innovador y antimasivo y esperar el elogio de la crítica es un sinsentido. Al igual que lo es ser apasionado y vital y esperar el elogio de los “exquisitos”, como tú les dices. ¿Entiendes?

—¿Entonces debo callarme?

—No, sólo tienes que saber cuándo y con quién hablar. El difunto Antonio solía decir una frase muy certera a pesar de su rudeza: “Hay que chingar a los que mandan, no a los mandados”. ¿Vas entendiendo, muchacho?

—Sí, ya. De acuerdo, reconozco que mi actitud de ayer fue demasiado emotiva y visceral.

—Bien, vamos a servirnos otro traguito porque os quiero mostrar algo que repetidas veces me habéis solicitado.

Terminando el segundo trago don Ramón nos pidió que lo acompañáramos a su recámara. Del cajón de la mesa de noche extrajo una fotografía que le pasó a Raga.

—¡Qué bárbaro! ¿Quién es este loco?

—S. C. Chuco, mujer.

Me asomé por encima del hombro de Raga y vi a un tipo salvajizado, sentado a la puerta de una cabaña de bahareque.

## VII. LA CONSUMACIÓN DEL DESTINO

—¡Putá, qué pinta! —expresé tomando la fotografía de manos de Raga.

Don Ramón se dirigió al armario y, tras abrir la puerta corrediza, dijo señalando hacia una vieja mochila:

—Ahí la tenéis, es toda vuestra.

Me incliné hacia la mochila y en la parte superior vi una etiqueta que decía Huascarán.

—¿Puedo echarle un vistazo a lo que hay adentro? —pregunté experimentando un hormigueo curioso.

—No, muchacho. En tres meses más ya tendrás tiempo de sobra para romperte la cabeza tratando de descifrar esos papeles.

—¿Por qué en tres meses y no ahora?

—Porque así lo he dispuesto yo. Ahora vamos a comer.

Los calamares estaban de concurso. Por lo que acerté a captar de la explicación del viejo celta, los había rellenado con picadillo de res y de puerco, tocino, aceitunas, jitomate, ajo, cebolla y pimientos morrones, regándolo todo con un cuarto de litro de Tío Pepe. Dijo que el aspecto determinante del platillo consistía en la calidad y el tamaño de los calamares, que no debían pasar de una cuarta, y que él los había ido a comprar al mercado de San Juan. Las dos botellas del Rioja que nos echamos hicieron posible que la plástica se alargara floridamente hasta el anochecer. Antes de irnos, y aún medio achispados, le ayudamos al viejo a dejar impecable su departamento (que a partir de ese día, y de acuerdo a los papeles que nos había dado, era ya nuestro departamento).

Don Ramón nos llevó con el abogado Fernando Represas, un tipo bonachón y de indudable clase, y pasamos a ser herederos de todos los bienes donramonianos. Sólo quedó pendiente un misterioso sobre que se abriría cuando don Ramón estuviera muerto. Después de salir del despacho del abogado que estaba en Polanco, el viejo sugirió que fuéramos al Museo de Arte Moderno para proporcionarnos un poco de gozación estética. Al pasar frente al Museo de Arte Contemporáneo de Televisa, vimos que estaba montada una exposición de

los pintores que Leo Castelli había lanzado a la fama. Nos metimos y después de dos horas salimos los tres decepcionados; era claro que el arte norteamericano estaba por los suelos: colores sucios y caóticos, formas rudimentarias y gratuitas, dibujo descuidado y apresurado; en fin, la consagración espectacular de lo efímero.

A la hora de comer el viejo nos soltó de pronto que apresuráramos los asuntos que tuviésemos pendientes, pues en una semana partiríamos para la Chinantla. A Raga se le ensoleció el semblante, pero a mí no me hizo ninguna gracia el hecho de tener que regresar al mundo espeluznante y viscoso de la nauyaca.

—No pongas esa cara, muchacho. A mí tampoco me complace tener que llevarte allá, pero ni modo que nos vayamos Raga y yo dejándote aquí solo y a merced de esos arrebatos irracionales a que gustas entregarte.

—No le haga caso, a él le fascina la Chinantla, ¿o no es cierto? —dijo Raga jalándome con cariño una oreja.

—Sí, me fascina, pero sin nauyacas.

—No hay paraíso sin serpientes, muchacho. Y conste que no soy yo el que decide.

—¿Quién entonces?

—El conocimiento. Es el conocimiento el que me dice que os muestre la puerta de entrada a lo inabarcable.

—No entendí nada —dijo Raga con cara de duda cartesiana.

—No hay nada que entender, mujer. En un par de semanas más todo y nada serán lo mismo.

Lo primero que dispuso mi agente literario fue ir a la editorial Joaquín Mortiz a llevar el original de *Entrecruzamientos II*. Para empezar, la editorial se había mudado a Insurgentes, frente al Parque Hundido. Al entrar a las oficinas del tercer piso vimos a una pareja de jóvenes que parecían asumir una función ejecutiva. Con su habitual buena energía, Raga se dirigió a la chava, de expresión vivaz y seria, y le preguntó por don Joaquín. Después de lanzarnos una mirada de arriba abajo, y no sin cierto recelo, señaló una oficina al fondo del

pasillo. Saludamos al chavo que nos regaló una sonrisa indulgente, y pasamos a la oficina del legendario editor. Se nos quedó viendo desde el escritorio con su infaltable pipa en la boca y se levantó festivo a saludarnos. Tras un breve intercambio de palabras nos llevó a la sala donde estaban los dos jóvenes y nos los presentó como sus hijos Joaquín y Aurora. La resonancia energética que experimenté al darle la mano a Joaquín fue inmediata, y al oírle decir a don Joaquín que su hijo era ahora el que llevaba la editorial, experimenté un inocultable gozo: por la correspondencia energética y por la identidad generacional. Así es que nos sentamos frente al escritorio de Joaquín y, con una franqueza que contrastaba con la relampagueante picardía de su mirar, nos comunicó que le extrañaba muchísimo que de una obra como *Entrecruzamientos* sólo se hubieran vendido poco más de mil ejemplares. Para Raga fue una cubetada de agua fría, pero para mí, acostumbrado al no de la existencia, el hecho de haber vendido mil ejemplares me pareció una verdadera proeza. Viendo Joaquín el cambio que se había efectuado en el rostro de Raga, añadió en seguida que *Entrecruzamientos* era una obra sólida y compleja que con el tiempo iría ocupando su lugar. Dijo que dos de los nuevos críticos más capaces, Christopher Domínguez de *Proceso*, y Enrique Mercado de *La Jornada*, habían hecho unos comentarios muy elogiosos de *Entrecruzamientos*. Con cierto reparo Raga extrajo de la bolsa el original de *Entrecruzamientos II* y se lo colocó enfrente. Para nuestra sorpresa, Joaquín lo recibió con entusiasmo y, tras un armonioso y festivo intercambio de opiniones y relatos anecdóticos de nuestro mundo tropical (pues Joaquín resultó ser un amante apasionado de la caza y la pesca), nos despedimos con la promesa de que el libro se publicaría para la próxima primavera.

Salimos de la editorial como dos pendejos que se creían estériles y que, luego de un paréntesis sufriente y resignado, les acaban de comunicar que van a ser padres.

—Ahora sí ya vas a tener que aceptar que tu mala suerte se acabó para siempre —dijo Raga eufórica.

—No, a lo mejor el destino nos está tendiendo una trampa encabronada —objeté desconfiante.

—Ay, Eugenito, hasta para lo festivo eres huraño.

—Algún día dejaré de serlo.

—¿Pero cuándo?

—Cuando el destino me alcance.

—¿En qué siglo?

—A finales de esta década, cuando publique *Entrecruzamientos III*.

—¡No tienes remedio!

Antes de partir hacia la Chinantla don Ramón se enteró en presentarnos a su amigo quesero. Serían las once de la mañana cuando nos condujo a un local ubicado en una callecita entre Miguel Ángel de Quevedo y División del Norte. Bajamos del Datsun y al acercarse el viejo celta a una reja vimos que desde el interior se asomaba un tipo cincuentón y rubicundo.

—¡Hombre, Luis, qué gusto verte! —exclamó don Ramón al abrir la puerta.

—¡Don Ramón, cuánto tiempo! —correspondió el tipo emocionado.

Vinieron los abrazos y las presentaciones, y el buen Luis Laclette, que tal era su nombre, nos pasó al interior de un modesto local en el que estaban realizando trabajos de oficina dos individuos que no pudieron menos que mirarnos con extrañeza. Tras breve charla se me hizo claro que Luis Laclette era un tipo de excepcional bonhomía, y que a la positividad energética que emitía le aunaba un extraordinario conocimiento del arte quesero. Nos explicó que en México hacer productos de calidad era un suicidio; que, exceptuando sus productos y los de un tal Walter, todos los demás productores adulteraban los quesos con féculas, gomas y mantecas vegetales, y que el mexicano, por comer estos productos adulterados, tenía tan estropeado el gusto que ya no podía disfrutar un queso maduro o añejado. Mandó a uno de los oficinistas a que trajera varios quesos de los refrigeradores que ocupaban la parte posterior del local, y nos improvisó

una degustación al tiempo que pormenorizaba las características de cada queso que probábamos. A mí me pareció extraordinaria la calidad de dos quesos maduros franceses —*chabichou* y *calençay*— que más que quesos parecían pasteles. Ante mi comentario Luis aclaró que esos quesos se tomaban en Francia como postre y no como aperitivo, que es lo que se solía hacer en México. A Raga le encantó el *provolone*, queso ahumado tipo italiano, que le hizo articular sus acostumbrados ummms gozativos. Al preguntarnos Luis qué nos parecían los quesos frescos de leche de cabra tipo *boursin*, presentados en siete u ocho sabores diferentes, Raga y yo coincidimos en que no estaban mal, pero que no eran de nuestra predilección.

—Pues éstos son los que sostienen el negocio —dijo sorprendido.

—¡No lo puedo creer! —profirió Raga suspendiendo en el aire la rebanada de *provolone* que llevaba a la boca.

—Todos los quesos finos, al igual que el *provolone*, me producen pérdidas, mientras que con los *boursin* me pongo a mano.

—¡Qué aberración! —exclamé encorajado.

—De qué te sorprendes, muchacho —dijo don Ramón con suficiencia—. El primado de la cantidad sobre la calidad es una de las leyes de la fantasmagórica dialéctica tercermundista.

—¡Cómo me encabrona esta pinche cultura ejidal que padecemos!

—En todo es igual —expresó Luis sin dejar de sonreír—. Los que hacen carnes frías, como jamón, salchichas, mortadela, etc., exceptuando al alemán Harry, le echan a sus productos féculas, estimuladores papilares, fibras de celulosa, saborizantes y colorantes cancerígenos, desperdicios y carnes semidescompuestas, etcétera.

—¡No lo puedo creer! —se escandalizó Raga.

—¿Y cómo es que permiten eso? —pregunté.

—La corrupción es muy eficiente —dijo Luis con sorna—. Y además a la gente le gusta el sabor artificial de esos productos. Es lo mismo que pasa con los quesos finos: si a un mexicano se le da un buen jamón serrano o un buen salami los escupe por lo fuerte que le saben.

Ante mi encabronamiento, la estupefacción de Raga y el regocijo de don Ramón, el sorprendente Luis nos soltó toda una lista de los productos que desde hacía años estaban prohibidos en los Estados Unidos por cancerígenos y que aquí se vendían con toda impunidad. Luego siguió con la leche radiactiva, que habían importado las principales compañías mexicanas de productos lácteos. Cuando le tocó el turno al rastro, con la enumeración de las cabras y borregos de desecho que venían de Estados Unidos, la vacas viejas y enfermas que llegaban de provincia, los puercos atiborrados de antibióticos, certificado todo sanitariamente por una corrupción despiadada, Raga ya no aguantó más y adujo una cita imaginaria para retirarse. Nos despedimos del buen Luis, que nos proveyó de quesos y de ralladuras para los exóticos preparados donramonianos, y fuimos a Coyoacán con la intención de comer tacos al pastor.

En el camino don Ramón nos fue platicando de su relación con el singularísimo Luis Laclette, y al llegar al changarro donde siempre comíamos tacos al pastor y ver la carne apelmazada y coloreada en exceso sopleteándose con las llamas del gas, a Raga se le quitaron las ganas de golpe y tuvimos que ir a comer a un restaurante.



Por sugerencia de don Ramón dejamos el Datsun en el estacionamiento de la Colmena y tomamos el ADO en la TAPO. Atrapados en la lectura de los dos libros que el viejo celta le llevaba de regalo a don Berna (yo con *El chamán de los cuatro vientos*, de Douglas Sharon, y Raga con *El chamán y el jaguar*, de G. Reichel-Dolmatoff), el trayecto se nos hizo corto. Rompía el amanecer cuando un aire untuoso y cálido me hizo saber que nos estábamos aproximando a Tuxtepec. Al acercar mi cabeza a la ventanilla con intención de observar el cielo, oí la voz del viejo celta decir que teníamos un tiempo excelente. No pudo menos que extrañarme que don Ramón le dijera “excelente” a un en nubamiento casi generalizado.

El sucio lodazal en que antes estaba ubicada la terminal del ADO en Tuxtepec, era ahora un flamante edificio que contrastaba con la exuberancia vegetal circundante. Después de celebrar a tres voces la nueva terminal, tomamos un taxi hacia el galpón de donde partían los camiones para San Juan Evangelista. Y decir galpón era ser indulgente con el mierderío donde estaban estacionados varios autobuses desvencijados y sucios. Preguntamos a un muchacho que salía de uno de los autobuses con una cubeta y un trapeador, y nos dijo que ése del que él descendía era el que iba a San Juan Evangelista. Al subir, un insufrible olor a petróleo nos golpeó con violencia. Raga comenzó a protestar por tanta inmundicia, pero el viejo celta, tras cuidadosa búsqueda para evitar embarrarse con las manchas aceitosas que lucían la mayoría de los asientos, nos indicó un par de lugares diciendo que no nos preocupáramos por el petróleo, que era el mejor desinfectante.

En cuanto partió el autobús, el esplendente verdor que se abría a nuestro paso comenzó a activar en el semblante de Raga un cambio festivo. Eran poco más de las seis de la mañana, y a medida que nos íbamos acercando a la base de la sierra el ennubamiento se tornaba magicizante.

—¿Y dice usted que el tiempo luce excelente? —le comenté al viejo celta.

—Sí, muchacho. Excelente para nuestros designios —dijo aumentando el extrañamiento.

Raga, que no dejaba de voltear omniabarcadora hacia todos lados, no tardó en entregarse a sus típicas expresiones jitanjafóricas de deslumbramiento visual.

Bajamos poco antes de la curva de entrada a San Juan Evangelista, y al acercarnos al ranchito vimos a don Zenaido con su hijo Lito jalando un caballo con un arado por entre la milpa. El primero en vernos fue el muchacho que, dejando de jalar el caballo, le indicó a su padre nuestra llegada. Volteó don Zenaido hacia nosotros y su rostro se iluminó al instante.

Dentro de la consabida pobreza, todo iba bien en el ranchito. Don Zenaido estaba más flaco y doña Claudia apenas se estaba reponiendo del último parto, ¡el onceavo! Al verla amamantar al niño de escasos tres meses, don Ramón le lanzó una fuerte reprimenda que hizo sonrojar a la pobre mujer, ajena por completo a la brutal sobrepoblación del mundo. Luego enfrentó a don Zenaido y le dijo que tan pronto pudieran fueran a ver al doctor para que la ligaran, que él se encargaba de costear la operación. Después del regaño el viejo celta extrajo de su mochila varias bolsas de caramelos que les dio a los niños, así como una camisa para don Zenaido y un mantel para doña Claudia. Con los regalos el ambiente recuperó la dinámica festiva que tenía antes de la reprimenda.

Tras un reponedor desayuno con huevos rancheros y frijoles re-fritos, sacamos a airear la tienda de campaña y la bolsa de dormir, que por haber estado guardadas tanto tiempo desprendían un insu-frible olor a moho; agarramos los implementos para darnos un buen baño y fuimos al río.

El entusiasmo de Raga ante la maravillosidad del entorno llegó a tal grado que ni siquiera protestó por el ataque despiadado de que fuimos objeto por parte de los jefenes al sentarnos en traje de baño a la orilla del río. Las aguas lucían chocolatosas y el ímpetu de la corriente era fiel reflejo de las intensas lluvias que habían caído en las montañas. Cuando don Ramón señaló una diminuta mancha de verdor que se abría entre las nubes diciendo que allá estaba Nopaltlán, Raga abrió impresionada la boca no dando crédito a que ese fuera nuestro destino inmediato.

—No te preocupes, mujer. No te da miedo montar a caballo, ¿verdad?

—No, ya he montado.

—¡Es una chinga! —dije rememorando la subida.

—No le hagas caso, es una experiencia única —replicó el viejo celta.

Pasamos el resto de la mañana en apacible plática en la orilla del río. Comentamos los libros que habíamos venido leyendo en la trave-

sía y don Ramón dijo que el de Douglas Sharon era tan valioso como los dos primeros de Castaneda.

—Oiga, ¿y ese cacto alucinógeno de San Pedro que usa el chamán Eduardo lo hay aquí en México? —pregunté.

—No, es originario de los Andes. Pero su principio activo es el mismo que el del peyote: la mescalina. Y es también una planta lunar.

—¿Y cuál es más fuerte: ese cacto o el yajé? —inquirió Raga.

—Son diferentes, mujer. Hasta donde yo conozco, la experiencia con el cacto de San Pedro está determinada por cuatro direcciones espaciales (los cuatro vientos) y dos temporales (pasado-futuro); mientras que la experiencia del yajé es torbellínica y dual (metamundo-inframundo).

—No entendí nada.

—Es muy difícil explicarle estas cosas a quien no ha tenido experiencias enteogénicas.

—¿Usted las ha tenido? —preguntó Raga.

—Sí.

—¿Con peyote?

—No, con teonanácatl.

—¿Y hay aquí?

—A eso hemos venido, mujer.

Al oír lo que acababa de decir don Ramón, me lo quedé viendo para ver si estaba hablando en serio o lo decía nada más para ver nuestra reacción. Le pregunté si hablaba en serio, y respondió que podía preguntarle todo lo que quisiera al respecto, que ya había llegado el tiempo del relevo. Con una suavidad y pormenorización extrañas por completo a aquel don Ramón que se ponía histérico al oír mencionar el tema de los enteógenos, como él les llamaba, nos fue introduciendo en ese mundo ritual y milenario. Dijo que de las ciento cincuenta variedades de sustancias alucinogénicas que se conocían, veinte estaban en el Viejo Mundo y ciento treinta en el Nuevo Mundo. Y México era el país que más variedades poseía, incluyendo a todas las enteogénicas. Expresó que nada más de los hongos divinos ha-

bía en México alrededor de veinticuatro variedades, pero que él sólo conocía catorce, de las que sólo había ingerido seis clases. Tres de derrumbes y tres de chuparrositas. Hizo hincapié en que él no consumía las variedades que crecían en estiércol de vaca y de caballo, como los San Isidro y los pajaritos, pero que cada quien tenía que hacer su propia elección en base a la naturaleza de las experiencias que tuviera. Don Berna, por ejemplo, usaba doce clases de hongos y varias plantas adivinatoras.

—Oiga, ¿y qué diferencia hay entre tener una experiencia con las plantas naturales y tenerla con sustancias químicas? —preguntó Raga.

—¡Estás zafada! —protesté con vehemencia.

—Pues algunos amigos de mi ex decían que era más sano tomar la mescalina ya sintetizada en pastillas que tomar el peyote.

—Mira, mujer —dijo don Ramón con forzada calma—. Es cierto que el peyote, por ejemplo, tiene más de cincuenta sustancias activas, de las que se desconocen sus efectos secundarios, y que las pastillas de mescalina pueden estar, *a priori*, más libres de impurezas. Pero desde un punto de vista noseológico y ritual, que es el único que aquí interesa, el uso de las sustancias químicas es una verdadera aberración. Para empezar, ningún enteógeno debe ser ingerido fuera de su medio natural; su ingestión es una comunión ritual con la naturaleza, y para acceder a ella no sólo hay que purificarse con el ayuno y la abstinencia, sino que hay que merecerla. ¿Y cómo se logra este merecimiento? Pues mediante una peregrinación al santuario natural donde brotan; es decir, mediante una superación ritual del espaciotiempo profano.

—¿Pero cómo evitar que lo ritual se vuelva profano? Es decir, ¿cómo hacer para que toda una juventud nihilizada y sin futuro no busque con desesperación una salida profanante en las drogas y en las sustancias alucinógenas?

—Mira, muchacho. Las iniciaciones eleusinas se hacían con los hongos del cornezuelo de centeno; los iluminados indoasiáticos re-

currían al soma para tener sus grandes revelaciones; las más bellas creaciones poéticas de los nahuas eran concebidas en sesiones con teonanácatl. ¿Y por qué no se daba el fenómeno de enajenación y paganismo que sufrimos hoy día?

—Porque antes había salidas y hoy no las hay —expresé convencido.

—Porque hemos uniformado lo diverso; porque la determinación consumista de las sociedades tecnolátricas ha santificado el triunfalismo efímero de la presentaneidad en detrimento de la mediación pasado-futuro.

—Eso que dice es muy cierto —terció Raga—. Hoy un joven que no triunfe a los dieciocho o veinte años ya se siente un fracasado.

—Es increíblemente tragicómico lo que está sucediendo: por un lado está la juventud enajenada que se entrega profanante a las drogas; por otro están las mafias del narcotráfico que lucran de manera criminal con la pulsión evasora de la juventud; por otro más están los críticos justicieros de traficantes y consumidores, y que abarcan un amplio espectro que va desde los elementos netamente represivos hasta la intelectualidad hipócrita del chupe, el cigarro y los tranquilizantes; y por último estamos nosotros, que pretendemos acceder a una ritualidad milenaria desde un presente enmierdado por completo.

—Ya te he dicho varias veces, Eugenio, que esto ha sido, es y será siempre igual; varían las formas y la intensidad, pero se conserva la esencia. Siempre habrá traficantes legales e ilegales, viciosos y ascetas, radicales enajenados y represores enloquecidos, intelectuales de atrevida pluma y vida cobarde e intelectuales de vida apasionada y obra mediocre.

—¿Y qué me dice de los literatos que experimentaron con drogas como Coleridge, De Quincey, Poe, Baudelaire, Nerval, Rimbaud, Cocteau...?

—Te repito que no es lo mismo una experiencia ritual que una experiencia profana. Salvo contadas excepciones, como Artaud,

Huxley y tal vez Michaux, la mayoría de los literatos que experimentaron con sustancias alucinogénicas lo hicieron profanamente. Y por lo demás, y como muy bien lo han señalado tanto Baudelaire como Octavio Paz, las experiencias alucinogénicas no convierten a un literato mediocre en un gran literato; ahí están los casos de Ginsberg y Burroughs para confirmarlo.

—Artaud enloqueció a partir de sus experiencias con los tarahumaras, y en cuanto a Michaux, cuando leí su *Infinito turbulento* se desvaneció por completo la aureola de iniciado y visionario que en mi ingenua adolescencia le había colocado. Me parece increíble que un hombre que se pretende trascendedor se entregue a las experiencias con mescalina con el antídoto ya listo para evitar un mal viaje.

—Michaux no fue un chamán, muchacho, sino un sacerdote de la ritualidad estética.

—Vamos, don Ramón, a otro con ese cuento.

—Oiga, ¿y cree usted que todos los artistas deberían tener experiencias con enteógenos? —preguntó Raga.

—Mira, mujer, ese tema ya está muy viciado por polémicas estériles.

—Pero yo quiero saber cuál es su opinión —insistió Raga.

—Yo me opongo al uso masivo e indiscriminado de las sustancias rituales.

—Lo prohibido excita el deseo, maestro. Y usted sabe muy bien que toda represión produce una reacción igual y contraria.

—¿Qué quiere decir con eso de “uso masivo”? —inquirió Raga.

—Quiero decir que las experiencias rituales deberían hacerse como en la antigua Grecia y en el Anáhuac.

—¿Pero cómo?

—El gobierno tendría que construir varios centros ceremoniales donde se iniciaran grupos escogidos de merecedores.

—¿Y quién seleccionaría a los merecedores? —pregunté con causticidad.

—Una sociedad de tlamatinime fundada con tal objeto.

## VII. LA CONSUMACIÓN DEL DESTINO

—¿Y dónde estarían esos centros ceremoniales? —interrogó Raga.

—Uno podría estar en Nopaltlán, otro en Palenque, otro más en la sierra huichola.

Me quedé viendo a don Ramón esperando que de un momento a otro esbozara una sonrisa traviesa, pero la seriedad con que me miraba terminó por sacarme de onda.

—¿No estará hablando en serio? —pregunté.

—¿Por qué no?

—¡Putá, qué poco conoce a los dioses de la cultura ejidal!

—¿Qué tiene de malo lo que dijo? A mí me parece muy buena idea —aprobó Raga.

—Mira, cosita. Todavía entre los artistas plásticos encontrarías cierta aceptación, pero lo que es la intelectualidad culera que usufructúa el paganismo urbano del cigarro y el alcohol se lanzaría con dientes y uñas contra un proyecto semejante. ¿Qué no es suficiente muestra lo que hicieron con el ingenuo de Castaneda?

—Pues Octavio Paz puso como lo máximo —dijo Raga.

—No seas ejidal, cosita. Eso fue cuando apareció el primer libro. En cuanto el fenómeno Castaneda se mundializó y los coprocéfalos comenzaron a etiquetarlo de incitador al consumo de drogas, el sol Paz dio la orden de que se le castigara con el látigo de la indiferencia. ¿Qué no ves el tono cáustico y displicente con que los monaguillos ejidales hablan ahora del pobre diablo de Carlitos?

—¡Esos monaguillos se zurren en los calzones nada más de pensar en tener una experiencia con enteógenos! —profirió Raga.

—Es que ellos están más allá de eso, ¿ves?

—Bueno, no se trata de arrastrar a nadie a que haga lo que no quiere hacer —terció don Ramón.

—No, maestro. Aquí no se trata de arrastrar a nadie, ¡y menos a los culeros y exquisitos! Aquí de lo que se trata es de que no se pierda el enraizamiento ritual de nuestra determinación histórica. ¡Se acabará México el día en que ya no haya un artista o un intelectual que se atreva a experimentar con peyote o teonanácatl!

—No es para tanto, hombre.

—Cómo chingados no va a ser, maestro. Lo mismo sucede con esos niños posmodernos que, sin tener la más puta idea de que en la base del marxismo originario está la crítica de la economía (teoría del valor) y de la política (teoría del Estado), se dedican a decir entre cigarro y café que el marxismo ha muerto. Pues no, ni la radicalidad ni la ritualidad morirán jamás.

—La radicalidad y la ritualidad son, por fortuna, manifestaciones minoritarias.

—Sí, maestro, pero mi generación...

—Mira, muchacho. Tu generación no deja de ser una generación más, y como tal está sujeta a la determinación estupidizante de la Historia. Toda uniformidad estupidiza, y el sueño de los detentadores del poder ha sido, es y será uniformar el devenir histórico. Pero repito que, por fortuna, siempre ha habido, hay y habrá manifestaciones individuales que se oponen a los dictados estupidizantes de los presentáneos que usufructúan el poder.

—¿Y los millones de jóvenes sacrificados en el matadero de la presentaneidad?

—Es el precio que la uniformidad exige para que siga existiendo lo diverso.

—¿Qué quiere decir con eso? —dijo Raga confusa.

—Mira, mujer, si todo el hormiguero urbano hiciera lo que estamos haciendo nosotros se acabaría la ritualidad, ¿entiendes?

—¿Entonces no hay remedio para esos cientos de miles de jóvenes que están hasta el gorro de héroes televisivos?

—Definitivamente para los cientos de miles no lo hay; pero sí lo hay para los contados que se atreven a salir del hormiguero.

—¿Darle la espalda a la sociedad?

—No, darle el frente a la plenitud vital. Bueno, ya vámonos a comer algo.



Dos días después, ya atardeciendo, llegó Chedino con tres mulas. Esa noche, después de alistar todo para partir con el amanecer, don Ramón dijo que ya no comeríamos nada de picantes ni carne de puerco, que nos abstuviéramos de todo contacto sexual y que bebiéramos la mayor cantidad posible de agua. Nos acostamos y Raga se la pasó inquieta dando vueltas, y un par de veces despertó sobresaltada. Pasada ya la media noche se soltó un fuerte aguacero que vino a refrescar el calor infernal que me había hecho sudar copiosamente mientras oía con envidia el incesante vaiveneo de la hamaca del viejo celta. Por fin pude desconectarme del entorno y arribé a un soñar poblado de infinitas clases de hongos, que brotaban y desaparecían con lumínica rapidez imbuyéndome en su devenir de la certeza de que todo lo existente tenía en su raíz un hongo. Cuando, ya ascendiendo hacia la Vieja Esperanza, le comenté a don Ramón el sueño, dijo que en la base de la vida y de la muerte estaba un hongo. Los hongos eran las primigenias manifestaciones de lo vital, y eran también la manifestación más espeluznante de lo destructivo, ¿no me parecía significativo que la explosión nuclear tuviera la forma de un hongo? El hongo era el ser dual por antonomasia: vida y muerte, tierra y aire, inframundo y metamundo; en el hongo estaba encerrado todo el secreto de la existencia, pues sólo en el hongo lo mineral, lo vegetal y lo animal formaban un todo de inagotable potencialidad.

No tardé en experimentar en la entropierna el efecto escociente de la silla, y le dije a don Ramón, que iba a pie con Chedino, que montara él un rato. Esbozó una sonrisita de suficiencia y, luego de decirme que yo como conquistador hubiera sido un fracaso, se fue cabalgando al lado de Raga en amena plática. Le pregunté a Chedino, que estaba ya dando el estirón de la adolescencia, qué había sucedido desde mi partida, y con pasmosa inimportancia respondió que nada. Y, en efecto, cuanto más nos adentrábamos en la selva tanto más se hacía evidente que todo ese mundo de magia y ritualidad era ajeno a la fiebre de progreso que ya estaba acabando con las otrora paradisíacas Bahías de Huatulco. Nos detuvimos en las cumbres por exigencia

estética de Raga, que no podía dar crédito de la verdescente panoramidad que se extendía hasta agotar la posibilidad de la visión.

Como a las tres de la tarde llegamos al riachuelo donde los nativos acostumbran detenerse a comer y, mientras Raga y yo bebíamos con fruición de esa agua de pureza insuperable, el viejo celta se dedicó a lavar a conciencia unos trozos de tasajo de venado que había extraído de su mochila. Hicimos con gran dificultad, pues todo estaba húmedo, una pequeña fogata en la que doramos los trozos de tasajo y calentamos las tortillas. La magia del entorno, realizada por el canto acuescente del arroyo y los trinos celebrantes de los pájaros, alcanzó con la ingestión ritual del tasajo de venado un estadio de tal encantamiento que empecé a sentir cómo el mojado suelo y todo lo que me rodeaba estaba palpitando de vida.

—¡Vaya, por fin te veo feliz! —exclamó Raga compartiendo mi dicha.

Durante la última parte del trayecto había venido reparando en las innumerables clases de hongos que crecían a ambos lados de la vereda. La segunda vez que me detuve a arrancar algunos para preguntarle a don Ramón si eran de los enteogénicos, me dijo que no distrajera mi energía, que ya él en su momento nos enseñaría todo lo que debíamos saber. Ahora, a medida que nos acercábamos a la cañada ubicada al pie de Cerro Fruta, la explosión de formas y colores era tal que Raga se detenía a cada rato para que yo le acercara algún espécimen de un rojo intenso, amarillo solar o azul purpurado. Empezó a chispear y don Ramón me obligó a subir a la mula aduciendo que teníamos que apurar el paso. Nos pusimos las mangas de hule y, aun cuando me molestaban las escoceduras, no dejé de agradecer el detalle del viejo celta, pues ya los tendones de las piernas me estaban produciendo con la bajada unos agudísimos pinchazos. La densa negrura del en nubamiento que empezó a techarnos disipó la poca luz que el espeso ramaje dejaba filtrar y pronto nos fuimos adentrando en el influjo misterioso de la noche. El cansancio y la creciente reciedad de la lluvia comenzaron a vencer la solidez de los cuerpos y,

experimentando un profundo deseo de abrazarla, vi cómo Raga se dejaba caer sobre el cuello del animal en un abrazo naufragante. Don Ramón tomó las riendas de la bestia y le dijo a Raga que se agarrara con fuerza. Al pasar Cerro Fruta yo ya no sentía las piernas y la lluvia se tornó más densa, acompañada de fregonazos y tronidos acercantes. Aterido y empapado empezó a vencerme el sopor, y los bruscos cabeceos que daba estuvieron a punto de tirarme de la bestia. A la luz de la linterna que don Ramón llevaba en la mano, la imagen de Raga —¿dormida?— doblada por completo sobre el cuello de la mula tenía un aspecto fantasmagórico. “Ojalá no se caiga”, me dije preocupado.

Llegamos al valle de Nopaltlán y, ante la crecida del río, tuvimos que detenernos mientras Chedino buscaba un vado. Don Ramón le dijo a Raga que se incorporara, y como no daba señales de haber oído, se vio en la necesidad de sacudirla. Como emergiendo de otro mundo comenzó a incorporarse y lo primero que se le ocurrió decir fue si ya habíamos llegado.

—Ya casi —dijo el viejo celta—. Nada más falta pasar el río.

—¿Y tengo que bajarme? —preguntó Raga en un tono zozobranante.

—No, nada más sujétate bien para que no te caigas.

Regresó Chedino y nos fuimos tras él. Pasamos el río y en seguida vimos las luces mortecinas de las primeras cabañas. El aguacero estaba torrencializándose y al escocimiento de la montada se le aunaba ahora un frío intenso que parecía romper la solidez de los huesos. “Ojalá no se mojen las mochilas”, pensé viendo a la bestia que llevaba todo nuestro equipaje envuelto en plásticos.

Los ladridos pusieron a los lugareños alerta y desde las puertas de las chozas nos daban extrañante bienvenida, a la que correspondía Chedino en su idioma. Don Berna salió a recibirnos y jaló la mula que cargaba el equipaje. Al bajar del animal creí que todo el cuerpo se me iba a fragmentar en mil pedazos. Raga, vencida por completo, permanecía inmóvil abrazada al cuello de la mula. Me acerqué y dándole un beso en el rostro reblandecido por el agua le dije que se bajara, que ya habíamos llegado. Con una voz sumergida y yacente balbució que la dejara seguir

allí y que le echara una cobija encima. Insistí para que se bajara, y la respuesta fue la misma: “que por favor la dejara dormir allí como estaba”. Entre don Ramón y yo la bajamos de la mula. Al dejarla en el suelo comenzó a quejarse de todo el cuerpo, diciendo que no podía moverse. Con un ánimo sorprendente para un hombre de su edad y después de tamaña friega, don Ramón se puso a frotarle las piernas y los brazos, y no tardó Raga en recobrase. Saludé a don Berna con un fuerte abrazo y le presenté a Raga. Pasamos al interior de la cabaña y vimos que doña Chona tenía dispuesto todo para la cena. La saludamos y la mujer, viendo el estado en que veníamos, se apresuró a bajar de la lumbré una olla de barro y puso en su lugar una cubeta llena de agua. Metimos todo el equipaje dentro de la cabaña y al sacarle los plásticos comprobamos que nada más mi mochila se había mojado por fuera. Don Berna fue con Chedino a guardar los animales y nosotros nos dedicamos a extraer de las mochilas una muda seca. Viéndome quitar la camisa, doña Chona dijo que esperaríamos a que se calentara el agua para darnos un baño, porque si no se nos iba a cortar el cuerpo. Mientras esperábamos el agua para el baño nos sirvió un cafecito que el viejo celta acompañó con un purote de los que le había regalado don Zenaído.

—¿Qué, duro el viajecito, mujer? —le preguntó a Raga que se calentaba cerca de la lumbré.

—¡Jamás me imaginé que fuera así!

—Falta de práctica.

—No entiendo cómo es que usted no se cansa.

—Claro que me canso, pero tengo que hacerlo.

—Pues a mí nada más pensar en que tendré que hacer toda esa odisea de regreso me enferma.

—No pienses ahora en el regreso, mujer. Ya verás que cuando descanses todo será diferente.

—Además, cosita, es mejor que te vayas haciendo a la idea de que en nuestra vida no hay regreso, sino pura ida —dije empezando a vibrar con el medio.

—Vaya, parece que ya estás amacizando, muchacho.

—Sí, lo que me caería de perlas ahora sería un aguardientito.

—Hombre, no me desagrada en absoluto la sugerencia. ¿Qué no tendrá nuestro médico de esa medicina de caña tan buena? —le preguntó a doña Chona.

Se fue la mujer hacia una de las estanterías donde estaban los frascos de hierbas y trajo una botella casi llena que colocó sobre la mesa. Agarró luego tres vasos y los puso al lado de la botella.

—Muchísimas gracias, Chona —dijo don Ramón tomando la botella y sirviendo en dos vasos.

—¿Quieres probarlo, mujer? —le preguntó a Raga.

—¿Es bueno para el frío?

—No sólo para el frío —dije levantando mi vaso.

—Bueno, sírvame un poquito, por favor.

—Salud —dijo don Ramón levantando su vaso.

—¡Salud! —correspondí echándome un buen trago.

—¡Fiuuu, esto es fuego! —exclamó Raga experimentando un repentino enrojecimiento.

Regresó don Berna con Chedino y tomó una silla para acompañarnos.

—¿Y cómo ves aquí al desertor? —le preguntó de pronto don Ramón señalándome con la barbilla.

Don Berna me lanzó una mirada de soslayo y dijo lacónico:

—Más asentado.

—Sí, desde que se matrimonió ha madurado mucho —añadió el viejo celta con un deje cáustico.

—Eso mero era lo que necesitaba —concluyó don Berna.

—Ah, se me olvidaba, aquí os traigo unos regalos —dijo don Ramón yéndose hacia donde estaban las mochilas.

Primero le entregó a don Berna los dos libros que Raga y yo habíamos venido leyendo en el autobús; luego le dio a doña Chona una caja de cubiertos de acero inoxidable; y por último le tocó el turno a Chedino, que recibió con extrema timidez la abultada bolsa de plástico que don Ramón le daba.

—Anda, pruébatelas, a ver si te quedan.

—Gracias —dijo el muchacho sonrojándose.

—Pruébalas, hombre, y no te cohíbas —insistió el viejo celta.

El muchacho levantó la vista buscando el auxilio de su madre y, al decirle ésta que hiciera lo que don Ramón le mandaba, comenzó a extraer un par de botas. Se las puso y después de dar varios pasos se le iluminó la cara. Aprovechando la coyuntura fui a mi mochila y extraje la piel de la cascabel que tenía guardada para don Berna. Se la di y el hombre la estiró admirado de su tamaño.

—¡Pa' su mecha! —exclamó comprobando que era de su estatura.

—¿La reconoce? —le pregunté.

—No, de estas no hay por acá.

—Es de una víbora de cascabel.

—Lleva meses guardándotela —dijo don Ramón realizando el regalo.

—Pues muchas gracias —dijo don Berna agradecido.

—¿Y Artemidoro?—preguntó don Ramón produciéndome una descarga eléctrica.

—Anda en Usila —respondió don Berna mientras guardaba la piel en un morralito.

—Ya está caliente el agua, don Eugenio —dijo doña Chona. Don Berna llevó la cubeta con el agua caliente atrás de la cabaña bajo un cobertizo, mientras Raga y yo disponíamos todo para el baño. La lluvia seguía intensa y, al desnudarse en plena oscuridad, Raga comenzó a temblar, pero cuando se pegó a mí preguntando si habría por allí alguna serpiente, se me hizo claro que la tembladera obedecía más al miedo que al frío. Le eché el primer jicarazo y, atrapada por el baño, pronto se olvidó del frío y del miedo. Oímos la voz del viejo celta salir de la cabaña y enseguida la luz de una linterna se fue zigzagueando entre el ramaje.

—¿A dónde va? —me preguntó Raga.

—Al hongo.

—¿Es ahí donde vamos a dormir?

—Yo creo.

Terminamos de bañarnos y nos pusimos ropa seca. De regreso a la cabaña vimos que sólo se encontraban doña Chona y el muchacho. Nos sentamos a la mesa y enseguida la atenta mujer nos sirvió dos platos de revivificante caldo de gallina. Raga dijo que era demasiado para ella, que no tenía mucha hambre. Pero en cuanto empezó a comer, el caldo desapareció con inusitada rapidez, acompañado del infaltable celebramiento jitanjáforico.

—¿Le sirvo otro poquito? —le dijo doña Chona feliz por tan elocuente ingestión.

—No, gracias. Está delicioso, pero si tomo más no duermo.

—Ándele, tómese otro poquito y verá que va a dormir muy bien.

Don Ramón entró corriendo en la cabaña, y al quitarse el plástico que lo protegía de la lluvia y ver a doña Chona con el plato lleno frente a Raga profirió en tono teatral:

—¡Cómo que la niña no va a tomar su caldo!

—Ya lleva dos platos —dije siguiéndole la corriente al viejo celta.

—Ah, caray, eso sí que es grave. ¿Entonces ya no hay nada para mí...?

—Cómo cree, don Ramón —dijo la mujer regresando donde estaba la olla para servirle al viejo un plato rebosante.

—¿Qué, ya? —preguntó don Ramón a don Berna que sacudía el plástico mojado que traía sobre la cabeza.

—Ya quedó —dijo don Berna.

Don Ramón estuvo un rato hablando con don Berna sobre el estado de cosas en Nopaltlán, y primero Raga y enseguida yo empezamos a cabecear. Después de un breve pitorreo a nuestra cuenta, don Ramón dio por concluida la velada y nos fuimos al hongo, que, si bien olía un poco a humedad, lucía impecable.

—Por esta noche me voy a quedar aquí en la hamaca. Mañana me instalaré en el retiro. Que descanséis bien —dijo el viejo acomodándose en la hamaca que estaba en la parte baja del hongo.

Al subir las escaleras y lanzar la linterna en una acción reconociente, comprobé que todo estaba igual que como yo lo había dejado ¿en otra vida? Me acerqué a la cama y vi que las sábanas y la cobija estaban limpias. Raga comenzó a desvestirse con rapidez mientras yo revivía, poseído por el influjo mágico que producía el golpeteo de la lluvia, aquellos momentos de ritual plenitud que en un pasado ya mítico me habían revelado la exuberancia esencial de la Chinantla. Me quité la ropa y, sintiendo cómo el cuerpo de Raga buscaba el calor de mi sangre, me dejé ir con el sonido de la lluvia resbalando sobre el cuerpo palpitante del hongo.

Nos levantamos ya bien entrada la mañana, y lo primero que hizo Raga fue asomarse a la ventana para deleitarse con el vaho mágico que producía el sol al despertar el sueño del verdor. Dejé a Raga en su éxtasis y fui a la cabaña de don Berna. Encontré a doña Chona echando tortillas y le pregunté por don Berna y don Ramón. Mientras me servía unos huevos revueltos con frijoles, dijo que siempre que don Ramón llegaba subían a la piedra de los nopales a hacer una ofrenda. Le pregunté qué clase de ofrenda, y respondió que podían ser unos puros, u otra curiosidad que ponían al pie de la piedra junto con una veladora. Me extrañó que los huevos no tuvieran condimento y le dije si tenía algún chilito para acompañarlos. Con una sonrisa indulgente adujo que don Ramón le había dicho que no nos diera nada picante ni carne de puerco. Llegó Raga y durante el desayuno no cesó de hablar maravillas del lugar.

Pasamos el resto de la mañana en una adaptación observante. En la orilla del río encontramos a Sabino, que estaba pescando con la atarraya y platicamos un rato sobre la pesca. Al decirle yo que lo iba llevar a conocer el mar, se le iluminó el rostro y, superando su natural parquedad, comenzó a hablar de todo lo que sobre el mar había oído e imaginado. Cuando ya dio por realizada su ida al mar, aproveché para preguntarle cómo seguía Mario, y respondió que muy bien, que poco a poco le iba agarrando el modo a la carpintería. Regresamos a preparar las truchas que Sabino nos regaló, y cuando estába-

mos viendo con doña Chona si las hacíamos fritas o en caldo, llegaron don Berna y don Ramón cargando cada uno un faisán.

—Chin, cómo no me llevaron —les reclamé.

—Estaba muy feo el camino, muchacho —dijo don Ramón fatigado.

—¡Qué bellos son! —exclamó Raga observando los dos faisanes que habían dejado en el piso—. Parecen guajolotes.

—Ésos meros son —dijo don Berna.

—¿Cuándo van a volver a ir? —pregunté ya poseído por el apasionamiento cinegético.

—¿Ir a dónde? —me la regresó don Ramón.

—Es que quiero ir a caminar por el cerro.

—Tranquilo, muchacho, ya te cansarás de caminar.

Comimos las truchas en caldo y terminando don Ramón nos pidió que lo acompañáramos al retiro. Raga, que a lo largo del día había ido comprobando que la Nopaltlán objetiva superaba a la Nopaltlán que yo había ficcionado en mis *Entrecruzamientos*, al ver el retiro por dentro, con el ojo de agua cristalina brotando en medio de la base, exclamó extasiada que en unos años más ella se quedaría para siempre a vivir en ese lugar. Tan pronto terminó de instalar sus cosas, don Ramón se fue a la parte superior y bajó en seguida con varios libros en la mano.

—Id a echarle un vistazo a estos libros, que mañana vais a tener un día duro —dijo dándome los libros.

Los tomé y leí los títulos: *El camino a Eleusis*, de R. Gordon Wasson, Albert Hofmann y Cari A.P. Ruck; *El hongo maravilloso teonanácatl*, de R. Gordon Wasson; y *Plantas de los Dioses*, de Richard Evans Schultes y Albert Hofmann. Este último, más voluminoso e impactante, llamó de inmediato mi atención. Lo abrí y al hojearlo con rapidez me di cuenta que tenía en las manos un verdadero prodigio de etnobotánica.

—¡Qué maravilla de libro! —exclamé impresionado.

—Nada menos que una biblia, muchacho.

—¿De qué trata? —preguntó Raga con interés.

—En seguida lo vas a saber, mujer. Bueno, nos vemos al rato —dijo encaminándonos hacia la puerta.

—Oiga, ¿y qué quiso decir con eso de que mañana vamos a tener un día duro? —pregunté ya de salida.

—Nada, hombre. Nada más que vais a salir de excursión.

¿Excursión? Salimos a las siete de la mañana con un simple té de hojas de naranjo con canela en el estómago y en medio de una bruma primigenia. El viejo celta, después de levantarnos con premura y ver que lleváramos la ropa apropiada, se había regresado a su retiro aduciendo que tenía que poner en orden algunas cosas.

Al comprobar que no podía sostener por mucho tiempo el paso de don Berna, Raga recurrió a su astucia natural y empezó a ganarse con la plática la confianza del recio chinanteco. Preguntando sobre toda cuanta hierbita o flor llamaba su atención y garrapateando en su cuaderno los datos que don Berna le suministraba, Raga fue infundiéndole a la primera hora de camino un carácter festivo. Pero en cuanto empezamos a descender por una empinadísima cañada, con las primeras caídas enlodantes se terminó la excursión y comenzó la incursión. El verdor acuoso de la vegetación se extendió cubriéndolo todo y don Berna se vio obligado a usar su machete para abrir un surco en el cuerpo exuberante de la selva. A la segunda caída de Raga don Berna le cortó una vara y le dijo que se apoyara en ella para caminar. La extraordinaria humedad emanada del vivificante manto vegetal le daba al ambiente una sensación de liquidiscencia que alcanzaba niveles de sublimitud con el resonante canto de los pájaros. Por todos lados se veían diferentes clases de hongos en un brotar enracimado que evidenciaba la increíble energización del lugar. Raga se detuvo con intención de recoger unos hongos de un intenso color anaranjado, pero don Berna le dijo que esos no eran. Oímos lejanos cacareos y al permanecer silenciosos por un instante nos llegó de lo profundo de la cañada un rumor estremeciente.

—¿Qué es eso? —preguntó Raga.

## VII. LA CONSUMACIÓN DEL DESTINO

—El arroyo —dijo don Berna.

—Oiga, ¿y de qué color son los honguitos mágicos? —le dijo Raga aprovechando el descanso.

—Los hay azulitos, cafecitos, de varios colores.

—¿Y los rojos con puntitos blancos? —interrogué recordando el *Amanita muscaria* que estaba en la contraportada del libro de Schultes y Hofmann.

—No, de esos no hay por acá —dijo don Berna reiniciando la marcha.

En la medida que nos íbamos acercando al fondo de la cañada, el frescor se hacía más intenso y en el suelo escurría agua por doquier. Nos paramos al pie de unos helechos que tendrían como unos cinco metros de altura y don Berna nos mostró una impresionante piel de nauyaca. Dijo que esa serpiente andaba por allí pues la muda era reciente. Al oír esto Raga me tomó con fuerza de la mano y me lanzó una mirada de naufragio. Le dije a don Berna que no nos fuera a hacer alguna trastada, y el hombre, esbozando una sonrisa paternal, dijo que no nos preocupáramos, que él nos iba cuidando. Al llegar al arroyo Raga y yo le entramos con tantas ganas a la deliciosa agua que no pudimos evitar unas exclamaciones festejantes. Don Berna, compartiendo nuestro celebramiento, dijo que podíamos beber toda el agua que quisiéramos, pues era buena para limpiar la sangre, pero que no la tomáramos de un solo golpe porque estaba muy fría.

Seguimos caminando por la orilla del arroyo y de pronto Raga se detuvo señalando dos preciosos hongos que crecían en una islita fangosa.

—Ésos meros son —dijo don Berna.

Al observarlos de cerca me parecieron de los que en el libro de Schultes y Hofmann les decían derrumbes. Le pregunté a don Berna y dijo que así les decían en Usila: derrumbes o barranqueros, pero que ellos los conocían como teonanacates. El color de los hongos iba de un azul lechoso en los bordes a casi un negro en la cima de la sombrilla, y su olor era sutil y penetrante.

Sobre la marcha y motivado por el disparadero de preguntas que le hacíamos, don Berna nos fue diciendo que la mejor manera de identificar a los teonanacates era que al hacerle una pequeña rajada en la pata luego se ponían azules, pero para el que ya los había comido el olor y el sabor hacían que jamás pudiera dejar de reconocerlos. Al preguntarle Raga si todos los hongos divinos olían y sabían igual, contestó que variaban tantito pero dentro de lo mismo.

Llegamos al borde de un remanso bastante profundo que hacía el arroyo al horadar parte de un promontorio rocoso, y don Berna nos hizo señas para que quedáramos quietos. Se acercó sigiloso hasta detrás de una piedra boluda y nos indicó con la mano que nos aproximáramos. Llegados a su lado señaló hacia abajo, mostrándonos un par de extraños animales tendidos sobre una piedra blanquecina.

—¿Qué son? —preguntó Raga.

—Perros de agua.

—¡Qué maravilla! ¿Y hay muchos?

—Bastantes, y son muy sabrosos.

—¿No les irá a disparar? —dijo Raga viendo cómo don Berna agarraba la culata del rifle con firmeza.

—No, hoy no matamos animales —dijo el hombre en tono enigmático.

Al reiniciar la marcha, los animales nos oyeron y se lanzaron con rapidez al agua. Seguimos por un momento las burbujitas que iban desprendiendo hasta que se perdieron tras una roca. Raga se detuvo a hacer varios bosquejos de la pareja de perros de agua, mientras yo me dedicaba con don Berna a buscar entre la podrida ramazón y el fango que se amontonaba en los linderos del arroyo. Sobre la pared de un terraplén don Berna encontró una familia de siete preciosos ejemplares. A diferencia de los dos primeros que había descubierto Raga, éstos estaban enracimados y llenos de manchas negriazuladas. Animado por el hallazgo me aboqué a encontrar los míos, mientras don Berna le mostraba a Raga la extraordinaria familia que había encontrado. Caminé como unos veinte metros al borde de la inminente

revelación, y cuando ya me estaba empezando a poseer el marasmo nihilizante oí el llamado de don Berna tras mis pasos. Regresé y lo encontré parado frente a una hendidura donde yo había experimentado la convicción de tener mi primer hallazgo.

—¿Qué es? —preguntó Raga parándose a mi lado.

—Hay una familia, ¿verdad? —dije esperanzado.

—No —dijo don Berna señalando un hueco entre el musgo—, parece que nada más está la mamá.

Me acerqué a ver y ¡chingue a su madre!, salté rebotado hacia atrás.

—¿Qué es, qué es? —inquirió Raga preocupada.

—¡Una pinchísima serpiente! —proferí aún con el corazón en la garganta.

Se aproximó Raga con cautela y al ver la agresiva mancha rojinegra exclamó impresionada:

—¡Qué bárbaro, cómo no la viste!

—Putá, un poco más y me chinga la jeta por pendejo.

—Esa viborita es brava —dijo don Berna sonriendo con malicia.

—¿De qué clase es? —interpeló Raga.

—Coralillo.

—¡Újule, mejor vámonos!

—Espera que tengo que encontrar los míos.

—Es que ya tengo hambre.

Don Berna dijo que allí abajo no había manera de prender fuego, por lo que teníamos que subir hacia donde estuviera menos húmedo. Agarró su machete y comenzó a abrirse paso cañada arriba. Al preguntarle yo por qué no regresábamos por la vereda que habíamos abierto al bajar, respondió que no tenía caso regresar al mismo sitio, que mejor íbamos a cortar en línea recta. Los resbalones y las caídas se hicieron más frecuentes, y la poca atención que quedaba libre del esfuerzo que exigía mantenerse vertical fue absorbida por la ominosa posibilidad del encuentro con una serpiente. Raga comenzó a quejarse de sus rodillas y don Berna la animó diciéndole que ya mero llegábamos al

lugar donde íbamos a comer. La subida era cada vez más pronunciada y Raga y yo nos fuimos quedando rezagados. Como el camino que iba abriendo don Berna era bastante visible, me despreocupé de su adelantamiento, y al adaptarme al ritmo de Raga experimenté un gran respiro. Después de poco más de un cuarto de hora de camino creí oír un lejano murmullo, y al decirle a Raga que se detuviera me llegó con claridad el ruido de un arroyo. Levantando la naricita en actitud olfativa Raga preguntó si no olía a hojas quemadas. Venteé y no alcancé a distinguir ningún olor a quemado. Raga expresó que estaba cansadísima y que no iba a aguantar. “Un poco más y llegamos”, le dije sin tener puta idea de dónde nos encontrábamos. Seguimos arrastrándonos cerro arriba y enseguida me llegó el olor a ramazón quemada. Busqué entre el ramaje y vi, como a unos treinta metros, la expansión humeante. Aceleré el paso dejando a Raga atrás, y al acercarme al origen del humo vi unas extraordinarias terrazas de piedra reventadas en algunas partes por el tentacular enraizamiento de los árboles que crecían en el lugar. Me aproximé a don Berna, que estaba avivando la lumbre, y le pregunté qué eran aquellas ruinas. Dijo que era la tumba de un principal chinanteco, y a modo de confirmación señaló con su barbilla hacia una extraña piedra. Al acercarme distinguí, a pesar del efecto implacable del tiempo, que se trataba de un jaguar. Llegó Raga y en cuanto vio las ruinas prehispánicas se olvidó por completo del cansancio y empezó a remover lianas y maleza en una actitud semejante a la de esos antropólogos y arqueólogos primermundistas que profanan ritos y tradiciones para darle lustre a su afán de numberguanidad. Don Berna le dijo que no se apurara, que toda la selva estaba llena de sitios como ése, y Raga, sin cesar de preguntar, vino a sentarse al lado de la fogata. Don Berna extrajo del morral unos trozos de tasajo de venado que le había dado don Ramón y me pidió que los fuera a lavar en el arroyito. Cuando regresé Raga estaba repitiendo algunas palabras chinantecas, mientras sobre las brasas se calentaban las tortillas. Doramos los trozos de tasajo y al momento de comerlos sentí que me estaba totalizando con la naturaleza.

## VII. LA CONSUMACIÓN DEL DESTINO

Reenergizados y en plena armonía con el medio emprendimos el regreso a Nopaltlán, con el compromiso hecho con don Berna para que nos llevara al día siguiente a un lugar especial donde crecían los teonanacates.

Llegamos con la tarde y, al no encontrar a don Ramón, fuimos a buscarlo a su retiro. Lo encontramos preparando al lado del ojo de agua una pila de leña seca. Nos preguntó qué tal había estado la caminata y Raga, increíblemente recuperada, contestó con rapidez que extraordinaria, que jamás había estado en un lugar tan bello.

—¿Te gusta más que Playa Tortuga? —preguntó el viejo celta lanzándole una mirada fija.

—Es diferente.

—¿Pero cuál escogerías?

—Los dos —dijo Raga convencida.

—Sabía respuesta, mujer. ¿Y encontrasteis algo?

—Nada más éstos —dijo Raga poniendo en el piso frente a don Ramón la hoja de platanillo con los hongos.

—¿Por qué tan pocos?

—Dice don Berna que apenas están brotando, pero que mañana nos va a llevar a un sitio donde hay muchos.

—¿Y de qué clase son éstos, don Ramón? —pregunté interesado.

—Científicamente se les conoce como *Psilocybe caerulescens*, pero por todo este rumbo les dicen derrumbes. Éstos —dijo tomando los dos que había encontrado Raga—, son de la variedad *nigripes*.

—¿Y cuántos más hacen falta? —preguntó Raga.

—¿No estáis muy cansados?

—No —dijo Raga con presteza.

—Bien, entonces vamos a ver cómo va mi cosecha.

Tras caminar unos quince minutos llegamos a una ladera del cerro llena de cafetales. Debido a la sombra de las plantas de café y de los enormes árboles circundantes, el suelo estaba cubierto de una gruesa capa de musgo. Don Ramón se acuclilló y empezó a buscar minuciosamente en los rincones más húmedos y sombreados. No

habían pasado ni cinco minutos cuando nos mostró su primer hallazgo: eran tres honguitos de un tono café oscuro con un capuchoncito que les daba un aspecto de gnomos. Nos los dio a oler y noté que su fragancia, aunque me recordó de inmediato a los derrumbes, era mucho más fina y penetrante. Dijo que esos eran de la variedad *Psilocybe semperviva*, pero que allí los conocían como chuparrositas.

Emocionados por el hallazgo, Raga y yo centramos toda nuestra atención en la búsqueda. Raga encontró una pequeña familia de cinco cuando don Ramón llevaba ya como quince. “¿Pero por qué demonios se me ocultan a mí?”, dije sufriendo una vez más mi destino desuertado. Viéndome revolotear con creciente desesperanza, don Ramón dijo que fuera a su lado. Me le acerqué y, mientras veía cómo levantaba las ramitas para buscar en los lugares más recónditos, me fue diciendo que los chuparrositas eran como pequeños diosillos que escogían los lugares más protegidos y apacibles para brotar. Levantó unas hojas secas que obstruían una pequeña cueva y me mostró en las húmedas paredes una hermosa familia de seres mágicos. Me dijo que los tomara con cuidado y los observara bien. Lo hice y al cabo me preguntó si notaba alguna diferencia entre éstos y los otros. Los comparé y vi que, en efecto, a diferencia de los primeros que ya estaban azuleando en algunas partes, estos últimos tenían los bordes del capuchón doblados hacia arriba, y en el centro de la sombrilla una especie de pezoncito.

—Estos son *Psilocybe jungensis* —dijo el viejo celta—, pero aquí también les dicen chuparrositas.

Feliz de ir guardando los honguitos que don Ramón iba encontrando, me desconecté de la búsqueda dedicándome a platicar con el viejo celta. Al preguntarle cuáles eran entre todos los que él prefería, dijo que los chuparrositas eran los más dulces y juguetones, pero que los derrumbes abrían las puertas a todos los arcanos. Le dije si se refería a esos derrumbes que habíamos traído, y dijo que no, que los que él prefería eran otros de sombrilla más abierta y color café, y que pertenecían a la variedad *Psilocybe wassoni*.

De pronto Raga me llamó celebrando con júbilo un hallazgo. Fui hacia la barranquita donde se encontraba y me mostró una familia numerosa. Al inclinarme a recogerlos una especie de descarga luminosa atrajo mi atención y vi, como a un metro de donde me encontraba, unas diminutas manchas de encendido color café rojizo. El descubrimiento me produjo una alegría desbordante que alcanzó niveles de éxtasis cuando conté catorce preciosos ejemplares. Atraído por la magnitud del celebramiento, don Ramón vino hacia donde estábamos Raga y yo y dijo que con ésos que teníamos ya era suficiente.

Poseídos por el influjo mágico de los chuparrositas, bajamos aleteantes al valle en medio de un ennuboscurecimiento de plenificantes presagios. Pasamos un rato a la cabaña de don Berna, que se mostró muy complacido con nuestra recolecta, y don Ramón nos dijo que fuéramos al hongo, que en seguida nos alcanzaba. Cuando llegamos al hongo estaban cayendo las primeras gotas. Raga subió con los chuparrositas que venían envueltos en un paliacate, y los puso frente al altarcito donde tenía a Nanacatzin con una veladora.

La noche descendía densa y electrizante y los destellos primigenios de la veladora animaban caprichosas formas en un ritual de milenaria pervivencia. Estábamos disponiéndonos a meditar cuando llegó don Ramón con un cazo en la mano. Al vernos sentados con las piernas cruzadas dijo que nos extendiéramos sobre el petate con las manos abiertas a ambos lados de él, que se sentó en el centro. En un tono de voz hierático y pausado fue diciendo que cerráramos los ojos y comenzáramos a respirar por la nariz. Estuvimos así un buen rato, y cuando ya me estaba dejando ir con la dinámica meditante, me llegó lejana la voz del viejo celta:

—Muy bien. Ahora vais a empezar a usar dos mantras respiratorios: Hamm para la inspiración y Sham para la espiración. Eso es. Así, dejaos ir.

Sentí que algo de consistencia aterciopelada tomaba mis manos y las ponía con las palmas hacia arriba. Luego presionaba los extremos de los pulgares y el centro de la palma. Y por último experimenté

la presión de dos terminaciones calientes sobre las cejas. La voz de don Ramón, acuosa y murmurante, seguía fluyendo:

—Bien, centrad ahora vuestro sentir en la punta de la nariz hasta que podáis distinguir el aire frío que entra y el aire caliente que sale. Relajaos, eso es. Suave la respiración, ¿notáis la diferencia? Tratad de ver, sin abrir los ojos, que todo el entorno es de un azul armonioso. Ese azul es pura energía y si os dejáis ser en ella llegaréis a percibir unos bordes de consistencia esponjosa. Seguidlos hasta que logréis delimitar la forma de un hongo. Si os salís de los bordes volved de inmediato a concientizar la respiración. No olvidéis que la respiración es la clave para salir de cualquier turbulencia. Recordad: Hammm para la inspiración, suave, sintiendo el aire frío del exterior, y Shamm para la espiración, dejando que el aire cálido salga sin precipitación. Seguid así un rato, sintiéndoos parte del energizante hongo azul.

Me fui liberando en un medio de placentera ingravidez y empecé a flotar vaiveneante como si fuera una burbuja. Era increíble la nitidez con que podía distinguir la diferencia de tonalidad de acuerdo a los desplazamientos. Con el aire frío descendía a un azul oscuro, con el caliente me elevaba a un azul casi transparente. Reparé en que la densidad del color estaba determinada por la fluctuación de pequeñas partículas luminosas que al chocar entre sí desprendían un vivo azul incandescente. Me centré en una de las partículas y vi, poseído por la excitación del descubrimiento, que se trataba de un infinitesimal chuparrosita.

—Tengo frío —oí apagada la voz de Raga.

Me pareció percibir un suave arrastre y en seguida una corriente de aire frío me impactó excitando con violencia las partículas luminosas.

—¿Mejor?

—Sí, gracias —dijo Raga.

—Bien. Ahora centrad el sentir en la planta de los pies —prosiguió el viejo celta—. ¿Podéis ver el agujero luminoso que hay en

medio de cada planta? Pues por ahí vais a comenzar a absorber la energía azul que os rodea. La primera absorción os va a llegar hasta las rodillas. Suave esa respiración. Así, eso es. ¿Podéis ver vuestras piernas azules? Bien, ahora seguid absorbiendo energía hasta vuestro ombligo. Centrad la atención en el Ki, que está justo entre el enclave genital y el ombligo. No olvidéis que en ese punto reside el centro de la voluntad, de ahí sale el impacto del golpe de karate. Seguid llenándoos ahora hasta el plexo y luego hasta el corazón. Todo vuestro cuerpo está rebosante de energía azul; ya sois uno con el hongo que os contiene. La energía sigue llenándoos y cuando os llegue a la glándula pineal vais a experimentar un ligero hormigueo justo donde se juntan las cejas. La energía golpea ahora con suavidad la bóveda del cráneo y regresa ondeante por todo el cuerpo. Ya sois seres plenamente azules, todo lo que os rodea es vitalidad azul. Vuestros órganos son azules, vuestra sangre resplandece de azul. Todo es azul menos las terminaciones rojizas de los dedos de las manos, ¿podéis verlas? Dejad salir por ahí la energía que el azul expulsa de vuestros órganos vitales. Eso es, inspirar el azul por el orificio de las plantas de los pies y expirar la tonalidad rojiza por las puntas de los dedos de las manos. Repetid una y otra vez el movimiento. Eso es, muy bien, hasta que toda la existencia abarcada sea de un azul limpio, transparente, luminoso, la armonía total de la existencia.

Una infinitesimalidad después, cuando caminábamos hacia el retiro, Raga no cesaba de expresar maravillosidades sobre la naturaleza de la meditación que acabábamos de experimentar. Don Ramón, que iba adelante guiándonos, señaló que en la experiencia que ahora íbamos a ritualizar no dejáramos de tener presente la técnica de la respiración, sobre todo yo que era muy dado a dar bandazos entre lo paradisíaco y lo infernal. Llegamos al retiro y, después de sacarnos los plásticos que nos habían protegido de la lluvia, don Ramón nos indicó que encendiéramos las veladoras mientras él prendía lumbre a los leños que tenía amontonados cerca del ojo de agua. En cuanto terminamos nos pidió que separáramos el petate hacia un lado y que

colocáramos todos los hongos en el centro. Con el avivamiento de las llamas el entorno adquirió una apariencia hechizante, que alcanzó niveles de sacralidad cuando el chisporroteo de los leños fue acompañado por el arreciamiento de la lluvia. Tras colocar el cazo con agua sobre la lumbre, don Ramón echó una astilla de ocote en una concha de lapa y la puso al lado de los hongos. Abrió luego un frasquito y espolvoreó sobre la llama de ocote unos granitos cristalinos. En seguida la fragancia del copal se extendió por toda la estancia. Con calculada parsimonia don Ramón fue tomando de dos en dos los chuparrositas hasta formar dos montones. Conté en el mío doce pares y en el de Raga nueve. Después echó mano a los nueve derrumbes y puso seis en mi montón y tres en el de Raga. Dijo que las dosis variaban de acuerdo a la naturaleza de cada quien, pero que de seguro yo, por mi coraza racional, necesitaba más que Raga. Le pregunté por qué él no iba a tomar, y respondió que iba a ser nuestro velador. Raga le dijo que cómo sabía uno cuál era la dosis que le correspondía, y don Ramón expresó que había muchas variantes: la cantidad de agua que tenían los hongos, su tamaño y su clase, su frescor, etc., pero que de ahora en adelante tuviéramos presente que el más sabio maestro en la materia eran los propios honguitos, que le preguntáramos a ellos todas nuestras dudas y que ellos nos responderían.

Ya que empezó a hervir el agua don Ramón se levantó y fue a buscar un frasco que parecía contener florecillas secas. Le echó un puñito al agua y en seguida se extendió por la estancia un olor dulzón y penetrante. Raga le preguntó si era jazmín, y el viejo dijo que no, que eran flores de naranjo. Sirvió dos tazas y las puso enfrente. Tan pronto terminamos de tomar el té, dijo que empezáramos a ingerir los hongos, pero que lo hiciéramos con suavidad y sin prisa, con la conciencia de que estábamos tomando un cuerpo divino. Al acercar el primero a la boca su fragancia me produjo un efecto embriagante, pero al morderlo la aspereza del sabor me predispuso al rechazo. Don Ramón dijo que el sabor de la psilocibina era amargo, pero que una vez asimilado formaba un todo armonioso con el olor. Expresó

también que la ingestión nos iba a producir muchos eructos y que no nos preocupáramos si experimentábamos deseos de vomitar. Raga preguntó si él había vomitado al tomarlos, y el viejo respondió que nunca, pero que sabía de personas a las que hacía devolver el estómago por acumular exceso de toxinas. Añadió que los honguitos no sólo producían iluminaciones, sino que también limpiaban la sangre; y que tratáramos de estar con ellos al menos una vez al año. Cuando ya estábamos terminando la ingestión ritual, la voz de don Ramón comenzó a llegar reverberante y su tono adquirió una seriedad hierática:

—Amigos míos, he dispuesto todo para emprender un retiro de tres años. No sé si esta separación sea definitiva, pero quiero deciros que yo siempre estaré con vosotros. El reto principal de una vida íntegra y sincera es saber morir. Toda mi vida he tratado de ser íntegro y sincero; ahora es tiempo de aprender a morir. Voy, pues, a despedirme de vosotros entregándoos todo mi deseo vital, y mi deseo vital es que esta comunión que ahora celebráis os mantenga unidos en la senda del conocimiento hasta que algún día emprendáis el camino iniciático hacia la muerte. Ahora poned vuestras manos sobre las mías para que absorbáis mi ímpetu vital.

Empecé a experimentar una extraña sensación de mareo y al extender mis manos hacia las de don Ramón y Raga vi que se desdibujaban en una trayectoria luminosa. Sentí un angustiante vaciamiento en la zona umbilical, y al contactar con la tentacularidad palpitante que crecía frente a mí, fui jalado luzmente por un pasadizo de maravillosa sonoridad delimitado por infinitesimales chuparrositas. De repente el pasadizo se multiplicó de manera prodigiosa y me vi perdido en un laberinto que crecía hacia el espacio sideral. Comenzó a vencerme el descontrol y al abrir los ojos en un intento desesperado por encontrar asimiento, se me fue la cabeza hacia atrás en un vértigo de muerte. Oí ecoficada una respiración profunda y rítmica y al buscar su origen vi, enmarcada en un resplandor amaneciente, una majestuosa águila azulada abriendo y cerrando su pico en una ins-

### ENTRECRUZAMIENTOS III

piración y espiración acompasadas. Me fue poseyendo el armonioso fluir, e impulsado por la corriente de aire cálido que expulsaba empecé a elevarme hasta ver a una centena de metros debajo, dentro de un hongo de plateado fulgor, a tres seres azulados plenificándose en armoniosa comunión.

## Índice

I. Las vicisitudes tragicómicas de un publicante  
5

II. El reencuentro con el trópico  
La restauración de la utopía  
79

III. Divagaciones solilunares  
En torno al desmadramiento de lo dionisiaco y lo apolíneo  
139

IV. Una visita obligada a los mausoleos de los  
grandes egos hierofánticos  
Elucubraciones en torno a la mítica pugna entre  
lo eterno y lo efímero  
219

V. La vida es un quemar cuestionamientos  
291

VI. Hacia una revolición de la existencia  
385

VII. La consumación del destino  
443

## EDICIÓN CONMEMORATIVA Y DEFINITIVA

Cada episodio de *Entrecruzamientos* tiene las dimensiones de una montaña o de un avión gigantesco movido por múltiples motores: el erotismo, la sensualidad y el enigma de la identidad. [...] El lector que emprenda este viaje no echará nada en falta. Hasta ahora no hay nadie que haya leído el primer tomo y no haya sentido la necesidad imperiosa de concluir los demás.

Martín Solares

Pretendiendo interpretar profundamente el sentido de su generación, Leonardo da Jandra aspira a una visión de largo alcance y prácticamente omnicomprendiva. [...] El angustioso didactismo y la desinhibición de Da Jandra al escribir una novela tan descaradamente intelectual lo convierten en *rara avis* de la literatura mexicana. Ignorar a Da Jandra sería una insensibilidad.

Christopher Domínguez Michael

El ritmo intrépido y polivalente que Da Jandra impone a su escritura es [...] elocuencia vital y ansiedad de conocimiento, hecho que no debería amedrentar a ninguna curiosidad genuina.

Guillermo Fadanelli

